

NOVELA

ANDREA FREDIANI

300 GUERREROS

SABÍAN QUE NO VOLVERÍAN A ESPARTA
SU DESTINO Y SU LEYENDA
ESTABAN EN LAS TERMÓPILAS

Lectulandia

La batalla de las Termópilas enfrentó en el 480 a.C. a los espartanos de Leónidas y sus aliados con el ingente ejército persa, reunido por el rey Jerjes con la intención de conquistar Grecia. Según las crónicas antiguas, sólo uno de los trescientos guerreros de Esparta logró sobrevivir: Aristodemo, que se retiró después de ser herido y que por este motivo fue despreciado por los ciudadanos hasta que tuvo la ocasión de expiar su desdicha.

300 guerreros cuenta, desde un punto de vista totalmente inédito (el del superviviente Aristodemo), los pormenores de una batalla que ha pasado a la historia como ejemplo de resistencia a la tiranía y a la brutalidad, y en su relato revela las pasiones y las intrigas, la cruda violencia y el coraje de esta gesta legendaria.

Lectulandia

Andrea Frediani

300 guerreros

ePUB v1.0

LuisPer 04.11.12

más libros en lectulandia.com

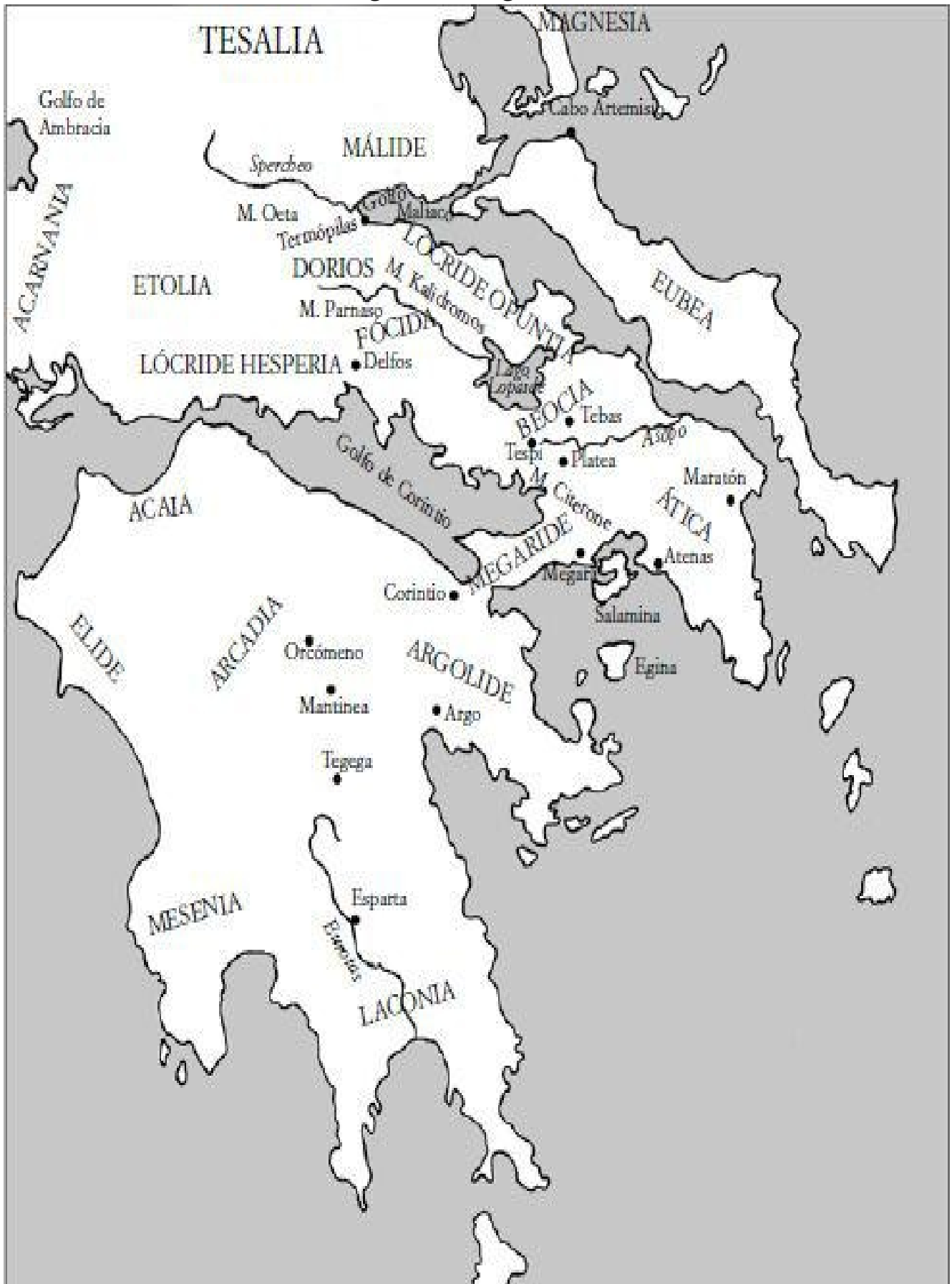
Título original: *300 guerrieri, la battaglia delle Termopili*

Andrea Frediani, 2007.

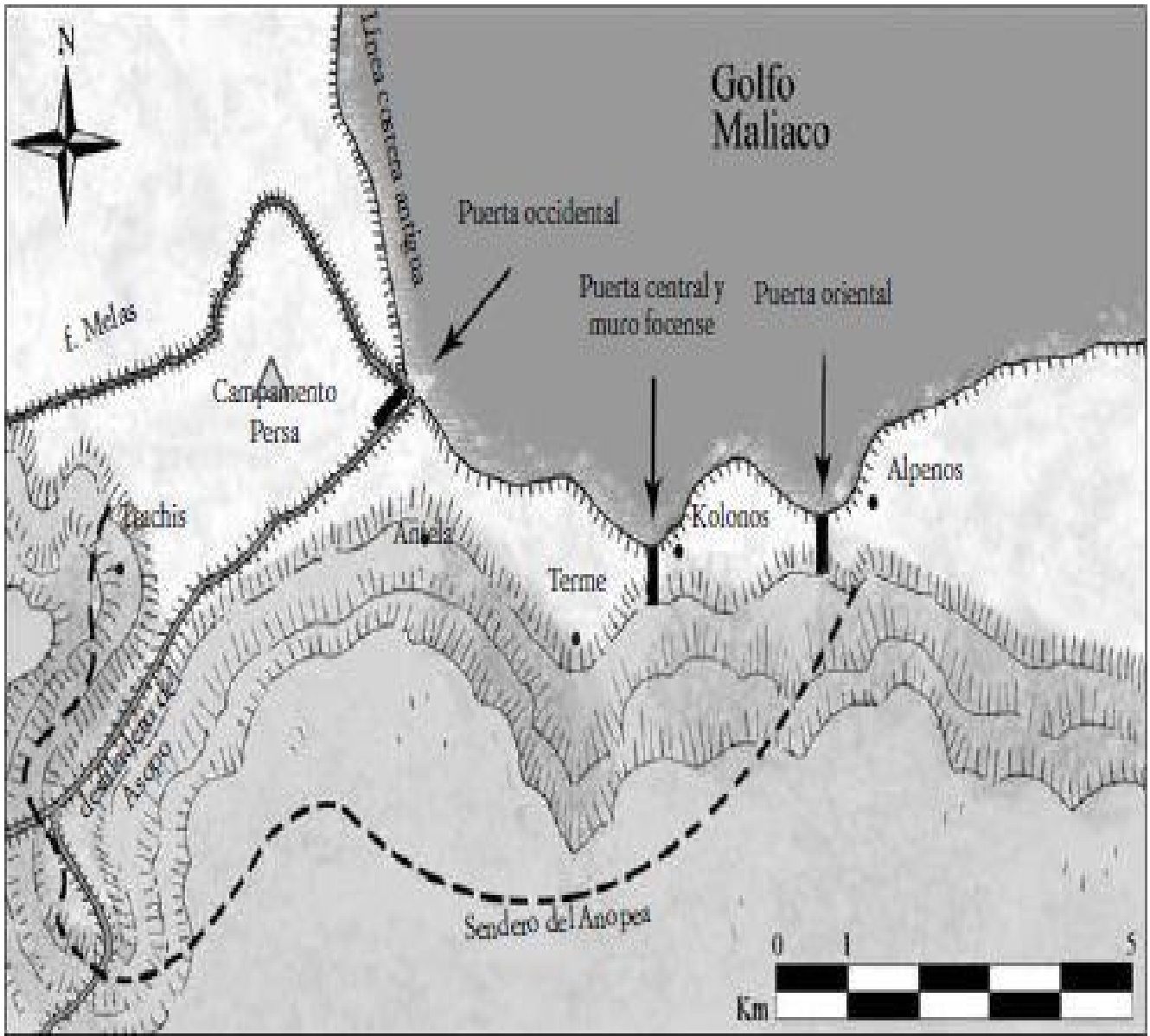
Traducción: María Prior Venegas, 2011.

ePub base v2.1

La grecia del siglo V a. C.



Las Termópilas



Al lector

He elegido indicar las medidas en metros y kilómetros para facilitar la lectura y no obligar al lector a realizar cálculos continuos para comprender las distancias, interpretando los términos griegos en uso en el siglo V a. C. Sólo en presencia de indicaciones genéricas he utilizado el estadio, la unidad de medida correspondiente a 600 pies, de longitud variable en función de las regiones, que en líneas generales queda comprendida entre los 177 y los 193 metros. Del mismo modo, también para los pesos he adoptado las unidades de medida actuales.

En las Termópilas no murieron todos los 300 espartanos que el rey Leónidas condujo contra Jerjes. Al menos uno, un cierto Aristodemo, se salvó. Y quedó condenado para siempre.

Esta es la historia de la épica batalla pero también la narración de los acontecimientos de un grupo de héroes, y el destino de un hombre que combatió entre su propio deber y sus convicciones personales.

PRÓLOGO

Esparta

La mujer se levantó del jergón con indiferencia, como si no hubiera nadie junto a ella. Por otro lado, ¿por qué tenía que considerar la presencia de Aristodemo? El *espartiatá*^[1] no había conseguido nada en todas aquellas horas de intimidad. Su falta de acción se había transformado en un duermevela.

La observó, todavía desnuda, mientras la esclava se recogía el pelo con el pañuelo, que anudó sobre la oreja del lado izquierdo, dejando al descubierto sólo la frente y la parte superior de la nuca. Siguió mirándola mientras ella se ponía el *quitón*^[2] dándole descaradamente la espalda. Le pareció que lo estuviera provocando, con aquel movimiento de la cadera que realizaba para ponerse el vestido, ondeando las nalgas, nalgas que él no había sabido apretar con la vehemencia y la intensidad que se esperaba de un hombre.

«Estúpida *ilota*^[3]», pensó Aristodemo. «Debería serme grata por la atención que le ha prestado un Igual. Que le agradezca a Apolo si no hago que la castiguen, por no haberme sabido excitar. Quizás no sabe excitar ni siquiera a uno de esos animales con los que copula habitualmente. No sabe emplear las manos, la boca la usa sólo para comer. ¿Cómo puede pensar que una así puede ponértelo duro? Y además no es ni siquiera atractiva, con ese cuerpo feo, como si fuera un animal de tiro, sobre todo ante los ojos de quien está acostumbrado a compartir el placer con los espartiatas».

Concentrado en buscar justificaciones de su escasa prestación, no se dio cuenta que ya no estaba mirando fijamente las nalgas de la amante, sino un punto indefinido en la pared. La joven se había ido, dejándolo frente al mismo dilema de los días anteriores. ¿Qué haría durante el resto del día?

En general se había recuperado, salvo algunos dolores que de vez en cuando aparecían en el oído derecho. A fin de cuentas éstos le molestaban menos que los del espíritu. Se había curado, pero pasaba todavía gran parte del tiempo en posición horizontal, pensando. Nunca, en treinta y cuatro años de vida, había pensado tanto como hasta entonces. Le habían dicho siempre lo que tenía que hacer, dando por descontado que él se sentiría orgulloso de hacerlo, sólo porque era un Igual. Y él lo había hecho, orgulloso de pertenecer a una clase privilegiada, los espartiatas, élite de un pueblo privilegiado, el *lacedemón*^[4], a su vez perteneciente a una cultura privilegiada, la helénica.

No había puesto jamás en duda ninguno de los preceptos impartidos por la

sociedad espartana. Desde que tenía siete años de edad, había compartido con sus coetáneos el adiestramiento y la dura disciplina prevista para los espartanos, la vida comunitaria lejos de las jóvenes, la comida austera que les daban en el comedor, las expediciones para buscar más o los castigos padecidos cuando se demostraba que no era bueno robando, los pillajes contra los ilotas, las breves campañas en Laconia y en Mesenia. Había crecido en el culto a los héroes de Homero, de la superioridad *lacedemón* sobre las otras *polis* helénicas, y un poco también en la envidia hacia los atenienses, que desde hacía una década se vanagloriaban de haber detenido ellos solos al gran ejército del rey Darío de Persia.

Su espíritu de grupo nunca había disminuido, en ninguna circunstancia, desde la infancia, ni nadie había podido jamás considerarlo indigno de pertenecer a la casta de los Iguales. Había destacado en diferentes ocasiones en las Olimpiadas, en las otras competiciones panhelénicas y en aquellas lacedemonias, si bien los *ippagretos*^[5] no lo habían incluido nunca entre los *hippeis*^[6], los trescientos que constituían el cuerpo de la guardia real. Siempre había realizado su propio deber en las batallas. Y en las Termópilas, Leónidas se había valido de él para encargos delicados, alineándolo desde el principio en la primera línea. Tampoco él había sentido la necesidad de pedir el cambio a los refuerzos, al menos hasta que sus ojos lo habían sustentado, si bien nadie había sobrevivido para poder contarlos. Entonces, ¿por qué sentía vergüenza si le veían por las calles?

Se levantó con dificultad, cansado por la apatía, de la que todavía no sabía si se tenía que sentir prisionero o dueño. Pasando la mayor parte del día solo, sin nada que hacer, se había visto abrumado por los interrogantes que le habían condicionado en las Termópilas. ¿De verdad era un *espartiatá*? No había dudas sobre el hecho de que Eurito se hubiera demostrado como tal, ¿pero él? De acuerdo, había compartido siempre la visión de la vida y los asuntos de los Iguales, pero en aquella última circunstancia había elegido actuar siguiendo sus propias convicciones. ¿Había actuado de forma correcta o se había equivocado? Y si lo había hecho bien, ¿significaba que todo el sistema se resquebrajaba? ¿O quería decir solamente que él no estaba hecho para el sistema? ¿O quizá, acaso, que él *no estaba a la altura* del sistema?

Si se hubiera tratado de una circunstancia ordinaria, como la supresión de una revuelta en Mesenia, o una guerra en la frontera del Peloponeso, ni él ni los otros habrían dado peso al modo en el que se había comportado. Pero aquella era la circunstancia, el acontecimiento esperado por cada *espartiatá* para demostrar que se merece el privilegio de vivir la vida de un guerrero. Quien vive como guerrero tiene que morir como un guerrero. Y precisamente ese era el punto, ¿se había comportado de forma diferente a los demás, o peor que los demás?

Pero ¿era ciertamente un privilegio vivir como un *espartiatá*? ¿No eran, quizás,

más felices los *periecos*^[7], que tenían sólo obligaciones durante una parte del día y podían elegir cómo divertirse? Podían estar con una mujer, si lo deseaban, cualquier noche de la semana; podían incluso estar a solas, si así les apetecía. A él, ahora, eran estas cosas las que le parecían verdaderos privilegios.

Pero quizás razonaba ahora así sólo porque percibía que no se había comportado como un espartiatá. *Que no había estado a la altura* de comportarse como un espartiatá. Esopo había tenido la oportunidad de enseñar muchas cosas con aquella historia del zorro y la uva. Sólo ahora valoraba de nuevo los factores y los elementos que había despreciado siempre y situado en un segundo plano, como manifestaciones de debilidad y de un comportamiento instintivo propio de los inferiores.

Se acercó a lavarse la cara, como para limpiarse de los pensamientos impuros. Llevaba al menos veinticuatro horas sin hacerlo, pensó. Sentía encima el olor rancio del vello bajo las axilas, sobre el pecho y alrededor de la pelvis, donde se había secado el sudor de un día de elucubraciones y no aquel tras la relación con la esclava, demasiado suave para dejar un rastro. Su aliento no podía ser mucho menos, valoró en la distancia. El vino que había tomado cuando había llegado la joven, y la cebolla con el pan comidos a la fuerza, tenían que haber dejado un rastro disgustoso en su boca.

«No debo que tener un aspecto agradable», pensó. Un mes de inactividad le había debilitado, perdiendo el volumen de sus músculos esculpidos como los de la estatua de un dios. El pelo largo se había enredado, y lo sentía pegado a lo largo del cuello y de los hombros, como si se tratara de la raíz de un árbol. El flequillo le caía de forma irregular delante de los ojos, quitándole espacios verticales de visión. La barba, larga, en muchos puntos endurecida por el vino, descendía irregular por la barbilla y le cubría íntegramente las mejillas; migas de pan acampaban alegremente en aquella selva negra, en la que se veían algunas manchas grises.

«¿Será por esto que mi esposa no quiere verme?» pensó con una consciente punta de ingenuidad. «Kalos Aristodemos me llamaban, antes de todo este asunto. El guapo Aristodemo. Pero ahora no tengo que ser un espectáculo muy bonito». Tras su regreso la había encontrado muda, incluso ciega ante su presencia, con la mirada que buscaba siempre, desesperadamente, un punto diferente de su figura. Así, al menos, le había parecido percibir desde que había recobrado la vista, si bien parcial y limitada en su ojo derecho.

Había durado poco, por suerte. Una semana antes ella había cargado sus cosas en un carro y se había trasladado, llevándose también al niño, demasiado pequeño para que también Aristodemo pudiera percibir en él alguna señal del desprecio con que la ciudad parecía nutrirlo. ¿O quizás se había ido porque sabía?

De alguna forma, no obstante, había logrado saber, se convenció. No era posible que su esposa lo juzgara por lo que había ocurrido en la guerra sin ni siquiera haber

hablado con él. Entonces, de alguna forma, había conseguido saber de él y Gorgo.

Gorgo.

Ella no había venido a verle.

Si de verdad su esposa sabía algo, había hecho bien no dejándose ver.

Ella no había venido a verle.

Había razones de oportunidad para que no se presentara ante él, de acuerdo. Pero, pero...

Ella no había venido a verle.

¡Ni siquiera una carta! ¡Un mensaje a través de un esclavo!

Ella no había venido a verle.

No quiso ni siquiera tomar en consideración la posibilidad de que no se hubiera dejado ver por el mismo motivo por el que todos le evitaban. Y sin embargo había pasado más de un mes desde su regreso, y ni siquiera una señal. Por Zeus, ¡parecía que no podía antes vivir sin él!

Ella no había venido a verle.

Le pasaron por la mente las palabras de ella, pocos días antes de la salida hacia el Septentrión.

—Me gustaría hacerme cargo de ti como una esposa —le había dicho—. Curarte si estuvieras herido, asistirte cuando no estuvieras bien.

Pero ella no había venido a verle.

Y bien, ahora estaba mal. Se encontraba herido, si bien no por un adversario. Podía al menos acudir su alma, haciéndole saber que se acordaba de él, que le hubiera gustado acercarse aunque no podía.

Tisia entró de repente, asustándole. Ridículo, pensó. No había movido un músculo ni siquiera frente a los Inmortales del gran rey, y ahora se dejaba asustar por un esclavo. Era su esclavo, el *ilota* que le había acompañado al norte. No podría contar nunca con él en una batalla, ni siquiera como un infante: era robusto y gordo, lento en los movimientos, torpe. Más bien desagradable de aspecto, tenía modales vulgares y una nariz aquilina, tan marcada que le tapaba parte de la boca. Sin embargo era juicioso y preciso, siempre en los alrededores cuando Aristodemo le necesitaba, y solícito a la hora de satisfacerle. Un siervo ideal, qué más daba si no sabía combatir.

Tisia estaba contrariamente preocupado. En pocas ocasiones lo había visto así, ni siquiera durante la campaña. Se permitió incluso cogerle por las muñecas y zarandearlo, mientras le llenaba de palabras al principio incomprensibles a los oídos convalecientes de su dueño.

—¡Euribiade ha ganado a Salamina! —le pareció entender, sólo después de que su siervo se lo hubiera repetido una docena de veces en toda la cara—. Lo han acorralado entre la isla y la costa y aquellos han terminado por enfrentarse unos

contra otros. ¡El gran rey ha presenciado desde el promontorio de Cinosura la destrucción de su flota!

Quizás Tisia se esperaba que Aristodemo le preguntara algo, y se detuvo para retomar el aliento, separándose de él para mirarle con atención. Sólo entonces pareció darse cuenta de que su dueño no estaba interesado por los asuntos de este mundo.

El espartiatá no habló, ni cambió de expresión. Se dio la vuelta, en cambio, y se dirigió de nuevo hacia el jergón, donde se agachó, apoyando los codos sobre las rodillas y sujetándose la cabeza entre las manos. Su mirada permaneció ausente.

Tisia siguió animado, como si le hubieran formulado las preguntas.

—Los nuestros se han encontrado rodeados, con los egipcios en el noroeste de Salamina, los fenicios en el suroeste y los jonios en el sureste. Era precisamente lo que nuestros estrategas querían. Euribíades con sus dieciséis naves se encontraba dentro de la bahía, frente a los jonios, mientras los atenienses estaban a su derecha, delante de los fenicios. En vez de esperar a los helenos en mar abierto, los almirantes de Jerjes se han dejado llevar dentro de la bahía por la progresiva marcha atrás de los nuestros, hasta cuando el sonido de una trompeta ha llamado al ataque. En ese punto, los persas se han encontrado con la costa en sus costados, a los nuestros delante y sus naves que seguían detrás. No podían continuar hacia delante, ni dar marcha atrás sin chocar con nadie, ni tenían el espacio suficiente para maniobrar. Es más, parece que algunas naves de los bárbaros hubieran conseguido derrotarla solamente golpeándola y hundiendo algún que otro buque de su flota, para abrirse el camino hacia el mar abierto. Habrán dejado en ese pequeño espacio de mar más de doscientos restos, ¡y precisamente bajo la atenta mirada de Jerjes!

Aristodemo, antes que nada, tuvo que hacer memoria del hecho de que todavía estaban en guerra. Nada se había decidido en las Termópilas, ni en el Artemisio. Los persas se habían esparcido por el Ática y la entera Grecia central, amenazando con pasar el istmo de Corinto y entrar también en el Peloponeso. Atenas había sido conquistada y sometida con la fuerza y el fuego. Incluso la acrópolis no había permanecido inviolada. Se encontraba suficientemente dentro de los asuntos político-militares de las Hellas para saber que había sido Temístocles, más que el comandante supremo Euribíades, quien había delineado la estrategia de la victoria y pretendido, antes que nada, arrestar a la flota aliada alrededor de Salamina en vez de en el istmo. Por otro lado, los atenienses constituían los dos tercios de la armada griega, y el estratega de Atenas tenía que haberlo tenido presente.

Si sólo hubieran vencido en Artemisio, de las Termópilas no habría vuelto vivo únicamente él.

Su mente volvió a formular conceptos bélicos. La formación militar se encontraba demasiado unida a su naturaleza para que no estuviera presente en una situación parecida, si bien su estado de ánimo había apartado en un lejano hueco de la mente su

existencia de soldado. Consideró que sin el dominio del mar Jerjes habría podido hacer bien poco, a pesar de que sus tropas realizaban correrías a lo largo y ancho de la península helénica. El Peloponeso se encontraba bien defendido por las fortificaciones que se habían construido en el istmo por Leotíquidas, el rey de Esparta todavía en vida, y no se tenía por qué temer una invasión por la parte meridional de la península. Quizás el gran rey habría podido ejercitar el dominio de algunos sectores de la península, de todos modos lejos de la Laconia. En cualquier caso, los espartanos tenían bien poco por lo que ponerse nerviosos, y esto era lo que contaba de verdad.

Se le pasó por la mente un pensamiento. El desprecio que le tenían se suavizaría, ahora que el sacrificio de los Trescientos y de Leónidas en las Termópilas se había revelado determinante para el desarrollo de los asuntos bélicos.

Claro, se dijo a sí mismo, ignorando a Tisia que, de vez en cuando, seguía hablando. El miedo ante la invasión había generado sentimientos negativos, induciendo a la gente a hacer de él una cabeza de turco. Los ciudadanos tenían el terror de que los persas cayeran encima de ellos de un momento a otro, por lo que sentían un cierto rencor contra él, porque no los había defendido hasta el último extremo.

Ahora ella le mandaría una señal. Quizás vendría incluso en visita oficial, para saludar al único superviviente de las Termópilas y sentir de su propia voz la historia de la muerte del soberano. ¿Quién podría pensar mal, en este caso? Y además, todo empezaría de nuevo, como antes de la marcha.

Por primera vez desde hacía un mes tomaba la iniciativa en algo. Ordenó a Tisia que le preparara el agua para el baño, mientras él se sentaba y se concentraba en el pelo y la barba, para estar presentable. Se cortó la barba del rostro que consideró que era demasiada, sobre todo alrededor de las mejillas, y las enjuagó para que estuvieran más suaves. Luego pasó al pelo, que peinó con tal fuerza que se arrancó algunos mechones de cabello.

No tardó mucho tiempo en afeitarse. No tenía que arreglarse para ir a verla, sino sólo un poco, lo suficiente para salir a la calle y llegar hasta la casa de Pantites. En Esparta, después de la batalla, se habían encontrado sólo durante un instante, ante la presencia de otras personas, sin poder intercambiar sus respectivas impresiones. En realidad, Pantites le había visto a él, pero él no había podido ver más que la ságoma del conmitón, ya que sufría todavía por la infección en los ojos que le había salvado y arruinado la vida.

No estaba más alegre que antes, pero sí determinado y con ganas. Una vez fuera de la piscina, en el suelo, se secó e hizo que Tisia le trajera un *quitón*. Terminó de vestirse con ayuda del esclavo, poniéndose sobre el hombro una capa, pero no el *tribon*, una capa roja de espartiatia con el que habría llamado demasiado la atención, sino con el *himatión*^[8]. Tisia lo anudó sobre el hombro izquierdo, pasándolo bajo el

brazo derecho y dejándolo caer sobre el antebrazo izquierdo. El pelo estaba todavía mojado cuando se colocó en la cabeza el petaso, el sombrero de fieltro con el ala ancha, y salió con paso ligero.

Muy pronto dejó atrás el barrio de Cinosura, donde vivía, arrojando sólo una breve mirada hacia la derecha, al santuario de Atenas Alea, que si bien se encontraba cerca de su residencia no veía desde hacía tiempo. Subió hacia el norte, hacia el barrio de Limne, donde vivía Pantites, bordeando el Eurotas y recorriendo la orilla de la izquierda, alargando algo el recorrido. Pudo disfrutar sin embargo de la fresca brisa matutina, que las aguas del río intensificaban, en aquella agradable jornada de finales del mes de septiembre, despertándose del torpor del último mes de su existencia. Además, pasando justo fuera del centro habitado, tenía forma de evitar la multitud de la ciudad, ya en movimiento a pesar de que todavía no era la hora del mercado. En contra de su renovada determinación, temía todavía las miradas y el juicio de la gente.

Quizás él y Pantites no tenían, por otro lado, tanto en común, reflexionó. Él había participado en la batalla, al menos en los dos primeros días, para luego no combatir de nuevo en el tercer y fatídico día. Pantites, en cambio, había sido enviado en busca de refuerzos, regresando cuando todo había terminado. Había recibido órdenes bien precisas, y en su voluntad no se apreciaba ninguna responsabilidad por su falta de participación en la batalla. Vamos, nadie podía imputarle nada a aquel joven.

A fin de cuentas, era difícil que el conmlitón entendiera su estado de ánimo. Nadie habría podido nunca acusar a Pantites de no haber realizado su propio deber hasta el fondo, ni éste podría sentirse nunca culpable, salvo por un genérico sentimiento de compañerismo que empujaba a cualquier *hoplita*^[9] a llorar por no haber compartido el mismo fin reservado por el destino a los compañeros. Aristodemo no lo conocía lo suficiente para establecer cuánto había incidido en el joven la ausencia forzada del campo de batalla, pero de una cosa estaba seguro: no podría sentirse peor que él, y quizás ni siquiera podría entender el tormento interior que lo devastaba desde el día en el que sus compañeros habían muerto.

Dejó a su izquierda el santuario de Artemisia Ortia, que constituía el extremo oriental de la ciudad, y siguió subiendo el Eurotas. Vio en el lado occidental la silueta familiar de la acrópolis, pero prefirió girar a la derecha, hacia el río, eligiendo seguir el flujo de sus pensamientos para compartirlos con Pantites más que recriminar por lo que todavía no había compartido con Gorgo.

Entró en el habitado de Limne. Y nadie se fijaba en él por la calle. Todos intercambiaban opiniones sobre la reciente victoria de Salamina, y a sus oídos llegaron también las conversaciones y valoraciones sobre el argumento de parte de grupos de mujeres. No todas, naturalmente, poseían su visión y su competencia militar. No comprendiendo que el ejército persa, sin el control del mar, era una lanza

sin punta, casi todos seguían teniendo miedo. Esto complicaba bastante la situación.

Procedió con rapidez hacia la casa de Pantites; si algo se había torcido de nuevo en su mente, su cuerpo no lo vio. Sabía dónde vivía el conmlitón cuando no hacía vida comunitaria. Viviendo prácticamente juntos, los espartanos conocían todo de cada uno de sus compañeros. Al igual que la suya, la casa de Pantites era una construcción relativamente modesta, como se imponía a un Igual. En Atenas, una casa parecida habría pertenecido a un artesano. En la zona de acceso, una muralla no más alta que un hombre delimitaba un patio interior y constituía el frente exterior de uno de los tres cuerpos del fabricado. El edificio, en el lado opuesto del patio, el único en dos niveles, constituía una verdadera habitación. La fachada presentaba dos ventanas en el piso superior y una ventana y una ventanilla en el lado inferior. El tejado había sido construido a dos aguas con tejas en barro cocido, a diferencia de los otros dos edificios, apoyados contra un lado del edificio principal. Las fachadas estaban todas encaladas, menos la parte inferior que estaba con la piedra a la vista.

La puerta, con un pequeño tejado de barro, no estaba cerrada. Aristodemo la cruzó, dirigiéndose hacia la entrada del edificio principal. No había nadie en el patio, ni tuvo respuesta cuando llamó a la puerta. Esta última se abrió tras los golpes que dio con los nudillos, como si la casa poseyese una vida propia y hubiera decidido dejarle entrar. El espartiata cruzó el umbral con reluctancia, preso de un repentino deseo por volver a conmliserarse en su propio jergón.

Pero era demasiado tarde. Su mirada había caído en el cuerpo exánime de Pantites, colgando como un saco de un travesaño del techo, con el cuello apretado por la cuerda con la que se había ahorcado.

Muerto. También él.

También él, como Leónidas, Alfeo, Marone, Deniece, Eurito, Ditirambo.

Ahora era él el único que había sobrevivido.

Ahora si que se encontraba solo de verdad.

Los elegidos

—¡Era hora! —exclamó Deniece, cuando un esclavo le informó de la decisión de los éforos^[10]. El robusto espartiatá levantó los brazos en señal de victoria, y los espectadores que estaban a su alrededor atribuyeron sus gestos tan teatrales a la hazaña recién realizada por el *estafilodromo*^[11], que acababa de alcanzar al atleta que iba por delante de él.

Las competiciones de las fiestas Carneas se encontraban en pleno desarrollo. El hecho de que el atleta perseguidor, con la cabeza envuelta con las vendas sagradas, hubiera alcanzado al que dirigía, se consideraba de buen augurio, y el público mostraba su gratitud. La satisfacción de Deniece, a la par de aquella de los amigos que le rodeaban, se centraba en la posibilidad de marchar hacia el frente. Desde hacía semanas se hablaba mucho de cómo los espartanos se podían implicar en la guerra contra los persas invasores. A fuerza de tergiversar, se había llegado a la festividad en la que los ciudadanos subordinaban todo lo demás.

Las celebraciones duraban sólo nueve días, del 7 al 16 de agosto, pero el ejército bárbaro estaba ya tan cerca que obligaba a los lacedemonios a tomar una decisión inmediata. Lo pedía la situación, y lo pedía toda la Grecia, ya movilizada y en espera de la contribución espartana. Por otro lado, también estaba el comportamiento ridículo realizado una década antes, en ocasión de la invasión del rey Darío. También en aquella circunstancia el acontecimiento se había producido en correspondencia con los juegos lacedemonios, con el resultado de que el mérito de haber destrozado a los persas se lo habían llevado los atenienses y los platenienses. El ejército espartano había llegado a Maratón sólo cuando todo estaba ya hecho, y para constatar el trabajo realizado por los aticas y los beocios.

Si la circunstancia se repetía, no sólo el prestigio de Esparta sufriría de forma casi irreparable, sino que la misma Laconia se vería en peligro. Se decía, de hecho, que el ejército organizado por el hijo de Darío, Jerjes, era de proporciones enormes, y que la flota que lo acompañaba era igualmente imponente. Los griegos habían asistido impotentes a su avanzada en Tracia y Macedonia, perdiéndose durante meses en estériles discusiones sobre la estrategia que tenían que adoptar.

Los espartanos habían propuesto una estrategia centrada sobre un amplio frente en el istmo de Corinto, ante el temor de encontrarse con la flota persa por detrás en caso de una línea defensiva septentrional. Naturalmente, los atenienses habían visto en tal solución un testimonio del orgullo *lacedemón*. En el congreso de Corinto afirmaron que si habían entrado en la Liga del Peloponeso —algo no indiferente a su orgullo—, no era para verse abandonados ante la furia persa. Incluso entre los peloponesiacos habían surgido voces disidentes. Había quien decía que dejar avanzar

a los persas hasta el istmo sin combatir significaba dejarles llegar frescos y descansados al encuentro decisivo. Vamos, que al final los atenienses, cuyo estrategia Temístocles estaba demostrando una personalidad y una lucidez impresionantes, estaban consiguiendo lo que querían. Estos disponían de una flota importante, y consideraban más probable que los griegos infligieran a los bárbaros una derrota decisiva por mar que sobre el frente terrestre. Se trataba, según Temístocles, de detener cuanto más al norte posible al ejército persa, obligando a Jerjes a buscar una penetración o un giro con la flota.

Al final, a los espartanos la estrategia no les había disgustado, porque preveía que el volumen mayor de las fuerzas griegas permaneciera alrededor del istmo de Corinto, como reserva y extrema defensa. Se trataba, entonces, de emplear en la campaña terrestre del Septentrión sólo una mínima parte de las tropas a disposición.

No había sido fácil encontrar un acuerdo sobre el punto que había que presidir. ¿A qué altura había que disponer el frente? En la Grecia septentrional y central existían estrecheces, pasos de montaña, y galerías en número suficiente para que los griegos estuvieran discutiendo durante meses. La poca fiabilidad de los tesalios llevó a la derrota en un primer intento de detención en el paso de Tempe, a los pies del Olimpo, donde se había insidiado un contingente con 10.000 hoplitas al mando conjunto de Temístocles y del *polemarco*^[12] espartano Euaineto.

La nueva línea de defensa fue individualizada en el paso de las Termópilas, punto de paso entre Ftiotide y Málide, y junto a la costa, que se podía observar inmediatamente al este de la punta más septentrional de la isla Eubea. Precisamente allí se había deliberado disponer la flota cuya presencia, a la altura del Capo Artemisio, habría obstruido a los persas el paso al canal entre la costa y Eubea.

Los dos puntos de detención, el terrestre y el marítimo, se enfrentaban, casi fundiéndose en uno sólo, el que confería al primero un mero papel de apoyo. Además el paso de las Termópilas, con sus quince metros de ancho en el punto más estrecho, era uno de los más angostos de toda la península helénica, y no parecía necesitar un número conspicuo de efectivos para que se cerrara. Se trataba sólo de detenerlo el tiempo suficiente para inducir al gran rey a intentar penetrar el frente con la flota.

Y era necesario actuar con prisas. El ejército de Jerjes sabía marchar extraordinariamente veloz para tratarse de una armada tan imponente.

Se estaba, sin embargo, en el mes sagrado Carneio, durante el que los espartanos dejaban a un lado su instinto marcial para cumplir con sus obligaciones religiosas. De todos modos, eran el estado de unión de la Liga a la que se habían ido añadiendo progresivamente la gran parte de las *polis* griegas, y esta vez no podían echarse atrás. Por otro lado, no respetar los preceptos religiosos significaba molestar a los dioses, y aquello podía resultar igualmente dañino para el destino de la ciudad.

Los *éforos* habían al final encontrado una solución de compromiso. Que se

marchara mientras tanto el rey Leónidas, con un contingente de 300 hoplitas a quienes se les daría un permiso religioso especial. Por el camino hacia Málide el soberano recogería otros contingentes de los Estados aliados, obteniendo tropas suficientes para arenar la presión hasta el final de las Carneas.

Deniece conocía el desarrollo de la guerra y de las estrategias elaboradas por el alto mando. Como él, todos los Iguales que le habían acompañado al estadio para presenciar las competiciones: Eurito, Pantites, Ditirambo y los dos hermanos Alfeo y Marone.

Los espartiatas en edad de combatir no llegaban a las 9000 almas, y de una forma o de otra se conocían entre ellos. Desde niños habían desarrollado la costumbre de la convivencia, y era difícil que dos de ellos no hubieran compartido nunca una aventura juntos. Si bien algunos habían desarrollado una relación más fuerte, creando asociaciones llamadas *sissitías*^[13] en las que cada espartiatas, incluidos aquellos casados, pasaba gran parte del tiempo, al menos hasta los treinta años.

Era una amistad varonil, que se exaltaba en largos discursos sobre el valor bélico, el coraje en la batalla, la superioridad de los Iguales sobre el resto de la Laconia y de la península helénica. Conversaciones acompañadas por ríos de alcohol y un curioso intercambio de tiernas efusiones y demostraciones de fuerza. Cada noche sus conversaciones marciales se iniciaban durante la cena y continuaban a lo largo del Eurotas, inmediatamente fuera del centro habitado, en competiciones de habilidad que iban desde el tiro al blanco a la lucha, o incluso a la violación de las jovencitas ilotas sorprendidas fuera de sus casas. O si el vino había tomado las de ganar, terminaban en la cama juntos, en una intimidad física que era la directa consecuencia de la intimidad espiritual e intelectual.

Cada microcosmo tenía su líder, y el jefe de aquel grupo de camaradas era Deniece. Su conocida amistad con el hermano menor del rey Leónidas, Pausanias, que de joven se había salvado de un jabalí durante una cacería, le confería un cierto prestigio entre sus amigos. Fanfarrón, excesivo en todos sus comportamientos, no era el más robusto de la banda, pero no había prueba en la que no se demostrara el más fuerte. No era el más atractivo y, sin embargo, con él las mujeres se mostraban más juguetonas cuando las cogía sin pedir permiso. No era el más sensible, sin embargo era el primero que todos elegían si querían confiarle algo a alguien. En realidad, Deniece encarnaba a la perfección, con su mezcla de arrogancia y vigor, el ideal del guerrero espartano que la sociedad *lacedemón* llevaba plasmando desde hacía siglos. Todos intentaban emularlo, si bien a menudo tuvieron que constatar que no eran lo suficientemente fuertes, determinados, carentes de escrúpulos y de vergüenza, para soportar la comparación.

Quienes más se esforzaban en imitarlo eran los hermanos Alfeo y Marone, a quienes el padre Orsifanto, viejo participante de tantas campañas, había inculcado

sólidos preceptos sobre la superioridad de su gen, que su escasa inteligencia había transformado en intolerancia extrema contra todos aquellos que no formaban parte de su casta. Alfeo tenía en aquel entonces menos de treinta años, y su estatura superaba la de todos los conmlitones. Cuando el ejército estaba alineado, la máscara de su casco se levantaba solitaria por encima de las crestas bajo las que se celaba el entero regimiento. El constante ejercicio gimnástico, del cual ningún espartiatas se ausentaba, impedía a su físico robusto degenerar antes de tiempo, manteniéndolo imponente. Pero era fácil imaginarlo, siendo viejo, arrastrar con fatiga un cuerpo voluminoso y pesado debido a los vicios y el peso de la edad.

En su rostro no había nada que se pudiera definir bien hecho; en sus palabras bien poco que dejara transpirar la cultura clásica que se le había impartido; en sus comportamientos, sobre todo cuando estaba borracho, nada que revelara un encuadramiento de disciplina. Y sin embargo era un sólido combatiente y un camarada insustituible, capaz de desafiar cualquier peligro para quitar a un conmlitón de una situación de dificultad.

Su hermano, con casi diez años más, había sido gratificado por los dioses con un poco más de inteligencia, pero no es que hiciera un uso mejor de la misma. Si se hubieran encontrado en peligro, los compañeros habrían preferido tener a su lado a Alfeo, y no porque el más joven fuera el más fuerte, sino porque nadie del grupo estaba convencido de que Marone se sacrificaría por ellos con la misma solicitud que su hermano. Para Marone existían sobre todo Marone y sus negocios, y sobre Marone se desarrollaban la gran parte de sus conversaciones. No es que estas últimas resultasen disonantes respecto a las de sus amigos, también él ansiaba la gloria de Esparta y se procuraba fama como guerrero, pero en sus informes se olvidaba a menudo de citar la colaboración con el resto de la falange, escandalizando a compañeros educados en el culto de la cohesión y de la colaboración absoluta en el campo de batalla.

En realidad, no había subido jamás de rango en batalla, actuando siempre en perfecta sintonía con el resto de la unidad a la que había sido asignado. Después, sin embargo, si se le escuchaba, había sido Marone el encargado de desmembrar la alineación enemiga, o al menos era esto lo que solía repetir hasta el aburrimiento a sus amigos, que lo escuchaban intercambiando sonrisitas de resignación. Marone estaba demasiado concentrado en sí mismo para darse cuenta, y seguía hablando de su propio valor sin preguntar nunca a los demás una opinión al respecto o un informe de lo ocurrido.

Ya que no le agradaba que le interrumpieran o que tuviera que escuchar a los demás, Marone prefería la compañía de Ditirambo, el más taciturno del grupo. Ditirambo era también el más anciano de la compañía, pero precisamente por su carácter esquivo no había logrado ni siquiera el mando de un pelotón, a pesar de ser

un gran soldado. Casi todos los dientes se le habían caído más bien pronto, y por esto prefería no abrir la boca. Según la opinión de sus compañeros era demasiado indulgente, y no siempre se unía a sus hazañas goliardas y a sus abusos. De vez en cuando, se quedaba mirándoles mientras se pasaban el uno al otro a una *ilota* con la que habían decidido divertirse. Si acaso les ayudaba a detenerla, si ésta se lamentaba. Nadie lo había oído jamás realizando una crítica. Sus amigos sabían que no desaprobaba su comportamiento, sencillamente tenía menos iniciativa y energía que el resto.

—Aquí ya queda bien poco interesante por ver —exclamó Deniece después de que el *ilota* se hubiera marchado—. ¿Por qué no vamos a ver a Aristodemo y le comunicamos la noticia?

—¿Por qué no? Quizás es el momento bueno para que consigamos pasar un poco de tiempo con él —se apresuró a responder Eurito, que cuando escuchaba hablar de Aristodemo apartaba cualquier otro argumento de la conversación. El espartiatá se sentía profundamente unido al único de la compañía que había decidido no ir al estadio aquel día, y sus sentimientos no eludían el hecho de que Aristodemo fuera el más guapo del grupo. Era tan bello que numerosos escultores le habían pedido que fuera su modelo para las estatuas de los dioses que les encargaban. Evitando caer en la vanidad, Aristodemo había rechazado siempre estas propuestas, si bien en los alrededores de la acrópolis había una estatua de Hermes que se le parecía extraordinariamente, incluso en los rasgos del rostro. Se decía que el artista lo hubiera observado de escondidas mientras ejecutaba los ejercicios diarios de gimnasia con sus compañeros, memorizando los rasgos y sus formas. Aristodemo no se había preocupado de pedir la cuenta al escultor por su trabajo, mostrando el desinterés más absoluto en este asunto, pero casi todos pensaban que por dentro le estaba enormemente agradecido.

También Eurito, por otro lado, era otro que gustaba a las mujeres y a los hombres. Pero la cortedad y el complejo de inferioridad que había tenido siempre en relación con su amigo hacían que fuera menos atractivo que el otro, sobre todo cuando se estaba en compañía de aquel. Si bien sus ojos y sus actuaciones dejaban percibir un suficiente sentimiento de seguridad, su mirada era menos fiera, su comportamiento escurridizo respecto al del amigo, ante el que se ponía instintivamente en segundo lugar. No había nada que hubiera hecho antes que Aristodemo o contra éste.

—Si estamos entre los elegidos pasaremos mucho, demasiado tiempo con él —comentó Pantites, el último del grupo. Pantites era de verdad el último que había llegado, el más joven de todos y el único que todavía no había vivido una campaña bélica, ni siquiera de corto alcance. Pero en las competiciones deportivas y en las de habilidad con las armas se había demostrado el mejor, y se podía estar seguro que en la primera ocasión lo habrían llamado. Además, hervía por ponerse a la prueba. Había

sido Ditirambo quien había tirado de él y lo había adiestrado, en calidad de su «inspirador», un papel fundamental en la *agoge*^[14] espartana.

—Formar parte de este primer contingente es sólo una cuestión de prestigio. Probablemente no habrá que emplear las armas, salvo, quizás, cuando llegue el resto del ejército —observó Deniece, llevando a los otros fuera del estadio, en dirección a la casa de Aristodemo.

—¿Cómo puedes decirlo? —protestó Marone—. Los persas querrán también atacar, y preferirán hacerlo cuando el paso esté presidado por un modesto contingente, más que por un ejército reforzado.

—Olvidas que nuestra estrategia —añadió Deniece— prevé que el éxito de la guerra se juegue en el mar. Jerjes terminará por enfrentarse con la flota, que le consentirá un acercamiento más rápido hacia Ática. Si llega a ganar, podrá tomar entre dos fuegos el presidio en las Termópilas, cualquiera que sea su consistencia. Pero si ganamos, como es probable, el frente terrestre podría no llegar a ser un teatro de operaciones bélicas.

—Por lo que de nuevo no podremos los espartanos embellecernos con los restos de los enemigos persas, ¡vaya! —exclamó asqueado Alfeo.

—No está dicho —respondió enigmáticamente Deniece, añadiendo inmediatamente después—: olvidas que como jefe de la flota está un *lacedemón*. La victoria nos la atribuirán de todos modos a nosotros.

—Ganar por mar no es lo mismo. Los verdaderos guerreros hacen ver cuánto valen en la tierra firme, en el cuerpo a cuerpo con el enemigo, sin naves u olas de por medio. ¿Acaso Heracles, Aquiles y Áyax consiguieron glorias militares siendo marineros? —se quejó Eurito. Su intervención pareció poner fin a la discusión, que se apartó de argumentos menos complicados, hasta que llegaron a la altura de Cinosura, donde vivía su amigo.

Una vez que llegaron junto a su habitación, vieron llegar al *ilota* de Aristodemo, Tisia. Se le veía acalorado y claramente ansioso por entrar en casa. Deniece lo llamó antes de que pudiera cruzar el umbral de la casa.

—¿Oye tú, vas a ver a tu dueño? —se apresuró a gritarle.

—Claramente, señor —respondió deferente el *ilota*—. Quizás también vosotros queráis tener noticias sobre la decisión de los *éforos*.

—Ya lo sabemos, y queremos ser nosotros los que le demos la noticia a tu dueño, para ver cómo la recibe —precisó Deniece.

—¿Conocéis también la decisión del rey Leónidas de llevar consigo sólo hombres que han tenido ya hijos? —contestó el esclavo—. Lo han dicho sólo en un segundo momento, cuando los mensajeros se habían ido ya a difundir las voces por el estadio.

Deniece lo agarró por un brazo, apretando tanto que provocó un gemido en el esclavo. Ahora el *ilota* sabía que aquel umbral no podía cruzarlo antes que ellos, por

ningún motivo.

—¿Soldados con hijos? ¿Y eso? —le exclamó preocupado Alfeo, que no los tenía.

—Para que la estirpe sobreviva, está claro —sentenció Deniece, dejando el brazo casi morado del pobre esclavo.

—¿Ves cómo la misión se juzga peligrosa? —dijo Marone—. Por lo que parece, no se va a hacer gimnasia en el Septentrión.

—¡Tú quizás vayas al Septentrión! —exclamó asqueado el hermano—. A mí ni siquiera me tomarán en consideración, y de esta forma obtendrás una gran ventaja sobre mí en términos de gloria.

—Verás cómo nuestro padre hará valer su influencia para que tú también puedas venir. ¡Qué va a perder él la ocasión de situar a sus dos hijos mayores en un asunto que huele a gloria ya de lejos! A fin de cuentas, hijos ya tiene otros dos, así que la estirpe no quedará cancelada.

—¿Y yo entonces? —preguntó Pantites—. Mi mujer está embarazada. ¿Vosotros creéis que me tendrán en consideración?

Su intervención provocó una carcajada generalizada entre los demás, que Deniece con su típica autoridad se encargó de apagar.

—Está bien, ahora escuchemos la opinión de Aristodemo. Entra y anuncia que traemos buenas noticias. Y límitate a esto —dijo, dirigiéndose a Tisia.

Desde hacía unos instantes, el *ilota* no tenía en la cabeza hacer otra cosa diferente y se apresuró a entrar en la casa. Apareció por la puerta un poco más tarde, invitándoles a pasar al patio. Los espartiatas tuvieron que esperar sólo pocos segundos antes de que Aristodemo asomara por el edificio. Eurito se emocionaba cada vez que se encontraba delante de él y, en los rincones más escondidos de su mente, los otros sentían un poco de envidia por su atractivo.

El espartiatas era alto, proporcionado, con los músculos esculpidos y exaltados por el sudor de aquel veraniego día caluroso. Llevaba sólo un paño corto alrededor de la cintura, y se movía con la lentitud estudiada de quien es consciente de su propia belleza, con pasos largos y cadenciados, y un movimiento de hombros que secundaba también con la pelvis. El pelo, largo como el de cada espartiatas, era de un negro tan intenso que conseguía acaparar al cuerpo estatuario cualquier atención del interlocutor.

—Pareéis ansiosos por anunciarme algo, amigos. ¿O me equivoco? —inició el anfitrión, al saludarles.

Nadie se atrevió a decir de qué se trataba antes de que hablara Deniece. El Igual esperó unos segundos, complaciéndose de su propia autoridad. Luego se ocupó de indicar las noticias, acompañadas de sus valoraciones. Lanzó una flecha al amigo:

—Esto debería solicitar tu atención para los asuntos bélicos, que desde hace un

tiempo a esta parte no me parece que estén situados en la parte superior de tus pensamientos.

Aristodemo no parecía contento.

Por la noche quedaron todos a cenar en la *sissitías*, como cada día, si bien muchos de ellos, habiendo pasado los treinta años, no tuvieran la obligación de anteponer la compañía de los conmlitones a la de la familia. Acompañaban con el vino el pasto frugal que abrieron con el pan de orzo, llamado *maza*, continuando con el plato típico de Esparta, la sopa negra, una menestra de sangre con carne de cerdo, para terminar con una especie de dulce a base de queso e higos.

Y precisamente, mientras consumían la comida, sentados los unos junto a los otros, fueron anunciados los nombres de los trescientos elegidos por los *ippagretos*. Estaban todos, y aquello desencadenó gritos de júbilo sobre todo por parte de Alfeo, que lo había esperado sin creer mucho en ello. Por lo que parecía, el padre había conseguido enviar a ambos hijos al matadero, pensó Aristodemo mientras les observaba cómo se felicitaban los unos a los otros y fantaseaban sobre su inminente empresa. Después de la cena, sin lugar a dudas, lo celebrarían de un modo u otro.

—Ni siquiera hoy, cuando te lo hemos dicho, te has alegrado —le dijo Eurito, prestando la voz de Deniece, demasiado orgulloso para preguntar el motivo de su malhumor.

Aristodemo observó al compañero, compadeciéndose del mismo. Lo miraba siempre así, consciente de representar, para Eurito, un modelo a imitar, a pesar de ser coetáneos.

—Se va a morir, ¿os dais cuenta? —dijo.

—Por Apolo, ¡pero eres un espartiatá! —exclamó Deniece, esta vez dando él voz a Eurito, que no se habría atrevido a poner en una situación incómoda a su amigo—. Además, morir en una batalla ¡debería ser la aspiración más legítima que se puede tener!

—Lo sería, de hecho —replicó Aristodemo—, si fuéramos a morir para salvar a nuestra patria.

—¿Y no es así, acaso? —preguntó enfadado Eurito.

—No. Aquí se morirá sólo y exclusivamente por la ambición personal y por las frustraciones de Leónidas —sentenció el interlocutor.

—Explícate mejor —le dijo Deniece, provocando.

—Hablemos claro: el rey ha llegado al trono gracias a la muerte precoz de sus dos hermanos mayores. Nadie esperaba que se convirtiera en soberano de Lacedemón, y eso hace que sea poco representativo.

—¿Y bien?

—¿Y bien? ¿Qué es lo que necesita un rey para ser creíble ante los ojos de los ciudadanos que no lo estiman? Una campaña, y posiblemente una batalla —añadió

Aristodemo.

—Te hago notar —objetó Eurito con su típico tono lleno de temor— que los espartanos tendríamos de todos modos la obligación de marchar, tarde o temprano. Su campaña, y probablemente también la batalla, la tendríamos de todos modos.

—Pero en la dirección de un ejército panhelénico, compartiendo el mando con otros estrategas y probablemente con un mero papel de apoyo en el frente marítimo. En ese caso no se tendría tanta gloria, ¿no es así? —intervino Deniece.

—Exacto —confirmó Aristodemo, para nada asombrado por la perspicacia de Deniece—. Marchando ahora, con un puñado de hombres, el rey se asegura un trozo de gloria bien superior. Y veréis que intentará dar batalla antes de que lleguen el resto de los aliados.

—Y aquí te equivocas —objetó Deniece—, porque se trata claramente de un riesgo calculado. Jerjes atacará por mar, y sólo cuando los otros contingentes hayan llegado a las Termópilas. Leónidas no tiene ningún interés en buscarse más problemas. Le basta el prestigio adquirido sencillamente llevando un modesto ejército contra los bárbaros.

—Pero causaría más efecto si hubiera una batalla, quizás con numerosos caídos en nuestras filas y pocos supervivientes, uno de los cuales podría ser precisamente el rey —replicó Aristodemo.

—Bien. ¡Estar entre los supervivientes de una empresa heroica es seguramente el modo mejor para conquistar una fama eterna! —comentó Eurito, esforzándose en dar razón a su amigo.

—¡Exacto! ¡Estar entre los supervivientes de una empresa heroica es *seguramente* el modo mejor para conquistar una fama eterna! —exclamó con mayor énfasis Aristodemo—. ¿Pero no os dais cuenta que ya estamos condenados de todos modos, independientemente de cómo vayan las cosas? Pensadlo bien. De los trescientos elegidos entre los *ippagretos* no hay nadie que haya formado alguna vez parte de los *hippeis*, ni han llamado por clases de edad. Leónidas no ha pretendido a los mejores, como habría sido lo normal tratándose de una actuación un poco delicada. Ha pretendido que se eligiese entre aquellos con hijos, pero sin una carrera militar de alto perfil. En sustancia, ha hecho de forma que se elijan a los sacrificables, aquellos no tan jóvenes que resulten todavía promitentes. Aquellos que después de unos años de campañas no han sido notados por nadie. Esparta no se puede permitir perder a sus mejores guerreros, pero se puede permitir prescindir de nosotros...

—Y bien —exclamó Eurito, para nada desanimado—, ¡éste sería un buen motivo para obtener de una vez el prestigio adquirido por otros en una carrera más larga!

—¿Por un rey que no tiene ninguna estima de ti? Verás que seremos dirigidos por los peores imbéciles de Esparta. Los mejores oficiales se quedarán aquí. Y no se consigue nunca nada de bueno sin un buen oficial.

—Bueno, podría ser una buena ocasión para desarrollar una rápida carrera. No es necesario diferenciarse a la fuerza con veinte años. No es que nosotros seamos buenos, es sólo que no hemos tenido todavía nuestra ocasión, eso es todo.

—¿Pero no has entendido todavía que tu carrera será determinada para siempre después de haber alcanzado las Termópilas? A Leónidas le sirve un puñado de muertos para ganarse la gloria, ¡y no dudará en mandarnos al matadero! —cortó rápidamente Aristodemo, golpeando las manos sobre la mesa.

—Hay algo de lógica en lo que dices —replicó Deniece—. Pero Leónidas no debería solamente sobrevivir a una batalla, debería también comportarse heroicamente, para eliminar cualquier duda sobre su conducta. Sólo así tendría un resultado a su favor.

—¿Y qué necesita, siendo un rey? Para un soldado, que está obligado a obedecer las órdenes, es más difícil, pero para un rey las órdenes las da un rey. Por lo que yo sé, podría también acordarse con los bárbaros y dejarse matar para obtener una ventaja personal —observó Aristodemo con rencor.

—¿Pero te das cuenta de lo que dices? —respondió Deniece—. Estás hablando de nuestro rey. ¡De un rey Lacedemón! ¡Quedaría condenado para la eternidad! Sigo convencido de que se trata solamente de un astuto político en busca de fama militar a bajo precio.

—¿Político astuto? Ese es un hombre sin escrúpulos, te lo digo yo. ¡Nos llevará a todos a la muerte! —replicó Aristodemo, con un repentino gesto nervioso que hizo que todos los allí presentes se sobresaltaran.

—¿Por qué sientes tanta animadversión hacia Leónidas? —le preguntó Deniece, con la mirada clavada en la de su amigo.

—¿Animadversión? ¿Pero de qué hablas? —respondió Aristodemo, volviendo instintivamente a mantener la calma—. Es sólo que no me parece que esté a la altura de un rey de nuestra tradición, eso es todo. No es imponente, no es carismático, no tiene encanto ni autoridad, y si el destino no le hubiera dado un hermano demente y otro tan ambicioso para irse a buscar un reino a otros lugares, no se habría convertido en nuestro rey.

—Precisamente por esto, va en busca de gloria a buen mercado, pero aunque fuera como dices tú, ¿habría que estar seguro, no te parece? —le respondió Deniece, levantándose y dejando que terminara la discusión con Eurito, quien por su parte no se sentía nunca en grado de contraponer alguna tesis a las de Aristodemo. El amigo habría más bien querido continuar juntos la velada pero Aristodemo, distante y serio, no le dio modo de intentar algún contacto y, levantándose con un brusco gesto de despedida, se fue por su cuenta.

Última noche en Esparta

Aristodemo acababa de abandonar a sus compañeros, esperando en vano encontrar junto al Eurotas un refrigerio inalcanzable en Laconia, incluso en las horas nocturnas, cuando escuchó una voz femenina que le llamaba. Como cualquier espartiatas, estaba obligado a andar por las calles durante la noche sin antorcha alguna para demostrar estar lo suficientemente sobrio como para volver a casa, si bien la reconoció incluso antes de ver su sombra. Se trataba de la esclava personal de Gorgo. Había esperado verla aparecer de un momento a otro, como si desear su presencia le diera el poder de materializarla frente a él.

Estaba allí, en cualquier caso, y sintió salir de su boca las palabras que esperaba escuchar desde el momento en el que le habían anunciado su marcha. Gorgo le aguardaba para un último encuentro. La esclava lo condujo junto al río, más allá de la esquina noreste de la ciudad, donde las mujeres de alto linaje iban de vez en cuando a bañarse de noche o a jugar con una pelota junto a la orilla.

La mujer giró luego hacia el oeste para después seguir el recorrido del afluente Musga que, en los alrededores del punto de unión con el Eurotas, se ramificaba en más brazos, entre los que se abría una plataforma triangular de terreno sólido. Llegados frente a la bifurcación, la *ilota* se detuvo, invitando a Aristodemo a pasar al otro lado del curso de agua, reducido en los meses veraniegos a poco más que un riachuelo.

El espartiatas puso los pies desnudos en el agua, mojándose sólo hasta la pantorrilla. No había dado más que unos pasos cuando, en la oscuridad que se extendía hacia el sur, notó una pequeña silueta todavía más oscura en el centro de la plataforma. Apresuró los pocos pasos que todavía le separaban del terreno sólido y, cuando estuvo encima, pudo ver que se trataba de una mujer acurrucada y envuelta desde la cabeza en un *himatión*.

Descubrió la melena recogida en una cola de caballo en cuanto él se le acercó.

—Espero que no hayas dudado que haría cualquier cosa con tal de verte antes de tu marcha —le dijo sin levantarse, con una voz profunda que parecía vibrar el terreno bajo los pies de Aristodemo.

Éste empleó un poco de tiempo antes de contestar. Lo poco que se veía de ella era suficiente para secuestrar su atención durante unos instantes, al menos hasta que no comprobó que ese rostro no era la obra de un artista experto, extraordinariamente hábil con el mármol o con los colores, sino el de una mujer de carne y hueso.

—Lo esperaba, de hecho. Pero una mujer en tu posición debería haber tenido otra obligación que llevar a cabo, y temía que no lo hubieras conseguido —respondió él, arrodillándose a su vez, casi para homenajear su belleza.

—¡Bah! Es precisamente en una noche como ésta que muchos guerreros se olvidan de su propia mujer para establecer el programa de la guerra —comentó ella, mientras sus labios se habían acercado tanto que el espartiatá pudo percibir su respiración delicada y dulzona acariciarle dulcemente la nariz.

—¿Y tú, qué programa tienes? —dijo justo a tiempo Aristodemo, antes de que la boca se encontrara prisionera de dos labios suaves y húmedos de saliva y sudor.

Ella no se separó enseguida para responderle. Es más, lo abrazó con sus manos pequeñas y abrió la boca hasta casi secuestrarle también la lengua con su beso.

—Después. Ahora quiero solamente que tú pienses en mí —respondió autoritaria, levantándose con estudiada lentitud hasta que, delante de los ojos y la nariz de él, pasaron en sucesión su rostro, el cuello, el pecho, el vientre, el pubis, los glúteos, las caderas e incluso los pies que levantó del suelo para liberarse definitivamente del *himatión*.

No llevaba ninguna túnica bajo el *himatión*. No había nada. Pero aquella nada era todo lo que Aristodemo deseaba.

No la miraba solamente. Si la hubiera visto únicamente desnuda habría podido conservar el control de sí mismo, disfrutando de una visión correspondiente al ideal de mujer que albergaba en su mente, y sólo su mente se vería implicada. En cambio, también la estaba sintiendo. Percibía su olor, esa mezcla de aromas y ungüentos que, en cualquier otra mujer, habría resultado un mero elemento externo, un artificio encargado de lograr que la piel fuera más suave. En ella, por el contrario, se transformaba en un regalo para el olfato que producía la exaltación de los sentidos, algo capaz de derretirlo hasta hacerle perder cualquier conexión con el ambiente circunstante.

Ella se quitó el velo que sujetaba en la cabeza, dejando su melena suelta. Era lo único que todavía seguía llevando. Ondeó la cabeza y la larga melena castaña se dividió en dos entre los hombros, que rodeaban la línea suave de la feminidad, con la majestuosa gracia de un atleta. Luego la mujer dio algunos pasos hacia el rincón del Musga más lejano de la ciudad, con los brazos finos que caían junto a sus costados deteniéndose entre un paso y el otro para rozar los muslos. La espalda se iba afinando progresivamente en la cintura, como queriendo dejar el espacio a las nalgas, dos semicírculos que se unían en la parte baja con una línea tan pronunciada que dejaba intuir el espesor y la profundidad. La silueta de ese perfecto trasero aparecía rasgado en dos por una fisura sutil que iniciaba, apenas acentuada, en la base de la espalda y terminaba abriéndose muy poco ahí donde comenzaban las piernas, dos largos estilos de una flor que esperaba a Aristodemo para ser recogida.

—¿No te das un baño conmigo? —le dijo, girando la cabeza y mirándolo como si toda la luz de las estrellas situadas encima de ellos se asomara en sus ojos.

Se levantó también él, sintiendo vergüenza repentinamente por estar todavía

vestido. Se quitó la túnica sin dejar de observarla mientras entraba en el agua y se arrodillaba, dejando que la débil luz lunar se reflejara en su pecho firme, que un fugaz movimiento de su mano mojada lo transformó en espléndido. Aristodemo se acercó, diferenciando con más claridad la forma, fiera y magnífica, modelada por la fosa escavada entre ellos, más larga y acentuada en la parte superior, donde el pecho comenzaba a desarrollarse en dos simétricas gotas que casi se tocaban en el centro para luego separarse de nuevo hacia abajo.

Entró también él en el agua, recuperando, al arrodillarse frente a ella, la visión que Gorgo le había ofrecido unos instantes antes. Primero el pubis, luego el vientre, luego el pecho y por último la cara. Le rozó apenas la boca, antes de acercar el rostro a la mano derecha, que ya estaba sobre el pecho. Empujó delicadamente la punta con el índice, pasando la lengua por la superficie de la aureola, que había pasado a ser rugosa e irregular tras el contacto con el agua y con él.

Su mano izquierda bajó, en cambio, por la espalda, siguiendo con los dedos el surco que corría a lo largo de la espina dorsal, mientras la palma acariciaba su piel suave. Apartó los mechones de pelo que se habían pegado, llegando hasta la cintura. Desde allí su mano bajó todavía más, tirándose al agua. Luego recorrió el glúteo hasta el principio del muslo, refugiándose en la fisura que lo dividía del otro. Sus dedos jugaron entre sus nalgas, apretando hasta levantar ligeramente la pelvis de la mujer, que respiró profundamente con ardor, apagando sus suspiros en el oído de él.

Aristodemo sintió un fugaz pinchazo de dolor en el lóbulo de la oreja, que sintió morder con tanta o más violencia que la intensidad de sus dos dedos empujando entre las nalgas de su amante. Escuchó los gritos de ella que le hacían temblar el tímpano. Sabía que no eran sólo gritos de excitación, sino también una invocación para aumentar la intensidad del placer que le estaba infligiendo. Con la mano derecha dejó de apretarle el pecho y se centró en el pezón. Lo apretó hasta que la sintió gritar, percibiendo el eco en su oído, pero sin embargo, con un movimiento repentino que dejó en la boca de la mujer un fragmento de su lóbulo derecho, no le obligó a separarse.

Ella lo miró amenazadora, casi para intimidarle a no protestar ni a lamentarse. Luego le escupió en la cara el trozo que le había arrancado y volvió a apretarse ambos pezones ella sola, manteniendo la mirada clavada en la suya y mordiéndose los labios, que pasaron a ser de color púrpura sanguíneo en una sonrisa feroz.

También en este caso, Aristodemo sabía lo que pretendía la naturaleza de la mujer. La agarró por las muñecas y llevó sus brazos hacia él, pero ella se opuso, manteniendo la presión de los dedos sobre sus pezones hasta que no cedió ante la fuerza superior de él. De esa forma, sin embargo, Gorgo dejó que primero los dedos y luego las uñas hirieran en un instante sus propios pezones, cuya sangre alcanzó el pecho del compañero. Éste la besó de nuevo, moviendo la lengua de forma que

podiera recoger alrededor de los labios la sangre que caía, y condujo las manos de ella sobre su propio trasero, donde las uñas de la mujer comenzaron una nueva obra de destrucción.

Cuando las bocas se separaron, fue ella quien se agachó ligeramente y chupó la sangre con la que había manchado el pecho del hombre. Encontró sudor y agua del río, en una mezcla de sabores que inmediatamente después trasladó a la boca de él. Mientras tanto sus uñas se clavaban cada vez con mayor intensidad en los glúteos de Aristodemo, que empujándolo para que colocara su pubis sobre el de ella le iba infligiendo a su amante una devastadora mezcla de placer y dolor.

El agua alrededor de ellos se había coloreado de rojo cuando la mujer decidió separarse del cuerpo de él. Apartó las manos de sus glúteos como se extraen los cuchillos de una herida, apartó la pelvis y se agachó, metiendo la cabeza y las manos en el agua. Mantuvo fuera sólo la nuca, que Aristodemo vio cómo se movía con un ritmo constante durante un buen rato, antes de que toda la cabeza saliera y Gorgo retomara la respiración.

Muy pronto se vio abordado por el deseo de penetrarla. La agarró por el pelo para que se diera la vuelta, pero Gorgo se puso de repente de pie y saltó sobre sus hombros, apretando su rostro entre sus muslos y obligándolo a echarse hacia atrás, hasta que cayó en el agua sobre la espalda. Luego la mujer apretó la cabeza del amante en su pubis y éste, jadeando, sujetándose con los codos sobre el fondo, abrió la boca y dejó correr la lengua dentro de ella. Bebió mucha agua, que ella le consintió tirar levantando el cuerpo y agarrándole la cabeza por el pelo. Luego, después de haberle dejado toser, lo empujó de nuevo al agua. Sus muslos sujetaron otra vez la cabeza de Aristodemo contra el suelo, mientras el cuerpo de ella se echaba hacia atrás alcanzando con su mano el miembro del hombre.

Aristodemo luchó de nuevo, para darle placer, contra el agua que penetraba en los pulmones. Luego sintió una vez más tirar hacia arriba por el formidable agarre de los muslos de la mujer, que se echó hacia atrás dejándole caer en el agua. Mientras tosía y escupía a la vez, con los ojos velados por el agua, el espartiatá consiguió ver cómo se daba la vuelta apoyando las manos y las rodillas en el fondo, dejando que fuera del agua se observara solamente la espalda y la cabeza. Sus nalgas, iluminadas por la luna, deslumbraron su mirada todavía herida e imperfecta, pero ella escondió rápidamente la superficie, tan tersa que resultaba ser perfectamente reflectante, pasando una mano por encima. Sus dedos fueron a meterse entre los glúteos, como queriendo indicar al amante la vía que debía seguir.

Aristodemo obedeció, y si bien continuaba tosiendo agua, le quitó la mano —que ella trasladó inmediatamente entre sus propios muslos— y entró con su miembro. Sabía que ella pretendía golpes fuertes y continuó con la mayor potencia que era capaz de realizar, mientras caía sobre la espalda de ella agua y saliva. Cuando la

sintió gritar de placer no se detuvo, ni se dejó ir también él, porque sabía que su amante habría gritado de nuevo en repetidas ocasiones. Sólo cuando la vio arquearse y sintió que se ponía rígida una cuarta vez, se aligeró también él, liberándose con ruidos bestiales, incluidos los últimos residuos de agua de los pulmones.

Llegaron ambos hasta la orilla, arrastrándose por el fondo y tumbándose luego boca arriba, con la parte inferior del cuerpo todavía en el agua. Ella se encontraba junto a su lado izquierdo y notó la oreja mordida, de la que todavía caía abundante sangre. Se acercó a él con el rostro y apretó la herida con los labios, con la intención de detener el flujo de sangre y desinfectarlo.

Aristodemo se abandonó a la comodidad de su respiración, que percibía nítidamente en el propio oído y al calor de su cuerpo, impregnado de olores de la batalla sexual que acababan de mantener. Sintiendo la mano de ella que le acariciaba, las líneas de los músculos en el pecho, se sorprendió pensando en la ternura que era capaz de manifestar esa mujer que, sólo un instante antes, le habría matado con tal de sentir placer.

—Gorgo es de verdad una reina —concluyó, maravillado—, una reina guerrera como Esparta se merece, pero también una soberana capaz de cuidar de sus propios súbditos. ¿Te estás ocupando de mí, ahora? —le preguntó sin girar la cabeza para mirarla, pues no se encontraba en condiciones de soportar otro tirón.

Ella se separó lentamente, y controló que el flujo de sangre se hubiera detenido antes de responder.

—Claro. Eres el *lacedemón* que me gustaría cuidar más. Es más, me gustaría que tú fueras el soberano, de esta forma también tú podrías cuidarme.

—¿Leónidas te ha vuelto a maltratar? —le preguntó él nervioso.

—Claro. No le falta nunca el momento para hacerme escuchar su desprecio hacia mi padre y la estirpe de mi madre —replicó ella con absoluta distancia.

—Cleómenes fue un rey discutible, pero el odio de tu marido contra la memoria del hermanastro no es justificable. Cuéntame —le intimó él, agarrándola por un brazo que, fuera del éxtasis sexual, parecía terriblemente frágil.

Ella lo pensó antes. Luego respiró profundamente y respondió:

—Ocurrió hace tres días. La perspectiva de la marcha anticipada ha hecho que esté todavía más exaltado.

—¿Y entonces?

Le pareció ver una lágrima que caía de sus espléndidos ojos.

—Ha querido dejarme un último recuerdo de su soberbia, y sólo los dioses saben lo que me hará esta noche —intentó seguir hablando.

Él la abrazó contra ella. Sabía que tenía razón. Probablemente Leónidas, consciente de correr el riesgo de no volver, se habría desahogado con ella como nunca hasta ahora lo había hecho. Se trataría de una noche larga para ambos.

—Me obligó a coger la *panoplia*^[15] de mi padre —retomó Gorgo—. Luego me mandó que me desnudara por completo. Cogió un casco y una coraza y orinó dentro, obligándome a ponérmelos y a correr hasta que me derrumbé por el esfuerzo.

Se detuvo de nuevo. Parecía que le costaba trabajo articular las palabras. Pero Aristodemo esperó a que hablara de nuevo, sin preguntarle otra vez.

—Pero me obligó a ponerme de pie y a seguir corriendo. Y cuando me desmayé de nuevo, él me levantó y siguió arrastrándome hasta que se cansó.

Los sollozos de la mujer cubrieron las palabras, impidiéndole seguir. Aristodemo sintió que temblaba por la rabia. De un salto se sentó y miró fijamente lo que tenía frente a él.

—De esa forma, no sólo te deshonra sino que se demuestra también indigno de la corona que lleva. ¡Lo mataría con mis propias manos!

—Si sólo Cleómenes hubiera tenido hijos varones —añadió Gorgo después de una pausa—, o si Dorieo hubiera sabido esperar, los *éforos* no me habrían obligado a casarme con su hermanastro —se lamentó la mujer, cuyas mejillas quedaban surcadas por riachuelos de lágrimas.

—Sí, sí, sí... —contestó él—. Es precisamente con los *sísciritis* que Leónidas ha construido su fortuna. Y si muriera en las Termópilas, su fortuna tendría finalmente un fin.

—Si muriera pero tú también podrías morir allí —le dijo ella—. Y yo, viva o muera él, no sé cómo sobreviviría sin ti. Conmigo no habla, eso está claro, pero creo que su idea es llegar al frente antes que nadie y esperar a que el enfrentamiento ocurra en el mar.

—No eres la única que lo piensa. Yo, en cambio, opino que me llevará a la muerte para poder ser recordado eternamente. Y es precisamente éste el problema: no seré el único que muera. Me gustaría poder evitarlo, pero no es posible.

—Bueno, admitamos que una batalla la habrá, al final. Si durante el enfrentamiento ocurriera algo —se atrevió a decir Gorgo—, quien tome su lugar podría ordenar la retirada. Nadie podría decir que los espartanos se han retirado sin combatir.

—¿Y si no ocurre? ¡Tendremos que morir todos antes de que muera él!

—Podrías podrías hacer de forma que ocurra, ¿no? —dejó caer ella con una cautela muy estudiada.

Aristodemo la miró como si la viera por primera vez. Le parecía complicado reconocer que incluso el ser más perfecto jamás creado por los dioses pudiera concebir pensamientos despreciables. Pensó que, si llegaba a concebirlos, no eran por otro lado tan depravados. O quizás era la desesperación la que le inducía a tanto. De cualquier forma, él no se sentía el hombre típico capaz de seguirla por ese camino. Se levantó y se dirigió hacia el punto en el que habían abandonado las vestimentas.

—Perdóname, no debería hablarte así. Eres un espartiatas recto y leal, y yo una mujer que se ha vuelto malvada por las circunstancias —sintió que le decía por detrás.

Se dio la vuelta antes de recoger su ropa y le dijo:

—No pasa nada. No sigamos hablando de ello. —Y luego se le acercó de nuevo, tendiéndole la mano para levantarla.

—Claro, no sigamos hablando. No puedo seguramente pretender que tú te sitúes a su mismo ínfimo nivel, asesinando a un rey precisamente como ha hecho él —le heló ella, poniéndose de pie.

De nuevo sus rostros se rozaron.

—¿Asesinar a un rey? ¿Qué significa?

—No he tenido nunca el coraje de decírtelo. Pero es un secreto demasiado grande para llevarlo yo sola, y eres el único con el que me siento capaz de poder compartirlo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él nervioso, agarrándola por la muñeca.

—Fue él quien procuró la poción que sirvieron varias veces en el vino de mi padre Cleómenes, hasta que se volvió loco. Después de haber sabido la muerte de Dorieo en Sicilia, Leónidas se dio cuenta que el camino entre él y el trono de Lacedemón se había acortado mucho, y que habría sido necesario realizar un último esfuerzo.

—Cleómenes se volvió loco porque era un imbécil borracho. Eso es lo que todos saben —contestó Aristodemo.

—Lo crees porque lo quieres creer. El vino no te vuelve loco. Pero eso no es todo.

—Es sólo una hipótesis. No hay nada cierto —insistió Aristodemo.

—Nada cierto, además del hecho de habérmelo dicho Leónidas precisamente durante uno de sus jueguecitos perversos. Pero como te he dicho, no es todo.

—Sigue.

—¿Qué sabes de la muerte de Cleómenes? —le preguntó la mujer, mirándolo con intensidad a los ojos.

—Lo que todos saben —respondió el espartiatas, alargando los brazos—. Una vez en prisión, Cleómenes consiguió procurarse un cuchillo, gracias al *ilota* que lo tenía en custodia, y en su locura se mutiló para luego morir entre los dolores más atroces.

Gorgo movió la cabeza.

—Y bien, fue Leónidas quien me contó como fueron las cosas de verdad. Hace tiempo lo sorprendí mientras, borracho como una cuba, clavaba puñales en una estatuilla que representaba a mi padre. La rompió y me la tiró. Luego me gritó que había sido precisamente él quien le había quitado el cuchillo al *ilota*, había entrado en la cárcel y había matado al rey. Pero degollarlo le parecía poco. Lo cortó literalmente en pedazos con aquel cuchillo, dejándolo morir entre los tormentos más inhumanos. Luego mandó matar también al *ilota*, acusándolo de haber permitido que Cleómenes

se hiriera con él.

Nada habría podido asombrar más a Aristodemo. La dejó que se marchara y se metió los dedos por el pelo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —le gritó, tapándose el rostro con las manos.

—¿Podía obligarte a llevar contigo un peso parecido? Sé muy bien cuánto puede ser de gravoso para una reina o para un espartiatá. Ahora te lo he contado sólo porque espero ser juzgada de forma mucho más indulgente por el hombre que amo —le dijo. Y de nuevo la luz de todas las estrellas del firmamento se situaron en su mirada.

—Yo no juzgo a mi reina —le gritó, pero cuando Gorgo estaba ya a unas decenas de metros de distancia—. Si vuelves, seré feliz. Si vuelves sin él, seremos felices juntos.

Aristodemo no consiguió pegar ojo la noche que precedía a la marcha hacia el frente. Una noche en la que todos tenían que haberse divertido y desahogado. Al menos, así lo había decidido el Estado. Un Estado que orientaba la vida de un espartiatá desde la tierna edad de siete años, determinando cada momento de la jornada, cada temporada, cada actividad. Un Estado, concluyó Aristodemo, que decidía también cuándo tenía que morir.

Permaneció hasta el alba reflexionando, con los ojos abiertos, tumbado sobre la cama, más que nada para descansar del esfuerzo realizado con Gorgo, sin preocuparse por satisfacer a su esposa. A esta última le había dicho que había perdido el lóbulo en una pelea entre borrachos, durante las celebraciones que se habían sucedido tras el anuncio de la marcha. Luego se había despedido de ella con rapidez, yendo a tumbarse a su propio jergón.

Había arriesgado varias veces la vida en la batalla por una causa que consideraba justa: para defender no sólo al Estado, sino también —y sobre todo— a los conmitones que luchaban a su lado. El Estado era un concepto abstracto, mientras sus compañeros eran hombres de carne y hueso, con una vida interior y una personalidad bien definida. Definida por el Estado, más que por su naturaleza, en realidad. ¿Por eso eran los «Iguales»? ¿Por qué el Estado les había forjado a todos de la misma forma, como meros actores que seguían una bandera predispuesta por los éforos, reyes y *Gerusia*^[16], a su vez condicionados en sus decisiones por los dioses?

Al final, ¿a quién se había empeñado defender y por qué? A un despiadado dueño que lo había convertido en un esclavo, incluso en los que a sus pensamientos se refería, y también al de los compañeros que no vivían una vida verdadera, sino que interpretaban una parte escrita para ellos desde hacía tiempo inmemorable, generación tras generación, sin que se pudiera percibir la diferencia entre un hombre y otro, entre un padre y un hijo.

¿Para qué había salvado a Alfeo si éste se habría reencarnado en miles de otros

espartiatas?

Desde el comienzo del *agogé*, su adiestramiento durante la adolescencia, le habían llenado la cabeza con conceptos sobre la importancia y la superioridad de los espartiatas. Le habían dicho siempre que era un privilegiado, un consagrado a destinos más elevados que los de gran parte de los hombres. Pero quizás no lo era tanto si no podía tomar una decisión autónomamente.

Probablemente, pensó, sensaciones de ese tipo habían albergado siempre en su mente, pero se habían visto arrinconadas por el orgullo de pertenecer a una casta y a una *polis* superior al resto del mundo. Algo había salido a la luz cuando había comenzado la relación con Gorgo, que lo había sacudido desde el principio, hasta llevarle a preguntarse por primera vez si era justo vivir sólo para contribuir a procurar la gloria al propio Estado en el campo de batalla.

Pero aquello que le había confesado la amante pocas horas antes había resquebrajado lo que quedaba de respeto en su interior hacia las instituciones. Si la *eunomia*^[17], el «armonioso orden» *lacedemón*, consentía a uno como Leónidas conseguir el poder, casarse con una mujer que habría sido mucho más feliz con otro, y llevar a morir a centenares de hombres por pura ambición personal, entonces en el sistema había algo marchito.

Hasta que el Estado se viera personificado en uno como Leónidas, era lícito preguntarse si valía la pena un sacrificio extremo.

—Señor, ha llegado la hora de prepararse. —Tisia había entrado en la sala, y sólo entonces Aristodemo notó que la luz débil de la aurora pasaba a través de las ventanas. Se levantó de la cama, deteniéndose a pensar que, probablemente, de los trescientos seleccionados era el único que se movía sin ningún entusiasmo.

Sabía que la propaganda imponía un uniforme particular para presenciar la ceremonia del sacrificio, aunque para la marcha habría llevado puesto sólo el *tribon*. Tisia, que había transcurrido la noche anterior comprobando las condiciones de todo el equipo, le ofreció una ampolla de aceite. Aristodemo se sirvió el contenido en las manos, empezando a extenderlo muy despacio sobre el pecho y los brazos, para limpiarse el sudor de la noche anterior. Su esclavo se detuvo junto a la muralla donde estaba colgada la *panoplia* del espartiatas. Cogió en primer lugar la coraza, que separó con cuidado de la pared, quitando delicadamente, casi con veneración, la envoltura que la protegía.

Las cuatro piezas principales que la componían estaban amontonadas unas encima de las otras. El *ilota* cogió la pieza correspondiente para los hombros y comenzó a desenrollarla con atención, comprobando que todo estaba bien. Luego apartó las espinilleras, el casco, el escudo, la espada y la lanza y los sometió a una inspección final, haciendo notar a Aristodemo que, a lo largo de la parte interior del escudo, habían saltado dos ganchos del anclaje de la cuerda que le confería una

mayor estabilidad a la empuñadura.

—Ayer por la noche los ajusté yo mientras estabas fuera —intervino la esposa, o mejor, la mujer que había elegido para que generara hijos, según lo que el Estado les imponía hacer antes de los treinta años.

En realidad no había sido ni siquiera la primera elección. Se había casado antes, a la edad de veinticinco años, con una joven que consideraba bella y reputaba como verdadera espartíata. La había elegido él, a pesar de haber tenido que esperar la aprobación de los ancianos del *oba*^[18] donde pertenecía el pueblo de Cinosura. Antes de los treinta años, las ocasiones que tenían un marido y una mujer de estar juntos en Esparta no eran muchas, y los hijos que el Estado esperaba tener de aquella unión no habían llegado. Y después de dos años Aristodemo se había visto obligado a repudiar a aquella mujer, incluso con malestar. Posteriormente, perdiendo interés en el asunto, dejó en manos de los ancianos del pueblo la obligación de buscar a otra. No tenía preferencias, era suficiente para él que se revelara fecunda y le consintiera tener la *tecnopoiia*, el premio reservado a quien generaba hijos. Y los ancianos habían elegido a aquella mujer, sólida y fuerte, educada también ésta con un estilo de vida austero y crecida en el ejercicio físico. Era una perfecta dueña de su casa y una escrupulosa administradora de su propiedad. Además, le había dado un hijo sin problemas. Pero no había nada en ella que Aristodemo encontrara digno de atención. En los últimos tiempos, además, la relación con Gorgo le había llevado a ver en aquella mujer plácida y respetuosa el enésimo testimonio de la injerencia del Estado en su propia vida. Con todo pesar, había terminado por detestarla, y después del segundo hijo ni siquiera la había tocado. Le dirigía la palabra con dificultad. En realidad, si bien era verdad que aquella mujer no tenía nada que no funcionara, no habría podido nunca cogerle cariño.

—Has hecho bien —consiguió decir Aristodemo. Su desesperada búsqueda de atención la ponía en evidencia, en ese momento más que nunca. Le habría hecho sentir menos culpable si al menos fuera una mujer odiosa.

—Te ayuda, en los hombros y en la espalda —le dijo, echándose el aceite en las manos. Aristodemo era consciente de cuánto ella lo deseaba, y la dejó hacer. La mujer se acercó y empezó a masajearle la piel con una delicadeza casi impalpable, en comparación con los modos agresivos con los que Gorgo había arañado su piel pocas horas antes. Sus manos, demasiado respetuosas, empezaron a realizar movimientos circulares y regulares por todo el cuerpo esculpido. Y como llevaba mucho tiempo sin tocarlo, ella se había acostumbrado a considerarlo como algo sagrado, que había que tratar con veneración. Cuando sus dedos llegaron a la altura de los glúteos no fue él quien tuvo un sobresalto, sino ella, cuando rozó las heridas producidas por las uñas de la reina, en las que el aceite penetró de igual manera.

La mujer no se detuvo demasiado, y se agachó para frotarle los muslos y las

pantorrillas, junto a los brazos las únicas partes destinadas a permanecer al descubierto tanto del vestuario como del equipo de guerra. Una vez que llegó a las pantorrillas, se echó hacia delante, pero el hecho de que su rostro estuviera a la altura del pubis desnudo llevó a Aristodemo a taparse.

—Por delante ya lo he hecho. Ve a coger el recogedor —le dijo con un tono brusco, más de cuanto hubiera querido.

La mujer se levantó enseguida, herida, y le procuró el instrumento metálico dotado de una lámina con la que retirar el aceite sobrante de la piel. Hizo el gesto de hacerlo ella misma, pero Aristodemo la cogió por la muñeca y le quitó el instrumento con delicadeza, agarrándolo sin suavizar la mirada e indicando que quería hacerlo él solo.

La mujer fue a coger el *quitón* y esperó pacientemente a que Aristodemo completara su trabajo, observándolo con infinita melancolía. Entonces le entregó el vestido, que él se puso con rapidez, sin poder impedir que ella le apretara el cordón alrededor de la cintura. Soportó con impaciencia su abrazo, luego se apartó y fue a recoger el uniforme, las dos espinilleras de bronce todavía objeto de estudio por parte de Tisia.

Una vez de vuelta a su sitio, apoyó un pie en la silla y colocó el artilugio encima de la espinilla, hasta cubrir la pierna desde la rodilla hasta la pantorrilla. Luego comenzó a apretar hasta que consideró que lo había sujetado de forma adecuada. Seguidamente puso el pie en el suelo y constató la resistencia de ésta, que se demostró plenamente integrada con la pierna. Repitió el procedimiento con la otra pierna. Luego se puso derecho pidiendo a Tisia que le llevara la coraza.

Su mujer ayudó en silencio al *ilota* a levantar la armadura y a llevarla hasta el guerrero, que mientras tanto había alargado y levantado los brazos para facilitarles su trabajo. Ella sujetó el panel anterior, agarrándolo al pecho de su propio esposo. No se trataba de la rígida coraza de bronce que muchos preeminentes soldados y oficiales utilizaban, sino una que era más flexible, compuesta por varias capas de lino unidas unas con otras, y que tenía un espesor de apenas cinco milímetros que se adaptaba progresivamente a las formas del cuerpo. La mujer aprovechó para empujar la sutil armadura contra los robustos pectorales del marido y percibir las formas de aquel que tenía fama de ser el hombre más bello de Esparta, pero que era casi un extraño ante la mujer que lo había desposado. Lo buscó también con olfato, acercando su propio rostro al de él, pero Aristodemo, molesto por su aliento —no porque fuera desagradable, sino porque no se parecía en nada al de Gorgo—, intentó seguir los movimientos de Tisia, al menos cuanto le consintieron las capacidades de torsión del cuello. El esclavo, de hecho, estaba dando la vuelta alrededor de su deslumbrante figura, apretando también alrededor del costado y la espalda. El espartiatá continuó siguiendo al *ilota* con la mirada mientras éste jugaba con las correas dispuestas en el

lateral izquierdo, clavando los alfileres que unían ambos extremos.

Ella intentó otra forma de acercarse, arrodillándose y comenzando a colocar los *pterugi*^[19] que caían bajo la cintura. La coraza, de hecho, terminaba con hendiduras que permitían que se amoldara mejor al cuerpo, gracias a las tiras que caían hasta la altura del pubis. Una capa posterior de tales correas también se encontraba por dentro, para llenar los huecos entre una y otra, pero se trataba de una protección puramente formal. Tan formal que la mujer, al separar las que se habían montado sobre las otras mientras se colocaba la coraza, pudo rozar en más de una ocasión el miembro del marido.

Cuando su presión se hizo demasiado evidente, Aristodemo echó hacia atrás instintivamente el vientre. Su movimiento quitó cualquier oportunidad a la mujer, que se levantó majestuosamente y fue a coger el casco, extrayéndolo de la custodia y apoyándolo sobre una mesa. La mujer se detuvo unos instantes para observar el objeto que constituía la nueva máscara de su hombre: una caja de metal con amplias protecciones en las mejillas que casi se tocaban en la parte superior y una protección de la nariz con forma de punta de lanza afusolada, que dejaba al descubierto sólo los ojos y la parte central de la boca. Los anillos, dos en la frente y uno a la altura de la nuca, estaban colocados en la superficie superior para colocarla en la cabeza.

Del casco extrajo un paquete que contenía la capucha de algodón usado por los hoplitas para protegerse del contacto del bronce con la cabeza. Lo desdobló y lo apoyó junto al casco, agachándose para coger del suelo otra envoltura de pequeñas dimensiones. De esta última cogió la cresta, de crines de caballo pintado de rojo, que cepilló con los dedos de una mano mientras con la otra apretaba el soporte rígido inferior a cuadros. Luego cogió el casco, le dio la vuelta, y colocó encima la cresta, apretando con fuerza los tubos cardenales para que entraran los anillos.

Después de haber enlazado la coraza, Tisia había observado fijamente el panel posterior de los hombros, apoyándolo alrededor del cuello de su dueño. Aplicó la parte de protección de la nuca uniéndola a la coraza en correspondencia con la *scapole*, sujetando las tiras con el pectoral. Luego comenzó a sacar brillo a las guarniciones y los bordes de la armadura, pasando un paño por toda ella. Sus atenciones cuidadosas hicieron que resaltaran las decoraciones y la máscara teatral, colocada justo en el centro del esternón.

Al final el *ilota* extrajo de la cintura un cordoncito con el que arregló la cabeza del dueño para sujetarle la melena, teniendo cuidado de no dejar que más filas de largos rizos bajaran detrás de las orejas y se adecuaran sobre los hombros.

—¿Corto? —le preguntó luego el *hoplita*, después de haber cogido un cuchillo.

«Teniendo en cuenta las circunstancias en las que se desarrolla esta particular campaña —pensó irónicamente el espartiatá—, debería raparme al cero para consagrar a los dioses un número de cabellos suficiente como para garantizarme la

vuelta a la patria. Pero si todo esto es un espectáculo, me veo obligado a recitar mi parte, esperando no molestar demasiado a los dioses con mi soberbia».

—Corta —respondió, levantando los hombros.

Según el uso, Tisia cogió un mechón de pelos para meterlo en un recipiente con forma de espiral de bronce y depositarlo en el templo de Artemisa como voto para el buen destino de la empresa.

Inmediatamente después, de las manos de la dueña el *ilota* cogió el gorro de algodón con el que cubrió la melena de Aristodemo, realizando no pocos esfuerzos para alargar los brazos hasta la parte superior de la cabeza. El guerrero le facilitó la obligación inmediatamente después, doblando ligeramente el cuello y las rodillas cuando le tocó el turno del casco. Tisia, consciente del aislamiento y del calor que imponía al *hoplita* el modelo corinto una vez puesto, se lo apoyó apenas sobre la cabeza dejando libre el rostro.

Luego el esclavo se giró para ir a coger la espada, sólo para darse cuenta de que la mujer se la estaba ofreciendo, sujetándola en las manos con la funda y la bandolera, como si fuera un objeto sagrado. Tisia se ocupó de atar la espada al cinturón del *hoplita*, teniendo cuidado de que la empuñadura cruciforme de la espada se situara en perfecta correspondencia del lateral izquierdo de Aristodemo. Éste extrajo inmediatamente el arma, la movió un par de veces y observó la hoja, de doble corte y 75 centímetros de larga, para volverla a poner dentro de su funda, satisfecho.

Sólo faltaba la lanza y el escudo. Aristodemo sujetó el arma principal de un *hoplita*, apretándola en el centro de la robusta asta en madera de olivo, allí donde estaba forrada de una pieza de cuero, haciéndola girar en el aire con consumada maestría. Luego la detuvo y observó por turno ambas puntas, que se distanciaban entre ellas dos metros y medio. Aquella anterior tenía una cúspide delineada y con forma de hoja; la otra era una sencilla punta que los guerreros empleaban para clavarla en el suelo, y por ello se la llamaba *stirax*^[20]: «matalagartijas».

Por último, contempló el escudo que le ofrecía su esclavo, verificando complacido el excelente trabajo realizado por Tisia después de la última campaña. Éste se había ocupado de sustituir la sutil capa de bronce que constituía la cubierta exterior de la armadura de madera, lugar donde se recibían los golpes de los adversarios. Los colores de la superficie le parecieron de nuevo vivaces y la gran lambda mayúscula que reconocía su pertenencia al ejército *lacedemón*, brillaba nuevamente, neta y diferente, en el centro del manufacturado.

Con la ayuda de Tisia metió el brazo en el *porpax*^[21], la manilla de bronce dispuesta en el centro posterior del escudo, y agarrando con los dedos la cuerdecita que recorría los bordes comprobó su resistencia con un fuerte tirón de los dedos. Sólo la noche anterior, el *ilota*, con las dos placas de fijación, había montado en el escudo la manilla que los guerreros solían conservar separadamente para prevenir el uso por

parte de malintencionados y ladrones.

Para terminar, su ayudante entró a coger el *tribon*, que yacía apoyado contra el respaldo de la silla desde la noche anterior, lo desdobló y se lo colocó en los hombros, agarrándolo con la anilla del hombro izquierdo. Olía a vino, sudor, polvo y tierra, hierba y sangre, pero un espartiatas no lo lavaba. Nunca.

La vestimenta del *hoplita* había terminado. Aristodemo ordenó a Tisia que recogiera cuanto era necesario para la campaña y las raciones de comida para dos semanas, tal como le había sido ordenado por los *éforos*, apremiándole a que concluyera lo antes posible. La cita para la marcha, inmediatamente después de la ceremonia, se había establecido en el Eurotas, al otro lado del puente que marcaba el límite noroeste de la ciudad, y era deseable no olvidar nada. Según las costumbres espartanas, de hecho, durante el primer día el ejército en marcha procede lentamente para consentir a quien se ha olvidado de algo volver atrás y no quedarse rezagado. Pero en esta circunstancia no se podía prever algo parecido.

Luego Aristodemo pasó a la otra sala, a echar un vistazo a uno de sus hijos, el que había servido como excusa a Leónidas para llevarlo a morir. Del otro, el Estado se había apropiado de él hacía unos años y no lo veía salvo en contadas ocasiones, generalmente públicas, cuando asistía a las competiciones entre los jóvenes que durante el *agogé* se organizaban con frecuencia. El niño todavía dormía, en su cuna. Dentro de cuatro años, pensó, saldría de aquella casa para volver al cabo de mucho tiempo, adiestrado como un instrumento de guerra capaz sólo de competir, matar y ejecutar las órdenes por muy delirantes que pudieran ser.

Una vez de vuelta a la sala principal de la casa, el ojo se detuvo en su esposa y ello le recordó que tenía que despedirse de ella. Aunó fuerzas, pues a fin de cuentas pasaría momentos malos a partir de ese día. Pero sólo consiguió decirle:

—Cuida de nuestro hijo, al menos hasta que seas tú quien se ocupe de él.

Y sin tan sólo reparar en que la mujer le había ofrecido la mano, pensando que el marido se estaba acercando a ella, apartó la mirada y se dirigió hacia la puerta.

El sacrificio

Ninguno de los elegidos habría renunciado al recorrido hasta la acrópolis para la ceremonia de la marcha. El Estado se complacía en dejarles recorrer las calles, solos o en pequeños grupos, equipados con todo para que la población se sintiera confortada por la majestuosa figura de los hoplitas a punto de iniciar la campaña. Por otro lado ellos mismos, galvanizados por el propio hecho de ser el centro de la atención, habrían obtenido fuerza y determinación de los ánimos de la gente.

«Nada se deja sin atar. El Estado sabe lo que hace cuando se trata de propaganda», se dijo Aristodemo, mientras abandonaba su propia habitación y se bajaba el casco sobre el rostro, porque así se tenía que presentar ante la gente un *hoplita* que pretendiera transmitir temor reverencial. *Y el Estado quería que él transmitiera temor reverencial.*

Habría deseado recorrerlo por sí mismo aquel trayecto, para evitar trasladar su propio malestar a los otros conmlitones, pero tras dar unos pasos apareció Eurito.

—¡Aquí están! ¡Son dos de los trescientos! —exclamó uno que pasaba.

Los dos amigos no tuvieron ni siquiera tiempo de intercambiarse unas palabras a modo de saludo, puesto que inmediatamente después varias personas los rodearon.

—Matad muchos bárbaros por nosotros —dijo un viejo.

—¡Demostrad al resto de la Grecia quienes son los mejores guerreros! —soltó un jovencito.

—Yo marché con el contingente destinado a Maratón, pero no tuve ni siquiera tiempo de verlos a esos cascos persas. Escaparon en cuanto vieron a los atenienses, sin ni siquiera esperar a los verdaderos soldados. ¡Traedme algún resto de los muertos! —añadió un hombre sin brazo.

En el corro de personas que los rodeaban había dos niños. Montaron a uno sobre el otro y el más alto se agarró del cuello de Aristodemo para arrancarle un mechón de la cresta del casco. El *hoplita* se dio la vuelta en seco, obligándole a soltar la presa y provocando su caída. Pero el jovencito había ya obtenido lo que buscaba y se marchó corriendo con su amigo. «Estos dos ya han obtenido un resto de los muertos» pensó con amargura.

Eurito se había dejado llevar con una fuerte carcajada, al igual que los otros allí presentes. Lleno de júbilo, le habría gustado permanecer en el centro de aquel grupo más tiempo, pero seguramente ese tipo de cosas no eran las que atraían a Aristodemo, a juzgar por la forma en que éste abrió paso sin muchos miramientos, dando golpes con el escudo. Sólo se dio la vuelta unos pasos después para ver que Eurito le seguía.

Y Eurito le había seguido, a su pesar.

—Oye, ¡deja esos golpes con el escudo para los persas, héroe! —escuchó decir a

uno de aquellos a los que había golpeado.

Sin inmutarse, continuó con el paso firme hacia el norte, en busca del ágora. Por el camino percibió otros gritos de gente, pero su casco tapado hasta las orejas, que en batalla le impedía escuchar claramente las órdenes, en aquella circunstancia se reveló providencial, aislándolo de todo aquello que lo rodeaba. Sin embargo, no le ahorró las consideraciones de Eurito, que estaba demasiado cerca.

—¿Has escuchado? Somos unos héroes, incluso antes de marcharnos —presumió su amigo, cuya satisfacción por haberse visto implicado en la campaña le daba felicidad. Un individuo menos decepcionado que Aristodemo también se podía contagiar.

Llegaron a la plaza, encontrándola llena de gente curiosa que presenciaría la ceremonia del sacrificio. Había empujones por ocupar los sitios más cercanos al altar preparado para tal ocasión. A ambos lados, dos hoplitas con la *panoplia* completa vigilaban para que permaneciera un paso para los actores de la representación. Las paredes laterales del altar aparecían manchadas de sangre. Detrás se veía un pincho, que un *ilota* vigilaba para que permaneciera encendido, y un par de calderones, también estos colocados encima del fuego, que custodiaban dos esclavas. La parte central del ágora, precisamente delante del altar, había sido ya ocupada por los soldados que habían llegado antes, todavía dispersos entre la multitud.

Comenzaba a hacer calor y muchos se habían quitado el casco, siendo reconocibles. Eurito vio a Pantites, y llamó a Aristodemo para que se acercara. El joven estaba hablando con Ditirambo sobre la alineación que deberían mantener los trescientos.

—¡Salud, compañeros! —dijo a los recién llegados—. Por lo que parece, han cogido unos sesenta de cada uno de los cinco *oba*, que organizarán en cinco *pentekostyes*^[22] especiales de sesenta cada uno...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué dispondrán cada pelotón en tres filas de diez, en vez de las ocho de tres de costumbre? —preguntó Eurito dirigiéndose a Ditirambo, que se divertía picando y obligándolo a abrir la boca.

—Supongo que sí. No veo otra alternativa. —Se veía que se sentía alegre por la marcha. Había pronunciado siete palabras de corrido.

—¡Ah! ¡Se necesitarán pentecontarcos en las extremidades, para conducir las maniobras en el campo con una disposición tan inédita! —marcó Aristodemo, que miraba a su alrededor inquieto, estudiando y valorando a los otros soldados.

Quien le respondió fue Deniece, que se había acercado mientras tanto seguido por Alfeo y Marone.

—¡Bueno, la verdad es que no soy tan bueno! Los han elegido ya. ¿Recuerdas a Cleopompo?

—¿El caga dudas? —exclamó Ditirambo.

—Precisamente él —confirmó Alfeo, moviendo la cabeza.

—¡Nooooo! —se lamentó Aristodemo—. Ese es capaz de cambiar de idea cada vez que el sol cambia de posición en el cielo.

—Y en una lucha pelea como una mujer, con el riesgo de que te maten... —apuntó Marone en su necesidad de ser más preciso.

—¿Quizás es peor Aneristos, no creéis? También él formará parte del partido. Y sufrirán aquellos que se encuentren con él —dijo Deniece.

—Es feroz como un bárbaro ése de ahí —dijo Marone con eco, como si él fuera alguien tierno.

—¿No es ese lacayo que degradarán como pentecontarco después de haber dirigido una incursión en aquel pueblo de aliados arcadios? —preguntó Aristodemo.

—Ni siquiera a los peores enemigos Lacedemón ha reservado nunca un trato parecido. No ha habido mujer arcadia a quien no se le haya metido los restos de un niño en la barriga después de haberla matado y rajado. Es casi absurdo que simplemente lo hayan degradado —recordó Eurito.

—Quizás porque la demostración de fuerza les ha gustado a los jefes, que han tenido la forma de apreciar el total sometimiento de los aliados en las fases sucesivas —añadió Aristodemo.

—Pero no os he hablado del peor de todos —les interrumpió Deniece—, el más incapaz, el más colérico, el más maldito de los dioses. ¡Deniece!

Después de un momento de asombro, todos le llenaron de palmadas en los hombros de la coraza, junto a gritos de felicidad. Pantites se adelantó a los demás.

—¡Bien hecho! Pero ¿cómo lo has conseguido, por Apolo? —le preguntó.

—Bueno, era hora de que la amistad con Pausianas me devolviera alguna que otra ventaja... —respondió Deniece, que sacó de debajo del tribon el propio casco, en el que resaltaba una nueva cresta colocada en diagonal, la señal que diferenciaba a los oficiales.

—Ah, por eso estás tan bien informado. Estás cerca de las altas esferas —le tomaba el pelo Alfeo.

—Y no ha terminado —añadió con evidente alegría—. La primera *pentekostyes* es la que recibirá el encargo de garantizar la seguridad del rey. Somos los *hippeis*, el cuerpo de guardia de Leónidas en esta campaña.

—Bueno —comentó lacónico Ditirambo.

—Esto sí que significa subir en la escala jerárquica, ¡por Cástor y Pólux! —añadió Marone que, por carácter, algo de envidia si que sentía.

—Bueno, esperemos estar en tu *pentekostyes*, entonces... —comentó Pantites.

—Lo sabremos pronto —dijo Aristodemo, sintiendo las trompetas llamar la atención de los allí presentes.

Todos se giraron hacia el escenario constituido por el altar, donde se habían

acercado seis músicos y un heraldo. En cuanto las trompetas dejaron de sonar, el heraldo leyó la proclamación en la que se disponía el encuadramiento de los llamados. Deniece los dejó de repente y fue a colocarse junto al altar. A su misma altura, con un espacio de diez metros los unos de los otros, se dispusieron los demás pentecontarcos con sus cascos de cresta cruzada clavados hasta la barbilla. En la mano izquierda, donde llevaban el escudo, sujetaban la lanza mientras que con la derecha llevaban el *bakterion*^[23], el bastón de oficial cuya parte superior estaba constituida por un gancho sobre el que apoyar la axila en caso de descanso. No había forma de ver quién se encontraba bajo los cascos de los oficiales cuando el heraldo dispuso la división de los soldados, que fueron asignados en base a su pertenencia a un específico regimiento.

Detrás de ellos se dispusieron los respectivos suboficiales, los dos *enomotarcas*^[24] y los *ouragos*^[25]. Siguieron los soldados rasos, que se movieron con orden y disciplina hasta que el contingente al completo no fue alineado en treinta filas de diez elementos cada una. Sólo entonces los *ouragos* pasaron al fondo, para cerrar la alineación. Cada *hoplita* apoyó el escudo en el suelo, junto a la espinillera izquierda, con el brazo ligeramente echado hacia delante.

Ninguno del grupo de amigos de Aristodemo había sido asignado a la *pentekostyes* de Deniece. En compensación, él se encontró con Eurito y Pantites, mientras que en la de al lado vio juntos a Alfeo, Marone y Ditirambo. La ocasión era demasiado solemne para poder incluso hablar, pero con un movimiento de la cabeza indicó a Eurito el principio de la fila, preguntándose una vez más quién se encontraba bajo el casco del pentecontarco.

Sólo entonces el espectáculo del desdoblamiento del ejército espartano, si bien modesto en términos de efectivos, resultó una digna platea para la entrada en escena del rey, de los dignatarios, de los sacerdotes, de todos los agentes del sacrificio y de la víctima sacrificable. El cortejo fue introducido por los músicos de flauta, mientras los oficiantes se acercaban al altar. Les seguía el sacerdote, un arcano de nombre Megista, cuya melena estaba sujeta con una cinta decorada como si fuera una guirnalda. Su traje era blanco y púrpura, y una amplia faja le apretaba la cintura. En la mano llevaba un bastón. Detrás de él iban las tres esclavas, vestidas con un *quitón* largo hasta los tobillos. Una llevaba una cesta con el cuchillo para el sacrificio, inmerso en semillas de orzo. Otra llevaba en la mano una garrafa de agua, mientras que la tercera procedía con cierta dificultad, llevando el quemador de incienso del que colgaba el largo caballete.

Seguía Leónidas, vestido con sólo el *himación* y con la cabeza cubierta con ramas de olivo. Detrás del rey dos hombres llevaban la víctima del sacrificio: un enorme buey decorado con cintas, con los cuernos pintados de oro. El cortejo, una vez que terminaron los protagonistas de la ceremonia, continuaba con los miembros de las

familias reales, el otro rey Leotíquidas, el hermano de Leónidas, Pausanias y las dos reinas.

También en las ceremonias oficiales las dos primeras mujeres de Esparta se veían obligadas a no resaltar sobre el resto de las ciudadanas. Ante los ojos de Aristodemo, Gorgo sobresalía en la armonía de la figura y en el modo de llevar la túnica respecto a cualquier otra espartiatá. La mujer con la que había recorrido una noche que había valido una eternidad llevaba una túnica blanca sobre la que estaba envuelto un *himatión*, no suficientemente amplio para esconder sus formas, y unos brazaletes de plata colocados por sus brazos. La larga melena la llevaba recogida en espirales de cintas que iban subiendo dulcemente hacia arriba, donde terminaban en un moño redondo encima de la nuca. Su expresión no traicionaba nada del malestar que ella le había confesado pocas horas antes. Es más, se percibía un orgullo que la hacía parecer plenamente compenetrada con el propio papel institucional.

La presencia de Gorgo, además de distraer la atención de Aristodemo de la ceremonia, acentuó su escepticismo sobre el evento. Gracias al casco pudo esconder a sus propios vecinos sus sonrisitas irónicas y sus gestos cuando vio a los oficiantes disponerse alrededor del altar y lavarse las manos de la garrafa del agua sagrada. Su malestar fue creciendo cuando el sacerdote, mojando el morro del buey con salpicaduras de agua, se complació al ver al animal mover la cabeza. Era la señal convenida que demostraba la aceptación del sacrificio por parte de la víctima, pero a Aristodemo le pareció únicamente la reacción instintiva de una bestia molesta.

En ese punto las flautas callaron, y las mujeres dispuestas alrededor del altar entonaron un himno que introducía y acompañaba el rito. Aristodemo sintió pena por el sacerdote cuando éste dio la espalda a la víctima e, intentando esconder sus movimientos, metió como quien no quiere la cosa la mano en el cestillo y sacó un cuchillo. Siempre evitando que el buey lo viera, el oficiante se cortó un mechón de pelo y lo tiró en el brasero que ardía sobre el altar. Luego pasó el cuchillo a uno de los dos hombres que habían acompañado a la bestia, mientras el otro se acercaba al buey y golpeaba el morro con un bastón. Casi atontado, el pobre buey ofreció inconscientemente la propia garganta al carnicero, que la cortó de un extremo al otro, mientras crecía la intensidad del canto de las esclavas. Aquel que había bajado el bastón prestó atención en mantener bien alta la cabeza del animal, agarrándola por los cuernos, hasta que la sangre emanara lo más violentamente posible. En pocos instantes el altar y todos aquellos que lo rodeaban comenzaron a mancharse de rojo, y un amplio flujo se esparció por la parte inferior.

«Es precisamente esto lo que hacen con nosotros. Antes nos atontan con un montón de estupideces sobre la necesidad de la patria, luego nos mandan a morir sin tantos pormenores» reflexionó Aristodemo, mientras en el palco se proseguía la matanza del buey. Los dos ayudantes abrieron el animal con maestría y rapidez,

extrayendo las tripas y el corazón, que pusieron inmediatamente sobre la parrilla. El tiempo de cocción fue más bien breve, y el primer bocado se lo ofrecieron a Leónidas, mientras el sacerdote entonaba una oración.

Con gestos amplios y teatrales, el rey clavó un bocado, luego otro, antes de pasarlo al sacerdote, que a su vez distribuyó otros alrededor del altar. Mientras todos los actores del sacrificio se prestaban a deleitar el manjar, los carniceros proseguían con su trabajo, separando la piel de la carne de lo que quedaba del buey y cortándolo en piezas. Separando los muslos del resto, que untaron con grasa, el sacerdote le esparció el incienso y lo apoyó sobre las brasas, dejándolo quemar. Alimentó el fuego añadiendo vino, y el crujir de las llamas ocultó la letanía que dirigió a los dioses.

El sol ya estaba alto en el cielo y los hoplitas, oprimidos en sus *panoplias* y envueltos en sus tribones, comenzaban a sufrir el calor, si bien las únicas manifestaciones de sufrimiento se podían observar en algún pie que golpeaba de forma impaciente, en un cambio de peso de una pierna a la otra, en un imperceptible movimiento del brazo que sujetaba la lanza clavada en el suelo, en la ligera torsión del cuello para soltar las cervicales.

Lo que ocurría bajo los cascos era otro asunto. Aristodemo estaba convencido de que no era el único que se reía de la ceremonia, y dio por descontado que los más escépticos fueran precisamente quienes la estaban oficiando. Seguro que Leónidas se estaba prestando a la incumbencia con un ánimo lleno de desprecio hacia los dioses que estaba homenajando, y hacia la gente que lo miraba, consciente del lavado de imagen que aquel gesto teatral y ridículo le procuraba. Formaba también parte, por otro lado, del ansia de eternidad que lo diferenciaba, se dijo el *hoplita*.

Al rito le quedaba todavía mucho para terminar. Los restos del buey fueron arrojados en los calderones y cocinados, mientras las llamas en el altar se iban atenuando. Cuando quedaron solamente las brasas, la carne cocinada fue distribuida entre los espectadores más cercanos al altar, o bien entre los dignatarios, los oficiales y los suboficiales, algún que otro soldado y también algún que otro ciudadano. El reparto de la comida consagrada levantó voces de júbilo en la población, que rompió finalmente en gritos de ánimo hacia los soldados. Sólo entonces el heraldo proclamó terminada la ceremonia, disponiendo que todos los armados se trasladaran al Eurotas para encontrarse con sus propios ilotas y esperar al rey, cuya llegada marcaría el inicio de la marcha.

Los hoplitas rompieron finalmente las filas y todos se apresuraron a levantarse el casco. Asomaron los rostros brillantes y llenos de sudor, las barbas mojadas, las bocas abiertas de par en par en busca de un poco de aire.

—En mi opinión —dijo Pantites sonriendo, dirigiéndose a Aristodemo y a Eurito—, esta es la prueba más difícil que nos veremos obligados a soportar en toda la campaña.

Eurito respondió:

—Bueno, si hemos superado todo esto, estamos listos para Jerjes y su gentuza.

Se unió luego a Pantites en busca de los otros amigos, mientras Aristodemo seguía mirando hacia el altar, con la mirada fija en Gorgo, que se alejaba con el resto de la familia real. Hubiera querido que también ella lo buscara con los ojos, ahora que se había levantado el casco, pero luego juzgó tal pensamiento infantil y lo abandonó.

Marone, Alfeo y Ditimbo se habían ya encaminado entre los otros soldados.

—Toda esa sangre ha hecho que me entren ganas de esparcir un poco en la batalla —afirmó el primero gritando, cuando todavía estaba unos metros de los demás.

—El camino hacia Málide todavía es largo. Ahorra tus energías para entonces, visto que ya has perdido bastante esta mañana —le respondió Eurito acercándose a ellos.

Una voz autoritaria pero aguda les llevó a detenerse en seco.

—¿Dónde te crees que vas?

Pantites, que se encontraba detrás de Aristodemo y Eurito, sintió apoyar algo sobre el hombro. Era el *bakterion* del *pentecontarca*^[26].

—Nos unimos a nuestros camaradas para ir al Eurotas. ¿Qué hay de malo? —respondió Pantites, dándose la vuelta.

El otro, que todavía tenía el casco hacia abajo, no abrió la boca. En compensación, caló con violencia el propio bastón contra el muslo izquierdo del joven, la única parte al descubierto de la pierna.

—¿Qué hay de malo? Que vuestro pentecontarco no os ha autorizado a abandonar la formación, naturalmente —respondió, mientras Pantites, doblado en dos, se había llevado las manos hacia la parte dolorida, dejando en el suelo el escudo y la lanza. También el casco, apoyado precariamente contra su frente, se le había caído como consecuencia del golpe.

Aristodemo frenó un gesto de asco. Con la lanza en la mano habría parecido una provocación demasiado evidente.

—Todavía no hemos ido, así que no estamos obligados a adoptar el orden de la marcha —precisó.

Las fisuras del casco le permitieron ver dos pequeños ojos malvados que se cerraban para analizar mejor al interlocutor, y unos labios que se cerraron. Pasaron unos segundos antes de que el oficial contestara.

—Desde el momento en el que la ceremonia ha terminado, la campaña militar está abierta. Vosotros marcharéis disciplinadamente hacia el Eurotas, donde nos detendremos para esperar a los esclavos del rey. Estas son las órdenes. Os quiero inmediatamente en las filas. —Y cerró la conversación dirigiéndose hacia la columna dirigida por sus suboficiales.

Después de dos pasos, se lo pensó mejor.

—Un *hoplita* está derecho, de pie, y con sus armas en la mano, idiota. ¡Vamos, recoge tus cosas y comienza a moverte! —dijo a Pantites, subiéndole la barbilla con el bastón. Luego esperó a que el joven recogiera el casco y la lanza y se pusiera de pie, cojeando penosamente. El oficial golpeó con el bastón el escudo, que Pantites había levantado del suelo con esfuerzo y que había apoyado junto al costado que no estaba herido. El joven se vio obligado a levantar también aquellos ocho quilos de madera y bronce y a meter el brazo en el *porpax*, pesando sobre la pierna que todavía no había recuperado.

Sólo entonces el pentecontarco se alejó.

Ninguno de los siete amigos sintió la necesidad de preguntarse quién se ocultaba bajo aquel casco con la cresta en diagonal.

—¡Aneristos! Os han asignado a ese cerdo —exclamó Marone.

—Al menos, después de haber tenido que soportar sus abusos, enfrentarse a los persas os parecerá un paseo —comentó Aristodemo, intentando esconder su preocupación detrás de una falsa despreocupación.

—Y vosotros, ¿con quién habéis caído? —preguntó Eurito.

—No estamos mejor que vosotros. Tenemos a Cleopompo.

—¡Ah! Eso lo que significa —dijo Aristodemo, riendo— es que vosotros tenéis altas probabilidades de morir en la batalla, pero nosotros antes.

—¡Qué suerte Deniece! —añadió Pantites, todavía claudicante—. Él al menos no tiene ningún superior directo.

—Significa sólo que no tendrá que atribuir a los demás, sino a sí mismo, la responsabilidad de su propia muerte —concluyó Aristodemo—. Somos la peor armada espartana que jamás haya marchado hacia una guerra. Pero seguimos siendo espartanos.

Se encontraron todos al otro lado del Eurotas. La *pentekostyes* de Aristodemo llegó la primera, luego se acercaron los otros, en pequeños grupos. También llegaron los ilotas, cada uno con un mulo en el que habían cargado los objetos personales de los soldados. De cada silla de madera del animal colgaban dos cestas rectangulares en mimbre. También había carros, en los que estaba colocado el equipaje de cada pelotón.

Como todos los conmlitones, Aristodemo inspeccionó el equipaje, ordenando a Tisia a abrir la cesta de la comida, de la que emanaba un fuerte olor: cebollas. Además de éstas había dentro copos de avena, orzo, queso y carne salada. En la otra cesta había la *stromata*^[27], la alfombra sobre la que se tumbaría durante la noche para descansar, y un *quitón* de recambio. El guerrero comprobó además la presencia de una lima y de un pequeño cuchillo, para afilar el metal de las armas, y una serie de puntas de lanza de reserva.

Tisia le ayudó a quitarse finalmente la *panoplia*. Clavó la lanza en el suelo, se

deshizo el casco, desató la capa y se quitó la coraza, el *quitón* mojado de sudor, la espada con el forro y las espinilleras. Se refrescó unos instantes en el Eurotas, luego le pidió a Tisia que le diera otra túnica, que se puso atando posteriormente la capa sobre el hombro y apoyando el casco en la cabeza. Observó al *ilota* colocar en la cesta la armadura y las espinilleras y luego meter la comida en otro saco. Por último, el esclavo concluyó el propio trabajo cerrando el saco y colgándolo en el escudo, que su dueño le habría llevado en los hombros durante la marcha.

Vio que también Pantites había completado el procedimiento, pero notó también que se acercaba el pentecontarco, que todavía no había tenido el discutible placer de ver sin el casco.

—Tú, que antes gastabas bromas, ¿cómo te llamas? —dijo Aneristos al joven.

—Pantites, señor —respondió con cierto remordimiento.

—Ve a comprobar que los dos carros con las provisiones estén completos. Si durante la campaña falta algo considerado útil, ¡serás personalmente responsable!

—Esta es una obligación de los *enomotarcas*, ¡déjalo en paz! —se entrometió Aristodemo.

—Los *enomotarcas* tienen otras cosas que hacer ahora. Ve, soldado, si no quieres que te golpee otra vez. Y dame una relación del contenido que hay en cada carro.

Pantites miró a Aristodemo, que le hizo una señal para que se fuera.

—Aneristos no lo deja en paz, y sólo los dioses saben por qué —comentó Eurito.

Pantites subió al carro más cercano y constató que contenía varias correas de cuero, mesas y palos de madera, una pala, un pico, una decena de halcones y una trituradora de grano. No parecía que faltara nada de esencial. Repitió la comprobación en el otro carro de la unidad y luego se acercó tímidamente al oficial, esperando que éste se diera la vuelta para informarle sobre la investigación. Aquel pareció no escucharle y le despidió con un gesto de la mano, aparentemente sin prestar atención a lo que le había dicho.

—Ha querido sólo recordar su autoridad —dijo Pantites más tranquilo, cuando regresó entre sus amigos—. Es sólo un pobre frustrado que necesita hacer presente su grado.

—Esperemos que tú tengas razón —le respondió Aristodemo, quien estaba mejor informado sobre los abusos que aquel desagradable individuo era capaz de conseguir.

Leónidas se presentó con *panoplia* completa, con el casco apoyado sobre la frente, en un caballo blanco, acompañado por cinco ilotas, mulos, carros, el *polemarco* Cnemo y otros hoplitas encargados de la guardia real. Con él estaban también dos sacerdotes de Apolo encargados de los oráculos y los sacrificios, entre quienes se encontraba Megista, cinco médicos y otros tantos herreros y carpinteros, cuyos instrumentos estaban en los carros de la *pentekostyes* de la guardia real.

Aristodemo observó al soberano con desprecio. Y sin embargo, no pudo evitar

notar su presencia orgullosa y la dignidad verdaderamente real.

«Si Gorgo no me hubiera comentado todas sus culpas, lo consideraría sólo un rey demasiado comprometido con su papel», pensó.

Leónidas era más alto que la media, si bien no llegaba a la altura de Aristodemo. Tenía una barga larga puntiaguda, recién salpicada de gris, y el pelo, como todos los espartiatas, le caía en largos rizos detrás de las orejas. Sus ojos eran atentos, las pupilas se movían continuamente y la nariz, plana y poco prominente, parecía querer dejarles todo el espacio posible. La boca, más bien abultada, le otorgaba una expresión persuasiva, casi plácida y bonachona, que a Aristodemo le pareció que contrastaba todavía más con la naturaleza que él conocía.

Ordenó a Deniece que llamara a los soldados. Había llegado el momento de marchar. No antes, sin embargo, de haber pasado lista y haberles hablado. Con atávica eficiencia, las *pentekostyes* se organizaron. Se les dio la orden de que se alinearan a lo largo del río, encolumnadas una detrás de la otra, formando una serpiente muy corta, de sólo cincuenta elementos, y teniendo cada uno a su lado cinco conmillones. A una nueva orden de pentecontarcos los soldados, que ya no llevaban la coraza, giraron hacia el lado derecho y se prepararon para escuchar la arenga de su rey.

Una vez que se bajó del caballo, tras haber recorrido un par de veces todo el frente alineado, deteniéndose de vez en cuando para dar una palmada a un guerrero situado en la primera fila, se detuvo a la altura del vigésimo quinto hombre y empezó a hablar.

—¡Soldados! Estamos yendo a un encuentro contra un millón de bárbaros. Un millón de extranjeros que vienen a imponernos no sólo un rey, sino también sus usos y costumbres, que hacen que cualquier hombre sea un esclavo. Pero lo hacemos conscientes de que cada uno de nosotros vale por diez, quizás cien de ellos. Tenemos un armamento más pesado y sabemos defendernos de sus flechas cobardes, que permiten ofender a un adversario de lejos, en vez de enfrentarse a él cara a cara, como hombres de verdad. Y éste es el mejor testimonio de su inferioridad militar.

»Sabemos también que la naturaleza del lugar nos ayuda. Defenderemos un paso tan estrecho que con dificultad entra la primera línea de un pelotón alineado. Por eso he querido dividir nuestro pequeño ejército en pelotones algo más consistentes que la regla general, es decir de 24 a 30. Aumentando por dos la primera línea, hasta formar un frente de doce hoplitas, tendremos la posibilidad de más cambios en la misma *pentekostyes* antes de que entre otra unidad. En práctica, cada soldado podrá emplear todas sus propias energías en el momento en el que se encuentra en la primera línea, con la certeza de tener mucho tiempo a disposición para recuperar. Además, a lo largo del camino, recogeremos algunos contingentes de refuerzo entre las fuerzas de la Liga. Las Olimpiadas se están cerrando, como sabéis, y también los otros podrán

mandar sólo avanzadillas. Si bien seremos muchos para defender ese paso, quizás más de los que se necesitan.

»Así que no se trata de una gran empresa para los espartanos. Lo es para cualquier otro, de hecho no únicamente en los centros de la Liga del Peloponeso sino en toda la Grecia, se nos celebrará y se nos recordará eternamente, cualquiera que sea el éxito de esta campaña o nuestro fin. Y, además, no estaremos solos. El almirante Euribíades se encontrará a pocas millas marinas a la altura del cabo de Artemisio, en espera de que Jerjes intente atacar por el mar. Porque donde estemos nosotros los persas no pasarán, os lo puedo garantizar. Y entonces el gran rey intentará llegar al centro de Grecia con su flota, y se ocupará Euribíades de darles el golpe decisivo a los bárbaros. Nosotros, entonces, somos sólo el ala izquierda de un frente defensivo que termina al otro lado de Eubea, pero nuestro papel es muy delicado. Si los persas logran pasar, y sobre todo si pasan demasiado pronto, antes de que las fuerzas de la alianza se hayan movilizado completamente y hayan presidido el istmo de Corinto, toda la estrategia concebida por la Liga se desplomaría y Grecia se encontraría perdida. El Peloponeso estaría perdido. Esparta estaría perdida.

»¿Acaso queréis como jefe de Lacedemón a un sátrapa medo o persa, que piensa sólo en exprimiros como a las vacas para enviar las riquezas a Babilonia o, peor todavía, para vivir como Creso? ¿Queréis que los bárbaros flojos y débiles se casen con las orgullosas mujeres espartiatas y tengan con ellas hijos degenerados? ¿Queréis que divague la corrupción, y que caiga el sistema que ha hecho de Lacedemón una sociedad perfecta de hombres iguales, orgullosos de la solidaridad y de su compañerismo? ¿Queréis acaso que los soldados pasen a ser meros oportunistas o comerciantes de la peor especie?

»Esparta ha creado el sistema en el que vivimos y prosperamos a través de siglos de guerras, sacrificios y actos heroicos. Nosotros no pretendemos imponer este sistema fuera de nuestra zona de influencia. En cambio este rey viene a Grecia y pretende imponer las reglas y los dogmas de una civilización decadente. Yo digo que tenemos que empujarlo hasta más allá del mar, tenemos que hacerle regresar a donde ha ido, y jugar en su reino de esclavos, dejándolo que piense que es un gran rey. Un gran rey, pienso yo, es aquel que reina sobre un pueblo fuerte, consciente de su propia importancia y capaz de defenderse. Un gran rey, entonces, soy yo. ¡Pero lo soy gracias a vosotros!».

La última frase desencadenó una ovación tan fuerte que, desde la otra parte del Eurotas, nadie habría creído que la armada estuviera compuesta por sólo trescientos hombres. A los gritos de júbilo no se unió sin embargo Aristodemo, cuya rabia fue aumentando conforme constataba cómo el rey estaba conquistando el respeto, la estima y el afecto de sus subordinados.

—No deis por descontado —respondió el rey, después de haber esperado que

volviera el silencio— que haya que combatir. No es en absoluto cierto. La probabilidad mayor es que el enfrentamiento se produzca en Artemisio. Luego podría ocurrir que los persas intenten entrar por tierra en el centro de Grecia, pero sólo cuando tengamos detrás o incluso con nosotros a la mayoría de las fuerzas de la Liga. En el caso de que Jerjes intente forzar nuestras defensas cuando llegue, se tratará de un asunto que seremos claramente capaces de solucionar por nuestra cuenta. Después, cuando el bárbaro sea expulsado hacia Asia, la Grecia al completo nos dará las gracias por haber permitido conseguir la victoria sucesiva. Todos —concluyó al fin, aumentando el tono de voz— recordarán a Leónidas y a sus trescientos, que detuvieron al exterminado ejército del hijo de Darío el Grande, el heredero de la estirpe de Ciro, el Conquistador de los cuatro reinos. Y poco importará que hubiéramos combatido o no, nuestros descendientes recordarán que estábamos nosotros, únicamente trescientos, frente a toda Asia. ¡Y si combatimos al fin, seremos inmortales aunque yazcamos en la tumba, como afirma el sumo poeta Tirteo!

Aparte de Aristodemo, no hubo un hombre que no levantara en el aire la lanza y no arrojase gritos de aprobación, diciendo con voz alta el nombre de Leónidas y de Lacedemón.

Eurito notó el rostro serio del amigo y, esforzándose para que le escuchara en medio de los gritos, le dijo:

—Este es un rey por el que vale la pena morir, ¿no?

Aristodemo sonrió con desprecio.

—En todo caso es por Esparta por quien debes morir, imbécil, no por este hombre. Y menos aún por un hombre que está dispuesto a sacrificar trescientos o más por su propia ambición.

—Si morimos, será en una batalla con el resto de las fuerzas de la Liga. ¿No lo has escuchado? Es improbable que se combata, mientras estemos allí solos —le respondió Eurito, turbado por su actitud tan negativa.

—¡Te lo acaba de decir en la cara y ni siquiera te das cuenta! —reaccionó Aristodemo—. Él quiere luchar antes de que lleguen los demás. Lo espera, y no me asombraría que intentara provocar al ejército enemigo para una batalla en vez de mantener la posición, incluso con el riesgo de atentar contra la seguridad de toda la Grecia.

—Eres prevenido. ¿Qué elementos tienes para juzgarlo así? —replicó el amigo, mientras se escuchaba al pentecontarco ordenar a los soldados que giraran hacia la izquierda y retomaran la alineación en columna.

—Lo sé, y eso es suficiente —cortó Aristodemo. Luego recogió su propio escudo, se lo puso sobre la espalda y se dio la vuelta hacia la izquierda, listo para comenzar la marcha.

En marcha

El trayecto de Esparta a las Termópilas distaba más de quinientos kilómetros, y los altos mandos habían calculado que una armada tan ágil como la que conducía Leónidas lo habría recorrido en poco más de diez días. Si bien los ritmos de marcha dependerían también de la solicitud de los aliados, avisados a través de mensajeros para que tuviesen los contingentes listos para unirse a los espartanos cuando éstos hubieran llegado a la zona.

Los soldados tenían pocas horas de camino para aquel día. Leónidas no pretendió inmediatamente una disposición canónica, y dejó que cada *pentekostyes*, comenzando por aquel que había elegido como guardia real, estuviera seguida por sus respectivas provisiones. Antes de que fuera de noche, de todos modos, la armada llegó junto a la frontera septentrional de Laconia, donde encontró a un grupo de *sciritis* esperándoles en formación de ataque. Los *éforos* habían pretendido, de hecho, que las comunidades montañas dieran a Leónidas una treintena de infantes ligeros, con deberes de reconocimiento y vigilancia. Los *sciritis* escogidos poseían tres o cuatro jabalinas y estaban desprovistos de armas de defensa. Sus vestimentas se componían de un tanga de piel y una capa corta, también ésa de piel. Alguno llevaba en la cabeza un gorro de fieltro parecido a una capucha pero de punta.

El rey encargó al *polemarco* el deber de pasarles revista y de ilustrarlos en sus obligaciones, mientras daba disposiciones a Deniece para que les mostrase el pabellón real, alrededor del que se habrían dispuesto sus hombres. Por parte de ellos, los hoplitas de las otras cuatro *pentekostyes* esperaron a que los respectivos comandantes les indicaran el sector donde podían disponer los propios enseres. Luego, desenrollados los *stromata* en el suelo, dejaron que los esclavos se ocuparan de poner la cena, intercambiando las primeras impresiones sobre el día que acababa de transcurrir.

—¡Y tú que considerabas que habían elegido a los hoplitas más débiles de Esparta! —dijo Marone a Aristodemo, después de haber llegado junto a él—. Hoy Leónidas nos ha hablado como si se dirigiera a los mejores soldados que jamás han pisado el suelo de Hellas desde que los dioses nos crearon.

Incluso Ditirambo expresó su propia opinión:

—En cualquier caso, no arriesgaría la reputación llevando consigo soldados incompetentes.

—¡No he dicho nunca que seamos incompetentes o escasos! —precisó Aristodemo—. He dicho solamente que ninguno, en Esparta, nos conoce por nuestras hazañas bélicas.

—¡Tonterías! —insistió Marone—. El único criterio que han seguido es la

obligación de tener ya hijos.

—Leónidas nos necesita, pero no en el sentido que tú entiendes —replicó Aristodemo—. Como mucho, estoy dispuesto a admitir que se haya llevado detrás guerreros no célebres por sus gestas para no ver oscurecida su propia fama en batalla. Ha dicho que la gente se acordará de nosotros, pero en realidad es de él de quien quiere que se acuerden.

—¿Y si así fuese? —intervino Eurito—. La ambición, cuando no se transforma en *iubris*, no es necesariamente un mal. Nos toca a nosotros demostrar cuánto valemos. Hasta ahora hemos tomado parte sólo en campañas de segundo nivel. Es frente a grandes adversarios donde se ve cuánto vale un soldado, y nosotros lo demostraremos sin lugar a dudas.

—Si es verdad que el único criterio que han seguido está determinado por el hecho de haber tenido hijos —comentó con cabezonería Aristodemo—, ¿os habéis preguntado cómo es que entre nosotros no hay ningún guerrero que haya recibido premios? Eurileon, lo recordáis, aquel que fue premiado por su valor contra los atenienses, hijos tiene dos y sin embargo aquí no está. Y lo mismo vale para Clearidas. ¿Recordáis cuánto aguantó él solo la falange de Argólide hace unos años? Le dieron un premio también a él, y otro lo obtuvo hace dos años contra los mesenios. ¿Y por qué el *polemarco* es Cnemo, que ha sido *locago*^[28] una sola vez, y no, por ejemplo, Euainetos, que tiene una amplia experiencia y ha estado en el norte recientemente? Vamos a ver, ¿alguno de vosotros ha sido premiado alguna vez en batalla? Tenemos entre nosotros incluso a oficiales degradados.

Siguió un silencio absoluto durante el que los amigos se miraron los unos a los otros. Pero Marone no era alguien que se daba por vencido fácilmente.

—Bueno, aquí de premios tenemos la ocasión de conquistar varios, y yo tengo intención de ganármelos.

—Sí, a la memoria —respondió Aristodemo, que fue interrumpido por los gritos provenientes detrás de él. Se dio la vuelta, y con él sus amigos, y vio a Pantites empujado por Aneristos contra uno de los carros.

El pentecontarco se había por fin quitado el casco. Resultaba desagradable y se veía que era perfectamente consciente de ello, tanto que lo había transformado en un punto de su propia fuerza. Las cejas eran espesas y estaban unidas sobre la nariz enorme, marcada por una profunda cicatriz que le atravesaba el rostro de la frente a la barbilla, privándolo de parte del labio superior, y que le ocasionaba un gesto en el rostro. Se decía que aquella cicatriz se la había hecho él solo, ahondando todavía más un rasguño que había recibido con una espada enemiga, para transformar su propia fealdad en repugnancia y generar así temor en las tropas y en el enemigo. Pero también en las mujeres y en los hombres con los que yacía en la intimidad, prefiriendo el terror a la compasión.

Verdad o no, Aneristos era uno de los hombres raros físicamente desagradables en una sociedad que no toleraba las imperfecciones, condenando desde el nacimiento a los niños que no parecían respetar los cánones de belleza.

—¡Eres un idiota! —gritaba al joven—. ¿Es así como has inspeccionado el carro? Pero si no sabes hacer ni siquiera esto, ¿cómo pretendes poder luchar contra el enemigo en una batalla?

Los amigos de Pantites se acercaron creando un corro. Eurito quería detener al oficial, que estaba cargando de nuevo contra el joven, pero Aristodemo lo detuvo. Para impedir que el pentecontarco se enfrentase a él preguntó, en cambio, qué es lo que estaba ocurriendo, intentando controlar su propio tono.

—Este imbécil —contestó Aneristos después de haber dado otro empujón a Pantites—, tenía el deber de comprobar el material del carro y no se ha dado cuenta de que nos hemos llevado un pico roto. —E indicó en el suelo el objeto mencionado, con una parte efectivamente privada de punta.

—Cuando lo vi parecía que estaba bien —protestó Pantites, dirigiéndose a sus amigos—. Quizás estaba un poco fracturado y con los golpes del viaje se ha terminado de romper.

—¿Ah sí? —replicó el oficial—. Ahora dime también que Ares ha bajado entre nosotros para molestarte.

«Ares no, pero quizás alguien muy cercano a Aneristos sí», pensó Aristodemo, distrayéndose un momento. No se dio cuenta entonces de que el oficial había recogido el pico del suelo.

—¿Ves? Ahora ya no sirve para nada —dijo el pentecontarco agarrando el instrumento con ambas manos—. Me apuesto lo que sea a que tampoco sirve para matarte —añadió, preparándose para soltar un golpe contra el cuerpo de Pantites.

Aristodemo lo vio sólo al final e instintivamente se arrojó entre el pentecontarco y su víctima, justo a tiempo de detener el golpe con su propio cuerpo, recibiendo él, si bien algo más suave gracias a las dobleces de la capa. La falta de punta no habría podido ocasionarle de todos modos muchos daños, pero si hubiera caído sobre Pantites, con toda la fuerza que Aneristos pretendía dar, el joven habría recibido una herida bastante grande.

Una mirada llena de odio salió de los ojos del pentecontarco. Nadie habló durante unos instantes, sólo aquellos que estaban en segunda fila y que acababan de llegar atraídos por el clamor.

Fue el oficial quien rompió el silencio, sin apartar, contrariado, la mirada de Aristodemo.

—Veremos si demostrarás el mismo coraje cuando estemos en el campo de batalla, donde seguramente querrás estar en la primera línea —dijo, arrojando al suelo el pico y dándose la vuelta para marcharse—. Y tú —añadió, dirigiéndose a

Pantites—, esta noche estarás de guardia hasta el momento de la marcha. Y mañana te quiero marchando en primera fila, así podré comprobar que no te entran ganas de descansar.

Llegó también Cleopompo. Tenía siempre pinta de estar perdido, y no miraba nunca fijamente a un interlocutor a los ojos ni a un punto cualquiera, ni siquiera un instante.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? ¿Estáis implicados en algo que me toca? —dijo, y su expresión dejaba ver claramente que quería que le dijeran que no.

Le contentaron.

—No te preocupes —respondió Marone—, asistían sólo a una discusión en esta *pentekostyes*. Pero sin participar o crear confusión.

—Ah, bueno —respondió Cleopompo, visiblemente tranquilizado. Y se marchó solícito a comer.

—Espero no ser un soldado que se merece estos comandantes. Menos mal que el general en el campo de batalla es válido —sentenció Ditirambo.

—En cuanto a éste, tiene todavía que demostrarlo —le gritó detrás Aristodemo, que junto a Eurito se retrasó con Pantites.

—Os aseguro —se apresuró a decir el joven, gesticulando nervioso— que cuando lo vi esta mañana el pico estaba bien.

—No me cuesta creerlo —le respondió Aristodemo—. Tengo miedo de que, aunque no le des pretextos, no deje de darte el tormento.

—Habría que hablar con Deniece, con el *polemarco* o incluso con el rey para obligarle a suavizar sus modales, o para que te cambie de unidad —propuso Eurito.

—¿Estás loco? ¿Quieres que me juzguen como una mujercilla? —soltó Pantites—. Ni hablar. Me defenderé solo contra ese. Acabamos de decir que tenemos que demostrar estar a la altura de nuestros mejores guerreros y quieres que me ponga a llorar incluso antes de enfrentarnos a los persas.

—Como quieras. Pero no va a ser un paseo para ti —le respondió Aristodemo, dirigiéndose a cenar.

«Vaya *ordenamiento armonioso* que es esto», reflexionó mientras, agachado, consumía un trozo de carne salada con cebolla. «¿Se tolera a un rey que asesina al predecesor y servicia a la reina, y a un oficial que se divierte en torturar a sus subordinados? Eurito es un ingenuo si piensa que resolveremos todo yendo a decirle al rey lo de Aneristos. A Leónidas no sólo no le importa nada cómo tratan a Pantites, sino que quizás aprueba estos métodos. Quizás ha sido precisamente él quien le ha sugerido a Aneristos que ponga firmes a los que son menos guerreros y expertos ¿Debería asesinar a Leónidas? Ya nos han enviado sin orden alguno, y su sitio sería reemplazado por el *polemarco*. El sistema no cambiaría: vendrán otros Leónidas, y otros Aneristos, y la gente se vería de todos modos obligada a seguirlos. Si lo

asesinase, lo haría solo para complacer a Gorgo. Pero podría ser un motivo suficiente para...».

Quedó distraído por el rumor que provenía detrás de él. Se dio la vuelta y vio al propio Leónidas que conversaba con un soldado. El soberano se percató de la mirada de Aristodemo y, terminada la conversación con el *hoplita*, se dirigió hacia él. Aristodemo sintió un pequeño mordisco en el estómago, y como todos los que estaban a su alrededor, se puso de pie con deferencia.

—Sentaos, lacedemonios —les dijo Leónidas, que se dirigió luego a Aristodemo—. ¿Cómo te llamas soldado? —Estaba vestido con un sencillo *quitón*. Su naturaleza se dejaba ver por su comportamiento y no necesitaba ningún adorno.

—Aristodemo, majestad —respondió el interpelado, que se sintió en la obligación de quedarse de pie, y con él su *ilota*.

—Entonces, Aristodemo, ¿temes a los persas? —le preguntó con pacata autoridad.

Aristodemo reflexionó antes de responder. Leónidas no parecía el personaje a quien le gustaran la bravuconadas.

—Bueno —pensó con cuidado sus palabras—, lo que puede mover a preocupación es su número. Yo no conozco el espacio en el que tendremos que actuar, pero si son de verdad, sólo su presencia podría terminar por hacernos temerles.

El *hoplita* se preguntó inmediatamente después, mordiéndose el labio, si no había hablado demasiado, corriendo el riesgo de ganarse un apodo de gafe precisamente ante los ojos del rey.

—Esta es una buena reflexión. Tú eres uno que piensa, soldado. Y esto es un bien. Quizás no es un bien si estás en la primera línea de lucha, pero podría serlo cuando se trata de mandar a los hombres. Eres un hombre maduro y muy robusto. Después de esta campaña me acordaré de ti, si te comportas como espero y si llegamos a la batalla. En cuanto a tus consideraciones —retomó—, no te equivocas, en líneas generales. Pero cuando veas las Termópilas te darás cuenta de que es suficiente un puñado de hombres para defender el paso, incluso frente a todo el Asia. Si además este puñado de hombres está compuesto por espartanos, entonces se puede estar más que seguros de que por ahí no se pasa. Lo importante es llegar cuanto antes, y llegar con el tiempo para reforzar el muro de defensa que los focos construyeron hace unos años. Detrás de esa barrera se puede permanecer mucho tiempo, más del necesario. Duerme tranquilo esta noche, soldado, y haz lo mismo en los próximos días, cuando veas cómo nuestra pequeña armada va aumentando. Te deseo buenas noches.

Dicho esto, Leónidas se despidió, volviendo a su propio pabellón. Aristodemo continuó con su cena. El comportamiento franco y sensato del rey le había dado qué

pensar. Sin lugar a dudas, se dijo, era un hombre de gran encanto y carisma. En apariencia no le faltaba nada para merecer el papel de soberano de Esparta. No debía ceder a la tentación de ser indulgente frente a él. Él sabía quién era de verdad el soberano y de qué era capaz. Es más, le parecía todavía más peligroso ahora que había tenido forma de constatar cómo, con su afabilidad, podía conquistar a la gente y doblegarla a su propia ambición.

Sus dudas empezaron a soltarse. Ahora la amenaza representada por Leónidas se le aparecía en toda su grandeza. En su mente no tenía ningún temor por los persas. Para Esparta le parecía peor la figura del rey. Las fuerzas de Jerjes eran todavía una armada de espectros que flotaban sobre los lacedemonios, un enemigo ideal con los que enfrentarse para poner a prueba el propio valor, pero todavía unido a la nebulosa esfera de los pensamientos. Leónidas, por el contrario, era para él el enemigo real, concreto, la manifestación tangible de la hipocresía del «armonioso ordenamiento» espartano.

Leónidas le había parecido hasta entonces no sólo la expresión de cuánto marchitada estaba Esparta por dentro, sino también la causa de la infelicidad de la mujer que amaba, aunque cuando Gorgo le había insinuado la idea de eliminarlo la había rechazado instintivamente por el temor de hacerlo sólo para favorecerse así mismo. En Leónidas temía ver sólo un blanco donde compensar lo que le faltaba: la confianza en un sistema hacia el que se sentía cada vez más molesto y la cercanía de Gorgo.

Y un espartiatas no actúa nunca en beneficio propio, sino de la comunidad.

Pero ahora la situación era diferente. Las últimas revelaciones de Gorgo le habían hecho entender la amenaza que Leónidas representaba para la comunidad. Su tendencia por acapararse las simpatías de la gente, que había tenido forma de constatar ya en el primer día de la campaña, le habían convencido de la necesidad de actuar para impedirle dañar Esparta.

Lo habría hecho. Y no porque había asesinado a Cleómenes. No porque torturaba a la mujer que amaba. No porque llevaba a morir a trescientos espartiatas. Lo habría asesinado para no precipitar a Esparta en un abismo del que corría el riesgo de no volver a salir.

¿Leónidas pretendía convertirse en un héroe gracias a sus esfuerzos? Bien, él, Aristodemo, lo asesinaría y se convertiría en el verdadero héroe, aunque quizás nadie lo llegaría a saber. Se sacrificaría por la comunidad sin poder presumir nunca de ello. ¿Había algo de más «espartano» que aquello?

No le interesaba un premio por ello. Sólo el reconocimiento de Gorgo y la posibilidad de tenerla para él.

Ahora podía descansar. El tormento emotivo y psicológico que le había consumido desde el momento de la propuesta de Gorgo había finalizado. Ahora, si

acaso, iniciaba otro, unido a las modalidades que tendría que adoptar para llevar a cabo su decisión. Pero reflexionaría sobre ello a partir del día siguiente. En cuanto a los persas, se ocuparía de ellos en el momento en que se los encontrara delante. Por ahora sólo cabía esperar.

Al día siguiente la armada retomó el camino al alba. Con los *sciritis* a disposición, Leónidas tuvo la posibilidad de probar la formación en marcha por territorio hostil. Los montañeros de la Laconia septentrional procedían en avanzadilla, alargándose en las puntas para abrir el camino a la infantería pesada y señalar eventuales obstáculos, incluso de orden natural. El rey, sin embargo, no disponía de un número de efectivos suficiente que le permitiera organizar los clásicos cuadrados de hoplitas, dentro de los que se organizaban las provisiones de cada unidad. Tuvo, por lo tanto, que apañárselas con un orden de marcha inédito, que inició la *pentekostyes* de Deniece. Con ella constituyó un cuadrado de quince hombres por lado, dentro del que se situó él mismo junto al *polemarco*. El resto de la armada seguía dibujando un cuadrado más amplio, si bien media apenas un cuarto de aquellos del regimiento, con los sesenta hombres de una *pentekostyes* por cada lado, dentro de la cual procedían las provisiones de todas y cada una de las cinco unidades. Los soldados del lado anterior y aquellos del lado posterior estaban dispuestos en falanges, una precaución que se podía transformar en algo muy útil una vez alcanzada la Grecia central, donde sería imposible enfrentarse contra grupos de agresores partidarios de los persas.

Ya desde el día siguiente empezaron a llegar los contingentes de la Liga del Peloponeso. La columna procedía a lo largo de la frontera entre Arcadia y Argólide, evitando sobrepasar por ésta última. Argo era el único centro del Meridión que se oponía a la hegemonía espartana, y Leónidas no tenía ningunas ganas de intentar buscar más problemas antes de llegar al frente, máxime cuando los argivos se encontraban próximos al mismo. Corrían voces, de hecho, que podían decantarse a favor de los persas sólo para oponerse a Esparta.

En Tegea, los espartanos recogieron a quinientos hoplitas que habían ofrecido las ciudades estado arcadias, acompañados por los respectivos ilotas, y otros tantos se unieron a ellos en Mantinea, apenas quince kilómetros más al norte. Orcómeno, algo más alejado, puso a disposición ciento veinte soldados. Otros centenares se pegaron a la armada antes de que dejara Arcadia. Sucesivamente, en el territorio de Corinto, recogieron a otros cuatrocientos hoplitas para luego pasar el istmo y meterse en la Grecia central, en la que sobrevolaba el espectro de la invasión.

Ya en Megáride, de hecho, justo al otro lado de la garganta que dividía en dos a la Grecia, los soldados percibieron un clima más tenso. En los rostros de los campesinos que trabajaban los campos, junto a los que pasaba la columna en marcha, se leía el miedo. Los espartiatas, quienes gozaban del privilegio de estar dispensados de

cualquier trabajo que no fuera la actividad militar, no percibían el frenesí con el que la gente recogía las mieses, ni el silencio que reinaba entre los agricultores. Quienes se lo hicieron notar fueron los conmlitones de las otras ciudades, que cuando no estaban llamados a las armas pasaban el tiempo en los campos y conocían los ritmos, modos y medidas de la vida agrícola.

Era más bien raro toda una temporada veraniega sin que el territorio de una *polis* fuera objeto de devastación por parte del ejército de una ciudad adversaria. Sustraer recursos al enemigo destruyendo las cosechas era una modalidad muy difundida entre las endémicas luchas de Estados rivales. Por esa razón, en el trabajo de los campesinos pesaba de forma casi perenne la amenaza de una agresión, si bien por parte de armadas más limitadas.

Pero ahora, a unos doscientos kilómetros, estaba el gran ejército que hubiera jamás pisado suelo heleno. Un ejército compuesto por bárbaros, hombres que, excepto algunos pocos atenienses y palteses, nadie había visto nunca. Un ejército de sombras indefinidas, y por eso todavía más horribles. De las devastaciones de una ciudad estado enemiga cada griego había sabido siempre levantarse, e incluso en breve tiempo. Pero estos persas, ¿qué grado de destrucción serían capaces de alcanzar? ¿En base a qué principios actuarían? Una armada tan grande necesitaría de un número mayor de recursos respecto a los que se disponía habitualmente en Hellas, puesto que tantos bárbaros saquearían y destruirían los campos y las casas, e incluso las ciudades.

Era precisamente este el elemento que, más que otro, llevaba a la gente al más profundo desconcierto. En circunstancias normales, la *polis* constituía siempre el refugio extremo de la población delante de los invasores y, por tanto, se podía asegurar que dentro de sus murallas la gente podía considerarse a salvo hasta que la furia de los adversarios hubiera pasado. ¿Peor contra un millón de hombres? ¿Quién podía decir si las paredes resistirían? Y por esa razón flotaba un sentido de alucinada impotencia, al percatarse de que no tenían un sitio adonde ir, un lugar al reparo del que valerse, porque aquel enorme río de bárbaros podía arrastrarlo y destruirlo todo.

Aristodemo se desinteresó del destino de los campesinos que fue encontrando por el camino, e igualmente hicieron sus conmlitones espartiatas. No iban a la guerra por ellos, sino para salvar a Esparta e incrementar su gloria guerrera. No así Leónidas, que de vez en cuando recibía las invocaciones de júbilo y ánimo que le ofrecían, deteniéndose unos instantes a hablar con la gente en los campos para tranquilizarla y exhortarla a tener confianza en su ejército y en su flota.

Alguien como Marone, en cambio, apostrofaba las palabras del rey de peor forma o les tomaba el pelo sin cortarse:

—¡Tranquilos, cagones! ¡Quiénes os salvarán el culo son los espartanos! —iba gritando en más de una ocasión mientras estaba en el cuadrado. Sus salidas de tono

no fueron aprobadas por los otros contingentes, que no se consideraban menos implicados que los lacedemonios en la empresa, y comenzaron a crear tensión entre los otros aliados.

El primero que tuvo que responder de ello fue una vez más el pobre Pantites. Más que cualquier otro, éste se sentía obligado a demostrar algo a los conmlitones y a los superiores, y en el curso de la parada bajo el Citerón alcanzó a Marone, Alfeo y Ditirambo que discutían con los arcadios.

Un pequeño grupo de tegeatas se había movido hacia el espacio reservado al pentecoste de Cleopompo para pedirle a Marone explicaciones sobre sus bravuconadas. El tono de las voces había sido alto, pero se limitaba sólo a algún que otro empujón.

—Ahora a cuatro comedores de cebollas se les ha metido en la cabeza salvar a toda la Grecia. Y sin embargo, hace diez años, cuando les llamaron desde Ática, se movieron muy despacio, para evitar a los bárbaros —escuchó decir Pantites a un tegeata, un energúmeno grande como Alfeo que analizaba a Marone con aire de desafío.

Este no se hizo de rogar.

—¿Cuatro comedores de cebolla? Estos cuatro comedores de cebolla —respondió — son capaces de clavar su propia lanza en el culo de un pederasta tegeata como tú, de que le salga por el ombligo y de clavársela a algún bárbaro que se le ponga enfrente.

El otro se puso rojo de ira, hinchándose hasta parecer más imponente. Sus conmlitones comenzaron a incitarle para que diera una bonita lección a aquel payaso espartano. Pero precisamente en ese momento llegó el *pentecontarca* Cleopompo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —dijo, sin apenas autoridad, dirigiéndose no a los dos que estaban discutiendo, sino a uno de los allí presentes.

—Nada serio, *pentecontarca* —le respondió Alfeo, mientras Marone y el tegeata seguían luchando con los ojos, no pudiendo hacerlo con el resto del cuerpo.

—Bueno, diles que no hagan demasiado ruido —sentenció Cleopompo, y eso fue todo. Inmediatamente después se encontraba a decenas de metros, ocupado en otros asuntos.

—Por lo que parece, tu jefe no tiene ninguna intención de defenderte —dijo chulesco el tegeata a Marone, dando un paso hacia delante para prepararse a la agresión.

Marone estaba a punto de hacer lo mismo cuando entre ellos se interpuso Pantites. Se encontraba firmemente intencionado a hacerse notar, pero aquel breve intercambio de insultos le había persuadido de estar todavía menos preparado que su camarada a enfrentarse, desde un punto de vista físico, a un individuo de aquellas características. Por eso eligió el papel de pacificador.

—¡Deteneos! si empezamos a discutir entre nosotros —dijo, dirigiéndose a los dos que se estaban peleando— ¡no nos quedarán fuerzas suficientes para combatir contra todos los hombres que siguen al gran rey Jerjes!

—¿Y éste qué quiere? —preguntó, sonriendo con superioridad, el tipo enorme, dirigiéndose a sus propios conmlitones—. ¡Puedo enfrentarme perfectamente a dos comedores de cebolla!

—Si de verdad eres tan bueno —siguió Pantites—, serás mucho más útil a la Liga cuando tengamos que enfrentarnos al enemigo. Por una vez intentemos estar unidos, nosotros de las Helas. Ahora formamos parte de la misma armada, por Ares.

Por la expresión del tegeata y de sus compañeros, no parecía que sus palabras hubieran surtido efecto. Pero no tuvo la posibilidad de intentar ser más convincente, porque precisamente en ese momento percibió cómo le agarraban de la oreja con dos dedos. No era un tegeata. No era Marone, ni Alfeo ni Ditirambo.

Era Aneristos.

—¿Qué es lo que tengo que hacer contigo? —le gritó el *pentecontarca*, en el mismo oído que seguía apretando cada vez con mayor fuerza—. ¿Ahora te vas a ocupar de sembrar discordia entre las unidades y provocas a los aliados?

—¡Pero si estaba intentando dividirlos! —gritó Alfeo, mientras el tegeata soltaba carcajadas, complaciéndose por el comportamiento del oficial espartano.

—Estaba donde no tenía que estar, y eso es suficiente —respondió Aneristos, que tomó la dirección de su propia unidad, llevándose detrás a Pantites.

Marone, mientras tanto, había dejado que su hermano hablara por él. Su atención seguía concentrada en el que le había desafiado, cuyos músculos estaban tensos, en la evidente preparación de un asalto. La furia del tegeata se desencadenó inmediatamente después de que el *pentecontarca* se hubo alejado. Como un toro salió con la cabeza baja para clavarle los cuernos a su víctima, embistiendo al adversario con una rapidez que le sorprendió. Marone acabó en el suelo, casi paralizado por el golpe y por el violento impacto que padeció en la espalda. El antagonista, además, se puso inmediatamente encima de él, aplastándolo con su propio peso, sin darle tiempo de recuperar fuerzas o la respiración.

El tegeata agarró el cuello de Marone, que no parecía en condiciones de reaccionar. Llegados a ese punto, Alfeo no supo aguantarse y se lanzó a su vez sobre el macizo arcadio, agarrándolo por el pelo y tirándolo hacia él. Su intervención levantó las protestas de los camaradas del tegeata y algunos se apresuraron a arremeter a su vez contra Alfeo. Uno de estos acababa de empezar a apretar el brazo alrededor del cuello del espartano, cuando escuchó una voz familiar.

—Tendréis todo el tiempo del mundo para demostrar vuestro valor en el campo de batalla. No es necesario que lo hagáis ahora.

Los hombres que no estaban directamente implicados en el encuentro renunciaron

a entrar y se callaron de repente. Los cuatro que se encontraban ya luchando no se dieron cuenta de nada y siguieron dando y recibiendo golpes. Leónidas agarró con decisión el brazo libre del tegeata que estaba agrediendo a Alfeo y se lo giró con fuerza, provocando un grito y el abandono de la lucha.

El arcadio se dio la vuelta de repente y con el otro brazo intentó agarrar a su agresor pero éste se lo detuvo a media altura, sujetándole la muñeca y mirándole a los ojos sin decir una palabra.

Sólo entonces el guerrero peloponesiaco se dio cuenta de quién tenía delante y bajó la mirada avergonzado. Mientras tanto uno de los otros conmlitones que estaban con él se acercó al antagonista de Marone y, cogiéndolo por un hombro, le ayudó a levantarse. El hermano de Alfeo estaba todavía dolorido y se dio cuenta con dificultad de lo que había ocurrido mientras su adversario se levantaba con toda su corpulencia delante de Leónidas, pero con un comportamiento mucho más retraído que anteriormente.

—¿Y bien soldado? ¿Tu rabia es tal que la soltarías incluso contra tu comandante supremo, o eres capaz de contenerte y soltarla contra el comandante supremo de los bárbaros? —le dijo el rey, mirándolo a los ojos.

Este agachó la cabeza y no respondió.

—Era sólo un intercambio de opiniones, majestad —le dijo en cambio Ditirambo.

—Sí, un intercambio de opiniones en la que vosotros, espartanos, llevabais la peor parte —tuvo el coraje de decir el tegeata, que se estaba todavía masajeando el brazo que le había retorcido Leónidas.

—Me gusta que mis soldados intercambien opiniones sobre lo que nos espera —respondió el rey, para nada molesto por la respuesta irreverente del tegeata—, pero espero que lo hagáis como nosotros, los comandantes, discutiendo de estrategias y tácticas y de cómo poner al servicio de la causa helénica vuestra fuerza —añadió. Su calma y autoridad habían distendido los ánimos excitados de los soldados implicados en la pelea. Se marchó razonablemente seguro de haberles hecho pasar la suficiente vergüenza para evitar otros enfrentamientos.

Leónidas, sin embargo, no era capaz de ver qué es lo que estaba ocurriendo más allá. Uno de sus pentecontarcos estaba desahogándose con un *hoplita*, culpable sólo por ser joven y bello. Y ahí no había desafío, ni lucha. No sólo por la diferencia de grado, que detenía al joven y le impedía reaccionar. Demasiado marcada era la diferencia entre los dos en términos de malicia, experiencia, fuerza y robustez física para que el encuentro no se desarrollase en una implacable y bestial paliza.

Cuando llegaron junto a un valle, Aneristos arrojó dentro a su víctima. El joven perdió el equilibrio y cayó rodando por la breve pendiente. Aneristos no le dio tiempo de hacer otra cosa que ponerse de rodillas, antes de lanzarse contra él de nuevo. Lo agarró por el pelo y le soltó un rodillazo contra la barbilla que le rompió dos dientes.

Desde ese momento el joven se transformó en un peso muerto sobre el que el oficial pudo soltar toda su calculada furia sin oposición. La obra devastadora de Aneristos fue sistemática, cuidadosa, para no dañar los órganos vitales ni la parte inferior del cuerpo, pero también para dañar cuanto más fuera posible la belleza del joven. Con el paso de los minutos se atenuó, hasta desaparecer, la profunda diferencia estética que había entre ambos. El rostro de Pantites se transformó en una máscara teatral trágica, cuyos rasgos eran exageradamente marcados en correspondencia con las mejillas y alrededor de los ojos, los labios morados e hinchados desarrollaban bordes irreales y ridículos, la nariz se había torcido hasta quedar encima de una parte de la mejilla. Cuando consideró completa la obra, Aneristos soltó un puño final contra la frente del joven, prestando atención en centrar con los nudillos el mismo ojo que había golpeado con anterioridad. Hasta entonces Pantites, a pesar de todo, había conservado al menos una parte de la propia lucidez, pero ahora se vio percibiendo la repentina pérdida de funcionalidad de propio tímpano. Esto coincidió con una violenta implosión y después un silbido prolongado que fue el único sonido que escuchó durante un buen tiempo, abrumado por la sensación de náusea y vértigo. El joven se quedó en el suelo escuchando ese sonido innatural hasta que se atenuó para desaparecer y dejarle consciente de no poder escuchar otra cosa por aquel oído el resto de su vida.

Se dio cuenta de que su golpeador se había marchado. Qué pena, se dijo, le hubiera gustado ponerse de pie mientras todavía pudiera verlo. Cuando consiguió levantarse, si bien encorvado por culpa de las costillas fracturadas, se felicitó por definirse un verdadero espartiatá, capaz de obtener linfa vital del dolor, casi nutriéndose para alimentar la propia energía. En el supuesto de que tuviera alguna duda, ahora lo había superado. Ya tenía la certeza de poder afrontar la batalla contra los persas sin dudas o temores.

Las aguas calientes

Al otro lado del Citerón, en Beocia, la atmósfera cambió de nuevo. Allí parecían todos resignados, en su mayoría. Es más, parecía que algunas comunidades hubieran ya enviado representantes a Jerjes para declararse dispuestos a convertirse en sus súbditos, como el gran rey les había pedido. Si bien la adhesión al partido persa no había sido unánime en toda la región, y Leónidas pudo obtener más contingentes, por otro lado de excelente calidad. Entre las *polis* de mayor prestigio, Tebas era la que había aceptado la causa persa con mayor decisión. No obstante, un tal Leontiades se presentó con un séquito de cuatrocientos hoplitas, poniéndose a disposición del rey espartano. Leónidas los acogió con entusiasmo mientras muchos, entre las filas espartanas y las otras, los miraban en la distancia, incluso con cierta hostilidad.

—Hay poca razón para estar seguros con gente de este tipo, ya sea al lado o entre nosotros —dijo Marone al hermano—. En el momento decisivo nos encontraremos frente a los hermanos que luchan con Jerjes, y entonces tendremos que preocuparnos también de su reacción. En mi opinión, no es un buen negocio que vengan detrás de nosotros.

La opinión de Marone reflejaba, de hecho, el modo de pensar de gran parte de los compañeros. En la *pentekostyes* de Aristodemo, se escuchaba la misma conversación.

—Lucharemos sin saber si podemos de verdad contar con el compañero situado sólo a pocos metros —afirmaba Eurito, viendo desfilar los cuatrocientos escudos con la clásica figura de Tebas representada en el lado exterior—. Como si la empresa consistente en detener a miles de persas no fuese ya difícil por sí sola.

—Al menos ofrecerán a Leónidas una excusa excelente, en el supuesto de que las cosas salgan mal —comentó ácidamente Aristodemo—. De todos modos —añadió, comentando la costumbre tebana de no utilizar la coraza—, me he preguntado siempre qué es lo que hacen estos organizando una falange sólida sin armadura. Veréis, en la mejor de las hipótesis, nos va a tocar ayudarles.

—Bueno, si es por eso —respondió Eurito—, ¿qué me dices de quien va a las batallas desnudo? Estos estúpidos son sólo unos exhibicionistas.

Estaba llegando, de hecho, otro contingente de armados desde el oeste. Iban completamente desnudos, a parte de la clámide, la toga que les caía hasta las pantorrillas, el casco corinto, el escudo y la espada colgada del hombro. Curiosamente en los pies llevaban unas botas, al contrario del resto de los hoplitas, que luchaban descalzos o en alternativa con unas sandalias con la suela de cuero.

Su comandante se presentó al Estado mayor de Leónidas. Se llamaba Demófilo y llevaba consigo setecientos hoplitas de Tespis, ansiosos, dijo, de ofrecer su ayuda contra la invasión. El rey de Esparta le dio calurosamente la mano, manifestando,

también en esta circunstancia, un calor mayor de cuantos lo rodeaban. Demófilo parecía un entusiasta y no se dejó influenciar por la frialdad que percibía a su alrededor. Por el contrario, exhortó a los suyos a ser amigo de los hoplitas peloponesiacos, y él mismo quiso entablar conversación con algún espartano. Se dirigió hacia la *pentekostyes* de Aristodemo y, por suerte, eligió como interlocutor al *pentecontarca*.

—Y bien, camarada —inició, dándole una palmada en el hombro con una sonrisa franca y abierta—, no ocurre con frecuencia que estúpidos y espartanos luchan juntos. Es un acontecimiento que hay que celebrar, ¿no creéis? ¡Ven a beber un poco de vino con nosotros!

—En mi opinión, tú estarás demasiado ocupado en protegerte la colita para pensar en combatir —le respondió Aneristos, intentando transformar en una broma la animadversión que sentía hacia ese individuo y aquello que representaba. Pero su rostro feo canceló cualquier rasgo de ironía en sus palabras.

—Yo con vosotros me voy de buena gana a beber —se apresuró a decir Eurito, para suavizar cualquier tensión que se pudiera crear entre los dos. Intentó abrir la boca también Pantites, para expresar la misma opinión, pero luego tuvo miedo de que Aneristos se lo hiciera pagar y se quedó callado. Por otro lado, después de la paliza de la noche anterior, se daba cuenta de que durante los momentos de pausa de la marcha era más oportuno descansar.

—¡Oh! Aquí tenemos a un compañero que no se crea ningún problema —respondió Demófilo, dándose la vuelta hacia él e ignorando por completo a Aneristos—. ¡Claro amigo! Venga, vayamos a beber antes de comenzar de nuevo.

Eurito exhortó también a Aristodemo para que fuera. Y éste, tras un momento de duda, los siguió.

El comandante tebano estaba mucho más firme en sus opiniones. Había percibido inmediatamente la atmósfera de escepticismo con la que la armada había acogido a su contingente y eligió no dar ningún gesto de confianza a todo aquel que no fuera Leónidas y el polemenco. Condujo por lo tanto a los suyos directamente hasta la cercana *pentekostyes* de Deniece que, marchando y descansando cerca del rey, se veía obligada a mantener la máxima disciplina. Su comportamiento circunspecto alimentó la desconfianza de los soldados de las otras unidades, que siguieron hablando de los tebanos también cuando la marcha continuó.

La columna, fuerte constituida por tres mil hoplitas y al menos otros tantos ilotas, siguió subiendo por Beocia hacia el noroeste, dejando en el lado derecho el lago Copaide. Siguiendo el curso del Defiso, entró en la Fócida, entremetiéndose entre las dos cadenas montañosas del Helicón en el oeste y del Anargirone en el este. En Queronea, a los pies del monte Parnaso, Leónidas mandó detener la armada y la abandonó durante una jornada completa, llevando consigo sólo a Deniece y a otros

pocos hoplitas. Nada traspasó sobre los motivos de su ausencia, pero nadie tuvo dudas respecto a que no había podido resistir la tentación de ir a consultar el oráculo de Apolo y Delfi, donde Esparta mantenía permanentemente a cuatro embajadores. De cualquier forma, cuando volvió no circuló ninguna voz al respecto, y nadie se atrevió a pedir explicaciones ante el temor de que el silencio guardara un mal presagio.

El camino retomó, siempre entre dos series de montañas, el Parnaso en la izquierda y el Calidromo en la derecha. Al final, en proximidad a los manantiales del Cefiso, donde la llanura cedía definitivamente el sitio a los relieves montañosos, la armada se desvió con decisión hacia el norte, entrando en la Dórida y poniéndose como meta alcanzar Traquinia a través de la carretera que cruzaba las montañas. Muchos, entre los soldados, se estaban preguntando ya desde hacía tiempo cómo era que Leónidas no había seguido la línea más recta y cómoda de la costa, que a través de la Locride Opunza habría conducido al ejército directamente al paso de las Termópilas, junto al golfo Maliaco. Deniece se apresuró a explicarlo a sus amigos.

—Nuestro soberano necesita saber —dijo a Aristodemo, Eurito y Pantites— hasta que punto puede contar con el presidio de Traquinia. Se trata de la única vía alternativa de acceso a la Grecia central. Antes de llegar a las Termópilas pretende verificar las defensas y, si acaso, incrementarlas. Y además, en Traquinia ha dado cita a los aliados septentrionales, a los fócidos y a los lócridos.

—Tú que estás junto a él, ¿qué tipo de rey es? —le preguntó Pantites.

Deniece lo miró desconsolado, sin conseguir encontrar apenas rasgos de su belleza en aquel rostro del que había presumido unos días antes.

—¿Qué tipo es? Es un individuo excepcional, uno de los mejores soberanos que Lacedemón haya tenido antes, si tengo que juzgarlo por estos pocos días. Claro, las pruebas más difíciles tienen todavía que llegar, pero me parece el tipo de hombre apropiado con el que me gustaría afrontarlas —respondió con decisión entusiasta.

«Aquí tenemos a otro que se ha dejado seducir por ese individuo», pensó Aristodemo mientras Eurito replicaba:

—También yo me siento seguro bajo su guía. Me parece que me dirige Ares en persona.

Molesto ante el aumento de los cumplidos, Aristodemo decidió alejarse antes de que le pidieran su opinión.

En Traquinia la armada llegó la mañana del duodécimo día de viaje. La ciudad estaba situada al principio de la ladera del monte Eta, en una posición que permitía vigilar y detener el camino que llevaba desde Tesalia a Dóride. Con la montaña detrás, ésta constituía una roca fuerte que cualquier general con experiencia y buen sentido habría considerado imposible de conquistar.

A pesar del pase de las Termópilas, a casi ocho kilómetros más hacia el este, el

camino era tan estrecho que permitía con dificultad el paso de un par de carros a la vez. Nadie que entendiera de asuntos militares lo consideraba defendible desde Traquinia. Al contrario, los estrategas de la Liga del Peloponeso consideraban el paso hacia la Dóride prácticamente cerrado por la existencia de la fortaleza, y, si acaso, los únicos temores podían nacer de la eventual adhesión de sus habitantes malíes a los partidarios de los persas. También, por este motivo, Leónidas quiso pasar por la ciudad para percibir los humores de la ciudadanía que, por otro lado, lo acogió con grandes manifestaciones de júbilo. En la llanura inferior encontró acampados también los contingentes que ofrecían Fócida y Lócrida Opunzia, un millar de hoplitas cada una.

De los gobernadores de la ciudad, el rey supo que Jerjes había avanzado no sólo sin encontrar obstáculos, sino incluso con la colaboración de las comunidades macedonias. Se sabía, por otro lado, que esto ocurriría. El rey Alejandro no había escondido nunca sus simpatías hacia el imperio, cuya presencia en Tracia había limitado, desde hacía mucho, las incursiones de los sciti dentro de las fronteras macedonias. Por lo tanto el ejército de Jerjes había sido acogido con todos los honores allá donde se había detenido, a pesar de que cada parada implicara el caos económico de los centros obligados a suministrarle hospitalidad.

Se decía que la armada persa era tan grande que vaciaba los ríos junto a los que hombres y caballos se detenían para quitarse la sed. Se decía que el gran rey pretendía para él y para su séquito vajillas de oro y plata y que era mejor que nadie se arriesgara nunca a que le faltaran. Se decía que alguna comunidad había llegado a desembolsar hasta 400 talentos por la comida y el alojamiento de los persas.

Según las informaciones más recientes, el ejército y la flota enemiga habían apenas dejado Terme, en el golfo homónimo, donde el tronco terrestre y el marítimo se habían unido por primera vez desde el paso del Hellesponto. Jerjes no se había movido de allí hasta que no había adquirido la certeza de que también Tesalia estaría de su lado. Era por lo tanto lícito prever que lo que quedaba de trayecto hasta Málide sería un paso, y aquello dejaba suponer que los persas aparecerían en pocos días, mientras la flota podía estar al sur de la península de Magnesia de un momento al otro.

—Oh, rey, permitirnos ofreceros a ti y a vuestro Estado mayor una comida digna de un soberano —dijo a Leónidas uno de los representantes del consejo de la ciudad—. Nos perdonarás si esto no está a la altura de aquello que se escucha hablar a propósito de Jerjes, pero nosotros no te lo ofrecemos por miedo, como los macedonios, sino para demostrarte la gratitud y el apoyo de la *polis* a tu empresa.

Les presentaron una mesa cubierta con una extraordinaria variedad de alimentos, con amplia elección de pescado y carne, queso, pan, olivas, menestras de judías y lentejas, además de vino a voluntad. Leónidas miró a los malíes con aire de

agradecimiento, y luego contestó decidido:

—Reservad estas abundancias a los persas, y quizás a algún otro griego. Yo soy un soberano espartano y no he comido jamás más y mejor que el último de mis súbditos. Pero os agradezco haber ofrecido a mi ejército, cansado por la marcha compuesta de etapas forzadas, y menos acostumbrado que los lacedemonios a las privaciones, de esta ocasión para retomar fuerzas.

Luego, el rey llamó a Deniece y le dio órdenes de distribuir todo lo que se encontraba en la mesa entre los soldados de los contingentes no espartanos. Los soldados acogieron la comida con manifestaciones de júbilo y estima hacia Leónidas. En realidad, si aquellos platos eran una comida suntuosa para pocas personas, para los 2700 hombres constituían una comida escasa. Pero tal fue la impresión que el gesto de Leónidas causó entre los aliados, que la comida consiguió nutrir el espíritu de quienes se habían agregado a los espartanos. Éstos últimos, por otro lado, se sintieron orgullosos de que su rey les considerara en grado de poder prescindir de aquella gratificación y salieron también ellos satisfechos, confirmando su superioridad.

Leónidas, mientras tanto, tenía prisa. Una vez comprobado con agrado que en la ciudad un millar de malíes podían armarse contra los persas, se despidió de sus anfitriones dando órdenes de retomar la marcha hacia el mar, con el ejército aumentado por los locrenses y focenses. A Deniece encargó el deber de recopilar un pequeño reparto de malíes para añadirlos a la armada, en consideración al conocimiento que tenían del terreno, para funciones de avanzadilla y reconocimiento.

Después de haber interpelado a los gobernadores de Traquinia, el *pentecontarca* vio como le presentaban una treintena de jóvenes con un armamento ligero.

—En su mayoría son pastores —le dijeron—, con un profundo conocimiento del lugar. En verdad hay sólo uno que tenga experiencia en guerras, y a él hemos asignado el mando del grupo.

Su jefe era bajo y recortado, pero robusto y compacto. En el rostro quedaba poco espacio para cualquier cosa que no fuera la nariz, ancha y plana.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con prisas Deniece.

—Efiartes, señor —le respondió aquel, con una voz que parecía salirle de la nariz.

—Me dicen que has madurado alguna experiencia bélica —le interrogó el oficial.

—Bueno, guíé alguna represalia contra los tesalios, hace algún tiempo. Una vez llegamos a enfrentarnos en una verdadera batalla campal. Éramos unos cuarenta por parte, y entonces yo dividí a mis hombres en filas y les hice avanzar como una falange.

—Entendido —le interrumpió Deniece, perdiendo la paciencia—. ¿Eso es todo?

—Bueno, por estos lugares desde hace algún tiempo todo está bastante tranquilo. Antes de todo esto, en aquella ocasión dejamos en el campo al menos a la mitad de

aquellos cerdos, y yo personalmente maté.

—Está bien, sigamos. El rey está impaciente por llegar a las Termópilas. Llevadnos hasta allí —cortó Deniece, dándose la vuelta y encaminándose.

—Lo imagino. Tiene ganas de darse un baño en las aguas sulfúreas, ¿eh? ¡Para reponerse de los esfuerzos del viaje! —escuchó por detrás el oficial.

Deniece se dio la vuelta inmediatamente. Efialtes tenía una sonrisa que desarmaba. El oficial no vio malicia en su mirada, sino sólo ingenua diversión, si bien el humorismo sobre el rey de Esparta, y además por parte de un extraño, no era tolerable.

—¡Imbécil! ¡Ríete con tus pastores! Ponte a la cabeza de la columna y llévanos hasta el desfiladero —dijo con la expresión más seria que consiguió ofrecer. Le pareció que fue suficiente porque Efialtes se marchó al trote para que sus subalternos le siguieran.

El pelotón de malíes avanzó hacia el este bordeando las alturas y llevando la armada a lo largo de los márgenes de una llanura que se extendía sin límites en el lado de la izquierda, hasta el mar, si bien se tenía la impresión de que en Oriente el espacio quedara limitado por las montañas, que en realidad no eran otra cosa que las alturas de la cercana isla de Eubea. Después de un par de kilómetros, en la montaña que rozaba Traquinia se abrió una hendidura por la que salía un río. Efialtes dijo que era el Asopo y se dirigió a su desembocadura. Luego continuó hasta la confluencia con su tributario, en proximidad del cual un puente permitía el paso hacia el sureste, en dirección al desfiladero.

—¿Veis aquella mancha violácea en el afluyente? —dijo Efialtes, irrefrenable en su locuacidad, a Deniece y Leónidas, que iban tras él—. Por eso se llama Fenice. Y tendrá una razón más para llamarse así: ¡después de que lo llenemos de sangre persa!

Leónidas y Deniece le miraron de reojo.

—Ahora superaremos ambos, y entraremos en el desfiladero —se apresuró a añadir el guía, intentando asumir una expresión seria.

Inmediatamente al otro lado del río había una aldea que se situaba en una pendiente suave donde las alturas, en aquel punto, descendían hacia el mar. Efialtes les explicó que se llamaba Antela, y enseñó a sus acompañantes un santuario llamado Demetria Anficionide, indicando los escaños en los que tomaban asiento los miembros de la alianza.

—Pero aquí hemos tenido también un rey, como quizás sabéis —añadió, indicando otro santuario—. Es precisamente el templo de Anficione, que era el soberano de las Termópilas antes de ir a Atenas para casarse con la hija del rey Cranao y tomar su lugar.

El resoplido de Deniece puso fin a la explicación mientras Leónidas cogía por el brazo a su propio lugarteniente.

—Mira si es estrecho por aquí —le dijo, indicándole el camino que se abría pocos metros delante de ellos. A la izquierda, el mar y la tierra firme se disputaban el espacio, creando una zona pantanosa con una forma indistinta e ínfima. A la derecha las últimas raíces de las montañas formaban una pared diagonal.

—Serán una quincena de metros, no más —comentó Deniece después de haber valorado la amplitud con el ojo experto.

Leónidas asintió. Pero Efialtes no era el tipo que se limitara a comentar con la boca cerrada.

—Sí, sí, es estrecho. Quizás el paso más estrecho del desfiladero. Pero esperad a ver los otros dos. Quizás hay uno más adecuado para la defensa. Veis, aquel central.

—Si no te importa, nos gustaría hacernos una idea directamente —comentó Deniece en el intento de apartarlo.

Poco después el terreno sólido se abrió de nuevo hacia el interior. A lo largo de las pendientes cubiertas por ramajes todos notaron columnas de humo que se levantaban desde el suelo. Algún loco desde la columna gritó:

—Oye. ¡Están quemando rastrojos en nuestro honor!

Deniece le puso inmediatamente la mano en la boca de Efialtes.

—¿Diría que se trata de agua caliente, no? —dijo riendo.

Efialtes no pareció sentirse molesto. En cuanto el oficial liberó su boca, comentó:

—¡Claro! Son nuestros baños calientes, que nosotros llamamos *vasque*, un verdadero placer en la temporada fría, pero un fastidio enorme el resto del año. No es por nada, pero parece que se hayan creado precisamente con la exigencia de crear problemas a los invasores. Se dice que en los tiempos antiguos, cuando los tesalios intentaron invadir el país, nuestros antepasados sacudieron el suelo para que saliera el agua caliente y de esta forma hacer que éste fuese impracticable y su paso fuese todavía más complicado. De todos modos, majestad —añadió, dirigiéndose a Leónidas—, ¿ves allí, en correspondencia con la nube de humo más alta? Allí está el manantial con una pequeña cascada, y justo al lado se encuentra el altar, construido en honor de tu antepasado Heracles.

Entre los soldados hubo quien empezó a olfatear con la nariz en un intento de captar el olor extraño que se diría que provenía de aquellas aguas. Pero todavía estaban todos demasiado cerca del mar y su olfato se veía investido por restos de agua salina de las tierras pantanosas o de la sal. Un *hoplita* salió incluso de la columna para acercarse cuanto más pudiera al río, pero su *pentecontarca* lo detuvo inmediatamente. Desafortunadamente para él, su *pentecontarca* era Aneristos. Le fue a gritar en la cara que por la noche, como castigo, en vez de descansar después de la marcha, se quedaría de pie, con el escudo en el brazo, durante todo el tiempo que los compañeros emplearan para comer. Y cada vez que el brazo bajara por debajo de la cintura, el tiempo se prolongaría una hora.

Muy pronto los hombres consiguieron satisfacer su curiosidad sin salir de las filas. Más adelante, de hecho, el valle fue estrechándose, obligando a la columna a acercarse a los humos. El olor a azufre empezó a penetrar en las narices de los soldados, levantando hondadas de comentarios, en general referidos al parecido con las flatulencias del camarada más cercano. Pero mientras tanto los guías de la armada habían llegado al segundo paso.

—Es un poco más ancho que el anterior —observó Cnemo, el polemenco.

—Sí, pero mira las pendientes del monte, están casi a pico, durante al menos treinta metros. La otra garganta, queriendo, se podría también pasar por el lado suroeste —le hizo notar Leónidas.

—Por el lado terrestre se puede estar tranquilo, diría —añadió Deniece.

—¿Y esto qué sería? —preguntó el polemenco, indicando los restos de un murito en seco con un espacio en el centro, suficiente para el paso de un carro.

El malio no tardó en satisfacer su celo.

—Se trata de un muro barrera construido hace mucho tiempo por los focenses para cerrar el paso a los invasores tesalios. La verdad es que no ha quedado mucho...

—Bueno, pero se ajusta, se ajusta... —replicó Leónidas, que luego, después de haber reflexionado, añadió—: dejad que la tropa se detenga aquí, nosotros procedemos hacia el punto más oriental. Quiero ver también aquel.

Efialtes se puso enseguida a su lado, seguido por todo el Estado mayor. Después de casi doscientos cincuenta metros, el grupo dio la vuelta a una altura aislada que se asomaba al mar, sobre la que Leónidas quiso subir para dar un vistazo al terreno en toda su amplitud. Tardó un momento, subiendo la cuesta con unas setenta zancadas. Era una altura muy neta y definida, tan perfecta que parecía artificial, con una parte superior plana de un centenar de metros cuadrados que permitía a un hombre situarse unos treinta metros por encima del nivel del mar.

Desde allí el rey analizó con calma lo que tenía frente a él. Observó en primer lugar la doble armada que se extendía como una alfombra —roja en parte— en la llanura situada en la zona inferior, dibujando una especie de reloj de arena con la parte más angosta en correspondencia con los restos del muro focense. Luego miró a la derecha, hacia el mar, constatando que las alturas más occidentales del Eubea le impedían ver el cabo Artemisio, donde se reuniría la flota griega. Luego miró hacia la montaña, observando complacido la particular aspereza del terreno, una continuación de selvas y acantilados. Por último miró tras él, hacia el siguiente paso en el desfiladero, y sólo entonces bajó de la colina que parecía un pedestal perfecto para su figura estatuaria.

No tuvo tiempo de regresar a la llanura cuando ya Efialtes le había informado sobre el nombre de la altura. Kolonos lo llamaban por aquellos lugares, y los jóvenes lo usaban como rampa para correr dentro del agua.

Después de casi tres kilómetros recorridos en una llanura apenas más amplia que el paso anterior, el terreno comenzó a estrecharse. Entre el mar y las pendientes de los montes había pocos metros.

—Se llama Alpenos —explicó el malio—, y es el primer centro que se encuentra bajando hacia Lócride. Después el camino se abre definitivamente. Ahora te toca a ti decidir, majestad, dónde esperar a la armada—. Y por una vez calló y esperó la respuesta.

Leónidas reflexionó bastante tiempo y luego preguntó:

—Estos tres pasos, ¿es posible evitarlos pasando por los montes? Quiero decir, ¿hay senderos que inician en la zona de Traquinia?

—En efecto, sí que los hay, pero hay que conocerlos —puntualizó Efiates—. Desde Traquinia, por ejemplo, se sigue el curso del Asopo un tramo, luego se sube hacia la montaña del Anopea por un sendero estrecho y tortuoso que baja hacia el mar, precisamente allí, en correspondencia con aquellas formaciones rocosas. ¿Las ves? Nosotros las llamamos, «nalgas negras» porque nos recuerdan a los cercopios, los dos enanos que tu antepasado Heracles colgó cabeza abajo—. El malio indicó el punto del que estaba hablando, que se encontraba apenas al oeste de Alpenos.

—¿Y cuánto se necesita para recorrerlo? —preguntó Cnemo.

—Un pelotón con experiencia en el terreno o guiado por alguien de la zona puede conseguirlo en cuatro o cinco horas. Conseguir realizarlo con todo un contingente me parece improbable —respondió Efiates.

—Pero no podemos excluir la posibilidad de que algún habitante de Traquinia se deje tentar por el oro persa —observó Leónidas—. Así que hay que tener en cuenta esa eventualidad, aunque sea sólo por acciones de disturbio. He decidido. El sitio mejor donde acampar es el paso central, donde reconstruiremos el muro de los focenses. Pero aquí estableceremos una base retrasada con parte de las provisiones. Situamos allí a los focenses, en guardia del campamento, visto que están a un paso de casa.

Volvieron todos hacia atrás, y en el transcurso de poco tiempo la estrecha lengua de tierra entre las montañas y el mar, entre Kolonos y Antela, hervía de actividad. Dos equipos de ilotas fueron asignados para reparar la pared, uno encargado de buscar piedras y el otro de su instalación. Leónidas dispuso que la barrera fuese alta como dos hombres y que terminara en el lado del mar, donde el agua pantanosa llegaba a las rodillas. Por la parte opuesta la pared se unió a la pared rocosa, y continuó en ángulo recto con un lado más corto que se adjuntaba en altura. En el centro se dejó un espacio que en un segundo momento habría sido cerrado por una barrera móvil de madera. En madera estaban también los andamios contruidos y situados a lo largo de la pared interna para que fueran apoyos, mientras los picos abrieron hendiduras entre las piedras y a la altura de los ojos.

Deniece formó otros equipos de ilotas, a quienes asignó el encargo de encontrar hierbas, mientras a otros les dio la orden de requisar el trigo y otros víveres en la población local, sobre todo en la llanura de Traquinia, y aquello con una finalidad doble: por un lado, asegurarse nuevas reservas de comida, y por otro sustraérselas al ejército invasor, que no tenía otras alternativas en la llanura de Traquinia para acampar. Además, Leónidas, requisando barcas a los pescadores de Antela y Alpenos, envió mensajeros a su vez al Eubea para tener noticias de la flota y recibir comunicación por parte de Euribíades. Los movimientos de la flota persa eran más rápidos, y por lo tanto más imprevisibles que los del lento ejército de la tierra, cuyo caminar se hacía anunciar largamente. Por lo que sabían los griegos en las Termópilas, las naves de los bárbaros podían estar ya cerca de Artemisio y las hostilidades en el frente marítimo podían haberse abierto ya. En cualquier caso, consciente de ser el brazo secundario de la maniobra anfibia, Leónidas esperaba disposiciones a Euribíades. Las circunstancias de la guerra habían creado la extraña paradoja de un rey que recibía las órdenes de un navarco.

—Al final prefiero considerarnos el perno de una puerta, en este caso la flota, que barre al enemigo abriéndose. Si nosotros no detenemos al ejército persa, los nuestros en el mar no podrán afrontar a los bárbaros sin el temor de que, sin importar el resultado del enfrentamiento en el mar, aquellos lleguen hasta la Grecia central —confesó el rey a Cnemo y Deniece—. Si destruimos la flota les quitamos el apoyo marítimo, engrandeciendo cualquier avance de ellos hacia el sur. Pero si nosotros, aquí, les dejamos pasar antes de que haya ocurrido algo decisivo en el mar, la flota se encontrará con el ejército enemigo detrás y se verá en medio de dos fuegos.

—Bueno, si hay un lugar en toda Grecia que se pueda definir ideal para detener una invasión, es precisamente éste —respondió el polemenco—. No creo que existan muchos sitios en la península helénica que ofrezcan a los defensores la posibilidad de valerse de dos barreras, el mar y la montaña.

Mientras en el pabellón real se discutía sobre la estrategia, al llegar la noche todos los componentes de la infantería pesada controlaban su propia *panoplia*. Todos menos el hombre que Aneristos había castigado, a quien le tocó quedarse de pie con el escudo en cobertura desde la parte superior del cuerpo hasta la hora de irse a dormir. Éste, sin embargo, no se quedó a solas. El oficial encontró una excusa para poner a su lado a Pantites, una excusa tan insignificante que, un instante después, tanto la víctima como su verdugo la habían olvidado. El joven consiguió resistir aprovechando la convexidad del escudo, que le permitía apoyar de vez en cuando la parte superior del hombro y descargar sobre el cuerpo aquel peso de ocho kilos.

Como los argonautas

A la mañana siguiente, como era costumbre, los oficiales llamaron a sus unidades para pasar revista. Recién terminados los ejercicios gimnásticos que cada mañana todos realizaban, los hombres se presentaron sudados y jadeando, a pesar de que el sol todavía no estaba en el cielo. Alfeo y Marone, en particular, habían tenido la loca idea de desafiarse nadando en los pequeños pantanos junto a la costa, donde la mayor densidad del agua, según ellos, les consentiría reforzar la musculatura. Recibieron la convocatoria con malestar, presentándose ante su *pentecontarca* recubiertos de fango y emanando un olor desagradable que llevó a los conmlitones a mantenerse a distancia. Para evitar que Cleopompo les viera en ese estado, los dos hermanos se pusieron en última fila, si bien para un coloso como Alfeo tal gesto se reveló inútil.

—¡Guerreros de Esparta! —inició Cleopompo, que no se había percatado de ellos—. Vengo de una reunión con el Estado mayor. Para mantener alta la moral de los soldados, mantener un sano espíritu de competición y asegurar un ejercicio físico constante, el rey ha decidido manteneros ocupados en competiciones deportivas, al menos hasta que no se tengan noticias de la proximidad del enemigo. Por lo tanto, se ha decidido tomar ejemplo de los Argonautas y organizar carreras de pentatlón, una especialidad cada día, en las que competirán seis representantes de cada unidad.

El oficial dejó que la noticia fuera digerida por los soldados, que no dejaron escapar la posibilidad de realizar comentarios, en general positivos.

La atmósfera en seguida pasó a ser de fiesta. Empezaron a escucharse preguntas y bromas.

—¿Y cómo nos premiaréis? —dijo uno de las últimas filas, dando inmediatamente lugar a una cadena de respuestas demenciales.

—¡Yo quiero una corona de olivo, como en las Olimpiadas! —le respondieron.

—Sí, ¿y las vendas en el brazo y en la pierna izquierda? ¿Te has olvidado de ellas? Pero no te preocupes, te las tendrás que poner igualmente, tras el encuentro con los persas.

—Yo, en cambio, quiero una corona de laurel, como en nuestros juegos. Pero ¿dónde encontramos a los jovencitos padres vivientes que nos corten el laurel, como quiere la tradición? ¡Aquí somos todos viejos! ¡Los guerreros más viejos de Esparta!

—Yo creo que aquí quedaría bien la caja funeraria de los juegos nemeos, visto lo que nos espera dentro de unos días.

—¡Hagamos como en los juegos ístmicos, y que nos den los premios en dinero!

—¿Y qué harás con el dinero cuando hayas muerto, dentro de unos días?

—Pues entonces una mujer, bueno dos, para el vencedor, para que nos diviertan con todas las artes del amor de que sean capaces antes de que lleguen los bárbaros.

Esta última propuesta fue acogida con gritos de júbilo y con una aprobación más bien plebiscitaria.

El oficial, que no apreciaba el clima jocoso, se encontraba claramente en dificultad. Por otro lado no se atrevía a interrumpirlo porque le habían dicho que a los hombres había que mantenerlos alegres. Al final aunó fuerzas e intentó poner calma.

—Silencio, ¡ahora silencio! —dijo—. El rey ha dicho que el premio consistirá en combatir en primera línea, y esto debería ser un honor para los espartanos. Además, ¡la unidad que consiga poner más atletas en los primeros puestos será la punta de la alineación!

Gritos de exaltación todavía más fuertes que los anteriores se elevaron entre los soldados, impidiéndole a Cleopompo que continuara con su conversación. Movi6 los brazos todo lo que pudo, pero su auditorio se qued6 en silencio s6lo cuando se cans6.

—Ahora —retom6 el oficial, ya sin paciencia—, tenemos que elegir a nuestros seis campeones. Empecemos por quien ha participado ya en los juegos helenos.

—Admitiendo que alguno de nosotros lo haya hecho, tuvo que ser hace siglos —coment6 en voz alta Alfeo, que a fin de cuentas era el m6s joven de la unidad.

—Tú, que tienes ganas de bromas, me pareces el m6s robusto de todos —replic6 Cleopompo—. Te toca, no hay lugar a dudas, y contigo otros cinco soldados robustos y ágiles—. Le hizo una elocuente se6al para que se acercara y se situara junto a él.

—Pentecontarca, yo propongo como segundo atleta representante de la unidad a mi hermano Marone —replic6 Alfeo mientras subía los escalones, moviendo cuanto podía su repelente figura manchada de fango.

—Veamos a este Marone entonces —dijo Cleopompo, en espera de que el interpelado subiera a su vez las gradas—. Y esperemos que se encuentre en condiciones m6s decentes que las tuyas.

Naturalmente, su deseo se revel6 nulo. Entre las risas generales, tambi6n Marone se acerc6. Luego el *pentecontarca* dej6 que se propusieran otros individuos quienes, un poco de propia iniciativa, un poco empujados por sus compa6eros, fueron completando el equipo que representaría a la unidad. Nadie tom6 en consideraci6n a Ditirambo quien, por otro lado, se encontraba entre los m6s viejos de la compa6a.

En la unidad de Aneristos las cosas siguieron un comportamiento m6s lineal. Nadie puso en duda que el f6sico perfecto de Aristodemo lo convertía en el atleta con m6s dignidad para representar a la unidad. Eurito sigui6 detr6s. Con los a6os su profunda admiraci6n por el amigo lo había lentamente transformado en su p6lida copia, algo menos alto, menos musculoso, menos armonioso en las proporciones de las extremidades y el busto, menos regular en los rasgos del rostro. De entre los cuatro elegidos, sobre todo Pantites parecía encontrarse entre los favoritos de la carrera debido a su joven edad.

—Me preocuparé personalmente de castigarte si pierdes y de premiarte si ganas

—le dijo Aneristos con una sonrisa perversa, pasando cerca de él después de que la elección de los soldados hubiera caído en él. Pero el joven se sentía tan entusiasta que no dio peso a sus palabras, limitándose a levantar los hombros.

—¡Tenemos la ocasión de quedar fenomenal delante del rey incluso antes de luchar! ¿Quién se lo esperaba? —confesó Pantites a Aristodemo.

—¿Quedar bien? Di más bien que es un modo como otro cualquiera de pasar el tiempo que nos separa del enfrentamiento con los bárbaros —comentó con un tono de amargura su amigo.

—Me parece una buena idea, en cambio —observó Eurito—. Nos mantenemos en forma, nos divertimos, competimos entre nosotros. No me parece que haya nada mejor que hacer para construir el espíritu de grupo.

—¿Pero te crees que estamos en los juegos olímpicos? —reaccionó Aristodemo—. ¿O quizás te sientes uno de los Argonautas? Esto es sólo una estupidez. No te consideres un atleta, eres únicamente un muñeco de paja que pasará los próximos días divirtiéndolo a Leónidas. Eres un instrumento también en este caso, como lo serás en batalla, cuando morirás exclusivamente por su gloria. Te ha traído hasta aquí para esto, para usarte.

Eurito lo miró asombrado, sin hablar. Deseaba desesperadamente estar de acuerdo con él, pero sentía que había algo que desentonaba en todo aquel razonamiento. Pantites fue más explícito.

—No me interesa si es así o no. Leónidas me está dando la ocasión de diferenciarme en competiciones de deportes y en batalla, para que yo pueda conquistarme el respeto y la estima de los conmlitones. Y yo por esto le soy grato, cualquiera que sean las motivaciones. Si es como tú dices, cada uno de nosotros sirve a la finalidad del otro, y esto hace de nuestra relación una unión perfecta entre el soberano y el súbdito.

Aristodemo movió la cabeza y se encaminó hacia el lugar donde se habría mantenido el primer acontecimiento. El *stadion*, o lo que es lo mismo, la carrera breve. Vio a Deniece instruir a los ilotas de forma que completaran el trazado del recorrido de 600 pies, 192,27 metros, es decir, un *stadion*, a lo largo del que se desarrollaría la carrera.

—¡Oh! ¡Aquí estáis! ¿Listos? —exclamó alegre el *pentecontarca* viendo a sus tres amigos.

—El rey me ha encargado que prepare la pista, y he tenido que trabajar bastante para encontrar un trazado totalmente plano y sin curvas.

Algunos esclavos, cargados con picos y palas estaban plantando palitos para delimitar los márgenes de la pista, mientras los otros quitaban del campo de la competición las piedras que podrían obstaculizar la carrera de los otros corredores. Algún que otro *ilota*, en cambio, estaba ocupado en definir la *balbis*, la línea de

salida, constituida por dos surcos en paralelo distantes unos treinta centímetros el uno del otro, en las que los atletas posicionarían los pies en el momento de la salida. Para definir las calles, los esclavos practicaban unos foros en los surcos con intervalos iguales, en los que metían palitos que mantendrían separados a los corredores.

Deniece explicó cómo se desarrollarían las competiciones del pentatlón. El primer día la carrera. Luego el disco, la jabalina, el salto de longitud y la lucha. El rey había establecido que participaran un máximo de treinta atletas para cada contingente de la Liga. Por el momento estaban presentes nueve contingentes: Esparta, Tebas, Tespies, Corintio, Orcómeno, Tegea, Mantinea, Lócride y Fócida. En total 270 atletas, un número notable que terminarían en un día, pero Leónidas quería que participaran el número más amplio de soldados.

Las reglas y los procedimientos se habían simplificado respecto a los juegos helenos o incluso sólo de las fiestas Carneas. En la fase eliminatoria en las baterías competirían aquellos atletas pertenecientes a una misma ciudad. Por lo tanto, estaban previstas tres baterías por cada contingente. Los respectivos vencedores, en total 27, entrarían en las tres semifinales de nueve participantes cada una. Los primeros dos clasificados de cada competición irían a buen fin.

Deniece continuó explicando que las mismas modalidades servirían para las jabalinas, y para el salto de longitud, mientras que para la lucha, en el último día, si se llegaba a tener tiempo de organizarla, cada contingente habría tenido que elegir sólo a tres representantes entre aquellos favoritos para la victoria en la clasificación general. Ésta última, como de costumbre, se determinaría por la suma de los puntos obtenidos por cada corriente en todas las especialidades.

Después de un par de horas el sonido de las trompetas llamó a todos los competidores, mientras se desencadenaba una carrera para ocupar los mejores sitios como espectadores.

Quien llegó en primer lugar se situó apenas al otro lado de los palitos que delimitaban el recorrido, mientras los otros se subieron a las alturas que constituían el lado meridional del paso y se colocaron unos de pie, otros sentados. El lateral de la montaña se transformó en la grada de un estadio. Algunos espacios de la pista se reservaron a los jueces, oficiales que venían de casi todos los contingentes en competición. Por último, en correspondencia con la salida del trazado de la competición, se situaron los participantes, ocupados en ponerse aceite, diferenciados por naciones y divididos en grupos de diez.

El acontecimiento quedó abierto con un breve rito religioso, celebrado por los sacerdotes agregados al ejército. Se eliminó el sacrificio a las divinidades, porque no se trataba de unos juegos sagrados, pero Leónidas pretendió que los atletas prestaron al menos corralmente el juramento. Después todo estuvo listo y la primera serie de atletas corintios tomó sitio en la salida. Tras poner los pies en las *balbis*, cada

concurrente se dobló hacia delante, flexionando ligeramente la rodilla izquierda, tensó hacia atrás el brazo derecho y adelante el izquierdo, dirigiendo hacia abajo ambas palmas de las manos. Después de unos instantes de silencio, el juez exclamó:

—¡Listos, con un pie cerca del otro!

Luego dejó caer la cuerdecita que sujetaba en la mano, dando de este modo inicio a la competición. Los competidores se pusieron todos de pie, en medio de los ánimos de los conmlitones presentes, que los acompañaron durante los treinta segundos de la competición.

Mientras seguían celebrándose las eliminatorias, Aristodemo realizaba distraídamente ejercicios de calentamiento, como el resto de atletas todavía en espera de competir, y reflexionaba desconsolado sobre el efecto que un espectáculo parecido estaba provocando en toda la tropa. Una vez más Leónidas ganaba apoyos y eso hacía que fuera inatacable en cualquier crítica. Si se hubiera atrevido a atacarle o sólo a criticarle no habría encontrado ningún apoyo.

Eurito tuvo que llamarlo varias veces para avisarle que era su turno. Estaban en la misma eliminatoria, mientras que Pantites correría después, con Ditirambo. Tomaron posiciones el uno junto al otro, con los otros ocho competidores, en quienes Aristodemo notó una feroz determinación por ganar. En otros tiempos, pensó antes de que el juez diera la salida, también él se había llevado por la ambición de ganar y había competido cada vez con la misma decisión que leía en los otros atletas.

Pero en cuanto la competición tuvo inicio, se despertó el espíritu competitivo que le habían inculcado desde pequeño. Sus piernas se pusieron en marcha lo más rápidamente posible, mientras que sus brazos poderosos se movían de adelante a atrás para aumentar las zancadas. Empezó a sentir el esfuerzo después de la mitad y se vio destinado a la derrota cuando la meta estaba todavía lejos, si bien giró un poco la mirada a la derecha y no vio a nadie a su lado. Se animó, y esto se transformó inmediatamente en satisfacción cuando, después de haber arrojado una mirada también a la izquierda, vio que quien lo superaba era únicamente Eurito.

Se resignó al segundo lugar, pero estaba contento de que fuera precisamente su amigo quien le superara. Quedaban pocos metros para llegar a la meta cuando Eurito bajó el ritmo claramente, como si se hubiera quedado sin fuerzas de repente. Un momento después Aristodemo se veía designado como vencedor por los jueces, que clasificaron a su amigo en el segundo lugar.

Todavía agachado sobre las rodillas y respirando con dificultad, Aristodemo miró a los ojos del otro, que le dirigió una mirada llena de esperanzas. Y entonces entendió inmediatamente. Eurito lo había dejado ganar. Una vez más había querido que se diera cuenta de él y su disponibilidad.

Por un instante se le pasó por la mente contárselo todo a Gorgo, pero luego nuevos gritos se levantaron entre los presentes, para testimoniar la inmediata marcha

de la eliminatoria siguiente, en la que corría Pantites. Todavía respirando con dificultad, Aristodemo y Eurito permanecieron en la meta para ver correr al amigo, que dominó la carrera con una facilidad desconcertante. A su llegada, el joven no parecía en absoluto cansado y los miró radiante, en busca de su aprobación, mientras los otros iban desfilando detrás de él dándole palmaditas en la espalda.

—¡No creo tener rivales! —exclamó Pantites acercándose a ellos.

—Bueno, aunque haya pasado la eliminatoria —comentó condescendiente Aristodemo— no creo tener esperanzas contra uno como tú.

—La carrera es mi especialidad —respondió complacido el joven, dándose la vuelta hacia la pista—. Ahora, sin embargo, me gustaría ver contra quién compito —añadió, acercándose más a la meta. Ditirambo, todavía cansado por el esfuerzo, le siguió dócilmente.

Aristodemo cogió el brazo de Eurito y le invitó a seguirle al otro lado de la pista.

—¿Por qué lo has hecho? —le dijo en cuanto llegaron a un punto más apartado.

—Bueno, no lo sé Para darte un estímulo, quizás. Me parece que estás últimamente muy desmotivado —respondió Eurito.

—¿Desmotivado? ¡Yo soy un guerrero de Esparta, no te olvides! —le gritó Aristodemo.

—Entonces, quizás soy yo que ya no te caigo tan bien —murmuró Eurito, bajando la cabeza.

—¿Pero qué dices? Es sólo que si tú supieras lo que yo sé —le respondió, mordiéndose inmediatamente la lengua.

—¿Qué es lo que tengo que saber? —respondió Eurito, picado—. ¿Tiene algo que ver con esa oreja mordida?

Instintivamente, Aristodemo se llevó la mano a la oreja izquierda, tapada con el pelo húmedo de sudor y sucio de polvo. Quizás, se dijo, podía decirle barbaridades sobre Leónidas, pero no de su relación con Gorgo. Si bien, reflexionó, le habría tenido que explicar cómo sabía ciertas cosas y el asunto se habría complicado.

—Déjalo estar. Es mejor para ti —le dijo con tono seco.

La llegada de Alfeo y Marone le sacó del apuro.

—¿Pero dónde os habíais metido? —dijo el segundo—. Dentro de dos series corremos nosotros. ¿No venís a vernos?

Los dos amigos intercambiaron una breve mirada, luego se esforzaron en asumir una expresión jovial y se apostaron alrededor del perímetro de la carrera. Y vieron correr a los dos hermanos, sonriendo frente a los movimientos torpes de Alfeo, que con su volumen le costaba mantener el paso de los demás. Llegó unos instantes antes que el penúltimo, para él llegarían tiempos mejores conforme la competición fuera avanzando, nadie tenía dudas al respecto. Marone, por su parte, se defendió bien. Con un estilo de carrera que dejaba mucho que desear, aguantó con todas las energías

disponibles un tercer puesto que de todos modos no le consentía el paso al siguiente turno.

El sol había alcanzado desde hacía poco el punto más alto del cielo, cuando llegó el momento de las semifinales. Los competidores sudaban incluso antes de la competición, y sus músculos habrían brillado lo mismo aunque no se hubieran puesto aceite. Pantites se encontró en la primera serie. Saltaba, escupía, soltaba los músculos, dirigía a todas partes su propia mirada para buscar que los ánimos de los conmlitones espartanos, que lo consideraban el favorito de la competición, concentraran su atención en él.

En la salida saltó el primero de todos, y antes de que los otros llegaran a la mitad ganó con una superioridad neta en relación con la que había ganado a los otros adversarios de los turnos anteriores. En la final entró también uno de Tespies, que la había alcanzado por un soplo quitándole el sitio a otro espartano. Exaltado, Pantites invocó los gritos de los camaradas, que le levantaron como si fuera ya el vencedor de la competición.

Y llego el turno de Aristodemo. No había espartanos en su semifinal, pero en compensación estaba un corintio que en las series había impresionado casi tanto como Pantites. Impulsado por algo que le estuviera quemando, éste saltó en primera posición ya desde el comienzo y consiguió ir en cabeza durante casi tres cuartos de la competición, antes de padecer la remontada del tebano que, sin embargo, se clasificó a un par de metros sobre él. En la llegada Aristodemo, que se clasificó tercero, miró con gesto torcido a Eurito, moviendo la cabeza, seguro de que su amigo habría podido hacerlo mucho mejor.

La tercera semifinal fue la más combatida, con un puñado de competidores que llegaron juntos a la línea de meta. A los jueces les costó trabajo determinar el orden de llegada, también porque, impulsados por sus respectivos compañeros, hubo durante un tiempo un intercambio entre tegeatas, orcomenios y mantinenses. Finalmente resultó que la final la disputarían un espartano —Pantites—, un corintio, un tebano, un tespiese, un mantinense, y un tegeata.

Deniece decidió dejar descansar a los finalistas durante un par de horas y, anunciando que a la última competición asistiría también el rey, se retiró a la sombra, copiado inmediatamente después por muchos. Otros, en cambio, superaron las aguas pantanosas y llegaron al mar para bañarse y transcurrir la gran parte del tiempo teorizando sobre el vencedor de la carrera y apostar por alguno. Alguien, en cambio, se dedicó a analizar el horizonte para divisar los movimientos de la flota de Euribíades y Temístocles, pero si bien el cielo era límpido y el aire fresco, los rayos de sol eran demasiado intenso para consentir una visión nítida.

Pantites pasó el tiempo buscando la compañía de sus camaradas, para disfrutar todo lo que podía de aquel momento de notoriedad. Sabía que en las otras

especialidades del pentatlón no habría sido tan competitivo y esperaba con toda su voluntad que aquellos momentos de celebridad pudieran durar al menos hasta el día después.

Las trompetas marcaron la vuelta a la competición, y tuvo lugar entre los espectadores una amplia lucha por alcanzar los mejores sitios. Aristodemo se dejó arrastrar por Eurito y los otros amigos, llegando hasta la cámara de salida. Vio a Pantites y al corintio en las dos calles centrales, las que generalmente se reservaban a los favoritos, y se sorprendió gritando frases de ánimo a su amigo. En realidad, cualquier cosa que dijera se vería cubierta por los gritos de Marone, situado a su derecha, y de Alfeo, a su izquierda.

Aristodemo miraba ahora los puestos de salida, donde había tomado su sitio Leónidas, el cual había asumido el papel del juez de la final. El rey observaba complacido la participación de sus hombres en tales acontecimientos, pero también la tensión que tenían los seis finalistas, a punto de soltarla. Ninguno dudaba que, en su corazón, el soberano estuviera a favor del espartano, pero todos le agradecían el haber ideado aquel pasatiempo en los pocos días que quizás les separaba de la muerte.

Los contendientes habían dejado de mirar a su alrededor. Miraban fijamente la meta y basta. Cada uno estaba concentrado en la sensación que transmitía su propio cuerpo, en el intento de obtener la mayor fuerza posible. «Es justo como antes de una batalla», pensó Aristodemo, dándose cuenta sólo ahora de que Leónidas había ideado el mejor sistema para inducir a los guerreros a mantener su forma física y mental. En los rostros y en el comportamiento de aquellos seis atletas, alineados, completamente desnudos y sin armas, se leían las mismas sensaciones, las mismas emociones, y las mismas tensiones que habrían sentido los seis hoplitas alineados para enfrentarse a una falange contraria. La diferencia estaba en el hecho de que el adversario lo tenían delante y no de frente.

Cuando se marcharon fue como si una gigantesca onda proveniente del mar les hubiera empujado repentinamente hacia delante, todos a la vez. Pero aquella onda había dado el empujón más fuerte a Pantites y al corintio, que empezaron muy pronto a superar a los demás en mitad de un griterío y golpes de pies en el terreno muy parecidos en intensidad al rumor de las armas y de los gritos de los heridos en una batalla.

A mitad de la competición el corintio consiguió aumentar todavía las frecuencias obteniendo una zancada de ventaja sobre su rival, que sin embargo parecía llevar una carrera más compuesta, menos dispendiosa. De hecho, inmediatamente después el corintio empezó a desmoronarse, moviendo mucho la cabeza y los hombros en el intento de llegar a la meta antes de que las fuerzas le abandonaran. Pantites siguió corriendo de la misma forma en la que había iniciado la competición, y cuando faltaban sólo pocos metros consiguió llegar hasta donde estaba el contrario.

Si bien no aguantaba más, el corintio demostraba que estaba haciendo cuanto podía para que no le superaran. Pero con la meta a poca distancia, también el espartano se separó, echándose hacia delante incluso antes de llegar a la línea, con el riesgo de caer antes y echarlo todo por la borda. Sus amigos lo vieron cerrar los ojos y apretar los puños, alargar la zancada y casi saltar para llegar. Pantites, pocos segundos después, vio que los espectadores más próximos se acercaban y lo levantaban del suelo, celebrándolo como un vencedor.

Aristodemo se vio casi sorprendido por la explosión de Alfeo, que fue entre los primeros que saltaron hacia su amigo. Aristodemo, Eurito y Ditirambo tuvieron que felicitarle desde lejos, porque el amigo fue inmediatamente arrastrado por un mar de multitud y llevado hasta la presencia de Leónidas.

La emoción casi se apoderó de Pantites cuando se encontró frente a su rey. Primero Leónidas le apoyó una mano encima del hombro, luego lo llevó hasta él y le abrazó con fuerza, para luego separarse, mostrarlo a la multitud que aplaudía y levantarle un brazo en señal de victoria.

—Este es nuestro primer héroe. El primero, espero, de una larga serie. Aunque esté aquí como general de todos los griegos, sigo siendo el rey de los espartanos. ¡Por lo tanto consentirme que pueda celebrar la victoria de un ciudadano mío! —declaró el soberano, levantando a su vez los brazos para exhortar a los otros a celebrar al campeón.

Pantites tenía lágrimas en los ojos. Miraba atontado a los soldados que cataban en su honor, lo aplaudían, gritaban su nombre, y le parecía que todo daba vueltas a una velocidad inaudita, en una espiral donde confundía los rostros y las voces que percibía.

Sintió que nunca había estado tan feliz antes. Sintió que morir en batalla, junto a aquellos hombres de quienes había conquistado la estima, sería la forma mejor para terminar su propia vida. Y sintió también que podía combatir con un coraje del que jamás habría pensado que podría ser capaz, ahora que había alcanzado su objetivo.

Luego se celebró, y Leónidas consintió que los hombres bebieran más de lo normal. Pantites se rodeó de sus amigos más queridos y con ellos compartió sueños de gloria que el estado ebrio transformó en empresas maravillosas e hiperbólicas.

—Podríamos alinearnos los siete en una falange sobre la ladera montañosa, y valernos de la pared para caer sobre un lado de los persas mientras atacan nuestra posición frontal —dijo Alfeo, con una voz que cada vez le costaba más mantener firme.

—Con un empujón parecido, los mandaríamos a todos al mar en un instante y no sería ni siquiera necesario combatir —le dijo su hermano, haciéndose eco de sus palabras, no menos altas.

—Yo, en cambio, quiero combatir. ¡Vaya si quiero! Así que cargaremos contra

ellos en la llanura, penetraremos en sus líneas, llegaremos al centro de la formación y luego saldremos de ella abriéndonos camino empujando con la lanza, el escudo y la espada —comentó exaltado Pantites.

Aristodemo les miraba con ternura, sin participar mucho en su entusiasmo. Quería a esos seis hombres con los que había compartido las marchas en las campañas y la alineación, entregándoles su vida, consciente de que, al mismo tiempo, ellos contaban con él para permanecer vivos. En la batalla no habría querido tener a otros soldados cerca de ellos. No eran los mejores de Esparta, pero ningún soldado quería a su lado a los mejores. Cualquiera, del recluta más inexperto al veterano, prefería a los amigos, amantes, familiares más cercanos, para estar seguros de que podían contar con su plena colaboración y su disponibilidad al sacrificio de cada uno de ellos.

Y, sin embargo, percibía que todos estaban muy distanciados de él, tan plenamente entregados en el sistema que él rechazaba frontalmente. Habría dado la vida por ellos, pero darla por un sistema en el que no creía era otra cosa.

Pantites le sacó de sus reflexiones.

—Aristodemo ¿me acompañas al manantial de agua caliente para darnos un baño? —le preguntó.

Aristodemo tardó un momento en recuperar la atención en lo que ocurría a su alrededor, pero fue suficiente para notar un pequeño escalofrío de celos en Eurito ante la propuesta de Pantites. Así, su respuesta no pudo ser otra que:

—Te lo agradezco. Pero me quedaré aquí un poco más.

—Bien. Entonces yo me marcho a disfrutar de un poco de descanso —declaró Pantites, levantándose con dificultad—. Pienso que me lo merezco. Ya estoy cansado, y es probable que quien quiera que me vea desee estar conmigo hoy. Así que me iré por el río, en vez de a las bañeras, en un punto oscuro donde pueda estar yo solo. — Permaneció algún segundo inmóvil de pie, para encontrar el equilibrio, y luego se encaminó.

Dejando atrás el fuego alrededor del que habían comido, al joven le costó trabajo acostumbrar los ojos a la oscuridad, más cerrada en dirección de la sombra oscura de la montaña. Fue el olfato quien lo condujo, permitiéndole percibir el olor de azufre y señalándole la proximidad del riachuelo sulfúreo. Si bien había escuchado hablar mucho, no se había inmerso en una maravilla de la naturaleza parecida, y se adentró con cautela, sumergiendo primero los dedos, luego la mano, posteriormente el brazo. Sólo cuando se acostumbró al calor y al olor se quitó el *quitón* y se metió por completo, sentándose en la parte baja y permaneciendo sumergido hasta los hombros.

Cerró los ojos y sus sueños de gloria continuaron. Ahora era Pantites, el *pentecontarca*, veterano de mil batallas y cubierto de cicatrices, en cabeza de sus hombres, quien les llevaba a un enfrentamiento contra la alineación persa, en una guerra que se había convertido en decenal como la de Troya. Era Pantites el

polemarco, consejero personal de Leónidas, empeñado en delinear estrategias y tácticas, que el rey secundaba con ciega confianza.

—¡Mira, mira a quién tenemos aquí!

Una voz desagradable y demasiado familiar le obligó a abrir los ojos y, en un instante, la relajación total en la que se había abandonado se transformó en una rigidez absoluta. Giró la mirada a la izquierda y vio dos sombras oscuras, que se detenían con los contornos muy nítidos en un fondo iluminado por los fuegos encendidos a lo largo de la orilla, por las estrellas y por la débil claridad de la luna en el cielo. Intentó entender quién podía tener estómago para darse un paseo con Aneristos.

Era Cleopompo, y esto le tranquilizó.

No es que tuviera nada que temer, se dijo. Aquel era su día. Era un héroe y nadie podría tocarle ni siquiera un pelo sin encontrar la desaprobación de todos los demás, incluido el propio rey. Y además, por suerte, había un oficial de grado.

Tendría que aguantar algún insulto, quizás, fruto de la envidia. Nada más. Aquel día era lo suficientemente fuerte para tolerarlo.

—Aquí tenemos uno que se ha crecido bastante, querido Cleopompo —dijo Aneristos, situándose en cuclillas junto al agua y acercando su asqueroso rostro al de Pantites, que percibió el aliento del borracho—. Este de aquí ahora se siente superior a nosotros, sólo porque ha ganado una carrera. Y además, quizás en cuanto le toque avanzar contra el enemigo se cagará y obligará a los otros a percibir el olor a peste de sus heces.

«Bueno, lo sabía. Se contentará con tomarme el pelo. Es suficiente con no reaccionar», pensó Pantites, sin dejar de mirar firmemente frente a él.

—He visto a tantos jovencitos como tú, que reaccionan así en el campo de batalla. No sólo no sirven de nada, sino que también son dañinos. Si bien no escapan inmediatamente, frenan el avance de la falange y limitan la presión. Es la gente como tú la que hace que perdamos las batallas —continuó Aneristos, acercando la boca fétida al oído todavía sano del joven.

«Es suficiente con no reaccionar...».

—Mira qué cuerpecito flexible, qué piel blanca, delicada. Yo, si hubiera tenido un hijo como tú, lo habría llevado junto al Taigeto y le habría dejado morir. ¿Para qué sirve uno así, en Esparta? Estos tipos afeminados van bien sólo para divertirse un poco, ¿no crees Cleopompo?

—Bueno, no sabría —respondió el otro, avergonzado.

«Ahora el otro le dice que lo deje, que no busque problemas. Sí, se lo dice seguro», pensaba mientras tanto Pantites.

—De todos modos —continuó Aneristos—, al menos por ahora tenemos que homenajearte, en efecto. Has dado una buena imagen de la unidad, y por otro lado, te

había prometido un premio si todo salía bien. Y has vencido incluso—. El modo en que lo dijo no permitió a Pantites respirar aliviado.

También Cleopompo percibió algo.

—Bueno, yo me voy a dormir... —dijo, encaminándose.

—No, no, qué te vas a ir a dormir —le intimó el otro—. Tú te quedas aquí con nosotros y te aseguras de que el joven quiera recibir el premio que se merece. Porque, nunca se sabe, estos gilipollas son raros y no está dicho que le agrade, aunque se lo des con todas las buenas intenciones.

Y Cleopompo permaneció allí, dócil, sin decir nada más, dándose la vuelta a un lado y a otro para comprobar que no hubiera nadie en los alrededores.

Pantites se quedó de piedra. Pero inmediatamente después su sorpresa cedió el paso a la preocupación cuando vio a Aneristos quitarse el *quitón* y meterse en el agua. Su preocupación se transformó en miedo cuando percibió sus fuertes manos agarrarlo por los hombros e intentar empujarle hacia abajo. Luego una de las dos se acercó al cuello, obligándole a girar la cabeza y luego todo el cuerpo, hasta golpearle la cabeza contra el borde y mantenerlo de rodillas en el agua. Inmediatamente el oficial se subió sobre sus hombros para inmovilizarlo por completo. Sólo entonces el instinto de supervivencia empujó finalmente a Pantites y reaccionó, de forma desordenada pero eficiente para desvincularse de su verdugo. El oficial intentó detenerlo con dificultad, pero sin pegarle, y el joven se dio cuenta de que no tenía intenciones de hacerle heridas visibles. Pensó aprovecharse de ello, pero el otro era demasiado fuerte y el enfrentamiento se transformó en un encuentro de lucha en el que el objetivo era inmovilizar al adversario.

—Rápido, Cleopompo, ¡muévete! —escuchó decir a Aneristos, como si se dirigiera a un subordinado suyo—. Ve a la otra parte y siéntate encima de su cabeza, o sujétalo con los muslos en cuanto lo ponga en posición.

Un momento después Pantites estaba de nuevo como al principio de la lucha, con el rostro aplastado contra el borde. Sólo la espalda fuera del agua y las rodillas apoyadas en el fondo.

Cleopompo dijo algo que el ruido de la corriente del agua no permitió a Pantites entender. Pero sintió muy bien a Aneristos que añadía:

—¡Vamos! ¿Qué esperas?

El joven estaba a punto de soltarse de nuevo, cuando sintió de repente un peso sobre la cabeza que se añadió a la presión de la mano de Aneristos en la nuca. Entendió que Cleopompo se había sentado encima de él y el hedor a heces inmediatamente fue más fuerte que el olor a azufre. Aneristos se levantó de la espalda de su víctima, siguiendo ejercitando una presión en la espalda con los brazos. Justo después Pantites se sintió invadir con una violencia bestial, si bien los gruñidos de su violador le llegaban más bajos, lejanos. En cada golpe que Aneristos le infligía,

mezclado con la presión del cuerpo de Cleopompo, le empujaba el pecho contra el borde del río, provocándole que le faltara la respiración.

Después de un tiempo que no supo cuantificar, Pantites descubrió que era peor aguantar el peso del cuerpo de Cleopompo en su propia cabeza y las dificultades de respiración que la furia de Aneristos. Éste, en cambio, sintió que al propio placer animal le faltaba algo, o lo que es lo mismo, el sufrimiento de su víctima, y se separó de repente. Intimó a Cleopompo para que siguiera sujetando al joven y se salió del agua.

El alivio de Pantites duró poquísimo.

—A lo mejor te estaba hasta gustando. Quién sabe cuántas veces lo habrás hecho. Ahora nos aseguraremos de que este asunto se te quede grabado más que otros — sintió que le decía desde lejos Aneristos.

Percibió un dolor desgarrador en una nalga, y luego en la otra, antes de que su violador le invadiera de nuevo. Los empujones continuaron, destrozando el trasero y la vida mientras el oficial se desahogaba con una vehemencia cada vez superior a su locura. Sofocado por el cuerpo de Cleopompo, Pantites no consiguió ni siquiera emitir un grito, mientras lágrimas de desesperación bajaban en cantidad por sus ojos.

Finalmente Aneristos arrojó triunfante la rama que tenía en la mano, después de haber contemplado los restos de su víctima, jirones de carne y tejido llenos de sangre que había dejado caer sobre su rostro como un trofeo de caza. Ahora el dolor y el miedo de Pantites habían nutrido lo suficiente su excitación, llevándolo a una satisfacción plena. El oficial emitió un grito ferino, luego se separó dejándose caer en el agua, con la espalda apoyada en el borde, y dejando ver una expresión relajada.

—Me he asegurado un bonito sitio en tu memoria, jovencito. Tengo la impresión que durante un buen tiempo no conseguirás hacerlo con nadie más. Y si mueres en la batalla, tu último pensamiento será para mí, el último que te ha poseído —dijo a Pantites, y luego se dirigió también al otro oficial—. ¿Qué sigues haciendo ahí? Ahora ya puedes levantarte.

Cleopompo siguió dócilmente sus palabras, levantándose, girándose para quedarse mirando al joven en silencio, que yacía todavía en la misma posición, tosiendo repetidas veces mientras volvía a recuperar la respiración regular. Luego Pantites intentó abandonarse también en el lecho del río, pero el dolor que sintió en contacto con el fondo le obligó ponerse a cuatro patas, provocando una escandalosa risa en Aneristos.

—¿Ves? Todavía está listo para ser usado. Si quieres, puedes aprovecharte tú también, Cleopompo —comentó el *pentecontarca*.

—Casi, casi ya, a él le da igual —respondió nervioso el otro oficial, que fue a meterse en el agua a su vez, en la posición que había estado Aneristos.

—Si lo pienso de nuevo, he dicho que quiero ser el último y seré el último. Déjalo

estar —le intimidó éste, con un tono que no admitía réplica.

—Bueno, te he seguido el juego, sin ser muy entusiasta. Pienso que me lo he ganado, ¿no? —protestó, petulante, Cleopompo.

—El campo está lleno de culos disponibles. Vete a buscar uno —dijo, y esta vez también la mirada de Aneristos no admitió réplicas.

Cleopompo bajó la cabeza y se sumergió hasta el cuello, intentando apagar la excitación que se le había montado, abandonándose al placer del agua sulfúrea. Pantites se dio cuenta de que ya era libre y se arrastró con dificultad fuera del agua, intentando ponerse de pie. Las piernas no le sujetaron y se desplomó al suelo, tumbado de costado sobre la hierba, bajo la mirada divertida de su perseguidor.

—Estoy seguro de que eres demasiado orgulloso para contar lo que te ha ocurrido, joven —le dijo Aneristos—. Si en cambio fueses tan estúpido de hacerlo, recuerda que los persas tardarán todavía unos días en llegar y podrías desear morir antes de ver a un persa —le amenazó.

Pantites no respondió ni lo miró. Concentró más bien todas sus energías en el esfuerzo de alejarse de allí, pero tuvo que constatar, profundamente humillado, que a gatas era la única forma que le quedaba para moverse. Oyó a Aneristos gritarle que se había cansado de seguir viendo su trasero, lo escuchó reírse de sus esfuerzos, pero mientras tanto siguió empujándose con la fuerza de los brazos para conseguir levantar al menos el vientre del suelo. Llevando hacia delante la rodilla con cautela, consiguió avanzar unos metros, suficiente para que el ruido del agua cubriera lo que Aneristos le seguía diciendo.

Sus ojos, todavía nublados por las lágrimas que había derramado anteriormente, diferenciaban con dificultad el sector del campo que constituía su última meta. Le guiaban sólo las débiles y confundidas llamas encendidas sobre el mar. Las percibía a pesar de que era de noche, como las temblorosas llamas de un incendio que se vislumbran a lo lejos bajo el sol ardiente. Sabía que tenía que ir hacia aquella parte, pero en qué punto no tenía ni idea. Estaba determinado a llegar de pie, a pesar del terrible dolor.

Se encontraba todavía de rodillas cuando comenzó a escuchar las primeras voces y a diferenciar formas. Tres para ser exacto. Venían hacia él sin haberle visto, ni hubieran podido, por otro lado, ya que iba arrastrándose por el suelo.

—Ha dicho que se iba hacia el río. Intentemos ir por aquí y luego bordearemos el curso del agua hasta las bañeras —era la voz de Deniece.

—Si acaso, una vez allí, nos dividimos. Uno a la derecha y dos a la izquierda. El primero que lo encuentre que haga una señal a los otros —le respondió el que iba a su lado, que Pantites reconoció que era Aristodemo. El tercero tenía que ser Eurito.

El joven se sentía demasiado humillado para desear dejarse ver. Se detuvo donde estaba e intentó aplastarse todo lo que podía contra el suelo, confundiéndose entre la

vegetación. De todos modos, se dio cuenta inmediatamente de que los tres estaban yendo justo hacia donde estaba él. Si se hubiera quedado allí le habrían pisado o se habrían tropezado con él. Se puso entonces a cuatro patas, intentando moverse con discreción, pero su movimiento fue inexorablemente percibido.

—Algo se mueve por allí. ¿Qué animal será? —dijo Eurito, indicando con la mano a los compañeros.

Deniece miró a fondo y luego se acercó unos pasos.

—Conque un animal, ¿eh? Es un hombre. Y me parece que se encuentra herido.

—¿Quién es? ¿Es de los nuestros? —preguntó Aristodemo.

—Pues va a ser que sí. Es Pantites —fue la respuesta de Deniece.

Sólo pocas horas antes, Pantites había sentido un orgullo que jamás había percibido en toda su vida. Ahora era el momento de la peor humillación de su existencia. Y todo en un margen de poco tiempo. Que le encontrasen gateando, agachado entre la hierba como una rata, completamente desnudo y con el culo sangrando, y precisamente que lo hallaran sus amigos más queridos, era una herida en todo su orgullo, y difícil de olvidar.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó Deniece, intentando levantarlo. Lo fue a sentar, pero el joven indicó que prefería sentarse de lado y los otros notaron inmediatamente por qué.

—Un accidente... —intentó explicar el joven—. Quería dar un salto en el agua, pero estaba demasiado borracho y he calculado mal las distancias, terminando entre los matorrales.

Los tres lo miraron, observando en particular el destrozo que se había hecho en su trasero. Luego se miraron entre ellos.

—¿Él está todavía ahí? —le preguntó Aristodemo.

—¿Quién? —le respondió Pantites.

—Sabes muy bien de quién hablo. ¡Ese bastardo! ¡Es hora de que comience a pagar por lo que te hace!

—Te equivocas. Sólo es mi culpa. Con él me las veré yo. Sé cómo mantenerlo alejado —replicó sin ninguna convicción el joven.

—¿Pero qué estás diciendo? Así va a acabar contigo, si no hacemos algo con ese mierda —dijo Aristodemo, enfadado—. Ahora haré que se arrepienta de una vez por todas. Ven, Eurito. Tú, Deniece, no te comprometas. Ocupas una posición demasiado delicada —dijo para levantarse y continuar hacia el río, pero Deniece lo agarró por un brazo.

—¿Estás loco? ¿Quieres agredir a un superior? Para ti acabaría todo —le dijo el oficial—. Ahora os diré yo lo que se hace. Iré a ver yo a esa lagartija. Vosotros llevad al joven al campamento y entregadlo a Ditirambo para que le cure. Él es su «inspirador» y Pantites su «auditor», y ya que el joven fue asignado a él para su

formación viril, él tiene que ocuparse de su recuperación. Mañana diremos que Pantites no puede participar en las competiciones porque lo celebró demasiado. Pero nada de médico.

—Al menos deja que vaya contigo, no puedo seguir soportando que ocurran cosas parecidas —replicó Aristodemo, furibundo.

—Olvídate de ello. No seas idiota. ¿Quieres crearte un enemigo parecido? —se atrevió a decir Deniece—. Id donde está Ditirambo, inmediatamente. Es una orden — cortó, asumiendo el tono perentorio del primer oficial de Leónidas, antes de levantarse y dirigirse hacia el río caliente.

Encontró a Aneristos aún dentro del agua, y todavía con Cleopompo.

—¡Eh, Deniece! ¿Has venido para unirme a nosotros? Buena idea —le saludó amigablemente el *pentecontarca*.

Como respuesta, Deniece lo agarró por el pelo, levantándole la cabeza por encima del borde y golpeándola antes de que éste pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Cleopompo, por su parte, saltó instintivamente fuera del agua, ante el temor de que lo cogiera también a él.

—Mmmmm, tu reacción me hace entender que con ese joven te has divertido también tú, Cleopompo —observó Deniece mientras, con el rabillo del ojo, analizaba los movimientos de Aneristos.

—¿Yo? No, no yo no le he hecho nada malo. Me he dedicado sólo a mirar — exclamó Cleopompo, observando a su vez a Aneristos con la esperanza de que no le desmintiera.

Este, mientras tanto, se había recuperado y su mirada maligna apareció de nuevo en la superficie del agua.

—Ese estúpido cobarde ha ido corriendo a llorar al más importante de sus amiguitos, por lo que veo. Uno que chupa el culo a los poderosos y se encuentra mandando la primera *pentekostyes* de un día a otro —provocó inmediatamente.

Una vez más Deniece respondió con sus extremidades. Su pie soltó una patada en la mandíbula de Aneristos.

—Una mierda como tú —añadió—, no debería juzgar a los demás. Si te vuelves a aprovechar de ese joven no seré tan tierno, ni tampoco Leónidas, te lo aseguro. Tiene otras cosas de las que ocuparse, pero siempre puede haber alguien que las lleve hasta su atención.

Aneristos no le dio la satisfacción de reaccionar. Se limitó a escupir la sangre de la boca y luego contestó:

—¿Entonces? ¿Qué es lo que he hecho tan extraño? Estoy haciendo de «inspirador» a ese joven, le estoy ayudando a convertirse en un verdadero guerrero, lleno de odio y de rabia, y eso le permitirá luchar mejor. Y esto es lo que quiere Esparta: guerreros. Y además, no le he hecho nada diferente de lo que tú sueles

hacerle a Pausanias, ¿no? Lo saben todos, ¿verdad Cleopompo?

Pero Cleopompo había desaparecido, entendiendo evidentemente que era más prudente volver al campamento. Aneristos no tuvo el tiempo de hacer otras consideraciones porque el codo de Deniece le cayó justo encima de la mejilla. Cuando abrió los ojos, vio al oficial superior sonreírle.

—Compórtate bien, Aneristos, a partir de ahora. Tus métodos formativos corren el riesgo de diezmar nuestra pequeña armada —le dijo en un tono jocoso, antes de ponerse en pie y encaminarse.

—¡Deniece! ¡Deniece! —le llamó Aneristos, obligándole a volverse—. Te mataré en esta campaña. No dejaré que lo hagan los persas. Da igual, aquí no está Pausanias para protegerte —le gritó, esforzándose en sonreír a su vez, a pesar de que le dolía la mejilla.

Deniece no consideró oportuno contestarle.

La pelea

Al día siguiente tocaba el salto de longitud. Todos se despertaron realizando pronósticos y apuestas, antes de soltar los músculos con la gimnasia y empezar a probar los saltos. Hubo una carrera junto al río y la orilla del mar por parte de los participantes, para recoger piedras de la misma consistencia y grandeza de los *halteres*^[29] y los pesos utilizados para la especialidad: dos semicírculos de piedra dotados de manillas, que cada atleta se veía obligado a usar manteniendo los brazos frente a él, para acentuar el peso hacia delante. Efiates y los otros malies vieron, divertidos, a centenares de hombres desnudos saltar repetidamente en todas las direcciones, con secuencias de cuatro saltos consecutivos, el número habitual en las competiciones oficiales.

El jefe de los malies fue de atleta en atleta interrogando sobre las posibilidades de cada uno y sus esperanzas. Luego se acercó a Deniece, ofreciéndose como juez de la competición. El *pentecontarca* no tuvo dificultad en concedérselo, constatando qué poco se necesitaba para contentar a ese tipo. Efiates, por otro lado, con su amabilidad a veces sofocante, se había dejado querer por todos y contaba ya con varios amigos en las diferentes *pentekostyes* y en los contingentes aliados. Había quien resoplaba al verlo llegar, o inventaba alguna excusa para alejarse, pero en general su compañía se apreciaba. Por su voluntad de complacer a los interlocutores y de ser útil, de hecho, en general todos le trataban bien.

Se estableció que, al igual que en la competición anterior, se realizaría una selección previa entre los atletas de la misma ciudad: un único salto para cada uno de los treinta participantes de cada contingente, divididos a su vez en grupos de diez. De aquí saldrían diez vencedores que se enfrentarían en el desempate para acceder a la final de toda Hellas. En el último acto, cada finalista habría tenido a disposición tres saltos.

Efiates se encargó con entusiasmo de localizar nueve puntos de terreno liso donde poder realizar los saltos, para permitir que los competidores pudieran desarrollar las eliminatorias simultáneamente. Ayudado por sus malies, el jovial autóctono les indicó uno tras otro a los otros jueces, y los ilotas se ocuparon de quitar los manojos de hierbas y las piedras más evidentes. Después, los últimos veinte metros de cada sector quedaron separados del resto mediante una línea sustitutiva del pedestal, llamada *bater*^[30], y parcialmente excavados moviendo la tierra. Éstos últimos constituyeron una especie de *skamma*^[31], la fosa de arena movida en la que aterrizaban los atletas.

La renuncia de Pantites provocó mucha desilusión, sobre todo entre los espartanos, ya que la velocidad y la agilidad que había demostrado el día anterior lo

habían situado como el favorito también para el salto de longitud. Habían sido muchos quienes habían apostado por él antes de que circulara la voz que anunció que no competiría.

Efialtes mandó a Traquinia que llevara varias parejas de *halteres*, que distribuyó a razón de tres por cada contingente, de forma que las eliminatorias se desarrollaran de la forma más rápida posible. Luego mandó a Deniece para que designara los espartanos que tomarían parte, considerando su eliminatoria la más prestigiosa. Su deber consistía en efectuar las medidas con el *kanon*, el bastón utilizado para este propósito. El salto de longitud contemplaba además valoraciones sobre el estilo, y otros dos hombres por contingente se ocuparon de ello. Si ambos asignaban una insuficiencia en el estilo del salto, el competidor sería descalificado.

En las eliminatorias de los lacedemonios, el primero en acercarse a la pista fue Alfeo, cuyos movimientos poco agraciados le dieron la descalificación por salto descoordinado. El soldado se consoló pensando que cosas así sucedían también en las Olimpiadas, y a atletas más expertos. En las otras series, Marone realizó un salto cuádruple de más de trece metros, una medida notable, pero no lo suficiente para conseguir la primera posición.

Llegó el turno a Aristodemo y a Eurito. Las largas y poderosas articulaciones del primero le hacían particularmente apropiado para la especialidad, y de hecho realizó una serie de saltos eficaces y mejores que cualquier otro, que le valió el primer puesto. Esta vez Eurito se esforzó todo lo que pudo para competir mejor y consiguió la tercera posición.

Cuando llegó el momento del desempate entre los tres vencedores, Aristodemo se puso a dar saltitos para encontrarse a tono, intentando domar toda la energía que alimentaba su odio hacia el soberano y canalizarla a través de los músculos de las piernas. Antes que él saltaron sus dos adversarios. Uno de ellos alcanzó la medida poco despreciable de trece metros y medio. Cuando le dieron los pesos, movió con energía la cabeza para liberar la mente y encontrar la justa concentración. Luego se situó al principio de la carrera reservada al salto.

Sintió apenas a Eurito y a los otros amigos que lo incitaban. Tras el pitido de salida de Efialtes, se agachó y explotó con toda su potencia en una breve carrera a la que los pesos contribuían a dar la impresión de estar realizándose en el agua. Poco antes del *bater* situó los brazos en paralelo, hacia delante, y realizó el primer salto. Luego el segundo, el tercero y por último el cuarto, arqueando la espalda para poder extender hacia delante las piernas, a la vez que los brazos guiados por los pesos.

Efialtes saltó enseguida con el *kanon* en la mano para medir el punto en el que había aterrizado, apoyando una extremidad sobre la línea de salto y realizando una marca. En voz alta declaró que el concursante había saltado casi catorce metros, y por lo tanto resultaba el atleta que representaría a Esparta en la final.

Los amigos corrieron inmediatamente para festejarle. Eurito lo abrazó calurosamente mientras Marone ya se dejaba llevar, realizando declaraciones exageradas, en las comparaciones con futuros competidores por la victoria final. Aristodemo sonrió, pero no era una manifestación de alegría, sino de suficiencia hacia un entusiasmo que le parecía, una vez más, completamente infantil. Su cuerpo le había llevado a la primera posición, al menos entre los espartanos, pensó. Pero si hubiera sido por su mente, distante y casi alejada, habría demostrado lo peor. Su distancia con la sociedad en la que vivía, que le atormentaba la mente, todavía no había condicionado las prestaciones de su cuerpo, que actuaba sobre la base de impulsos ancestrales y puramente mecánicos.

Los espartanos esperaron que también los otros contingentes terminaran las selecciones. Luego los nueve finalistas se reunieron en la pista elegida para la competición definitiva. Efiates, naturalmente, hizo suyo el derecho a ser el juez de la final, e inmediatamente dispuso a los ilotas para que arreglaran el terreno de la *skamma*, que estaba removido por los saltos anteriores. Deniece lo miraba divertido. Aquel tipo, pensó, le estaba apartando de un puñado de líos.

Cuando llegó el turno de Aristodemo habían saltado ya cinco competidores. Un locrense había asombrado a todos con un salto impresionante, que tras la comprobación de Efiates había resultado digno de un vencedor olímpico. El espartano inició su carrera suelto, convencido de que no podría competir contra un adversario parecido. Aquello le permitió saltar relajado y dejarse llevar por los pesos durante los saltos. Cuando Efiates anunció que había superado al locrense por medio pie —unos quince centímetros—, los conmlitones soltaron un estrepitoso grito de triunfo que sofocó el griterío de asco de los compañeros del contrincante.

En el segundo turno de saltos, ninguno se acercó a las medidas de los primeros clasificados. Ninguno menos el propio locrense, que fue a igualar la medida realizada en el primer salto. Efiates esperó un poco antes de dar la noticia, complaciéndose del hecho de que todos colgasen de sus labios. Y de nuevo los espartanos y los locrenses se abandonaron en manifestaciones de júbilo por una parte, de desprecio por la otra. Esta vez los primeros gritos incitaron al enfrentamiento entre los locrenses que se sintieron molestos. Por su parte Aristodemo, un poco desilusionado por el resultado obtenido en condiciones de calma absoluta, saltó con una cierta tensión, poniéndose rígido y consiguiendo un resultado decididamente mediocre.

Cuando en el tercer y último intento el turno tocó al locrense, cayó un silencio irreal sobre la angosta llanura llena de hombres. El contrincante empezó con amplios pasos, después de haberse concentrado durante un largo tiempo, y realizó un primer salto con una longitud estrepitosa que le consintió aterrizar lejos pero también en la forma apropiada. El resto de la secuencia lo realizó ondeando entre la derecha y la izquierda de forma poco agraciada, pero el empujón obtenido con anterioridad hizo

que llegara lejos. Muy lejos.

Todos clavaron sus ojos en Efialtes, que jamás en su vida, se había sentido en el centro de tanta atención. Todavía más que en situaciones anteriores, alargó las medidas y tardó en dar el anuncio, al menos hasta que el público no empezó a arrojar algún que otro grito despectivo hacia él. Entonces gritó con toda la voz que tenía, para que le escucharan los espectadores más alejados, que la medida del locrense era superior en medio pie al mejor resultado conseguido hasta entonces por los otros competidores.

Los gritos que su declaración levantó enterraron cualquier otro sonido que proviniera del campo de competición. Sobre todo eran mucho más altos que los gritos de los otros dos jueces que declararon el salto nulo por estilo impropio. Nadie se dio cuenta, y durante un largo tiempo los locrenses se desahogaron restituyendo a los espartanos las cortesías que habían recibido con el salto anterior. Solamente fue cuando vieron a su atleta discutir con los jueces, manifestando con amplios gestos su insatisfacción, que empezaron a sospechar que algo no funcionaba. Sus gritos de triunfo y de desprecio se transformaron lentamente en murmullos, sobre los que se escuchó la voz fuerte de uno de los jueces, que pudo finalmente anunciar lo que había ocurrido.

La tensión fue subiendo cada instante, y de las filas locrenses comenzaron a volar palabras malsonantes. Aristodemo asistió incrédulo al comportamiento de Alfeo en el sector ocupado por los antagonistas, sobre los que se arrojó casi a peso muerto, inmediatamente seguido por el hermano y por algún que otro alterado. El gigante cayó sobre dos soldados de Lócride, aterrizando con su propio cuerpo. En cambio sus víctimas chocaron contra el suelo. Marone, por su parte, cargó con la cabeza baja, centrándose en el estómago de otro soldado que rodó a su vez al suelo, consiguiendo incluso empujar con los pies hacia atrás a su agresor. Éste, por último, retumbó contra otro locrense y en poco tiempo se vieron implicados en la pelea hombres de ambos contingentes.

Mientras los locrenses y los espartanos peleaban con todas sus fuerzas, Aristodemo se quedó en el suelo, agachado, con los brazos apoyados sobre las rodillas y con una sonrisa lacónica en los labios. Por otro lado no podía hacer otra cosa. Mirando a su alrededor notó que, mientras los dos contingentes se insultaban y se pegaban con una violencia que iba aumentando, el resto de la armada los observaba riendo a carcajadas, realizando comentarios sobre el estilo a la hora de luchar de algunos combatientes. Además, para completar el cuadro casi cómico, estaba el comportamiento de Efialtes.

El malio, como de costumbre, se diferenciaba del resto por su buena voluntad. Posicionándose en los márgenes de la gigantesca pelea, intentaba separar a los contendientes que estaban cerca de él, alargando de vez en cuando los brazos para

interponerse entre ellos, pero estando muy pendiente de no recibir ningún puñetazo. Aristodemo lo miraba divertido, pues le parecía observar a un tipo que intentaba coger algo en medio de las llamas prestando atención en no quemarse.

Mientras tanto, Deniece había corrido a llamar a Leónidas, en aquel momento ocupado en recibir a un enviado de Artemisio. Una vez que se había dado cuenta de que el asunto había tomado proporciones superiores a las que él hubiera podido detener con su autoridad, el *pentecontarca* se había dirigido al rey, que una vez en el lugar intentó llamar a los hombres al orden. Quienes le escucharon, sin embargo, fueron sólo los contingentes ocupados en disfrutar del espectáculo. Locrenses y espartanos estaban demasiado ocupados en dar y recibir como para notar que algo estaba ocurriendo fuera de su situación.

Leónidas ordenó a Deniece que procurara un escudo y una lanza a cada miembro de su *pentekostyes* y dispusiera a los hoplitas en pequeños grupos alrededor de donde estaban peleándose. En breve unos sesenta soldados se situaron junto a los espartanos y locrenses, y empezaron a hacer presión con los escudos. Casi todos se dieron cuenta de su presencia y se detuvieron al instante, pero algunos tuvieron que ser picados con las lanzas para que se detuvieran. Otros estaban tan metidos en la lucha cuerpo a cuerpo que para separarles tuvieron que golpearles en la cabeza con las porras de madera. Alfeo estaba tan cargado de adrenalina que, cuando fue alcanzado por una lanza en la nuca, se dio la vuelta inmediatamente y agarró la porra, tirando hacia él al soldado que la agarraba. Tuvieron que darle con otras dos lanzas para que su ardor se suavizara y en sus ojos apareciera algún resplandor de raciocinio.

Lentamente, los últimos gestos de agresividad se apagaron para dar paso a la vergüenza, acentuándose cuando Leónidas empezó a hablar.

—Me parece que habéis olvidado que seguís siendo soldados, y no un público — les regañó el soberano con su típica voz profunda y calma—. Y que esto no es un estadio sino el frente de una guerra sin paradas. Apoyar es lícito, pero no abandonar la disciplina. Si estas competiciones son un modo para mantenerse en forma y prepararse para la batalla, entonces, ¿quiere decir que daréis prueba de indisciplina también en la batalla? ¿Puedo acaso contar con gente que se altera ante la mínima provocación? Tanto a mí como a la Liga, y a la flota situada a poca distancia de nosotros, nos sirven guerreros que actúen en el momento oportuno, de acuerdo con los compañeros y siguiendo las órdenes de los superiores, ¡recordadlo!

No había ni un soldado que tuviera los ojos alzados del suelo.

—Quiero que meditéis sobre vuestro comportamiento. Mañana —continuó—, los espartanos y los locrenses no competirán. La competición de disco queda reservada sólo a los otros contingentes y, por lo que respecta a la competición de hoy, ésta queda suspendida. La clasificación será la que establezcan los jueces, naturalmente, con criterio indiscutible en la competición al igual que los oficiales en la guerra. Que

venga aquí el vencedor, para que le pueda felicitar.

Todas las miradas se dirigieron a Aristodemo, que se había sencillamente limitado a ponerse de pie ante la llegada de Leónidas. Ningún espartano tuvo el coraje de celebrar su victoria, y sólo un rumor débil acompañó su camino en busca del rey. El vencedor avanzó con paso lento, manteniendo la cabeza agachada para no tener que mirar al rey. Es más, encontró el tiempo para preguntarse si era el desprecio que sentía hacia él lo que le inducía a evitar su mirada o el temor a que el rey lo leyera en sus ojos. Leónidas buscó su mirada pero él movió sus pupilas en cualquier lugar que no fueran los ojos de aquel.

—¡Oh! ¿Aristodemo, no es así? Por lo que parece —observó Leónidas, mirándolo de arriba a abajo—, no eres sólo una mente aguda, sino también un óptimo atleta. Y has tenido también el buen sentido de no participar en la pelea, por lo que veo. No te queda que demostrar que eres también un notable soldado, y serás el espartiatia perfecto, el que nuestra sociedad ha forjado en siglos de dedicación, renuncias, y sacrificios, para poder disponer de los mejores hombres de Hellas. No tengo dudas de que la causa helénica encontrará en ti, dentro de unos días, a un válido defensor, y estoy seguro que serás el protagonista de otras hazañas.

—Os agradezco la consideración que me mostráis, majestad. Espero estar a la altura de vuestras expectativas —se limitó a responder Aristodemo, mirando un punto indefinido tras los hombros de su interlocutor.

—Aunque no haya nada que me obligue a castigarte —continuó Leónidas en voz baja—, mañana no puedo permitir que compitas, para no demostrar parcialidad. Por lo tanto, serás juez en la competición de disco —concluyó el rey, convencido de que estaba haciendo algo grato.

—Estoy a su disposición, señor —respondió Aristodemo en tono neutral pero deferente, agachando la cabeza en señal de respeto y de una gratitud que no sentía. Sentirse definir el ejemplo más fúlgido de un sistema que detestaba le provocó una fugaz carcajada interior. No conseguía sustraerse del espíritu con el que había sido educado.

Leónidas le agarró los bíceps y luego permitió a la tropa espartana alegrarse antes de retirarse a su pabellón, donde había dejado al mensajero de la flota esperando. Ordenó a Deniece que lo siguiera y se marchó entre los gritos de júbilo de sus conciudadanos, que compartían tanto la victoria de Aristodemo como la sabiduría de su soberano.

Poco después el Estado mayor griego se encontró con el mensajero que había llegado en barca desde Artemisio. Éste indicó que Euribíades había dispuesto la alineación de gran parte de la flota en la desembocadura del canal de Eubea, y estaba listo para mantener el enfrentamiento. Además, para prevenir eventuales movimientos hacia Oriente, cincuenta y tres naves atenienses habían sido ubicadas a

lo largo de la punta meridional de la isla, cerrando el acceso a Ática. Las noticias sobre los movimientos de los bárbaros situaban la flota todavía en el golfo de Termaico, mientras el ejército había entrado en Tesalia y avanzaba hacia las Termópilas. Euribíades, concluyó el enviado, rogaba que Leónidas estuviera haciendo todo lo posible para cerrar todas las vías terrestres a la armada enemiga, y ya que los persas habían entrado en Tesalia antes de la movilización general de las fuerzas helenas, deseaba que el rey hubiera reagrupado a las tropas en los territorios limítrofes. Leónidas despidió al mensajero, y se sentó pensativo en una de las piedras diseminadas por la playa, con el agua que le rozaba las pantorrillas.

—Deberíamos tener algún día a disposición, ese no es un ejército que se mueve a la velocidad de Hermes, si bien es lícito considerar que en Tesalia no encontrará mucha oposición. Antes que los persas, de todos modos, deberían llegar los otros contingentes de refuerzo, pero debemos salir a buscar más. ¿Alguna idea al respecto? —preguntó a Deniece y a Cnemo.

Este último expresó inmediatamente su opinión:

—Bueno, la verdad es que los de la flota podrían enviarnos refuerzos, es este el sector más débil del frente, por lo que pueden privarse de algún efectivo para reforzarlo.

—Son más útiles a la causa griega un sector fuerte y uno débil —respondió Leónidas—, que dos sectores equivalentes, ambos con puntos débiles. No olvidemos que el ataque decisivo los griegos lo tenemos que dar con la flota. Y tenemos que hacer creer a Jerjes, para obligarle a perder tiempo, que aquí, en las Termópilas, puede pasar. La razón estratégica, como os he dicho, es que hay que llevar al enemigo a *creer que puede pasar*, pero hay también una táctica, quizás más importante. ¿Lo entendéis?

—¡Entiendo! —respondió Deniece—. El paso es angosto y si somos muchos nos haremos daño unos a otros.

—¡Exacto! —exclamó Leónidas—. El número es precisamente lo que deberá poner en dificultades a los persas en este terreno, y nosotros ¿vamos a ponernos en las mismas condiciones? Hemos elegido las Termópilas precisamente porque el espacio reservado vanagloria la superioridad numérica, y sería estúpido limitar nuestra eficacia colocando soldados en el paso. Considero que tenemos los efectivos necesarios para defendernos en el mejor de los modos.

—De todas formas... —opinó Deniece—, no sería dañoso ir a buscar algún apoyo precisamente en Tesalia. Alguien habrá allí que no quiera a los persas y que prefiera unirse a nosotros antes que aceptar su soberanía. Tienen caballeros que no están mal y serían útiles. Quizás quieren organizar alguna forma de resistencia y ni siquiera saben que nosotros estamos aquí. Démosles una oportunidad para combatir, eso es lo que pienso, y tendremos una posibilidad táctica de más.

Leónidas se quedó unos segundos reflexionando sobre las palabras de Deniece y luego dijo:

—En cualquier caso, algo tendremos que hacer para demostrar que nos hemos movido en el sentido pedido por la flota. No niego que la aportación de unidades a caballo pueda resultarnos útil. Así que mandemos un mensajero al norte y veamos qué es lo que sale fuera. ¿A quién sugieres?

Deniece tenía ya en mente el nombre, pero hizo gestos como si todavía necesitara pensarlo.

—Mmmh. Serviría uno veloz y despierto —dijo por último—. ¿Quién mejor que el ganador de la carrera de velocidad? Pantites, ¿lo recuerdas? Se encuentra también entre los menos robustos, por lo que la solidez de la falange no sufrirá excesivamente si nos privamos de él. Además, no tiene hijos salvo uno que tiene que nacer, por lo que no podemos estar seguros de que deje un heredero.

—Me parece una buena elección. Si se ha recuperado de su indisposición —respondió Leónidas—, manda que se marche mañana por la mañana. Y que vuelva sólo tras haber contactado al menos a una decena de comunidades. Vete a decírselo.

Deniece no dejó que se lo repitiera. Inmediatamente después estaba en camino hacia el oeste, en busca del campamento principal, junto a la barrera focense. Una vez alcanzado el sector lacedemonio, buscó el jergón de Pantites. Vio a Aristodemo ocupado en realizar ejercicios de gimnasia, llamó su atención y le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—¿Sabes dónde está Pantites en este momento? —le preguntó cuando el amigo se acercó.

—Está con Ditirambo, naturalmente. ¿Qué ha ocurrido? —le contestó el otro.

—El rey no se encuentra muy a favor de llamar a otros soldados para que participen aquí en las Termópilas, como quieren los de la marina. Pero le he convencido para buscar refuerzos al menos en Tesalia, y ésta es una buena ocasión para que Pantites se aparte de los caprichos de Aneristos. Llévame donde esté.

Aristodemo se quedó más sorprendido con la primera noticia que con la segunda.

—No quiere refuerzos, ¿eh? Lo sabía, quiere que nos maten a todos —comentó, cáustico.

—¡No digas estupideces! —replicó Deniece—. Hay buenas razones de carácter militar detrás de una elección parecida.

—De todos modos —apuntó Aristodemo—, verás que Pantites no se quedará contento.

—No tiene que estar contento. Tiene que estar vivo, al menos hasta que nos enfrentemos a los persas —cortó por lo sano Deniece, que acababa de ver a Ditirambo y a Pantites.

Los encontraron en silencio, el primero absorto en sus pensamientos, que nunca

dejaba que nadie conociera, y el segundo de pie, realizando movimientos gimnásticos cautamente.

—¿Y bien? ¿Cómo estamos? —inició Deniece para conocer, en primer lugar, las condiciones en que se hallaba.

—Bien, diría. Aparte de un escozor constante aquí detrás —dijo Pantites, indicando su trasero—, estoy más bien en forma. Mañana, quizás, podría participar en la competición de disco, si los espartanos pudiéramos competir.

—Entonces mañana realizarás otro tipo de competición. El rey necesita tu persona y tu velocidad para buscar refuerzos en Tesalia. Te marcharás mañana al alba y haz las cosas rápidamente, puesto que los persas están llegando —declaró Deniece.

Siguió un periodo indefinido de silencio. Aristodemo se calló, observando la reacción del joven. Ditirambo miró a Deniece y movió la cabeza mientras Pantites asumió una expresión llena de preocupación. Luego habló:

—¿Y justo ahora que llegan los persas me alejáis del enfrentamiento? ¿Precisamente ahora que nos apresuramos a combatir me mandáis a realizar una vuelta por la península? —dijo.

—Mira, también se realizan grandes hazañas siendo mensajero, sobre todo en estas circunstancias extremas —argumentó Deniece—. ¿Te acuerdas de aquel ateniense, Filípides, que murió después de haber realizado con un tiempo extraordinario el trayecto de Maratón a Atenas hace diez años? Es más fácil acordarse de él que de cualquier otro *hoplita* que combatió contra los persas en Maratón.

—Se le recuerda tanto a él que ni siquiera recuerdas a aquel que se llamaba Eucles —intervino, con un tono lleno de asco, Ditirambo—. Aquel Filípides de quien hablas llegó a Esparta desde Atenas para pedirnos que entrásemos en guerra, y tardó sólo dos días.

La reacción de Ditirambo se vino venir. Por lo menos Aristodemo así lo vio. Era el hombre a quien el Estado había entregado a Pantites siendo un adolescente, su «paidónomo», y nadie más que él deseaba que su protegido aplicara en la batalla lo que le había enseñado. Cualquier demostración de coraje y valor en la lucha por parte de Pantites habría hecho que Ditirambo se sintiera orgulloso, casi como si lo hubiera realizado él mismo, y de este modo su reputación de guerrero habría salido consolidada. En cualquier caso, el Estado se habría sentido muy satisfecho de su trabajo y le habría encargado a otros jóvenes. Aristodemo podía entender su desilusión, si bien empezaba a abrirse en él la sensación de que era absurdo desear la probable muerte de alguien a quien se tenía cariño.

La paradoja, por lo tanto, era más que evidente, reflexionó, si se pensaba que, años antes, Ditirambo había salvado la vida a Pantites mientras que ahora quería mandarlo a morir. Había ocurrido cuando el primero era tan sólo un niño. Junto a otros coetáneos había ido a robar gallinas a una granja de *periecos* en los alrededores

de Esparta. En el camino de vuelta, en plena noche, el ave que tenía en el brazo le había dado un picotazo en el pecho y le había hecho perder el equilibrio justo cuando pasaba cerca del borde de un precipicio. Pantites había resbalado, cayendo unos metros, para quedar atrapado entre las piedras antes de caer al fondo. Sus compañeros de aventura se habían ido corriendo a llamar precisamente a Ditirambo, quien había vuelto al sitio indicado. Tras bajar unos metros, y alargando el brazo con una mano, había conseguido agarrar al joven y subirlo a tierra firme. Pantites había sufrido sólo alguna rozadura y arañazo y el asunto había quedado silenciado, porque no le habría creado buena fama la voz de que no había sabido llevar a buen puerto una pequeña empresa.

—¡Y qué me importa Eucle! ¡Qué me importa Filípides! Ellos eran atenienses, no espartanos —se lamentó Pantites—. Un ateniense o cualquier otro habitante de Helas, puede ser apreciado por lo que hace para la patria incluso si no combate, hasta como un mercader. ¡Pero sólo es en la guerra donde un lacedemonio conquista el respeto de los compatriotas!

—Bueno, pues procura volver a tiempo... —le respondió Deniece, perdiendo la paciencia.

—¿Por quién me has tomado? ¿Por Hermes en persona?

—¿Prefieres sucumbir bajo los golpes de tu oficial superior? Si te quedas no serás útil a nadie, o quizás ni siquiera llegarás a la batalla. Y si acaso llegas lo harás en condiciones tan lamentables que estarás fatal en el enfrentamiento. Y como nadie sabrá nunca el porqué, te considerarán un pésimo soldado. ¿Es esto lo que quieres?

—¡Claro que no! —replicó indignado Pantites—. Pero ahora que ha obtenido lo que quería me dejará en paz, verás. Y si acaso no lo hiciera, aprenderé a defenderme como cualquier espartano de verdad. Un espartano no escapa nunca ante el peligro. Así me han enseñado y así pretendo hacer.

—De hecho no escapas, sigues sólo las órdenes que te han dado —replicó Deniece con toda la calma posible—. El rey pretende que te marches al alba, y no creo que tú tengas ganas de discutir sus decisiones. Prepárate, mañana por la mañana aquí no te quiero ver. Y vuelve cuando hayas dado la vuelta completa a las comunidades más cercanas, sin llegar demasiado al norte, donde podrías encontrar a guardias persas. Hasta luego, Pantites.

Un instante después Deniece se había marchado.

Espía de Leónidas

Aristodemo se despertó maldiciendo a Leónidas por haberle asignado las competiciones de disco. No había nada que estimulara su interés en el día que se le presentaba por delante, desempeñando las funciones de juez de la competición. No podía competir ni animar a sus amigos y conciudadanos. Además, se encontraba frente a la perspectiva de tener que tragarse una jornada completa al lado de Efialtes, cuyo ingenuo y convencido celo le parecía sumamente irritante.

No tenía intención alguna de ponerse en competición con el malio para la organización de las operaciones de la prueba, y desarrolló un papel de mero subordinado desde el momento en el que se trató de predisponer los podios de lanzamiento en base a los grupos de participantes. Los ilotas no hicieron otra cosa que amontonar la tierra más blanda y movida del *skamma* preparada para la competición de salto de longitud, delimitándola por los lados y en la parte anterior con palos de madera para luego pisotearla en la parte superior y alisarla completamente. El lado posterior fue dejado libre como si fuera una rampa, para permitir a los atletas acceder a él en la carrera si así lo deseaban.

De Traquinia llegaron también los discos, instrumentos redondos de hierro de casi unos treinta centímetros de diámetro, más espesos en el centro, con un peso de dos quilos. En el ámbito de las selecciones nacionales a cada atleta le fueron consentidos tres tiros en vez de cinco, como estaba previsto en las competiciones oficiales, y Aristodemo quedó asignado en el contingente de Tebas.

Efialtes le puso en la mano un pico y dos palitos. Con el instrumento, Aristodemo tenía que excavar un agujero en los puntos en los que caería el disco para luego clavar un palito a modo de tomar la medida. El espartano cogió el material mecánicamente, sin prestar mucha atención. Estaba más sorprendido en aquel momento por el interés que mostraba por la competición Leontiades, el comandante tebano cuya lealtad levantaba muchas dudas entre muchos. El hombre le atrajo desde el primer momento favorablemente. Lo encontró abierto y claro, con una expresión jovial y una relación muy amigable con sus propios subordinados, que trataba con un extremado compañerismo. Su comportamiento condescendiente con los soldados no comprometía sin embargo su autoridad, y se veía que nadie osaba poner en discusión su voluntad. Aristodemo decidió pensar que habría indagado para satisfacer su propia curiosidad.

—Veo que os sentís muy unidos, tú y tus hombres —dejó caer, mientras clavaba un palito en el terreno para marcar el punto en el que había caído el primer disco.

—A la fuerza. Hemos sido rechazados por nuestra ciudad, donde casi todos se han declarado partidarios de los persas. Nosotros nos hemos pronunciado, y de hecho nos

han expulsado de Tebas, aunque nos hubiéramos ido de todos modos para unirnos a quien quiere combatir al invasor. Todo esto ha creado una unión indisoluble entre nosotros. Somos camaradas en el verdadero sentido de la palabra, más que cualquier otra unidad. Y además, me han elegido su comandante y esto significa que su respeto me lo tengo que ganar, día tras día —respondió Leontiades con extrema tranquilidad.

—Y después de lo que habéis pasado —añadió Aristodemo—, ¿no te molesta que los otros griegos presentes aquí, en las Termópilas, no os consideren fiables?

—Mentiría si te dijera que no me importa nada —replicó el tebano después de unos instantes de reflexión—. Y puedo también entenderlos. Quizás también yo me comportaría como lo hacen ellos. Pero el único modo de borrar las dudas sobre nosotros es en el campo de batalla, y agradezco a tu rey por haberme dado, sin ponerme ninguna condición, la oportunidad de hacerlo.

«También a éste se le cae la baba por Leónidas», se dijo Aristodemo. «¿Encontraré a alguien que tenga al menos alguna perplejidad sobre él, alguien a quien al menos se le haya presentado la cuestión de que no todo lo que reluce es oro? ¿Alguien que se encuentre dispuesto a darme un apoyo moral, si no material?».

Desconsolado, retomó la competición, también porque Leontiades no le hacía ya caso y se encontraba completamente absorbido por la competición. Se sintió en el deber de hacer lo mismo para no dar la impresión de desempeñar su encargo con suficiencia, y para evitar correr el riesgo de que los tebanos le consideraran también uno de los que tenía prejuicios sobre ellos.

Siguiendo con mayor atención la competición —y las conversaciones de los competidores, que le interesaban todavía más—, supo que uno de los tebanos presentes había conseguido cuatro años antes la corona de laurel en el lanzamiento del disco en los juegos Píticos, en los que sólo en escasas ocasiones los espartanos habían participado.

Cuando fue el turno del atleta titulado observó la acción con un interés puramente profesional. El discóbolo agarró el instrumento y lo mezcló con la arena, para que fuera más seguro su agarre. Luego subió al pedestal y con movimientos calculados, lo levantó encima de la cabeza con ambos brazos. Se aseguró que el disco adhiriera perfectamente al interior del brazo derecho, luego giró el brazo hacia dentro con un giro del hombro izquierdo hacia delante, para alcanzar la carga completa. La cabeza y el tronco siguieron con plena armonía el movimiento del brazo, y la mano izquierda fue a rozar la rodilla derecha antes de que el atleta, apoyando el peso completo sobre el pie derecho, lanzara el tiro que le permitió arrojar el objeto por el aire. Y lo arrojó tan lejos que Aristodemo tuvo que clavar el palito cerca de los sesenta metros, más allá de las medidas que había marcado anteriormente.

Aquel lanzamiento quedó imbatido hasta el final de las tres series, cuando el mismo discóbolo se superó con un lanzamiento que fue más allá de los sesenta

metros, poniendo una seria proeza sobre su éxito. La fase final entre los vencedores de los siete contingentes, prevista sobre una única serie de cinco lanzamientos cada uno, se llevó a cabo después de la pausa para el *ariston*, la comida de media mañana.

Transcurrido el tiempo necesario para la digestión, todos se encontraron junto al pedestal que ofrecía un espacio mayor a la platea. Naturalmente, era aquélla que había elegido Efialtes (¿cómo dudar de ello?) ya en la fase preliminar, durante la que el malio había dirigido la competición entre los tegeatas.

A pesar de clavar palitos uno tras otro, el espartano no siguió el transcurso de la competición hasta la última serie de lanzamientos, cuando los gritos de los espectadores fueron tan altos que lo despertaron de su torpor. El tebano había lanzado más lejos que cualquier otro, pero sólo un pequeño sector del público seguía sus habilidades: el suyo. Los demás, en cambio, incluidos los espartanos presentes, le silbaban y le insultaban cada vez que se subía al punto de lanzamiento.

En el último turno fue evidente que sólo un par de atletas tenían los números para disputarle la victoria: un orcomenio, que había llegado a casi un metro, y un focense un poco más distante. Sobre estos dos últimos recayó el peso del público después del lanzamiento del tebano, que subió al pedestal el primero sin conseguir superar su tiro. Cuando tocó al focense se escuchó un grito aislado cuya proveniencia no quedó bien definida y que hizo temblar a más de un tebano.

—¡Demuestra lo que vales a esos tebanos espías!

Aristodemo vio a Leontiades agarrar el brazo de más de un compaisano suyo para detener su ira y no observó el recorrido del disco. Antes incluso de notar la posición asumida por Efialtes para clavar el palito con la marca, los gritos de desilusión del público le permitieron entender que la actuación no había amenazado el resultado del atleta que iba el primero en la clasificación.

La única carta de los que no eran partidarios de los tebanos podía todavía jugarse con el orcomenio. Comenzaron a animarle ya, mientras Efialtes medía el resultado del competidor anterior. Los coros y los gritos de victoria anularon tanto el anuncio obligatorio realizado por el malio, que no interesaba a nadie, como las manifestaciones de apoyo de los tebanos presentes. Pero en cuanto el concurrente a la victoria subió al pedestal, se hizo un silencio repentino. Este se vio acompañado únicamente por el ruido producido por las olas del mar y por el viento ligero que ofrecía un leve refrigerio a los hombres acalorados uno junto al otro.

Luego se pudo distinguir con una claridad transparente la respiración del atleta en el momento en el que el disco fue lanzado. Este pareció constituir la señal para desencadenar una nueva oleada de incitaciones, como si los gritos del público pudieran impulsar el objeto todavía más lejos. Cuando el disco tocó tierra, de nuevo se apagó el clamor que había acompañado su interminable trayectoria.

El lanzamiento llegó lejos. Muy lejos.

La escena era toda para Efialtes, ahora. Muchos, comenzando por Alfeo y Marone, murmuraban casi queriéndole sugerir que hiciera trampas, aumentando la medida en el supuesto de que fuera inferior a la del tebano.

El malio, con la nariz aguileña, aparecía serio y concentrado. Y así se quedó cuando dio la noticia, midiendo las palabras en mitad de un clima tenso, con el sol en lo más alto y las ascuas prestas a iniciar un incendio ante el mínimo pretexto ofrecido por las palabras del juez bajo un silencio sepulcral.

No se desencadenó otro enfrentamiento, pero sólo porque el día anterior Leónidas había castigado a los participantes de la pelea. Los tebanos emitieron un grito de triunfo, y sólo un murmullo poco claro salió de las filas de los otros grupos, donde, por otro lado, cada uno permaneció en su sitio. Leónidas tenía que haber dado instrucciones precisas para evitar las provocaciones, pensó Aristodemo, porque sus hombres no renunciaron a ellas en las ocasiones en que la victoria se había conseguido por los pelos.

Y precisamente por los pelos había ganado el atleta tebano. Un palmo, o lo que es lo mismo, siete centímetros.

Leónidas apareció repentinamente junto al pedestal, donde nadie había notado su presencia anteriormente, y llamó al vencedor. Le dio la mano y luego se dio la vuelta hacia los espectadores.

—¡Soldados! —comenzó—. Tenemos con nosotros cuatrocientos hombres que han tenido la fuerza de rechazar la decisión de la mayoría de sus compaisanos, de rechazar una cómoda aceptación de la soberanía persa, y de unirse a nosotros en la defensa de la libertad de Helas.

El rey realizó una breve pausa para observar las reacciones del auditorio, para luego retomar de forma todavía más vigorosa.

—Alguien podría observar que no es democrático no conformarse con las decisiones de la mayoría, pero si esta última delibera adherirse a un régimen tirano, entonces disenter es una forma de democracia, y de las más duras, porque presupone el riesgo de la propia vida. Yo digo que tenemos que agradecer a estos cuatrocientos hombres, de los cuales uno de ellos ha merecido tanto hoy, el estar aquí con nosotros. Estoy seguro que todos destacarán en la batalla, al igual que ha sobresalido hoy su representante en la competición. Y estoy igualmente convencido de que cada uno de nosotros podrá ofrecer, sin temor alguno, su propia vida. ¡Felicitémonos entonces por su victoria, que demuestra también a los más escépticos que tenemos que ver con personas valientes!

La conclusión de su discurso fue saludada por los tebanos con una serie de brazos alzados en señal de gratitud hacia Leónidas, y con un silencio lleno de amor propio por parte de los otros contingentes. Sólo después de unos instantes se levantó un grito aislado de aprobación, al que se fueron añadiendo otros rápidamente, hasta que todo

el auditorio pareció abandonar la falta de confianza y adherirse a la propuesta del rey.

Aristodemo, en realidad, tuvo la impresión de que los hombres querían sólo manifestar su respeto hacia Leónidas, manteniendo no obstante sus reservas hacia los tebanos. Al menos así le pareció poder interpretar el comportamiento de los soldados después de haber observado a Alfeo y Marone, que levantaban los brazos y gritaban, pero entre ellos movían la cabeza con una expresión bien distinta de la alegría que el soberano había pedido expreso.

No tuvo tiempo para otras valoraciones. En el clamor sintió que le tocaban el hombro. Era Deniece, que le susurró al oído que se acercara al pabellón real para encontrarse con Leónidas.

«Me apuesto lo que sea a que quiere saber algo de los tebanos, a que me voy a ver siendo uno de sus espías ahora. Quién sabe cuántos tiene ya en el ejército y también en Esparta. Menos mal que no tengo nada relevante que decirle», razonó Aristodemo, en parte aliviado, mientras asentía al amigo y se encaminaba.

Delante de la tienda encontró a dos hoplitas de guardia, con la punta posterior de la lanza clavada en el suelo. Los pobrecillos estaban allí paralizados bajo el sol con todo el uniforme, y Aristodemo pudo sólo compadecer su esfuerzo por soportar el calor terrible bajo el peso del casco, la coraza y la capa.

Deniece tuvo que intuir sus pensamientos.

—Quédate tranquilo —le dijo sonriendo—, los cambio cada dos horas. Si no me los jugaría—. Luego le animó a entrar, deteniéndose en el umbral.

Aristodemo entró en el pabellón, y sólo poco a poco sus ojos se acostumbraron a la repentina oscuridad, de la que afloró la silueta de Leónidas abandonado en una silla. El rey levantó la cabeza, mirando hacia donde él estaba, como si también tuviera que acostumbrar la vista.

Probablemente sólo se había dormido, pensó Aristodemo, que lo analizó a su vez sin timidez. No le pareció la misma persona que estaba acostumbrado a ver en público, orgulloso e imponente, resplandeciente bajo el sol y perennemente encima de un escenario. Allí, en la penumbra, mientras lo observaba levantarse con dificultad de la silla, el soldado vio a un hombre que demostraba los veinte años que le separaban de él, un condotiero marcado por el peso de los acontecimientos que había sido llamado a afrontar, un soberano dañado por el ejercicio del poder.

«Sería tan fácil matarlo ahora», pensó. Estaba allí, a su merced, con las defensas completamente bajas, sin nadie que le ayudara, un viejo tan débil que habría podido estrangularlo sin encontrar mucha resistencia. Y Gorgo habría quedado en libertad. Y Esparta sería de nuevo libre. Y él también habría quedado libre, para volver con Gorgo o morir en aquel maldito desfiladero.

Sólo cuando Leónidas comenzó a hablar manifestó de nuevo su realeza. El tono de su voz fue suficiente para interrumpir el flujo de pensamientos de su súbdito,

llamando su atención por completo.

—Y bien, soldado, ¿cómo valoras el día de hoy? —le preguntó.

Aristodemo reflexionó un poco más antes de dar una respuesta. Era consciente de que se encontraba ante un examen.

—Bueno, ha sido un día que me ha consentido observar. Eso, sí, observar —contestó, perdiendo tiempo.

—¿Y qué es lo que has observado entonces? —le preguntó directamente el rey.

Aristodemo decidió que la mejor forma de comportarse era ofrecer las respuestas que habría dado si Gorgo no le hubiera dicho nada.

—He visto que los soldados creen en su comandante, majestad, y esto es un bien para la campaña, para Esparta y para la libertad de Grecia —dijo, pronunciando bien cada palabra.

—Y es una suerte que sea así —afirmó Leónidas—. Jerjes tiene el mando de centenares de miles de hombres, pero ninguno cree de verdad en él. Le siguen porque se ven obligados a hacerlo, y su situación no cambiará, ya sea porque los persas venzan, ya sea porque pierdan. Serán siempre esclavos. Nosotros, en cambio, combatimos para preservar nuestra libertad, y nuestra situación cambiaría radicalmente si perdiéramos. Y vosotros, vosotros soldados, podéis elegir si atribuir o no la confianza a quien os conduce. Yo no podría guiaros hacia una empresa casi imposible, aunque vosotros no lo quisierais en realidad. Y en verdad es un bien que todos tengamos el mismo objetivo. Por esto tenemos una ventaja enorme sobre ellos, a pesar de que sean tantos.

«No es necesario que uses todas tus capacidades persuasivas conmigo, asqueroso», le hubiera gustado decirle Aristodemo. Habría querido matarlo, y mientras lo hacía gritarle que la propia libertad la preservaba matándolo, liberando a Esparta de un tirano que nadie sospechaba que era tal.

Mientras tanto Leónidas centraba la conversación.

—A propósito de objetivos comunes, ¿qué impresión te han causado los tebanos? Creo que tú tienes capacidad para entender si podemos fiarnos o no de ellos —dijo.

—Bueno, tú has declarado públicamente que los consideras como cualquier otro contingente, ¿no? —le respondió Aristodemo, todavía con el mismo tono.

—Yo he declarado públicamente *lo que deseo que ocurra* —especificó Leónidas—, porque no puedo estar seguro de lo que ocurrirá. Necesito impresionar desde abajo, desde el punto de vista de un soldado que no tiene un papel relevante en el ejército. Frente a ti se habrán comportado de forma más instintiva, permitiéndote obtener alguna conclusión, ¿no? ¿Qué piensas de ese Leontiades?

—Que ¿qué es lo que pienso? Bueno. Me ha dado una buena impresión —replicó el *hoplita*—. Parece preparado, sólido, autoritario y equilibrado. He visto detener a sus hombres con un gesto durante las provocaciones que han recibido en la

competición. También he hablado con él un poco, y parece muy intencionado en demostrar su fe en nuestra causa. Claro que no siempre uno es lo que parece —no pudo evitar añadir, sin tener el coraje de mirar a la cara de su interlocutor.

—Para ciertos asuntos es casi un bien que se sienta obligado a demostrar algo —respondió Leónidas, que no pareció haber acogido la provocación—. Los tebanos se empeñarán hasta el límite de sus posibilidades e incluso más, y yo quiero gente motivada, no me importa cómo.

—Estamos todos aquí para demostrar algo, ¿no crees? —replicó Aristodemo, siendo cada vez más agudo.

Leónidas asumió una expresión intensa y su mirada se perdió en un punto indefinido.

—Cada hombre se ve obligado a demostrar algo, en cualquier fase de su vida. A sí mismo, para sentirse vivo; a la patria, para demostrar ser digno de ella; a los dioses, para agradecerles haberle permitido vivir. Dentro de poco, quizás, todos daremos un sentido a nuestra vida. Tú, por ejemplo, ¿qué es lo que quieres demostrar?

—Yo soy un soldado —observó Aristodemo—, no un rey o un comandante, ni siquiera uno que decide los destinos de los hombres, incluso en el ámbito concedido a los dioses. No cuenta lo que quiero demostrar, sólo lo que me veo obligado a demostrar. Y lo que debo demostrar es estar a la altura de las expectativas de la patria, creo. Quien quiera que tenga un mínimo de raciocinio sabe que no has elegido a los trescientos mejores guerreros de Esparta. Por lo tanto nuestro objetivo ahora tiene que ser desmentirte a ti, a los *éforos* y a la Gerusía, y demostrar que somos los mejores guerreros de Esparta. Por nosotros mismos, por la patria y por los dioses, como has observado tú también.

—Bonita respuesta —dijo Leónidas—, pero no me has dicho nada de lo que quieres demostrar de verdad...

Pero Aristodemo tenía ya lista la réplica.

—Cada hombre tiene motivos personales propios. Incluso no querer demostrar nada podría representar el querer demostrar algo. Pero se trata de asuntos que no se comparan con otros. Yo no te pido a ti cuáles son tus razones privadas. Cada uno de nosotros, aquí, cuenta por lo que representa, no por lo que es. Y nosotros aquí podemos representar un montón de cosas: las víctimas que se inmolan en el altar del sacrificio colectivo previsto para preservar la libertad de Grecia, el instrumento de la ambición de alguien, el ejemplo de una traición fundada en el desprecio del peligro Tú eliges. Lo que sé es que nadie se preguntará jamás quién es o quién era de verdad Aristodemo. Nadie se preguntará nunca en qué se diferencia cada *hoplita* del que tiene a su lado. Los soldados no tenemos individualidades, somos sólo uno de las componentes, intercambiables y no insustituibles, de un objeto de entidad superior, eso sí, en grado de cambiar el curso de los acontecimientos. Es más, te diré que

somos el último anillo de una cadena que desde el más pequeño combatiente sigue con su unidad, luego con la falange, luego con el Estado y por último, en este caso específico, con toda Grecia.

Lo dijo con extrema tranquilidad, sin acalorarse, y esta fue la única razón por la que el rey no le interrumpió.

—Se diría que el tema te molesta. Muchos son conscientes, y sin embargo se sienten orgullosos —objetó Leónidas.

—Siempre he cumplido mi deber como soldado, en cada circunstancia, y no seré menos en la ocasión más importante. Pero, por otro lado, poco importa de lo que he hecho hasta ahora. Lo que cuenta es lo que haré ahora, ¿no? —respondió Aristodemo, ya privado de cualquier recelo.

—No puedo decir que estás equivocado —le respondió Leónidas—. Hay nudos en la vida de un hombre que valen una vida entera. Y son aquellos que establecen cuanto él vale. A veces nos lo procuramos nosotros mismos, para espiar algo o para escapar de algo. Otras veces son los dioses o el hecho que los predisponen ante nosotros, y no podemos sustraernos aunque lo deseamos. Todos formamos parte de un mecanismo, desde el ilota al soberano, no creas que es algo diferente. El hecho que un rey tenga más privilegios que un súbdito no significa en absoluto que pueda hacer con su propia vida lo que quiera. No estamos en Persia, y es más, estamos aquí precisamente para evitar terminar como ellos. Estamos aquí para demostrar que cada uno de nosotros es importante para la contribución que puede dar a la causa de la libertad, mientras los persas vienen aquí para permitir a Jerjes demostrar que es el rey más grande y poderoso de la tierra, nada más. Ellos sí, son simples granitos de arena pisoteada por su soberano. Esta es la diferencia, y por esta diferencia, si es necesario, daremos la vida. Así que tienes razón, eres intercambiable y sustituable, pero al final te equivocas también, porque cuales sean las circunstancias que te han llevado a las Termópilas, también estás tú, aquí, ahora, no otro, y no tienes que echar de menos la falta de nadie.

¿Qué podía responder ante una argumentación parecida? Aristodemo se habría quedado en silencio aunque delante de él no hubiera tenido al rey en persona. Este comportamiento dio la posibilidad a Leónidas para que se despidiera de él.

—Tenía razón, eres un individuo agudo. No sé cuánto te puede ayudar esto para ser un buen soldado, pero seguramente hará de ti un agradable interlocutor. Espero tener el tiempo y el modo de intercambiar en otra ocasión nuestras opiniones, Aristodemo. Y servirme de tu argucia en cualquier otra circunstancia. Puedes irte.

Aristodemo volvió a su propio sector, confundido. El rey parecía un hombre razonable. Pero también determinado. En más ocasiones, durante el curso de la conversación, se había visto a punto de ceder y de probar admiración hacia él, pero luego la visión de las imágenes de Leónidas maltratando y humillando a Gorgo, o

torturando a Cleómenes, lo había llevado a no fiarse de él. Si incluso sobre él, que era tan prevenido, Leónidas había provocado un efecto parecido, podía comprender cómo todos los demás se habían quedado literalmente sorprendidos. Los llevaría de verdad al matadero, y encima contentos.

No había pasado nunca tanto tiempo sin verla, ni siquiera por asomo. En algunas circunstancias había tenido que esperar mucho tiempo para tener sólo la posibilidad de tocarla, de sentir su olor, pero sus encuentros habían siempre pagado la espera que había tenido que soportar.

¿Se verían de nuevo? Si Leónidas hubiese sido un rey justo, sus palabras habrían tenido un sentido, y todo lo que no tenía que ver con el enfrentamiento inminente y la total disponibilidad al sacrificio, habría sido marginal, poco influyente y carente de importancia. Pero Leónidas era un hipócrita sin escrúpulos, ¿no? Así que no había hecho otra cosa que apropiarse de nobles principios y doblegarlos a su propia ambición, aprovechando la buena fe de cuantos habían depositado en él su confianza para sentirse parte de una noble empresa. ¿Tenía sentido, por lo tanto, sacrificarse por él, incluso si, en apariencia, sacrificarse por él significaba sacrificarse por el Estado y por toda Grecia?

Gorgo.

¿Cuál era, en este momento, el deber de Aristodemo? ¿Inmolarse por un rey desagradable o volver a la mujer que amaba?

Si Gorgo no hubiera entrado nunca en su vida, si no le hubiera dicho todo sobre Leónidas, no tendría dudas. Tenía demasiado respeto hacia sí mismo para ser menos que los compañeros de las falanges y de los amigos de una vida. ¿No lo había quizás demostrado en las competiciones de aquellos días, compitiendo lo mejor que había podido? Pero ahora estaba en juego su vida, es decir, la posibilidad o no de seguir viendo a Gorgo, y sobre todo, la posibilidad de liberarla.

Gorgo.

Leónidas le había hablado repetidamente de la libertad. La libertad de los griegos puesta en comparación con la esclavitud de los bárbaros. El deber de morir para defender aquella libertad. Pero ¿cuál era para él, Aristodemo, la libertad más importante? ¿La de los griegos o la de Gorgo? Y entre las dos, ¿por cuál valía la pena sacrificarse? ¿Por la que se aparecía como una abstracción —o lo que es lo mismo, la de los griegos—, o la más tangible, real, de Gorgo, por la que se sentía incluso dispuesto a perder el respeto hacia sí mismo si aquello podía ayudar a salvarla?

Gorgo.

Era egoísta también él, puesto que no estaba seguro de si pretendía salvarla o sólo volver con ella. Tenía la duda de ser únicamente un amante impaciente por volver a ver a la mujer, alguien que buscaba hipócritamente amamantar los propios deseos mezquinos de algún ideal noble o sólo de algún pretexto. Y quizás, pensó, incluso la

de volver a ver a Gorgo era sólo una excusa para esconder su propia falta de coraje, su propia debilidad.

Gorgo.

La reina de Esparta. Curioso, pensó Aristodemo. Se había convertido en reina de Esparta por haberse casado con su tío político, hermanastro de su padre. Tenía el privilegio de ser la mujer más importante de Lacedemón, y quizás de toda Grecia, casándose con Leónidas y dándole un heredero. Pero al mismo tiempo casarse con Leónidas había hecho de ella la persona más desafortunada e infeliz de Esparta y de toda Grecia.

Gorgo.

Aristodemo la había hecho feliz, cada vez que se habían visto en aquellos dos años. ¿No era quizás su deber liberarla de la infelicidad en la que había caído debido a su condición? ¿A quién más tenía que ser dado este encargo si no a él?

Gorgo.

Era ella su punto de referencia, no Leónidas. A fin de cuentas, también ella era un soberano. Su soberana.

Gorgo.

Pensó en su primer encuentro, el momento en el que se había convertido en su reina y no sólo en uno de los representantes de las instituciones lacedemonias. No pensaba desde hacía mucho tiempo en aquel momento que, seguramente y por usar las palabras de Leónidas, había representado uno de los nudos de su existencia, en aquel día en el que había recogido la pelota que se había caído de las manos de Gorgo y rodado hasta las aguas del Eurotas.

La mujer que lo esperaba en la orilla era la más bella que jamás había visto. Se había percatado de ella en otras ocasiones, de lejos, en las ceremonias oficiales o en grupo con otras mujeres por las calles de Esparta, pero distraídamente. No habían cruzado nunca la mirada ni él la había jamás observado de cerca lo suficiente para percibir la intensidad con la que era capaz de mirarlo. Aquella vez, mientras salía del agua con la pelota en la mano, con el *quitón* rojo empapado que se le pegaba al cuerpo modelando las formas, sus negras pupilas lo analizaron a fondo, como si estudiaran donde clavarse. Luego se detuvieron en sus ojos, sin sonreír, sin que moviera un solo músculo de su rostro.

Y él vio a una diosa que elevaba a un mortal a su propio nivel, sencillamente gratificándolo con una mirada. Una mirada que demostró, durante un tiempo interminable, que no tenía intención alguna de retirar de sus ojos. Y cuanto más se detenía, más se sentía como un dios. Gorgo no apartó sus propias pupilas de las suyas, ni movió un solo músculo, hasta que Aristodemo no estuvo junto a ella, tanto como para poder percibir otras dos lamas afiladas penetrándole en las narices, donde el olor de la diosa se abrió camino con una vehemencia que casi lo hizo tambalearse.

Luego ella le dejó escuchar por primera vez su voz, profunda e intensa, mientras cogía la pelota pasando lentamente los dedos por sus manos.

—Mañana por la noche, después de las celebraciones, aquí, tú y yo solos—. Y sólo entonces Gorgo desvió su mirada hacia otro lado, donde estaban sus damas de compañía, pero desde aquel momento a él se le quedó clavada como la punta de una lanza en sus ojos, la misma que usó para traspasarle el corazón.

Y él fue, al día siguiente por la noche, al Eurotas. Fue después de haber ido con la propia mente repetidas veces, durante un día completo, pensando en aquella mirada que lo había secuestrado para llevarlo con ella al Olimpo. Sobre la orilla del río encontró una sombra inmóvil, como las rocas que se levantaban sobre el terreno desnudo en las laderas del Taigeto. A varias decenas de metros de distancia notó que estaba envuelta de la cabeza a los pies con el *himatión*. La sombra escapó antes de que él tuviera la posibilidad de tocarla, y siguió corriendo sin ni siquiera darse la vuelta para asegurarse que él la estaba siguiendo. No lo necesitaba. Las lanzas que le había arrojado el día anterior a través de sus ojos le llevaban a ella.

La siguió por muchos estadios, sin acercarse un paso, consciente de tener que esperar a que se manifestara su voluntad de ser alcanzada. Sólo cuando los fuegos encendidos en la ciudad fueron unas débiles llamas de luz en la oscuridad ella se detuvo y se tumbó en el suelo, sin ni siquiera dar la impresión de estar cansada. Él aminoró la andadura para caminar cada vez más lentamente, hasta que llegó a estar encima de ella. Se arrodilló a su lado, y entonces Gorgo abrió de repente el *himatión*, revelando el cuerpo desnudo que brillaba con la luz de la luna y de las estrellas. Y de nuevo asomó aquella mirada en un rostro inmóvil, que dejaba en los ojos cualquier forma de comunicación.

Aristodemo creyó leerle el deseo de un beso, o quizás se vio sólo llevado por sus propios deseos de besarla. Se acercó hacia su rostro, pero en un instante ella se deslizó por el terreno y le ofreció el centro del universo, agarrándole la nuca con las piernas y obligándole a bajar hacia el interior de los muslos. El hombre empujó con su rostro y la agarró por las nalgas para tenerla alzada. Pero la reina no consideró suficiente la presión que ejercía sobre ella y le agarró la cabeza con los brazos para ayudarle a empujar.

En ese momento Gorgo emitió suspiros profundos y prolongados, y él se dio cuenta de que aquellos sonidos eran casi los primeros que su boca emitía desde que se habían encontrado el día anterior.

Dejó de gemir sólo cuando él consiguió besarla, y sólo después de haberse introducido dentro de ella. Gorgo, aprendería con posterioridad, besaba sólo después, casi nunca durante. Pero lo que daba mientras hacían el amor no hacía que echara de menos nada de aquello que no le daba.

Después llegaba a ser incluso locuaz. Hablaron durante un largo tiempo, ya

aquella primera vez, antes de perderse nuevamente el uno con el otro, una, dos, tres veces. Y después de cada caída en el vértice de los sentidos, seguía el momento del diálogo, de las caricias, de los besos, en una armónica alternancia de ferocidad salvaje y delicada ternura que encerraba todo lo que un hombre podía necesitar. Gorgo le hablaba de su relación con su padre, a partir del episodio que la hizo famosa en Esparta veinte años antes. Todos lo conocían en Lacedemón, pero era la primera vez que él lo escuchaba de los labios de la directa interesada. En aquella circunstancia, con tan sólo ocho años, Gorgo había disuadido a Cleómenes para que tomara en consideración la oferta de la alianza que le había enviado el gran rey persa Darío, el padre del actual invasor de Helas.

Cuanto más la escuchaba, más respondía a sus preguntas y más se interrogaba cómo podía ser que nunca ningún «*paidónomo*», ninguna ley de Licurgo o ninguno de sus amigos le hubiera explicado nunca que un estado de felicidad se podía alcanzar de forma diferente a pasar la propia existencia en las *sissitías*, o a las marchas por el territorio hostil y los campos de batalla.

Había sido entonces, volviendo a casa, cuando Aristodemo se había preguntado por primera vez si eran de verdad las satisfacciones militares y deportivas las que un hombre tenía que lograr para realizarse plenamente. Por otro lado, así le habían enseñado desde niño, así se contaba en la lectura marcial que leía desde la infancia.

¿Y este asunto que llaman amor? ¿Este secuestro de sentimientos que hace superfluo todo lo que no tiene que ver con la persona amada? ¿Era posible que existiera un Tirteo, que decantaba la belleza de la vida militar, y no un poeta capaz de celebrar los gozos que podía dar una relación como la que había constituido con Gorgo?

La única explicación que se había dado aquella noche fue que nadie más había experimentado lo que había probado él con su amante. Así que se consideró afortunado, es más, un privilegiado. Suerte y privilegio que deseaba ardientemente preservar a toda costa.

Un nuevo triunfo

Había un gran bullicio, desde primera hora de la mañana, ante la competición de jabalina. Los competidores estaban todos ocupados en entrenarse allá donde sus lanzamientos no constituyeran una amenaza para el resto de la armada. Al principio su técnica dejaba más bien que desear. Más acostumbrados a arrojar lanzas pesadas de madera que a tirar jabalinas ligeras, los hoplitas emplearon diferentes lanzamientos antes de recuperar los automatismos de la infancia y de la juventud, cuando la especialidad entraba entre las actividades físicas más difundidas. Más de una jabalina se perdió entre los pantanos que llegaban al mar, y alguna que otra se clavó en puntos de las laderas de las montañas cuyo acceso era demasiado complicado por el terreno. Alguna otra incluso fue a parar entre los árboles y los matorrales. Aristodemo y Eurito no se entrenaron mucho, en realidad. Y no porque no tuvieran ganas. Se distrajeron repetidamente observando los torpes intentos de Alfeo y Marone. Los dos hermanos demostraron su impericia desde el primer momento en el que tuvieron que poner los dedos sobre el *amentum*^[32], la correa de cuero a lo largo del asta para establecer la trayectoria y aumentar la fuerza en el lanzamiento.

—Esta maldita correa no quiere saber nada de adaptarse a mis dedos —grito asqueado Alfeo, mientras intentaba meter el dedo índice y el medio y extenderlos a lo largo del asta, demasiado fina para su enorme mano.

—Pregunta si puedes participar en la competición empleando la lanza dórica de *hoplita*, ¿vale? —le provocó Marone, riendo. Pero también él se veía en dificultad. En realidad, el asunto no era tan sencillo. Cada infante ligero había envuelto la correa alrededor del asta a la altura que consideraba más apropiada para su técnica de lanzamiento, reduciendo el nudo en función de la propia mano. Se trataba, por lo tanto, de un instrumento extremadamente personalizado.

Algún otro, en cambio, tuvo el buen sentido, y también la humildad, de repasar las lecciones junto al propio esclavo, a quien atribuyó la suficiente consideración para inducirlo a recordarle los movimientos corregidos por el lanzamiento. El propio Aristodemo, después de haber observado los desconsoladores resultados obtenidos por Alfeo y Marone, se decidió a entrenarlos valiéndose de Tisia, para prepararse a la competición de la forma más eficaz.

Mientras tanto Efialtes estaba ocupado predisponiendo la zona de competición. Se reveló mucho más complicado que en las anteriores circunstancias crear nueve sectores donde dibujar una línea de pedestal, marcada con un palo clavado al lado que dividía la zona de la carrera de aquélla, mucho más larga, donde había caído el aparato. Era posible que algún competidor lanzara más allá de medio estadio, y no era una broma encontrar un espacio tan grande en un sitio tan angosto. Pero el malio

tenía mil recursos y convenció a Deniece para que la fase eliminatoria se pudiera realizar en dos tandas, reuniendo a los diferentes contingentes en cuatro campos de competición. De esa forma quedó también más espacio a disposición del público, que desde la noche anterior había aumentado en un millar de infantes pesados llegados del Peloponeso después de una fatigosa agregación de repartos provenientes de las distintas ciudades de Arcadia.

Demasiado cansados por la marcha a etapas forzadas, estos últimos no participaron en la competición, con sumo malestar para algunos, que protestaron con sus respectivos comandantes queriéndose preparar a título personal o quizás fuera de la competición. No se hizo nada, precisamente porque la carencia de campos de competición imponía tiempos muy cortos a cada contingente. Con ese propósito, Efiartes y Deniece establecieron que cada atleta tuviera sólo dos tiros a disposición en la fase eliminatoria y cinco en la final entre los representantes de cada contingente.

Los espartanos entraron después de los focenses en la competición que se desarrollaba más cerca del mar, donde la demarcación entre la zona válida y aquella en la que un lanzamiento era definido nulo quedaba constituida por el comienzo de la zona pantanosa. Ésta última se llevó tres de las cuatro jabalinas lanzadas por Alfeo y Marone, y la única que se quedó en la superficie fue a clavarse en la zona que los mantinenses estaban empleando para lanzamiento. Los tiros nulos, por otro lado, en porcentaje fueron superiores a los válidos. Los competidores encontraron que era muy difícil imprimir en la jabalina la justa rotación alrededor del eje central, valiéndose de la correa para aumentar la fuerza de lanzamiento.

En la segunda vuelta, después del efecto desastroso de la primera, hubo quien renunció incluso a poner los dedos en el *amentum*, prefiriendo tirar el objeto sencillamente agarrándolo por mitad del mismo. Se realizaron lanzamientos flojos en comparación con los de aquellos pocos atletas que consiguieron coordinar las diferentes fases de la carrera, desde el momento de concentración hasta el tiro utilizando la correa.

Aristodemo empleó el primer tiro para perfeccionar la técnica que Tisia le había ilustrado, sin forzar demasiado, para luego producir el máximo esfuerzo en el segundo lanzamiento, que le valió la mejor medida. Al final fueron bien pocos los atletas espartanos que se clasificaron: de treinta participantes sólo ocho pudieron presumir al menos de un resultado válido. El porcentaje se demostró más alto en los otros contingentes, donde sólo uno de dos soldados se demostró capaz de efectuar lanzamientos válidos.

Más de un espartiatas se vio obligado a desear, en aquella circunstancia, su vida de perfecto guerrero, nunca obligado a hacer otra cosa que prepararse para una batalla como un *hoplita*. Para otros, campesinos, obreros, artesanos, la falta de costumbre tenía un sabor más familiar, y la adaptabilidad un concepto menos abstracto. Más allá

de las competiciones juveniles ningún espartiatas habría matado jamás a un hombre, o ni siquiera a un animal, alcanzándolo desde lejos. Era un asunto propio de cobardes, como los persas que tiraban casi exclusivamente con el arco, o como los esclavos, que suplían su falta de preparación para la guerra teniendo al enemigo a distancia con sus jabalinas.

Cualquiera que no lo hubiera realizado bien, por lo tanto, tenía la excusa lista: no era algo propio de hombres de verdad, a fin de cuentas. Las únicas voces disidentes fueron las de los nueve vencedores. Todos sentenciaron que un guerrero completo tenía que hacerlo bien también en las funciones marginales.

Los hombres se estaban ya situando en los mejores asientos para ver la final, y alguna que otra jabalina volaba aún en el aire cuando por el campamento se difundió un fuerte rumor. Estaba llegando un pelotón de hombres a caballo, sucios, sudados y cubiertos de polvo. Observando su vestimenta de piel de vaca con orejeras y, sobre todo, su típica capa corta con los bordes blancos, que con el viento asumía la forma de dos alas, los soldados más expertos de la armada entendieron que se trataba de los tesalios.

Todos se apresuraron a buscar un hueco en la multitud para hacerles preguntas, con la esperanza de que ofrecieran detalles sobre los bárbaros y sobre la avanzadilla. Pero aquellos hombres parecían propensos a esperar la llegada del Estado mayor. Después de largos momentos caóticos, que dejaron a Aristodemo indiferente, el pelotón de soldados se abrió dejando pasar a cuatro hoplitas con uniforme que precedían a Deniece, Cnemo y al mismo Leónidas, seguidos a su vez por otros cuatro armados.

Las noticias volaban, pero no lo suficiente. Los tesalios habían sabido que los griegos pretendían detener el paso de las Termópilas, pero ignoraban quién habría mandado la defensa ni conocían a Leónidas. Sólo cuando les fue dicho que se encontraban frente al rey de Esparta, bajaron del caballo en señal de respeto y le ofrecieron el saludo a Leónidas, que por su parte los invitó a entrar en su pabellón. El Estado mayor se fue con ellos, acompañado por los comandantes de todos los contingentes y la mirada de miles de ojos curiosos.

Sólo al cabo de una hora Leónidas apareció entre sus hombres. Los soldados intentaron captar las expresiones de sus subalternos para interpretar las noticias recibidas por los tesalios. Ninguno dudó que en el rostro del rey se leía algo en absoluto diferente del orgullo y la determinación que acostumbraba con la armada.

El condotiero se levantó apenas sobre el nivel del mar, subiendo la altura de Kolonos, desde donde podía intentar que le escucharan los hombres más lejanos de su armada. Cuando comenzó a hablar todos escucharon su voz con claridad.

—¡Soldados de Helas! —inició—. Los valientes caballeros de Tesalia nos traen noticias del bárbaro que avanza. Vienen del norte del país y en un primer momento se

habían unido al invasor, como muchos de sus connacionales. Pero lo habían hecho sólo para valorar las fuerzas y luego dirigirse junto a los defensores de la libertad. Por lo tanto, han desempeñado un papel precioso sin que nadie les pidiera que arriesgaran su vida. Aquí tenemos, pues, un ejemplo a seguir.

Leónidas hizo una pausa y luego continuó:

—Si pensáis que las noticias sobre la entidad de las tropas a disposición de Jerjes ha sido exagerada, bueno. ¡Os habéis ilusionado! Tenemos de verdad enfrente al ejército más grande que haya pisado nunca suelo griego. Por cada uno de vosotros hay mil persas, encima incrementados por los griegos traidores o demasiados pávidos para desafiar al gran rey. Pero ¿cuántos persas valéis cada uno de vosotros? Haceros esta pregunta. No os preguntéis cuántos son ellos, sino cuánto valéis vosotros. Preguntaros por qué motivo combatís vosotros y por qué combaten ellos. Descubriréis que marchan detrás de Jerjes porque les han ordenado que lo hagan, y muchos de ellos no han cogido un arma en años. Cuando clavéis vuestras lanzas en sus carnes, con una facilidad que os desconcertará, descubriréis que en la guerra el número cuenta poco, la motivación lo es todo. Y vosotros tenéis motivaciones que os sobran. Vuestra tierra, vuestras familias, vuestra libertad. Cosas que los esclavos de Jerjes no tienen, o quizá en menor medida.

»Os digo esto porque ahora sabemos que se dirigen hacia aquí, y que de verdad quieren intentar cruzar. Hasta ahora se podía teorizar que el gran rey prefería abrir el camino a su ejército con la flota, y nuestra estrategia global apuntaba mucho sobre un enfrentamiento decisivo en el mar. Pero ahora está claro que Jerjes está convencido de poder pasar también por tierra, y lo intentará por aquí, en las Termópilas, considerándonos tan débiles que cree que no seremos capaces de resistir. Y ya que no nos conoce, no conoce el valor de los griegos combatiendo. Además, basa sólo en la cantidad numérica sus convicciones estratégicas, así que probablemente atacará. Lo que no podemos saber es si lo hará sólo contra nosotros o contra nosotros y la flota conjuntamente. Lo único que ahora podemos afirmar es que no somos sólo un elemento disuasivo, como quizás alguno de vosotros había esperado, sino una parte integrante de la batalla que se desarrollará de aquí a pocos días.

»Sabed, por lo tanto, que dentro de poco estarán aquí. Nuestros amigos tesalios nos dicen que la armada bárbara avanza a un ritmo impensable para un ejército de esas dimensiones. Tienen una organización logística apreciable, pero los orientales han sido siempre buenos en estas cosas. De todos modos, en cuanto a la habilidad bélica pura, nosotros somos superiores. Una vez más os digo: no os dejéis asustar por la entidad de las fuerzas que veréis detenerse por el oeste de la llanura. En mi opinión, el propio Jerjes es consciente de la falta de preparación de sus hombres. Él piensa sólo en el número para impresionar al enemigo. Considerad el suyo como un ejército que va desfilando y nada más».

Se escucharon los primeros gritos, provenientes de los más exaltados, ansiosos en demostrar su impaciencia por enfrentarse contra los persas. Marone, por ejemplo, quiso comentar que no veía el momento de clavar a dos o tres a la vez con su propia lanza. Alfeo, por su parte, no consideró oportuno callar cuando el hermano hablaba, y añadió que había más gloria contra los mesenios que contra guerreros de ese tipo. Pero Leónidas no había terminado.

—¿Queréis enemigos de verdad, que ennoblezcan vuestra empresa? —continuó—. Los tendréis de todos modos. En medio de esa marea de soldados improvisados hay al menos diez mil experimentados y adiestrados para la guerra, como los espartanos. Vienen llamados Inmortales, y son lo mejor que Asia haya podido producir. Son siempre más que nosotros, a fin de cuentas. Son buenos con el arco y disponen de un armamento ligero, por lo que indican nuestros amigos. ¿Resistirían al impacto de nuestras lanzas dóricas en el enfrentamiento de cerca? Puede ser que sean grandes guerreros, pero en Asia. Aquí, en Europa, podrían descubrir que valen como cualquier infantería ligera.

»Ahora yo no os pregunto si queréis enfrentaros a los bárbaros. Conozco ya vuestra respuesta. No estaríais aquí. En cambio, yo os pido si poseéis la suficiente sangre fría para continuar las competiciones que habéis iniciado ya o si preferís concentraros a la espera de que aparezca el enemigo, que de todos modos no debería llegar antes de unos días. ¿Queréis terminar la competición de jabalina hoy, y realizar mañana la de lucha?«.

Un coro unánime de consensos ante su propuesta rompió por todo el valle, y una selva de brazos se levantó más allá de las cabezas de los presentes, como miles de lanzas que se muestran habitualmente en una falange antes de la carga. El más contento de todos parecía ser Efialtes, que se aseguraba así otro par de días de atención y responsabilidad. De inmediato el malio se dirigió rápidamente hacia el pedestal de lanzamiento elegido para la final, situado hacia el este, donde el sol por la tarde no molestaría a los atletas, abriéndose paso entre los hombres que seguían a su comandante obligándole, en medio de un ruido ensordecedor, a moverse y abrir el espacio necesario para la competición.

La satisfacción de Efialtes llegó a colmarse cuando Deniece se paró ante él, delegándole toda la conducción final mientras el *pentecontarca* participaba en una reunión del estado mayor. Había también que ponerse en contacto con la flota anclada en Artemisio, para llevarle las noticias que habían recibido del norte y concordar con Euribíades y Temístocles qué hacer.

Todos conocían su propia función. Los espectadores se dirigieron a presenciar la final, abriéndose paso a codazos para coger un buen sitio. Los jueces se situaron en los puntos que les habían asignado para las valoraciones, y los nueve competidores se reunieron cerca del pedestal de lanzamiento.

En el primer turno de lanzamientos los concurrentes, conscientes de tener todavía cuatro intentos a disposición, lo intentaron con todas sus fuerzas, y aquello determinó un alto número de nullos. Al menos cuatro, entre los que estaba Aristodemo, que se acercó al pedestal más bien turbado por la noticia. El inminente enfrentamiento, reflexionaba, le imponía elegir una línea de comportamiento coherente en vez de dejarse llevar por los acontecimientos, pero se sentía todavía esclavo de demasiadas dudas para liberarse completamente de la herencia espartiatá y ayudar a Gorgo, o en su defecto conformarse con la traición y ser útil tanto a sus compañeros como a Leónidas.

El competidor tespiense asombró a todos con un lanzamiento de casi noventa metros que le habrían llevado a una situación privilegiada en una competición panhelénica. Aristodemo sintió los gritos de sus compañeros, reunidos todos alrededor del pedestal, y luego leyó una mirada de ánimo incluso en los ojos del desmotivado Ditirambo. Apartó de su propia mente los pensamientos que le preocupaban y decidió no decepcionar a sus amigos. Cuando llegó su turno, miró el punto lejano donde se había clavado la jabalina del tespiense. Durante la carrera apartó sus ojos del blanco ideal, sólo para preocuparse en que no sobrepasara la línea del pedestal inmediatamente antes del tiro.

Gracias al empujón determinado por el *amentum*, además del fuerte golpe propiciado por el lanzador con el hombro, la jabalina salió rodando de forma frenética sobre sí misma y permaneció durante un buen rato surcando el cielo antes de empezar la fase descendiente, que parecía durar también una eternidad. El grito de los espectadores posicionados lejos del pedestal, cerca del punto en el que aterrizaron las jabalinas lanzadas con más fuerza y precisión, hizo entender a los espartanos que el tiro era de los buenos. De hecho Efiáltes les atribuyó el primer sitio, pero el grito repetido de Marone y Alfeo se apagó pocos instantes después, cuando el malio tuvo que anunciar el lanzamiento del siguiente competidor, un locrense que se había revelado todavía mejor.

Al terminar la segunda vuelta de lanzamientos, Aristodemo era sólo el tercero. En el turno siguiente tiró más lejos que los adversarios, pero su actuación le valió sólo el segundo puesto, con una pequeña mejoría frente al tespiense.

Quizás informado sobre el desarrollo de la competición apasionante, o quizás porque pretendía demostrar que tampoco él se preocupaba de la llegada del enemigo, Leónidas apareció entre los espectadores junto a los oficiales de mayor relevancia, a tiempo para ver las dos últimas series de lanzamientos. Delante de sus ojos el tespiense realizó uno extraordinario, que quitó la respiración a cuantos quisieron acompañarlo con los gritos. Ahora era de nuevo él el primero, indicó Efiáltes, y con una diferencia más marcada en relación con Aristodemo, de casi un pie.

Este último inició la carrera después de haber arrojado una mirada a Leónidas que

ya lo miraba fijamente. Sus ojos se cruzaron un instante, y el soldado se preguntó si su deseo de ganar era determinado por la voluntad de complacer al rey o de desafiarlo. Miró a Eurito y a los demás y resolvió el dilema diciendo que lo hacía para darles a ellos una forma mejor de disfrutar. Lanzó con fuerza, terriblemente fuerte, pero cuando la jabalina cayó todos vieron que la punta se había clavado en una zona de terreno apenas fuera del campo que era considerado válido.

Los gritos de desilusión del grupo espartano, mezclados con los de satisfacción de los tespienses y los locrenses, acompañaron la desilusión que se apoderó de Aristodemo después de que se comunicara que el tiro era nulo. Ni le tranquilizó el tiro del locrense, que acompañando su hombro con un rugido consiguió enviar su objeto incluso más allá de aquel del tespiense.

Cualquiera que fuera el significado que quisiera atribuir a su propio tiro, Aristodemo quería superarlos, y en cambio se encontraba de nuevo el tercero antes del último lanzamiento. Todavía una vez más su mirada se posó furtivamente en Leónidas, y una vez más el rey respondió con el mismo gesto. Es más, frunció el ceño y asintió apenas apretando la boca, infundiéndole confianza y seguridad.

Aristodemo se quedó sorprendido. Aquel fugaz apoyo apartó de un soplo el malestar y le restituyó la carga para producir con el máximo esfuerzo. De esta forma, cuando le tocó al tespiense, ya saltaba cerca del pedestal para entrar. Éste, por su parte, inició la carrera con poca convicción, ya decepcionado y sin fuerzas por haberse visto superado después de un tiro que había considerado inalcanzable, y su actuación se reveló mediocre.

Los coros de ánimo de Marone y Alfeo introdujeron y acompañaron la preparación y la carrera de Aristodemo. Una vez metidos el índice y el medio en la correa de cuero, el espartano se colocó en el punto de salida realizando amplios movimientos con el brazo, para soltar el hombro a quien se le encargaba la misión del lanzamiento. A diferencia de los días anteriores el sol estaba bajando. La larga serie de eliminatorias, pero sobre todo las interrupciones determinadas por la llegada de los tesalios y el discurso de Leónidas, habían hecho que los finalistas, por una vez, no tuvieran que padecer el calor más sofocante durante la competición.

Las largas piernas de Aristodemo comenzaron a moverse en pasos y amplias zancadas, primero lentamente, luego con una cadencia más rápida, mientras el brazo derecho ondeaba cada vez más atrás y la punta de la jabalina se arqueaba hacia el cielo. En proximidad del palo de la línea del pedestal su carrera fue más corta y poderosa, y sus pies fueron separándose cada vez más del terreno. A los espectadores les pareció que tuviera que empezar a volar de un momento al otro, pero lo que se levantó en el cielo un momento después fue sólo la jabalina.

Ningún grito acompañó el lanzamiento. Parecía que todos se hubieran puesto de acuerdo guardando silencio, como si un mínimo ruido pudiera falsear la trayectoria

del instrumento a favor o en contra.

La jabalina tenía que caer, tarde o temprano, y cayó. Los espectadores más cercanos notaron que se había clavado a la misma altura que el palito correspondiente a la mejor marca del locrense. Inmediatamente todos se quedaron mirando a Efiartes, y tuvieron que hacerlo hasta cansarse, porque éste estuvo realizando todo tipo de medidas con los palitos, repitiendo varias veces las medidas, hasta que estuvo seguro de poder emitir un veredicto cierto.

Un dedo. Dijo que había sólo un dedo de diferencia.

La espera, hasta entonces, la habían creado su celo y su escrúpulo. Desde aquel momento, el tiempo transcurrido antes de que se declarara la ventaja del que había logrado un dedo de más fue para que éste se complaciera de sí mismo.

El espartano había pasado a ser el primero.

—Por lo que parece, eres un hombre con mil recursos —comentó Leónidas, en cuanto Aristodemo se presentó ante él para recibir las felicitaciones reservadas al vencedor.

Hubo una nueva interrupción de la competición después del lanzamiento de Aristodemo, a causa de una invasión del campo por parte de sus animadores más acalorados. Marone había salido disparado justo después del anuncio de Efiartes y su hermano no había dudado a seguirle. En un instante el atleta se había encontrado sujeto por un doble abrazo mientras, a casi cien metros de distancia, Efiartes no paraba de mover los brazos y levantar la voz para solicitar a los espartanos que mantuvieran el orden y recordarles que la competición no había terminado. Inmediatamente después los locrenses repitieron ese aviso pero de una forma mucho más contundente, llevándose en hombros a los dos hermanos del campo de competición con objeto de que su representante pudiera encontrar la concentración necesaria para realizar el lanzamiento.

Sin embargo el locrense no había encontrado la concentración. Al menos no la había encontrado lo suficiente, ya que ese último esfuerzo suponía la capacidad de aportar unas energías que, en aquellas alturas de la prueba, había perdido por el camino.

—No te has dado nunca por vencido, incluso cuando parecía que habías dado lo mejor de ti —dijo Leónidas al vencedor, pero dirigiéndose también al público, o por lo menos a los que estaban allí presentes—. Es este el espíritu que quiero de mis hombres. Una vez más, tengo que decir que tú, Aristodemo, encarnas el espíritu del espartano de verdad. Un espíritu que, deseo, todos los griegos presentes aquí en las Termópilas sabrán demostrar cuando llegue el momento.

Aristodemo esbozó una sonrisa, avergonzado, y luego respondió a la ovación del público. Una parte de él se complacía por las palabras del soberano, que lo situaban como modelo del sistema que él despreciaba. Encontraba ciertamente irónico,

paradójico y casi de mal gusto que fuera precisamente él quien representara el instrumento de la gloria de Leónidas. Se preguntó si había ganado precisamente porque no pensaba ya como un espartiata. Ganar aquella competición, se dijo, no había sido una cuestión de habilidad, sino de actitud mental. Le importaba mucho menos que a los demás. Por otro lado, a diferencia del resto, había podido imprimir a su potencia una falta de tensión emotiva que había permitido a sus músculos producir el máximo esfuerzo, sin ningún condicionamiento, sin ningún freno.

¿Así que Leónidas quería que todos fueran como él? Aristodemo dudaba si de verdad el rey conocía sus sentimientos. ¿También en la batalla le ocurriría lo mismo? ¿Incluso contra los persas se concentraría con ánimo y músculos relajados? No, claro que no. En la batalla se muere, pensó el espartiata. Se muere, y si así fuera no volvería a ver a Gorgo. No es posible hacer frente a una batalla sin tensión emotiva. No había afrontado nunca un ataque bélico sin que los primeros gritos hubieran comenzado a aparecer en el bloque monolítico de la mente, producto de un rígido sistema educativo. No sabía cómo se comportaría esta vez frente al enemigo. Pero estaba seguro de que no sería capaz de afrontarlo con una actitud ligera, con la falta de atención con la que había arrojado la jabalina.

Los luchadores

Al día siguiente los hombres se despertaron pensando en la competición de lucha, no en la inminente llegada de los persas. Leónidas y Cnemo lo juzgaron una buena señal pero, por su parte, estaban más interesados en la respuesta al mensaje que el rey había enviado a Euribíades. En efecto, el mensajero que había zarpado la tarde del día anterior procedente de Alpenos se dejó ver ya en las primeras horas de la mañana. No traía una respuesta, dijo Deniece a sus amigos, sino el anuncio de la inminente llegada de Temístocles, el jefe de las naves atenienses, que Euribíades había enviado para que se encontrara con Leónidas.

Aristodemo sintió curiosidad. Temístocles había combatido en Maratón, diez años antes, y se decía que era un político hábil más que un buen soldado. Había sido él quien había conseguido que Atenas fuera una potencia naval, logrando con su fuerza de voluntad determinar un cambio radical en el sistema ateniense. Pero había podido hacerlo —y era esto lo que interesaba a Aristodemo—, porque actuaba en un contexto social e institucional infinitamente menos rígido que el *lacedemón*, en un ámbito donde una fuerte personalidad podía corregir y modificar, si era necesario, los obtusos dictámenes de la tradición. Y había podido hacerlo también porque en Atenas el individuo podía sobresalir de la masa de los iguales, al menos durante un periodo institucionalmente limitado, y manifestar abiertamente sus propias opiniones.

A Alfeo y Marone, en cambio, no les importaba nada Temístocles. Ambos se encontraban en un estado de excitación total, porque los conmlitones habían querido que ellos dos les representaran en la competición de lucha. Que Alfeo tuviera que competir en la última de las cinco especialidades no se había puesto nunca en duda. Un individuo tan macizo todos lo habrían querido en el equipo. La elección de Marone, en cambio, era la directa consecuencia de sus presunciones y de los propósitos de revancha del colosal tegeata con el que había discutido durante la marcha. Que el tercer representante espartano fuera Aristodemo lo habían determinado sus propios resultados como vencedor de dos competiciones de cuatro. No podía más que ser el favorito para la victoria conjunta.

Efialtes había predispuesto todo la noche anterior. Deniece había tenido repetidas veces modo de constatar su eficiencia y le delegaba de buena gana la entera organización de los acontecimientos deportivos. Sobre todo cuando la cercanía de los bélicos suponía un mayor empeño junto a Leónidas. Los veintisiete atletas, tres por cada contingente, vieron que el previsor malio había predispuesto tres *skamma*, más grandes que aquellas empleadas en el salto de longitud y más bien cerca unas de las otras, para poder celebrar varios encuentros al mismo tiempo durante las fases eliminatorias.

En realidad, los encuentros de lucha eran difícilmente cuantificables en términos de tiempo. Dos atletas podían alargar la competición hasta el infinito, sencillamente adoptando un comportamiento pasivo para evitar caer al suelo. Para acortar los tiempos, Efiates deliberó que en el primer turno fuera suficiente una caída para que el encuentro concluyese. En las fases siguientes, en cambio, cada atleta tendría que poner al adversario en condiciones de inmovilidad dos veces, y sólo en la tercera final como en las competiciones panhelénicas. También de esta forma era lícito prever la eventualidad de que la competición se prolongara hasta el día siguiente.

Esta vez no estaban previstas preselecciones en el ámbito del mismo contingente. Efiates había preparado veintiocho piedras, en las que había grabado las primeras catorce letras del alfabeto, por lo que cada una aparecía dos veces. Luego había puesto todo en un recipiente, dejando que fueran los propios atletas quienes determinaran el desarrollo de la competición. Después de haber controlado que la tierra de las tres arenas hubiera sido removida varias veces, para que estuviera lo suficientemente blanda como para evitar accidentes debido a la caída demasiado violenta de los participantes, el malio llamó a todos los competidores.

Éstos estaban ocupados en hacer que su propio cuerpo fuera resbaladizo, adoptando los métodos más dispares. Casi todos se frotaban con aceite los músculos, dejándose ayudar por los respectivos esclavos. Muchos, además, arañaban el terreno para coger polvo, que se extendían por la piel para que ésta fuera todavía más resbaladiza. O si no, rodaban por las zonas más áridas de la llanura con el intento de cubrir todo su cuerpo de una pátina que les hiciera difíciles de agarrar. Sólo un par de atletas habían renunciado al aceite, pues según se decía dañaba la piel en verano, para emplear sólo el polvo. Alfeo, por su parte, había elegido otra solución. Se había acercado hasta las aguas pantanosas para sumergirse en ellas y salir cubierto de fango, como un monstruo marino. Apestaba de una manera horrible y más de un conmitón llegó a sentir compasión por su esclavo, obligado a extender aquella mezcla sobre ese cuerpo enorme.

En líneas generales, y entre risas, todos desearon no tener que luchar contra él. El otro atleta que estaba en boca de todos los concurrentes era el tegeata que precedentemente se había enfrentado a Marone. El gigante pasó cerca de este último y con un guiño inquietante le susurró en el oído:

—Espera a perder antes de que te cruces conmigo. Así al menos seguirás entero —dijo, provocando que el espartano apretara los labios de rabia.

—¿Todavía no has tenido suficiente, eh? —gritó el otro.

El gesto no pasó desapercibido a ninguno de los espartanos que habían seguido los movimientos de los dos. Habiendo sido informados por lo ocurrido anteriormente, tenían curiosidad por ver cómo continuaba la situación. El coloso notó aquella atención, y apretando los puños de rabia gritó:

—¡Espero cruzarme con los tres espartanos para poder desmentir lo que este payaso va diciendo!

Con cierta preocupación, pues, los atletas desfilaron uno por uno delante de Efiates, para meter la mano en el recipiente y coger una piedra que determinaba la pareja del primer turno. Los otros soldados fueron a acomodarse alrededor de los tres *skamma*, creando una multitud mayor que otras veces. En general la lucha era la especialidad más seguida, y aquella en la que el número de personas que presumían de ser competentes era mayor.

La extracción asignó un tespiense a los fuertes brazos del tegeata. Aristodemo se encontró emparejado con un focense, Alfeo tuvo la suerte de un tebano y su hermano la de saltar el turno. Aquello suscitó la satisfacción del tegeata, que veía aumentar la posibilidad de cruzárselo por el camino. Lo miró alejando las manos del cuerpo y cruzando con fuerza los dedos para mimar el ataque que quería realizar. Marone se limitó a deglutir para dirigir posteriormente la atención en su hermano. Alfeo, de hecho, había extraído la letra *beta*, así que se encontraba entre las tres parejas que abrirían la competición.

El suyo fue el encuentro más seguido por el público neutral. Todos sentían curiosidad por ver cómo luchaba aquel gigante apenas menos impotente que el tegeata. Además, como muchos no sentían demasiada confianza en el contingente de Leontiades, deseaban que diera una lección al tebano, robusto pero ni siquiera comparable con el adversario.

El encuentro, en realidad, no duró mucho. Después de una fase preliminar en la que los dos acercaron las frentes y empezaron a empujar el uno contra el otro, Alfeo consiguió desestabilizar al tebano, obligándole a acercarse a la cadera. Aquello le permitió cogerlo por la cintura y levantarlo para tirarlo al suelo, pero no fue lo suficientemente rápido para situarse sobre él y paralizarlo antes de que éste se levantara.

Algo malogrado, el otro consiguió sólo mantenerse fuera del alcance del espartano durante un tiempo, antes de que los gritos de desaprobación del público le asustaran. Aquello marcó el final del encuentro. En cuanto pudo, de hecho, Alfeo lo cogió de nuevo por la cintura y lo tiró al suelo con una simple presión de su peso, cayendo por encima y aplastándolo con su peso. El tebano dio patadas antes de resignarse y levantar el brazo, que Alfeo le había dejado oportunamente libre para que se diese por vencido.

A Aristodemo, que entró después que él, no le fue tan fácil. El focense que la suerte le había asignado era pequeño de tamaño pero ágil, lo que significaba que, al contrario de aquellos más grandes que hacían valer casi exclusivamente su fuerza, tenía que luchar con inteligencia y rapidez. Se reveló un adversario difícil, pero también el espartano se movía con habilidad y además poseía una discreta potencia.

Después de una larga fase de estudio, durante la que los dos atletas movían los brazos en el intento de paralizar al contrario, Aristodemo falló un intento de coger al focense por la cintura pero consiguió ponerle una zancadilla para tirarlo al suelo. La lucha continuó hasta que le inmovilizó el cuello con el codo, llevándolo a la rendición.

El primer turno se concluyó con un encuentro rápido del tegeata, que en pocos segundos se lanzó sobre el desafortunado adversario. Con Marone, que había saltado un encuentro, quedaban catorce atletas en competición, pero ésta se retomó sólo después del *ariston*, tras el que los atletas se acercaron a conocer al siguiente adversario. Inmediatamente después se les dejó otro tiempo para la preparación, que muchos emplearon en hacerse masajes por sus propios esclavos con aceite y agua. Por el contrario, Alfeo se volvió a sumergir en el fango de las aguas pantanosas.

Efialtes redujo las parejas de piedras a siete, de la *alfa* a la *eta*, antes de llamar a los atletas al sorteo. Los tres espartanos evitaron al tegeata también en el segundo turno y esto consintió que ellos continuaran con relativa facilidad la competición. De los tres sólo Marone, que todavía no había entrado en el clima de la competición, se dejó sorprender por el adversario, un mantinense, y padeció un aterrizaje en cuanto entró en el *skamma*. Pero en la nueva fase se encontró en su mejor momento tras las dos caídas y pronto fue capaz de empatar, para luego ganar agarrando con habilidad los muslos del adversario. Aristodemo, en cambio, se sirvió de la descalificación de su antagonista —que había intentado agarrarlo por las pantorrillas después de caer al suelo, algo que el reglamento prohibía—, y que motivó que Efialtes pidiera una penalización. El tegeata, por su parte, mostró un movimiento de marcha impresionante, tirando dos veces al contendiente en el mismo tiempo en el que, en los otros encuentros, se había visto sólo una rendición.

El turno seguía cuando por el este, es decir, por Alpenso, el público notó la llegada de un pelotón de hombres. También los menos despiertos se dieron cuenta de que se trataba de un tipo importante con su batallón, cuatro mercenarios *scitis* con sus arcos en bandolera, a quienes se habían unido algunos hoplitas focenses de la puerta más oriental. Aristodemo fue el primero en entender que se trataba de Temístocles, si bien éste no se parecía en absoluto a la imagen que se había hecho de él. Nadie podía ser físicamente más diferente de un espartiata, quizás ni siquiera uno de los bárbaros que estaba en el séquito de Jerjes. El almirante, envuelto en su largo *himación* encima del *quitón*, tenía el pelo corto y liso, parcialmente cubierto bajo el amplio pétaso que lo protegía del sol, y un rostro porcino de nariz aplastada que lo revelaba decididamente gordo, si bien no diera la sensación de flacidez. ¡Pero, ah, la mirada! La mirada, que Aristodemo tuvo ocasión de cruzar una vez con la suya gracias a un encuentro cerca de un pequeño grupo de armados, era de aquellas que imprimían respeto. Temístocles miraba hacia todas partes, con una expresión aguda y concentrada que denotaba una constante reelaboración de lo que se presentaba ante

sus ojos. «Está valorando nuestras reales posibilidades de resistencia, seguro», pensó Aristodemo. «Mañana preguntaré a Deniece si se ha quedado satisfecho».

El pelotón continuó hasta después de la zona preparada para la competición de lucha, llegó hasta Antela y allí, casi en las orillas del Asopo, se vio con el Estado mayor de las fuerzas de tierra.

—Te saludo, rey de Esparta, y te traigo los saludos de tu connacional y súbdito, mi comandante Euribíades —dijo Temístocles, dirigiéndose a Leónidas.

Muchos, entre los comandantes del ejército, eran conscientes de las tensiones que se habían creado en los altos mandos de la flota por lo que de hecho era una diarquía. Euribíades era el almirante jefe, pero la preponderancia de las naves atenienses y la estatura política de Temístocles habían permitido a este último gozar de amplios apoyos entre los comandantes subalternos y los trierarcos, haciendo valer su propia opinión.

—Yo te saludo a ti, *navarco* —respondió Leónidas—. Lamento que hayas tenido que recorrer todo el paso. Si hubieras dado disposiciones precisas de tu llegada, me habría presentado en Alpenos.

—No pasa nada, no pasa nada —replicó con prisas el ateniense—. He tenido forma de valorar en qué modo pretendes oponerte al ejército persa.

Leónidas no le preguntó qué impresión se había hecho. No consideraba oportuno tener que mostrar estar interesado en su juicio.

—¿Vosotros tenéis noticias igualmente frescas de la flota enemiga? —le preguntó en un tono normal en la relación espartano-ateniense cuando las dos naciones se encontraban colaborando.

—Probablemente las tendremos cuando vosotros veáis aparecer a los primeros persas —respondió Temístocles—. Jerjes no es estúpido, si bien a muchos griegos les sea cómodo considerarlo así. Moverá la flota sólo cuando esté seguro de no encontrarse con el frente terrestre descubierto, y al mismo tiempo no os atacará hasta que sus naves no se encuentren en proximidad de Eubea. Esta maniobra la ha pensado bien. Ahora, dime rey, ¿cuántos hombres tenéis aquí?

—6120, *navarco* —se apresuró a responder Cnemo, para evitar al propio rey la humillante incumbencia de ofrecer cifras.

—6200 para ser exacto —añadió Deniece—. Hace pocos instantes me han anunciado la llegada inminente de ochenta hoplitas de Micenas.

—Ah, bueno, ¡entonces todo cambia! —ironizó el ateniense—. Y pensar que la respuesta del polemenco me había preocupado. Pero ahora me voy tranquilo, tenéis suficientes soldados.

—Me permito observar —intervino Leónidas con apenas una nota de molestia—, que el preaviso ha sido mínimo. Y de todos modos, habrás notado que el campo de batalla es muy estrecho, por lo que un número excesivo de soldados no sería bueno

para la defensa.

—Es verdad, un número excesivo de soldados —replicó Temístocles— no sería bueno para la defensa, pero tampoco un número excesivamente bajo.

—Me parece que la misma proporción vale también para la flota. Se dice que la persa no ha quedado exterminada. ¿Y vosotros cuántas naves tenéis? 250 me parece —contestó el rey espartano.

—220 para ser exactos. Pero otras cincuenta las hemos situado en el sur de Eubea, para defendernos de eventuales cambios. ¿Tú tienes hombres para tapar eventuales intentos de ataques desde el interior?

—He situado un millar al este. Pero de todos modos, para los persas la geografía del mar Egeo es mucho más conocida que las montañas que tenemos por los alrededores.

Temístocles se dio cuenta de que no podía volver donde estaba Euribíades con un mero intercambio de opiniones. Se esforzó para ser más conciliador.

—Y así sea. Tenemos que hacer lo que podamos con nuestros escasos recursos. Pero, consiénteme, es legítimo considerar más frágil este frente. Si bien Jerjes tiene un número de naves infinitamente superior al nuestro, cada acción en el mar presenta más incógnitas que en tierra firme. Sobre todo si, al igual que él, se dispone del ejército más grande que se haya jamás alineado en la historia del mundo. El rey tendrá también que nutrir a todos esos hombres, y no querrá perder tiempo ante este paso. Puedes estar seguro que intentará penetrar, y nosotros necesitamos tiempo. Toda Grecia necesita tiempo.

—Lo sé muy bien —respondió, desconsolado, Leónidas—. Es un problema con el que estamos enfrentándonos todos los días. Adoptaré todas las medidas en mi poder, incluso las más alocadas, para detenerlos, pero sin la ayuda de los dioses tengo la impresión de que podré hacer bien poco, francamente. Lo único que puedo asegurarte es que, aunque lo intenten, no conseguirán atravesar inmediatamente.

—Y entonces —admitió Temístocles— esperamos que los dioses nos den una mano. También nosotros lo necesitamos, por otro lado. Me gustaría poder decirte cuánto tiempo es necesario que resistáis, pero no lo sé. Lo que sé es que, a pesar de lo que ocurra, necesitaremos héroes. Y a pesar de lo que ocurra, hablarán los siglos venideros como se habla todavía de la guerra de Troya, y también, si me permitís, ya de Maratón. No estoy convencido de que suscite tanto clamor lo que pueda ocurrir en Artemisio, y es curioso si consideramos que nuestra campaña ha empezado con la convicción de que la parte terrestre era sólo un frente marginal.

—De lo único que estoy convencido, en cambio —añadió Leónidas—, es que el rey de los lacedemonios, los trescientos ciudadanos que han venido con él y los otros que han tenido el coraje de unirse a ellos realizarán hasta el final el propio deber para impedir que los bárbaros pisen el suelo sagrado de Helas. Si luego esto nos llevará o

no a la Historia, no te lo sabría decir. Si un dios me asegurara ahora poder evitar la invasión a cambio del precio de mi gloria, suscribiría inmediatamente el acuerdo. Y puedo hablar al menos por cada espartano. Los lacedemonios estamos acostumbrados a actuar por el bien común.

Temístocles asintió gravemente y luego le dio la mano.

—Mentiría si te dijera que me marchó de esta visita satisfecho. Pero de una cosa puedo estar seguro completamente: en las Termópilas, la Liga Helénica puede contar con un comandante que sabe lo que hace. Ahora ha llegado el momento de que regrese donde está Euribíades. Le agradecerá ver que uso palabras positivas con un compatriota suyo.

Deniece lo escoltó hasta Alpenos, desde donde Temístocles zarpó a su vez camino de Artemisio por la tarde. Luego el *pentecontarca* volvió a la zona de los manantiales sulfúreos. Mientras tanto, Efialtes había decidido trasladar el tercer turno de la competición de lucha al día siguiente. El oficial buscó al malio y se informó sobre el desarrollo de la misma, en particular sobre los resultados de los espartanos.

—Los tuyos siguen todos compitiendo. Tres de siete. Un buen resultado para un equipo, ¿no? Los otros son un tegeata, dos corintios y un orcomenio. Pero en mi opinión no tienen posibilidades contra el tegeata. Demasiado grande, demasiado malvado. No hay una técnica que valga con ése —le empezó a contar Efialtes.

—Sí, claro, pero ahora quiero verles. Quiero saber qué esperanzas nutren para mañana —le interrumpió Deniece, dejándolo en el sitio mientras se dirigía al sector de Aristodemo.

—¿Crees que vas a ganar esta prueba? —dijo el amigo cuando se encontraba a poca distancia de él.

Este dejó escapar una carcajada.

—Lo dudo. Hay gente todavía más preparada que yo. Alfeo, por ejemplo. Apostaría por él —respondió.

—O por el tegeata —replicó Deniece—. Ese energúmeno tiene el diente envenenado contra los espartanos. Si fuera tú, rogaría a los dioses para que no nos lo cruzemos y que nos destruya la carita.

—Déjate de caritas. Dime más bien de Temístocles. ¿Qué tipo es? —preguntó Aristodemo.

—¿Qué tipo es? Es uno notable, no hay duda —respondió Deniece—. Ahora entiendo porque en la flota tienen problemas en el mando. Es difícil tener como subordinado a un personaje como él. Es decidido, autoritario, magnético. Se dice que ha amenazado en más de una ocasión con retirar las naves atenienses si no se hace lo que dice él. Y lo haría de verdad. Significaría renunciar a dos tercios de la flota, algo que la Liga no puede permitirse. No me gustaría estar en la piel de Euribíades. Me parece que es de la misma pasta que Leónidas.

—Ah, entonces es un gran hombre —replicó sarcástico Aristodemo, mirando hacia otro lado.

Antes de que el amigo pudiera contestar, Aneristos se entepuso entre los dos.

—¿Y bien? ¿Qué pasa? ¿El primer *pentecontarca* del soberano informa antes a un soldado de los resultados del encuentro con los representantes de la flota que a los otros *pentecontarcas*? —dijo, echando su aliento a Deniece para mirar posteriormente a Aristodemo e incitándole a que se marchara.

Aristodemo no se movió. Deniece, por su parte, se apartó lo suficiente para evitar el hedor que provenía de la boca del colega. Luego respondió secamente:

—Esta es una conversación informal entre amigos. Serás convocado a su debido tiempo para ser informado. Ahora sobras.

—¿Ah, sí? No eres correcto. Existe una jerarquía que hay que respetar —siguió Aneristos—. Y además, me deberías pedir permiso si quieres hablar con un subordinado mío. No estáis hablando de la competición de hoy. Diría que éste es responsable de insubordinación, adquiriendo información militar antes que su oficial directo. Será castigado —concluyó el *pentecontarca* mirando a Aristodemo con un guiño que acentuó la cicatriz que tenía en la cara.

Aristodemo tuvo un temblor pero Deniece le cogió por un brazo e intervino.

—No creo que te convenga. A Leónidas le ha caído bien, y es el probable vencedor del pentatlón. Déjalo en paz, también porque me tendrás a mí por testigo y a mi espada —añadió.

Pero Aneristos no pretendía darse por vencido.

—Entonces quieres decir que castigue a su amiguito, Eurito. Ah, se me olvidaba que también es tu amiguito. Bueno, una noche con el escudo en el brazo le ayudará en su solidaridad. Qué más da, él no tiene que competir mañana. ¿Algo que objetar? No creo. No me querrás decir cómo organizar mi unidad, espero —concluyó con un tono lleno de burla, antes de darse la vuelta y marcharse.

Deniece miró a Aristodemo, luego dándose un puñetazo con la mano le llamó.

—Está bien, espera. Ahora te voy a contar lo que se han dicho Leónidas y Temístocles —dijo, acercándose a él con los pasos que le pesaban como piedras.

A la mañana siguiente Efialtes llamó a los competidores para extraer las letras de las parejas, que esta vez iban de la *alfa* a la *delta*. El resultado suscitó un puñado de comentarios. Justamente el tegeata, que se había quedado sin pareja, pasó el turno, mientras a Marone le tocó uno de los corintios. Aristodemo pescó la *gamma* y lo mismo hizo Alfeo, quien había buscado en vano convencer a Efialtes para establecer una regla que evitara las parejas entre luchadores de la misma nacionalidad antes de las semifinales. Pero el malio no había querido escucharle y tampoco había surtido efecto recurrir a Deniece, el cual, cuando supo que el espectáculo iba a comenzar, juró que no se lo perdería por nada en el mundo y se apresuró a situarse en primera

fila en espera de que se disputara el encuentro.

El primer turno lo abrió el enfrentamiento entre el corintio y el focense, que se caracterizó por un sustancial equilibrio, resolviéndose después de mucho tiempo por dos caídas frente a una a favor del primero.

Le tocó luego a Marone contra el corinto. El tegeata se hizo espacio entre los espectadores a base de codazos, situándose en primera fila.

—Espero tanto que ganes. Te voy a animar —dijo al espartano con una sonrisa llena de maldad. Y de hecho, sus gritos de ánimo acompañaron toda la duración del enfrentamiento del espartano, que tiró al adversario dos veces en poco tiempo.

Tambaleándose y lleno de satisfacción, Marone recibió las felicitaciones de Deniece antes que de cualquier otro. Alfeo y Aristodemo habían estado ocupándose en soltar los músculos, pero en compensación el tegeata dio a Marone el abrazo más afectuoso, apretando tanto con su poderoso brazo que casi le faltó el aire.

—Si este es mi gesto cuando quiero felicitarte, imagina qué haré cuando te quiera triturar —le susurró al oído.

Efialtes llamó a Alfeo y a Aristodemo. El segundo sonrió tapándose la nariz cuando se encontró frente al amigo-adversario en el *skamma*, y el otro hizo ver que se enfadaba. El teatrillo terminó en cuanto los dos se dieron cuenta que junto a Deniece se había situado Leónidas, evidentemente lleno de curiosidad por la extraña pareja. Efialtes dio la salida, y después no ocurrió nada durante un buen rato, en el que los dos espartanos se estudiaban realizando movimientos circulares en la tierra removida del *skamma* y sólo de vez en cuando moviendo los brazos, como si fueran las aspas de un molino, para intentar agarrar los dedos o las muñecas del antagonista.

El primer intento fue obra de Aristodemo. Éste echó su propio peso hacia la izquierda, haciendo ver que realizaba un movimiento en aquella dirección para luego mover el brazo derecho. Su agilidad le consintió agarrar a Alfeo por la cintura antes de que éste se defendiera, pero lo de tirarlo al suelo era otra cosa. Los dos se quedaron paralizados durante unos segundos, hasta que Aristodemo consiguió con una zancadilla hacer caer al amigo. Alfeo se lo llevó detrás, y se encontraron por un momento liados como serpientes, antes de que el coloso hiciera valer su propio peso y detuviera al otro con la espalda contra el suelo, obligándole a levantar el brazo en señal de rendición.

Retomaron inmediatamente, cubiertos de tierra y sobre todo del fango del propio Alfeo, ya distribuido por partes iguales en ambos cuerpos. Aristodemo se había hecho una idea de la forma de combatir de su amigo y ya sabía cómo aprovechar al máximo la ventaja del peso de Alfeo. Puso rápidamente en práctica sus conclusiones, aprovechándose de la prisa que mostraba el otro por cerrar el encuentro. Su amigo se arrojó sobre él intentando agarrarle los brazos, y Aristodemo terminó por seguirle, dejándose capturar, pero no le permitió que lo agarrara por la cintura porque fue él

quien lo tiró al suelo, echándose hacia atrás y arrastrándolo consigo, prestando atención en caer de lado. Reaccionando más rápidamente tras la caída, se colocó inmediatamente sobre el adversario. Tuvo que sudar mucho para inmovilizarlo, pero al final Alfeo fue obligado a pedir la derrota.

Empate a uno.

El público se estaba divirtiendo. Marone no se lograba contener, contento tanto por su victoria anterior como por la actuación de su amigo y del hermano, acompañando los gestos de los dos atletas con palabras subidas de tono y una mímica elocuente, para nada cohibido por la presencia de Leónidas. Éste, por su parte, observaba tranquilo, con una expresión divertida y complacida en el rostro.

Cuando retomaron el combate, Aristodemo consideró que había demostrado lo suficiente. Ya tenía en el bolsillo el título de pentacampeón, y esto, unido a las dos victorias en las pruebas individuales, había satisfecho sus expectativas y aspiraciones. Se había encaminado hacia las Termópilas con la intención de mantener un perfil bajo y luego se había dejado llevar por la mano, atrayendo hacia su persona demasiada atención, incluso de Leónidas. Ahora seguían todavía compitiendo dos espartanos, dos amigos muy queridos. Que ganasen ellos.

Los movimientos siguientes fueron una pura formalidad. Se trató sólo de no dar la impresión de que Alfeo tenía la vida demasiado fácil después de una primera parte donde el encuentro había sido muy equilibrado. Cuando levantó la mano en señal de rendición, su amigo jadeaba lo suficiente para testimoniar su esfuerzo.

Cuando Efiates proclamó al vencedor, Alfeo saltó levantando los puños al cielo, gritando de alegría, y luego se apresuró a abrazar a su amigo. Leónidas se levantó de la propia silla y se fundió también él en felicitaciones a ambos, agradeciéndoles el agradable espectáculo que habían ofrecido permitiéndole distraerse un momento de las graves responsabilidades que le esperaban.

—Sin embargo —añadió cuando estuvo seguro de que sólo Aristodemo lo escuchaba—, habría jurado que después del empate habías encontrado la forma para superarlo. De todos modos, es amigo tuyo, me dicen —añadió, dejando que se sobreentendiera todo lo demás.

Aristodemo lo miró y no dijo nada. Pero tampoco podía moverse o ir a otro lado, al menos hasta que no fuera el rey quien se despidiera de él. Esperó unos instantes, fingiendo gran interés en las celebraciones que tenían a Alfeo como centro, antes de que Leónidas se marchara, volviendo a sus propias preocupaciones y asegurando a Efiates que se acercaría a ver la final.

El espartano se estaba abandonando a una reflexión, pero inmediatamente se le acercó Eurito, ansioso por comunicarle sus impresiones sobre el encuentro.

—Una lucha de alto nivel. Qué pena que tú hayas encontrado a Alfeo como combatiente, que probablemente vencerá. A otro lo habrías ganado —le dijo.

—No estoy tan seguro. Con el tegeata habría quedado en ridículo, y quizás también Marone, que se ha demostrado más fuerte que el coloso —le respondió sin prestar atención, dirigiéndose hacia las bañeras sulfúreas para lavarse.

Eurito lo siguió tranquilamente.

—Yo pienso que habrías llegado hasta la final, tienes la mejor técnica, en mi opinión. Sí, quizás con el tegeata habrías tenido que esforzarte más.

Aristodemo no lo dejó terminar.

—¡Basta! He perdido, y no hay nada que se pueda añadir. Ve a apoyar a los otros, ¿no? ¡Eres patético cuando intentas ser agradable! —soltó de repente, alargando el paso y dejando atrás al amigo. La referencia al tegeata le había recordado un pensamiento inquietante: ¿y si había perdido para no tenérselas que ver con ese energúmeno? No por nobleza de ánimo, no por modestia, y ni siquiera por convicción personal. Entonces ¿sólo por miedo? ¿No había saltado en él algún recuerdo desde el momento en el que el tegeata había amenazado con que vengaría a los espartanos? ¿Había quizás preferido enviar a su amigo a la ruina antes que verse destrozado su bonito cuerpo, con el riesgo de no ser atractivo a los ojos de Gorgo? Le asustó el temor de tener miedo, de descubrir que todas las conjeturas que había elaborado en aquellos días sobre el sistema *lacedemón* no eran otra cosa que un pretexto para justificar su cobardía frente a la eventualidad de perder a la mujer que amaba.

Se tiró a la piscina, casi para eliminar con el agua los pensamientos más inquietantes. Cuando salió fuera vio que Eurito seguía todavía allí, inmóvil donde lo había dejado. Y miraba en su dirección, esperando una señal. Le hizo un gesto para que se acercara.

El escudo de oro

En el *ariston* siguió un nuevo sorteo, sólo con las letras *alfa* y *beta* en las piedras. Pescó primero el tegeata, que había saltado el turno, y extrajo una *beta*. Cuando el corintio, que metió la mano inmediatamente después, mostró a Efialtes la propia piedra, en la que había un *alfa*, el gigante emitió un grito de triunfo. Por fin se enfrentaría contra un espartano. Se trataba únicamente de ver cuál de los dos hermanos. Deglutiendo, Marone extrajo. En el silencio de los que allí se habían reunido abrió lentamente la mano y, uno tras otro, sobre su piedra aparecieron los dos círculos que diferenciaban la letra *beta*. El grito del tegeata se transformó en rugido, su expresión pasó a ser feroz, y en los ojos brilló una luz siniestra de placer. La reacción de Marone, en cambio, fue bien diferente, si bien el espartano intentaba mostrar que no había perdido su habitual compostura.

Efialtes decidió acentuar el *suspense* haciendo luchar en primer lugar a Alfeo y al corintio. Pero muchos, entre el público, prefirieron observar la preparación de los dos contendientes siguientes, y así Alfeo no gozó de mucha atención ni la primera ni la segunda vez que hizo caer al adversario. Sólo al final del encuentro los espartanos, con Ditirambo a la cabeza, celebraron a Alfeo unos minutos, evitando rodearle para no correr el riesgo de perder el sitio que habían conseguido con vistas al otro encuentro.

Efialtes sugirió que las primeras filas del público las ocuparan exclusivamente los tegeatas y los espartanos, y muchos, protestando, dieron unos pasos hacia atrás. Una vez más, Deniece no quiso perderse el espectáculo. Una vez entrado en el *skamma*, Marone asumió el mismo comportamiento provocador del tegeata, guiñando los ojos y abriendo la boca con movimientos repentinos de la lengua mientras sus dedos parecían querer atrapar el aire, como si fueran garras. El tegeata, por su parte, le hacía una señal para que se apartara, respondiéndole con gestos del mismo tipo.

Marone intentó sorprender al adversario en cuanto Efialtes indicó el inicio del encuentro. Se lanzó contra el tegeata con mucha fuerza, teniendo en mente agarrarle un brazo. Pero aquel lo tiró contra él y le dio un empujón con el hombro en un costado. Luego le dio varias vueltas dando giros, antes de tirarlo nuevamente contra él y de lanzarlo al suelo poniendo una mano en el cuello. La presión en la glotis quitó por un instante respiración y lucidez a Marone. Intentó levantarse instintivamente, pero el único resultado que obtuvo fue cambiar de posición. De estar boca arriba se encontró boca abajo, y un instante después sintió un dolor horrible en el centro de la espalda. Era el codo del tegeata que, arrodillándose junto a él, con su propio brazo había ido directo al centro de la espalda, haciéndole caer inmediatamente contra el suelo por completo. El adversario se separó de él, no sin antes de haber ejercitado una

última presión sobre el dorso.

Marone empleó tiempo para levantarse, mientras no dejaba de tambalearse y doblarse hacia delante también cuando Efiates proclamó que iniciaba el encuentro. Durante un poco de tiempo se preocupó de recuperar las fuerzas con una técnica elusiva, y el propio tegeata parecía intencionado en darle una forma para recuperarse, convencido, evidentemente, de poderse divertir más con un adversario fresco. Aleccionado por el fracaso del anterior ataque, Marone intentó instintivamente aplicar la táctica inteligente que Aristodemo había empleado para tirar a su hermano. Se propuso entonces aprovechar la potencia del adversario y esperó a que éste le atacara.

Cuando el tegeata lo vio más animado asumió la iniciativa, comenzando a mover los brazos para agarrarle. Después de unos minutos de movimientos Marone se dejó capturar y, apoyándose en los brazos del otro, intentó varias veces ponerle una zancadilla para que perdiera el apoyo. Lo consiguió en el enésimo intento, y después de haber dado vueltas terminó en el suelo con el adversario, pero en una posición de ventaja. Se encontró de lado, mientras el otro estaba boca arriba, y fue rápido a situarse sobre él e inmovilizarle la barbilla con una rodilla y el pecho con la otra. El tegeata pateó con fuerzas e intentó repetidamente levantar el cuerpo, pero se vio obligado a levantar la mano.

El gesto de rendición levantó un gran clamor entre el público, donde casi nadie dudaba que se alzaría con la victoria de forma fácil. El encuentro se retomó acompañado por un constante murmullo de fondo. El tegeata empezó a observar más, ya que también Marone estaba muy pendiente en no dar pasos en falso. El desafío vivió una larga pausa antes de que los dos antagonistas volvieran a buscarse. Permanecieron durante un largo tiempo con los brazos cruzados, cada uno intentando, sin mucha convicción, que el otro perdiera el equilibrio. Lo consiguió el tegeata, pero Marone resistió de pie. El otro se fue contra él, con furia, hasta que consiguió tirarlo y agarrarlo por la cintura. Lo levantó del suelo y le apretó tanto que casi se quedó sin respiración. Con los reflejos paralizados, Marone no pudo oponerse mientras el adversario lo golpeaba contra el suelo. En ese punto el tegeata lo habría podido paralizar por los hombros o tumbándose sobre él. En cambio, puso las manos en el cuello y lo apretó tan fuerte que le paralizó la respiración.

Todos esperaban que Marone levantara el brazo. Pero Marone rechazaba la idea de perder y seguía intentando liberarse. Mientras tanto, sin embargo, el adversario seguía apretando cada vez más su cuello y Alfeo, desde las primeras filas del público, comenzó a gritar al hermano que levantara el brazo. Pero Marone no lo levantaba. Su rostro estaba rojo e hinchado. Las lágrimas que habían salido en abundancia de los ojos se habían mezclado con el sudor que le caía en gran cantidad por la frente. Alfeo siguió gritando, cada vez más fuerte, hasta que saltó al *skamma* dando una patada en

el brazo del tegeata para obligarle a soltar a su hermano. El coloso se dirigió lleno de rabia contra él, poniéndose de pie, mientras Marone comenzaba a respirar, tosiendo y escupiendo.

Un instante después el tegeata y Alfeo se encontraban uno frente al otro, delante de los ojos de Efialtes, que con asombro no sabía cómo impedir que la final se transformara en una pelea entre ellos dos. Se ocupó Deniece, que también saltó al *skamma* y se puso en medio.

—¿Bien? ¿Queréis arruinarlo todo o disputar esta final? —les dijo.

—Eso es algo tuyo —le respondió con desprecio el tegeata, indicando a Alfeo—. ¿Por qué no te ocupas de él para que se comporte bien y no sea la niñera del hermanito?

—Cállate. ¿Quieres luchar enseguida, con todo el cansancio acumulado en este encuentro, o quieres descansar y disputar una final regular dentro de una hora?

El tegeata dudó un poco, luego movió la cabeza.

—Está bien. Nos vemos luego, nosotros dos. Y no esperes acabar de forma diferente a tu hermano —dijo dirigiéndose a Alfeo, antes de marcharse. Inmediatamente después arrojó una mirada a Marone, que había conseguido ponerse de pie y, tosiendo todavía, estaba siguiendo la escena.

—Has demostrado que eres mejor en la lucha. Pero yo he demostrado que soy un hombre —le dijo el espartano, esforzándose por mantener una expresión provocadora.

El tegeata iba a volverse para atrás, pero luego se dio cuenta de que todos le estaban mirando y se detuvo.

—Se verá en la batalla quién es el hombre —le dijo, furioso.

La final no se la quiso perder nadie. Efialtes hizo de todo para que todos tuvieran una visión gloriosa, y en la hora del descanso se entretuvo en preparar la zona de competición en un anfiteatro. Dio disposiciones a los esclavos para que trajeran piedras y travesaños de madera y los colocaran alrededor del *skamma*. Luego, con el material recuperado, montó escalones a una altura progresiva hasta las pendientes de la montaña.

Cuando Leónidas y el Estado mayor llegaron para tomar asiento, junto a una selva infinita de soldados, el rey se complació abiertamente del trabajo del malio. Por último llegaron los dos competidores, empleados hasta aquel momento en relajar los músculos y hacer que su piel fuera muy resbaladiza.

Todos esperaban que, con la señal de Leónidas —a quien Efialtes había dejado el honor de abrir el encuentro—, los dos colosos se lanzaran el uno contra el otro con una furia inaudita, preparados para presenciar un encuentro violento. En cambio, Alfeo y el tegeata se quedaron un buen rato con debida distancia, estudiándose y mirándose con amenaza, moviéndose lateralmente con un curioso sincronismo y

creando, juntos, un círculo perfecto en la arena con las huellas de sus grandes pies. Plantearon un desafío con la mirada, como si se hubieran puesto de acuerdo para aumentar la tensión de los espectadores.

Saltaron hacia delante juntos, moviendo la cabeza, y finalmente el público pudo escuchar el choque que tanto habían esperado. Fue un golpe violento, cuyo rumor en las primeras filas percibieron claramente, pero no chocaron los cuerpos sino las cabezas.

Muchos pensaron que los atletas habrían caído al suelo. En efecto, la violencia del impacto hizo que perdieran un poco de consciencia, pero no lo suficiente para incidir en su determinación. El odio los mantuvo de pie, frente contra frente, y Aristodemo que los observaba con atención, se dio cuenta de que el encuentro de lucha se estaba transformando en una prueba donde se superaba al adversario en coraje y valor más que en habilidad.

En un cierto sentido, como si fuera en una batalla.

El primero que intentó agarrar al antagonista fue Alfeo. Sujetó el cuello del tegeata aumentando de esta forma la presión contra su propia frente. El adversario reaccionó, intentando agarrarle por la cintura, pero él fue mejor empujando con la cabeza, para presionar hacia atrás con los pies y alejar su cintura. El dolor en la cabeza pasó a ser inaguantable y lo obligó a soltar un poco la presa, consintiendo al tegeata que lo soltara. Éste no dudó en pasar al contraataque, echándose hacia delante con la cabeza agachada y agarrándole un muslo, la parte más baja que el reglamento permitía sujetar.

Perdiendo el equilibrio, Alfeo terminó en el suelo, y entre los gritos del público el tegeata intentó paralizarlo con su propio cuerpo. El espartano se escapó tumbándose de lado, y luego intentó a su vez inmovilizar al adversario agarrándole por un brazo y tirándolo al suelo. En breve los dos se enzarzaron como dos serpientes de proporciones enormes, rodando en la arena sin que uno consiguiera detener al otro de forma definitiva.

En ese punto, la prueba de fuerza se había trasladado sobre el terreno. Ninguno de los dos contendientes se atrevía a levantarse, ni siquiera cuando estaba libre de la presión del adversario, para no dar la impresión de escapar del enfrentamiento. Por fin Alfeo consiguió apoyarse con el brazo sobre el pecho del tegeata, obligándole a levantar el brazo. El primer punto era para el espartano.

La satisfacción por el éxito momentáneo, que había llegado al final de un esfuerzo prolongado, determinó una pérdida de tensión en Alfeo, que inmediatamente después de ponerse de pie se dejó sorprender por un hábil movimiento del tegeata con la pelvis. Terminó con la barriga contra el suelo, sin poder ofrecer resistencia a la siguiente presión del adversario, que un instante después restableció el empate.

Ante los gritos de triunfo del tegeata, llegaron los reproches de Ditirambo.

—¡Presta atención, bestia! ¡Le has regalado un punto! —le gritó.

Pero Alfeo no escuchaba. Ansioso sobre lo que tenía que hacer, cuando el encuentro retomó su curso asumió inmediatamente la iniciativa, buscando repetidamente agarrar al adversario. Gastó un montón de energía moviendo los brazos, pero casi siempre sus dedos resbalaban sobre las articulaciones resbaladizas del tegeata. También el otro intentaba detenerlo, sin mejor suerte. El espartano bajó progresivamente su propio centro, doblando las rodillas. De esa forma consiguió encontrar una espiral para capturarlo. Luego se echó hacia atrás arqueando la espalda y con todas las fuerzas de que disponía lo levantó del terreno, llevándolo al suelo consigo.

El espartano fue más rápido levantándose y saltó encima del adversario, tumbado sobre su vientre, antes de que éste consiguiera ponerse de pie. Extendiéndose sobre la espalda del tegeata, le clavó el brazo bajo la axila, empujando al mismo tiempo con la cabeza. El adversario dio patadas durante unos instantes, hizo un último desesperado intento por liberarse y por último extendió el brazo por el suelo, siendo incapaz de levantarlo.

Alfeo lo soltó inmediatamente, tambaleándose y poniéndose a saltar con los brazos alzados, mientras la gente aclamaba su acción, un gesto de verdadera valía técnica. Luego se dirigió hacia los suyos para recibir las felicitaciones mientras el tegeata se levantaba y se quedaba en el *skamma*, confuso. También Efiates lo miraba asombrado mientras anunciaba que la puntuación era de dos a uno para el espartano.

Demasiado exaltado para darse cuenta, Alfeo agarró los brazos de Ditirambo gritándole en la cara que había derrotado a aquel bastardo. Sentía sólo no haberle hecho mucho daño, añadió demasiado complacido.

—¡Pero qué dices, imbécil! Tienes que tirarlo al suelo tres veces, ¿no recuerdas? —le gritó el amigo, mientras muchos, a su alrededor, se carcajeaban. Al principio Alfeo no se dio cuenta de lo que Ditirambo estaba diciendo, pero luego las carcajadas del público lo llevaron a darse la vuelta hacia el adversario y los jueces, que le estaban esperando impaciente en la fosa. Sólo en ese momento recordó que la final consistía en el mejor de tres caídas y añadió una expresión seria, mezclada con el ridículo que acababa de realizar —en particular teniendo en cuenta que se encontraba delante del rey— más que por la necesidad de continuar. Avergonzado, volvió a su sitio mirando de reojo al tegeata que, con las manos en la cintura, movía la cabeza con una sonrisa complacida.

El tegeata era lo suficientemente listo para saber que tenía que aprovecharse inmediatamente de la desconcentración de su adversario para llegar a la igualdad, y atacó inmediatamente en cuanto dieron la señal de comenzar. Todavía trastornado y decepcionado, Alfeo se dejó alcanzar con las piernas firmes y terminó por el suelo, alcanzado por la fuerza del antagonista. Intentó levantarse, poniéndose de rodillas,

pero el tegeata lo agarró pasándole un brazo por los muslos y por en medio de las piernas, uniendo las manos a la altura del tiro de la pierna del contrincante. Alfeo percibió cómo los testículos se comprimían en un solo movimiento y cayó al suelo mientras el tegeata apoyaba con fuerza el hombro sobre su omóplato, inmovilizándolo por completo.

El dolor en medio de las piernas, más que la presión de la espalda, llevaron a Alfeo a levantar el brazo. El espartano empleó unos instantes para levantarse, tanto que pidió ayuda a Efiates. Una vez de pie tuvo que respirar profundamente varias veces por la boca, mientras con la cabeza agachada mantenía las manos apoyadas sobre las rodillas parcialmente dobladas.

Tras un gesto de Leónidas, que no podía mostrarse demasiado parcial ante un compatriota suyo, Efiates dio la señal de comenzar de nuevo, si bien era evidente que Alfeo todavía no se había recuperado. El espartano vio al tegeata acercarse inmediatamente e intentó eludir el asalto apartándose lateralmente por la arena. Moviendo los brazos en continuación, consiguió evitar que el otro lo paralizara mientras esperaba ir recuperando sus fuerzas. Pero las fuerzas no volvían, es más, el débil residuo lo estaba malgastando con el continuo movimiento de las articulaciones.

El otro no le daba tregua. A pesar de su volumen, el tegeata no parecía cansado y se movía de un lado para otro en el intento continuo de sorprenderlo con la guardia baja. Sólo el fango que le quedaba pegado al cuerpo consentía a Alfeo eludirlo, pero pronto éste se dio cuenta que tarde o temprano se vería obligado a ceder si seguía con una actitud pasiva. Aunó fuerzas residuales y se acercó de repente al adversario, aprovechando su escasa vigilancia, para agarrarle por los brazos, situar hacia delante una pierna y ponerle la zancadilla. El tegeata cayó de lado, pero cuando Alfeo se puso encima de él había conseguido ya ponerse a cuatro patas.

El espartano intentó tumbarlo, pero el otro estaba bien colocado con las rodillas y consiguió levantarse, poniendo un pie en el suelo y agarrando al otro por el brazo libre. De esta forma, con un movimiento repentino hacia abajo, le hizo dar una voltereta en el aire al espartano, que aterrizó sin darse cuenta boca arriba.

El golpe violento le quitó por un instante la respiración y Alfeo no pudo oponerse cuando el otro le cayó encima del estómago con su propia caja torácica, inmovilizándole el busto. No contento con haberlo situado en condiciones que no hiciera daño, el tegeata apoyó un codo en el suelo y lo apretó de nuevo contra el glúteo y la parte interior del muslo, provocándole de nuevo presión en los genitales.

—¡Levanta la mano! ¡Levanta la mano! —chillaba el público, que durante todo el tiempo había permanecido enmudecido y ahora empezaba a gritarle. La voz era la de Ditirambo, y Alfeo esta vez le escuchó.

El tegeata estaba demasiado satisfecho por la victoria para seguir haciendo daño a su adversario, y lo dejó en cuanto el otro hubo levantado el brazo. No emitió gritos de

triumfo, ni saltó por los aires. Se limitó a levantar el brazo y mirar al sector espartano con una expresión llena de satisfacción. Luego se dirigió hacia Leónidas, que tenía a su lado a Deniece, quien para esconder su disgusto había asumido una expresión impenetrable. El rey, en cambio, por su parte se mostraba complacido como si hubiera ganado un espartano.

—Has demostrado ser un combatiente importante —le dijo Leónidas, alargando los brazos—, y has derrotado a adversarios temibles. Un hombre como tú se revelará seguramente muypreciado dentro de pocos días. Estoy seguro que todos, incluidos los espartanos, podrán contar con tu apoyo en el frente contra los persas —añadió, con el preciso intento de reunificar algunas disputas y evitar eventuales roces. Luego, mientras invitaba al vencedor a ver a sus connacionales para comenzar las celebraciones, dijo a Deniece que llamara a Aristodemo. Una vez frente al rey, el espartiatia vio como un *ilota* le entregaba un escudo envuelto en una funda de cuero.

—Aristodemo, te proclamo vencedor de estas jornadas dedicadas al pentatlón, como el atleta que ha totalizado los mejores resultados —le dijo el soberano en voz alta, para que también el público le escuchara—. Y como estamos convencidos de que tu valor en las competiciones deportivas será replicado en batalla, queremos premiarte con este escudo especial que nuestro amigo Efialtes ha entregado a Traquinia para que lo modifique. Que te defienda de las flechas persas cuando te encuentres en primera línea, un derecho que te has ganado con tus hazañas deportivas.

Aristodemo, sin palabras, fue invitado para que abriera la custodia. Extrajo un escudo cuyo brillo, que reflejaba la luz del sol del atardecer, deslumbró a los allí presentes. La superficie era de plata, mientras que la *lambda* del centro era dorada, al igual que el borde. Detrás, el *porpax* estaba finamente trabajado con figuras talladas de animales y el cordón que recorría todo el borde era de seda color púrpura.

—Ni siquiera un rey posee un escudo parecido... —consiguió decir Aristodemo, tartamudeando y decididamente confundido.

—Un rey no es diferente de sus súbditos, salvo por las responsabilidades que recaen sobre él. Un escudo parecido se lo tiene que merecer, como has hecho tú —le respondió Leónidas mientras Deniece le invitaba a que lo enseñara al público, que reclamaba a voces la visión.

—¡Soldados! —exclamó el soberano—. El tiempo de espera y el adiestramiento ha finalizado. He visto con placer que os habéis convertido en una armada unida y compacta, con sanas rivalidades entre los Estados que la componen, y que seguramente jugará a nuestro favor en la batalla. Habéis aprendido a conoceros y a estimaros recíprocamente. Ahora no somos un ejército compuesto por tantas nacionalidades, sino una única armada. ¡Una armada de griegos!

Una ovación saludó la conclusión del discurso. Luego el rey se retiró, seguido por

su Estado mayor. Cada contingente volvió a su propio sector y las piscinas sulfúreas fueron tomadas en asalto, antes de la cena.

Con la llegada de las tinieblas concluyeron aquellos días de relativa tranquilidad, de juego, y también de reflexión para el que, como Aristodemo, tenía algo sobre lo que reflexionar. No era sólo el final de la jornada, también de una fase que muchos tenían miedo de añorar. La oscuridad llevó a todos la sensación de que la luz no volvería, y fueron conscientes del peligro inminente.

Los soldados sabían que al día siguiente, en cualquier momento, llegaría el anuncio: «¡los persas están aquí!». Todos se preguntaban cómo reaccionarían, al margen de las declaraciones hechas para animarse, para demostrar que tenían los nervios sueltos ante la amenaza y, sobre todo, para no ser menos que los compañeros. Muchos percibieron sólo entonces la diferencia entre aquella campaña y la típica lucha entre las ciudades Estado helenas, donde las fuerzas en juego a menudo se equiparaban, los enfrentamientos eran regulados por precisas disposiciones concordadas entre los jefes y un callejón con salida permanecía siempre abierto, por si las cosas se ponían mal.

¿Pero qué ocurriría ahora con los bárbaros? ¿Quiénes eran? ¿Cómo luchaban? Sus caras, más que cualquier otra cosa, inquietaban incluso a los veteranos más expertos. Podían atacar en cualquier momento, incluso cuando no se tuviera la *panoplia* puesta. En una batalla entre hoplitas, cada combatiente sabía exactamente lo que esperaba del enemigo, qué armas utilizaría y de qué forma. Se trataba de ser suficientemente hábiles para anticipar los movimientos, evitarlo o golpear más fuerte. Pero con los persas era angustiante no saber qué esperar del enemigo. ¿Quién llegaba? Una extensión interminable de individuos poderosos provenientes de tierras lejanas, de otra cultura, que no querían sólo cimentarse en una prueba de fuerza estival por la supremacía territorial. No: aquellos lo querían todo, y su jefe no había reparado en gastos para obtenerlo. Ni repararía en códigos de conducta, respeto recíproco, honor de las armas o cosas parecidas. No con una desproporción semejante de fuerzas. Pasarían como una gigantesca ola, dejando detrás sólo deshechos y destrozos. Por lo menos, ésta era su intención.

Se iba a la guerra. De verdad.

Llegan los persas

Transcurrieron otros cuatro días antes de que ocurriera. La tensión de la espera se había suavizado, y alguien había incluso pensado en retomar las competiciones deportivas. Alfeo y Marone, en particular, se encontraban ansiosos por una revancha y ya después de un par de días habían comenzado a atormentar a su *pentecontarca* para convencerlo a que se presentara ante Leónidas y realizara una petición en tal sentido.

En la unidad de Aristodemo y Eurito, en cambio, la atmósfera fue mucho más tensa. Aneristos había descubierto que los hombres estaban dispuestos a evitar sus castigos desembolsando dinero, y con el tiempo había tomado la costumbre de castigar al culpable ante cualquier pretexto. Su fantasía no se limitaba al suplicio del escudo. A alguno, acusado de haber hablado mal del rey o del polemenco, le sumergía la cabeza en las aguas pantanosas hasta que estaba a punto de ahogarse. Después les levantaba la cabeza, amenazando con comenzar de nuevo, a menos que le dieran alguna moneda.

Animado por el éxito de sus fechorías, el *pentecontarca* iba a molestar también a los soldados de los otros contingentes. Sorprendió a un tebano solo en un río sulfúreo y le dijo que le había escuchado confabular con el propio esclavo sobre la forma de comunicar de los persas una vez que llegasen la disposición y la entidad de la armada helena. Sabiendo muy bien que una acusación parecida encontraría terreno fértil ante las otras armadas, el tebano se apresuró a pagar, y desde entonces se vio obligado a desembolsar una cantidad diaria a Aneristos. Éste, de todos modos, se dedicaba a recaudar sobre todo entre los arcadios. Se había puesto de acuerdo rápidamente con un par de oficiales que ya había conocido en campañas militares anteriores y que, a cambio de provisiones y vino, le dejaban que dictara leyes dentro de su unidad. El temible oficial había también preparado un mercado negro de comida que generalmente no entraba en el racionamiento de la tropa. Para distribuirlo a quien estaba dispuesto a pagar se valía, entre otros, de la colaboración de Cleopompo, a quien dejaba las migas de las abundantes ganancias que obtenía. Y a Cleopompo, de vez en cuando, algo se le escapaba. Por él se supo que Aneristos obtenía aquellas cosas a través de Traquinia, con expediciones a casas de los ciudadanos indefensos a quienes requisaban todo aquello que encontraban, induciéndolos con amenazas a que obtuvieran más mercancías.

De todos modos, Aneristos fue suficientemente astuto como para comprender que, después del aviso de Deniece, no le convenía importunar a Aristodemo y a Eurito. No porque temiera en especial al *pentecontarca* de Leónidas, sino porque sabía que una provocación comprometería sus negocios sucios. Y no era que Deniece

no supiera nada de ellos, pues Eurito, más que Aristodemo, le contaba lo poco que llegaba a sus oídos o que presenciaba. Pero no pretendía levantar una polvareda precisamente cuando se esperaba a los persas de un momento a otro. Una investigación en esos momentos no sería favorable para la credibilidad de los espartanos, que tenían que mostrarse impermeables ante cualquier crítica para poder mantener la supremacía de la armada. Si hubieran admitido que entre ellos había alguna manzana podrida habría sido más difícil pretender ser un ejemplo para los soldados de las otras ciudades. No quedaba otra cosa que desear, paradójicamente, que el enemigo se hiciera presente antes de que los excesos de aquel despreciable individuo obligaran a los otros mandos a sacar a la luz los trapos sucios.

Luego, de repente, llegó el anuncio.

Era una tarde calurosa de mediados del mes de agosto. El sol estaba a punto de llegar a las cumbres del Eta para desaparecer detrás de éstas en pocos minutos. Desde las alturas del Eubea se divisaban únicamente sombras indistintas, envueltas en la bruma que sólo de vez en cuando, en aquellos diez días, había levantado el propio velo. El mar dormía plácidamente, sin ni siquiera unas pequeñas olas determinadas por el viento. Desde hacía días ni siquiera se percibía el aliento.

El anuncio llegó por boca de unos ilotas que Leónidas había colocado en vigilancia en la altura del noroeste de Traquinia. Dos de ellos, en turnos, cada día se alejaban unos kilómetros algo más al sur para captar información sobre el avance de la armada enemiga. Y aquel día, al final de la mañana, habían visto aquel mar oscuro avanzar a lo largo de la costa, dando casi la impresión de querer unirse con el agua tranquila del canal euboico, como un impetuoso afluyente que fluye hacia un plácido río.

—¡Llegan! ¡Los he visto! ¡Los he visto! —seguía gritando el hombre, mientras con su alocada carrera había llegado ya hasta la mitad de las posiciones helenas. Iba corriendo desde que había visto el movimiento. Jadeaba, abría la boca para respirar, y las palabras le salían con dificultad, entrecortadas con comentarios, novedades y prematuras preguntas por parte de los presentes. Se entendió solamente que, a unos treinta kilómetros al norte de Traquinia, se veía avanzar a un ejército. Era lícito prever que se detendría en la llanura traquina, lo más tardar por la tarde del día siguiente.

Aneristos cogió por un brazo al esclavo y lo arrastró hasta Leónidas. En ese punto la multitud se abrió ante él y las preguntas cesaron. Las voces sobre sus actuaciones y la crueldad de que era capaz habían llegado un poco a todos los contingentes y nadie tenía ganas de llamar su atención.

El hombre describió con calma al rey aquello que había presenciado. En realidad, no es que hubiera visto mucho. No fue capaz de responder cuando Cnemo le pidió que valorara, al menos de forma aproximativa, la entidad de la armada de Jerjes. El

esclavo respondió sólo que se veía el comienzo pero no el final, demasiado lejos y borroso por la bruma. Ni supo tampoco decir cuánta caballería traía el gran rey y qué porcentaje constituía su ejército. Por lo que se refiere a la tipología de armamento y provisiones, ni siquiera citarlo. Había que esperar todavía, antes de adoptar las medidas concretas.

A Leónidas no le quedó otro remedio que tomar nota simplemente de la llegada inminente de los persas, y proceder inminentemente al envío de un mensajero para poner sobre aviso a Euribíades y saber también si la flota había sido vista. Presumiblemente, dijo, hasta que las naves de Jerjes no se encontrasen también posicionadas, era lícito prever que el gran rey no intentaría nada.

En el campamento, mientras tanto, todos improvisaron estrategias, dejando caer previsiones y proyecciones de las medidas que adoptaría Leónidas, hipótesis sobre la situación en Artemisio y sobre el avance de la flota persa y, sobre todo, conjeturas sobre el comportamiento de Jerjes. ¿El gran rey atacaría inmediatamente o intentaría antes algún contacto? ¿Esperaría a la flota y atacaría a los griegos por tierra y mar o sólo en el frente terrestre? ¿Efectuaría un ataque frontal o intentaría alguna maniobra de rodeo? ¿Intentaría conquistar Traquinia, dejándolos en paz, o tenía bastantes hombres para conquistar tanto la ciudad como las Termópilas?

Más de un soldado, aunque no entre los espartanos, percibió un pellizco en el estómago, la misma serie de pellizcos que percibía cuando se encontraba en las primeras filas de la falange, listo para comenzar el avance hacia el enemigo alineado a pocos estadios de distancia. A otros el corazón comenzó a latirles con fuerza y los hubo que tuvieron un ataque de disentería, y eso sin olvidar que los persas ni siquiera se veían todavía. Había sido suficiente con decir que se aproximaban para desencadenar las mismas reacciones que generalmente un *hoplita* tenía en el campo de batalla. Hubo quien llegó a preguntarse cómo habría reaccionado frente a la llegada del nuevo enemigo. Pero no hubo nadie que se atreviera a compartir dudas de ese tipo con los conmlitones, por temor a parecer un cobarde.

Hubo también quien creyó demostrar sangre fría ordenando al propio esclavo que le trajera la *panoplia* y que una vez que se la puso percibió junto a otros conmlitones los automatismos de las falanges, simulando duelos con las lanzas. De esta forma, por ejemplo, se comportaron Alfeo y Marone, bajo los ojos atentos de Ditirambo, que dirigía sus movimientos fingiéndose su oficial. Eurito, por su parte, insistió a Aristodemo para que organizara un *hoplitódromo*^[33] entre ellos dos, y al final el amigo cedió ante sus insistencias. Se pusieron ambos la *panoplia* completa y luego comenzaron a perseguirse por la costa, primero Eurito persiguiendo a Aristodemo. Mientras volvían hacia atrás con los papeles intercambiados, se dieron cuenta de que muchos habían seguido su ejemplo y que la estrecha llanura se había transformado en un ir y venir de hombres armados con escudo que se perseguían unos a otros, como

tantos niños ocupados en un juego ingenuo. Incluso aquellos que en un primer momento habían estado ocupados en enfrentamientos para entrenarse, como Alfeo y Marone, se dejaron llevar. Los dos hermanos se alternaron con Ditirambo, que entraba bien tanto como perseguidor como perseguido, cuando uno de los dos pretendía recuperarse.

El entrenamiento ayudó a la moral de los soldados. A la hora de la cena pareció que estaban en las *sissitías*, con el mismo ambiente de compañerismo y alegría que se habría respirado en Esparta. Leónidas consintió que se bebiera más vino, y los más alegres tomaron la iniciativa de representar un espectáculo en el que se desarrollaba una batalla entre griegos y persas. Entre ellos, Marone en el papel del *hoplita*, llevando un casco y nada más, mientras que a Alfeo se le metió en la cabeza representar a un bárbaro. Cogió por lo tanto el tribón y se lo ató en la cintura, dejándolo caer hasta las pantorrillas, simulando una de las largas túnicas de los persas. Luego asumió movimientos y poses típicamente femeninas, moviendo las caderas de un lado a otro, y girando las muñecas con amplios movimientos de los brazos. Su volumen le hacía parecer todavía más ridículo que cualquier otro que se hubiera arreglado de esa forma.

—Ahem. Preferiría enseñarles a combatir, la verdad —exclamó Marone, dirigiéndose al público después de manifestar una intensa expresión de disgusto que los espectadores entendieron por la forma de verlo levantándose el casco hasta la frente.

—Muy bien. Entonces sujétame mi cetro y agárralo como si fuera una lanza. ¡Demuéstrales cómo se hace! —dijo Ditirambo, entregándole el bastón.

Mientras Alfeo se ponía de pie, asumiendo una expresión asustada, Marone se puso el bastón bajo la axila y amenazó con cargar contra su hermano. Éste emitió un grito agudo, asustado, y se marchó corriendo torpemente, perdiendo el tribón y quedándose desnudo.

—Ah, ¿ves gran rey? Eres perfectamente inútil adiestrando a tus hombres para la guerra. En cuanto ven a un griego con un arma, ¡escapan! —dijo Marone, obteniendo la completa aprobación de los espectadores.

—¡Depende del arma! ¡La que le has mostrado antes no les ha hecho escapar! Es más, creo que les ha gustado, vaya, ¡y cómo! —gritó uno entre el público.

—Ya, lo podríamos hacer de esta forma. Levantémonos los quitones y en cuanto lleguen se los enseñamos. ¡Verás como se les pasan las ganas de combatir! —añadió otro.

—¡Cómo os atrevéis a hablar así de mis valerosos combatientes! —gritó Ditirambo-Jerjes, mostrándose indignado—. ¿Acaso creéis que yo soy un rey de pederastas?

Un coro afirmativo sonó fuertemente en el valle, seguido después por enormes

carcajadas que llamaron la atención de los otros contingentes. Algunos soldados se llegaron a acercar para presenciar el espectáculo. Los protagonistas del escenario notaron que incluso el vencedor de la competición de lucha estaba entre los espectadores, y Ditirambo le invitó a unirse a ellos. El tegeata dudó, pero los compañeros le animaron a hacerlo. Un instante después era él quien estaba en el centro de la escena, intercambiando bromas con Marone y Alfeo.

La reconciliación de aquellos que parecían implacables adversarios desencadenó el entusiasmo de los conmlitones, sólo la orden del rey de reservar las energías y de ir a descansar impidió que terminaran tarde. Muchos, aquella noche, durmieron bien, a pesar de todo.

A la mañana siguiente la pantomima de la noche anterior todavía era el argumento más hablado. Quien no había estado iba preguntando a todo aquel que encontraba para que le contara algo, incluso algunos focenses situados en los Alpenos pedían información. El más curioso, sin embargo, era Ditirambo, que no quería creer haber sido protagonista de cosas que, estando sobrio, no se habría atrevido a hacer nunca. Alfeo y Marone, naturalmente, encontraban un enorme gusto describiendo su actuación con todos los detalles, y se divertían observando sus expresiones llenas de incredulidad.

Aristodemo, en cambio, tenía ya en mente otro espectáculo que esperaba a los griegos: el desdoblamiento del ejército de Jerjes por la llanura traquina que se esperaba a lo largo del día. Y, a pesar de la ironía que sus conmlitones habían difundido la noche anterior, dudaba que ésta fuese a causar en unas horas la misma hilaridad.

¿Tenía miedo? Claro. ¿También los demás, que sin embargo mostraban tanto desprecio hacia el enemigo? Si no tenían era sólo porque en aquel momento no eran conscientes del peligro; cuando lo tuviesen, se sentirían como él. Por otro lado, tener miedo no es un síntoma de cobardía, se dijo. Lo es negar el asunto. Y él estaba convencido de que sus conmlitones lo superarían, llegado el momento.

¿Y él?

A los persas había que respetarlos, al menos por su número. Cuando había ido a reprimir las revueltas en Mesenia, había constatado que si bien el número no es nunca decisivo en la guerra, un cierto peso siempre lo tiene. Años antes, durante un asalto a una fortaleza enemiga, había visto a un espartiatá sucumbir ante la salida de doce enemigos armados, si bien se había llevado a la tumba con él al menos a la mitad, antes de caer, alcanzado por sus jabalinas. Claro está, aquel había salido de las primeras filas de la falange para intentar alcanzar la gloria por sí solo. El punto de fuerza de los hoplitas griegos era la cohesión, y gracias a ella, mientras que conseguían permanecer el uno cerca del otro se sentían razonablemente seguros de no sucumbir.

Por sí solos, pensó, se tiene más miedo. Se tiene tanto que se corre el riesgo de no saberlo vencer. Saberse parte de un conjunto confería a los espartanos, a los hoplitas griegos en general, una capacidad de afrontar el peligro que en caso contrario no habrían tenido. Quizás era precisamente éste el secreto del sistema espartano, que cancelaba las personalidades individuales a favor de la ventaja común.

El problema era que él ya se sentía un extraño ante ese sistema. Se sentía solo.

Y entonces tenía miedo de no saber vencer el propio miedo.

Leónidas envió muchos más exploradores que de costumbre en avanzadilla. El rey quería tener, de una vez por todas, una idea precisa de la entidad del ejército adversario y, a tal fin, había pretendido que fuera observado desde todos los puntos de vista. Por lo tanto había dispuesto que dos embarcaciones procedieran por la costa paralelamente, hacia el noroeste, con intención de que observaran a los persas desde el mar, además de hacerlo desde la montaña.

Durante todo el día los soldados permanecieron paralizados, en espera de noticias. Ninguno se atrevió a bañarse en las piscinas sulfúreas ni a alejarse de sus propias armas, e incluso Aneristos renunció a sus vejaciones contra el desafortunado de turno. Pero no llegó ninguna comunicación hasta la tarde, salvo la confirmación, por Aneristos, de que por allí no se había visto nave alguna.

Luego comenzaron a volver los primeros exploradores. Siguiendo las rígidas órdenes que habían recibido, se dirigieron directamente hacia el pabellón real, eludiendo cualquier pregunta, si bien muchos juzgaron sus rostros oscuros ya demasiado elocuentes. Es más, sus expresiones serias dieron forma a todo tipo de suposiciones, y la tropa se abandonó a las previsiones más amenazadoras.

Pero el tiempo pasaba sin que los soldados tuvieran noticias y contribuía a que se difundiera el malhumor. Una delegación de locrenses, cuyo territorio era el más cercano a la invasión, pidió formalmente a Deniece para interceder ante el rey para que se difundiera inmediatamente la información recibida. Su iniciativa fue apoyada en voz alta por otros contingentes, y en breve muchos grupos de soldados se amontonaron alrededor del pabellón real, reclamando la presencia del soberano. Por primera vez, observó con una punta de maligna satisfacción Aristodemo, la autoridad de Leónidas no parecía ser tan absoluta. O quizás, reflexionó con mayor objetividad, ante el peligro desconocido los hombres eran menos gobernables.

El rey salió de la tienda con un semblante serio, acompañado por Cnemo y Deniece. Junto a ellos estaban los tres exploradores. Leónidas dejó que fuera su segundo quien hablara esta vez.

—¡Soldados! No puedo deciros nada que no os veáis obligados a descubrir por vosotros mismos dentro de pocas horas —empezó el polemenco—. Por lo tanto, más vale que os lo diga todo desde ahora. El ejército que Jerjes lleva consigo desde Asia, y que ha cruzado Tracia, Macedonia y Tesalia, es de proporciones tales que una

mente humana no lo puede concebir. ¡Parece que hubiera traído consigo a toda Asia!

Un murmullo se elevó entre las filas de los soldados.

—Tenéis que saberlo —continuó—. Aquí hay una pequeñísima fracción de la pequeña Grecia, a punto de enfrentarse contra una parte, no sabemos de qué relevancia, de toda Asia. Nuestros informadores han podido efectuar un examen sólo sumario de sus fuerzas, y valoran la armada de bárbaros en el orden de 150.000-200.000 unidades. Y están comenzando a acamparse en la llanura frente a Traquinia. Tenéis de frente a cualquier tipo de enemigo. Caballeros en cantidad, infantes ligeros y pesados, arqueros en grado de alcanzar el objetivo desde lejos o corriendo, infantes con escudos tan grandes que esconden el cuerpo entero. Esto es todo lo que sabemos, por ahora. Pero no es el momento de perder la calma. El rey espera de vosotros sangre fría y solidaridad. Si nos dejamos llevar por el pánico, estamos perdidos. Lo que tenemos que hacer es mostrar a los bárbaros que estamos listos para vender cara la piel. Veréis que frente a tanta determinación Jerjes dudará en atacar, y esto nos dará tiempo para esperar la llegada de las otras fuerzas de la coalición. ¡Ahora volved a vuestras ocupaciones y esperar las órdenes!

El polemenco volvió con el rey y con Deniece al pabellón, mientras los tres exploradores recibieron la orden de volver a sus posiciones de avanzadilla. Naturalmente, éstos últimos se vieron asaltados por los soldados, ansiosos por escuchar directamente de ellos el ejército que habían visto y lo que dentro de poco tiempo se encontrarían. Los exploradores describieron a guerreros que parecían provenir de todas las partes del mundo: la piel era de diferente color, la equitación extraordinariamente diferente, incluso las monturas eran diferentes. Hablaron, de hecho, de extraños animales con el cuello largo y con joroba en la que encontraban ubicación dos hombres de piel oscura. Y dijeron que no había un solo guerrero que no llevara un arco. Podían tener una lanza, jabalinas, un hacha bipolar o una cimitarra, pero el arco no faltaba nunca. ¡Y los escudos! Los había de todas las formas. Grandes, rectangulares de mimbre, ovalados con parte del borde doblado, a media luna o con formas tan extrañas y variadas que los exploradores no supieron describirlos. Sus trajes eran brillantes y coloridos, largos, con frecuencia hasta las pantorrillas, ricos de pedrería. Se veían pocos cascos y casi todos los llevaban los caballeros pesados, mientras que la tropa, e incluso los oficiales, llevaban turbantes o gorros de diferentes materiales. También las armaduras eran raras y las llevaban exclusivamente los de la caballería pesada, pero aquellas pocas que se habían visto eran espectaculares, con escamas doradas o de cuero labrado.

Parecía, según dijeron, que todo el mundo se hubiera reunido en el Helesponto.

Algunos soldados más preocupados corrieron hacia donde estaban sus propios oficiales para inducirles a convocar una asamblea. En vez de consumir la comida nocturna, los diferentes contingentes se reunieron dejándose llevar en encendidas

discusiones. En la mayoría de los casos se transformaban en una larga serie de recriminaciones sobre las estrategias alternativas que se adoptarían en el lugar del presidio de las Termópilas. Sólo los espartanos se reunieron alrededor de los fuegos no para discutir, sino para comer. Siendo los únicos soldados profesionales de la pequeña armada griega, de hecho, presumían de un mejor control de los nervios, si bien era verdad que a ninguno se le ocurrió improvisar otro espectáculo teatral.

La cena de Aristodemo se vio acompañada por gritos provenientes de los otros sectores. Al parecer, la aparición del ejército enemigo había provocado en muchos la incapacidad de controlar el miedo, la misma sensación que el espartano había percibido en sí mismo. Sólo que cada uno intentaba esconderlo detrás de la elección de otras opciones estratégicas. Hasta entonces todos se habían adherido como exaltados a una empresa que debería llevarles a la gloria, a ellos mismos y a sus naciones, sin poner nunca en discusión el trabajo de Leónidas.

Aristodemo lo había dicho bien, y desde el principio, que el asunto era una locura y que se iba a morir por el capricho de Leónidas. Sólo ahora, que podía ser demasiado tarde, todos se daban cuenta. O mejor, no todos. Los espartanos parecían todavía convencidos de haber realizado la mejor elección. Y era precisamente esto lo que lo ponía en dificultades. Si se hubiera enfrentado a todos los demás griegos, jamás habría pasado por cobarde o incluso sólo por fatalista. Pero entre los lacedemonios, entre sus mismos amigos, totalmente volcados al sacrificio, él no parecía sólo un contestador de sus sistemas y de sus elecciones, como le hubiera gustado ser o sentirse, sino un individuo indigno de pertenecer a la élite militar de las Helas, uno de los tantos soldados que podían hacerse sus necesidades encima en cuanto apareciera el enemigo.

Los gritos, loas y discusiones por todos lados no parecían ir disminuyendo, excepto en el contingente tebano y tespiense. Habrían seguido así toda la noche. Menos mal que en un determinado momento llegó la convocación de un consejo de guerra, al que fueron enviados todos los jefes de los contingentes helénicos.

Cuando Deniece llegó al pabellón real encontró ya reunidos a Leónidas, Cnemo, Leontiades, Demófilo y a los comandantes de los corintios, arcadios, mantinenses, tegeatas, orcomenios, fliuntinos, micénicos, focenses y locrenses. Y ya la discusión había llegado a un nivel de tensión alto.

En aquella tienda se estaban enfrentando dos corrientes opuestas de pensamiento. Por una parte, los exponentes de los pueblos provenientes de Grecia meridional, es decir, los arcadios, micénicos, fliuntinos, que invocaban la «retirada estratégica» por el istmo de Corinto para defender únicamente el Peloponeso. En el otro bando, los habitantes de las regiones de la Grecia central, focenses y locrenses, beoncios de Tespi y de Tebas, que pretendían el mantenimiento del frente en las Termópilas para la defensa de sus propias regiones. Los únicos habitantes del Peloponeso que

compartían este punto de vista eran los espartanos.

—Os repito que ha sido un error venir hasta aquí. ¡Lo que teníamos que defender era el istmo de Corinto! —gritaba el jefe corinto en la misma cara del polemenco, no pudiéndolo hacer en la de Leónidas.

—¡Claro! Era mejor concentrarse en el Peloponeso. Así, en cambio, ¡corremos el riesgo de perder toda Grecia! —añadió el comandante tegeata.

—¡Cobarde! No te importan los demás, ¿verdad? A ti te es suficiente salvar a tus ovejas en Arcadia, ¿no es así? —le respondió el focense, cogiéndolo por la solapa.

Tras un gesto de Leónidas, Deniece se acercó a separarles.

—¿Pero cuándo habéis venido alguna vez a ayudarnos estando en dificultades? ¿Habéis dado alguna vez señales de vida cuando los espartanos nos imponían su supremacía y nos privaban de libertad? —observó uno de los comandantes arcadios, dirigiéndose al focense, antes que el orcomenio le diera un codazo en el costado para hacerle notar que había metido la pata enormemente.

En ese momento fue Cnemo quien reaccionó.

—¿Cómo te atreves? ¿No estamos aquí ahora? Los espartanos sabemos sacrificarnos por el interés de todos. ¡Es sabido de sobra!

—¡Vaya! De hecho habéis venido sólo trescientos —observó el focense, sin bajar el tono—, un porcentaje ridículo de vuestras fuerzas, y a fin de cuentas, sacrificable. Incluso el rey es sacrificable, ya que seguís teniendo dos. Vamos, habéis pretendido la conducción de la Liga, pero luego prestáis atención en emplear tiempo y recursos en la guerra. Incluso en la flota sois cuatro gatos.

—¿Pero qué dices? Nosotros estábamos celebrando las fiestas Carneas. ¡Verás cómo seremos los primeros en movilizar a todas las fuerzas! —replicó el polemenco, que sólo la presencia de Leónidas retenía en sus ganas de tirarse al cuello del focense.

—Sí, claro, como en Maratón. ¿Me equivoco o llegasteis sólo con los quebrantahuesos, después de la matanza, para recoger los restos de los muertos persas? —intervino el locrense—. ¡La verdad es que sois unos hipócritas! Habláis mucho del deber y del coraje, pero luego os movéis sólo cuándo sacáis provecho. O quizás sólo para salvar las apariencias, como en este caso.

Llegados a ese punto, Leónidas se sintió obligado a intervenir, esforzándose por mantenerse equilibrado y tranquilo.

—Estas cosas no deberías decirlas precisamente a los trescientos hombres que han venido a morir contigo y por ti, ¿no crees? —dijo—. Después llegará el tiempo para las recriminaciones. Pero ahora es el momento de estar unidos y dejar a un lado nuestros propios rencores.

—¿Después? ¿Por qué? ¿Crees que habrá un después? Con todos esos soldados nos barrerán de la faz de la tierra del modo y manera que les apetezca. Nosotros no veremos ningún después, de todos modos —objetó desconsolado el focense. Al

menos la intervención de Leónidas había suavizado los tonos.

—Lo habrá, claro. Quizás no para nosotros, pero para todos los demás griegos. Y precisamente nuestro sacrificio permitirá a los otros vivirlo como hombres libres, probablemente —insistió el rey.

—¡Pero qué dices! Podría no servir para nada. Y esto —continuó el focense— gracias al egoísmo de tanta gente del sur, que ha pensado antes en sus propios asuntos. Olimpiadas, fiestas Carneas ¡todas son excusas! Ante un peligro concreto, real, y sobre todo extraordinario, se renuncia a las propias costumbres, al menos durante un tiempo. Dudo que Apolo se hubiera malhumorado sabiendo que por una vez renunciabais a homenajearle por altruismo.

—¡Sacrilégio! ¡Loco! ¿Cómo te atreves a blasfemar? ¡Sin el apoyo de Apolo estaríamos perdidos! —le gritó Cnemo.

—¡Pero los dioses no siguen a los locos! Y nosotros, quizás, nos hemos comportado como tales pretendiendo defender este sitio con pocos miles de hombres. Nos echarán en un instante. Yo digo que tenemos que volver hacia atrás —intervino el mantinense.

Antes de que se enzarzaran de nuevo en una pelea, Leontiades intentó exponer una visión estratégica que resultase aceptable también para los peloponesianos.

—Pero ¿es posible que no entendáis, los del meridi6n —dijo con ímpetu—, que tenemos que obstaculizar el avance de los persas? ¿Queréis que lleguen frescos y descansados en vuestras tierras? ¿Pero no veis que hasta ahora en Tracia, en Macedonia y en Tesalia no han tenido que ensuciarse las manos con nadie? Si hay alguna esperanza para lograrlo, es precisamente dificultándoles el paso por estas tierras.

—Y entonces, ¿por qué no permanece activa la barrera ateniense-espartana en Tempe desde hace un mes? ¡Habría costado demasiado caro a los persas superar a diez mil hoplitas! O quizás el gordito no quería ensuciarse demasiado las manos, él que está más acostumbrado a combatir con las palabras en el ágora que en un campo de batalla —dijo el arcadio, refiriéndose a Temístocles.

—Es un argumento antiguo. ¡Aquella sí que fue una empresa desesperada! —respondió Leónidas—. Con toda la Tesalia sobre los hombros, de cuya fiabilidad no se podía tener seguridad a la hora de resistir. Sin vías alternativas seguras, no se arriesga. Y luego, el paso de Tempe es mucho más ancho que este, y más fácil de rodear.

—¿Ah sí? ¿Por qué? ¿Beocia es de confianza, entonces, con los tebanos ya alineados abiertamente con los bárbaros? —replicó el arcadio, mirando a Leontiades.

Era evidente que éste se esforzaba por mantener la calma. Pero después de unos segundos de silencio, también él explotó.

—¿Qué apuestas que en la batalla percibiré el hedor de tus heces y tú, en cambio,

verás a mis hombres y a mí levantar un trofeo con los restos de centenares de persas?

—Yo creo que te veré recibir las felicitaciones del gran rey por haberlo ayudado, en cambio —dijo riéndose de él, antes de que el tebano lo cogiera por el cuello con un grito e intentara ahogarle.

—¡Basta, basta! —intervino Leónidas—. ¿Queréis sugerir algo concreto o perder el tiempo en discusiones mientras los persas se sitúan a un paso de nosotros? —añadió, mientras separaba personalmente a los dos litigantes.

—Creo —supuso el comandante orcomenio— que existiría un modo más racional de obstaculizar el avance de los persas. Nuestra península es un territorio áspero y montañoso, apto para las emboscadas. Habríamos obtenido mucha ventaja de la guerrilla, trabajando junto al ejército invasor con ataques continuos formados por pequeños grupos. ¡Entonces sí que llegaría al sur diezmado, y siendo una presa fácil para los hoplitas!

—Queriendo, se podría pensar en quemar los campos y contaminar las aguas de los ríos para sustraer a los bárbaros cualquier recurso. Sin provisiones un ejército tan grande no tiene para mucho —añadió el mantinense.

—¡Natural! ¡Qué más da, los campos no son los vuestros! —objetó indignado un focense—. De los ríos, además, deberíamos beber también nosotros. Es fácil ganar una guerra sobre los hombros de los aliados.

—La idea de la guerrilla es inteligente, pero no es practicable. No lo fue en Tesalia, todavía mucho menos en las llanuras de Beocia y Ática —explicó Leónidas—. En primer lugar, los griegos están demasiado fraccionados para organizar una guerrilla. Para nosotros es mucho más arduo preparar una armada bien dispuesta, que una densa red de guerrilleros, ¿no creéis? Una coordinación central es necesaria siempre. ¿Y cómo se hace para mantener las conexiones y tener una visión completa y actualizada de las operaciones bélicas si cualquier división comitiva se encuentra perdida entre las montañas o en continuo movimiento para seguirle la pista al enemigo? Mejor tener todas las fuerzas a disposición, cerca como en nuestro caso o en el de Euribíades en Artemisio.

Las lecciones de estrategia militar parecieron interesar a los allí presentes, que animaron al rey a que continuara.

—No olvidéis, luego, que el *hoplita* está hecho para la batalla campal. Para la guerrilla sirven caballeros y la Tesalia tiene gran cantidad. Sirven arqueros, y éstos abundan entre las filas enemigas. Además, el ejército de Jerjes dispone de caballería, infantería ligera y tiradores. Es prácticamente imposible causarle bajas mientras avanza. ¿Conseguís imaginar una armada protegida por los lados, tanto por delante como por detrás?

La frase de Leónidas pareció haber convencido a los peloponesiacos para que no insistieran en la guerrilla. Pero no los disuadió de sus propósitos de retirada.

—Admitido que tengas razón —objetó el tegeata—, no veo cómo se puede apoyar una propuesta que quiere detener a un ejército de 200.000 hombres con sólo cinco mil efectivos si llegamos. Hay cuarenta persas por cada griego, ¿os dais cuenta? Es demasiado incluso para vosotros, que decís que valéis como diez de vuestros enemigos.

—¡Entonces no entendéis! —reaccionó Leónidas—. ¡Nosotros no tenemos que vencer! ¡No nos han enviado aquí para esto! ¡Nosotros estamos en las Termópilas para ganar tiempo! Nuestra presencia aquí tiene sólo una doble finalidad. Desacelerar la marcha hacia el sur del ejército invasor, e inducir a Jerjes a buscar el enfrentamiento con la flota. Ésta será nuestra victoria: ser útiles a la Liga. Y bajo este aspecto, poco importa que los persas sean 200.000 o un millón. Somos nosotros la guerrilla que estáis invocando. Somos nosotros el obstáculo que los griegos son capaces de interponer entre la armada bárbarica y la Grecia central. Quien de marcha atrás ahora, sin ni siquiera haber intentado detenerles, ¿podrá tener el coraje de volver a su patria? Y, ¿qué es lo que se dirá a sí mismo cuando la vea arder, o peor, sucumbir ante los persas?

—Diré que fui tan sabio de encontrarme allí, en el momento de necesidad de mi ciudad, y dar una mano a mis compatriotas, y si fuera necesario, compartir la suerte de mis familiares y amigos. ¡Eso es lo que diré! —le respondió el tegeata, para nada afectado por los argumentos que acababa de utilizar.

—Tú eres un rey valiente y yo te respeto —intervino el locrense, dirigiéndose a Leónidas—, y te pido perdón por haber dudado de tu buena fe. Pero como ves, a pesar de la coalición, son de verdad pocos aquellos que tienen una visión verdaderamente panhelénica. Aquí cada uno piensa en sí mismo. Ha sido siempre así, para nosotros, y ni siquiera ante un grave peligro conseguimos pensar en nuestros vecinos como si fueran hermanos. Para un peloponesiano, evidentemente, un locrense cuenta como un persa —concluyó, entristecido.

—Por otro lado, también en la misma región, e incluso en la misma ciudad —observó Demófilo, que hasta ahora había estado callado—, no se ha conseguido llevar a cabo una elección unitaria. En Beocia, el enemigo todavía no ha llegado, y sin embargo muchos han optado por la causa persa. No hablemos de Tesalia. E incluso en el Peloponeso, por lo que sé, ciudades como Argo quedan bajo la misma sospecha. Esta es la más clamorosa demostración de nuestra incapacidad para colaborar por el bien común. Si todos los griegos hubieran rechazado acoger a Jerjes como rey, quizás no se le hubiera pasado ni siquiera por la cabeza venir hasta aquí. O bien su expedición habría perdido fuerza rápidamente, y lo habríamos visto volver atrás con la cola entre las piernas. Pero por lo que me toca, creo todavía que los helenos pueden conseguir evitar la esclavitud. Por esto me quedaré aquí, ocurra lo que ocurra.

Hubo algún minuto de silencio en los que todos se quedaron en espera de que el rey manifestara su decisión. Leónidas anduvo durante un buen rato con la cabeza agachada y con las manos unidas atrás, la mirada absorta y la boca cerrada.

Había quien pretendía proponer una votación cuando el rey, de repente, se puso a hablar.

—¡Escuchad! —dijo con convicción—. Os propongo una solución que salve vuestro honor y no os obligue a tirar por la borda vuestras vidas si no consideráis necesario hacerlo. Los persas no conseguirán pasar con un solo intento. Pasar las Termópilas no es una broma, ni siquiera para un ejército exterminado. De esto podemos estar seguros. Quizás, después de haber probado con nosotros, Jerjes concentrará sus esfuerzos en el Artemisio y nuestro deber se verá simplificado. O quizás los persas se apostarán delante de nosotros hasta que no lleguen también las fuerzas de la Liga. O bien renunciarán a atacarnos frontalmente e intentarán dar la vuelta por algún lado, probablemente a través de las montañas, si consiguen conocer los senderos como el de Anopea. Pero se tratan de caminos estrechos, largos y complicados que obligan a un gran ejército a proceder lentamente, y en ese caso lo sabremos en muy poco tiempo.

»Por lo tanto, lo que os propongo es esperar. Así ninguno podrá acusaros de cobardía y vosotros mismos, en un futuro, sin tener en cuenta el desenlace, no podréis echaros en cara nada. Combatid ahora y demostraréis vuestro valor. Os prometo que, en el momento en el que resulte evidente que vamos a desmoronarnos, os dejaré ir. Es más, os exhortaré a hacerlo, porque entonces si que seréis más útiles vivos a la causa de la Liga».

—¿Y tú? ¿Y los espartanos? ¿Qué haréis en ese caso? —le preguntó el tegeata después de unos instantes.

—Los espartanos estamos acostumbrados a actuar de otro modo —respondió seco Leónidas.

Sicario

La reunión del Estado mayor terminó con la deliberación de Leónidas. Concluida la fase de las elecciones estratégicas, se pasó a las de las elecciones tácticas. O al menos, en la práctica, ya que el primer problema por afrontar era el de asustar al menos un poco a los persas. Sin lugar a dudas, Jerjes sabía ya que antes de entrar en Lócrida encontraría un frente de griegos esperándole. Se trataba de inducirlo a creer que detrás de ese muro focense había un ejército más robusto que los pocos miles de hombres que estaban con Leónidas, y que los defensores no se habrían dejado impresionar por su armada sin propósitos.

Tiempo todavía quedaba, calcularon los comandantes. El gran rey habría enviado explorar la zona de Traquinia con total seguridad para apurar, cuanto fuera posible, la alternativa de cruzar por esa parte, y con toda probabilidad habría esperado la llegada de la flota. No se tenían que excluir, por último, los acercamientos diplomáticos por parte de los persas.

La voz de que los comandantes habían transcurrido gran parte de la noche discutiendo se difundió por el campamento griego todavía antes de que amaneciera. Cuando el sol había apenas comenzado a asomarse en las primeras alturas del Eubea, muchos soldados estaban de pie, vagando de sector en sector en busca de alguien que les pudiera dar más información. Había incluso quien ordenó a su propio esclavo que preparara las maletas y predispusiera la marcha, dando por descontado que había prevalecido la idea favorable de la retirada estratégica.

Fueron los mismos participantes a la reunión quienes informaron a sus propios hombres de las deliberaciones del consejo de guerra. Fueron llegando a su sector de pertenencia y llamaron a sus soldados. Para prevenir el descontento al anunciar que se permanecería allí, casi todos los jefes se apresuraron a decir que su presencia había sido solicitada sólo hasta que «nuevas exigencias estratégicas no consideraran más oportuna la retirada». Los más recalcitrantes se calmaron sólo cuando les fue explicado con claridad que se quedarían hasta que la situación llegara a ser insostenible, y no más allá.

Muy diferente fue el discurso que Cnemo mantuvo con los espartanos. El polemenco se limitó a decir que se quedaban y ya está. Sobre todo lo demás, todos los soldados fueron informados de que, desde aquel momento cualquier acto venial de indisciplina sería castigado de forma ejemplar. A Aneristos le brillaron los ojos mientras sus subordinados deglutieron, pensando en el extraordinario pretexto que se le estaba ofreciendo al *pentecontarca*. Por otro lado, explicó el polemenco, era necesario la coordinación más estrecha entre las unidades y el contingente para poder obtener de todos la organización que se reconocía públicamente a los lacedemonios.

Los persas, dijo, tenían que tener la impresión de encontrarse frente a un ejército de extraordinaria eficiencia y profesionalidad, hasta que los numerosos reclutas de sus filas perdieran entusiasmo y coraje.

El mismo Jerjes, continuó Cnemo, tenía que convencerse que se encontraba frente a un grupo más consistente de lo que en realidad era. Con tal finalidad, el acercamiento entre los repartos y contingentes en los sectores más visibles, desde las gradas hasta las laderas de las montañas, tenía que ser mucho más frecuente. Además, ya que era conocido que el equipamiento de los hoplitas se diferenciaba profundamente incluso dentro de la misma unidad, era oportuno que, por lo menos hasta el momento del enfrentamiento definitivo, los repartos se reformaran agregando combatientes dotados de armamento parecido. De tal forma el enemigo creería que el muro focense escondía un número mayor de contingentes.

Cada contingente, además, tenía que pintar la superficie exterior de los escudos de una sección con los colores de la ciudad en la que hubiera prestado sus servicios o que se hubiera declarado neutral. Algunos peloponesiacos, en particular, tenían que pintar de blanco sus propios escudos, para hacer creer a los persas que incluso un contingente de Argo había decidido unirse a la coalición contra los persas. Una parte de los locrenses, en cambio, tenía que dibujar un bastón de mando para dar la impresión de que los tebanos presentes eran una cantidad superior.

Todo aquello tenía que ver con el ala este del muro focense, donde el consejo había deliberado que se situara toda la armada, abandonando la parte occidental y el terreno entre Antela y el paso central. Pero la intimidación psicológica había que aplicarla sobre todo en el ala oeste, en el sector más visible. Por lo tanto, en cada contingente cada oficial superior tenía que elegir entre sus propios subordinados a un par de entre los que eran más robustos y atléticos, para asignarles a una unidad especial pero provisoria, a su vez subdividida en secciones. Estos últimos se alternarían durante unas horas al día en una posición avanzada delante de la puerta occidental, ocupando el tiempo en ejercicios gimnásticos, pruebas con armas y pequeñas competiciones deportivas, pero también dedicándose al cuidado del propio cuerpo. Se trataba de que los persas vieran a los griegos tan tranquilos y relajados para dedicarse a sus ocupaciones habituales, a plena luz y sin temor de verse atacados por sus flechas. Y que meditaran sobre su fuerza física, sobre su habilidad atlética, y sobre su desenvoltura en el uso de las armas.

Si el gran rey pretendía impresionar con un alto número de efectivos a disposición, los griegos tenían que hacer lo mismo con su característica más sobresaliente, es decir, su capacidad militar superior. Todo aquello servía sobre todo para llevar a Jerjes a buscar el enfrentamiento por mar, que permanecía, en un último análisis, como objetivo de la gran estrategia de la Liga.

Deniece se encargó de la elección de los hombres entre los espartanos. Tenía los

ojos hinchados y enrojecidos por la falta de sueño y de descanso, notó Aristodemo cuando se lo encontró delante, ya sabiendo lo que le iba a preguntar.

—Tiene que haber sido duro convencer a los demás para que se queden, a juzgar por tu aspecto —le dijo.

—Déjalo estar. No se puede pretender que todos sean como los espartanos, ni creo que nos gustase que de verdad fuera así. Sería más difícil tener la preeminencia en Helas —respondió Deniece, entre un bostezo y otro.

—Ya. Pero esta preeminencia nos cuesta cara, me parece. Por lo que he entendido, los otros se marcharán si la situación se pone fea, y nosotros no —comentó Aristodemo.

—Honores y obligaciones, querido —intervino Eurito, más bien alegre.

«Honores y obligaciones», reflexionó Aristodemo. «A mí me parece que para nosotros son sólo obligaciones. En la guerra nos vemos obligados a morir de todos modos. En paz, y en nuestra ciudad, no gozamos de ninguna libertad si no aquella de prepararnos para la guerra y combatir para morir».

—Bien, chicos, tengo que pedirlos que forméis parte del grupo que se quedará en la puerta occidental. Yo deseo que esto no implique para vosotros algún riesgo. Leónidas está convencido de que no. Por otro lado, el rey ha pedido expresamente que tú estuvieras entre los elegidos, Aristodemo —dijo el oficial—. Y también tú, Eurito, eres un bonito ejemplar espartano. Naturalmente, lo pediré también a Alfeo.

—Para mí no hay ningún problema. ¡Es más, me siento orgulloso! —exclamó Eurito, entusiasta, en total contraste con la expresión de asombro de Aristodemo. Deniece no prestó atención y siguió su camino para llegar hasta la unidad de Cleopompo.

Después de la comida de media mañana, los espartanos eran los únicos que se habían quedado en el ala oeste de la puerta central, junto a los ilotas y los *periecos* (a quienes se les había asignado funciones de infantería ligera), y a los más robustos soldados de la armada, entre los que se encontraba el tegeata vencedor de la competición de lucha. Deniece se había dejado ayudar por Efiartes para proveer con celeridad, pero también con orden y aparente tranquilidad para no dar a los vigilantes enemigos la impresión de que tenían miedo a la eliminación de restos todavía yacentes entre Antela y la puerta central. En realidad, después de los primeros instantes de colaboración, el oficial había constatado que podía delegar toda la operación en su malio, que mantenía una relación excelente con todos los contingentes.

No había habido muchas dudas sobre qué reparto tenía que desarrollar el primer turno de «exposición». El rey consideraba altamente probable que los exploradores de Jerjes llegasen hasta Antela durante la jornada, mientras el ejército persa completaba su llegada al campo de batalla y terminaba de preparar el campamento

que acogería a las tropas bárbaras. Así que fueron los espartanos, elegidos en número de treinta, los primeros en colocarse en la puerta occidental.

El espectáculo preveía también un sistema de señalización para informar a los actores de la llegada y de la presencia del público. Varios ojeadores habían ocupado las alturas cerca de la llanura traquina, con intervalos más o menos de medio estadio. Estaba previsto que el más próximo al ejército persa señalase inmediatamente al compañero más cercano la salida de los exploradores hacia las Termópilas, agitando en alto una lanza. A su vez, éstos habrían pasado la señalación al siguiente ojeador, y así hasta llegar la información a los guerreros situados en Asopo. De tal forma, Aristodemo y sus compañeros podrían saber cuándo se tenían que empeñar con más ahínco en su interpretación.

La señalación llegó a primera hora de la tarde, y desde aquel momento se vieron obligados a exhibir todo el muestrario de un espartíata modelo. Se comportaron así hasta casi el atardecer, frotándose lentamente con el aceite, ejercitándose con las lanzas, organizando encuentros de lucha y competiciones de carreras, realizando ejercicios gimnásticos o bien levantando piedras de diferentes dimensiones. Y cada vez que tomaban aliento se entretenían con sus largas cabelleras, presunción y característica espartíata en tierras helenas, donde la tendencia era mantenerlos cortos. Se peinaban y los alisaban, una trenza tras otra, tirabuzón tras tirabuzón, tanto aquellos que les caían por los pectorales, como los que les cubrían las espaldas.

Quien arrojó una mirada hacia el oeste, así, como quien no quiere la cosa, entre un ejercicio y otro, pudo observar las siluetas, apenas visibles con la luz del atardecer en los ojos, de algunos hombres a caballo. Sólo cuando el sol desapareció detrás del perfil de las montañas, los griegos distinguieron con claridad sus sombreros de fieltro de hoja frigia, los arcos que llevaban colgados y los pantalones multicolores. Alguien se abandonó en una carcajada y realizó más de un comentario sobre la escasa habilidad de los persas, que no habrían desentonado en el espectáculo improvisado de Alfeo, Ditirambo y Marone dos noches antes. Aristodemo pensó, en cambio, que en breve verían muchos así, y cuando llegara el momento les entrarían pocas ganas de bromear.

De cualquier forma, Leónidas estaba convencido de que la exhibición habría provocado algún efecto benéfico para los griegos. Por lo menos, habría disuadido a Jerjes de atacar inmediatamente, si acaso el gran rey hubiera tenido la intención. Para evitar equívocos, de todos modos, a la mañana siguiente dijo a Megista de celebrar el sacrificio del rito, en el caso de que hubieran tenido lugar las operaciones bélicas. El sacerdote arcano llevó al altar una cabra y de sus interiores no obtuvo ningún auspicio. Señal evidente, dijo que durante algunos días los dos ejércitos no combatirían.

Aquella mañana la puerta occidental tocaba a los ejemplares más bellos del

Peloponeso, entre los que sobresalía, naturalmente, el vencedor de la lucha. De todos modos, ya después del *ariston*, Leónidas tuvo modo de constatar los efectos del espectáculo que había ideado. En el Asopo apareció una delegación de persas, acompañados por griegos de Jonia, que solicitó hablar con él.

Los persas se detuvieron inmediatamente al este del río, en espera de que Leónidas fuera a su encuentro. El rey se mostró de todo menos solícito, no tanto para indisponerles, sino para dar a su *pentekostyes* todo el tiempo necesario para ponerse la *panoplia* completa. Para seguir ejercitando sobre los adversarios una cierta presión psicológica, de hecho, pretendía llevarla consigo.

—El enviado era un griego de Halicarnaso —dijo Deniece a sus amigos cuando, aquella misma noche, pudo contarles el encuentro—. Ya sabéis cómo es. Con los persas no es necesario usar traductores. Tienen tantos griegos en sus filas que envían directamente a uno de ellos a hablar. Aquel que habla durante varios minutos sólo para presentar a su rey y enumerar los títulos que tiene. Al cabo de los dos minutos —y no excluyo que lo haya hecho adrede—, Leónidas bostezaba.

Las carcajadas de Alfeo y Marone le obligaron a interrumpir su discurso. Fueron callados de forma más bien brusca, y Deniece pudo retomar la conversación.

—El tipo hace como si nada y continúa con la letanía de títulos y conquistas para llegar a la cuestión. El gran rey Jerjes ha sabido, dice, que la escasa autoridad de uno de los dos reyes espartanos le ha consentido reunir sólo a un puñado de hombres para lograr organizar el bloqueo del paso de las Termópilas. El gran rey desea ser el soberano de todos los griegos y no quiere perder ocasión, como ya en otras circunstancias, de mostrar su tolerancia y su magnanimidad. Por lo tanto pretende ignorar los actos de rebelión de algunos grupos de helenos atemorizados. Él viene en son de paz, continuó el enviado, y no quiere que ésta venga rota por pocos exaltados que no han aceptado su soberanía. Por lo tanto, concluye, el gran rey olvidará sin lugar a dudas estos actos absurdos, desde el primero que ha tenido que padecer desde que ha puesto pie en la península, si los griegos deponen las armas y las entregan a los oficiales persas, poniéndose a sus órdenes.

—¿Y qué se cree el gran rey, que somos como esos cagados de tesalios? —intervino Marone—. Se ve que está bien acostumbrado, y que todavía tiene que encontrarse con soldados de verdad.

—¿Y Leónidas que le ha contestado? —preguntó Eurito.

—Si el gran rey quiere nuestras armas, que venga a buscarlas —contestó Deniece, sin dejar pasar un instante desde que su amigo realizó la pregunta.

—¿Y luego? —preguntó Alfeo.

—Y luego nada. Sólo esto —replicó el oficial.

—Bueno, pero algo más habrá dicho o hecho, ¿no? ¿Qué impresión ha tenido del enviado? —observó Aristodemo.

—No. No ha dicho ni hecho nada. Después de haber hablado se ha dado la vuelta y ha marchado, y nosotros con él inmediatamente después. Por lo tanto, nadie ha podido constatar qué expresión tenía en la cara —confirmó Deniece.

Se produjo un instante de silencio. Luego, Alfeo, empezó en voz baja a reírse, imitado por su hermano. En breve todos, e incluso Aristodemo, se encontraron riéndose a gusto.

—Ahora se habrá enfurecido de verdad —observó Marone, que tenía las lágrimas en los ojos de tanto reír.

—Bueno, ha sido cuando le han ofrecido la rendición, puesto que todos hemos entendido que Jerjes tiene alguna duda sobre cómo cruzar el paso —precisó Deniece—. Ese tipo de Halicarnaso ha puesto el acento en la insignificancia de nuestras fuerzas, pero en realidad Jerjes no tiene ni idea de cuántos somos, gracias también, hay que decirlo, a las actuaciones ideadas por Leónidas.

—Es un comandante notable, no se puede decir otra cosa. Estoy contento de estar aquí, a las órdenes de un general de gran categoría —añadió Alfeo, y todos los demás asintieron con convicción.

Casi todos. Aristodemo masticó amargamente y esperó con ansia que la compañía se disolviera para no verse obligado a sorberse las alabanzas del soberano. Cuando estuvo a solas, retomó sus pensamientos acerca de la necesidad de eliminar a un individuo tan hábil manipulando a la gente. Cuando conseguía concentrarse en este objetivo se encontraba sin embargo frente a su increíble falta de preparación. Los modos reales de Leónidas le inhibían, impidiéndole que pudiera juzgarlo por su parte humana, por muy repugnante que pudiera ser ésta. El recuerdo de las historias de Gorgo le habían llevado a una indignación que poco a poco se iba difuminando junto a la furia salvaje, y el papel que Leónidas ejercía, al menos en público, con tanta dignidad, le ponía tenso hasta el punto de no poder concebir un soberano mejor.

Parecía que había nacido para ser rey, pensó. También para ser un general, claro está. Pero sobre todo un rey. Un general tiene que ser hábil, pero sus modales no son luego tan importantes para el papel que tiene que ejercer. En cambio, un soberano no tiene que ser sólo hábil, sino también carismático y representativo. Leónidas, le costaba admitirlo, era todo esto, si bien no tenía ni siquiera qué reinar. La verdad es que no había comparación posible con los hermanos que estaban destinados al trono: Cleómenes, un loco sin miedo al peligro, capaz incluso de manipular los oráculos, y Dorieo, que no era más que un aventurero.

Habría podido odiarlo por el modo en el que trataba a la mujer que amaba, y también por la ambición que lo llevaba a tirar las vidas de tantos hombres. Y lo odiaba, claro Y deseaba su muerte, pero sólo cuando conseguía ver al hombre que era detrás de la figura del rey.

A la mañana siguiente volvieron a llamar a Megista. Con el ejército persa

acampado a pocos kilómetros, quedaba la posibilidad de que se combatiera un día cualquiera, incluso de un momento a otro, y Leónidas, como cualquier otro comandante, deseaba saber si los auspicios eran favorables. Pero también para aquel día el sacerdote aseguró que no se produciría la batalla.

Leónidas mandó fuera a los locrenses y a los tespienses. Los espartanos, que se habían quedado en el lado este del muro, se dispusieron de todos modos a desarrollar más o menos las mismas actividades gimnásticas, como de costumbre, pero sin el exhibicionismo que comportaría su presencia en Antela. Aneristos estaba nervioso por volver a retomar sus negocios ocultos, pero la situación le había hecho ser más circunspecto. Se resignó por lo tanto a profundizar en la crueldad sin beneficio alguno, aterrorizando a los hombres durante los ejercicios. Y Cleopompo, sumiso, dejaba que lo hiciera con sus propios subordinados.

—¡Vamos gordo, que parece que te mueves con unos pesos colgados de las articulaciones! —dijo el *pentecontarca* a Alfeo cuando pasó cerca de él—. ¿Qué has cogido durante el enfrentamiento contra aquel tegeata? ¡Eres lento y ridículo!

—Qué pena que seas un oficial. Sería interesante ver cómo termina un encuentro de lucha entre tú y yo —replicó molesto Alfeo, prestando atención a que Aneristos, que había seguido adelante, no le escuchara.

En cambio le escuchó Cleopompo.

—¿Estás loco? ¿Quieres ponerte en contra a uno como él? ¿Acaso no sabes que es muy influyente? —le dijo, con la precaución de que no le escucharan los demás.

—Me da igual quién es o lo que hace. Ese, tarde o temprano acaba mal, ya sea por mí o por otros. ¿De qué tienes miedo? ¿De que la tome contigo porque uno de tus subordinados se ha atrevido a reaccionar? —respondió Alfeo.

—¿Yo? ¿Y qué tengo que ver yo? No lo digo por mí, sino por ti —mintió Cleopompo—. Se sabe que cuando a Aneristos alguien se le mete entre ceja y ceja, le hace la vida imposible. Y a mí los hombres me hacen falta en forma y motivados.

—Claro, claro. E imagino que tú no le permitirías nunca que se aprovechara de hombres de tu unidad, ¿no es así? —insistió Alfeo. Cleopompo no se encontraba en situación de enfrentarse a los otros oficiales, pero tampoco a los otros subalternos más determinados. No gozaba del aprecio de nadie, pero en compensación sus hombres estaban bien contentos de tener un jefe que les dejara actuar libremente y nadie le contestaba. Lo que Aneristos imponía con el terror, Cleopompo lo obtenía, paradójicamente, con su falta de autoridad.

Mientras tanto Aneristos había vuelto a su *pentekostyes*. Temblaba por las ganas de provocar a Aristodemo y lo estaba observando desde una media distancia apretando los puños y los dientes. Y cuanto más lo miraba, más le molestaba aquel físico perfecto, armonioso, elegante, prototipo ideal de un atleta y de un combatiente como a él le hubiera gustado ser. Pero terminó por dirigir su propia atención a Eurito.

—Estos ejercicios de niño no te garantizan un adecuado entrenamiento, de cara a la batalla. Cosas así las hacen nuestras mujeres en Esparta en tiempos de paz para mantener firmes sus cuerpos. Es necesario algo más duro, más apropiado a las duras circunstancias en las que nos encontramos. Veamos —y se le pasó por la mente lo que le había dicho a Alfeo—. Podrías correr sujetando bajo los brazos dos piedras. Pero dos enormes piedras. Coge aquellas de allí —le ordenó, indicándole dos grandes como dos jarrones de barro.

Eurito lo miró de perfil, pero no quiso darle la satisfacción de responderle y se limitó a seguir la orden. También Aristodemo lo miró, moviendo la cabeza.

—Verás cómo me darás las gracias cuando estés en el campo de batalla y lanza y escudo te pesen como plumas. Tus adversarios parecerán que se mueven muy lentamente en comparación contigo, y quizás conseguirás matar a alguien —observó complacido el *pentecontarca*—. Llega hasta aquel promontorio rocoso y vuelve hacia atrás. Tres veces antes de descansar. Luego repítelo otras tres —le ordenó Aneristos, indicando un punto distante de ellos al menos un par de estadios.

Resignado, el soldado inició más bien con comodidad, por temor a encontrarse en poco tiempo con falta de aire. Aneristos lo encontraba muy divertido. Riendo, le gritó sin piedad:

—¡Con ese paso iría uno viejo con la gota, no un soldado durante un adiestramiento! ¡Si tuvieras que salvar la piel y las armas en una batalla irías más rápido! ¿O eres de aquellos que, como aquel poeta, Arquíloco, abandonan el escudo, así como a los compañeros, y escapan? ¡Vamos!

Luego se dirigió a Aristodemo. Con tono malvado le dijo:

—No te haría daño ni a ti. Siempre que tú no tengas miedo de transformar tu bonito rostro con el sudor y el esfuerzo.

—Un individuo así, es de verdad nocivo, cuando no tiene nada que hacer —sintió decir Aristodemo, mientras recibía una palmada en el hombro. Acababa de aparecer Deniece, que miró a Aristodemo con una expresión de desafío.

—Estoy manteniendo en forma a mis hombres. ¿Algo que decir? Deberías hacer igualmente con los tuyos si quieres que te dejen en buen lugar durante la batalla, en vez de ir a meter la nariz en la unidad que el rey ha encargado a los demás —comentó Aneristos sin simpatía alguna.

—Bueno, al menos tendrás que renunciar a preparar a uno. El rey te reclama, Aristodemo —respondió sin descomponerse Deniece, dirigiendo la mirada al amigo. Inmediatamente después ofreció una maliciosa a Aneristos.

Éste temblaba de rabia, movió la cabeza y dijo algo poco comprensible sobre los recomendados, resignándose a tener únicamente a Eurito.

—Mira que si me seguís agregando tebanos, Leontiades podría comenzar a sospechar que es observado. Es un tío despierto —dijo en cambio Aristodemo a

Deniece mientras lo seguía en dirección al pabellón real.

—Creo que se trata de algo más importante esta vez —le respondió el amigo. Y desde entonces calló hasta llegar al pabellón real.

En cuanto se encontraron frente al rey, el oficial dijo:

—He tenido que sacarle de los ejercicios físicos y del entrenamiento con las armas que nuestro válido combatiente realizaba bajo la atenta mirada de su *pentecontarca*, majestad.

Leónidas pareció no captar la ironía presente en las palabras de Deniece.

—Me complace saber que te mantienes en plena forma, Aristodemo. Necesito habla contigo —respondió, dirigiéndose al soldado.

—Me encuentro a tu disposición, naturalmente —contestó Aristodemo con una deferencia todavía mayor de la que habría deseado.

—Y bien, eres un hombre inteligente, y habrás entendido que si nos atacaran, resistir no será tan fácil —empezó Leónidas, deteniéndose un instante para dar a su interlocutor forma de discutir, en el supuesto que tuviera una opinión contraria. Pero Aristodemo estaba de acuerdo y se limitó a asentir. El rey continuó.

—Deberíamos encontrar algún expediente, incluso no precisamente ortodoxo, para quitar eficacia al asalto o si no, si fuera posible, para impedirlo por completo. A fin de cuentas, son ellos quienes han venido a invadirnos. Nosotros no les hemos provocado en forma alguna. Somos una tierra muy pequeña de Asia, con recursos infinitamente menores a disposición, y por lo tanto es lícito recurrir a cualquier instrumento para defendernos.

El amplio preámbulo del soberano asombró a Aristodemo y le llenó de curiosidad. Parecía de verdad que Leónidas quisiera justificarse con él por el encargo que iba a asignarle, y esto era lo último que habría imaginado de su rey.

—Respeto a la flota —retomó Leónidas—, nosotros tenemos alguna posibilidad más concreta de ser, digámoslo así, arriesgados. En relación con ellos, tenemos la posibilidad de acercarnos físicamente a algún comandante enemigo. ¡Incluso al propio Jerjes! Es la única alma de toda la empresa, él lo ha querido, y sin él los persas se ocuparían de sus asuntos y no habrían venido a buscarnos. Y no dudo que si muriera él ninguno de sus comandantes, de sus hermanos o de sus familiares más cercanos tendría la gloria y la autoridad para seguir la invasión. Grecia estaría libre. Así que quiero a Jerjes muerto.

»En batalla, podemos excluir que Jerjes quiera correr riesgos. Seguramente no es como un rey espartano o como cualquier otro comandante en jefe helénico, que combate en primera fila y afronta la muerte a la par que sus primeros hombres. Pero en su campamento se siente seguro. Claro está, dispondrá de un abundante grupo de guardias personales, y es improbable que lo dejen a solas ni siquiera un instante. Pero ninguno, entre los persas, se espera que los griegos intenten matar al emperador

precisamente en el centro de su campamento, e incluso antes de la llegada de la hostilidad».

Aristodemo lo había entendido ya.

Por lo menos, había entendido que su vanidad, más que su habilidad en competiciones deportivas, lo había llevado a un problema serio.

—A mí me sirven un par de hombres —retomó el rey—, dotados de sangre fría y nervios de hierro, de inteligencia y astucia, de velocidad y resistencia. Dos hombres capaces de atravesar las vallas del ejército enemigo, llegar al pabellón de Jerjes, eludir la vigilancia, matarlo y posiblemente volver vivos. Y uno de esos dos hombres no puede ser otra persona que tú, Aristodemo.

Aristodemo había percibido una horrible sensación en el estómago, desde que Leónidas había dicho su nombre. Y casi no le siguió escuchando mientras enumeraba los motivos de su elección.

—Tú has demostrado todas estas características en las competiciones que has ganado, manteniendo la calma hasta el final y consiguiendo un resultado cuando parecía que no podías seguir, diferenciándote en más especialidades y manteniendo la concentración durante varios días seguidos. Te he ido observando desde hace tiempo con una cierta distancia. Eres justo el hombre que necesito, Aristodemo, y es más, te diré que si no hubiera tenido a uno como tú entre mis hombres quizás tampoco se me habría pasado por la mente esta idea.

«Así que éste era el premio de Leónidas para el vencedor del pentatlón», pensó Aristodemo. «Bonito premio: morir antes que los demás. Nada que ver con el escudo de oro y plata. Aquello era la fachada, para mostrar que al vencedor le esperaba algo concreto, tangible, envidiable. Probablemente también el más exaltado de los espartiatas se habría empeñado para vencer si hubiera sabido qué tipo de recompensa le habría reservado Leónidas».

Las palabras del rey le dieron confirmación.

—Naturalmente, tendría un pésimo efecto en la moral de los hombres si la empresa no se llega a conseguir y se viene a saber. Es necesario, y estoy seguro que tú lo comprenderás, que nadie sepa qué es lo que has ido a hacer al otro lado del Asopo, a menos que tú no lo consigas, naturalmente. Por lo que te pido por favor que no digas una palabra a nadie. Sé que te pido un sacrificio enorme, y encima te privo también de un justo reconocimiento por tu coraje, pero la nuestra es una empresa desesperada y necesita de gestos desesperados. Por otro lado, nuestra tradición nos ha enseñado que el individuo no cuenta frente al bien común, y esta vez hay en juego no sólo el bien común de Esparta, sino de toda Grecia.

Calló, y fue evidente que se esperaba escuchar la voz de Aristodemo. Éste miró a Deniece, y la espada que le colgaba en el costado, y pensó que habría sido fácil extraerla de la funda y usarla para clavársela al rey. Era su ocasión, casi seguramente

la última que habría tenido jamás. Si tenía que sacrificarse, prefería hacerlo por Gorgo más que por Grecia.

Deseaba matar a su rey, y ahora su rey le enviaba a matar a otro rey. Si Leónidas hubiera sido lo que a todos parecía, lo habría considerado un honor, quizás, ser elegido para atacar en el corazón del enemigo. Pero ya que conocía la real personalidad del soberano *lacedemón*, no podía hacer otra cosa que considerarse un sicario. Quizás sólo el último de una serie.

Deniece era observador y escrupuloso, pero no con él, uno de sus más queridos y viejos amigos. Su espada estaba allí, al alcance de la mano, lo mismo que el vientre de Leónidas, más fácil de clavar en ese momento que cualquier otro objetivo que hubiera tenido jamás que alcanzar. Estaba la salvación de Gorgo en juego.

Y sin embargo...

Y sin embargo, si había un comandante en condiciones de detener a los persas por medio de un sicario o en batalla, parecía que tenía que ser justamente Leónidas. Y el futuro de Gorgo no habría sido mejor, quizás, como esclava de un sátrapa persa.

—Me honra que me hayas elegido para un trabajo tan importante y delicado, majestad, y espero estar a la altura de tus expectativas —terminó por decir, y las palabras le salieron de la boca casi espontáneamente, si bien con retraso.

—La elección de quien te acompañará —respondió aliviado Leónidas—, te pertenece a ti. He tenido modo de constatar que eres un buen juez y, además, quiero estar seguro de que haya plena colaboración entre vosotros. Podrías elegir al *hoplita* que generalmente está a tu lado cuando combates, por ejemplo ¿Cómo se llama?

—¿Eurito? Sería una buena elección, son muy amigos y también él es un soldado con muchas cualidades —intervino Deniece que, sin embargo, miró inmediatamente a Aristodemo para tener confirmación.

Lo último que Aristodemo deseaba era condenar a muerte a su amigo más querido. Pero era junto a él que habría querido afrontar las pruebas más difíciles y, además, sabía que lo haría doblemente feliz pidiéndole que le acompañara. Eurito le había cogido cariño de forma casi morbosa y creía ciegamente en el modelo espartano, dos buenos motivos para que se sintiera orgulloso participando en la empresa.

—Sí, claro, Eurito es mi compañero ideal en la falange. Lo será también en este asunto —declaró.

Detrás de las líneas enemigas

Como Aristodemo había previsto, Eurito se mostró entusiasta. A la vuelta, sus dos amigos lo habían encontrado todavía con las piedras bajo los brazos y a Aneristos tras él, junto con otros dos desventurados elegidos por el feroz oficial que le apoyaban en el particular adiestramiento.

Le habían puesto a un lado y le habían explicado qué es lo que se esperaba de él, mientras Aneristos desahogaba sobre los otros dos soldados su propia ira por haberse visto una vez más superado. Al principio, Eurito no había querido creerles, y Deniece había tenido que hacer uso de su autoridad para convencerle de que el asunto no sólo era verdad, sino también previsto para aquella misma noche.

A Aneristos el colega le dijo sólo que sus dos subordinados habían sido escogidos para un servicio temporal en la *pentekostyes* real, ya que se necesitaban dos infantes pesados en posición avanzada al otro lado de Antela. Luego Deniece sugirió a Eurito que fuera a descansar durante lo que quedaba de día y dispensó también a Aristodemo de su rutina normal, citando a ambos al calar el sol en la puerta oriental.

Los dos elegidos consiguieron eludir las petulantes preguntas de Alfeo y Marone, cuya atención, por otro lado, se vio bien pronto atraída por el espectáculo de los persas alineados un poco más allá de Antela, donde la llanura traquina empezaba a abrirse. Los persas estaban demasiado lejos para que los defensores pudieran diferenciar con claridad su equipamiento, pero la enorme máquina oscura que temblaba bajo el sol constituía, sin que ningún griego tuviera dudas al respecto, la respuesta psicológica al exhibicionismo heleno. Esta, al menos, fue la convicción de Leónidas, que dio orden a los arcadios de retrasar ligeramente la posición, sin entrar.

—El rey está seguro de que no nos atacarán hoy —dijo Deniece a Alfeo y Marone, que le atormentaban para conocer las decisiones del Estado mayor—. No son sólo los auspicios que ha recibido de Megista esta mañana los que lo han convencido en este sentido, sino también su buen sentido común. Desde Artemisio ha llegado hace poco la noticia de que las naves enemigas todavía no se han visto. Jerjes intenta sólo asustarnos, como hemos hecho nosotros con nuestras pequeñas exhibiciones.

Los soldados, mientras tanto, se amontonaban a lo largo del muro focense, unos sobre los andamios, otros intentando mirar a través de las hendiduras, algunos incluso aventurándose en las aguas pantanosas. Todos estudiaban fijamente el horizonte occidental para hacerse una idea del enemigo que, por primera vez, aparecía ante ellos imponente. Incluso el macizo de Kolonos se llenó de hombres, así como las laderas más accesibles de las montañas cerca de la muralla. Otros llegaron a cruzar la barrera para acercarse donde los arcadios, quienes por su parte seguían impertérritos

la ejecución de los ejercicios.

Todos se preguntaban si aquella mancha oscura que veían a lo lejos era todo el ejército persa o solo una parte, y cuánto modesta era en relación a la totalidad de la armada. Desde aquella distancia era incluso imposible entender si había combatientes a caballo, y en qué porcentaje. Aquello favoreció la difusión de un temor angustiante sobre un enemigo misterioso, todavía incierto en sus rasgos y por lo tanto más temido todavía, a diferencia de los gestos arrogantes que hombres como Alfeo y Marone habían realizado en los días anteriores.

A primera hora de la tarde llegó la noticia de que la flota persa había aparecido en el sur de la península de Magnesia, deteniéndose a la altura de Afetes después de haber transitado entre la costa y la isla de Sciato. Unas horas más tarde, delante del muro focense se habían quedado sólo los centinelas que estacionaban allí permanentemente. Los persas se habían volatilizado desde hacía poco, sin que al Estado mayor griego le hubiera llegado ningún mensaje de Jerjes. Los hombres estaban ya ocupados en otros menesteres, y muchos se apresuraban en ir a cenar con la intención de pasar cuanto más tiempo fuera posible junto al fuego, quizás en su última comida.

Aristodemo y Eurito habían cenado separadamente y antes que los demás. En cuanto llegó la oscuridad se presentaron en Alpenos, donde les esperaba Efiates, asignado como guía por Deniece. Llevaban sólo la espada, en la funda colgada como una bandolera, y un puñal en la cintura del *quitón*. Ambos se encontraban concentrados. El corazón les latía con fuerza, veloz, y su estómago se mostraba cerrado debido a los nervios. Tener conciencia de la probabilidad de una muerte inminente les rendía taciturnos y sombríos. No le ocurría lo mismo a Efiates, más charlatán que nunca.

—Aquí estamos, soldados —les dijo, frotándose las manos—. ¿Estamos listos? No podemos seguir un recorrido por la llanura porque la luna estará casi llena y podríamos ser descubiertos por sus centinelas más avanzados. Así que tomaremos una vía montañosa que los pastores conocemos muy bien. Se trata de llegar muy alto, pero nos conviene superar Traquinia sin correr el riesgo de ser vistos hasta el último momento.

Acordaron con el presidio focense de Alpenos la palabra secreta para poder regresar y luego comenzaron la escalada. Dejaron a un lado las Nalgas Negras, subiendo una estrecha vía delimitada por arbustos y ramas secas que cedieron el paso progresivamente a matorrales y árboles, tan espesos que impedían que la luz de la luna penetrara. Tenían los ojos clavados en la antorcha que Efiates sujetaba en la mano, si bien los dos amigos consideraban suficiente prestar atención a su voz, que no cesaba de acompañarlos. Era como una campanita colgada del cuello que marcaba la presencia del malio también cuando, ante curvas y piedras, no era posible

diferenciar su sombra.

De todos modos se movían con rapidez, favorecidos por el armamento ligero y por el perfecto conocimiento de los lugares que Efialtes demostraba tener. Al cabo de unos kilómetros dejaron de subir y se adentraron por una foresta de pinos, tan espesa que a menudo la antorcha de Efialtes desaparecía de su vista. El camino no tardó en subir de nuevo y la vegetación fue bajando en altura conforme se acercaban a la cumbre. El malio les dijo que el monte Anopea llegaba a una altura de casi siete estadios, y precisamente de ahí venía el nombre del sendero que estaban recorriendo.

Los dos espartanos hubieran preferido que su guía estuviera en silencio de una vez por todas, para poderse concentrar y formular un plan de actuación y quizás con ellos salvar la piel. Pero no hubo manera. Sólo cerca del Asopo, Efialtes disminuyó su conversación y habló con un tono de voz más bajo para no llamar la atención de eventuales centinelas persas. Bajando hacia Traquinia el malio los condujo por una garganta estrecha, al fondo de la cual discurría el Asopo, cuyo cauce estaba delimitado por dos paredes rocosas de una montaña que parecía dividirse en dos. El caudal era bajo, por lo que pudieron cruzarlo con el agua hasta la cintura para luego comenzar a subir durante un tiempo breve.

Llevaban caminando desde hacía cinco horas cuando aparecieron los contornos de Traquinia. Poco después en sus ojos asomaron los reflejos de miles y miles de fuegos diseminados por una amplia llanura que se abría delante de la ciudad. Los límites del campamento persa estaban bien definidos por el parpadeo del perímetro, de forma vagamente trapezoidal, caracterizado por una rigurosa cadena de fuegos. Dentro, en cambio, eran pocos los puntitos que todavía brillaban. Los tres no pudieron evitar reflexionar sobre el espectáculo que el campamento persa les ofrecería en pocas horas, cuando todos los campamentos estuvieran operativos.

Fue entonces cuando Efialtes dijo la primera cosa de verdad pertinente con la empresa: les esperaría allí, hasta las primeras luces del alba, o lo que era lo mismo, durante no más de cinco horas. Después, si no les veía llegar, intentaría averiguar si la empresa no había logrado su objetivo, o si lo había conseguido pagando ellos con sus propias vidas. Luego regresaría para informar a Leónidas.

—Esto es lo que he acordado con Deniece —concluyó, y fue tal el alivio de sus interlocutores ante la perspectiva de no tener que volver a escucharle, que no tuvieron nada que objetar.

Aristodemo y Eurito vieron que a partir de ese momento todo era llanura, con bien pocos puntos cubiertos para poder avanzar sin que sus sombras fueran vistas. Por suerte, después de salir fuera de las selvas de Anopea y de la garganta del Asopo habían encontrado la luz de la luna notablemente debilitada. En el cielo, de hecho, se concentraban muchas nubes en movimiento, suspendidas por una perturbación proveniente del norte. Procedieron con cautela, doblados sobre el tronco y las

rodillas, deteniéndose unos instantes cada vez que encontraban un árbol, un matorral, unos viñedos o unos olivos.

La idea era reemplazar a dos centinelas y esperar el momento oportuno para acercarse al pabellón real. Como persas, sin embargo, no resultarían creíbles durante mucho tiempo, ni siquiera en la oscuridad de la noche, y sobre todo si se vieran obligados a hablar. Acordaron, por lo tanto, recurrir a la identidad griega, haciéndose pasar por jónicos, macedonios o tesalios. En cuanto a superar el último impedimento, o lo que era lo mismo, los guerreros de guardia en la entrada de la tienda, se trataba de distraerlos de algún modo, y los dos decidieron que uno de ellos lo haría mientras el otro penetraba en la tienda y eliminaba al objetivo.

Un juego de niños.

Establecieron bordear el perímetro del campamento hasta que encontraran un puesto de guardia con tres centinelas como mucho, para buscar ropas con que cubrirse sin tener que enfrentarse a pelotones demasiado consistentes. Con el primero que vieron no tuvieron suerte: los guardias eran cuatro, y uno de ellos, con un turbante en la cabeza y una faja anudada en la cintura, daba la impresión de ser un oficial. Siguieron por su camino, hacia el oeste, para buscar otro puesto de guardia más abordable. El siguiente, a un par de estadios de distancia, estaba presidido sólo por un soldado y aquello los obligaría a tener que repetir la operación en otro lugar. Así que tampoco hicieron nada.

En el tercero que vieron, todavía dos estadios más al oeste, encontraron a tres soldados y un par de ellos parecían estar allí por casualidad. Su posición era relajada y llevaban sólo una cimitarra en el costado, mientras que el tercero, que sí se mantenía rígido a pesar de estar conversando con ellos, estaba armado con un arco y una lanza. Además, los dos visitantes más bien parecían áticos.

Aristodemo y Eurito se miraron y asintieron al unísono. Si los dos guerreros podían marchar por el campamento libremente y no estaban obligados a permanecer en ningún lado de forma obligatoria, constituirían una cobertura ideal. Aristodemo le hizo una señal a su compañero para que avanzara, deslizándose por la hierba alta que les ocultaría hasta estar situados a pocos metros de distancia del objetivo.

El verdadero problema no era eliminarlos a los tres, sino hacerlo sin que alguno diera la alarma. En un instante podían acabar con dos, pero el tercero tendría tiempo suficiente de gritar antes de ser asesinado a su vez. Establecieron que Eurito se ocuparía del centinela, el único soldado lúcido y por lo tanto el objetivo más difícil. Aristodemo se concentraría en los otros dos, dejando para un segundo momento aquel que le pareciera más borracho.

Saltaron a la vez, como habían aprendido combatiendo uno junto al otro en la falange. Para Eurito fue casi banal saltar encima del centinela y plantarle el puñal en el costado todavía antes de que éste se diera cuenta de que estaba padeciendo un

asalto. Para evitar equivocaciones, le puso la mano delante de la boca mientras se lo hundía y la dejó allí hasta que, después de haber clavado repetidamente el arma y haberla girado en su cuerpo, vio cómo la expresión de sorpresa y terror había dejado sitio a una mirada vidriosa e inanimada.

Eurito fue tan rápido que pudo ver qué es lo que estaba haciendo su compañero. Aristodemo se había abalanzado sobre los otros dos por la espalda. De un solo salto había traspasado con el puñal la espalda de su adversario, agarrando al compañero con el otro brazo y tirándolo al suelo con el peso de su propio cuerpo. Una vez en posición horizontal, había extraído el arma del cuerpo del primero y se la había clavado al segundo, atontado por la caída, sin darle la posibilidad de emitir un solo gemido.

Eurito dirigió su mirada al interior del campamento, para verificar cuánta gente estaba todavía despierta dando vueltas o lo cerca que estaban los jergones más próximos. Montones de provisiones, instrumentos de trabajo, armas y carros se alternaban entre cuerpos de soldados adormilados y tumbados por el suelo, caballos y animales de tiro, tiendas de hojas y con estilos diferentes, improvisadas cabañas de juncos, travesaños de madera, paja o mimbre. De todos modos, por los alrededores no parecía que hubiera nadie en movimiento.

Aristodemo lo zarandó con un golpe sobre el hombro, exhortándolo a coger la indumentaria de los soldados muertos. Se pusieron un blusón de mangas largas sobre una túnica drapeada, sin mangas y larga hasta la rodilla. Se resignaron a ponerse en la cabeza un sombrero de piel que parecía realizado con la de un pequeño animal a quien le habían quitado las piernas. Estaba dotado de largas orejeras, con las que ambos jugaron un rato para entender su funcionamiento. Cuando Eurito las lió alrededor del rostro, como si fuera una bufanda, entendió que podían ser muy útiles para esconder sus rasgos, que eran de todo menos orientales.

Lo que no consiguieron ponerse fueron los calzones. Aristodemo, particularmente, tuvo grandes dificultades para ponérselos. Su víctima, por otro lado, tenía piernas mucho más cortas que las suyas y el tiro le llegaba hasta mitad del muslo. La túnica, al menos, celó una parte vergonzosa del espectáculo, que suscitó en Eurito un motivo de risa pese a las circunstancias.

Una mirada seria de Aristodemo devolvió al amigo la concentración que necesitaba.

—Estos ridículos sombreros —susurró luego en el oído de Eurito—, podrían incluso consentirnos llegar hasta la tienda de Jerjes, pero si hay que hablar, acabaremos mal. Hagamos cómo está establecido y, una vez que localicemos al objetivo, volvemos a ser griegos con el *quitón*. Ven, busquemos un poco por aquí por si hay restos de presencia helena, sólo para estar seguros. Yo que sé, soldados que duermen en *stromata*, algún escudo de *hoplita*, un casco de *hoplita*...

Eurito asintió, y ambos escondieron su propia espada bajo la camisa, dejando a la vista la cimitarra. Se insertaron en el campamento con extrema circunspección. El desorden era tal que los dos se sentían, paradójicamente, más seguros en aquel ambiente que en la llanura al margen del campamento, donde se habían movido sin protección alguna. En el campamento, de hecho, había todo tipo de obstáculos tras los que se podían esconder para evitar encuentros con otros soldados que no tenían ganas de dormir o que, por algún otro motivo de servicio, se veían obligados a estar despiertos.

Caminaron bastante, descubriendo que también el ejército persa estaba dividido en sectores, asignados cada uno a un contingente nacional, si bien no tenían capacidad suficiente para reconocer y diferenciar las diferentes razas. Vieron personas con la piel oscura, animales extraños con el cuello largo y joroba sobre los que ya habían oído hablar. Vieron un gran número de escudos curiosos, en gran parte pequeños y con forma de media luna, o enormes y rectangulares. Vieron armas inusuales para Grecia, como hachas con dos puntas, lanzas igualmente con dos puntas, mazas de hierro, o capas extrañas iguales que las que llevaban puestas.

En cambio no vieron cascos corintios, ni panoplias de *hoplita*. Quizás no eran tantos, como se decía, los griegos que se habían unido a Jerjes. Luego, sin embargo, a Aristodemo se le ocurrió que instintivamente el Estado mayor persa los podía haber predispuesto en un sector justo en el centro del campamento, para evitar que pudieran fácilmente comunicar con el exterior. Por lo tanto, se dirigieron con paso firme hacia allí, donde presumiblemente encontrarían también el pabellón del soberano.

Pero cuanto más avanzaban, más aumentaban las posibilidades de cruzarse con soldados todavía en movimiento o incluso civiles que seguían a su ejército. Vieron, poco iluminados por los fuegos todavía encendidos, pelotones de guerreros o sencillos trabajadores y artesanos todavía ocupados. Aquello les obligó a cambiar de ruta, y a esconderse temporalmente detrás de montones de materiales o grupos de animales. Y cuando no encontraron donde ocultarse, los disfraces que llevaban puestos les consintieron pasar inobservados. Procedieron casi en zig-zag, sin una meta establecida, orientándose con la única sombra de las montañas situadas al oeste para establecer donde estaba el mar y, con aquel, el final del campamento.

Luego, por fin, equitaciones familiares se aparecieron ante sus ojos acostumbrados a la oscuridad. Se trataba de unos cascos con modelo beocio, un modelo sencillo con faldas amplias utilizado no sólo en Beocia sino también por los tesalios y los macedonios. No muy lejos, algunos hombres dormían en su *stromata*. No podía haber dudas sobre su estirpe helena.

Escondiéndose detrás de una montaña de jarrones, se liberaron de indumentaria y cimitarras, quedándose únicamente con la túnica, que a simple vista podía intercambiarse con un *quitón*. El problema era que los macedonios solían llevar por

regla general el *exomis*, un modelo de túnica atada encima del hombro derecho. Así que con el cuchillo Aristodemo realizó un corte a la altura del hombro de su amigo, arrancando un trozo del vestido. Luego hizo lo mismo con el suyo. En la oscuridad, nadie se daría cuenta de que se trataba de una prenda rota.

—¡Vosotros dos! ¿No tenéis nada mejor que hacer que ir a dar una vuelta por el campamento? Ir a dormir, que en breve se combatirá. —El centinela los había visto y se había acercado a ellos, apostrofándoles en voz baja para no despertar a los conmlitones. Lo suyo era griego, pero el griego duro y puntiagudo de los macedonios.

—La verdad es que íbamos a darnos un baño —respondió Aristodemo con rapidez, intentando imitar el dialecto—. ¿No está prohibido, no?

—Haced como queráis, pero a los que mandan no les gusta que los hombres no descansen durante la noche —respondió aquel, haciendo con la cabeza un gesto a su derecha e indicando de esta forma, inconscientemente, en que parte se encontraba el objetivo de Aristodemo y Eurito.

Hicieron como que seguían su camino hacia la playa, pero poco después giraron hacia la izquierda. A las pocas decenas de metros se encontraron entre las tiendas de elegante factura y de amplio perímetro, una clara señal de que habían entrado en el sector reservado a los altos dignatarios, que parecía que abundaban en el ejército persa. Era sabido, de hecho, que Jerjes se había llevado consigo a muchos exponentes de la casa real: hermanos, hermanastros, primos y familiares de todo tipo, siendo muchos los que cubrían cargas de primer grado en el Estado mayor o estaban a la cabeza de alguna *satrapía*^[34]. En aquella selva de pabellones de prestigio, sin embargo, diferenciar el real de uno cualquiera de un alto dignatario parecía algo imposible. Por el contrario, cualquiera que hubiera querido emularlos infiltrándose en el campamento griego no habría tenido dificultad en encontrar el pabellón de Leónidas, y no sólo debido a las modestas dimensiones de las fuerzas helenas. De hecho el rey era el único que tenía una tienda. Incluso el polemarco y los pentecontarcas dormían a la intemperie como cualquier otro soldado.

Culpabilizándose por su ingenuidad, los dos espartanos siguieron observando la magnificencia de los alojamientos del Estado mayor persa, intentando encontrar alguna señal que les permitiera distinguir la del soberano. Había alguna tienda más grande que las otras, pero todas daban la impresión de poder pertenecer a un dignatario importante. Y todas presentaban al menos dos guardias en la entrada.

Era necesario también hacerlo deprisa, para evitar que alguien notara su movimiento en los alrededores y sospechara. Por lo que se pusieron a caminar dando tumbos, como si estuvieran borrachos. Parecía una forma para justificar su recorrido y un pretexto válido para proceder lentamente, mirando a su alrededor.

Lo que paralizó a Aristodemo, al final, fueron dos soldados que estacionaban

delante de las tiendas más imponentes. No eran soldados comunes. También los otros guardias le habían dado la impresión de formar parte de unidades especiales. Pero aquellos dos parecían componentes del cuerpo definido como el de los Inmortales. De ellos se decía que un regimiento, el de los lanceros reales, era la guardia de honor del soberano.

Los dos amigos notaron, antes que cualquier otra cosa, su melena que salía de un gorro cilíndrico azul. Ésta quedaba dividida en trencitas extremadamente elaboradas. Luego se dieron cuenta que la barba tenía el mismo aspecto. Por el resto, los dos soldados tenían el arco y la aljaba colgada y llevaban una toga labrada de color púrpura, con una banda blanca en el centro y larga hasta las pantorrillas, bajo la que afloraban los pantalones de color carmesí y los zapatos amarillos cerrados. El débil resplandor de la luna y de los fuegos resaltaba los destellos de los collares y de los brazaletes dorados que llevaban y la empuñadura de plata que constituía la parte final de su lanza. Este último detalle se notaba con extrema claridad, porque los dos guardias no tenían su arma apoyada en el suelo sino sobre los hombros, con la punta mirando abajo, como si estuvieran listos para disparar de un momento a otro. En el brazo izquierdo llevaban en cambio un escudo oval, pero con dos semicírculos cortados lateralmente. En la cintura, detrás de este, se veía la empuñadura de un puñal que Aristodemo pudo observar con detenimiento, notando que estaba marcada con un dibujo de dos cabezas de león divergentes.

Los dos guardias estaban situados en la parte frontal del alojamiento, mientras que los otros tres lados parecían desprovistos. Aristodemo dio un codazo a Eurito y con un fugaz gesto de la cabeza le hizo entender que con toda probabilidad aquel era el pabellón que estaban buscando. El amigo asintió y se dispuso para el teatrillo que habían preparado. El escenario estaba situado a pocos metros de distancia de los dos guardias.

—Yo aguanto mejor que tú, te digo —dijo a Aristodemo con la voz temblorosa propia de un borracho, dándole un empujón.

—¡Pero qué dices! ¡Has bebido un vaso y mira en qué condiciones estás! ¡Ni siquiera te tienes en pie! —le respondió Aristodemo, empujándolo a su vez.

Los dos guardias giraron apenas la cabeza, atraídos por los movimientos de las dos figuras más que por el insignificante ruido que hacían. No entendían una palabra de lo que decían, pensó Aristodemo, pero no podían tener dudas sobre el hecho de que tenían delante a dos borrachos.

—No es verdad que voy contento, ¡estoy perfectamente bien! —replicó Eurito, aparentando que le costaba ponerse de pie.

—¿Ah, sí? Pues demuéstremelo —dijo el otro.

Entonces Eurito se movió, tambaleándose hacia los dos guardias, los cuales se pusieron en alerta levantando el asta de la lanza del hombro.

—¿Os parece que voy contento, eh? —les dijo, intentando alargar los brazos para quitarles el gorro. Aquellos al principio quisieron esquivarle con las lanzas, pero para no herirle le empujaron al final con el escudo. El espartano recibió más de un empujón, acabando en el suelo y levantándose inmediatamente para volver a la carga. Los dos persas, por su parte, se estaban también divirtiendo con aquel comportamiento, y parecía que le provocaban en voz alta. Demasiado alta, en efecto, para dos soldados que sabían que tenían al soberano justo detrás.

Aristodemo vio que las cosas iban tal y como tenía previsto. Por un instante había temido por Eurito, pero era también razonablemente seguro que los persas no pretendieran crear motivos de roce con los aliados griegos. Siempre tambaleándose, se acercó a un lateral del pabellón, desapareciendo de la vista de los dos guardias, y se puso a observar el borde de cuero, que más bien cerraba la tienda en el suelo. Cuando vio una fisura suficientemente amplia para poder meter un brazo, extrajo el cuchillo y la cortó en vertical, abriéndose un hueco por donde entró.

Se encontró casi completamente en la oscuridad, en una gran sala iluminada sólo por un brasero a punto de apagarse. Con mucho cuidado se dirigió hacia la fuente de luz, arrancó de una silla un reposabrazos de madera y avivó el fuego para posteriormente utilizarlo como si fuera una antorcha. Cuando pudo mirar a su alrededor vio a un lado del pabellón un trono dorado y lleno de piedras preciosas, y constató con satisfacción que se encontraba en el sitio exacto.

Se trataba, por ahora, de encontrar a Jerjes, y de encontrarlo rápidamente si no quería que aquellos dos de allá fuera se cansaran de jugar con Eurito y le hicieran añicos.

Vio que el alojamiento tenía una zona de noche en la pared posterior, dividida del resto del ambiente por cortinas gruesas. Se acercó con circunspección, después de haber apoyado la antorcha en el brasero para evitar que se notara su luz. Cogió con la mano el puñal y se pegó a la tienda para meter sólo la cabeza. Delante de él vio una cama.

Estaba vacía.

Ahora ya no se sentía tan tranquilo. Había que salir de aquel enredo sin ni siquiera tener la tranquilidad de haber culminado el encargo. Si Leónidas lo hubiera visto, no lo habría definido como un tipo que sabía controlar sus nervios. Dio un puñetazo a la cortina y siguió mirando a su alrededor antes de certificar que en el ambiente más pequeño el rey no estaba. Así que volvió sobre sus pasos, y con la antorcha en las manos dejó a un lado cualquier escrúpulo, mirando en cada esquina y apartando los muebles auxiliares tras los que alguien podía haberse escondido.

No fue visto por nadie, porque no había nadie que lo pudiera ver: la tienda estaba vacía.

Fuga del campamento persa

—¡Vamos, vamos! —dijo Aristodemo a Eurito, simulando todavía una gestualidad propia de un borracho. Después de haber salido precipitadamente del pabellón por el agujero por el que se había metido, había retomado su movimiento oscilante para llegar hasta donde estaba su compañero.

Los guardias todavía seguían zarandeándolo con los escudos como si fuera una pelota, empujándolo de uno a otro y acompañando el juego con risas y comentarios incomprensibles, pero seguramente sin ninguna nota de admiración. La ausencia del rey, probablemente, les había llevado a perder un poco la compostura y concederse un poco de diversión.

Eurito, por su parte, parecía que no reaccionaba y se dejaba zarandear como un peso muerto, acentuando todavía más sus movimientos oscilantes. Cuando entró en escena Aristodemo, también él se dejó dócilmente sujetar por el brazo del amigo para dejarse llevar. Los persas siguieron riendo pero, ya contentos con la diversión, no hicieron ningún gesto por detenerles, limitándose a reírse algo más de ellos hasta que los dos griegos salieron de su campo de visión.

—¿Ha salido todo bien? —preguntó Eurito en cuanto tuvo la posibilidad.

—¡Qué dices! No estaba en la tienda, aunque era la suya —respondió Aristodemo, desconsolado.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó el otro, preocupado.

—¿Qué vamos a hacer? Si no nos pillan antes, tenemos que averiguar dónde está Jerjes ahora, sea como sea.

Precisamente en ese momento escucharon unos gritos a lo lejos, y vieron unas siluetas moverse frenéticamente en la oscuridad. Había muchas posibilidades de que todo aquel ruido fuese consecuencia del descubrimiento de los cadáveres que habían dejado en la frontera del campamento. Tenían que esconderse, y rápidamente.

Estaban en el borde de la zona destinada a los altos mandatarios. Las tiendas eran más modestas pero de factura aproximativa y carentes de protección, aunque constituían de todos modos una evidente diferencia frente a los sectores donde los hombres dormían a la intemperie. A su alrededor la gente comenzaba a despertarse debido a los gritos que se propagaban de sector en sector. Estaba claro que los contingentes se estaban pasando el aviso de la presencia de extraños en el campamento.

Los dos espartanos irrumpieron en una tienda junto a la que se encontraban en aquel momento. Estaba oscuro en su interior y sus narices percibieron inmediatamente un hedor nauseabundo parecido al de la descomposición que otras veces habían percibido en los campos de batalla el día después del enfrentamiento.

Dudaron un solo instante antes de extraer los puñales y avanzar a tientas en busca de alguien a quien clavárselos en la garganta. El primero que se tropezó con un cuerpo humano tumbado fue Eurito, que terminó sobre alguien. Antes de que pudiera emitir un sonido le agarró por el cuello, dejándole percibir la hoja en el rostro. Inmediatamente después también Aristodemo pisoteó literalmente a otra persona, que emitió un grito ahogado antes de que el espartano le reservara el mismo trato.

—¿Alguien habla griego? —dijo Aristodemo.

Silencio.

—Lo repito por última vez. Luego corto en dos la cara que en estos momentos estoy agarrando con el brazo. ¿Alguien habla griego?

—Yo soy griego —escuchó que decía el prisionero de Eurito.

—Enciende una luz, rápido. Eurito, levántate con él y sigue sujetándolo —ordenó Aristodemo.

Eurito no aflojó ni un instante la sombra que tenía agarrada, dejando sólo que un brazo avivara el brasero en el que un débil fuego ardía todavía bajo las cenizas. En breve se difundió una tenue luz que permitió a los dos espartanos descubrir qué es lo que tenían delante.

No se trataba de dos combatientes. Ambos, con una constitución fina, se diferenciaban únicamente en los rasgos físicos y en la edad. El griego que había terminado en las manos de Eurito era joven, el otro viejo y con rasgos orientales, calvo, con una larga barba blanca y bien cuidada. A los dos espartanos les pareció que también había una tercera persona en la tienda, pero luego vieron que se trataba de un cadáver tumbado sobre una mesa y con una profunda herida en el pecho, alrededor de la que se veía una mancha amarilla y verdosa y unas marcas. Ante la tenue luz del brasero tenía un aspecto inquietante. A su lado, además, había otra mesa más pequeña con la superficie llena de botellitas y otros líquidos.

—¿Quiénes sois? —preguntó Aristodemo al griego.

El otro miró con una expresión interrogativa al viejo, pero éste no movió un solo músculo del rostro. Era evidente que no le otorgaba permiso para hablar.

El joven se quedó callado, pero después de unos instantes sintió el cuchillo de Eurito que comenzaba a clavarse en el costado.

—Yo soy su esclavo, es uno de los médicos de la corte del gran rey Jerjes.

El otro lo fulminó con la mirada. Aristodemo aflojó su mano y continuó con su interrogatorio.

—Un médico de Jerjes. Bien. Entonces sabréis decirme dónde está el rey ahora.

De nuevo hubo silencio, y esta vez fue Aristodemo quien clavó su arma al hombre mayor. Y el espartano no fue ni siquiera tan tierno, abriéndole un corte de discretas dimensiones en el costado.

—Da igual porque sabrás cómo curarte —dijo, dirigiendo luego la mirada al

esclavo en espera de una respuesta.

—Jerjes ha ido a Afee a buscar a los almirantes como consecuencia de la tormenta... —respondió por fin el griego.

—¿Tormenta? ¿Qué tormenta? —le preguntó Eurito.

—Bueno ha habido una fuerte tormenta en el norte, de un día, y parece ser que la retaguardia de nuestra flota ha sufrido graves daños. Así, Jerjes ha ido a controlar personalmente cuántas naves han llegado enteras al golfo de Maliaco.

Aristodemo y Eurito se miraron incrédulos. Luego el primero observó al viejo lamentarse y se dio cuenta de que estaba perdiendo sangre. Lo dejó ir hacia la mesa donde tenía sus medicinas antes de que siguiera hablando.

—Así que los programas de Jerjes han saltado. Con media flota podría no verse capaz de enfrentarse contra nosotros en el mar —dijo a Eurito.

—Quizás nuestra empresa no ha ido tan mal, después de todo. Si consiguiéramos llevar una información parecida al campamento —respondió este.

—¡Te recuerdo que aquí fuera hay centenares de miles de soldados que nos están buscando! —contestó Aristodemo en un raptó de rabia—. Ahora estos dos nos tienen que servir para encontrar ropa con la que disfrazarnos y pasar desapercibidos, posiblemente con esas cosas que os ponéis en la cabeza y alrededor del cuello —añadió, dirigiéndose en este caso al esclavo.

Los dos espartanos nunca supieron si éste último lo hizo porque era griego también él, por despecho hacia su dueño o por miedo. Pero el caso es que les indicó un montón de ropa rota sucia, con algunas manchas de sangre, que yacían en una esquina de la tienda.

—¿Os referís a las tiaras? Están allí en medio, son los uniformes de algunos soldados muertos que mi amo intentaba curar. Pensaba venderlos —dijo.

A los espartanos no les parecía verdad. Se arrojaron sobre el montón de vestidos, rebuscando para componer un uniforme cada uno. Se dejaron encima aquella especie de *exomis* que habían obtenido, poniéndose encima la camisola y los calzones que a Aristodemo le causaron el mismo problema sufrido anteriormente. Los vestidos estaban en malas condiciones y apestaban hasta ser insoportable el olor, pero a ninguno de los dos se le pasó por la mente mostrar el disgusto que le provocaban.

Se pusieron de nuevo el cuchillo y la espada en la cintura, uno en el cinturón y el otro colgado. No eran armas persas pero esperaban que nadie detuviera su atención en ellos lo suficiente como para darse cuenta. Se dieron la vuelta hacia el centro de la tienda sólo cuando se estaban poniendo las tiaras. Un chorro de líquido con un olor desagradable les cayó a ambos en plena cara, quemándoles los ojos y obligándoles a bajar la mirada unos instantes. Cuando levantaron la cabeza vieron que el viejo persa tiraba al suelo un cubo y que sujetaba una cimitarra apoyada sobre una silla junto a la mesa. Pasándose el brazo por los ojos para limpiarse el agua sucia que todavía le caía

por las mejillas, Aristodemo sacó su puñal y se lo clavó al persa antes de que éste moviera la espada.

El instinto de supervivencia y un intenso picor en los ojos sugirieron a Eurito hacer lo mismo con el esclavo, de quien percibía la respiración fatigosa justo detrás de él. El espartano extrajo el puñal del cinturón y con un rápido gesto del brazo hacia atrás, sin darse la vuelta, se lo clavó al joven en el costado. Éste cayó al suelo con un grito. Luego se dio la vuelta y cruzó la mirada con su víctima, quien imploraba piedad. Sólo entonces Eurito se dio cuenta de que el griego no tenía nada en la mano, ni había intentado dañarles de alguna forma. Mientras tanto, sin embargo, había expirado.

El espartano dudó unos instantes sobre lo que tenía que hacer, hasta que Aristodemo lo agarró por un brazo, moviéndolo con energía.

—¡No hay tiempo para reproches! Vamos, hay que salvar el pellejo.

—Ahora nos estarán buscando todos. Quizás es mejor permanecer aquí, de momento —le respondió Eurito, frotándose los ojos para combatir el fastidio que percibía.

—¿Estás loco? —replicó el otro—. Ahora hay una enorme confusión en el campamento, tenemos que aprovecharla. Quizás ni siquiera se den cuenta de nuestra presencia si damos la impresión de estar también nosotros en busca de los intrusos.

—Entonces cojamos los caballos... —propuso Eurito.

—Excluido. Así llamaremos la atención. No tenemos la indumentaria propia de un caballero. Y además, aquí está lo mejor de la caballería, nos alcanzarían en un instante. De los espartanos se puede decir de todo menos que sepamos montar a caballo —precisó Aristodemo, que seguía también él frotándose los ojos. Luego, tirando una mirada rápida fuera de la tienda, añadió—: Está amaneciendo. Tenemos todavía unos minutos antes de que se vea con claridad y descubran que no somos orientales. ¡Vamos!

Miró la zona de afuera, apartando un poco una esquinita de la tienda. La gente corría de un lado para otro siguiendo los pitidos de una trompeta que, presumiblemente, constituía la señal de despertar y de congregación de los diferentes contingentes. Esperó que no hubiera nadie lo suficientemente cerca para ver de dónde aparecían. Luego hizo un gesto a Eurito y salió con el paso firme, pero se quedó unos instantes en el sitio, disfrutando del aire fresco en los ojos doloridos. El amigo lo siguió inmediatamente y también sus ojos emplearon unos instantes para acostumbrarse al exterior. Juntos, de todos modos, empezaron a caminar con paso rápido hacia las montañas.

Otros soldados, solos, en pequeños o grandes grupos, caminaban a su vez en la misma dirección y con el paso igualmente rápido. Otros, en cambio, procedían hacia el mar. Muchos, se veía claramente, eran griegos. Muchos eran orientales que

escoltaban a grupos de helenos. De cualquier forma, nadie pareció prestarles atención. Caminaban cada vez más rápidos. Asimismo, el número de griegos iba en aumento. Anteriormente los habían buscado por todas partes, encontrándolos con dificultad, y ahora sin embargo salían de todos los rincones.

Vieron llegar a otro grupo de helenos escoltados por algunos persas. Venían hacia ellos de una dirección lateral, y cuando estuvieron a punto de cruzarse uno de los orientales los notó, gritando algo incomprensible e invitándoles con amplios gestos a unirse a ellos. A Aristodemo y a Eurito no les quedó otro remedio que hacerle caso, y fue una suerte que aquel individuo les indicara que se pusieran al final de la fila, donde no había otros persas. De cualquier modo, con los picos de las tiaras se cubrieron la parte baja del rostro para no dar oportunidad a los griegos de reconocerles.

Se quedaron en la columna el tiempo suficiente para escuchar las conversaciones de los helenos y aprovechar para obtener alguna información.

—¿Y piensan que los encontrarán entre nosotros a esos que han matado a los centinelas y han entrado en el campamento? —dijo uno de ellos.

—Bueno, si lo piensas, tiene su lógica. Son seguramente griegos, y para esconderse habrán buscado refugio entre los nuestros —respondió otro.

—¿Y qué harán? ¿Nos matarán a todos para estar seguros? —continuó aquel, que no parecía dotado de una mente particularmente brillante.

—Eres un idiota. Es suficiente reunirnos en unidades y dar modo a los respectivos comandantes para que reconozcan a sus subalternos, ¿no?

—Quién sabe para que habrán entrado.

—Puede que quisieran matar a Jerjes, te diría —dijo otro, mirando a su alrededor con actitud circunspecta—. No sería una idea tan mala.

—A mí no me importa si muere o no —dijo el idiota.

—¡En cambio sería mucho mejor! Así estos persas volverían a su casa y nosotros no nos veríamos obligados a enfrentarnos a los del sur.

—¡Pues claro! ¡Qué se muera esa mujercita que nos quiere llevar a la guerra sin haber cogido nunca un arma en la mano!

—¿Pero habéis visto los personajes que le rodean? A furia de postrarse delante de él hasta chupar el suelo, caminan con el trasero por los aires de forma que no se tengan que agachar otra vez. Es más, caminan directamente a cuatro patas cuando saben que el rey está por los alrededores.

—Y les gustaría que también nosotros hiciéramos lo mismo. ¿Cómo se dice? ¿Postrasi?

—¡Postrarse, imbécil!

—¡Prestad atención a cómo habláis! ¡Uno de estos podría entender alguna palabra de griego! Y por otro lado, asociar las carcajadas a la postración —le reprobó uno,

que parecía ser el más prudente de todos.

Las consideraciones sobre Jerjes y su entorno eran todas del mismo tipo. Por un instante los dos espartanos pensaron que podían confiar en ellos para poder salir de aquel lío en el que se habían metido. Pero, después de todo, habían entrado a formar parte del ejército del gran rey y por tanto alguien podría construirse su propia carrera denunciándolos. Un cruce de miradas entre ellos fue suficiente para concordar que tenían que estar en silencio.

La dirección que seguía el grupo no era la que hubiera preferido Aristodemo y Eurito, que veían las montañas cada vez más cerca. Si bien, a fin de cuentas, cuanto más tiempo pasaran con aquellos griegos fingiéndose persas, mucho mejor sería para ellos. Llegaron hasta el sector predeterminado para la agrupación de la unidad, donde encontraron a otros griegos ya alineados. En intervalos regulares, frente a ellos, se habían establecido varios infantes persas, vestidos como dos espartanos pero, además, armados con un pequeño escudo de media luna y un hacha. Había también un par de oficiales que se diferenciaban por el turbante en la cabeza, la faja anudada en la cintura, los pantalones, y sobre todo por la coraza forrada de lino embutido.

Allí no se podía seguir estando. Y era necesario moverse antes de que los griegos terminaran de alinearse para evitar que los oficiales pidieran a Aristodemo y Eurito que se situaran junto a los otros infantes. Llegados a ese punto, marcharse arrastrándose sin llamar la atención habría sido imposible. Por suerte los dos espartanos eran los últimos de la fila y se valieron de los movimientos de los griegos para ir quedándose atrás sin ser notados, situándose detrás de los carros. Si algún heleno se dio cuenta de que no los tenía detrás no se inmutó, dando quizás por descontado que habían recibido la orden de colocarse en otro lado.

Una vez a resguardo de ojos indiscretos, los dos miraron a su alrededor. La frontera occidental, en la claridad débil de la aurora, parecía estar a algo más que un estadio, pero con aquel movimiento de persas era como si fueran veinte. Aristodemo asumió, por último, que la única solución que podían llevar a cabo era la de dirigirse hacia los centinelas más cercanos, dando la impresión de ser sus sustitutos o refuerzos. Luego deberían asesinarlos y marchar por fin hacia Traquinia.

Lo dijo a Eurito e inmediatamente después empezó a andar, sin esperar una respuesta de su amigo. Éste, por otro lado, no había nunca discutido una opinión suya y no iba a comenzar a hacerlo precisamente en ese momento. Se marcharon con paso decidido hacia un puesto de control que se veía todavía minúsculo.

Un paso, dos pasos, diez pasos, y el puesto de control ya iba apareciendo con dimensiones cada vez mayores. Ningún obstáculo, aparentemente, entre ellos y su objetivo.

Otros diez, veinte pasos, y todavía nada que pudiera molestarles. Sólo hombres que corrían de un lado para otro, y de vez en cuando en sentido contrario, pasando

rápidamente delante de ellos.

Su marcha empezó casi al ritmo de una carrera. Los pasos tenían una frecuencia cada vez más en aumento, y la frontera parecía de verdad cerca, tan cerca que fueron capaces de ver a cinco soldados que la controlaban.

Cinco soldados.

Eran demasiados. Pero se consideraron afortunados porque no eran cincuenta. A fin de cuentas, ellos dos podían valerse del efecto sorpresa. Y, además, parecía el último obstáculo que quedaba y aquello multiplicaba sus fuerzas.

Escucharon gritos.

No prestaron atención. Ni siquiera giraron la cabeza hacia el lugar de proveniencia. Los gritos fueron en aumento, y cuanto más se escuchaban más aceleraban el paso, si bien algún grito comenzó a provenir también de otras direcciones.

Un soldado de expresión incierta se detuvo frente a ellos. Entre los gritos que provenían de atrás y la manera en que ellos corrían, parecía tener intención de detenerles. Aristodemo entendió que habían llegado al momento en que era necesario manifestarse y usar las espadas. Extrajo la suya, que de la funda pasó directamente al estómago del hombre que tenía delante, y ya que había penetrado en profundidad no perdió tiempo extrayéndola, así que agarró la cimitarra que aquel tenía colgada.

Escuchó un ruido de pasos provenir de un lado y el choque de dos armas que se encontraban. Eurito se había defendido del ataque de otro soldado que había salido de la nada y al que había respondido con un golpe letal.

Llegados a ese punto, no les quedó otra salida que correr con todas sus fuerzas contra los centinelas, como si se tratara de los últimos instantes antes del impacto entre una falange y la otra. Estaban a pocas decenas de metros de los cinco soldados, que les esperaban, tres con las lanzas apuntadas contra ellos y dos con las hachas. Extrajeron sus puñales, empuñándolos con la mano izquierda.

«Si Leónidas tiene razón», pensó Aristodemo antes de aventurarse hacia los enemigos «cinco persas son de verdad pocos para hacer frente a dos espartanos». Instruidos durante décadas con ejercicios y enfrentamientos, los dos hoplitas vestidos de persas sabían perfectamente qué podían esperar el uno del otro sin tener que perder el tiempo en decírselo al compañero. Y sabían moverse al unísono sin tener que mirarse, a diferencia de lo que les ocurría a los cinco adversarios, que no sabían contra quién atacar y cómo, y que se miraban los unos a los otros en un intento de coordinar sus actuaciones.

Las dudas anularon la ventaja numérica de los persas pero también la determinada por la disponibilidad de las lanzas, que deberían haber consentido un ataque más profundo respecto a las espadas adversarias y los escudos que los griegos no poseían. El primer ataque con la espada de Aristodemo, hacia la izquierda, rompió el asta de

una lanza, mientras su puñal volaba contra la garganta del soldado que estaba situado más a la izquierda. Eurito fue directamente contra el brazo que tenía el asta más cercana, cortándolo netamente mientras el persa lo levantaba para calar el arma sobre él. Al mismo tiempo, con un rápido movimiento de la espada, evitaba el ataque del adversario por la izquierda, moviéndose luego hacia la derecha para enfrentarse al persa situado más en el exterior. Éste intentó sin suerte arrojar su propia hacha contra la cabeza de Eurito. Erró y el peso del arma lo tiró hacia delante, permitiendo al griego agarrarle el borde del escudo y tirarlo al suelo, donde lo remató con el puñal. Y no necesitó ni siquiera girarse para enfrentarse al otro soldado con la lanza. Aristodemo no había considerado al persa a quien le había roto la lanza para poder dedicarse a aquel evitado por su amigo, clavándole la espada en el lateral más expuesto, el derecho, con un movimiento de la mano en horizontal.

El último que podía hacerles daño había abandonado la lanza, ya inservible, y extraído una cimitarra, pero sus movimientos eran poco claros. Aterrorizado, no supo qué hacer cuando los dos espartanos se situaron ante él, salvo mantener el arma en posición de guardia, el escudo hacia delante e ir echándose hacia atrás. No le sirvió para nada. Eurito caló un violentísimo golpe contra su escudo, sólo para distraerlo, mientras Aristodemo realizaba otro de sus ataques horizontales, esta vez a la altura del cuello que un instante después no tuvo cabeza que sostener.

Era el momento de seguir corriendo, también porque un remolino de voces estaba llegando tras ellos. Cogieron los escudos de los muertos y comenzaron a huir, todavía al unísono, como si estuvieran iniciando una carrera en un *stadion*. Continuaron con un ritmo propio de una competición hasta que vieron salir a su encuentro a un par de caballeros, quizás provenientes de un pelotón de vigilancia o bien que habían salido para rastrear el territorio. A simple vista lo único que Aristodemo y Eurito podían apreciar era que parecían unos escitas con armamento ligero, con casacas de cuero, pantalones y, en la cintura, espada larga y un hacha. Colgando de la silla llevaban una custodia con alguna jabalina pero, sobre todo, parecían llevar un arco cruzado, un arma que a buen seguro sabrían usar de forma extraordinaria.

Los dos espartanos no podían ni detenerse ni esperar su carga tumbándose en la hierba alta, y mucho menos permanecer expuestos ante sus flechas. Así que continuaron avanzando, manteniendo elevados los escudos, si bien las cavidades a los lados, características del modelo en dotación de la infantería, no les dejaba en absoluto tranquilos. También los escitas siguieron con su carrera, pero aquello no les impidió tensar el arco y tirar los dardos. Incluso consiguieron lanzar dos cada uno, tanto por la derecha como por la izquierda del cuello del caballo antes de llegar a situarse cerca de los adversarios. La visibilidad era todavía escasa y esto obstaculizó su extraordinaria habilidad. Las flechas silbaron junto a Aristodemo y una se clavó en el escudo de Eurito.

Inmediatamente antes del contacto los dos escitas sacaron las espadas, eligiendo cada uno un adversario. Pero el antagonista de Eurito fue tirado del caballo en cuanto éste recibió en pleno muslo el escudo que pocos metros antes le había lanzado el espartano. El otro, en cambio, consiguió realizar un golpe pero Aristodemo logró que fuera en balde, obligándole a detener la carrera del caballo y a que diera marcha atrás. El nuevo ataque encontró al espartano situado en el costado izquierdo del caballero, que no pudo por lo tanto usar la espada. El escita eligió tirarse encima de su adversario, pero Aristodemo entendió un instante antes sus intenciones e hizo de forma que su cuerpo aterrizara sobre la punta de su espada. Vio esta última salir por el otro lado de la espalda del enemigo después de haberse encontrado en el suelo, aplastado por su propio peso.

Eurito, mientras tanto, había dado el golpe de gracia al escita caído al suelo, abriéndole el cráneo con un tridente mientras éste estaba todavía tumbado.

También este obstáculo había quedado superado. Miraron hacia atrás con el cansancio que implicaba el escozor de los ojos. Desde diferentes puntos del campamento ya demasiados soldados se habían lanzado en su persecución. Ahora se trataba de llegar lo antes posible a la ladera de las montañas situadas detrás de Traquinia para tener la oportunidad de camuflar sus huellas.

«Bien», pensó Aristodemo. «La carrera de hace unos días, compitiendo contra los griegos, no la ganamos. Veamos si conseguimos ganar esta, por nuestra vida, con adversarios menos preparados».

Siguieron corriendo, con la máxima velocidad que podían alcanzar, como si tuvieran que disputar un solo *stadion*. Y, en cambio, había varios estadios que recorrer desde donde estaban hasta las montañas. La frecuencia de los pasos terminó por disminuir progresivamente. La respiración fue cada vez más difícil. Pero mientras habían conseguido poner una consistente distancia entre ellos y sus perseguidores, ya que ninguno había conseguido mantener su ritmo. Aun así algún que otro caballero se empezaba a vislumbrar de lejos y, en cualquier caso, los persas disponían de algo que corría mucho más rápido que ellos: las flechas. Así que apretaron los dientes y siguieron realizando el máximo esfuerzo, orientándose con la posición de Traquinia, que sabían que tenían que bordear por el lado septentrional.

Por un instante a Aristodemo se le pasó por la mente que habría podido intentar pedir asilo en la ciudad. Pero luego apartó tal idea de su mente, al ser consciente de que los ciudadanos, que estaban asediados, difícilmente habrían abierto las puertas antes de que los persas les hubiesen alcanzado. En ese momento los dos persas se habrían encontrado con los hombros contra la pared, sin ninguna escapatoria.

Siguieron corriendo incluso cuando el camino comenzó a subir. Más o menos recordaban dónde salía el sendero que los había llevado hacia aquellos lugares, pero tenían que evitar que lo descubrieran también los persas, valiéndose luego de aquello

para llegar a las posiciones helenas. Por suerte para ellos allí fue mucho más fácil ocultar su propio rastro, gracias a la vegetación tan espesa que impedía a los caballos proceder y a los soldados entender cuál había sido el itinerario que habían seguido.

En realidad, era lógico suponer que los perseguidores sabían que ante ellos tenían a dos griegos que habían salido de Traquinia. Es más, seguramente, pensó Aristodemo, los persas estaban intentando detener los accesos a la ciudad antes de que ellos dos pudieran entrar. El espartano se dio la vuelta y vio que efectivamente era así. Algunos caballeros e infantes más veloces habían disminuido su marcha y parecían dudar ante la muralla, mirando desorientados hacia donde estaban ellos. Alguno se sobrepuso a la sorpresa retomando la persecución, pero los dos espartanos estaban ya cercanos a las zonas rocosas de más difícil acceso, y ya muchos arbustos y árboles les ocultaban de forma intermitente de la vista de los persas.

Aristodemo hizo una señal a Eurito para que no se dirigiera directamente a la entrada de Anopea, indicándole una zona de difícil acceso, medio estadio más a la derecha, por la que deseaba poder alcanzar el sendero una vez que se hubiera adentrado por el bosque. Arrojando una mirada hacia atrás vio, sin embargo, que no había nadie siguiéndoles.

Reflexionó unos instantes. La duda delante de la muralla de Traquinia tenía que haber llevado a los persas por primera vez al contacto visual con sus presas, quienes mientras tanto habían bordeado la ciudad y empezado a subir la pendiente, adentrándose en el bosque que se abría detrás de la misma. Y, una vez que los habían perdido de vista, encontrarlos en la espesa selva que delimitaba las laderas montañosas era, en la práctica, imposible.

Pero podía haber ocurrido algo todavía más clamoroso. Si de verdad los persas los hacían habitantes de Traquinia, tenían que haber imaginado que éstos habían conseguido entrar por algún acceso posterior y puede que estuvieran todavía intentando averiguar cuál.

Parecía que lo habían conseguido. De cualquier modo, no era oportuno esperar allí. Aunque estuvieran convencidos de que habían tenido que perseguir a dos traquinios, tarde o temprano los persas explorarían mejor los alrededores de la ciudad. Se apresuraron a llegar al sendero, no por donde habían accedido, para no correr el riesgo de que pudieran descubrir la entrada, sino abriéndose camino a golpe de espadas entre las ramas y los matorrales.

Después de un tiempo bastante corto llegaron a Anopea, si bien el breve trayecto les había dejado marcas y rasguños por todo el cuerpo. No había ningún rastro de Efiates, como era previsible. El malio tenía que haberse ido hacía bastante tiempo, por lo que se las tendrían que arreglar ellos solos. Aristodemo se complació de haber considerado esta posibilidad, ya que había memorizado las posibles desviaciones a lo largo del recorrido. De todos modos, era ya de día y aquello les facilitaba la situación

de forma evidente, haciendo diferente la perspectiva de los puntos de referencia que el espartano había guardado en su mente.

Bajaron a lo largo de una hendidura de la montaña y llegaron al Asopo, que cruzaron a nado, obteniendo al mismo tiempo alivio tras entrar en el agua, sobre todo en los ojos, que seguían quemándoles. Luego subieron por la pendiente otra buena hora, hasta que se sintieron seguros de que no los estaban siguiendo. Sólo entonces se sentaron para tomar aliento y frotarse una vez más los ojos, que de buena gana habrían mojado de nuevo.

—Quién puede saber lo que ese médico nos ha tirado a la cara —observó Eurito.

—Parecía agua. El cubo estaba justo debajo de la mesa con el cadáver, me parece. Algo que ver con el muerto, supongo —fue la respuesta de Aristodemo.

—¡Por todos los dioses! ¿Contaminado por la muerte? En cuanto llegemos al campamento iré a hacer una ofrenda a Apolo para alejarla de mí. ¡Es mucho más inquietante que estar herido! —observó, muy preocupado, Eurito.

—Yo me preocuparía solamente de que no hubiese nada infectado ahí dentro —comentó sin mucha atención Aristodemo, levantando los hombros.

—¿Siempre tan cínico? —considero Eurito—. ¿Esta hazaña no te ha servido para reconciliarte con el mundo en el que has crecido y que te ha educado? Te has comportado como un verdadero espartiatá, de todos modos, y ninguno de nosotros lo habría hecho mejor. Ni siquiera Leónidas—. El primer momento de tranquilidad, después de las charlas de Efiálfes y la tensión en el campamento persa, lo llevaron a un intento por inducir a su amigo a abrirse de una vez por todas.

Parecía ser el momento adecuado.

—¿Leónidas? ¿De nuevo él? ¿Estás tan convencido de que es un fenómeno? —protestó Aristodemo.

—A ciertos hombres se les lee en la cara y en su comportamiento que están destinados a la grandeza. Yo, por ejemplo, lo he visto siempre también en ti. Y él es de tu misma pasta —replicó el otro.

—¿Tú crees? Yo no sé si sería nunca capaz de asesinar a mi rey, incluso si supiera que se merece morir —se dejó ir Aristodemo.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Que él ha asesinado a su rey, y yo, aunque sepa el delito que ha cometido, no tengo el coraje de hacerlo. Quizás, a pesar de mis dudas y mis críticas, soy más espartano que él, al final —dijo desconsolado.

Bueno, lo había dicho.

Eurito se quedó en silencio durante unos instantes. La boca la había abierto enseguida, pero no le salió ni una sola palabra durante un buen rato.

—Está claro que estás bromeando —consiguió decir al final.

—En absoluto. ¿Recuerdas el final horrible que tuvo Cleómenes? ¡Pues fue su

hermano quien lo hizo añicos! —dijo Aristodemo, apartando su mirada de la cara de su amigo.

—¿Y quién te lo ha dicho?

Dudó un instante, antes de responder.

—Una persona digna de total confianza. Es suficiente con que sepas esto —respondió, sabiendo bien que su amigo no quedaría contento con aquella respuesta.

—¿Ah, sí? ¿Y esta persona digna de total confianza, lleva por casualidad también una corona y tiene un par de tetas? —le respondió Eurito, mirándolo fijamente a los ojos.

Esta vez también Aristodemo se le quedó mirando largo y tendido.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó secamente.

—Lo sé desde hace varios meses. Una tarde quise hablar contigo, entender por qué eras cada vez más huidizo. Así que te seguí. Y os vi juntos. —Luego, después de haber notado la expresión asustada de su amigo, añadió—: No temas. No se lo he dicho a nadie ni tengo intención de hacerlo, ocurra lo que ocurra.

Esta frase no mejoró mucho la expresión de Aristodemo, ni su estado de ánimo.

—¿Sabes lo que ocurriría si se supiera algo parecido? —le dijo, con un tono que no tenía nada de comprensivo.

—Yo sé lo que te está ocurriendo a ti —le dijo su amigo—. Si bien lo sabía desde hace tiempo, sólo ahora consigo relacionar tu desamor por Esparta con este asunto. Ya que ella te ha dicho que Leónidas ha matado a Cleómenes.

—Sí, es por esto, y me ha dicho muchas más cosas —replicó Aristodemo—, y ninguna a favor de Leónidas. No te fíes de ese hombre ni de un sistema que nos ha anulado hasta el punto de no saber reconocer a un asesino impostor. Uno así puede prosperar sólo porque nos han hecho consintientes hacia cualquier cosa que nos ofrezca el Estado: una masa de individuos carentes de personalidad, que se burla y que cree ser privilegiada cuando no es más que esclava. Por otro lado, ¿no nos ha traído hasta las Termópilas para morir por su gloria? Y si hubiéramos asesinado a Jerjes, ¿quién crees que se hubiera beneficiado? ¿Dos oscuros hoplitas que, anteriormente, no habían hecho nada relevante?

—¿Por su gloria? ¿Y no por Esparta, no por Grecia? ¿Qué dices? Tienes que haber perdido la cabeza por completo para hablar de esa forma. ¡Lacedemón no podía echarse atrás en un momento parecido! —replicó el amigo, dándose cuenta, de repente, de que era la primera vez en su vida que estaba discutiendo con Aristodemo.

—Mentiras. Estás tan encuadrado —continuó el otro—, ¡qué ni siquiera te das cuenta de cómo te toman el pelo! El rey se ha puesto de acuerdo con los *éforos* de Gerusía, y quién sabe a cuántos habrá sobornado o amenazado, y les ha hecho deliberar que le asignaran a trescientos desesperados con los que lucirse ante los ojos de Helas. Nos manda al matadero, vuelve a Esparta como un héroe y luego le

asignarán la conducción de un ejército de verdad, el de la coalición, que combatirá la batalla decisiva, en Ática o en el istmo. Después de haber visto a Leónidas volver a las Termópilas nadie soñaría con asignar a Leotíquidas la dirección de la guerra contra los persas, ¿no crees? No estoy tan ciego para no entender que se está demostrando capaz como condotiero pero no está aquí para que ganemos, sino para aunar consensos. Un personaje así de despreciable es perfectamente compatible con el retrato que me ha hecho de él Gorgo.

—¿Y tú basas todas tus convicciones en las informaciones de una mujer, que además podría tener interés en hacerte creer que su marido es un asesino? ¿O has visto algo que se parezca a una prueba? —preguntó Eurito.

—Yo sé que él la humilla y en varias ocasiones he visto las señales de los latigazos en la espalda. No tengo motivo alguno para creer que mienta en estas cosas. ¿Qué motivo tendría, por otro lado, para hacerlo conmigo? —respondió.

—En mi opinión, tú no has asesinado a Leónidas porque percibes en el fondo de tu corazón que hay algo que no queda claro en el asunto —se atrevió a decir Eurito—. Te he dicho que en ti y en él he visto lealtad. Si no eres capaz de hacerlo tú, tampoco él ha podido cometer jamás un acto parecido. Maltratar a su hermano.

—¡Me lo ha dicho muy clarito! —insistió Aristodemo.

—Pues entonces miente —dijo Eurito, alargando los brazos—. No sería la primera mujer en hacerlo, por otro lado. ¿Quién puede conocer los motivos? Leónidas no te ha dado ninguno para considerarlo un individuo despreciable. ¿Por qué crees tanto en ella y no en él? Te lo digo yo: porque te has enamorado hasta la médula. ¡Incluso hasta llegar a permitirle que te arranque una oreja!

El puño del espartiatá se levantó casi instintivamente. Y llegó a la mejilla de Eurito que cayó hacia atrás. Aristodemo lo observó mientras se levantaba con expresión sombría y se preparó para una reacción. Pero no hubo ninguna reacción. El amigo se levantó, todavía atontado.

—Ha llegado el momento de ponerse en camino. Tenemos una información importante que comunicar en el campamento —se limitó a decir, antes de echar a andar sin darse la vuelta para ver si el otro lo seguía.

Vigilia

Seguir el sendero hacia atrás se reveló una tarea complicada al carecer de un guía. Aristodemo y Eurito se dieron cuenta por lo menos tres veces de que se habían equivocado de dirección, viéndose obligados a dar la vuelta. Terminaron entre arbustos, en el borde de un precipicio que tenía abajo la puerta occidental de Antela, y en una dirección bastante diferente de la que ocupaba el sol en lo más alto del cielo, abriéndose camino con dificultad entre las nubes. Pero ni una palabra, ni una mirada intercambiaron entre ellos.

Cuando el sendero empezó a bajar, siguiendo una inequívoca orientación hacia el este, los dos adquirieron la certeza de ir por el camino correcto y aceleraron el paso, siempre sin intercambiar una palabra. Ni hicieron otros comentarios sobre el escozor de los ojos que les obligaba a frotárselos con extrema frecuencia.

Hacia el mediodía vieron por fin las Nalgas Negras e inmediatamente después los primeros centinelas focenses en los Alpenos. Los guardias apuntaron sus lanzas contra ellos y las hubieran arrojado si Eurito no hubiera hablado rápidamente en griego, pidiéndoles que no las tiraran. Con el ansia determinada por la fuga y la tensión que habían vivido posteriormente en la discusión, ninguno de los dos había pensado en quitarse la ropa persa. El sol, por otro lado, quedaba parcialmente cubierto, y no habían percibido la necesidad de desnudarse. Lo que había quedado de los vestidos, rotos por el ramaje, arrancados por los arbustos, manchados de sangre y oscurecidos por la tierra, el fango y el polvo, permitía de todos modos individualizar el estilo oriental.

De cualquier manera, las almas de los focenses se tranquilizaron cuando Aristodemo pronunció la palabra secreta «Anaxandrias». Se trataba del padre de Leónidas y se le había ocurrido a Efiartes, siempre ansioso por complacer al soberano. Luego pensaron bien en liberarse de una vez por todas de la ropa, permaneciendo con los quitones rotos, y también para no suscitar demasiadas preguntas en los soldados que encontrarían hasta llegar al pabellón de Leónidas. Fueron cuatro quienes los escoltaron hacia las Termópilas, informándoles que también aquel día los persas se habían alineado a pocos estadios de distancia de ellos, pero sin atacar, tal y como había anticipado Megista al alba.

Su aparición, pero también las condiciones en las que lo hicieron, apartaron la atención de la tropa del espectáculo diario del ejército persa alineado a lo lejos. Sobre todo los espartanos, que habían notado su ausencia durante la noche y a primera hora de la mañana, se acercaron para realizarles miles de preguntas. Se cruzaron también con Aneristos, que sin embargo no les dio ninguna satisfacción. Es más, manifestó un total desinterés, dando patadas a un subalterno que se había detenido cerca de ellos.

Los dos mantuvieron las bocas cerradas, incluso cuando se presentaron ante Deniece, quien ya en su mirada demostraba una fuerte curiosidad. El oficial supo contenerse y los recibió, llevándoles directamente ante Leónidas y Cnemo, que habían ya recibido el anuncio de su llegada.

Antes de que entraran en el pabellón se presentó ante ellos Efiartes, visiblemente excitado.

—¡Estoy contento de que hayáis podido salir, jóvenes! Os he estado esperando incluso más de lo que habíamos establecido, pero luego me he visto obligado a volver. ¡Habíamos perdido las esperanzas! ¿Qué tal ha ido? ¿Lo habéis conseguido? —logró decir el malio antes de que Deniece le diera un empujón que lo tiró al suelo.

—Veo que habéis vivido todo tipo de experiencias hasta poder regresar —dijo Leónidas en cuanto les hubo mirado de arriba abajo—. Soy todo oídos —añadió, disponiéndose a la escucha.

Los dos se miraron por primera vez desde hacía muchas horas. Luego la habitual sumisión de Eurito frente a su amigo prevaleció, y dejó que fuera Aristodemo quien refiriera la hazaña.

El otro recogió el mensaje y comenzó abriendo los brazos.

—Hay poco que decir, en realidad. Hemos conseguido introducirnos en el pabellón real, pero Jerjes estaba en el mar, por lo que hemos podido saber. Al parecer ha habido una tormenta hacia el sur que ha provocado graves daños a la mitad más retrasada de la flota persa. Él ha ido a verificar la situación. No nos ha quedado otra que conseguir salir del campamento.

—Por lo que se ve, lo habéis conseguido brillantemente —comentó el rey—. Me complace ver vuestro valor, pero lamento vuestra suerte. Nos traéis noticias sobre los problemas de la flota enemiga, y esto debería constituir un buen aliciente para el enfrentamiento que se avecina. Pero, sin lugar a dudas, la muerte de Jerjes habría sido mucho más decisiva que la pérdida de alguna nave.

—Quizás, acerca de los daños provocados por la tormenta, no saben nada ni siquiera en Artemisio —intervino Cnemo.

—Efectivamente, a menos que se lo haya dicho algún desertor. Con todos los jónicos que militan en la flota persa, habrá alguno que esté dispuesto a hacer algo por nosotros. De cualquier forma, Deniece, dispón el envío de un mensajero a Alpenos, que comunique inmediatamente a Euribíades este asunto. Que salga enseguida, quizás a lo largo del día el navarco pueda llegar a saberlo —ordenó Leónidas.

—Así que ahora sabemos que la flota, aún presente en Artemisio, no está completa. Hay que preguntarse cuánto influirá en los tiempos y en las modalidades del ataque persa —consideró el polemenco.

—Ignoramos el tipo de maniobra que tenía en la cabeza Jerjes para atacar a los nuestros en el mar —reflexionó Leónidas—. Si, por ejemplo, hubiera querido

ejecutar una maniobra bordeando Eubea por ambos lados, tanto por el canal como por el exterior, ahora no tendría naves suficientes para poder hacerlo y debería esperar todavía. Entonces aquí, en las Termópilas, todo podría quedar paralizado incluso mañana. Pero la verdad es que ignoramos cuáles son sus intenciones.

—Si su flota ha padecido daños —observó Cnemo—, no está dicho que tenga que ver con las naves de guerra, sino quizás con aquellas que transportan mercancía y que generalmente viajan por detrás. En cualquier caso, si el rey persa necesitaba al menos un día para permitir a la flota recuperarse de este golpe, bueno, pues este día es hoy. Así que mañana podría intentar algo.

—Soy de tu misma opinión —concordó Leónidas—. Dudo que Jerjes quiera dejar pasar todavía un día más con el ejército inactivo, y más aún si nos considera tan débiles como para constituir una presa fácil. A toda esta gente hay que aprovisionarla y delante de Traquinia han quedado muchos —dijo. Luego se dirigió de nuevo a Aristodemo y Eurito—. Tengo la impresión de que mañana tendréis que soportar un nuevo esfuerzo. Me gustaría que fuerais al médico para que os hiciera un control. ¿Qué os ha pasado en los ojos?

—Nada grave, creo. El tipo a quien hemos sacado la información nos ha tirado agua sucia, eso es todo —respondió Eurito.

—Bueno, los dioses no os han dado la posibilidad de matar a Jerjes, pero si la de adquirir una información preciosa. Tengo que pedirlos, antes incluso de dejaros marchar, que me expliquéis el campamento persa, su organización y los contingentes que tiene Jerjes a disposición.

El rey quería saber la disposición de los sectores, la moral de la tropa, la cantidad y la tipología de las provisiones, así como su distribución, los diferentes tipos de equipamiento, las relaciones entre los oficiales y subalternos, la cantidad de caballos, la presión persa en Traquinia, la cantidad de armados pesados, el alcance del tiro de sus arcos (que ya habían tenido ellos modo de experimentar), los sistemas de comunicación que mantenían entre un número tan amplio de individuos, y muchas otras cosas.

En muchos de estos detalles ellos ni siquiera habían reparado, y sólo las preguntas del monarca les permitieron focalizar los detalles, que fueron saliendo del inconsciente, permitiendo al rey realizar una valoración y obtener sus conclusiones.

Leónidas los retuvo durante más de una hora, antes de despedirse de ellos. Después, sin embargo, los dos no consiguieron ni siquiera consumir una comida en paz, o por lo menos sin la presencia de Alfeo y Marone. Ditirambo se mostró algo más discreto. Según las ordenes de Deniece, se limitaron a decir a los amigos que habían sido enviados en avanzadilla sobre Traquinia para observar desde arriba el campamento persa, y que habían tenido que enfrentarse contra una patrulla de vigilancia enemiga.

—¡Así que sois los primeros espartanos que se han enfrentado a los persas! — comentó Marone, sin disimular su propia envidia—. ¿Y cómo son? ¿Cómo son?

Aristodemo y Eurito no lo habían visto de esa forma. Pero, ahora que se lo habían hecho notar, sintieron un cierto orgullo.

—Lentos en los reflejos. Lentos y previsibles. Y también carentes de coordinación entre ellos, diría —respondió Eurito, después de haber reflexionado unos instantes.

—Y también ligeros, añadiría. Los tiras al suelo con un empujón. Al menos, los que hemos encontrado nosotros —añadió Aristodemo, masticando un trozo de pan con cebolla.

—¡Bien! ¡Qué ganas de enfrentarme a ellos! —dijo Alfeo—. Comienzo a estar cansado de esta espera. Hemos venido aquí para demostrar que somos guerreros capaces de realizar grandes empresas también nosotros, después de todo. Pero si aquellos siguen teniendo miedo, nos volveremos a casa sin ni siquiera un resto de nuestro enemigo. ¡Y tendremos que esperar a otra ocasión!

—¡Vosotros habéis tenido que ir a buscar unos cuantos bárbaros para mover un poco las manos! —añadió Marone, molesto—. Casi que me voy también yo por ahí ahora.

—No te preocupes, muy pronto tendrás tu ocasión, tengo la sospecha de que — dijo Aristodemo con una sonrisa amarga.

Llegó también Deniece.

—Lo han intentado esos imbéciles. ¿Sabéis? —dijo—. Hace pocos minutos han mandado de nuevo a un enviado a parlamentar. Jerjes ha ofrecido a Leónidas la *satrapía* del Peloponeso una vez que haya conquistado Grecia meridional. ¿Y sabéis lo que le ha respondido él? «Yo ya soy un rey, por qué debería descender y ser un sátrapa». Y entonces él se ha dirigido a todos los que estábamos con Leónidas. Nos ha dicho que su rey estaba dispuesto a conceder a cada griego que se hubiera aliado con los persas tierras más vastas y fértiles que las que ahora tenían en propiedad. Antes de que pudiéramos replicar, el rey le ha respondido que los helenos están acostumbrados a procurarse la tierra con el valor, no con la ingratitud o la traición. El embajador ha tomado nota y ha dicho que mañana tendrá lugar la batalla.

—Así que ya estamos —subrayó lacónicamente Ditirambo.

—Parece ser que sí. Esperemos que los oráculos de Megista mañana sean favorables —respondió Deniece.

—Ojalá que los planes de nuestra flota sean favorables —dijo Aristodemo, que se levantó invitando a Eurito a hacer lo mismo—. Mejor será ir a ver al doctor para que nos dé un vistazo. Tenemos que estar en forma para mañana, por lo que parece.

Los cortes en el cuerpo no presentaban mayores problemas. Los más superficiales habían comenzado ya a curarse, para los más profundos fue suficiente un tratamiento

médico a base de hierbas medicinales. Más bien el doctor se mostró preocupado por la irritación que presentaban en los ojos.

—De acuerdo, era agua sucia. Pero si os provoca irritación podría tratarse de agua infectada —les explicó.

—¿Y cómo puede ser que tuvieran agua infectada dentro de la tienda? —preguntó Eurito.

—¿Había un médico y un cadáver, no? ¿Pudisteis observar el tipo de heridas del cadáver, por casualidad? —les preguntó el médico.

—Bueno creo que había una hinchazón amarillenta alrededor, en efecto. Pero había sido cortada, creo.

—Exacto. Ese médico acababa de intentar curar una herida infectada —dedujo el doctor—. Abriéndola, tuvo que salir pus y suero hemático en cantidad. Se tuvo que manchar las manos, que luego enjuagó en el agua. Y dando por descontado que ese tipo estaba muerto precisamente porque se había infectado la herida, como a menudo ocurre, dentro de ese cubo tenía que estar...

—¿Y qué nos puede ocurrir? —preguntó Eurito.

—¿En la peor de las hipótesis? Que de la irritación se pase a la infección con pus, fotofobia, y molestias parecidas. Lo único que puedo hacer ahora es aplicar encima esta infusión de meliloto para calmar el escozor e intentar prevenir la infección —dijo el médico, aplicando sobre sus ojos tampones embebidos con el colirio.

Deniece había dicho claramente a Aneristos que dejara a los dos hoplitas en paz durante el resto del día, dispensándolos de cualquier incumbencia y dejándoles recuperar las fuerzas hasta la mañana siguiente. En efecto, Aristodemo y Eurito no deseaban otra cosa que tumbarse en sus respectivas *stromata* y quedarse allí sin ni siquiera consumir la cena. En menos de un día habían hecho unos quince kilómetros de sendero montañoso y comentado durante una hora todas las explicaciones a Leónidas, antes de que fueran medicados. Había llegado el momento de descansar, sobre todo considerando que el día siguiente podía llegar a ser incluso peor. O podría haber sido mejor, con una bonita flecha persa clavada en el cuello. Ser consciente de este hecho dio a Eurito la fuerza para ofrecer la mano a Aristodemo, poco antes de separarse. Su amigo dudó unos instantes, miró la mano, le miró a él, y luego se la dio, tirándolo hacia sí para abrazarle.

Combatirían el uno junto al otro al día siguiente, y sin una plena confianza mutua las probabilidades de dejarse matar aumentarían de forma exponencial. Aquella mañana habían llevado a cabo una operación brillante, acabando con cualquier enemigo que hubiera intentado obstaculizarles, gracias sobre todo a su perfecta sintonía, al extraordinario sincronismo en los movimientos que multiplicaba sus fuerzas. Su pleno acuerdo operativo era el fruto no sólo del adiestramiento y las experiencias comunes, sino también de la amistad y el afecto que los unía. Y ninguno

de los dos deseaba acabar con el admirable mecanismo que les había salvado la vida en un número infinito de circunstancias.

Aristodemo, de todos modos, no habría dado aquel paso de reconciliación. Sabía demasiado bien que su amigo no podría seguir siendo hostil durante mucho tiempo, y además, cualquier cosa que tuviera que ver incluso indirectamente con Gorgo hacía que fuera extremadamente susceptible. Para Eurito, en cambio, aquella conversación había representado ya una circunstancia inédita en su relación, y una fuente de extrema preocupación. Era un guerrero valiente, y si era necesario hostil, pero cuando se trataba de su amigo mostraba una sensibilidad exasperada. No soportaba la idea de estar en desacuerdo con él, y terminó por desearle las buenas noches excusándose por haber dudado de lo que le había dicho.

Aristodemo tomó nota, pero ya en los primeros momentos del descanso, en la soledad tan esperada y temida, se dio cuenta de que las palabras de Eurito sobre Anopea, a pesar de todo, habían acentuado sus dudas. Y un hombre que va a una batalla con dudas es un hombre muerto, se dijo. En el campamento persa se había comportado como un hombre valiente también para demostrarse a sí mismo, más que a los demás, que no era el miedo lo que había despertado en él la semilla de la duda. Pero, ahora que sabía que era valiente, ¿no estaba corriendo el riesgo de permitir que la duda se apoderara de él?

La duda. Él la había considerado siempre como «sentido crítico». Pero Eurito le había hecho entender que, en realidad, su sentido crítico no era otra cosa que una obtusa dedicación a una causa, al igual que los otros lacedemonios. Ellos se dedicaban a Esparta, y él a Gorgo. Al final, ¿qué diferencia había? El amor, habría podido decir él; el amor por la patria, habrían podido decir los otros. De hecho también él, cuando se trataba de la reina, se encontraba carente de espíritu crítico.

Habría sido ya peligroso combatir pensando en ella, y volver a ella. Pero a la mañana siguiente combatiría también con la duda de que ella no era del todo sincera.

Sería duro. Más de lo que tenía previsto.

También Marone se fue a dormir envuelto en un mar de dudas. Las suyas, sin embargo, eran mucho más prosaicas. ¿En qué fila lo situaría Cleopompo? No lo había gratificado nunca con la primera línea ni con la última, es decir, con los sectores en los que, generalmente, se situaban los guerreros más expertos y célebres. Pero, por otro lado, nadie de entre los espartanos presentes en las Termópilas era un soldado de primera categoría.

También su hermano *el bello* se hacía la misma pregunta. Él y Alfeo habían combatido siempre el uno junto al otro, desde que el segundo había alcanzado la edad para entrar con pleno título en el ejército. Era lícito prever que también con una armada con efectivos reducidos, incluso inferiores a una *mora*^[35], una división, se habría mantenido el mismo principio. Si bien Alfeo deseaba que su excelente

actuación en la competición de lucha le hubiera garantizado un lugar de relieve en la alineación. ¿A quiénes, por otro lado, tendrían que asignárselos si no a aquellos que habían destacado en el pentatlón? ¿No era quizás éste el premio que los comandantes reservaban a los hombres cuando se les había dado el anuncio de las competiciones?

En el miedo no pensaba ninguno de los dos hermanos. Sabían que lo tenían pero sencillamente lo apartaban como una parte descontada de sí mismos, como una herida reciente que ha dejado de molestar pero que podría reabrirse si se propiciara. Sabían que la batalla habría podido hacer resurgir ese miedo, pero no prestaban mucha atención al mismo. Era así como en Lacedemón se pretendía que fueran sus espartanos, si bien no agradeciese los gestos y los excesos que a menudo ambos protagonizaban.

Ditirambo por su parte no había sido nunca partidario de la exaltación de sí mismo. En efecto, el bajo perfil que intentaba mantener era precisamente lo que el Estado espartano más apreciaba: exaltar la colectividad frente al individualismo. Para hombres crecidos en el culto de las artes bélicas era, sin embargo, natural la propensión a la vanidad y al orgullo, y casi no había un espartano que no deseara diferenciarse de los demás por su valor marcial. No así Ditirambo que, a pesar de personificar el ideal del espartiatá precisamente por esta modestia natural y la serena aquiescencia que mostraba hacia las rígidas y severas reglas del Estado, no había gozado jamás de una particular consideración.

Era el más anciano, el más experto y el más sabio de la compañía, pero sólo en raras ocasiones le habían encargado funciones de particular responsabilidad. Y él sabía demasiado bien que si conseguía llegar a los sesenta años, nadie lo propondría para que entrara a formar parte de la Gerusía. De todo el grupo de amigos, entonces, era él el menos afligido por las dudas. Su único objetivo, ahora que no tenía ni siquiera a Pantites para proteger y ofrecer un ejemplo, era combatir y morir bien. Quizás, en aquel caso, finalmente alguien se habría dado cuenta de su existencia, incluso entre los que más contaban.

Aquella noche los espartanos fueron menos charlatanes que de costumbre. Y un espartano menos charlatán que de costumbre es un espartano más bien mudo. También en los otros contingentes se habló poco, durante la cena e incluso después.

Si la *perspectiva* de luchar podía llevar a los hombres a un estado de excitación, la *certeza* de tener que combatir, sobre todo contra guerreros profesionales como todos los helenos no espartanos, generaba tensión. Una tensión que era posible atenuar sólo encerrándose, aislándose del ambiente y de la compañía circunstante. Todos, quién más quien menos, concentraron su atención sobre la propia equitación, conscientes de que las perspectivas de supervivencia estaban unidas a su perfecta eficiencia, pero sobre todo para recuperar plena familiaridad con instrumentos que tocaban en menor medida respecto a las picas y los pinchos que usaban en la vida

doméstica.

También los espartanos se dedicaron a sus armas después de cenar. Pero su interés estaba unido a una precisa ritualidad que los acompañaba en cada fase anterior de una batalla. Entre ellos nadie tenía dudas sobre la funcionalidad de la propia equitación, que controlaban y usaban durante una gran parte del año en las campañas bélicas, en el constante adiestramiento e incluso en los momentos de descanso. Y nadie se ocupó de controlar si los anillos y la resina que se usaban para pegar la punta de la lanza en el asta estaban bien colocados, si el trozo de tela envuelto alrededor del centro de la fusta para favorecer la empuñadura consentiría un agarre estable, o bien si el hilo de la espada estaría en perfecto estado, o si el *porpax* estaría bien clavado en el escudo. No. Un espartano no habría llegado nunca a la cita decisiva de la campaña sin tener todas las armas en su sitio. Aquello que un guerrero *lacedemón* se limitaba a hacer, en la inminencia de una batalla, era sencillamente sacarle brillo a su propio escudo. Una tarea de la que dispensaba a su *ilota* y que prefería realizar por su propia cuenta, de forma lenta, deteniéndose en los bordes y buscando borrar las marcas y los golpes. Luego, cuando se consideraba satisfecho, se dedicaba a su larga melena, cuyas trenzas peinaba varias veces, aunque supiera que iba al encuentro de la muerte.

El alba fue más oscura que otras veces. El cielo se iba abriendo con mucha dificultad, sin que el sol, escondido detrás de las nubes, consiguiera que brillasen sus rayos sobre lo que se apresuraba a convertirse en el escenario del mundo. Muchos, ansiosos por conocer las respuestas de Megista sobre la batalla que afrontarían en breve, daban vueltas insomnes en su *stromata* ya antes de que los sonidos de la trompeta ultimaran el descanso.

El sacerdote encontró, por lo tanto, a una platea ya lista y desencadenada cuando llegó al lugar preestablecido para el sacrificio, poniendo encima del altar el cuchillo y el vaso que necesitaba para extraer los auspicios. En los días anteriores, en cambio, había tenido un público más bien escaso. Al cabo de poco tiempo llegó también Leónidas, a quien Megista puso una guirnalda en la cabeza. Siguieron los ilotas con la cabra para inmolar, poniendo al animal sobre el altar, atándole las extremidades que daban patadas. Detrás de ellos seguían otros ilotas y otras cabras con las que repetir el sacrificio en el supuesto de que el primer vaticinio hubiera sido desfavorable.

Pero para aquel día fue suficiente con inmolar a un solo ovino. Con sus tripas chorreando de sangre entre las manos, el sacerdote proclamó que los dioses eran favorables al invicto ejército de Helas y que los persas pagarían muy alto su presunción. Un coro de gritos de entusiasmo se elevó entre las filas de los soldados que, galvanizados, se dedicaron a los ejercicios gimnásticos diarios con la sonrisa en los labios, en espera de tomar la primera comida del día.

Aristodemo se despertó con un ligero escozor en los ojos, y Eurito le confirmó

que lo mismo le estaba ocurriendo a él. La luz solar molestaba a ambos, pero no tanto como para obligarles a bajar los párpados. Más relevante, en realidad, eran las agujetas en los músculos y las articulaciones que los esfuerzos del día anterior habían dejado en herencia, difíciles por superar incluso a físicos entrenados y potentes. Nada que no pudiera pasarse con un poco de ejercicio.

Aristodemo participó distraídamente en la ceremonia de Megista, manteniéndose en las últimas filas y captando en las reacciones sonoras de los soldados las informaciones sobre el desarrollo. Cuando los otros se dieron cuenta de que él y Eurito estaban en los alrededores empezaron a hacerles miles de preguntas. Todo lo que Marone y Alfeo captaban, por otro lado, se convertía en algo de dominio público.

Los dos tuvieron que responder una infinidad de veces a los mismos interrogantes. ¿Cómo eran los persas? ¿Con qué armas combatían? ¿Eran valientes o parecían cobardes? Fue necesaria la intervención de Alfeo y Marone, quizás movidos por sentimientos de culpabilidad, para alejar a la multitud. Cuando consiguió liberarse de sus inoportunos conmlitones, Aristodemo se dedicó a realizar un poco de gimnasia, imitado por Eurito. No tardó en acercarse Aneristos.

—Si os escuchamos, habéis matado a un gran número de persas sin que ni siquiera uno de nosotros os viera —les provocó el *pentecontarca*—. Quién sabe si seréis igual de valientes ante nuestra mirada. Si fuera por mí os metía en la primera línea cuando le toque a nuestra *pentekostyes*, así todos podríamos ver qué raza de mentirosos presumidos sois.

—Nada te impide hacerlo, *pentecontarca*. Es más, estaremos contentos —le respondió Eurito, manteniendo un tono respetuoso.

—Por desgracia no me es posible. Vuestro amiguito Deniece me ha dicho que os deje recuperar las fuerzas y que por hoy os meta en las filas intermedias. ¡De locos! En mi opinión, habéis combatido contra tantos persas como los que he afrontado yo. Y en cambio sólo se habla de vosotros en la tropa. Ah, pero tarde o temprano se verá de qué estáis hechos realmente —se lamentó alejándose, con gran alivio para sus dos conmlitones.

—¡Llegan! ¡Llegan! —oyeron inmediatamente después procedente de una voz cercana al muro.

Miraron en aquella dirección, y vieron un gran movimiento. Los soldados posicionados más lejos, a la altura de Traquinia, habían vuelto corriendo a las Termópilas para anunciar que el ejército persa se había puesto en movimiento. Y era infinito.

La armada se alinea

Llegó la orden de anticipar el *ariston* para no correr el riesgo de no poderlo tomar a continuación. También llegó la autorización para que se sirviera más vino que de costumbre: al cuadro de mando no le disgustaba que los hombres afrontaran la batalla con un moderado estado de embriaguez que favorecía la inconsciencia frente al peligro. Posteriormente los hoplitas empezaron a ponerse las panoplias, teniendo al lado al esclavo que sujetaba la coraza. Ya que el cielo había amanecido cubierto, era lícito prever que también aquel día haría mucho calor y, como de costumbre, era preferible retrasar vestirse hasta pocos instantes antes del enfrentamiento.

Aristodemo y Eurito acababan de empezar a comer cuando vieron correr precipitadamente hacia ellos a dos hombres. Cuando llegaron cerca, Aristodemo reconoció a Leontiades, el comandante tebano, y a Demófilo, el tespiense. Los dos se habían dejado ver con frecuencia juntos en aquellos días. La general desconfianza de la que eran objeto en la armada había contribuido a cimentar su amistad.

Parecían más bien algo avergonzados.

—Lo sé, sé que muchos os lo han preguntado ya —empezó Leontiades, aclarándose la voz—, pero nos sería útil también a nosotros saber algo de estos persas.

Aristodemo sonrió, sinceramente divertido. Aquellos dos no le estaban pidiendo información con la autoridad de Leónidas ni con la petulancia de los conmlitones. Su compostura, unida al mismo tiempo a la simpatía y rectitud que había notado desde el principio, le llevaron a no hacerse de rogar. Es más, por muchos aspectos, habría deseado formar parte de los contingentes beocias y tener comandantes como ellos.

—¿Qué es lo que queréis saber? —dijo, invitándoles a sentarse.

—Nada que no hayáis dicho a los demás —le respondió Demófilo—. Está claro que contra nosotros atacarán con fuerza cuando nos reconozcan en el campo de batalla.

—¡Está claro que las armas tebanas son para ellos como si les llegara humo a los ojos! —añadió Leontiades.

A los dos espartanos les hubiera gustado darles toda la información que habían transmitido a Leónidas, pero había unas órdenes que respetar.

—Bueno, hemos combatido sólo contra una patrulla. Para informaciones más detalladas necesitaríamos encontrar a desertores, y con todos los griegos que militan en el ejército persa alguno saldrá —dijo Aristodemo.

—Con todas las probabilidades que tenemos que sucumbir, es mucho más posible que los desertores estén en nuestras filas —comentó amargamente Demófilo.

—Lo que podemos decirnos es que tienen una forma muy diferente de luchar

respecto a nosotros —dijo Eurito, llegando a la cuestión—. Probablemente en los grandes espacios abiertos sea el modo ideal: dinamismo, movimiento, armamento ligero. Pero contra la solidez de la falange pueden prevalecer sólo gracias al número.

—Y aquí, en las Termópilas, no pueden usar demasiados hombres a la vez —especificó Demófilo.

—Pero se dice que sus arqueros son muy hábiles. Y sus flechas podrían hacernos mucho daño —objetó Leontiades—. ¿Había algún arquero entre los que habéis afrontado?

—Todos los persas son arqueros —respondió Aristodemo—, además de los escitas a caballo, que están capacitados para tirar con el arco tanto por la derecha como por la izquierda, corriendo o girándose. Nos hemos cruzado con dos. Por suerte era al alba y la visibilidad no era perfecta, sino nos hubieran alcanzado con total seguridad. Pero en los desfiladeros de las Termópilas los caballos no podrán usarlos, creo. Por otro lado, nuestros escudos y nuestras corazas servirán de algo, ¿no?

—Vamos, que parecéis optimistas. Para ciertos aspectos, me anima mucho más vuestra valoración que las respuestas de Megista —dijo Demófilo, despidiéndose de ellos imitado por Leontiades. Ambos tenían prisa por volver a sus respectivos contingentes.

«¿Optimistas? Esto sí que es de verdad curioso», pensó Aristodemo. Sonrió una vez más, dejando que Erudito adivinara sus pensamientos. Hasta aquel momento había sido acusado de ser pesimista por sus compañeros, y él mismo, en efecto, estaba convencido de que era una víctima predestinada a la matanza. Pero a dos generales que apreciaba había dado la impresión contraria. Quizás su comportamiento negativo dependía en gran parte de la desconfianza que sentía hacia quien lo guiaba, y hacia un sistema social y político que detestaba. Quizás ya no era un espartano. Aristodemo el tebano, Aristodemo el tespiese o Aristodemo el ateniense, probablemente habrían tenido una visión diferente de las cosas.

¿O quizás la habría tenido distinta el Aristodemo indiferente de Gorgo?

No hubo tiempo para otras consideraciones. Llegó la llamada de la alineación. Los persas se encontraban próximos de Antela. Y esta vez no sólo para mostrarse. A su llegada, el pequeño presidio de la puerta occidental se había rápidamente disuelto, llevando la noticia al campamento.

Inmediatamente cada *hoplita* solicitó la *panoplia* a su propio esclavo y en pocos instantes gran parte de los soldados tuvieron el casco apoyado en la cabeza, las protecciones de las piernas sujetas, la espada cruzada, la lanza en la mano derecha, el *porpax* colgado del brazo izquierdo y el escudo apoyado en el hombro. A este último los esclavos habían aplicado una especie de delantal de cuero, que habían colgado a lo largo del borde posterior del arma, para extender hasta los muslos la protección contra las flechas persas.

Leónidas había mandado que despejaran por completo la zona entre la muralla focense y la puerta occidental, reuniendo a gran parte de los efectivos entre la muralla y la colina llamada Kolonos además de los miles de focenses que presidiaban la puerta oriental, hacia Alpenos. Algunos comandantes habían intentado convencerle para que dispusiera obstáculos entre Antela y la muralla, y que excavara agujeros y laderas para hacer todavía más difícil el avance de los persas y detener la carrera hacia la barrera. Pero el rey estaba convencido de que esperar al enemigo detrás de la pared era un error, ya que daba facilidad a los persas para aprovechar mejor su superior potencialidad.

Después de largas discusiones había pretendido que el terreno de batalla fuera alisado lo más posible. Con tal finalidad, en los dos días anteriores, había mandado que rellenaran los agujeros, y enterraran las piedras, cortaran y tiraran los matojos y alisaran en la manera de lo posible las raíces de los árboles. Y después del trabajo de los esclavos, los griegos vieron que la pequeña llanura frente a ellos se había transformado en el terreno ideal para la acción de una falange, si bien en miniatura, con sus escasos veinte metros de ancho. En la tropa, por lo tanto, no hubo nadie que dudara sobre dónde y cómo se combatiría. Los más malignos mantuvieron que el rey quería demostrarse a la par de los atenienses y los platenses, que diez años antes se habían atrevido a cargar contra el ejército de Darío a pesar de la enorme desproporción entre las fuerzas y cuyo éxito en la batalla les había dado la razón a ellos.

Con el sonido de las trombas, que no dejaban de tocar para transmitir las órdenes de alineación a los diferentes contingentes, los comandantes se dejaban la garganta gritando para componer las filas. Quien disponía de *bakterion* lo usaba para mantener a los soldados lejos de la muralla, donde todos se amontonaban para observar al enemigo que avanzaba. Es más, siguiendo el ejemplo de los espartanos, algunos oficiales rompían las ramas de los árboles y las usaban para frustrar a los más indisciplinados o curiosos. La confusión había ido en aumento por los esclavos de los hoplitas, que se mantenían cerca de los respectivos amos para darles la coraza en el momento oportuno.

Alfeo y Marone dieron saltos de alegría cuando Cleopompo les comunicó a ambos que habían sido designados en la primera línea. Marone no supo quedarse callado y fue inmediatamente a presumir de ello ante los compañeros de la unidad. De esta forma quería hacer presente que aquello demostraba, sin lugar a dudas, su mayor bravura. Alfeo, por su parte, propuso a su hermano una apuesta. Quien matase a más enemigos al final del día, se bebería la ración de vino del otro. Aquel aceptó entusiasta, diciéndose a sí mismo que sería él quien resultase vencedor.

Algún que otro soldado, sobrevalorando el alcance de los arcos enemigos, quiso ponerse enseguida la armadura, ante el temor de que comenzaran a llover flechas. Los

esclavos fueron a por jabalinas y bolsitas de piel de cabra que llevaban colgando para ofrecer alivio a sus amos. Luego se dispusieron a lo largo de las alas de cada unidad, en la posición establecida para la infantería ligera.

Las disposiciones del mando preveían que junto a la muralla se alinearan los espartanos. A ellos les correspondería abrir el enfrentamiento para manifestar inmediatamente a Jerjes con quién tenía que vérselas, deseando que su indiscutible y reconocido valor diera un duro golpe a la moral de sus enemigos. Si el enfrentamiento se alargaba entrarían los locrenses, que actuaban cerca de su territorio, y luego los corintios. Leónidas habría preferido a los tegeatas y a los mantinenses, o como mucho a los arcadios, de quienes conocía mejor las características bélicas. Pero por razones políticas quiso evitar desvalorizar a los peloponesiacos frente a los griegos del centro de la península.

Generalmente, de hecho, en las falanges que unían una coalición la derecha era considerada la posición de mayor prestigio, y era asignada al contingente que actuaba sobre el propio territorio o aquel cuyo valor era más conocido. Las costumbres, además, prevenían que el ala opuesta quedara asignada al segundo contingente en orden de importancia. Pero allí, en las Termópilas, la falange iba alineada en un frente muy reducido y el prestigio de las posiciones podía ser determinado sólo por la sucesión de la entrada en batalla.

Leónidas quiso que los tebanos y los tespienses ocuparan los últimos dos sectores de la columna. Se justificó afirmando que su falta de armadura les hacía ser un blanco perfecto para las flechas y no quería arriesgarse a abrir demasiado pronto los huecos en las falanges. Pero pocos dudaron de que su decisión fuera el fruto de la escasa confianza que tenía hacia los beocios.

Mientras tanto, la masa oscura se acercaba. Y poco a poco ésta empezó a transformarse en hombres, muchos hombres. Lo que saltó enseguida a la vista de los espartanos fue la enorme extensión de tiaras y la alineación de amplios escudos que los precedían. Vieron a la armada enemiga estrecharse, y luego alargarse de nuevo, durante el paso a través del desfiladero occidental que permitía el acceso a la llanura, algo más amplia hacia el oeste de la puerta central. E incluso a los tespienses, situados en el fondo de la alineación, les llegó indistintamente el rumor de los tambores, que hacía temblar todo el terreno y encrespar el mar adyacente junto al pitido de las trombas.

Paralelamente, se completaba la alineación de los espartanos justo detrás de la muralla. Cada una de las cinco *pentekostyes* se dispuso con sesenta combatientes colocados en dos filas diferentes de treinta cada una, y separados cada diez por una pequeña solución de continuidad. Las dos columnas correspondían a las *enomotias*^[36] en las que estaba dividida la unidad. A la cabeza de la que estaba situada en el lado derecho se encontraba el *pentecontarca*. En primera línea, hacia el mar, se dispuso la

pentekostyes de los *hippeis*, con Deniece en el lado derecho, junto a la de Cleopompo. Detrás del cuerpo de guardia de Leónidas estaba la unidad de Aneristos, pegada a otra, mientras que la quinta permanecía en la tercera fila, como reserva. El rey y el polemenco estaban delante de todos, el primero en la derecha, el segundo hacia el interior.

El rey observaba la disposición de sus hombres y, tras haber constatado que estaban todos los rangos, comunicó a Deniece la palabra de orden para transmitir a todas las unidades. Se trataba de una pregunta y de una respuesta. Los hoplitas la encontraron muy útil en caso de enfrentamiento entre falanges. Sus componentes tenían un armamento parecido y corrían el riesgo de confundirse con el enemigo. No era lo normal, pero la costumbre hacia determinados mecanismos hacía más fuerte la determinación de los soldados.

El primer *pentecontarca* dio inmediatamente comunicación al *enomotarca* que estaba a su lado, que a su vez se la comunicó al oficial que estaba más cerca, y así poco a poco, hasta que la primera fila quedó informada al completo. Así, pues, la palabra pasó a la segunda fila y de ahí a las siguientes, hasta que llegó a Eurito, que deglutió y dudó un instante antes de transmitirla a Aristodemo. Cuando lo hizo observó cómo éste se quedaba blanco.

—¿Quién es nuestra señora? Gorgo.

Aristodemo se vio obligado a decírselo al *hoplita* que tenía a su lado, con un nudo fuerte en el estómago. Inmediatamente mil preguntas se le pasaron por la mente sobre el motivo que había llevado al rey a recordar, en la batalla decisiva de su destino, precisamente a la mujer que odiaba.

El espartiatá lo seguía pensando pocos minutos después, cuando su vecino se la transmitió de nuevo. Como era costumbre, de hecho, la palabra había llegado a la última unidad de la armada espartana y ahora volvía hacia atrás para ser de nuevo comunicada al rey, después de haber sido pronunciada por todos al menos dos veces. Las cinco pequeñas letras que componían la palabra secreta le salieron rotas de la boca cuando se las transmitió a Eurito. Luego hizo un brusco gesto a Tisia y mandó que le trajera la coraza, que se puso con la ayuda del *ilota*, quedando listo para el enfrentamiento.

A mitad de la calle entre la puerta occidental y aquella central, a casi un kilómetro de distancia de las posiciones espartanas, el avance persa se detuvo. El intenso ruido producido en el terreno cercano a la muralla focense, bajo los ojos de los invasores alineados en Antela cada mañana desde su llegada, había hecho más que evidente también a ellos que no podrían expugnar la muralla. Probablemente, pensó Aristodemo, sus comandantes estaban muy agradecidos y, como los hombres de Darío, estaban pensando que los griegos eran unos locos si querían enfrentarse a ellos en una batalla campal.

En cualquier caso, estaba claro que se habían dispuesto para esperar la salida de los griegos. Lo que se pudo ver, desde aquella distancia, fueron los movimientos a lo largo de su frente, donde con toda probabilidad los arqueros estaban tomando posiciones delante de los *sparabara*^[37], los «portadores de escudos», como se llamaban sus infantes más pesados.

Leónidas no quiso que el enemigo considerara atemorizados a sus hombres, y dio la orden de salir fuera de la muralla. Es más, fue el primero en hacerlo, pasando a través de la apertura y echándose hacia la izquierda. Llevaba una armadura de bronce a capas que los débiles rayos de sol hicieron resplandecer en cuanto se encontró en un espacio abierto, sin nadie al lado. Inmediatamente el polemenco lo imitó, yendo hacia la izquierda, y juntos se dispusieron en paralelo a una distancia de trescientos pasos de la muralla. Tras una orden posterior de Deniece salió la infantería ligera, que se dispuso en dos columnas en los laterales, junto al mar y las laderas de la montaña. Luego llegó el turno de los hoplitas, cuyo movimiento fue introducido y escandido por el sonido de las flautas.

Salió la primera decena de la fila guiada por Deniece, que se dispuso inmediatamente detrás de Leónidas, en el lado exterior derecho de la llanura. Todavía unos metros separaban a los hoplitas del mar. La posición elegida por Leónidas como límite derecho de la falange tenía en cuenta, de hecho, la fisiológica deriva hacia la derecha que tendría la formación durante el curso del enfrentamiento. En cuanto el *pentecontarca* se detuvo, la segunda decena de la fila se movió hacia delante y se colocó en el lado izquierdo de los primeros diez, a una distancia de un par de pasos. Luego se movió también la tercera decena, que se colocó junto al lado izquierdo de la segunda. Sólo entonces se movió también la otra *enomotia* de los *hippies*, que ejecutó las mismas operaciones, disponiéndose hacia la izquierda de las tres filas inauguradas por Deniece.

Tocó entonces a la *pentekostyes* de Cleopompo, cuyas dos columnas llenaron la mitad del lado izquierdo de la explanada, distribuyéndose en seis filas de diez hoplitas cada una. La fila más exterior rozaba la columna de la infantería ligera situada cerca de la montaña. Las otras dos *pentekostyes* se fueron a situar, respectivamente, detrás de las primeras dos, pero a una distancia suficiente. Aristodemo estaba todavía alterado por las sensaciones que la palabra secreta le había provocado, pero levantó el escudo dorado y se movió a su vez, apoyándolo todavía en el suelo después de haber alcanzado su posición. La quinta *pentekostyes*, en cambio, se quedó detrás de la muralla, junto a los otros contingentes, que observaban admirados a aquellos 240 soldados ejemplares que se movían en silencio, con el único sonido de las flautas, con experimentada eficiencia y admirable sincronía.

No era un espectáculo al que el enemigo estaba acostumbrado, como las exhibiciones de los días anteriores. Era sólo el modo en el que los espartanos se

disponían a afrontar una batalla. Un modo frío y determinado que a menudo en los enfrentamientos entre helenos se había revelado suficiente para apagar en el enemigo cualquier ardor. Ningún *hoplita* hablaba, nadie miraba si no era a la nuca del soldado que tenía delante. Nadie se agitaba, ni saltaba, ni tenía una expresión diferente de la mirada cruel y los labios cerrados que la concentración requería. Todos estaban inmóviles como estatuas, con la lanza clavada en el suelo y la punta hacia el cielo, el escudo apoyado sobre el pie izquierdo y agarrado por la pierna y la mano izquierda, el casco todavía apoyado en la frente.

Era extraordinario ver una magnificencia parecida en una alineación tan modesta en términos numéricos. Cualquiera que pensase que en la guerra sólo el número inspiraba terror, no había visto antes a los espartanos.

Y los persas, en efecto, a los espartanos no los habían visto nunca antes. Alguno que quedara de la campaña de hacía diez años había tenido la ocasión de observar a los atenienses pero, si bien los áticos se habían revelado más hábiles en la batalla, no transmitían en el enemigo el mismo temor. No tenían uniformes y no conseguían casi nunca mantener las mismas distancias entre un *hoplita* y el otro, no sólo en fase de movimiento, sino incluso en la alineación. Dialogaban entre ellos para apartar el miedo, incluso peleaban, se meaban encima y no conseguían controlar ni siquiera su propio intestino. Por lo menos, esto era lo que esperaban los espartanos de sus aliados cuando hubiera llegado su turno.

También por eso Leónidas había pretendido que fueran los espartanos los primeros en enfrentarse al enemigo, para dar a los persas la impresión de que quien les impedía el paso hacia Helas era un ejército bien organizado y unido, no un grupo que se había unido con prisas, de contingentes pelones y sospechosos los unos de los otros, constituidos por reclutas más especializados en surcos y tierras que en lanzas y escudos. Sus subordinados habían sido informados de que el deber de defensa les tocaba casi exclusivamente a ellos aquel día. Quizás, si Jerjes se convencía de que cada día tenía que hacer frente a guerreros de estas características, volcaría toda su atención en el frente marítimo y los dejaría en paz.

Ni los espartanos ni sus aliados supieron jamás qué impacto había tenido el despliegue *lacedemón* en sus enemigos. Quizás, privados de un guía feroz y absoluto como el gran rey, se habrían ido corriendo. Pero Jerjes quería que el enfrentamiento se iniciara, y la masa oscura comenzó lentamente a avanzar.

Un instante después Leónidas mandó a los flautistas que entonaran el sonido que marcaba la marcha. Luego bajó el casco, levantó el escudo y metió el brazo en el *porpax*, empezando a caminar y entonando el himno de guerra. Como hipnotizados por su canto y por la música, los hombres se bajaron a su vez los cascos, llevaron los escudos a la altura del busto y comenzaron a andar en silencio, con paso continuo, sin modificar un solo centímetro las distancias entre los *hoplitas*.

La infantería ligera en los lados, en cambio, permaneció firme hasta que no se alejó completamente de la falange para luego acodarse a los últimos infantes pesados, al reparo de las flechas enemigas. La presencia de los arqueros en la alineación persa imponía un cambio radical en la disposición táctica de la armada espartana: generalmente, de hecho, ilotas y periecos precedían a la falange para romper la cohesión de la falange enemiga con el lanzamiento de jabalinas, antes de dar marcha atrás a través de las mallas todavía amplias de los conmlitones con armadura pesada. Leónidas, por el contrario, quería que sus infantes ligeros actuaran sólo cuando las dos alineaciones se hubieran encontrado demasiado cerca para utilizar los arcos. Si hubiera expuesto a los lanzadores a las flechas enemigas, con un tiro ligeramente superior a la de las jabalinas, se habría encontrado sin la posibilidad de descomponer las filas persas.

Los dos ejércitos avanzaron a la misma velocidad, hasta que los espartanos vieron a los arqueros de las primeras filas persas arrodillarse y desaparecer detrás de grandes para, los escudos en cuero endurecido y recubiertos con cañas de mimbre, que sujetaban los *sparabara*. Llamó la atención, antes que cualquier otra cosa, que los soldados enemigos combatieran todos en pareja, un arquero y un encargado de su protección. Se preguntaron si también un *sparabara* iba armado y con qué.

Fue evidente que iban a tirar, desde una distancia de más de doscientos metros, superior a la que normalmente una falange considera peligrosa. Durante unos instantes no sucedió nada y fue un momento en el que el tiempo permaneció inmóvil, porque las dos alineaciones acumularon energía suficiente. Una para lanzar una lluvia de dardos, y la otra para recibirlos. Y luego se escuchó el tiro, coral, fuerte, devastador. El silbido de miles de dardos acababa de comenzar y los hoplitas escucharon la orden de Leónidas de caminar marcha atrás, arrodillándose y resguardándose con los escudos encima de la cabeza. Inmediatamente después millares de impactos retumbaron en la llanura. Algunos dardos se clavaron en los escudos, secos, poderosos y alargados por una vibración, otras flechas penetraron en el terreno, sordas y poco incisivas. Alguna que otra se fue al mar, y otras que botaron en el suelo completaron aquel cacofónico conjunto de sonidos de percusión.

Pero no se escuchó ningún grito de dolor.

Ni una sola flecha persa se había desviado.

Cuando todos desde la muralla observaron al conjunto completo de espartanos levantarse y retomar el camino, lanzaron un grito de triunfo. Desde aquel momento los otros griegos acompañaron la marcha de los lacedemonios con continuos y rítmicos gritos de ánimo. Con dificultad, los espartanos consiguieron escuchar el sonido de las flautas que marcaba la cadencia de los pasos, así como el canto de Leónidas que los arrastraba. Cuando el rey, inmediatamente después, dio la orden de proceder al trote, no fueron muchos quienes le escucharon por lo que no todos

aceleraron el paso al mismo tiempo.

La algarabía de gritos que provenía de atrás aumentó cuando los griegos vieron a la pequeña armada cambiar de paso. Era ya difícil, para un *hoplita* dotado de casco corinto, diferenciar con claridad las órdenes que le llegaban de sus superiores. Su cabeza, de hecho, se encontraba encajada en una caja completamente cerrada en ambos lados. Aún así la flauta siguió dictando el ritmo sólo para los soldados más cercanos a los músicos, y mientras tanto la voz fue pasando de una fila a la otra y aquellos que estaban detrás rápidamente se adecuaron al paso de cuantos los procedían. Al cabo de pocas decenas de metros la alineación volvió a ser compacta.

En las filas de los espartanos nadie se ilusionaba con la idea de que la descarga de flechas hubiera terminado. Cuando el rey pidió que las filas se juntaran de forma anticipada, los hoplitas entendieron que era precisamente por este motivo y la voz corrió rápidamente de una fila a la otra. Inmediatamente los segundos cinco guerreros de cada fila corrieron hacia delante y se pegaron al lado izquierdo del conmlitón que iba delante. De esta forma cada *enomotia* quedó organizada en seis filas de cinco elementos cada una, pero en un frente amplio no más grande que el que anteriormente se había establecido. De doce guerreros que tenía, la primera línea presentó al enemigo veinticuatro, situados de tal forma que cada uno pudiera aprovecharse, al menos parcialmente, de la protección del escudo del compañero del lado derecho.

Las dos *pentekostyes* de Deniece y Cleopompo, por lo tanto, se encontraron alineadas en cinco filas. Y Alfeo y Marone se encontraron uno pegado al otro. Las otras dos *pentekostyes* fueron inmediatamente a ocupar el espacio libre dejado por las últimas cinco filas de la unidad a la cabeza, asegurando a la alineación la profundidad necesaria para poder penetrar el frente enemigo. Los infantes ligeros, por su parte, se adecuaron siguiendo la última fila de la falange, pero casi con un orden suelto.

Ahora había ruido en las líneas lacedemonias, y mucho. Las filas apretadas llevaban a los hoplitas a golpearse los unos contra los otros. De particular modo las corazas de lino embutido se rozaban con el borde de los escudos y alguna que otra hasta chocaba contra los propios escudos. Los pies desnudos cabalgaban de forma cada vez más pesada contra el terreno, levantando mucho polvo. La respiración de los hoplitas, cargados con un peso de casi treinta quilos, se hacía cada vez más complicada. Alguno comenzaba también a gritar, para incitarse a sí mismo y a los camaradas más cercanos. Entre los más locuaces, parecía raro decirlo, estaba Ditirambo, a quien le faltaba el papel de «inspirador». Ni siquiera esta vez lo habían puesto en primera línea, pero a los compañeros más cercanos no les escatimaba consejos y exhortaciones de todo tipo, como si tuviese todavía a su lado a su alumno Pantites.

Luego llegó la última orden esperada por los hombres antes del enfrentamiento frontal: aquella que indicaba que se tenían que preparar para atacar. Los guerreros de

las primeras tres filas se pasaron el asta bajo la axila y la apuntaron hacia delante, preparándose para clavarla al enemigo. Los otros siguieron manteniendo su propia arma en vertical para ofrecer una protección contra las flechas.

La falange estaba lista para el impacto.

El impacto

Antes del choque había que afrontar todavía otras secuencias de tiro por parte de los arqueros, esta vez de pie o corriendo. Llegaron de nuevo, rápidos, silbando, rapaces como las aves en busca de sus víctimas. Pero a los espartanos no les gustaba el papel de víctimas: eran predadores ellos también. Sus líneas permanecieron compactas, a pesar de los golpes recibidos en los escudos y los cascos, que liaron la carrera de más de un *hoplita*, haciendo que éste fuera más lento un instante, sólo un instante, antes de que éste recuperara la posición junto a sus compañeros.

Siguió otra descarga de dardos, y otra más. Pero gran parte de las flechas venían desviadas por las puntas de las lanzas de las filas posteriores, dirigidas hacia arriba y pegadas como si fuera trigo. Las filas de los arqueros persas se alternaban en el tiro con la cadencia cada vez más corta, antes de que la distancia se redujera lo suficiente como para impedirse. Pero sus flechas no conseguían abrirse un espacio entre los hoplitas, la reactividad de quien se apresuraba a retomar la posición anulaba cualquier esfuerzo persa.

Sólo un par de los veinticuatro hoplitas dispuestos en la primera fila cayeron por culpa de un dardo. Pero aquellos que los seguían inmediatamente después fueron rápidos relevándoles, e igualmente rápidos se mostraron todos los otros que venían detrás en la fila para avanzar una posición.

A menos de cincuenta metros de distancia del enemigo, los espartanos se sintieron finalmente a resguardo de la acción de los arqueros. Era entonces que empezaba la del ejército espartano, y fue entonces que los lanzadores ligeros tuvieron la oportunidad de romper las filas contrarias. Ilotas y periecos abandonaron sus posiciones retrasadas y se abrieron en los laterales, junto a los lados de la falange en el breve espacio que les quedaba cerca del mar y de las laderas montañosas. Sus jabalinas volaron contra las primeras filas persas como si fuera lluvia, superando la primera línea de tiro y abriendo frecuentes vacíos en las filas enemigas, que se estaban reposicionando para disponerse al choque.

Los ligeros escudos persas, sobre todo, no se demostraron suficientes para oponerse a las penetraciones de los proyectiles: muchos hombres cayeron, transformándose en una barrera para los conmlitones, que tropezaban contra los cuerpos mientras intentaban superarles para reconstruir el frente. Los posteriores obstáculos para los orientales estaban representados por las amplias indumentarias en dotación de los caídos y el armamento de los muertos o de los que había escapado dejándolos en el suelo. Todo aquello aumentaba la superficie cubierta de terreno, constituyendo una insidia añadida para quien intentaba avanzar.

Los huecos que se habían abierto en las filas persas consintieron a los espartanos

de las primeras filas observar mejor que es lo que se apresuraban a afrontar. Los *sparabara*, privados del gigantesco escudo a un tiro de jabalina, se revelaron armados de cimitarra mientras que los arqueros, que no podían ya valerse de la protección de sus camaradas, mostraron un curioso escudo de pequeñas dimensiones, con el borde superior cortado con forma de media luna. Pero, sobre todo, no llevaban protecciones corporales. Muchos lacedemonios pensaron que habría sido demasiado fácil clavar las lanzas en los guerreros vestidos sólo con una túnica corta ceñida en la cintura por una faja anudada, pantalones, y una capa suave con el borde redondo.

El tiro de los lanzadores precedió pocos instantes al choque. Cuando se apresuraron al golpe, los espartanos eran una masa unida con un frente único de escudos, de los que salían veinticuatro astas con las puntas dirigidas hacia el enemigo. Otras cuarenta y ocho cúspides asomaron detrás de los escudos, encima de los hombros de los conmlitones de la primera línea. Y otras siete filas estaban listas para empujar con toda su fuerza a los compañeros más adelantados, no sólo para darles impulso al clavar las armas, sino también para colaborar en la rotura de la primera línea.

También los comandantes y oficiales tenían el asta bajo la axila y la punta hacia delante, preparada para atacar. Las únicas características que diferenciaban a aquellos de la tropa eran, además de la cresta transversal y en algunos casos la coraza de bronce, las exhortaciones que dirigían a sus propios soldados, comenzando por el propio rey, el polemenco, los pentecontarcas e incluso los *enomotarcas*, que no cesaban un instante de incitar a los otros para que demostraran su propio valor.

«¡Adelante!». «¿Quién será el primero en atacar?». «¿Quién se demostrará más valiente?». «¿Quién arrancará un brazo el primero?». «¿Quién traspasará por primera vez una garganta?». «¿Quién matará a más?». Estas y otras eran las frases que salían con más frecuencia del repetitivo rumor producido por el movimiento de los hoplitas. Y a todas aquellas que conseguía escuchar, Marone respondía invariablemente: «¡Yo!». Alfeo, en cambio, soltó una frase que provocó una gran carcajada entre los compañeros que escucharon la broma: «Verás como se marcharán por patas en cuanto impactemos contra ellos, ¡y nos tocará meterles las lanzas por el culo!».

La unidad de Aneristos, situada en posición retrasada, tenía la obligación de empujar. Y el *pentecontarca*, siguiendo sus costumbres, provocaba a sus soldados más que exhortarlos (¡Vamos animales! Dad al menos la impresión de ser soldados. Intentad pareceros a los espartanos de verdad. ¡Vamos, banco de mujercitas áticas! ¡Huelo el olor de vuestros excrementos! ¡Fobos^[38] ha venido ya a veros!, y cosas parecidas). A más de un subalterno le entraron ganas de dirigir la lanza contra él. Aristodemo y Eurito, que se encontraban en las posiciones más avanzadas, eran dos de esos.

Cada soldado de las primeras líneas conocía bien las sensaciones y los rumores

ensordecedores producidos por el impacto entre las dos alineaciones que generalmente, en las batallas políticas, ocurría casi al mismo tiempo que todo el frente. Por ello a todos les pareció un poco extraño que el choque contra los adversarios se revelara fuera de lo normal, incluso en los sonidos además de en las imágenes. Cuando ocurrió, de hecho, no se escuchó el violentísimo ruido de las corazas, de los escudos y de los cascos chocando unos contra otros, de las lanzas que se rompían impactando contra superficies de metal, o incluso de los huesos que se rompían en el enfrentamiento de cuerpos empujados por las filas posteriores. La presión y el empuje, si acaso, ocurrieron sólo por una parte, la de la falange, disminuyendo la fuerza del golpe y, en consecuencia, la intensidad del fragor producido.

A muchos veteranos, y todos los espartanos lo eran, les pareció que el contacto había ocurrido muchos metros por delante, como si estuvieran dotados de lanzas muy largas capaces de alcanzar al enemigo desde lejos. También el *hoplita* más navegado y experto no podía hacer otra cosa que cerrar los ojos, ya borrosos por el polvo que se había levantado durante la carrera y el sudor que caía en abundancia por dentro del casco, en el preciso momento del impacto. Por lo tanto, todo aquello que quedaba al combatiente para valorar el efecto inmediato de su acción era el oído, por otra parte también éste condicionado por la presión del bronce sobre las orejas, de roturas de todo tipo y de los gritos liberatorios que lanzaban sus compañeros cuando finalmente, después de centenares de metros, clavaban la lanza en los cuerpos de los enemigos.

Aquello que percibieron los hoplitas fueron blancos mucho más blandos para sus lanzas. Atravesaron con relativa facilidad la primera línea y los cuerpos sólo parcialmente protegidos de los soldados, a quienes clavaron de una punta a la otra, obligándoles a una fatiga suplementaria para extraer el arma.

Marone fue uno de aquellos que tropezaron con los cuerpos de las víctimas de las jabalinas, sobre los que se habían subido los persas que se habían situado en primera fila. Cuando su blanco, un *sparabara* alcanzado por su lanza, cayó hacia atrás, el *hoplita* no consiguió evitar tambalearse hacia adelante terminando también él en el suelo, con el cuerpo tumbado sobre el cadáver y el rostro a los pies de su víctima.

Alfeo fue más eficaz. Su peso habría sido suficiente para empujar en profundidad la alineación contraria, más allá de la primera línea que había alcanzado. La embestida de los conmitones detrás de él le facilitó ulteriormente su trabajo y, sólo unos instantes después del impacto, ya se encontraba mucho más adelantado que sus compañeros. Pero había tenido la habilidad y la suerte de herir en el cuello a su primer enemigo. Aquello le había consentido extraer con facilidad la lanza y reutilizarla inmediatamente, sujetándola encima del hombro y golpeando a otros dos de arriba a abajo. Su altura y su alcance, mayor que cualquier otro adversario que se le puso delante, le permitieron eliminar a cuatro persas en el mismo tiempo empleado

por sus compañeros para extraer las lanzas de su primera víctima.

Marone, de todos modos, se levantó con rapidez. Inmediatamente después, protegido por los compañeros situados a su lado o detrás de él, hizo palanca con el pie para arrancar la propia lanza del cadáver, dirigiendo la punta posterior hacia el pecho de un persa que lo estaba agrediendo en los hombros. El golpe que este último estaba a punto de propinarle se detuvo repentinamente, y su cimitarra cayó al suelo rozando la figura de Marone.

—¡Y dos! —gritó el espartano, haciendo esfuerzos para que su hermano le escuchara, sin saber que Alfeo había ya asesinado al doble.

En general, los espartanos se asombraron de la facilidad con la que seguían avanzando, incluso después del impacto. Generalmente se veían obligados a detenerse frente a la oposición de la armada pesada de la parte contraria e, inmediatamente después, sentían encima el peso de los conmlitones, que con sus escudos los empujaban como arietes para destrozar al enemigo. El enfrentamiento, en líneas generales, se convertía en un asunto de pura presión: quién la ejercitaba con más fuerza infringía mal a las defensas adversarias y abría unos espacios en la alineación enemiga, permitiendo un camino hacia la victoria.

Pero en aquella estrecha llanura rozada por el mar los persas movían en la mano sus cimitarras sin conseguir alcanzar las protecciones reforzadas de los hoplitas. Quien tuvo modo de captar una visión general del campo de batalla, como Leónidas o Cnemo, que actuaban a ambos lados de la alineación, pudo darse cuenta de cuán insignificante era la porción de soldados que efectivamente estaban luchando. Más allá del barullo, que tenía ocupados a un número de persas al menos cuatro veces superior a los griegos, había centenares de filas de guerreros alineados que no podían hacer otra cosa que mirar lo que estaba ocurriendo ante ellos y esperar su turno. Si Jerjes hubiera tenido a su disposición el espacio suficiente para emplearlos a todos juntos, el rodeo habría sido una consecuencia inmediata y la derrota de los espartanos, inevitable.

Tampoco los hoplitas alineados en las filas posteriores estaban actuando de forma activa en la batalla, pero a diferencia de los adversarios de la retaguardia no habían sido ni siquiera excluidos. Aristodemo y Eurito, como tantos otros a su lado, ejercían, de hecho, la presión que se les había pedido, si bien corrían el riesgo de perder el equilibrio hacia adelante por culpa de la insólita movilidad de los compañeros más avanzados.

Con el propio escudo, Aristodemo empujaba obstinadamente la espalda del conmlitón situado delante, apoyando el arma sobre el hombro y a lo largo del brazo y ayudándose con la lanza, que usaba como punto de apoyo manteniendo el puntal posterior clavado en el terreno. Igualmente hacía el *hoplita* situado tras él. Ambos, sin embargo, se veían a menudo obligados a levantar la lanza y a clavarla un metro

más adelante, al contrario de lo que ocurría en otras circunstancias, cuando se quedaban en el sitio durante un buen tiempo.

En realidad los espartanos avanzaban demasiado rápido. A Leónidas le hubiera gustado que llegara a las filas posteriores la orden de no empujar demasiado por el simple hecho de que no había necesidad. El frente se había estrechado, por lo tanto no había habido penetraciones de sectores individuales en la alineación persa, sino un avance constante, con una primera línea todavía firme a pesar de los enfrentamientos, y que absorbía progresivamente a los enemigos fila tras fila. Después de unos minutos de batalla ya no estaba tan lejano, para los griegos, el margen posterior del primer contingente que Jerjes había decidido mandar a atacar.

Cada *hoplita* se encontró que tenía enfrente más adversarios al mismo tiempo. Marone acababa de gritar «¡cinco!» cuando se encontró el brazo de un persa alrededor de la garganta mientras otros dos iban contra él con las cimitarras levantadas. Empleó sólo un instante para decidir a quién atacar primero. Luego esperó a que los dos adversarios que estaban delante de él estuvieran más cerca, y un instante antes de que vibrara el golpe se dio la vuelta, provocando que cortaran en dos al hombre que le tenía agarrado por detrás.

Éste último, sin embargo, no soltó con rapidez la presa, complicando el movimiento del espartano. Marone, de todos modos, se dio la vuelta y paró un par de golpes con el escudo. Tenía todavía la lanza en la mano y la usó a modo de cuchillo, hiriendo desde abajo el costado del adversario más distante. Luego renunció a extraerla para no perder un tiempo precioso y arrancó el busto para parar la agresión del otro. Mientras tanto extrajo la espada y con ésta contraatacó, cruzando un par de veces la hoja del enemigo, antes de clavársela entre el cuello y el hombro. Después de haber gritado «¡ocho!» a no se sabía quién, enfundó la espada y asegurándose que nadie le iba a agredir, extrajo la lanza disponiéndose a usarla de nuevo.

Alfeo no podía escucharlo. Él tenía cuatro adversarios por delante y se estaba enfrentando a ellos con la lanza rota por la mitad. Con su típica fuerza, de hecho, la había usado para herir a un persa, alcanzándolo mientras estaba en el suelo con toda la fuerza que tenía. Mientras tanto había llegado otro, y en la prisa por evitar su golpe el espartano se había movido bruscamente, manteniendo sujeta la presa en el asta de la lanza, quedándose con la mitad en la mano.

Nada mal. El «matalagartijas» podía servirle como «matapersas» y como tal lo usó, manejándolo como una espada eficaz sólo con la punta. El escudo lo protegió de los ataques de un par de enemigos que le habían atacado por la izquierda y que consiguió apartar lejos, con un único empujón. Por la derecha, en cambio, le llegó un persa que movía una cimitarra. Consiguió, efectivamente, dejarla caer sobre él, pero sin coordinación alguna y empezando demasiado bajo para poder herir las hombreras de la armadura que constituían la parte más robusta de la coraza. No tuvo la

posibilidad de intentarlo. Alfeo lo apuñaló con lo que le quedaba de la lanza, traspasándole la cabeza desde una parte a la otra y abriendo dos vistosos agujeros sangrantes en la tiara.

El espartano eligió no sacar todavía la espada de la funda. Prefería la lanza, y decidió quitársela al otro enemigo que lo atacaba por la derecha. Éste arremetió contra él, apuntándole, pero Alfeo tuvo tiempo de apartarse a un lado cuando llegó el golpe y agarrar el asta cuando volvía atrás. Arrancó el arma de la mano del adversario e instintivamente intentó clavársela en la parte posterior, que se encontraba ya dirigida hacia el persa. Pero las lanzas orientales no disponían de puntas en ambas extremidades, por lo que consiguió sólo desestabilizarlo. De todos modos aquello fue suficiente para consentirle, después de una serie de improperios, invertir el asta y clavársela de nuevo, esta vez con éxito, justo debajo de la cintura.

Los otros dos, por la izquierda, estaban descargando la ira contra su escudo. La lanza persa era decididamente más ligera que aquella a la que estaba acostumbrado, y también más corta. Sólo la retuvo para arrojarla contra uno de los dos adversarios. Lo alcanzó por el cuello y pudo así dedicarse al único superviviente del cuarteto, para lo cual desenvainó finalmente la espada. Éste se enfrentó a él asustado, intentando eludir su golpe, pero en cuanto el pie del persa se acercó al de Alfeo el espartano aprovechó para ponerle la zancadilla. Una vez que el enemigo llegó al suelo, le atacó con la espada, cortando la tiara por la mitad con todo lo que había dentro. Contempló, complacido, cómo el cerebro salía del cráneo del cadáver, antes de darse cuenta de que mientras tanto otros dos persas se habían acercado hasta él. Pero en cuanto levantó la mirada hacia ellos éstos se detuvieron y se apartaron lateralmente, eligiendo a otro adversario.

El papel que cubría Deniece comportaba la obligación de combatir bajo la mirada de Leónidas. No era una responsabilidad absurda, ni siquiera para un individuo frío y calculador como él. Sometido al juicio de su rey, el *pentecontarca* tenía que mostrarse valiente como *hoplita*, afrontando al enemigo con determinación, habilidad y coraje, y capaz como oficial, manteniendo la unidad de la formación y transmitiendo seguridad a los subordinados.

Aquello significaba tener que mirar hacia delante, atrás o de lado. Y también hacia el rey, porque era a él a quien le tocaba la transmisión de las órdenes de Leónidas, al tiempo que atender si éste podía necesitarle. A tal propósito había asignado a cuatro hoplitas, que actuaban más hacia la derecha de la alineación, la misión de intervenir cada vez que Leónidas fuese amenazado por más de un adversario, ateniéndose de todos modos a las disposiciones reales de permanecer mirando hasta que el soberano hubiera combatido contra cada individuo.

También él, de todos modos, estaba entretenido manteniendo alejados a los persas, a quienes evidentemente se les había dicho que cargaran sobre todo contra los

hoplitas con la cresta transversal para quitar de en medio a los comandantes de las unidades. En el momento del impacto su lanza penetró al adversario de frente y, ya que había entrado demasiado en profundidad para extraerla rápidamente, agarró el cuerpo de su víctima antes de que cayera, usándola como ariete para desestabilizar al enemigo sucesivo, que eliminó con la espada. Luego cogió la lanza, justo a tiempo para hacer frente a un nuevo ataque por parte del persa que ocupaba la tercera fila. Éste lo asaltó saltando desde arriba para evitar tropezar con los cadáveres de los dos compañeros que habían muerto en manos del *pentecontarca*, pero cayó al suelo muerto, herido en la ingle por la lanza de Deniece. Y tuvo que dejarla definitivamente, al menos en parte, dentro de su cuarta víctima, que con su caída rompió el asta dejando en la mano del oficial sólo la mitad posterior. Fue entonces con el *styrax* con lo que Deniece se defendió de un nuevo asalto, consiguiendo salir airoso con la ayuda de un subordinado. Pero en cuanto se dio la vuelta para verificar si detrás los otros hoplitas estaban suficientemente unidos, escuchó un grito roto junto a él. El guerrero que lo había ayudado justo un instante antes venía degollado, justo en medio entre el casco y la armadura, por la lanza de un persa que le había caído encima sobre el lado descubierto.

Deniece no lo pensó dos veces y en cuanto su camarada le abrió la visión, cayendo al suelo, apretó aquello que quedaba en el asta y lo arrojó contra el rostro del enemigo, que se encontró con la frente clavada contra la tiara. Cuando cayó hacia adelante, el *pentecontarca* vio que detrás de él estaba Leónidas, quien lo había herido al mismo tiempo por la espalda. Los dos intercambiaron un rápido gesto de entendimiento y volvieron a mirar hacia delante, mientras Deniece recogía la lanza del *hoplita* asesinado.

También Cleopompo se encontró ocupado con varios enemigos. Formalmente era un buen guerrero, bien adiestrado y físicamente potente, pero su carácter era pálido y la idea de tener que atacar simultáneamente desde diferentes puntos le molestaba. Defendiéndose con el escudo y la lanza dio marcha atrás unos pasos, para que el *hoplita* que estaba tras él se pusiera a su lado. Luego continuó dando marcha atrás imperceptiblemente, terminando por no encontrarse ya en primera fila.

El *hoplita* a quien había cedido el sitio era Ditirambo. Éste, por el contrario, atacó después de haberle lanzado una mirada. Con el escudo empujó a un adversario, arrojándolo contra el suelo, mientras con la lanza intentaba golpear al menos a uno de los otros dos persas que estaban casi encima. Después de varios golpes sin dar en el blanco consiguió realizar uno, pero mientras tanto aquel que había mantenido alejado con el escudo había aparecido de nuevo sin que Cleopompo hubiera hecho nada por bloquearlo. Miró al *pentecontarca* con el rabillo del ojo y lo vio saltar y clavar repetidas veces la lanza en el aire pero sin ningún éxito, sin ninguna ayuda concreta para él. Cuando el persa entró de nuevo en el asalto se presentó todavía cerca del

escudo de Ditirambo, mientras que Cleopompo lo tenía justo frente a su propia lanza. Y sin embargo el oficial se retrasó de nuevo, oponiéndose incluso al empujón del compañero que estaba tras él. Al dar marcha atrás obligó a Ditirambo a enfrentarse otra vez al persa, pero sin quitarle el ojo de encima al otro enemigo. El primero parecía más fresco, y fue a él a quien eligió el *hoplita* para luchar, gritando a su comandante:

—¡Si salimos vivos te denuncio al rey! ¡No lo dudes!

Luego se marchó decidido contra el adversario, con la cabeza baja, y con un enérgico movimiento rotatorio del hombro clavó la lanza contra él, sobrepasando el escudo e hiriéndole justo debajo de la axila del lado izquierdo. El persa cayó al suelo pero Ditirambo evitó machacarle, dando por descontado que Cleopompo sería al menos capaz de darle el golpe de gracia a los heridos. Él, mientras tanto, tenía que focalizar su atención en el lado derecho. Giró por lo tanto en aquella dirección su cuerpo y se concentró en el asalto del adversario. Detuvo primero un golpe con el escudo, intentando responder con un golpe de hacha que quedó en el aire.

Era un duelo de lanza contra cimitarra, como gran parte de aquellos que se habían realizado en el frente. Y al igual que todos los demás, se resolvió a favor del arma más larga —y del combatiente más riguroso—, gracias a los mayores recursos atléticos del espartano. Mientras el persa se preparaba para realizar un golpe resolutivo de corte, llevando la mano que empuñaba la espada a la oreja izquierda, Ditirambo clavó con rapidez la lanza en el estómago para extraerla con fuerza inmediatamente después. Luego lo miró caer hacia atrás, mientras abandonaba la cimitarra e intentaba sujetarse los intestinos. Sólo entonces el espartano respiró profundamente y bajó el brazo dolorido que sujetaba el escudo. Entonces dirigió la mirada a su izquierda, para buscar a Cleopompo y escupirle en la cara todo lo que pensaba de él. Pero a su izquierda no estaba el *pentecontarca*, sino el persa al que había herido, arrastrándose hasta allí sin que nadie le detuviera. Y su cimitarra estaba ya dirigida contra él, demasiado cerca para que Ditirambo consiguiera reaccionar.

Sintió la hoja clavándosele bajo la corta falda formada por tiras de cuero y rasgándole el abdomen. Vio al soldado, que con dificultad se sujetaba de rodillas, girar la hoja en sus intestinos mientras lo sujetaba con el brazo para agarrarlo con toda la fuerza que le quedaba, como si quisiera realizar de la forma más eficaz lo único que le quedaba antes de morir. Y luego vio en las fisuras del casco del *pentecontarca* los ojos de Cleopompo, apenas un par de metros más allá, que observan la escena sin que el oficial moviera un músculo.

No estaba paralizado por el terror. Esto, al menos, fue lo último que Ditirambo fue capaz de comprender antes de que la muerte le llegara para liberarlo de los dolores infernales del vientre. Tuvo tiempo de protestar por haber amenazado a su comandante sólo un instante antes de haberle entregado su propia vida. Luego cayó

encima de su asesino, pero ninguno de los dos se volvió a levantar.

El avance de los espartanos fue cada vez más lento. En más de una ocasión se detuvo durante unos instantes para luego continuar constante, hasta que los lacedemonios no se convirtieron en dueños de todo el espacio que había sido del primer contingente persa, un centenar de metros más allá de donde estaba alineada otra división, hacia la que confluían los fugitivos y los heridos que posteriormente los griegos sabrían que se trataba de guerreros medios. Leónidas estaba todavía decidiendo si continuar o retirarse cuando vio que el frente enemigo se movía hacia adelante. Ordenó entonces a Deniece que sus hombres se fueran retirando poco a poco, algo que se reveló bastante complicado por culpa del alto número de cuerpos que yacían en el terreno.

De cualquier forma, los espartanos superaron la carnicería corriendo, saltando o evitando los cadáveres. Pero hubo también quién se divirtió saltando de un cuerpo al otro, como Alfeo y Marone, que encontraron la forma de desafiarse incluso en ese juego macabro. Más allá del terreno del enfrentamiento, cuando volvió a ser de nuevo llano, los hoplitas disminuyeron el paso y reconstruyeron los rangos, recuperando cada uno la posición ocupada en precedencia. Leónidas mandó detener a la armada en cuanto vio que todos sus hombres estaban en sus puestos. Luego les mandó que se dieran la vuelta. La nueva división enemiga estaba llegando, pero por la necesidad de superar la montaña de cadáveres y por la escasa propensión a mantener las filas unidas mientras caminaban con rapidez, los persas avanzaron de forma desordenada.

Así pues, el asunto se presentaba todavía más fácil de lo que se había revelado en el primer encuentro. Leónidas dispuso el cambio hasta que los hoplitas más frescos de la *pentekostyes* de la segunda línea pasaron hacia delante. Inmediatamente después, con la misma calma y el mismo orden que había marcado la alineación inicial, la unidad de Aneristos y aquella que estaba a su lado, dividida en decenas, superaron las dos que le precedían y cerraron de nuevo los rangos, disponiéndose en cinco filas.

Una vez obtenida la máxima unión posible, el rey optó por una disposición defensiva, para hacer de verdad impenetrable la barrera de escudos de la primera línea. Con tal finalidad ordenó que los hoplitas se arrodillaran y se agacharan detrás de los escudos, clavando la punta en el terreno y atendiendo el asalto del adversario con la lanza a un ángulo de 45 grados. Detrás de la falange, mientras tanto, se había reconstituido la alineación de la infantería ligera, que se había retirado antes que los hoplitas y que de nuevo estaba lista para arrojar sus lanzas.

Ahora el espacio ocupado por la armada espartana se presentaba como un cuadrilátero de escudos apoyados sobre el terreno, de los que despuntaban las crestas rojas de los cascos de los soldados y, todavía más arriba, las astas de sus lanzas. Era muy improbable que un dardo consiguiera penetrar aquel manto protector, y de hecho

los comandantes persas parecieron renunciar a valerse de las acciones de los arqueros. Al menos esto fue lo que pensaron Leónidas y Cnemo cuando vieron a los enemigos, a poco más de doscientos metros, disminuir el ritmo, casi detenerse, y luego retomar para seguir avanzando.

Lo que Leónidas no habría imaginado era que frenaran de nuevo, precisamente cuando estaban cercanos al impacto. Y disminuyeron tanto su paso que los espartanos situados en las primeras filas tuvieron tiempo de leer en los rostros de los adversarios la agitación, el ansia e incluso el terror que les invadía, después de haberse dado cuenta de que se iban a arrojar sobre aquella muralla espesa de espinas.

Sin el empuje determinado por una larga carrera, los persas perdieron sus escasas posibilidades de romper la fila enemiga. Se expusieron, además, a tiro de los lanzadores que, posicionados inmediatamente detrás de la última línea espartana, eran perfectamente capaces de ver sus blancos. Las jabalinas de los ilotas y los periecos volaron así encima de las cabezas de los espartanos y, gracias a las dudas y a la lentitud de los movimientos de los adversarios, acertaron con un porcentaje superior al del tiro anterior.

En el momento del impacto los persas llegaron en tiempos y modos diferentes a lo largo de todo el arco del frente, unos antes, otros después, algunos corriendo o al trote, incluso al paso, saltando o agachándose. Ninguno de los hoplitas de las primeras líneas se movió un centímetro, y contra su barrera chocó la débil línea que el enemigo había intentado construir. Algún que otro persa permaneció clavado en la selva de lanzas, algún otro fue simplemente rebotado hacia atrás, y otros incluso fueron arrojados por los aires tras el impacto contra un escudo lacedemonio, aterrizando junto a los hoplitas de las líneas posteriores a la primera.

Eurito, que estaba en la cuarta fila, se encontró sobre uno con el pecho abierto por la punta de su lanza. Su casco se manchó con la sangre que éste vomitó mientras caía, con el rostro hacia adelante, y el *hoplita* tuvo que apartarse para que no se lo llevara por delante. El persa yacía en el suelo precisamente entre él y Aristodemo, con el vientre hacia abajo y una parte importante del asta saliéndole de la espalda. De la punta caía tanto sangre como tripas.

—¡Lo había dicho yo! ¡Así matan los persas! —les dijo Aneristos, dándose la vuelta un instante para ver cómo había acabado el hombre a quien había hecho despegar. Luego, sin ni siquiera controlar su reacción, siguió mirando hacia adelante y sostuvo el envite de los persas que se sucedían contra el escudo. A Eurito no le quedó otra cosa que extraer la propia lanza del cadáver mientras Aristodemo lo ayudaba, manteniendo el cuerpo firme en el suelo y haciendo fuerza con su rodilla.

Terminada la primera hondada, los comandantes dieron a los hombres la orden de levantarse y empezar a empujar hacia adelante. A partir de la primera línea, los hoplitas se pusieron de pie, arrancando la punta posterior de la lanza del terreno y

poniéndose el asta bajo la axila. Esta última operación la ejecutaron con cautela para evitar que el «matalagartijas», situado repentinamente en posición casi horizontal, hiriese al compañero que estaba detrás. El único que no prestó atención fue Aneristos, y no por casualidad su *styrax* terminó por entrar en el casco del *hoplita* que estaba detrás, hiriéndole de pasada el cuello y levantando su protección de la cara. Molesto por el obstáculo contra el que se había golpeado, el *pentecontarca* se dio la vuelta y dio un puñetazo al mal afortunado. Sus nudillos, que apretaban la lanza, golpearon justo en la mejilla del subordinado.

Una tras otra, de todos modos, todas las líneas lacedemonias se levantaron, mientras la primera se limitaba a oponerse a los intentos de presión de los persas en espera de aprovechar el empujón de los compañeros para comenzar el avance. Algún que otro *hoplita* de la retaguardia se divertía observando los inútiles esfuerzos de los enemigos, que se afanaban en romper la falange usando las lanzas contra los escudos de los espartanos de la primera línea, dando patadas y moviendo las manos, gritando como obsesos cada vez y con más fuerza cuando sus intentos se revelaban inútiles. Era curioso, en efecto, la contraposición entre su frenético movimiento y la aparente inmovilidad de los lacedemonios. Pero duró poco, porque en cuanto comenzaron a avanzar, los espartanos se encontraron de frente a los obstáculos representados por los cuerpos de cuantos se habían inmolado en su barrera.

Para una falange, un campamento de batalla sembrado por caídos era lo peor que se podía encontrar. En este caso, sin embargo, había sólo que superar las montañas de muertos que yacían en correspondencia con la primera línea helena. Cada *hoplita* lo hizo a su manera, unos saltando, valiéndose del apoyo del cadáver más alto, otros escalando la pila, algunos simplemente saltándosela. En las zonas en las que no estaban amontonados, sino sólo algún que otro cadáver esparcido por el terreno, los guerreros se limitaron a caminar por encima. Todo, naturalmente, haciendo frente a los flechazos persas que se agitaban de una parte a la otra de la barrea, sin conseguir resultar jamás peligrosos.

Algún que otro oriental más valiente intentó subir también él los montones, anticipando al *hoplita* que tenía frente a él o disputando contra éste la parte superior, pero para el espartano, dotado de armamento pesado, fue suficiente empujar con el propio escudo y aprovechar su falta de equilibrio para rematarlo con la lanza. De esa forma, sin embargo, se amplió la porción de terreno inadecuada para la falange, y durante unas decenas de metros los *hoplitas* avanzaron sin ninguna unión, cada uno apoyándose sólo en sus propias fuerzas.

Se trataba de una situación más bien inédita, en efecto. Los espartanos terminaron por realizar una serie de duelos personales con los respectivos adversarios, sin que los compañeros de atrás pudieran empujarles hacia delante y sin que los conmitones de al lado pudieran ofrecer protección con el escudo. Guerreros sin precedencia,

alineados en las filas posteriores, se encontraron repentinamente expuestos al frente enemigo, y gente que estaba delante se encontró detrás, impotente tanto para combatir como para empujar. Por suerte los persas —en realidad eran *cisios*, como los griegos sabrían inmediatamente después—, se sentían más bien desmoralizados por el malogrado desarrollo de su trabajo y no se demostraban particularmente combativos ni ansiosos por contrastarlos.

Aristodemo, encontrándose en primea fila, tuvo la ocasión de dar algún que otro golpe pero los adversarios se mantenían a una distancia de seguridad y sólo en una ocasión consiguió enfrentarse de verdad contra uno de ellos. No le fue difícil aprovechar la mayor longitud de su lanza para tocarle el hombro y desestabilizarlo. Se trataba de un soldado carente de armadura, pero la costumbre de apuntar contra las zonas donde un *hoplita* carecía de protección llevaron al espartano a herirle en la ingle. Cuando se desplomó, sus conmitones más cercanos se ocuparon rápidamente para sustituirle.

La relativa pasividad de los *cisios* permitió a los espartanos reconstruir al menos la primera línea, una vez superada la zona donde yacían los caídos. A los jefes de cada fila se unieron los otros hoplitas y en breve la falange se reconstituyó, si bien no todos los guerreros fueron capaces de recuperar exactamente el sitio establecido antes del impacto. Aquello situó a Aristodemo, posicionado en la primea línea, en la desagradable situación de tener que fiarse del escudo de Aneristos cuando los rangos se cerraron de nuevo. El *pentecontarca*, de hecho, estaba justo a su derecha, y cuando notó su escudo dorado le dirigió una mirada malvada, apenas perceptible entre las amplias hendiduras del casco.

Cuando Leónidas comprobó que todos se habían alineado, dio la orden de retomar el avance. Durante unos instantes los persas retrocedieron pero luego, dirigidos por los oficiales, intentaron ordenar a su vez una barrera con la idea, sin conseguirlo, de situarse todos a la misma altura, con las lanzas mirando hacia adelante. Pero no hubo un solo momento en el que consiguieran oponerse de alguna forma a los espartanos. Estos últimos siguieron avanzando con paso lento y cadenciado, en línea perfectamente recta, borrando cualquier oposición, dando casi la impresión de tener que amontonar hacia el oeste la multitud de cadáveres de los enemigos.

Fue tan fácil que Aristodemo no tuvo oportunidad de experimentar cómo reaccionaba él ante el miedo al enfrentamiento en primea línea. No había bebido como los demás, así que era más consciente de los peligros que comportaba encontrarse allí, pero no tuvo nunca la impresión de correr el riesgo real de jugarse la vida. Los asaltos de los *cisios* seguían siendo poco claros, y cualquiera de ellos que intentara con decisión oponerse al avance espartano terminaba herido por más de una lanza.

Poco a poco los lacedemonios procedían hacia el oeste y la oposición de los

adversarios se hacía cada vez más débil, y era siempre mayor el número de aquellos que escapaban. Al final, quedaron tan pocos frente a los griegos que éstos pudieron ver con claridad lo que les esperaba en Occidente. Pero sólo Aristodemo comprendió plenamente la amenaza, no sólo porque era más lúcido, no sólo porque era más receptivo que los demás ante el miedo, sino sobre todo porque sabía quién les esperaba.

Estaban inmóviles, perfectamente dispuestos en líneas horizontales, con sus trenzas alrededor del rostro y bajo la tiara, las túnicas de diferentes colores (azules, carmesí, blanco y amarillo) largas hasta las pantorrillas, y bajo éstas el ojo experto de Aristodemo intuía la presencia de un chaleco de capas metálicas. Y además, aquellas lanzas con el pomo plateado o dorado, las dagas, los escudos ovales con dos círculos cortados literalmente.

Y por fin los arcos, que muchos estaban preparando para tirar.

Eran exactamente ellos: los Inmortales.

Leónidas había querido una descripción exacta de los dos guardias que Aristodemo y Eurito habían encontrado delante de la tienda de Jerjes. Luego había confirmado que se trataban de los Inmortales, la única división *baivarabam*, como los llamaban ellos, de nivel profesional de la que el gran rey podía presumir. Ellos les llamaban Inmortales, había dicho Leónidas, porque presumían enormemente de mantener los efectivos siempre en el mismo número, es decir, diez mil. Y ahora estaban allí, alineados todos juntos, incluso con sus estandartes, sostenidos por arqueros pero que llevaban en la cabeza una piel de lobo en lugar de la tiara, una túnica particularmente brillante y aquellos detestables calzones que tantos problemas habían dado a Aristodemo.

Estaban esperando sólo que los últimos restos de los *cisios* se quitaran de en medio para tensar sus dardos, sin preocuparse de resguardarse bajo los *spara* u otros escudos. Pero no se podía excluir que estuvieran dispuestos a tirar también sobre los conmlitones todavía cercanos al blanco.

Mortales e Inmortales

Y de hecho los inmortales tiraron. No había sido la presencia de los *cisios* lo que les había detenido, sino la distancia. Ya el avance espartano los había llevado a menos de doscientos cincuenta metros de su objetivo y no había motivo alguno para seguir esperando. Aristodemo sintió, por primera vez desde que la batalla había comenzado, un escalofrío recorrerle toda la espalda y el corazón latirle alocadamente. Miró alrededor durante un instante y no le pareció que sus conmlitones se mostraran igualmente impresionados. Pero ellos no sabían que esos guerreros no eran como aquellos contra los que se habían enfrentado hasta ese momento. Es más, cabía la posibilidad de que fueran tan expertos como los espartanos, pero sospechó que Leónidas, por el contrario, no era muy consciente de este hecho. De ahí que, cuando vieron a los Inmortales preparar las flechas, el rey se apresurara a ordenar a la falange que se agachara de nuevo y que los hoplitas se arrodillaran una vez más bajo los escudos. Los soldados ejecutaron inmediatamente la orden, justo a tiempo para notar el ruido del lanzamiento, el silbido y los golpes sordos de los dardos, muchos de ellos retumbando contra los escudos. Siguió inmediatamente otra descarga, y luego otra, antes de que los lacedemonios pudieran levantar la cabeza y ver que los persas, con los arcos colgados, comenzaban a avanzar con un paso marcado.

«Bueno, ya estamos. Ahora es el momento de ver de qué pasta estoy hecho», se dijo Aristodemo, levantándose y preparándose para marchar a su vez hacia adelante. En cambio escuchó la orden de Leónidas de darse la vuelta y establecerse en rangos compactos, teniendo en cuenta los muertos amontonados que se habían dejado atrás.

¿Qué es lo que estaba ocurriendo? ¿Qué el rey, por fin, estaba demostrando quién era de verdad, y precisamente en el momento culminante de la batalla? Aristodemo ejecutó mecánicamente la orden, interrogándose sobre las motivaciones que habían llevado al perseguidor de Gorgo a hacerles escapar delante de los Inmortales. Como había sospechado siempre, les había llevado hasta allí para morir. Pero así corría el riesgo de morir también él, aquel idiota, exponiendo la espada a la agresión enemiga.

A menos que el rey no pretendiera cruzar la muralla con una excusa cualquiera por haber aguantado la batalla con la mejor unidad del ejército enemigo. Por otro lado, sus hombres habían mantenido ya dos combates con otros contingentes persas y nadie habría ridiculizado la situación si hubiera ordenado a los locrenses que entraran en el campo de batalla. Pero lo cierto era que nadie estaba de verdad cansado, dado que el enemigo hasta ese momento había representado un empeño para nada inalcanzable, todo lo contrario.

Los persas, mientras tanto, iban ganando terreno. Leónidas no había querido que se procediera al trote y, metro tras metro, los otros se acercaban. Aristodemo se dio la

vuelta varias veces, desoyendo ya los insultos de Aneristos por perder su posición, y atendiendo al riesgo de tropezarse con algún cadáver. Ni vio siquiera a Eurito, que estaba justo delante de él, intentar girar un poco la cabeza. Tenía la impresión de tener su respiración encima cuando Leónidas ordenó que se detuvieran y se dieran la vuelta.

Detenerse y darse la vuelta.

Aristodemo empleó unos instantes en entender que la maniobra formaba parte de un preciso plan estratégico. Se reprobó severamente, reconociendo que sólo su enorme prevención hacia el rey podía haberlo inducido a pensar que quería escapar, sin mostrar a los otros griegos que tocaba a los espartanos enfrentarse en primer lugar a los Inmortales. Tuvo el tiempo justo de ponerse en su posición, situando la lanza bajo la axila, la pierna y el brazo izquierdo hacia delante, antes de que una nueva orden de Leónidas pusiera en movimiento a la falange, directamente al trote.

El espartano consideró que a su lado estaba Aneristos. Si por casualidad llegaban a sobrevivir, el *pentecontarca* le haría penar de forma pesada cualquier gesto que pudiera ofrecerle el pretexto de ser un cobarde. Y si se hubiese comportado como un cobarde, la hazaña del día anterior no la habría contado. Lo sabía bien, teniendo en cuenta cómo eran los espartanos. No. No era suficiente lo que había hecho en el campamento persa, que todos conocían en la versión «endulzada», tenía que seguir comportándose como un espartano, a la fuerza, aunque percibiese los retortijones en las tripas y esa sensación de vértigo que hacía sentirle ligeramente inestable sobre las piernas. Y además, detrás de él estaba Eurito y no podía decepcionarlo. Era muy consciente de que había constituido siempre un modelo a seguir para su amigo: si se hubiera comportado mal, habría también quitado valor a la tesis que había mantenido en Anopea.

Al principio, por otro lado, el comportamiento de los persas le infundió valor. Si era verdad que los Inmortales eran lo mejor que había entre los guerreros, en aquella ocasión no llegaron a mostrarlo. El brusco giro de los espartanos y su repentino e improvisado movimiento hacia adelante les sorprendieron, disminuyendo el paso y desmontando las filas, en las que cada guerrero reaccionó de forma distinta ante la necesidad de enfrentarse a un enemigo que creía en retirada.

En el impacto, por lo tanto, los espartanos adquirieron una posición de ligera ventaja moral y dinámica, que compensaba la menor profundidad de sus filas. La violencia del impacto fue mucho más terrible que aquella que se había escuchado contra los medios. Las corazas de metal bajo las togas de los persas se escucharon débilmente en las cúspides lacedemonias. En ambas alineaciones hubo quienes vieron cómo se partía la propia lanza en el momento del choque, y quienes sintieron cómo sus propios huesos se rompían ante el contacto contra los adversarios. Otros perdieron el equilibrio y terminaron en el suelo casi inmediatamente, para verse

pisoteados por los conmlitones o por los enemigos. Entre los hoplitas alguno de la segunda línea, al empujar la primera, se hirió con el *styrax* del compañero que le precedía.

Las dudas de los Inmortales determinaron un inmediato movimiento hacia el oeste de la zona divisoria entre las dos alineaciones y, sobre el terreno, un continuo empujón hacia adelante por parte de los espartanos. Aristodemo sintió el escudo de Eurito apretarle la espalda y vio con el rabillo del ojo la lanza del amigo sobrepasarle en más de un tercio su propio hombro. De esta forma el compañero amenazaba por el lado izquierdo al soldado persa, sin equilibrio ante la presión que recibía, y que le llevaba a atacar por la derecha.

Aneristos, de quien de todo se podía decir menos que no sabía combatir, movía como un enloquecido el brazo derecho, que entró repetidas veces en el cuello y el rostro del adversario, incluso cuando estaba en el suelo. Aristodemo no quiso mostrar ser menos e intensificó a su vez la rapidez de los movimientos. Gracias a la acción conjunta de Eurito, que seguía apuntando al persa con su propia lanza, consiguió por fin encontrar un espacio en la defensa del adversario y alcanzarle en el cuello, extrayendo la lanza antes de que éste se cayera al suelo. Se había demostrado un enemigo hábil, mucho más que los anteriores contra los que se había enfrentado, pero a diferencia de Aristodemo, no había podido valerse de la ayuda de un compañero.

A diferencia de los medios y los *cisios*, ningún Inmortal mostraba intención de querer escapar ni estaba dispuesto a ceder fácilmente la posición. Pero la mayor unión de la falange les permitió continuar y ganar terreno, si bien lentamente, en una muchedumbre en la que casi todos los combatientes estaban aplastados unos contra otros casi como en un enfrentamiento entre hoplitas. Después del choque, de hecho, los griegos continuaron ejerciendo una fuerte presión para abrir unas brechas en la alineación persa, que cedía progresivamente sin romperse ni doblarse. Los Inmortales, conscientes de ser menos compactos, se limitaban a resistir el empujón enemigo, intentando hacer valer su mayor agilidad con un frecuente acercamiento a la primera línea.

Desestabilizados por los movimientos de los adversarios y por los empujones de los escudos de los conmlitones detrás de ellos, varios hoplitas terminaron en el suelo y entonces no les quedaba otro remedio que luchar tumbados, con las manos desnudas, para darle su merecido al persa que habían arrastrado consigo. Aristodemo vio con el rabillo del ojo cómo Aneristos destrozaba a un Inmortal con un codazo en la nariz mientras, tumbado sobre él, intentaba bloquearle los brazos. Cuando el *pentecontarca* constató que el adversario, una vez convertido en una máscara de sangre, estaba dominado, recogió la lanza y se la metió en un ojo, clavándolo al suelo. Luego la extrajo y con el *styrax* casi en vertical traspasó la barbilla de otro persa que se abalanzaba sobre él, presto a arrojarle un golpe con su puñal.

Había otro inmediatamente después, otro Inmortal, que sin embargo consideró a Aneristos un adversario demasiado duro y prefirió dirigir su propia atención al que estaba a su lado. O lo que era lo mismo, a Aristodemo. Éste, por otro lado, tenía encima la acción de otros dos enemigos atraídos por su escudo de oro, que constituía un objeto demasiado llamativo para que alguien no deseara apropiarse de él. Además, parecía un arma demasiado prestigiosa para que un soldado raso la llevara. Aristodemo se encontró a tres encima al mismo tiempo.

El espartano se dio cuenta de que su escudo les distraía. Gritó entonces «¡A la derecha!», seguro de que Eurito, siempre tras él, habría entendido. Luego extrajo su brazo del *porpax* y arrojó el escudo contra los dos que estaban a su izquierda. Los persas se apartaron para no ser alcanzados pero dudaron unos instantes, observando el arma y pensando en adueñarse de la misma. Aquello dio a Aristodemo el tiempo suficiente para agarrar su lanza con ambas manos, romperla por la mitad y abalanzarse sobre los dos, apuñalándolos a ambos, a uno con la punta y al otro con el *styrax*.

Cayó sobre ellos, y sólo en el suelo se dio cuenta de los efectos de sus acciones. El que estaba a su izquierda estaba muerto, con el trozo de lanza en el cuello, mientras el otro se debatía en el intento de extraer el «matalagartijas» del hombro. Aristodemo rodó por el terreno, perdiendo el casco, y detuvo con un gesto propio de los luchadores de lucha libre al persa, sujetándole el cuello con las manos. Apretó todo lo que pudo mientras miraba a su alrededor para cerciorarse de que ningún otro persa lo estaba amenazando, pero también para ver en qué punto estaba Eurito con su adversario.

El amigo parecía en dificultades. El otro era muy hábil para evitar los intentos que el espartano estaba realizando con la lanza, cargando el brazo por encima del hombro. A su vez, el persa era rápido en las acciones, si bien en su mayoría alcanzaba sólo el escudo del *hoplita* o llegaba con poca fuerza contra la coraza. Eurito se dio cuenta de que corría el riesgo de quedar atrapado en una lucha interminable, deteniendo el avance de la falange, y decidió intentar el todo por el todo. Arrojó la lanza contra su rostro e inmediatamente después desenvainó la espada, que se encontraba sobre el lateral izquierdo. Llegó mal, empuñándola como si fuera un cuchillo, pero un instante después la lanzó por los aires y la agarró mientras caía por el lado exacto. Fue entonces suficientemente rápido para encontrarse listo a luchar con el arma antes de que el otro, que se había apartado para evitar el arma, se pusiera en posición. La cabeza del persa encontró, por lo tanto, la hoja de la espada que Eurito había calado de revés, de izquierda a derecha. Su cuello emitió un abundante chorro de sangre cuando ésta se separó del cuerpo, netamente, rodando al suelo y botando contra el escudo dorado de Aristodemo, que se tiñó inmediatamente de rojo.

Los dos espartanos se miraron, felicitándose el uno al otro con un gesto de

asentimiento. Luego agarraron las lanzas de los persas muertos —Aristodemo también su propio escudo—, y retomaron el avance en línea con los demás. Con el tiempo la falange conquistó una posición cada vez mayor de terreno y, cuando fue evidente que los griegos estaban tomando más posiciones, los comandantes persas dieron la orden de retroceder.

No era una retirada, sino sólo una toma de posiciones. Por otro lado, Jerjes podía emplear sólo unas pocas centenas de soldados al mismo tiempo, y sólo una vez retrocedido el primer regimiento de Inmortales podía entrar en el enfrentamiento el segundo. También Leónidas aprovechó para que sus hombres descansaran y cerraran de nuevo filas, que en algún que otro sector se habían abierto, y de nuevo dio la orden de dar marcha atrás. Mientras tanto, en los brazos y las piernas, las únicas partes del cuerpo expuestas, los hombres empezaron a percibir algunas gotas de lluvia.

Llegados cerca de la porción de terreno llena de cadáveres *cisios*, los espartanos se encontraron bajo una lluvia cada vez más fuerte. El rey ordenó que los hoplitas se retrasaran y se dirigieran de nuevo hacia el enemigo, pero dio también disposiciones para que las *pentekostyes* intercambiaran posiciones. El terreno comenzaba a ser cada vez más duro, pero la operación se desarrolló con total eficiencia, como de costumbre. Alfeo y su hermano gritaron entusiastas y cuando se cruzaron con Eurito y Aristodemo, Marone les dijo:

—¡Era hora! Si empujábamos un poco más vuestros culos blancos, habríamos terminado por calentarnos y pensar en otra cosa en vez de en combatir.

—¿Y Ditirambo? —preguntó Aristodemo, mostrándose completamente ajeno al sentido del humor en aquellas circunstancias. El ruido del agua que caía contra el casco, retumbando en los oídos, hacía todavía más difícil la comprensión de lo que estaban hablando los conmlitones.

—No lo sé. Lo colocaron en otro sitio. Pero no me parece haberlo visto. Esperamos —respondió Alfeo, procediendo rápidamente hacia la primera línea.

—¿Pero los de aquí valen el doble? Me parecen más capaces, mira que cada uno que mate lo contaré por dos, ¿eh? —dijo Marone a su hermano, llamando la atención sobre el argumento que más le importaba en aquel momento, es decir, la apuesta. De cualquier modo, ni Aristodemo ni Eurito tuvieron la ocasión de escucharle.

Su hermano, de todos modos, no tuvo tiempo tampoco para responder, salvo con los hechos. El nuevo regimiento de los Inmortales estaba encima de ellos, y esta vez los dos hermanos no pudieron coleccionar muertes al mismo ritmo que la vez anterior con los medios. Es más, en un momento terminaron por plantar la lanza en el cuerpo del mismo persa y casi al mismo instante. Y consiguieron incluso discutir, cada uno apuntándose el mérito de haber terminado con el otro antes, hasta que los nuevos enemigos no se pusieron ante ellos, obligándoles a dirigir de nuevo su atención hacia asuntos más serios, como por ejemplo salvar el pellejo.

Para comprobar sus actuaciones, sin embargo, ambos habían abandonado la lanza dentro del hombre que habían matado y tuvieron que enfrentarse a los nuevos con las espadas. Marone consiguió con un golpe afortunado romper el asta de la lanza de su adversario, participando luego en un duelo de espadas en el que prevaleció gracias sobre todo a la mayor longitud de su hoja respecto a la daga del persa. Alfeo, en cambio, detestaba las espadas, e intentó resguardarse con el escudo mientras intentaba extraer su propia lanza del cadáver que estaba debajo. Pero se la había clavado en profundidad y, además, el terreno empezaba a ser resbaladizo con la lluvia, siendo inapropiado como punto de apoyo. El espartano se dio cuenta de que no podía conseguir extraerla en un tiempo razonable. Arrojó el escudo al suelo y agarró también el asta de la lanza de Marone, tomando ambos palos a la vez, en un lugar más cercano a la punta respecto a la empuñadura de cuero. Tuvo así un agarre mucho más sólido con el que levantar el cuerpo del persa muerto y arrojarlo contra quien estaba luchando. Éste lo vio llegar sobre un costado que no estaba protegido con el escudo, perdió el equilibrio y también la lanza que tenía en la mano. Alfeo llegó antes de él, recogió el arma e inmediatamente después se la clavó en el costado, traspasando, con su propia potencia, la coraza que el persa se había puesto bajo la toga.

En el momento del impacto, Deniece recibió una fuerte contusión en el pecho que le quitó la respiración durante pocos minutos. De consecuencia de ello se encontró sin fuerzas en el golpe siguiente. La lanza llegó al escudo y la potencia del cuerpo fue tal que consiguió perforarlo, pero sobre todo el propio escudo no se opuso y le llegó al casco, golpeándolo y dejándolo atontado durante unos instantes. Cuando recobró los sentidos se dio cuenta de que Leónidas había matado a su enemigo, evitando que éste se aprovechara de su estado de debilidad para acabar con él.

El rey lo había salvado.

No tuvo tiempo para darle las gracias, ni para considerar el asunto. Otro persa ya estaba casi encima, y tuvo que defenderse, si bien se dio cuenta sólo en ese instante de que no tenía el escudo, que se había ido con la lanza del guerrero que había matado el rey. Además, veía mal. El casco se había abollado en correspondencia con la hendidura de los ojos, privándolo de la vista del lado izquierdo, mientras que el derecho estaba empañado por las gotas de la lluvia. También la lanza la había perdido. Desenvainó la espada y con ella se enfrentó a la lanza enemiga.

Consiguió detener un par de veces los golpes del adversario, y logró que el tercero ni se realizara, provocando que el otro perdiera el equilibrio hacia adelante. Luego fue rápido al cogerle por el borde del escudo para tirarlo contra él, dándole un golpe en la frente con la mano que empuñaba la espada. Gracias a la tiara aquel absorbió el impacto, pero empleó unos instantes antes de recobrar los sentidos. De esta forma Deniece pudo darle otro golpe detrás de la nuca. El persa se cayó y el

pentecontarca tuvo ocasión de darle el golpe de gracia, terminando por arrancarle la cabeza. Posteriormente se apresuró para recuperar el escudo y la lanza en aquella que en aquel momento se había transformado en una llanura de fango, para prepararse a una nueva lucha.

Hubo muchos enfrentamientos, y al igual que con el primer regimiento de los Inmortales los espartanos iban ganando terreno, si bien era cada vez más difícil proceder, y también combatir, con la equipación mojada y los pies que se adentraban en los charcos. El problema valía para ambas alineaciones. Los espartanos iban más armados, así que les costaba más moverse con todos aquellos quilos encima. Los persas se veían limitados en los movimientos por sus largas togas mojadas, con las que incluso se tropezaban, ofreciéndose como víctimas sacrificables al adversario de turno.

Leónidas miró hacia el oeste y vio en la espesa lluvia a un tercer regimiento listo para entrar en acción. Salió unos instantes del centro de la batalla y ordenó a un ilota que corriera a avisar a los locrenses para que salieran a relevarles, avanzando hacia donde ellos estaban. Especificó, sin embargo, que dejaran un espacio suficiente a los lados para que los lacedemonios se retiraran al otro lado de la muralla. Ellos habían hecho suficiente durante aquel día, y no les quedaba mucho para la llegada de la oscuridad. Luego, en cuanto vio a los persas que habían dado comienzo a un cambio de tropas, ordenando a los soldados que se retiraran, ordenó igualmente a los suyos que hicieran lo mismo.

Entre la lluvia y el terreno empantanado y lleno de muertos, el nuevo cambio hacia el este fue de todo menos ordenado, aunque en aquel momento los espartanos no tenían a los persas en los talones y sus comandantes no se preocuparon mucho. Cuando Marone vio a los locrenses salir de la muralla entendió que para ellos el día había terminado, y protestó contra la mala suerte. Su hermano, de hecho, estaba en ventaja y la decisión del rey le quitaba la oportunidad de equiparar los resultados.

Sin embargo, nadie más se lamentó. Los hombres estaban cansados y la lluvia les había quitado las fuerzas residuales. Por otro lado estaban muy contentos de poder regresar y descansar. De una forma o de otra, llegaron todos a cruzarse con los locrenses que se acercaban, desfilando junto a su falange, mucho menos compacta y menos espectacular que la de ellos. Leónidas entró por último, después de haber pasado las consignas al comandante locrense, a quien le pidió sólo que mantuvieran las posiciones en espera de que las tinieblas y el terreno difícil indujeran a los persas a retirarse definitivamente durante aquel día.

Poco a poco los lacedemonios desfilaron por la muralla, cansados, sucios, enfangados y empapados, arañados por las piernas y los brazos, algunos heridos y agarrados por sus compañeros. Los otros griegos, que habían asistido a sus empresas, se abrieron en dos filas y los cubrieron de felicitaciones y alabanzas, palmadas en los

hombros y en la espalda y golpecitos en los cascos que ya llevaban levantados. Tras cada alabanza, Marone repetía el número de persas que había matado y que conforme avanzaba iba aumentando. Inmediatamente después de la muralla eran doce, pero cerca de Kolonos ya eran veinte. De hecho había decidido incluir en la cifra también a aquellos a los que había herido solamente, aunque hubiera sido de refilón. De todos modos, pensó, nadie le llevaría la contraria.

También Alfeo no dudó en comunicar abiertamente sus hazañas. Había matado a dieciséis y salvo prueba de lo contrario, aquella fue la cifra que repitió desde el principio hasta el final de aquel improvisado desfile. Y si Eurito fue mucho más discreto, Aristodemo calló completamente, sin dar peso alguno a los comentarios de sus admiradores quienes, reconociendo en él al vencedor del pentatlón y al autor de la intromisión en el campamento persa, y viendo su magnífico escudo lleno de sangre, le habían elegido su benjamín alabándolo más que a cualquier otro. En cambio él, ahora que la adrenalina había pasado, sentía sólo un cansancio enorme y una fuerte quemadura en los ojos.

Los comandantes de las unidades recibieron la orden de pasar revista a sus hombres junto a Kolonos, para verificar las pérdidas. Los pentecontarcas exhortaron a sus subalternos para que tuvieran un poco de paciencia para la cena y el descanso y procedieron con la cuenta, mientras los hombres se miraban entre ellos para individualizar los que estaban presentes y ausentes. Faltaban treinta y siete hoplitas, repartidos en diferentes medidas por unidad. Pero muchos, heridos más o menos gravemente, habían sido acompañados a la enfermería en cuanto habían vuelto. Alfeo y Marone buscaron a Ditirambo mientras Cleopompo hacía recuento de sus hombres, y no viéndolo, lo llamaron a gritos.

—Es inútil que sigáis buscando. Ha muerto —les dijo el *pentecontarca* en cuanto hubo terminado.

Si Pantites hubiera vuelto, pensó Aristodemo, que se encontraba cerca de la unidad, no le hubiera agradado descubrirlo. Pero seguramente habría hecho cualquier cosa para esconder su dolor, para dar a todos la impresión de que era un perfecto espartano.

—¿Y tú cómo lo sabes? —intervino.

—Que ¿cómo lo sé? Le he visto caer, estaba cerca de mí —respondió el oficial, con una nota de vergüenza en su voz.

—¿Y cómo, cómo ha caído? —insistió Aristodemo.

—¿Cómo? Bueno, cumpliendo con su deber, naturalmente —se apresuró a decir Cleopompo—. Tenía encima a dos, y contra uno de ellos no lo consiguió —mintió.

—¿Y tú no has podido ayudarlo, bastardo? —se acaloró Alfeo, acercándose amenazador, empujado por el cariño que sentía hacia Ditirambo y no sólo por la sospecha de que Cleopompo era responsable de su muerte.

—¡Oye, calma! —se agitó Cleopompo, asustado por la brutalidad del coloso—. ¡Yo también tenía mis problemas, qué te crees! —se justificó, echándose hacia atrás por prudencia.

Pero mientras tanto Aneristos había visto a Aristodemo salir ligeramente de la formación.

—¡Oye tú, con ese escudo de estatuilla! —grito, evitando siempre llamarlo por su nombre—. Haber matado a un par de persas no te da derecho a hacer lo que te venga en gana. ¡Las normas las romperás cuando lo diga yo! —le reprochó, llamando la atención de la tropa sobre ellos y sustrayéndola a Cleopompo, que se lo agradeció en silencio.

De cualquier modo, Alfeo no pretendía dejarlo pasar.

—¿Qué pretendes hacer con los muertos? ¿No vamos a ir como siempre? —le preguntó a Cleopompo.

—¿Pero ahora? ¡Espera al menos a que termine la batalla! Con la lluvia, y todo ese fango como mínimo iremos mañana si no empezamos a combatir temprano. Y además, ésta es una obligación que les toca a los ilotas. ¡Dejad que sean ellos quienes encuentren a sus dueños! —respondió el oficial.

—Ni hablar. Yo no voy a dormir si no estoy seguro de que Ditirambo descansa con nosotros. Nosotros vamos a ir esta noche, en cuanto los locrenses hayan terminado —contestó Alfeo, dirigiendo una mirada de entendimiento a Marone, que asintió. También Aristodemo, más a lo lejos, les indicó que estaba de acuerdo.

—¿Bromeas? Yo soy el jefe y lo decido yo —replicó Cleopompo, golpeando los pies en el suelo—. Te autorizo a que vayas mañana, si las condiciones lo permiten —concluyó, intentando asumir un tono perentorio. Pero su expresión constantemente embobada se lo impedía, como siempre.

—¿Ah sí? Pues entonces vamos a ver a Deniece y le pedimos a él el permiso. Verás que nos lo concederá —intervino Marone.

Llegados a ese punto, Cleopompo parecía turbado. Los suyos sabían muy bien que no le gustaba entrar en conflicto con quien tenía más poder e influencia que él.

—Está bien. Id si queréis. A fin de cuentas era un amigo vuestro —dijo bajando la cabeza, hasta el punto que casi se le cayó el casco.

—Nosotros también vamos —dijo Aristodemo, indicando a Eurito, cuando tuvo la ocasión de acercarse a los dos hermanos.

—Veo que los dos tenéis bastante mal los ojos —respondió Marone, observándolos con una atención que hasta ese momento no les había reservado—. Sería mejor que mientras tanto fuerais a que os vieran en la enfermería. Luego podréis acercaros donde está la muralla. Tenemos tiempo, los locrenses están todavía luchando.

—Y de todos modos, es mejor esperar a que llegue la oscuridad. Aunque se

retiren manteniendo una buena distancia, con sus arqueros nunca se sabe... —añadió Alfeo, dispensando una perla de sabiduría que sus amigos no estaban acostumbrados a escuchar de su boca.

Aristodemo dudó un poco y luego asintió.

—Sólo porque tenemos que esperar. Vayamos directamente ahora, después de haber cenado —respondió haciendo un gesto a Eurito para que lo siguiera.

—Siempre que los locrenses no se dejen manipular. Porque si no nos tocará entrar de nuevo a nosotros —precisó Marone, que casi, casi lo esperaba.

En la zona preparada para la enfermería, los dos amigos encontraron a los médicos de las unidades ocupados con unos veinte heridos, así que dedujeron que los muertos eran unos diecisiete. Un porcentaje nada malo para todo un día de lucha contra un ejército ligeramente superior, valoró Eurito. Aristodemo pensó, más bien, que se había producido una pérdida de más: Ditirambo.

Observaron a los médicos trabajando, avergonzándose un poco por su exigencia personal, que parecía mucho menos urgente que la herida que tuvieron modo de ver. Había diferentes heridas de lanzas o de flecha, y también cortes con la espada, pero algún que otro herido presentaba fracturas serias, que los doctores intentaban recomponer, provocando gritos inhumanos. A otro *hoplita* le estaban viendo la cabeza, y el casco con golpes apoyado junto a él dejaba entender que había recibido un fuerte impacto en la sien. Hablaba lentamente, con una expresión ausente, y Aristodemo pensó que rápidamente los muertos habrían sido dieciocho: había visto demasiadas veces a hombres morir de repente, incluso días después de la batalla por la hemorragia interna producida por una lesión en las arterias cerebrales. El bronce del casco había impedido a la cúspide de la lanza penetrar, pero el golpe se había transformado en un movimiento capaz de aplastarle la cabeza.

Su médico acaba de extraer una flecha del brazo de un *hoplita*, dejando discurrir fuera la sangre que consideraba infectada. Esperaron a que hubiera terminado para comentarle el problema que los aquejaba. Lo miraban mientras se decidía a detener la hemorragia, usando un tampón embebido en mirra, si bien en otras ocasiones lo hubieran visto usar también leche de higo o incluso, a falta de ésta, vino. Luego procedió a limpiar la herida con una esponja de lana, en la que había aplicado un emplasto de azufaifa y trigo. Por último el médico suturó la herida con unas agujas de bronce y vendó el brazo con lino, rogándole al soldado que se fuera a descansar y tranquilizándole afirmando que su intervención tempestiva había evitado que corriera el riesgo del tétano o de la cangrena.

—Ah, vosotros sois los de los ojos ¡A ver, dejadme ver! —dijo en cuanto pudo dedicarles un poco de atención. Observó durante un largo tiempo a Aristodemo, desde diferentes puntos de vista, buscando con cautela abrir las órbitas. Luego hizo lo mismo con Eurito.

—Era previsible. El polvo y el sudor no han hecho otra cosa que empeorar la situación. Habría sido mejor para vosotros dos que no hubierais combatido hoy —dijo, dirigiéndose a ambos—. ¿Os ha dado fastidio la luz, mientras había sol?

—Ha brillado tan poco, era tan débil no, diría que no —respondió Eurito.

—La infección se está manifestando. Hay restos de pus. Si el sol hubiera salido seguramente habríais sufrido de fotofobia —proclamó el médico.

—¿Esto significa que si mañana sale el sol, nos veremos obligados a guiñar los ojos? —preguntó Aristodemo.

—En líneas generales sí, o peor. Puedo sugeriros solamente que mañana no combatáis. Ahora todo lo que puedo hacer es limpiaros los ojos de pus y daros un ungüento oftálmico y refrescante de flor de cera, que aplicaréis después de la cena —dijo, cogiendo las gasas con las gasas con las que había limpiado la herida del soldado anterior—. Pero en estos casos, lo mejor que hay que hacer es evitar que caigan sobre la parte infectada otros gérmenes. Deberíais estar descansando mañana —concluyó.

—¿Podríamos perder la vista si seguimos sometiendo nuestros ojos a este tipo de situaciones? —le preguntó Aristodemo.

—¿Y quién lo sabe? Puede ser —respondió el médico, alargando los brazos.

Los dos guerreros se sometieron al tratamiento sobre los ojos, notando sólo un poco de molestia tras el contacto con el tampón. Luego llegaron sus respectivos ilotas, que habían preparado la cena.

—Tanpoco es improbable que mañana Leónidas no nos haga combatir todavía. Querrá utilizar también a los otros contingentes, espero —dijo Aristodemo, antes de tragar un bocado de queso.

—No está dicho. Yo, de todos modos, no me echo atrás, si se necesita mi ayuda —respondió decidido Eurito.

—Todos estáis locos, exaltados. Tienes la justificación para no combatir ahora. ¿Por qué quieres condenarte de todos modos? Y con un rey como ese además —replicó asqueado Aristodemo.

—Precisamente porque todos estamos condenados, quizás, vale la pena morir con honor. Me apuesto lo que sea a que también aquellos con las fracturas querrán volver a la batalla, al menos entre los espartanos.

—Exactamente. Lo he dicho yo, os han hecho un sortilegio y no pensáis ya con vuestra propia cabeza —comentó el amigo.

—De cualquier modo, es pronto para discutir de ello, creo —respondió Eurito—. En el día de hoy todo ha ido a nuestro favor. Jerjes podría dejar a un lado los asaltos frontales y dedicarse a cualquier otra cosa, o sólo pensar en el asalto marítimo, como esperábamos. Hay que aguardar a ver qué noticias llegan de Artemisio.

—Si a éste se le ha metido en la cabeza sacrificarnos, pues nos sacrificará, de una

forma o de otra. Y eso será así —afirmó rotundamente Aristodemo.
Eurito no tuvo ocasión de replicar.

Los restos mortales del hoplita

Estaba cayendo la tarde cuando Aristodemo y Eurito terminaron de comer. Se acercaron a la muralla, donde se habían congregado buena parte de los hoplitas en espera de los locrenses. Habían vuelto melancólicos, además de empapados, a juzgar por el entusiasmo con el que habían sido acogidos, pensó Aristodemo. También ellos habían conseguido rechazar a los persas y aquellos habían renunciado a un intento posterior. Los dos espartanos buscaron a los amigos con quienes tenían la cita. Los encontraron junto a Deniece.

—Esperaremos todavía unos instantes. Dejemos que todos los locrenses hayan vuelto, también los heridos que están arrastrando más lentamente —dijo el *pentecontarca*.

—Yo digo que deberíamos darnos prisa —dijo Marone, quien no teniendo que pensar ya en la batalla había finalmente concentrado su propia atención en el amigo caído en la lucha—. Llegarán pronto también los persas para coger a sus muertos y podríamos encontrarnos en dificultad. Y además, podrían cogerle las armas.

—Esto lo excluyo —dijo Deniece—. El rey está convencido de que esos muertos persas se quedarán allí hasta que dure la batalla, para obstaculizar el paso de nuestra falange. Las dificultades del terreno nos penalizan más a nosotros que a ellos. De todos modos, Leónidas me ha concedido una hora de tiempo antes de enviar a los ilotas, al menos para intentar abrir un hueco, amontonando los cadáveres hacia el mar y la montaña. El frente se restringirá de nuevo, pero al menos nuestras falanges tendrán el terreno disponible sobre el que avanzar si encontrar obstáculos.

—¡Entonces a los nuestros los recogeremos esta noche! —exclamó Aristodemo.

—No. Los ilotas tienen la orden de limitarse a amontonarlos a lo largo de las laderas de la montaña y señalar su posición. O eso, o no tendrán tiempo para alisar el terreno. Mañana por la mañana, temprano, recuperaremos a nuestros diecisiete caídos —respondió el oficial.

—Dieciséis, porque a uno lo recogemos ahora —objetó Alfeo, y todos se mostraron de acuerdo.

Salieron con antorchas, que empuñaron Alfeo y Marone mientras Aristodemo y Eurito prefirieron evitar encontrarse cerca de la luz. Había dejado de llover desde hacía poco, pero no se podía excluir que empezara otra vez, si bien la nubosidad en el cielo ya no era uniforme y un ligero viento comenzaba a soplar y empujar para limpiar el cielo. El terreno, pisoteado por miles de pies durante todo el día, se había convertido en un pantano.

Los cinco sabían demasiado bien qué significaba recorrer un campo de batalla después de un enfrentamiento. Sus ojos estaban acostumbrados también a

espectáculos peores, como una matanza todavía sobre el terreno tras días del acontecimiento, con los cuerpos hinchados o incluso reventados por el sol, ya en putrefacción. Pero eran conscientes de que no habría sido agradable, aún en la oscuridad e inmediatamente después de la batalla, pasar en medio de los cadáveres repetidamente pisoteados por los conmlitones, escondidos por el fango, por la sangre y por los excrementos, a menudo mutilados o con las tripas fuera.

De lo que podían estar seguros era que los locrenses habían combatido más cerca de la muralla que ellos. Por lo tanto, cuando la luz de las antorchas les permitió ver a lo lejos las primeras ondulaciones de terreno, no prestaron ya atención, y en cuanto llegaron sobre los primeros muertos pasaron con decisión al otro lado. Luego llegaron a la zona donde se habían enfrentado con los *cisios*, y también allí procedieron de forma rápida. Quien notaba el cadáver de un *hoplita* se esforzaba en no ceder a la tentación de detenerse para reconocerlo, sabiendo muy bien que se tenía que concentrar sólo en la búsqueda de Ditirambo.

Algo más adelante estaba el sector donde había ocurrido el enfrentamiento con los medios, el primero del día. Cuando llegaron se dieron inmediata cuenta de que no sería tan fácil encontrar a su amigo. Y no porque la oscuridad había caído. De repente había decenas, reliados, amontonados en más líneas, cubiertos de fango, pero sobre todo deformados por las heridas y por las continuas pisadas de los combatientes, si bien un *hoplita* se reconocía con más facilidad en medio de una multitud de muertos carentes de coraza. Ditirambo no era el único espartano que había caído en aquel sector y, además, podía haber acabado bajo otros muertos.

Los cinco se habían llevado las lanzas para evitar, en la medida en que fuera posible, tener que apartar cadáveres con los brazos. Comenzaron con paciencia a tirar al suelo aquellos que yacían sobre los montones, reduciendo progresivamente las pilas hasta controlar quién estaba allí abajo. Y a menudo se trataban de cuerpos irreconocibles, deformados en los rasgos somáticos por el peso de los otros o por los pisotones de quien había corrido por encima con toda la carga de su propio armamento.

Dieron la vuelta a los cadáveres, que caían adentrándose en la tierra pantanosa, y vieron formas oscurecidas por el légamo, con heridas por donde salían lo que quedaba de los intestinos, amasados con el agua y el polvo del terreno. Aristodemo vio también una cabeza medio hundida y se preguntó cómo encontraría el cuerpo de Ditirambo, si también a él se la habrían arrancado. El primero en encontrar el cadáver de un *hoplita* fue Eurito, que llamó a los demás para que le iluminaran el terreno. Yacía clavado en el suelo con la lanza en la fisura del casco y el asta desaparecida por aquello que había sido la boca. Buscaron una señal de identificación, la pulsera de madera en la que los espartanos llevaban generalmente escrito su nombre para permitir que les reconocieran en caso de muerte. Tuvieron que limpiarlo a fondo del

fango antes de poder leer con claridad que no se trataba de Ditirambo.

A su pesar, dejaron allí el cuerpo y retomaron su búsqueda, dirigiéndose a más puntos para continuar sometiéndose a la secuencia de visiones espeluznantes, incluso para guerreros como ellos. También el segundo *hoplita* que habían visto no se trataba de su amigo. Ni el tercero a quien le habían arrancado la cabeza en tres cuartos del cuello con una cimitarra que estaba todavía allí, clavada en la carne.

Casi comenzaban a desesperarse, teorizando incluso que lo hubieran hecho prisionero, cuando Alfeo notó un casco corintio que sobresalía bajo una pila de cadáveres. No tenía forma de ver el resto del cuerpo si no era removiendo completamente los cadáveres amontonados, y con intención de ahorrar tiempo decidió quitarle el casco para ver la cara del conmitón. Lo agarró por la cresta pero no salió. Lo intentó de nuevo, todavía agarrándolo con ambas manos por los refuerzos de las mejillas, pero no podía extraerlo. Cuando también los demás se acercaron con las antorchas, Alfeo vio que el casco estaba golpeado un poco por todas partes, señal de las veces que había sido pisoteado y golpeado.

Todos juntos se pusieron a mover los cuerpos de los persas, y cuando llegaron al final de la pila vieron que el *hoplita* muerto estaba agarrado a un enemigo. El fango los había más bien unido en una única, angustiosa escultura. Los cinco espartanos no pudieron hacer otra cosa que observar lo poco natural de la posición de ambos. Las articulaciones estaban plegadas o giradas en todas las direcciones y los troncos presentaban huecos que no habría mostrado un esqueleto humano íntegro. Era evidente que aquellos cuerpos, una vez caídos al suelo, habían recibido una infinidad de golpes y los huesos habían terminado por romperse.

Dudaron unos instantes antes de leer el nombre en el brazalete. Al final lo hizo Deniece y en aquella montaña de restos intentó individualizar los brazos del *hoplita*. No fue una empresa fácil, porque las posiciones innaturales engañaban y daban una falsa perspectiva a los cuerpos. Cuando consiguió encontrar una articulación, lo levantó para limpiarlo de fango y se quedó impresionado por su inconsistencia. De todos modos, no era el que estaban buscando y lo abandonó después de haber comprobado que en la muñeca no había nada más, entregándose al rastreo de otro cadáver.

Empleó un cierto tiempo para arrastrar al menos la parte superior del cuerpo fuera del montón, y luego para quitarle de encima el fango. El brazalete estaba en su sitio. Deniece pidió que le acercaran la antorcha y comenzó a limpiarlo, aunque incluso antes de que dijera nada todos ellos habían entendido por su expresión que se trataba de Ditirambo.

Tiraron de él con cautela, como si temieran provocarle dolor moviendo todas las fracturas que tenía, y se lo llevaron precisamente mientras se apresuraban a salir los ilotas. Se dirigieron detrás del Kolonos, hacia el interior, donde el bosque era más

espeso y el terreno más movido. Lo podrían enterrar sin el riesgo de que alguien lo pisoteara de nuevo. Ni siquiera intentaron quitarle el casco. No sólo porque tenían el temor de ver lo que quedaba del rostro, sino también porque consideraron que Ditirambo se merecía ser enterrado con la *panoplia*. De esta forma también en el más allá llegaría con el traje sin el cual jamás se hubiera sentido vivo.

Sabían bien que su amigo había sido un perfecto espartano, austero por excelencia, un hombre que no necesitaba nada. El único que aplicaba de verdad al pie de la letra los principios que habían permitido a Esparta sobresalir en el mundo griego. Y sabían también que nadie le había jamás reconocido un mérito parecido. Lo mínimo que podían hacer ahora era rendirle el merecido tributo, y recordarlo precisamente como hubiera querido: como un espartano.

Se entretuvieron hasta tarde alrededor de su túmulo, pero cuando volvieron al campamento todavía había muchos que estaban de pie. Los soldados hablaban animadamente entre ellos, intercambiándose opiniones sobre el día que acababa de transcurrir y haciendo previsiones sobre el futuro, pero también preguntándose qué es lo que habría ocurrido en Artemisio. En el hospital de campaña los heridos iban pasando y el número aumentaba conforme iban llegando los locrenses.

Deniece abandonó inmediatamente a los amigos para volver a sus obligaciones como primer *pentecontarca*. Del mismo modo, Aristodemo y Eurito recordaron las palabras del médico y prefirieron ir a dormir cuanto antes. A Alfeo y a Marone les hubiera gustado quedarse charlando de todas aquellas circunstancias que se habían producido a lo largo del día, por lo que fueron a buscar otros interlocutores.

«Así que al final he combatido», pensó Aristodemo antes de ir a dormir. «Y me he portado bien, también. Estos persas no se han revelado tan fuertes, a fin de cuentas. Ni siquiera los Inmortales. O quizás era el terreno que no les ayudaba. Los estrategas de la Liga, y Leónidas en particular, habían visto bien eligiendo las Termópilas como lugar para detener el avance de la armada».

De todos modos, Aristodemo no se había sentido nunca en peligro y quizás, reflexionó, había sido precisamente esto lo que le había dado el coraje de actuar con determinación. Pero no tenía duda de que llegarían momentos peores. Los persas contaban con la superioridad numérica de su lado. Y Jerjes podía permitirse perder una infinidad de soldados. Pero el tiempo no jugaba en su favor. El gran rey no podía mantener un ejército parecido operando durante mucho tiempo en el mismo sitio sin acabar con las provisiones. A lo mejor, después de tantos esfuerzos, Leónidas podría también obtener un poco de gloria sin esforzarse mucho ni hacer que los mataran. Y esto significaría regresar a Esparta, donde estaba Gorgo.

Entonces la vida comenzaría de nuevo, con aquellos encuentros clandestinos y fugaces con la reina. Y sin embargo ella le había dado a entender que quería que volviera sin Leónidas. ¿Le aceptaría después de decepcionarla de ese modo?

Gorgo era una reina. Y una reina espartana. Una vez más sintió no estar a la altura de las circunstancias. Si lo estuviera, pensó, no se habría planteado tantos escrúpulos para eliminar a Leónidas, salvando no sólo a los espartanos sino también su propia relación con ella.

La verdad era que tenía miedo, como siempre. Tenía miedo de que le descubrieran en el intento de eliminar al rey y ser ajusticiado por ello. Pero no tenía miedo de la muerte, sólo de no volver a ver a Gorgo.

Al día siguiente el alba anunció una nítida jornada de sol. No fue casualidad que Aristodemo sintiera un fuerte pinchazo en los ojos en cuanto intentó abrirlos. Repitió el intento varias veces, y al final consiguió tener los párpados levantados sin seguir sintiendo esa molestia. El día empezó con las noticias tan esperadas de Eubea. Corrían voces dispares a propósito del frente marítimo, después de algunas anticipaciones que se habían filtrado del Estado mayor. Los rumores iban desde la total destrucción de la flota persa a su retirada hacia el sur. Nada de todo aquello era cierto, en base a lo que entendieron Alfeo, Marone, Aristodemo y Eurito cuando consiguieron hablar con Deniece. Con él estaba también Efialtes, igualmente ansioso por conocer el desarrollo de las operaciones navales.

—¡Ah! Ha ocurrido de todo en Artemisio —les dijo el *pentecontarca*—. Los persas habían planificado una maniobra, mandando doscientas naves desde Cilicia para dar la vuelta a Eubea por el Oriente, subiendo luego el canal para obligar a nuestra flota a padecer también un ataque por atrás. Pero ayer por la mañana, antes incluso de que Euribíades supiera del desastre cilicio, ese famoso nadador jónico, Scilla, que forma parte de la flota persa, se arrojó desde una de sus naves atracadas en Afetes y se hizo 14 kilómetros nadando para avisarnos de la maniobra.

El oficial se detuvo un instante para dar tiempo a los dos hermanos de manifestar su asombro. Luego siguió:

—¡Pero lo mejor de todo tiene todavía que llegar! Eolo y Poseidón nos han dado una ayuda enorme, y la tempestad no sólo ha destrozado la retaguardia de la flota persa, retrasando la llegada a Afetes, sino también las naves cilicias. Nuestros almirantes habían previsto una maniobra parecida, y las cincuenta y tres naves del Ática que habían dejado en posición retrasada en el sur de Eubea han pensado en tirar los restos de la flota cilicia que ha sobrevivido a la tempestad. Por la tarde, en cuanto han sabido que no tenían que temer ningún ataque por detrás, los nuestros han decidido atacar.

En ese momento Deniece hizo otra pausa para constatar el grado de atención de sus amigos, que era decididamente alto.

—¿Entendéis? Han atacado ellos —continuó—, a pesar de contar con un número inferior. Nuestro mensajero es ateniense y ha dicho que la idea ha sido de Temístocles, quien se la ha impuesto a Euribíades. Sea como fuere, se ha producido

una batalla naval, a pesar de que faltaba poco tiempo para que cayera el sol. Parece ser que los nuestros han arriesgado al verse rodeados, empujándose hacia las posiciones persas, que se han abierto como un abanico para cerrar luego por los lados. Entonces Euribíades ha puesto en acto un *cyclos*, y después de una breve lucha los otros se han tenido que retirar.

—¿Un *cyclos*? ¿Y qué es un *cyclos*? —preguntó Alfeo, totalmente en ayunas en cuanto a tácticas navales.

—Eres todo un espartano ignorante, que piensa sólo en tener los pies en tierra firme —intervino Efialtes, que cogió la oportunidad para dar el enésimo desahogo de su competencia en cualquier idea. Y esta vez Deniece y los otros no lo callaron, es más, lo escucharon con atención porque nadie habría sabido cómo explicarlo con precisión.

—Un *cyclos* es una táctica defensiva muy eficaz cuando uno queda rodeado —les explicó el malio—. Las naves se disponen todas como los pétalos de una flor, con la proa dirigida hacia el exterior y la popa hacia dentro, convergentes hacia el centro. De esta forma no se corre el riesgo de que los laterales queden dañados —concluyó, complacido por la atención que de vez en cuando lograba ganar.

—Está bien, está bien —exclamó Marone para nada contento hablando de un argumento que desconocía—. ¿Pero quién ha ganado al final?

—En realidad nadie —respondió Deniece—. Cada flota ha vuelto a su posición cuando ha comenzado a oscurecer, con pérdidas poco significativas, que han dejado la situación en una fase de paridad. Pero una cosa está clara: Jerjes tiene que haberse dado cuenta de que pasar por allí va a ser muy difícil.

—Así que pondrá de nuevo todas sus esperanzas en cruzar el frente terrestre —observó Eurito.

—Es probable. Hoy seguramente tendremos que sudar lo mismo que ayer —dijo Deniece—. Si no más. Pero el rey ha decidido que nosotros estemos entre las reservas. Mandará que salgan en primer lugar los corintios, luego todos los demás, antes que nosotros. A menos que las cosas no se pongan particularmente mal, se entiende.

—¿Esos cagones? ¡No hemos limpiado el campo de muertos para que ahora se llene de mierda! ¿Quieres que luchemos metiendo los pies en sus heces? ¡Yo no salgo para combatir después que ellos! —exclamó Marone.

—Dudo que el tegeata que os ha batido sea uno que se cague encima... —comentó Eurito.

—Tú y Aristodemo —intervino Deniece, adoptando el tono de oficial que acostumbraba a dejar a un lado— será mejor que sigáis en reposo. Si es que entramos de nuevo los espartanos, podemos prescindir de vosotros por hoy. Vuestros ojos me parece que están bastante mal y hoy habrá mucho sol.

Eurito protestó.

—¡No te atrevas a tratarnos de forma diferente a los demás! Cuando los espartanos entren en el campo de batalla, nosotros también estaremos allí, puedes quedarte tranquilo —dijo indignado, buscando con la mirada la aprobación de Aristodemo.

Éste, por su parte, mostró en cambio poca convicción, levantando las cejas y alargando los brazos.

—Bueno, depende del estado de nuestros ojos. ¿Recuerdas lo que ha dicho el médico? Que podríamos perder la vista —dijo.

—En absoluto. Recuerdo muy bien lo que ha dicho. Ha dicho que no sabía lo que podía ocurrir. Y que, de todos modos, en estas circunstancias es un riesgo que tenemos que correr —contestó Eurito con tono perentorio, incluso más que otras veces.

—¡Queréis dejarlo ya! Después de todo lo que habéis hecho, nadie protestará por vosotros si estáis un poco más tranquilos —intervino Alfeo.

—Que no. Descansaremos hasta que se llame a los espartanos —protesto Eurito.

Aristodemo no pudo hacer otra cosa que afirmar, pero a nadie se le escapó su disentimiento.

Los soldados, mientras, se habían amontonado alrededor del altar para el sacrificio de Megista, que se reveló una vez más favorable, duplicando el entusiasmo de la tropa, satisfecha ya por la actuación del día anterior y por las noticias de Artemisio. En general, se estaba difundiendo un gran optimismo. Crecía la confianza en Leónidas como condotiero y, después de la superioridad campal mostrada en el enfrentamiento, cada uno de los soldados carecía de dudas para poder demostrar ser un gran matador de persas. Por lo tanto, cuando vieron aparecer a los enemigos a lo lejos, los corintios fueron fuertemente envidiados por el privilegio de salir los primeros. Leónidas había establecido un intercambio de contingentes más rápido que el día anterior, que había sido casi monopolizado por los espartanos. Éstos se quedaron, por lo tanto, realizando ejercicios de gimnasia lejos de la muralla mientras los corintios salían, alineándose en la batalla, y los arcadios se acercaban a la barrera para observar el desarrollo del enfrentamiento, listos para entrar también. Del mismo modo el Kolonos fue asaltado a su vez por cuantos querían disfrutar de una buena vista del enfrentamiento gracias también a la perfecta visibilidad de la jornada, pues el sol se apresuraba a subir en lo alto de los cielos sin que ninguna nube amenazara con ocultarlo.

El desarrollo de la batalla pareció repetir desde el principio los hechos del día anterior. La falange se defendía de las descargas de flechas, luego atacaba y empujaba hasta que el enemigo se veía obligado a ceder terreno y retroceder. Sin embargo, la menor organización de los otros contingentes —respecto a los lacedemonios—

comportaba alguna carencia en términos de unión, también por culpa de los pocos muertos que todavía estaban en el terreno. Aquello significaba sólo que se requería más tiempo para abrir brechas en la alineación contraria, y que padecían mayores pérdidas. Pero nunca tantas como para llevar a la rotura de la formación o incluso a la retirada.

Detrás de los corintios entraron los arcadios, luego los mantinenses, tegeatas y orcomenios, sin que se produjera jamás una cesión en el frente griego. En la parte opuesta, en cambio, retiradas o fugas se habían convertido en la norma, pero cada vez una nueva descarga de flechas introducía otro grupo y eran los arqueros los que provocaban mayores daños entre los hoplitas, siempre vencedores entre la masa. Las cosas parecían seguir un recorrido previsible, e incluso se pensaba en la posibilidad de poder llegar al atardecer con aquel comportamiento. Tanto era así que bien pocos, a mediodía, se mantenían cerca de la muralla o en el Kolonos para seguir la batalla. La mayor parte de los soldados, o al menos aquellos no prestos aún a entrar, habían vuelto progresivamente a sus propios asuntos, o lo que era lo mismo, a los ejercicios gimnásticos y al cuidado de la *panoplia*.

La atmósfera cambió repentinamente cuando llegó cansado un infante ligero, anunciando que en el mar, a lo largo de la costa, se estaban acercando aquellas que parecían balsas. Inmediatamente muchos soldados intentaron alcanzar la parte alta de las colinas para constatar con sus propios ojos de qué se trataba, y al cabo del tiempo vieron el mar entre Eubea y las marismas cercanas llenarse de pequeños cuadrados oscuros. Poco a poco, al tiempo que se acercaban, pudieron distinguir en cada embarcación a cuatro remadores y a una decena de guerreros. Y todos llevaban arcos colgando.

La comprensión de la situación fue clara incluso para los hoplitas que estaban dotados de menor fantasía como Alfeo y Marone. Mientras una parte del ejército griego estaba empeñada en enfrentarse a un ataque frontal, los hombres sobre las balsas deberían bordear la zona sur y desembarcar al otro lado de la muralla. Y su habilidad como arqueros, ciertamente capacitados para tirar desde esas balsas en movimiento que no eran menos inestables que sobre un caballo, conllevaba el riesgo de hacer muy peligrosa su maniobra. Sobre todo cuando, como bien esperaban los helenos, el espacio de mar entre la isla Eubea y la costa era tan estrecho que parecía un lago cuya superficie, en un día como aquel, se mantenía casi inmóvil.

Por otra parte, las marismas que delimitaban la costa hacían más complicado un desembarco. Firmes en esta convicción, los griegos se fueron todos corriendo a ponerse las panoplias sin esperar las órdenes de los superiores. Frente a una maniobra como aquella se sentían todos implicados en la batalla, y su primer instinto fue precisamente dotarse para protegerse de los dardos que muy pronto lloverían sobre el campamento.

Leónidas, que estaba al otro lado de la muralla observando el comportamiento de los tegeatas, en aquel momento ocupados frontalmente contra los persas, entró precipitadamente dentro, enviando fuera al polemenco. Dispuso que los arcadios y todos los demás del Peloponeso, excluyendo a los lacedemonios, se quedaran cerca de la muralla para sustituir a los tegeatas cuando hubieran comenzado a mostrar señales de cansancio. Luego solicitó la formación de falanges a los locrenses, tespienses, tebanos y también espartanos, que pusieron a su disposición un total a 2300 hombres. Por último mandó unos mensajeros para anunciar a los focenses de Alpenos que estuvieran preparados.

Los griegos, esta vez, tenían que actuar en vertical respecto a la llanura. Tenían por lo tanto espacio para alinearse en un frente más ancho, si bien menos profundo. Pero funcionaba así, los autores de la operación anfibia no eran tantísimos pero tenían a disposición un amplio espacio de costa para tirar y probar a desembarcar, por lo tanto era necesario extender cuanto antes la alineación. Leónidas pretendía presidir la costa hasta la puerta oriental, y por este motivo pidió que las falanges se dispusieran en sólo cuatro filas.

También en un caso parecido, en teoría, no existía una posición de prestigio respecto de las otras. La principal sería aquella sobre la que los persas concentraran el mayor esfuerzo y eso no se podía saber por adelantado, si bien era razonable considerar que intentarían desembarcar hacia Alpenos, en el lugar más distante de la muralla focense, también porque allí era posible acercarse a la costa sin tropezar en las marismas. Por eso Leónidas se situó a la derecha con los espartanos, poniéndose sobre el lado izquierdo de los tebanos, luego los tespienses y por último los locrenses.

Entre una falange y la otra, el rey dejó un discreto espacio para la colocación de la infantería ligera, por el momento situada detrás de las respectivas falanges, pero encargada de recoger los intentos de desembarco de los persas con descargas de jabalinas. Mientras los griegos del Peloponeso ocupaban la zona entre la muralla y el Kolonos, el resto del frente creado por Leónidas se extendió así a lo largo de casi dos kilómetros, hasta el presidio focense, pidiéndosele al mismo tiempo que continuara prestando atención hacia el interior. También podía suceder, de hecho, que los persas supieran de la existencia del sendero montañoso y estuvieran bordeando la zona desde dentro, además desde el mar.

Tenían que ocupar el ala derecha. Los espartanos fueron a los que les tocó el trayecto más amplio para tomar posiciones. Ante los gritos de júbilo de Alfeo y Marone sirvió como contraste la expresión molesta de Aristodemo, a quien Eurito exhortó inmediatamente para que se quitara de los ojos el tampón con la medicación de hierbas y se pusiera la *panoplia*. El amigo se encontraba firmemente determinado a participar en la batalla, si bien no conseguía tener los ojos abiertos, sobre todo de cara al sol.

—Tenemos que combatir dirigiéndonos hacia el norte, no hacia el este o el oeste, así que, ¿dónde está el problema? —se justificó con Aristodemo, que seguía inmóvil.

—Ya. Qué pena que sea la hora en la que el sol está más alto en el cielo, ya que si intentan cruzar hacia la puerta central, será precisamente hacia el Occidente donde tendremos que mirar, y justo cuando el sol empieza a caer —respondió Aristodemo, que de todos modos se levantó y se puso la *panoplia* con la ayuda de Tisia.

A Alpenos llegaron los últimos cuando los espartanos se habían dispuesto ya, sin tener en cuenta su presencia. Aneristos se mostró muy molesto por la obligación de cambiar la alineación de la propia unidad en función de su llegada. Naturalmente, no perdió la ocasión para subrayarlo. Y para propinarles una represalia.

—¡Vuestras deidades podían haber decidido un poco antes si participaban o no en la batalla! —inició en cuanto los vio—. Esto es lo que significa gozar de los apoyos de los altos mandos, ¿veis? —continuó, mirando a la tropa—. Que pueden hacer cómo les apetece. Está bien. Si habéis venido quiere decir que estáis bien, y si estáis bien, podéis combatir en primera línea. Vamos, disponeos junto a mí, y vosotros, subid alguna posición —dijo, dirigiéndose a las dos filas afectadas por el cambio.

Aristodemo sintió cómo un nudo se le formaba en el estómago y se le hizo imposible contestar al *pentecontarca*. Los calambres que percibía por dentro, en cambio, hicieron que le fuera más difícil alcanzar la posición, que Eurito ocupó un instante antes. La luz del sol le molestaba mucho y no conseguía tener los ojos abiertos durante más de unos segundos. Levantaba y bajaba los párpados continuamente, y mirando a Eurito notó que lo mismo le estaba ocurriendo a él. Pero, como buen espartano, el amigo no decía nada ni mostraba ningún signo de dificultad.

Veía muy mal, y esto le hacía sentirse todavía más inseguro. Cuando el peligro no se ve claramente, pensó, da más miedo. Una flecha podría alcanzarle mientras tenía los ojos cerrados o quizás podría encontrarse junto a un adversario sin darse cuenta. Era una locura combatir aquel día, así como una gran estupidez fruto de la cerrazón mental de un sistema que había hecho que su amigo fuera incapaz de pensar de forma crítica.

Pero quizás, concluyó, ya era una locura por sí sola combatir en las Termópilas.

Traición

Como era previsible, las balsas con los persas siguieron su camino hacia el este, en dirección de Alpenos. Estaba claro su intento estratégico de alejar lo más posible del muro focense a una parte consistente de los griegos, rompiendo en dos la armada helena e impidiendo el acercamiento de los contingentes en el frente principal. Fueron los locrenses, de hecho, los primeros que tuvieron que defenderse del tiro de los arqueros persas. Repentinamente no hubo un sector del campamento que se encontrara a salvo del alcance de sus dardos, a menos que no quisieran subirse a las laderas de los montes. Algún que otro esclavo más pávido fue a buscar refugio en los bosques detrás de el Kolonos, pero, en general, los hoplitas se quedaron inmóviles con una rodilla en el suelo, intentando protegerse todo lo que podían detrás de su propio escudo o el del compañero que se encontraba a su lado.

Las flechas persas provocaron víctimas sobre todo entre la infantería ligera, que aún estando en una posición retrasada no siempre se encontraba fuera del alcance de los poderosos arcos enemigos. Los esclavos locrenses padecieron muchas víctimas, porque el desfiladero próximo a la puerta central los obligaba a detenerse demasiado cerca del mar. Pero procediendo hacia Alpenos la llanura se ensanchaba, y aquellos tespienses se quedaron más bien indemnes. A pesar de todo, junto a la puerta oriental, la alineación se unía de nuevo. Muchos hoplitas tebanos se encontraron sin sus esclavos y también cayeron muchos ilotas.

Algún hueco se abrió de igual modo en las falanges. Sobre todo entre los tebanos, quienes confiaban únicamente en su escudo como protección, fue donde se produjeron las muertes más significativas. Pero también algún que otro espartano vio agacharse de repente sobre sí mismo al compañero que estaba a su lado, después de haber visto como le rozaba un silbido mortal. Aristodemo, por su parte, temblaba cada vez que escuchaba un dardo pasar por su lado.

Las balsas parecían una infinidad. Cuando se encontraron a menos de doscientos metros de la costa, distancia desde la que habían disparado las flechas a los griegos, quedó claro que el intento de desembarco interesaría no sólo a los espartanos, sino también a los tebanos y a los tespienses. Probablemente los persas habían planificado el desembarco precisamente en Alpenos, pero la presencia de la *lambda* lacedemonia tenía que haberles convencido de que era demasiado arriesgado concentrar todo el esfuerzo y, tras una operación ya en curso, habrían decidido que tenían que ampliar el frente.

En el sector comprendido entre la puerta oriental y Alpenos, las marismas se alternaban con zonas donde la playa consentía el desembarco. Pero desde el mar no era siempre fácil entender qué puntos carecían de la insidia de zonas pantanosas, y

por ello más de un comandante espartano pensó que muchos persas se eliminarían ellos mismos. En cualquier caso, en cuanto las balsas estuvieron a menos de cien metros de la playa, Leónidas mandó que los ilotas se acercaran a los hoplitas de las puntas de cada unidad y que cuando él diera la orden comenzaran a arrojar jabalinas.

Los persas, sin embargo, habían dispuesto sus grandes *spara* en los laterales de las balsas, sosteniéndolos con una especie de barrera de madera. Una buena parte de las jabalinas, por lo tanto, chocaron contra aquella barrera. Pero los ilotas consiguieron imprimir a su lanzamiento una trayectoria de caída oblicua y alcanzaron su objetivo, disminuyendo el número de combatientes que sus amos anhelaban.

Si los persas hubieran desembarcado todos a la misma vez, los griegos se habrían encontrado en dificultades. La falange era fina, y quizás no habría sido capaz de aguantar una presión excesiva. Pero la presencia de zonas pantanosas por todas partes impidió a los orientales coordinarse para el desembarco conjunto, y aquello dio a los griegos una ventaja preciosa. En muchos casos, cuando una balsa aislada tocaba tierra firme sin el apoyo de sus alas, sus ocupantes eran inmediatamente el centro de atención en cuanto se bajaban, con un número de hoplitas bastante superior al suyo.

El sector de la costa que dirigía la *pentekostyes* de Aneristos estaba caracterizado por ser zona pantanosa más bien evidente también desde lejos, con cañas y césped que salían a la superficie, todo lo contrario que la unidad de Cleopompo, y todavía más que la de Deniece, que se había alineado a la derecha, prácticamente en Alpenos, y se encontraba en una playa en gran parte abordable.

La primera balsa que intentó llegar a tierra frente a Aristodemo y Eurito se empantanó a pocos metros de la orilla. Los dos amigos la vieron hundirse progresivamente mientras sus ocupantes intentaban salvarse nadando con dificultad. Pero la gran parte no emergió del agua y los dos únicos que lo hicieron fueron alcanzados por las lanzas dóricas en cuanto intentaron ponerse de pie, por lo que también sus cuerpos acabaron dentro de aquella maldita agua.

Las balsas que procedían por los alrededores siguieron adelante para evitar terminar de la misma forma. Cuando Aneristos se dio cuenta de que aquel era un sector donde se podía contar con las defensas naturales, mandó a Leónidas la propuesta de mover la unidad como refuerzo de otras zonas más expuestas. Era una buena idea, que el rey recibió enseguida. También Aristodemo apreció el cambio de posición, que le permitía colocarse en un lugar retrasado con el único deber de empujar, un papel en el que los ojos no le servían para mucho.

Hacia Alpenos, mientras tanto, la primera línea ya estaba ocupada. En cada embarcación los arqueros persas habían continuado arrojando flechas incluso cerca de la playa, dividiéndose en dos sectores justo antes del desembarco. En realidad, cinco de ellos ponían los pies en el suelo mientras el resto arrojaba dardos. Los lacedemonios se veían obligados a resguardarse hasta que no se encontraban a los

primeros cinco persas enfrente, y aquello daba pie también a los demás para desembarcar sin presión. La táctica persa era eficaz, pero en parte enaltecida por las amplias soluciones de continuidad en el frente de los atacantes. Aquellos, además, combatían con el mar o las marismas detrás, contra hombres que se veían favorecidos por el empuje o el apoyo de los otros tres tras ellos.

Ansioso por mover las manos, Alfeo no toleraba la idea de tener que esperar a que el enemigo estuviera encima. Abandonó la posición de defensa antes que los demás y recibió una flecha en el brazo derecho al intentar alcanzar a los adversarios con la lanza. Pero no dejó que un miserable dardo frenara su acción. Siguió apretando el arma con la derecha, rompió la flecha inmediatamente con la mano izquierda todavía metida en el *porpax*, y permaneció con un trozo clavado en el bíceps. Luego, con la lanza, hirió el cuerpo de su opositor que había momentáneamente bajado la guardia con la certeza de que el *hoplita* ya no estaba en condiciones de defenderse.

Inmediatamente detrás había otro. Alfeo avanzó dos pasos y se opuso con todo el peso que podía transmitir al propio escudo, enviándolo de nuevo hacia el agua. El persa cayó de espaldas, pero consiguió levantarse antes de que el adversario le clavara la lanza en el pecho. El golpe del *hoplita* fue tan potente que la punta se quedó clavada en el fondo de las aguas pantanosas, induciendo a Alfeo a renunciar y desenvainar por fin su espada. Siguió entonces el cuerpo a cuerpo entre los dos antagonistas, casi atrapados por el fondo fangoso, que sólo con gran esfuerzo conseguían moverse o dar un solo paso.

El espartano dio dos golpes en el aire antes de tomar conciencia definitiva de que las espadas no eran para él. Arrojó el arma contra el adversario, sin llegar a tocarle, y luego consiguió acercarse, golpeando fuertemente su escudo. El impacto hizo que el otro perdiera por un instante el equilibrio y cayera hacia atrás con la cabeza bajo la superficie del agua para no volver a salir. También el *hoplita* cayó hacia adelante pero Marone, que había seguido la escena, actuó con rapidez alargando la lanza. Alfeo la agarró fuertemente, a pesar del dolor en el brazo derecho, y el hermano consiguió sacarlo fuera.

Estaba llegando otra balsa y era necesario retomar la posición y las armas. Alfeo se vio obligado a coger del suelo una lanza persa para defenderse de los nuevos cinco asaltantes, desembarcados según la táctica que habían establecido y que tan bien les funcionaba. Marone se apresuró a volver al lado del *hoplita* de cuyo escudo dependía, o lo que era lo mismo, de Cleopompo. Los primeros dos persas se aventuraron contra ellos y enseguida se inició un cuerpo a cuerpo entre las dos parejas de guerreros.

Cleopompo actuaba más bien a la defensiva, intentando moverse progresivamente detrás de Marone para dejar que fuera él quien solucionara la situación con los dos enemigos. Por fin el *pentecontarca* consiguió sustraerse de la presión de los persas y sólo entonces recuperó la primera línea. Pero, para evitar verse de nuevo implicado

en otro enfrentamiento, se escurrió, saliendo de la formación. Marone se había dado cuenta de la discutible maniobra de su comandante, y la rabia que le invadió alimentó su espíritu combativo, permitiéndole mantener el enfrentamiento con autoridad. Pero se trataba de un trabajo duro para uno solo y reclamó a gritos la ayuda de Cleopompo. El *pentecontarca* no respondió y Marone no tuvo tiempo de darse la vuelta y ver dónde se había metido. Siguió combatiendo, gritando de vez en cuando el nombre de su oficial, pero tuvo que apañárselas él solo. Consiguió agarrar a uno de los dos adversarios que llevaban el cuerpo al descubierto y aprovechó para herirlo. Luego agarró, con la mano izquierda que sujetaba el *porpax*, el asta de la que colgaba el enemigo, extrajo la espada de la funda y le cortó la cabeza. Recogida la reliquia sangrante, la tiró sobre el otro persa, alcanzándole en la cara. Éste se detuvo un instante, paralizado más por el horror que por el golpe, y de este modo Marone pudo darle en el cuello y una segunda cabeza terminó en el agua.

Una vez que se había librado de los dos adversarios en el modo que más gratificaba a su alma bárbara, Marone emitió un bestial grito de triunfo. Luego arrojó una mirada a la derecha para buscar a Cleopompo. Lo vio, pero no estaba todavía de pie ni lejos. Estaba a poquísimos metros de él, tumbado entre la arena y el agua, con una flecha que le había traspasado la garganta justo debajo del casco.

—Aquí tienes el premio por tu cobardía, oficial de jirones —le dijo, escupiéndole—. Si no te hubieras salido de la falange, estarías todavía vivo Pero yo habría matado un bastardo menos —añadió con una sonrisa malvada, pensando en la apuesta con el hermano.

La unidad de Aneristos llegó a Alpenos justo después. El *pentecontarca* convenció a Leónidas de que le permitiera entrar en la *pentekostyes* de Cleopompo, que a estas alturas ya no tenía un jefe, y Aristodemo y Eurito se encontraron sin darse cuenta en primera línea. Deniece intentó protestar frente el rey, recordándole que en primera línea había dos hoplitas que no estaban en buenas condiciones, pero ya era demasiado tarde. Dos nuevas balsas estaban desembarcando y no quedaba claro, dada la situación, cuál era el momento más oportuno para proceder con un nuevo cambio.

El silbido de las flechas persas, y un par de violentos golpes contra su escudo, desencadenaron en Aristodemo un miedo que apenas conseguía esconder. Veía todo nublado, y cualquier sonido (el golpe de su coraza contra la de Eurito, los gritos de los conmitones, los chapoteos en el agua, el metal que chocaba contra otro metal o contra la madera) le retumbaba en los oídos con una violencia devastadora. El escudo no le resguardaba sólo de las flechas enemigas, sino también de la luz del sol. Únicamente el rumor de los pasos en el agua le permitió entender que los adversarios habían desembarcado y se dirigían hacia allí.

Sintió la respiración de un persa que se situó ante él y movió un poco el escudo para vislumbrar por lo menos su silueta. Sintió entonces un pinchazo en los ojos y

realizó el primer golpe contra la figura del enemigo con los párpados bajados. Notó cómo la punta golpeaba contra algo duro y se dio cuenta de que se trataba del escudo. Abrió por un instante los ojos pero tuvo que cerrarlos enseguida, no antes, sin embargo, de haber visto cómo el persa se había ligeramente apartado hacia su izquierda. Fue entonces en aquella dirección hacia donde soltó el segundo golpe, centrando esta vez un blanco blando. La lanza, no obstante, salió con facilidad, y abriendo los ojos Aristodemo comprobó que lo había herido en el hombro. Por suerte era el derecho y el persa tuvo que abandonar la lanza, extrayendo con dificultad la cimitarra. Pero el tiempo que empleó en realizar toda la operación le costó la vida, porque Aristodemo tuvo tiempo de ejecutar un tercer golpe, esta vez resolutivo. El instinto de conservación, pensó Aristodemo, le había permitido salvarse por esta vez. ¿Pero cuánto podría resistir todavía?

Eurito combatía con la misma eficiencia reducida, pero no permitía que el miedo le detuviera. Sabía qué riesgos estaba corriendo y no quería verse condicionado. Así, inmediatamente antes de alinearse, había bebido más vino que de costumbre y actuaba empujado sólo por los automatismos y por los instintos adquiridos en años de campañas y batallas. Combatió con tres flechas clavadas en el escudo, valiéndose de ellas para arañar el rostro de su adversario, de quien veía con dificultad la silueta, antes de clavarle la lanza en el costado.

Por suerte los dos amigos no tuvieron que sostener durante mucho tiempo la presión persa porque, como los primeros desembarcos habían salido mal, las otras balsas que todavía tenían que intentar acercarse eligieron mantenerse en la distancia, limitándose a atacar la alineación helena con dardos cada vez menos peligrosos. Llegaron también dos enviados de la puerta central para contar que en el frente principal la situación estaba bajo control. Si bien se había producido alguna pérdida, los arcadios se estaban mostrando capaces de tener a un lado la armada persa.

La amenaza parecía haber disminuido y Deniece, falto de sangre adversaria y lleno del fango de las zonas pantanosas sobre las que había combatido, aprovechó para intercambiar dos palabras con Leónidas.

—Me parece que esta vez nos ha salido bien. Pero está claro que Jerjes está intentando soluciones alternativas al ataque frontal —dijo, con aire preocupado, al rey.

—Ya. Quién sabe lo que inventará para mañana —se preguntó Leónidas.

Pero Deniece tenía ya la respuesta preparada.

—Me parece obvio. El rodeo por el mar ha fallado y estará pensando en uno desde el interior, a través de las montañas. Quizás ya haya enviado exploradores por allá arriba —dijo, indicando las cumbres que se levantaban ante ellos—. Para descubrir una vía de acceso a nuestras bases, claro. La actuación de Aristodemo y Eurito te habrá sugerido algo.

Leónidas consideró la situación pero respondió:

—Es un riesgo que sabíamos que íbamos a correr. No he considerado nunca que Anopea fuera un lugar completamente seguro. No es una casualidad que haya renunciado a un sexto de mis fuerzas para presidirlo.

—Pero supones que han empezado ya a recorrerlo. Resultaría bastante desagradable vernos sorprendidos, ¿no? —se atrevió a apuntar Deniece.

—¿Y qué propones?

—Podría coger a ese malio, Efialtes, y recorrer el Anopea hasta Traquinia para ver si hay movimiento. Si no lo hay, al menos sabremos que podemos estar tranquilos un día más —dijo el Penteontarca.

El soberano reflexionó bastante, sin prestar atención a las flechas que de vez en cuando silbaban a su alrededor.

—Puede ser una buena idea —dijo—. Si llevas contigo a un par de hombres, que se queden junto a Traquinia para advertirnos posteriormente. ¿Pero por qué tú? No puedo correr el riesgo de perder a mi primer *penteontarca*.

—Bueno, la idea la he tenido yo y quiero ser yo quien la realice —replicó el oficial—. Además, tengo una buena relación con ese malio. Y quiero comprobar personalmente la importancia estratégica de este sendero de montaña que tanto han nombrado Aristodemo y Eurito. A fin de cuentas, no corro el mismo riesgo que ellos. Tengo sólo que llegar hasta Traquinia. Si me marcho ahora, de día, no debería ser ni tan complicado ni tan largo.

—Pues que sea así. Lleva contigo a dos infantes ligeros e intenta volver cuanto antes. Mañana por la mañana te quiero aquí. Será otro día de batalla campal —concluyó el rey después de haber dudado unos instantes.

Cuando Aneristos recibió la orden de retirada, esperó un tiempo prudencial antes de conceder a sus propios hombres la posibilidad de romper las líneas y marcharse a descansar. Veía bien cómo Aristodemo y Eurito procedían casi a tuestas y pretendía disfrutar todavía un poco de ese espectáculo mortificante para los dos guerreros, dos subalternos que, contra su opinión, habían sido en los últimos días tratados como héroes, oscureciendo su papel y su figura dentro de la unidad. Por ese motivo se ofreció a Leónidas para seguir presidiando la puerta oriental hasta que los demás contingentes hubieran regresado, por si acaso a los persas se les ocurría otro ataque antes del atardecer.

Leónidas tenía prisa por marcharse para preparar el informe a Euribíades y dejó que hiciera como quisiera. Así su unidad fue la última que regresó a la puerta central, precisamente con el crepúsculo. Aneristos se consideró satisfecho por aquello. Durante el trayecto hacia las Termópilas pretendió una marcha rápida y un ritmo fuerte, que evidenciaron todavía más las dificultades que estaban pasando los dos hoplitas. Tanto Aristodemo como Eurito tuvieron que apoyar la mano sobre los

hombros del compañero que les precedía para alinearse y mantener el ritmo. El escozor en los ojos iba en aumento, llegando a ser insoportable y obligándoles a tener siempre los ojos cerrados.

Los conmitones intentaban ayudarles, disminuyendo el ritmo de la marcha cada vez que la atención del *pentecontarca* parecía ir disminuyendo. En más de una ocasión tanto Aristodemo como Eurito tropezaron con los pies de los camaradas que tenían a su alrededor, terminando en el suelo y arañando con sus lanzas a los que estaban más cerca. En la confusión general el comandante reía, y cuanto más les veía en condiciones de no poder reaccionar, más atacaba su orgullo.

—¡No sabes ni siquiera marchar! ¿Y tú quieres hacerme creer que eres un soldado? ¿Qué te han enseñado en el *agogé*, jovencito? ¿Quién era tu maestro? ¡Uno que te ha enseñado sólo a chupársela! ¿Y uno como tú debería servirme para combatir contra los persas? —gritó a Aristodemo, destrozado sobre el que le precedía y deteniendo por enésima vez la marcha.

En todos sus años de carrera como guerreros ésta era una de las pruebas más difíciles con la que los dos amigos habían tenido que enfrentarse. Los compañeros se dieron perfectamente cuenta, consolándolos, una vez llegados al campamento, con una larga serie de golpes en los hombros y felicitaciones por cómo habían aguantado la tensión. Sólo entonces Aneristos les dejó ir al hospital de campaña, al que llegaron con la ayuda de sus respectivos ilotas después de haberse dejado ayudar para quitarse las panoplias.

Las otras unidades habían vuelto hacía bastante tiempo y el médico ya no se encontraba ocupado en los primeros auxilios, por lo que pudo dedicarles unos minutos. Estudió detenidamente la vista, moviendo la cabeza con un movimiento que los dos ni siquiera percibieron.

—Tengo malas noticias para vosotros. La infección se ha corrido mucho —anunció, evitando añadir que ya los había avisado—. Vuestros bulbos oculares están llenos de fragmentos necróticos. Prácticamente tenéis una capa amarilla de pus delante de las pupilas. Por otro lado, hoy había mucho sol, aparte de que el polvo levantado por la sequedad del terreno ha contribuido a aumentar la irritación. Y además, decidme, ¿dónde habéis combatido exactamente hoy?

—En primera línea en Alpenos, junto al mar y las marismas —respondió Aristodemo, desconsolado.

—Así que habéis recibido gotas de agua salada en los ojos, y también de agua podrida y contaminada de las aguas pantanosas. ¿Os dais cuenta de lo que eso significa? —les gritó el médico.

—Que no podíamos tratar peor a nuestros ojos enfermos —observó cáustico todavía Aristodemo, mientras Eurito callaba.

—Exacto —confirmó el doctor—. Y ahora ya no veis. Por eso, desde este

momento, admitiendo que consigáis salvaros, sabed que vuestros ojos no podrán tolerar de alguna forma la luz. Así que estaréis obligados a tener siempre las protecciones cerradas. Es más, os sugiero que llevéis una venda en los ojos. Estaréis casi ciegos, y a estas alturas puede decirse que de verdad llegaréis a serlo. Claro que ahora me diréis que sin vosotros hoy no habríamos vencido —observó sarcástico el médico, incapaz de aguantarse.

Fue entonces cuando Eurito habló.

—Tú ocúpate de hacer todo lo que sepas para curarnos, doctor, y ahórrate tus comentarios. Sabíamos muy bien los riesgos que corríamos —le respondió con un tono decidido.

El médico movió la cabeza de nuevo y les quitó el pus de los ojos, avisándoles de que se formaría todavía más posteriormente, en el curso de la noche. Luego les aplicó sus unguentos en los ojos, realizando suaves toques con tampones encima de los párpados mediante una faja que ató alrededor de la cabeza. Pero les recordó también que aquellas aplicaciones no servirían de nada si no venían acompañadas de descanso.

—De todos modos —concluyó—, mañana no podéis combatir, ni siquiera queriendo.

Efialtes se mostró entusiasta por ser de nuevo protagonista de una operación de la que podían depender los destinos de la armada. Desde el principio de la campaña, el malio parecía vivir una extraordinaria aventura, muchísimo más excitante que la vivida con las luchas locales hasta ese momento. Después de haber cogido a dos periecos, Deniece lo siguió por las Nalgas Negras a primera hora de la tarde, por el sendero todavía en parte marcado por el fango de las recientes lluvias.

Efialtes estaba locuaz, como siempre. Y el oficial parecía mejor dispuesto que de costumbre hacia su locuacidad. Le escuchaba con aparente atención e intervenía también, incluso con bromas que alimentaban la irrefrenable conversación del malio. Éste se sentía contento como nunca en su vida. Se encontraba con el primer *pentecontarca* de Leónidas y tenía la impresión de haber finalmente logrado su simpatía. Ya saboreaba presumir con los ciudadanos de su amistad con uno de los guerreros más prestigiosos de Lacedemón, después de haber sido también uno de los hombres de confianza de Leónidas.

El pelotón procedía a buen paso por toda la subida, si bien los esfuerzos de la mañana comenzaron a sentirse cerca de la cumbre. En la bajada los griegos retomaron por fin aliento, gracias a la ligera brisa que se estaba extendiendo bajo el sol tórrido que ya se escondía detrás de las montañas. Los cuatro avanzaban sin particulares cautelas, animados por la ausencia de cualquier señal de peligro. El silencio absoluto que los rodeaba parecía, por otro lado, un indicio suficiente de que los persas no habían descubierto todavía el sendero. Pero Deniece confirmó a Efialtes

que pretendía de todos modos llegar hasta Traquinia, también para ver si había avanzadillas de reconocimiento por parte del enemigo. Bajaron entonces hasta el desfiladero de Asopo, aprovechando para quitarse, con un salto en el agua, el sudor acumulado en el curso de la jornada, y luego retomaron la subida. Sólo entonces Deniece y Efiates fueron más cautelosos, empuñando las espadas que hasta ese momento habían tenido en la funda. El *pentecontarca* siguió al malio, dejando que los dos periecos, con sus únicas antorchas en la mano, cerraran la columna.

Cuando todos los combatientes helenos entraron en sus propios sectores, se contó a los caídos. Las pérdidas resultaron mucho más numerosas que las del día anterior, sobre todo por culpa de las flechas persas, pero en general los jefes las consideraron aceptables. Era de todos modos desalentador constatar que el porcentaje de pérdidas persas, a pesar de todo, era infinitamente menor frente a la vastedad de los efectivos que estaban a disposición de Jerjes.

Los contingentes que se habían enfrentado a los invasores entre las Termópilas y Antela habían tenido pérdidas superiores a las padecidas por los espartanos el día anterior. Éstos últimos, ocupados en el frente secundario, habían vuelto a la puerta central con ocho hombres menos —entre los que se encontraba Cleopompo—, y una decena de heridos. Leónidas dio una vuelta por el hospital de campaña para intercambiar algunas impresiones con los heridos y dar alivio a los más graves, y allí se encontró con Alfeo, que se había dejado extraer la punta de la flecha del brazo derecho. El coloso volvió donde estaba el hermano con una venda de lino alrededor del brazo, y con un humor alegre gracias al vino que el médico le había servido mientras procedía con la extracción.

Al comunicar al rey la situación general de los heridos, el médico le habló de Aristodemo y Eurito, y Leónidas quiso ir personalmente donde estaban para ver su situación. Los encontró intentando cenar, con la ayuda de sus respectivos ilotas. Tisia se levantó de repente, en señal de respeto, en cuanto se dio cuenta de la presencia del soberano. Los dos hoplitas, en cambio, tuvieron que esperar a que hablara para reconocerlo.

—Por lo que parece, habéis ofrecido un gran servicio a la causa de la Liga combatiendo también hoy, a pesar de vuestras condiciones. Y, añadido, habéis dado al mundo heleno una gran demostración de fuerza de espíritu y de coraje propia de los guerreros lacedemonios. Os felicito —dijo, sentándose a su lado y tomando un trozo de pan del zurrón de Aristodemo.

—Tus felicitaciones nos honran, majestad —respondió Eurito—. Nos hubiera gustado hacer más, en realidad. Nuestra aportación ha sido marginal, a nuestro pesar.

Aristodemo calló.

—Ha sido de gran alcance, querrás decir. Un ejemplo extraordinario para vuestros conmlitones y para los demás. Pero el médico me ha dicho que ahora no podéis ver y

que corréis el riesgo de perder la vista —continuó Leónidas.

Aristodemo seguía callando.

—Todos estamos aquí para arriesgar la vida. Nuestros compañeros así lo hacen cada día. Arriesgar sólo los ojos, en comparación, es bien poco —replicó de nuevo Eurito.

—No si eso hace que no seáis apropiados para combatir. Quiero que mañana descanséis —respondió el rey—. Da igual lo que ocurra. Dos como vosotros serán indispensables cuando tengamos que aportar el máximo esfuerzo. No os culparé, claro está, por haber participado en la batalla de hoy, pero si hubierais elegido no hacerlo lo habría aprobado. De cualquier forma, mañana no os atreváis a estar por ahí. Es una orden —concluyó, dándoles una palmada en los hombros, para luego levantarse y marcharse.

—Como tú bien ordenes, majestad. Pero permanecer inactivos mientras nuestros compañeros combaten y mueren es un suplicio casi peor que una infección en los ojos —dijo justo a tiempo Eurito.

Y Aristodemo callaba.

En Anopea, poco antes del crepúsculo, Efialtes anunció a Deniece que se encontraban cerca de Traquinia. No trascurrió mucho, de hecho, hasta que los primeros trozos de claros aparecieron entre las ramas, los matorrales y las copas de los árboles. Manteniendo el mismo orden, los cuatro se acercaron a los márgenes de la vegetación con las rodillas dobladas y los ojos bien abiertos. El primero en tener una visión suficientemente amplia desde la llanura de Traquinia fue Efialtes, que consiguió ver, a pocos centenares de metros, la ciudad y el campamento persa a lo lejos.

Precisamente en ese momento estaban entrando los últimos soldados de la batalla, y en el mar se divisaba el regreso de las balsas de supervivientes. La entrada desordenada de los soldados, sus rangos esparcidos y la cabeza gacha de gran parte de ellos, demostraba con suficiente claridad que ni siquiera esta vez el día había sido favorable para los persas. Los invasores, de todos modos, presidiaban firmemente toda la zona entre la puerta occidental de Antela, en la desembocadura del Asopo, donde había situado una importante guarnición, y el río Melas, en la orilla en la que terminaba su campamento.

Efialtes llamó la atención de Deniece en un detalle, convencido de haber distinguido un elemento que podía interesar al oficial.

—Mira —le dijo en voz baja, en cuanto vio que estaba a su lado—. Traquinia está casi completamente rodeada de centinelas persas.

Deniece se quedó unos instantes en silencio.

—Habrá una veintena sólo en este lado —dijo posteriormente.

—Bueno, evidentemente no saben nada del Anopea. Si no —comentó Efialtes—

ya estarían de guardia en la salida del bosque. En cambio, temen sólo alguna salida de la ciudad y es en ella donde han concentrado su atención. No es una casualidad que nos den la espalda. Probablemente siguen pensando que Aristodemo y Eurito han salido de allí.

—Ya. No saben nada del Anopea... —repitió Deniece con la mirada perdida.

El *pentecontarca* tenía todavía la espada en la mano mientras Efialtes la había puesto de nuevo en su funda. Los otros dos, en cambio, se mantenían respetuosamente detrás, sin ni siquiera intentar ver más allá. Deniece se levantó lentamente, se dio la vuelta y mató con rapidez a los dos periecos en el tiempo en que un guerrero que no fuera espartano hubiera matado a uno solo.

No se detuvo a comprobar ni siquiera si estaban muertos. Estaba seguro, porque les había dado dos puñaladas precisas como sólo un *lacedemón* sabía hacer. Se dio la vuelta de nuevo y vio la expresión llena de asombro de Efialtes, paralizado, incapaz de creer lo que había visto.

—¿Entonces ha llegado el momento de hacérselo saber, no crees? —le dijo Deniece, antes de darle un puñetazo en el estómago que le obligó a soltar un grito roto, induciéndolo a doblarse en dos.

—Mira que no te han escuchado. Déjate ver, vamos.

—añadió el oficial, alcanzándolo de nuevo, esta vez en plena mandíbula, y mandándolo contra la ladera situada a la espalda de la ciudad. El malio cayó desmayado pero su silueta ya era visible en el terreno. Inmediatamente después, de hecho, comenzaron a oírse los primeros gritos y al menos tres centinelas se movieron hacia donde estaba él.

—Con los saludos de Pausanias... —dijo Deniece, antes de escapar y desaparecer inmediatamente después por el bosque con una de las antorchas.

Consejo de guerra

Deniece se detuvo para tomar aliento sólo después de haber cruzado el Asopo. Los centinelas persas tenían que haber visto el sendero que había cogido, pero no podían haberle perseguido durante más de unos metros, un centenar como mucho. De todos modos, ya era sólo cuestión de tiempo, pensó, antes de que los orientales entendieran por dónde llevaba el Anopea. Leónidas se vería obligado a ordenar la retirada y, después del fracaso de la actuación en las Termópilas, el mando de las operaciones terrestres pasaría a Pausanias.

Comenzaba a tener dificultades de visión, si bien un cielo terso y una luna casi llena habían hecho más gradual el paso del día a la noche. Una vez fuera del agua encendió la antorcha que llevaba consigo, la clavó en el suelo y se tumbó por el sendero un cuarto de hora, hasta que sintió que recobraba las fuerzas. Luego se levantó, recogió la antorcha y continuó durante trece ondulados y difíciles kilómetros.

Llegó cerca de las Nalgas Negras en plena noche, dejándose reconocer por los centinelas focenses con la palabra secreta, que aquel día, después de haber nombrado a todos los familiares cercanos a Leónidas, era su antepasado más lejano, Heracles. Inmediatamente después se desplomó en el suelo, cansado por el esfuerzo, arañado y herido por todo el cuerpo debido a la carrera que había realizado a través del bosque. Tuvieron que levantarlo entre dos, sujetándolo en cada paso mientras lo acompañaban ante el comandante del contingente. Pero Deniece dejó muy decepcionado a su interlocutor, pretendiendo hablar sólo con Leónidas y lo antes posible.

A su pesar, el jefe focense tuvo que aceptarlo, pues aunque era un polemenco, en aquella extraña y compuesta armada su influencia era decididamente menor que la del primer *pentecontarca* del comandante en jefe. Le dio, por lo tanto, un par de hoplitas como escolta y le dejó marchar hacia la puerta central. Luego, los primeros centinelas de la puerta central lo cogieron en consigna y lo llevaron ante el rey. Deniece entró en su tienda todavía cojeando y jadeando, e inmediatamente después se cruzó con la mirada de Leónidas.

El rey no le hizo ninguna pregunta. Sólo le indicó una silla donde sentarse y permaneció a la espera.

Deniece dudó, aprovechando para recuperar la respiración. Entonces empezó a hablar, midiendo las palabras, tanto para mostrar su dificultad a la hora de respirar como para reflexionar bien en cada concepto antes de que le saliera por la boca.

—Me he dejado engañar por un *ilota* pero ¿quién lo habría dicho nunca? Ese Efiálfes parecía uno bueno, un entusiasta que se adhería a la causa helena. Y en cambio, ¡ha sido él quien nos ha dañado! —fueron sus primeras palabras, tras las que se detuvo para observar la reacción del rey.

Este se limitó a decir, observándolo con los brazos cruzados:

—Continúa.

—Bueno, llegamos junto a la llanura de Tarquinia sin problemas —contó Deniece—. Ningún resto de los persas durante todo el recorrido. Los primeros enemigos que vimos fueron los centinelas que vigilaban las salidas de Traquinia. Nos daban la espalda, porque estaban girados hacia la pared y, además, nosotros los observábamos resguardados entre la vegetación. Yo estaba en primer lugar, Efialtes y los otros dos inmediatamente detrás de mí.

Hubo otra pausa, pero el rey no dijo nada.

—De repente percibí los gritos sofocados detrás de mí. Me giré y vi a los dos periecos en el suelo, ambos con las manos en el estómago. El malio tenía el cuchillo en la mano, todavía manchado de sangre, pero ni siquiera me dio tiempo a reaccionar cuando me llegó su puñetazo en el estómago. No me lo esperaba, así que me quedé sin aliento, impedido para actuar durante unos instantes. Luego se lanzó sobre mí para empujarme hasta la llanura, gritando para llamar la atención de los centinelas.

Hizo otra pausa, que Leónidas acogió nuevamente con silencio.

—Entendí que quería que nos cogieran como prisioneros —continuó Deniece—, e intenté separarme de él, evitando sus puños. Pero mientras tanto los centinelas habían reparado en nosotros y algunos corrieron hacia nuestra dirección. En ese punto no supe hacer otra cosa que intentar volver por el bosque. Luego, en cuanto puse el pie en los matorrales, saqué la espada y la arrojé contra Efialtes sin lograr alcanzarle. Pero él, en ese momento, ya iba corriendo hacia los persas.

Se detuvo de nuevo, esta vez para esperar las consideraciones de su interlocutor.

—¿Y por qué contigo no ha usado el cuchillo? —le preguntó Leónidas secamente.

—Bueno, parece claro. Para dar credibilidad a su traición quería llevar un regalo a Jerjes, quería regalarle al primer *pentecontarca* de la armada helena —respondió Deniece.

—Ummmm ¿traición? Pero pueden haberlo matado allí, en el lugar, ¿no crees? —teorizó el rey.

—Diría que esto se puede excluir. Actuó para llamar su atención y pedir su ayuda —explicó el oficial—, diferenciando su papel del de los guerreros que iban con él. Y además, aunque lo hayan matado, en este momento se habrán dado cuenta de que por ese sendero pasaban soldados de nuestras posiciones. Y estarán ya explorando la zona para ver hacia dónde lleva. No van a necesitar mucho para que lleguen también por detrás, ¿entiendes?

—Ya. Ahora es sólo cuestión de tiempo. Quizás de horas. Pero si Efialtes quería traicionarnos, ¿por qué no lo hizo anteriormente? Tuvo ocasión incluso la noche anterior en la que acompañó al campamento persa a Aristodemo y Eurito —objetó

Leónidas.

A Deniece le pareció leer una ligera sospecha en su voz. Pero quizás, reflexionó, era sólo una impresión.

—Es probable que entonces todavía creyera en nuestra causa. Después de haber perdido confianza en nuestras posibilidades de resistencia cambió de opinión. O quizás ha aprovechado sólo la ocasión para obtener un beneficio personal de este asunto. A fin de cuentas, también estaba presente cuando el enviado de Jerjes propuso compensar a todo aquel que se pasara a sus filas. No consigo perdonarme por haberle facilitado la forma más sencilla para llevar a cabo sus propósitos. ¡Ese bastardo!

—Es raro. Presumo de saber conocer a las personas. Y ese no me parecía un tipo que no fuera de fiar —comentó Leónidas para mirar luego, durante mucho tiempo, a Deniece.

El *pentecontarca* sostuvo su mirada durante un largo instante de silencio que se hizo a una eternidad.

—Pero, por otro lado, los más hábiles entre los que no son de fiar son precisamente los que no dan la sospecha de serlo —concluyó el rey, decidiendo, en apariencia, no dudar de la historia de su primer *pentecontarca*.

Aliviado, Deniece retomó su comportamiento participativo.

—¿Y ahora qué hacemos? Tenemos que marcharnos a la fuerza y unirnos con el ejército de Helas.

—Nosotros no —respondió el rey, que inmediatamente después llamó al *hoplita* de guardia, ordenándole que contactara con el polemenco y con todos los comandantes de los contingentes para una reunión urgente del Estado mayor. Luego se despidió rápidamente de Deniece, sugiriéndole que se fuera a descansar porque le esperaba un día en el que cada uno tendría que demostrar lo que valía. El *pentecontarca* habría preferido presenciar el consejo de guerra, pero no pudo hacer otra cosa que obedecer. Y en silencio, salió de la tienda para llegar a su propio jergón.

En breve tiempo llegaron todos los jefes además del focense que, llegando desde Alpenos, empleó más tiempo. Los comandantes encontraron a Leónidas de pie, con la cabeza agachada, que paseaba de un lado hacia otro de la tienda. El rey no paró hasta que no vio que el Estado mayor estaba al completo. Se aclaró la voz, y por su expresión seria todos llegaron a la conclusión de que les iba a informar de la derrota en Artemisio.

—Os he llamado para deciros que hemos sido traicionados —comenzó—. No me preguntéis cómo y por qué. En este momento no tiene importancia. Lo que cuenta ahora es que a partir de mañana, de un momento al otro, podemos encontrarnos con los persas también por detrás además de por delante.

Después de una serie de expresiones e insultos llenos de sorpresa, desprecio y rabia, llegaron las inevitables preguntas sobre la responsabilidad.

—He dicho que no tiene importancia quién ha sido. Lo único que cuenta es decidir qué hay que hacer, más aún sabiendo que los persas conocen el sendero del Anopea y que llegarán a Alpenos incluso mañana mismo —contestó Leónidas con mayor vehemencia.

—¡En absoluto! —dijo uno de los comandantes arcadios—. ¡Tenemos el derecho de saber quién ha sido! ¡Y también saber de quién nos podemos fiar!

Muchos de los presentes se declararon inmediatamente de acuerdo con él.

—Está bien. Ha sido un malio, que ha ido en una avanzadilla de reconocimiento y que se ha pasado al bando enemigo usando el Anopea.

—¿Cuándo? ¿Cuándo?

—Al atardecer ha tomado contacto con los persas, por lo que sé. Así que, a esta hora Jerjes sabe ya lo que tiene que saber. Ahora os pregunto si continuáis teniendo la misma idea que hace unos días. ¿Queréis resistir de todos modos y hacer que sea dura la victoria para los bárbaros invasores o queréis retiraros?

En ese momento en el pabellón cayó el silencio. Nadie tenía el coraje de ser el primero en insinuar la retirada por temor a parecer un cobarde, pero se esperaba que hubiera alguien más que se expresara en tal sentido. Después de algunos instantes de tensión y vergüenza, tomó la palabra por fin el jefe de las fuerzas de Mantinea.

—Se había dicho que nos retiráramos, ¿no? Pues entonces, ¡procedamos con la retirada mañana por la mañana!—dijo con decisión.

El rey esperó las protestas del locrense y del focense, que estaban defendiendo su tierra. Pero no llegaron. Al contrario, únicamente escuchó el apoyo de los otros comandantes ante la propuesta del mantinense.

—¡Claro! ¿Qué finalidad tiene resistir? ¡Podremos ayudar mejor con una posición más retrasada!

—Lo hemos intentado, y los hemos también derrotado en repetidas ocasiones en el campo de batalla. ¡Nadie podrá echarnos en cara que no hemos sabido resistir lo suficiente!

—Es más, durante dos días hemos detenido al ejército más grande de la tierra. Diría que esto es más que suficiente para conquistar un sitio en la Historia.

—¡Nuestra experiencia será muy apreciada cuando nos reunamos al conjunto de las fuerzas de la Liga! ¡Nos tendrán en gran consideración!

—¡Vamos! ¿Qué esperamos? ¡El istmo nos espera!

Desconsolado, Leónidas dirigió una mirada interrogativa al locrense y al focense, ya que al menos de ellos se esperaba un apoyo a la resistencia. Pero el locrense, cuando llegó su turno, lo decepcionó.

—Bueno, a fin de cuentas, si ésta es la orientación general, quizás, también nosotros ofreceremos un servicio mayor a nuestra región uniendo nuestras fuerzas a la Liga. Mil hoplitas en condiciones de combatir todavía son más útiles que mil

hoplitas muertos —dijo, evitando de todos modos la mirada del rey.

—Quizás los dioses han decidido otras formas de defensa. En caso contrario no habrían concedido a los persas la posibilidad de bordearnos —añadió el focense.

Leónidas tenía una última posibilidad: los beocios. Los tan despreciables beocios. Dirigió por lo tanto su propia mirada a Demófilo y Leontiades, que parecían tener algo que decir.

—Los tespienses hemos venido aquí sabiendo que íbamos al encuentro con la muerte. No volveremos atrás sólo porque ahora tenemos la seguridad de que ésta llegará. Somos guerreros, y todo esto forma parte de nuestra existencia, como los espartanos saben bien, mejor que otros. Volver atrás ahora que toda la Grecia nos mira y nos juzga haría que incluso yo me sintiera un traidor —intentó decir Demófilo, antes de ver cómo un arcadio lo interrumpía.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué nosotros somos unos traidores? ¿Y los cuarenta hombres que he perdido hoy, entonces? ¿Eran traidores? Yo me enfrento a ti, si es necesario, también por aquellos que están en el más allá —dijo el griego procedente del Peloponeso, herido en su orgullo y amenazando con saltarle encima.

—¡No he acusado a nadie, por los dioses! —replicó el tespiense, intentando calmar los ánimos—. Tú has venido aquí convencido de tu deber —continuó el otro, dirigiéndose al arcadio—. Yo, resignado a sacrificar mi vida, esta es la verdadera diferencia entre nosotros. Y es la diferencia entre quien se quedará y quien se marchará, no entre los valientes y los cobardes, o entre los leales y los traidores.

También Leontiades, en ese punto, quiso decir su opinión.

—Los de Teba no podemos volver atrás ahora. Somos un despojo para nuestra ciudad y únicamente podemos recorrer hasta el final el camino que hemos empezado. Mientras quede un solo contingente en las Termópilas, nosotros estaremos, sin dar un paso atrás —proclamó.

—Podríamos esperar todavía. Quizás lleguen buenas noticias de Artemisio mañana por la mañana, y entonces ya no sería necesario seguir combatiendo aquí —se atrevió a decir el focense.

—¿Estás loco? —intervino el tegeata—. Sea cual sea el modo en que hayan ido las cosas en el frente marítimo, sabiendo que nos pueden rodear Jerjes no renunciará a la oportunidad de cruzar hacia el sur con el ejército.

Nadie pudo decirle que estaba equivocado.

—De cualquier modo, no es verdad que permanecer aquí no sirve para nada, salvo que nos maten —quiso precisar Leontiades—. Incluso un único día de resistencia podría representar la salvación para Helas. Si mañana los persas no encuentran a nadie aquí, en las Termópilas, bajarán inmediatamente hacia la parte central de Grecia. Por el contrario, si se queda aunque sea un simple puñado de hombres, se verán obligados a combatir y a vencer.

—¿Entonces? Cuando mis hombres afronten de nuevo a los persas en la batalla, tendrán muchas más posibilidades de resistir junto a un ejército más numeroso. ¡Nada de otro día aquí, en Málide! —le respondió el general corintio.

Hubo de nuevo un instante de silencio, durante el que todos dirigieron su mirada hacia Leónidas.

—Señores —inició el rey—. Se concluye el consejo de guerra en el que hemos debatido la cuestión en examen, diciéndoos que los espartanos piensan y actúan de otra forma. Ha llegado el momento de explicaros nuestra opinión. *Nosotros no nos retiraremos nunca*. Este es nuestro plan. Sencillo, lineal, incluso obtuso si queréis. Pero esto nos consiente no tener dudas en la batalla ni en nuestras elecciones de vida. Quizás precisamente a esto se deban nuestros sucesos, y si en algunas circunstancias eso nos ha llevado o nos lleva en un futuro a errores o derrotas, será sólo el precio que pagamos por una regla que, en la mayoría de los casos, se ha revelado ganadora. Y también esta vez será ganadora, os lo garantizo. Porque, incluso si morimos todos, salvaremos nuestra memoria. La memoria de nuestro sacrificio. Cuando el resto está perdido, no queda otra cosa que la memoria, el buen nombre que va pasando de generación en generación. A los espartanos nos importan estas cosas. Pero no puedo pretender que los demás piensen de la misma forma, y es por esto que subrayo, una vez más, que nadie está obligado a quedarse. Acogeré con entusiasmo a quien quiera ofrecernos su ayuda, pero os agradezco también a los que habéis contribuido hasta hoy a detener al ejército de proporciones colosales que Jerjes arrastra consigo, sin juzgarlo mal si escogéis irros para combatir en otro sitio esta batalla. Los contingentes que tengan intención de marcharse pueden hacerlo inmediatamente —concluyó, abandonándose en una silla.

Sus palabras no dejaron indiferente a nadie, pero tampoco les hizo cambiar de idea. Únicamente el comandante focense modificó un poco su decisión.

—Bueno... —dijo avergonzado—. Nosotros podríamos quedarnos en Alpenos, al menos para avisaros cuando llegen. A fin de cuentas, les ponemos a disposición una vía de escape.

—Esta es una oferta que no puedo rechazar —respondió Leónidas, asintiendo con una sonrisa amarga. Inmediatamente después despidió a los comandantes, de quienes podía intuir bien la impaciencia, reteniendo sólo a Cnemo, Demófilo y Leontiades para concordar las modalidades de defensa en adelante.

No perdieron más tiempo discutiendo. Nadie tenía dudas sobre la necesidad de aprovechar lo que faltaba para el alba para descansar. Contaron solamente las tropas que quedaban a disposición. Poco más de 1300 hoplitas en total, incluyendo a los heridos y a la infantería ligera, así como a los treinta malios que se habían agregado a la armada. Establecieron que no esperarían detrás de la muralla, donde corrían el riesgo de ser agredidos también por detrás, sino marchar en falange hacia Antela para

combatir todos allá donde el ejército heleno había recogido sus victorias en dos días de batallas.

Cuando el comandante tebano y el tespiense salieron de la tienda de Leónidas para alcanzar sus respectivos sectores, vieron que el campamento heleno ya estaba en fermento, a pesar de que faltaban todavía un par de horas para el alba. Ya otros polemarcos habían procedido a informar a los subalternos de la marcha, sin ni siquiera afrontar la cuestión de la resistencia más allá ni esperar las noticias de Artemisio. Por otro lado, el debate con la tropa ya se había producido y habían sido precisamente los soldados quienes habían pretendido la vuelta a casa. Ningún comandante amaba hacerse impopular entre los propios conciudadanos. Todos menos ellos dos, naturalmente.

El rumor que se había difundido por el campamento despertó también a los espartanos, si bien ninguno corrió para ir a contar las decisiones. Quién notó la presencia de Deniece empezó a plantearse preguntas para luego hacérselas directamente a él, quien en breve tiempo se encontró rodeado por conmlitones curiosos e invasivos.

El *pentecontarca* se quedó callado. No pretendía ser él quien corriera la voz de que Efiates les había traicionado, causando el colapso de la armada griega. Se limitó entonces a decir que no estaba autorizado a hablar, pero que los persas habían descubierto cómo rodear sus posiciones a través de la montaña. Teorizó entonces, alargando los brazos y cerrando los ojos con suficiencia, que se verían obligados a levantar el campamento, y los preparativos en los que estaban ocupados otros contingentes reforzaron su posición.

—¿Qué hacéis por ahí? Volved a descansar. ¡Mañana será el día más importante de la historia de Esparta! —gritó alguien.

Era la voz de Cnemo, salido de la tienda de Leónidas determinado a cogerse el último descanso de su vida.

—¿Qué quieres decir? —dijo Deniece mientras los otros le hacían eco.

—Que mañana seremos sólo nosotros, los tebanos y los tespienses, quienes defenderemos este sitio. Y vendrán los persas de todas partes, así que silencio.

Deniece se quedó de piedra. No había creído nunca de verdad que Leónidas tuviera intención de quedarse allí a toda costa, a que le mataran o que mataran a sus hombres para obtener una ventaja, como sostenía Aristodemo.

«Esto no era lo que quería obtener», pensó. «Quizás a Pausanias le irá bien así, pero no a mí, por todos los dioses. ¡A mí no!».

Cuando las noticias llegaron a la unidad de Alfeo y Marone, el segundo se puso de pie y levantó los brazos al cielo, feliz de poder empatar las cuentas con su hermano, que en su competición privada estaba en ventaja por sólo dos muertes. El ruido despertó también a Aristodemo y a Eurito, que mandaron a sus ilotas a recoger

noticias. Tisia les puso al corriente con su acostumbrada solicitud.

—Bueno, que los nuestros se quedan es un asunto que no nos incumbe —dijo inmediatamente Aristodemo—. Nosotros somos sólo un estorbo. Preparémonos para marcharnos. Es más, hagámoslo inmediatamente, porque seremos más lentos que los demás y los peloponesiacos no van a estar ahí esperándonos.

—¿Qué? —exclamó indignado el amigo—. ¿Tus conmlitones van a morir y tú te quieres marchar como si no fuera nada? ¿Quieres estar a kilómetros de distancia cuando Alfeo, Marone y Deniece mueran?

—Dado que no podemos hacer nada, sí —respondió secamente Aristodemo.

—¿Pero acaso escuchaste lo que dijo el rey ayer por la noche? Nuestro ejemplo es importante para los demás. Si nosotros nos quedamos, ¡los otros obtendrán la fuerza y el coraje para combatir incluso con mayor ardor!

—En mi opinión, en cambio, ver cómo estamos les preocupará, además de dar a Aneristos más ocasiones para humillarnos antes de que nos maten.

—No puedo creer que de verdad te quieras ir. Estoy seguro de que ni siquiera lo pensarías si...

—¿Qué? ¡Vamos, termina la frase! —le desafió Aristodemo.

Pero Eurito se esforzó para mostrar una actitud conciliadora.

—No quiero pelear de nuevo contigo. Esperemos antes qué pretende hacer Leónidas con los heridos. Luego decidiremos.

Aristodemo pensó sobre la propuesta. No pretendía cambiar de idea, pero podía ser que fuera el propio Leónidas quien dispusiera su regreso. A fin de cuentas, era precisamente el rey quien había reconocido que no estaban capacitados para combatir.

—Está bien, esperemos —dijo, tumbándose de nuevo.

Con el alba llegó Deniece con las órdenes nuevas. Si los dos amigos hubieran podido verlo, habrían leído en su rostro lo muy descontento que estaba. Les contó lo que había dicho a Leónidas y luego les informó de forma oficial sobre la marcha de los otros contingentes.

—El rey ha dispuesto que los heridos y el hospital de campaña se trasladen a Alpenos, donde los focenses se quedarán hasta que tengan la certeza de obtener una vía de fuga. Y cuando se marchen, vosotros os podréis marchar con ellos. Si conseguimos resistir, o si la situación se queda indefinida, aquellos que se recuperen mientras tanto podrán unirse de nuevo a nosotros.

Aristodemo no tuvo nada que decir. A Eurito le hubiera gustado hacer alguna pregunta al *pentecontarca*, pero en aquel momento escucharon los gritos de otro sector del campamento y Deniece se puso inmediatamente en movimiento hacia aquella dirección. ¿Habían aparecido ya los persas por la puerta oriental?

El oficial vio que el ruido provenía del pequeño sector asignado a los malios.

Cuando llegó a él, encontró a dos de ellos con un puñal clavado en el estómago. Había una pelea con algunos arcadios que estaban listos para la marcha. Y no se trataba de una pelea de puñetazos. Muchos de ellos empuñaban armas letales. Entre los gritos de los litigantes se podían claramente percibir las acusaciones de traición que los arcadios dirigían a los traquinios.

Deniece sintió un pellizco en el estómago. Si bien no había hablado, el rumor que atribuía al pobre Efialtes sobre la responsabilidad del derrumbamiento de las defensas helenas se había esparcido ya por todo el campamento y sus conmlitones habían sido inmediatamente elegidos para ser atacados. Después de Efialtes, los malios eran las primeras víctimas de su traición. Pero no dejó que el sentimiento de culpabilidad lo hiciera pasivo en aquella situación. Convocó inmediatamente a una parte de los hoplitas de la propia *pentekostyes*, que corrieron tras recibir la orden con escudos y lanzas, tranquilizando con fatiga la pelea.

Casi todos los contingentes alienados para la marcha siguieron, de todos modos, enviando insultos de todo tipo a los malios. Informado sobre lo ocurrido, Leónidas pretendió que el comandante arcadio tomara medidas en relación con sus subordinados. Pero decidió también que los malios no estaban en condiciones de participar en la defensa. Había demasiada hostilidad hacia ellos y por lo tanto les invitó a marcharse, sugiriéndoles que volvieran a Traquinia por la vía de la Dóride.

El día comenzaba con los peores auspicios. Cuando luego apareció el enviado que venía de Artemisio, con una expresión no precisamente triunfal, los ánimos se oscurecieron todavía más. La única forma de salida de la encerrona en la que estaban metidos, lo sabían todos, era la noticia de una decisiva victoria naval que quizás habría hecho inútil el enfrentamiento en las Termópilas. Pero nadie pensó que aquel ateniense viniera para anunciarla.

No hubo grandes saludos ni exhortaciones entre quienes se quedaban y quienes se marchaban. Los primeros sintieron una fuerte vergüenza frente a los demás y, si hubieran podido elegir, habrían preferido marcharse por la puerta de atrás, sin que se les notara. Se limitaron, por lo tanto, a alguna que otra palmada en el hombro de los hombres con los que habían desarrollado un cierto roce de camaradería y se encaminaron con la cabeza baja, como un ejército derrotado que hubiera sobrevivido gracias únicamente a la magnanimidad del vencedor. Cada uno era consciente, por otro lado, de que cualquier exhortación dirigida a los espartanos les otorgaba el derecho de pedir hechos y no palabras.

Y luego estaba la cuestión de los beocios, y sobre todo de los tebanos, que hacía que la retirada de los griegos fuera todavía más embarazosa. No había un contingente que no los hubiera acusado de cobardía. Ahora, en cambio, los beocios se quedaban, no porque los hubiera obligado Leónidas, sino por una libre elección, y los hoplitas a punto de marcharse encontraron más fácil dirigir la cabeza hacia otro lado.

Fue entonces, con el ánimo lleno de preocupación y afligidos por los presagios más oscuros, cuando los guerreros espartanos, tebanos y tespienses se acercaron a la zona del altar de Megista para esperar el típico sacrificio. Se supo que el orcomenio no había querido seguir al hijo, que se había marchado con el propio contingente, y con aquello había obtenido un crédito extraordinario ante la tropa que se había quedado en la guarnición de las Termópilas. Cuando llegó también Leónidas, que acababa de terminar la conversación con el enviado de la flota, la ceremonia pudo comenzar.

Inmediatamente los hombres comprobaron que los dioses no parecían favorables, pues la cabra situada en el altar se resbaló antes de que Megista pudiera cubrirla. El rey se apartó instintivamente, y el movimiento repentino hizo que se le cayera la corona de laurel que llevaba en la cabeza.

Casi todos los hombres presentes se llevaron las manos al rostro, gritando ante el desconcierto. Pero hubo también quien se quedó petrificado, sin conseguir ni siquiera respirar. Dos maneras de reaccionar ante la noticia de que el destino estaba ya marcado. Incluso los ilotas, que habían colocado tan mal al pobre animal, después de haber visto la corona en el suelo se quedaron paralizados, aterrorizados más por la doble señal nefasta que por el castigo previsible como consecuencia de su impericia. Dos señales infaustas, incluso antes de que el animal se sacrificara, era un testimonio elocuente de la voluntad de los dioses.

De cualquier forma, Megista pretendió que la cabra fuera situada de nuevo en el altar. Pero cuando se apresuró de nuevo a tajarla, Leónidas detuvo su brazo y movió la cabeza en señal de rechazo.

Para él, como para todos los demás que allí estaban presentes, los dioses habían ofrecido ya su veredicto.

Muerte de un rey

Inmediatamente después del nefasto inicio del sacrificio, aquellos que habían aprendido a apreciar la capacidad de mando de Leónidas se aferraron desesperadamente a la esperanza de que el rey hablara, eliminando aquel residuo de miedo que albergaban en los recodos más íntimos de sus almas incluso los más valientes. Y los tebanos y los tespienses, que no eran tan proclives como los espartanos al culto del peligro, esperaban que les enseñara a morir bien.

Y en cuanto Leónidas mostró su intención de hablar, repentinamente, en la llanura, se escucharon tan solo las chispas del fuego encendido para la ceremonia.

—¡Soldados! —comenzó—. Me han llegado noticias desde Artemisio y, si son malas para nuestros conmlitones de la marina, no son seguramente buenas para nosotros. Hubo ayer enfrentamientos de poca entidad y la flota persa evitó una batalla naval. Es evidente que, a estas alturas, Jerjes espera más en un choque terrestre y ha querido ahorrarse la primera flota en espera de arrasar aquí, en las Termópilas. Así que nos toca a nosotros.

»Hoy seremos mil trescientos. Mil trescientos contra cinco mil. Mil trescientos rodeados de cinco mil. Pero mil trescientos espartanos. Sí, porque todo aquel que haya elegido quedarse aquí hoy no vale menos que un *lacedemón*, aunque pertenezca a otra nación. Y los tespienses, los tebanos, sabéis lo muy orgullosos que estamos los lacedemonios de poder realizar algo bueno para nuestro país. Se puede decir que vivimos con esta finalidad. Y moriremos también para esta finalidad, naturalmente.

»Hoy, por primera vez, vuestro país, como el nuestro, es Helas. Y la Liga de los Estados de Helas ha decidido resistir la invasión y mantener a cada uno la propia libertad. Y no hay mayor gloria que morir por el bien de la propia patria, afirmaba nuestro poeta Tirteo.

»Si un hombre tiene que morir antes de tiempo, ¿existe una motivación más grande, más noble, más pura? Y además, ¿quién dice que vamos a morir antes de tiempo? Puede ocurrir que los dioses nos hayan hecho nacer precisamente para este motivo, justo para que nos encontráramos aquí, en un cierto momento de nuestra vida, para dar un significado a nuestra misma existencia. Y para permitir a los dioses continuar con los destinos de los hombres, allí en el Olimpo —dijo indicando el norte—. Y también esta Grecia siempre en lucha, con frecuencia mezquina y feroz, y también magnífica, que los persas quieren cancelar.

»Ha llegado el momento de revelaros qué ha ocurrido cuando os he abandonado durante un tiempo, durante nuestro trayecto hasta aquí desde el Peloponeso. Bien, fui a Delfi, para tener la respuesta del oráculo sobre esta campaña. Han sido muchos los que lo han intuido».

Un murmullo se levantó entre las filas de los soldados. Si Leónidas había querido despertar su curiosidad lo había conseguido.

—El oráculo no me ha dejado otra elección. Su respuesta ha sido que Esparta se salvará sólo si un rey suyo muere, ¿entendéis? ¡Sólo si un rey suyo muere! Y si los persas llegan hasta Esparta, la más meridional de las ciudades griegas, quiere decir que toda Helas ha caído ya.

»Así que yo os digo que toda la Grecia se salvará si este rey —dijo, indicándose a sí mismo—, presente en las Termópilas muere. ¿Qué elección tengo? ¿Volver atrás y matar a Leotíquidas? No. La opción es sólo una. Resistir hasta la muerte.

»Y entonces, es este nuestro fin último. Yo he nacido para salvar a Esparta, para salvar a Grecia. Vosotros, que os habéis quedado conmigo, habéis nacido para salvar a Esparta y para salvar a Grecia. Así lo han establecido los dioses, repitiéndolo esta mañana, al comunicarnos que era inútil proceder con el sacrificio. Las víctimas sacrificables somos nosotros. Somos nosotros quienes nos tenemos que inmolar para la salvación de los helenos.

»No me he ilusionado nunca con la idea de que Jerjes no descubriría la forma de bordearnos. Era sólo cuestión de tiempo, antes de que llegara, ¡y no me importa cómo ha ocurrido! —Y al decirlo miró hacia dónde sabía que estaba Deniece—. Contaba más con una victoria naval, pero los dioses son coherentes, y en la flota no hay ningún rey espartano. Quizás obtendremos una gran victoria en el mar, pero sólo después de que un rey espartano y sus valientes compañeros hayan muerto aquí, en las Termópilas.

»Ahora —concluyó—, el tiempo de las palabras ha terminado. Es el momento de prepararnos para nuestra última batalla. Marchad inmediatamente a tomar vuestra comida. Comed bien, si tenéis hambre, y bebed todo el vino que deseéis para obtener más fuerza. Esta noche cenaremos en el más allá».

Una ovación siguió el cierre del discurso. Los hombres habían aprendido a admirarle durante el transcurso de la campaña militar, pero lo habían visto siempre como un condotiero intocable, distante, un verdadero descendiente de Heracles que se elevaba por encima de los hombres. Aquella mañana, con su insistencia para acumular los destinos, con aquella representación del hecho que lo aplastaba, los soldados lo habían percibido por primera vez como uno de ellos.

Que hubiera sido él, con sus inspiradas palabras, el que se hubiera elevado hasta el nivel de descendiente de un semidios o que hubiera bajado finalmente entre ellos, no importaba. Se sentían en el mismo nivel de su comandante, tan importantes como él, y esto era lo único que contaba para unos hombres que habían sido convocados sólo porque fueron considerados no indispensables.

Ahora unos puñados de guerreros marginales veían cómo aquel hombre les ofrecía la ocasión de ser el centro de atención de toda la Grecia. No hubo un soldado

que no se declarara dispuesto a morir por él y con él, no sólo entre los espartanos, sino también entre los tespienses y los tebanos.

Pero, en realidad, sí que había al menos uno en desacuerdo. Aristodemo, sin embargo, no había escuchado el parlamento, pues junto a Eurito y otros treinta soldados entre los heridos graves había sido trasladado a Alpenos cuando el sacrificio había comenzado. Los dos amigos, poco locuaces entre ellos, estaban en compañía de los heridos que, en su mayoría, morirían en breve tiempo infectados por el tétanos, desangrados por una hemorragia que se había detenido demasiado tarde, consumados por una peritonitis, paralizados por una fractura en las vértebras cervicales, desgarrados por una cangrena rápida.

Aristodemo sólo conseguía pensar en su retiro en Esparta. Tenía miedo, un miedo terrible de no volver a ver a Gorgo, pero no tanto porque muriera en la batalla, sino por quedarse ciego. Tener sólo el recuerdo de su belleza, sin poder seguir admirándola, se presentaba como una condena incluso peor que la muerte. Y pensaba con terror cómo lo consideraría ella, viéndole moverse a tientas, patética caricatura del magnífico amante que había sido. Se sentía impaciente por constatar si sus ojos seguían funcionando, pero sólo el intento de quitarse la venda con los ungüentos le había costado un latigazo en los ojos por culpa de la luz solar, a pesar de tener los párpados cerrados.

«Buena señal», había pensado. «Si reaccionan a la luz, quiere decir que todavía están vivos. ¡Quizás Apolo está de mi parte!».

Cuando los persas se presentaron armados al otro lado de la puerta occidental, fue Eurito quien se dio cuenta y no él. Aristodemo todavía estaba absorto en sus pensamientos cuando todos los heridos, todavía conscientes, escucharon los gritos provenientes del oeste. La batalla había comenzado. Eurito tuvo un temblor provocado por su propia impotencia, e instintivamente se puso de pie, casi como queriendo correr en aquella dirección para dar una mano a sus compañeros. Luego, desconsolado, se dejó caer de nuevo al suelo y alguna lágrima cayó de la venda que le apretaba la cabeza.

En la muralla focense, los guerreros habían comenzado a marchar hacia Occidente. En los momentos anteriores, después de haber comido y bebido (sobre todo bebido), habían esperado realizando sus normales ocupaciones antes de la batalla, realizando estiramientos dañados por los golpes recibidos en los días anteriores, haciendo ejercicios de gimnasia y procediendo luego a controlar y brillantar los escudos. De todos modos, los que tenían sangre del enemigo en la punta de la lanza o de la espada, preferían dejarlo así para que provocara temor a los persas. Además, los espartanos, como de costumbre, habían dedicado a sus propias melenas los últimos instantes antes de ponerse la *panoplia*, peinando con estudiada atención sus largas trenzas.

De la parte opuesta, la guarnición persa de Antela había sido alcanzada por tercera vez desde hacía tres días por la mayor parte del ejército de Jerjes, que inmediatamente después había comenzado a avanzar hacia el este. Paralelamente algunas balsas se habían desplazado por la costa, sobre todo para observar la posición de los griegos al otro lado de la muralla. Y cuando las vieron, los defensores pensaron con horror lo que les esperaba cuando los persas entendieran que detrás de la puerta central no había quedado casi nadie.

Leónidas fue una vez más el primero en salir de la muralla, y detrás de él se alinearon todos los espartanos supervivientes, con los *pentekostyes* de Deniece y Aneristos en primera línea, y la que había sido de Cleopompo en segunda. Leónidas, con su coraza de escamas de bronce que resaltaba entre todas las otras panoplias, se dispuso en la unidad de Deniece, también él en primera línea mientras Cnemo tomaba posición en el ala opuesta.

Siguieron los tebanos, cuyo apoyo la falange espartana necesitaba para potenciar la profundidad de sus filas, algo necesario para lo que tenía en mente Leónidas. Por el momento los tespienses se situaron en la reserva, permaneciendo detrás de la muralla. Por lo que sabían los defensores de las Termópilas, de hecho los persas podían caerles encima por todas partes y de un momento a otro, bien desde la montaña, el mar o la llanura situada enfrente.

Inmediatamente después de haberse alineado, Marone se sintió tocar el hombro por el compañero posicionado detrás de él. Se dio la vuelta y vio que no era un espartano.

Era el tegeata vencedor de la competición de lucha libre. El tegeata que casi lo había matado.

No era lo mejor, pensó instintivamente, ir a la batalla sabiendo que detrás de ti hay alguien que no te quiere.

—¿Qué haces tú por aquí? —le preguntó.

—He pensado que el vencedor de la competición más prestigiosa del pentatlón no podía renunciar a combatir hoy mientras un mediocre como tú puede hacerlo mal. Así que he pedido a mi comandante que me deje quedarme aquí. Luego vuestro polemenco me ha acogido entre vuestras filas, y aquí estoy —le respondió con una sonrisa que, sin embargo, Marone creyó notar carente del matiz malvado que siempre le dirigía.

—Bueno, intenta no crear problemas con tu falta de experiencia, e intenta no obstaculizar a los guerreros profesionales como nosotros. Uno como tú —dudó antes de decirlo— puede ser útil, siempre —y también él le dirigió una sonrisa, intentando darle un golpecito en el pecho.

Por primera vez los espartanos iban a una batalla con sus tribunos rojos, que en realidad llevaban siempre pero no durante una batalla. Los hombres habían visto

cómo el rey se lo ponía mientras se colocaba la *panoplia*, y todos habían querido imitarlo. Marone pensó que la prenda entorpecería sus movimientos y lo consideró algo estúpido, sin lograr entender por qué los otros lo hacían. Pero no se atrevió a ser el único que no lo llevara puesto y se adecuó. Su hermano, en cambio, fue de los primeros en aprobar la intuición real, dándose plena cuenta de que el día más importante de su vida había que vestirse como si se fuera a desfilarse. De este modo, frente al riesgo de la muerte anticipada, ésta sería más bella.

Marone, por su parte, ordenó a su propio *ilota*, que estaba en el ala con los otros infantes ligeros, correr para coger uno de los tribones de los guerreros muertos amontonados en el campo de batalla. Cuando el esclavo estaba de regreso, su amo se lo dio, solícito, al tegeata.

—Bueno, así puedes intentar sentirte como un espartano. Y quizás consigues que no nos avergoncemos —le dijo, y lo vio transformarse en una expresión que podía vagamente recordar la conmoción.

Una vez alineados, los espartanos se quedaron inmóviles, firmes como sólo ellos sabían estar. Lo único que se movía eran sus tribones rojos al viento. Sus *panoplias* dañadas estaban coronadas por manchas rojas que parecían preanunciar al enemigo la huella de sangre que guerreros parecidos estaban preparados para dejar atrás.

Los tebanos veían las capas rojas ondear delante de ellos, dispuestos en un orden perfecto, y una vez en marcha sólo consiguieron con un cierto esfuerzo mantener su paso, marcado por el ritmo de las flautas y el himno entonado por Leónidas, que muy pronto todos los lacedemonios empezaron a cantar. El sol se encontraba ya alto en el cielo, casi como queriendo imitar un faro que iluminaba el magnífico espectáculo ofrecido por aquellas doscientas aureolas rojas preparadas para la guerra.

El día se anunciaba muy caluroso, y el añadido de los tribones en la pesada *panoplia* hizo que todos los hoplitas se empaparan de sudor incluso antes de que se hubieran movido para evitar la primera flecha, un golpe o un tridente del enemigo. Los tebanos, en cambio, combatían desnudos y no tenían ningún problema, así que pudieron distraerse durante la marcha contra el enemigo hablando del inevitable hedor que dejaba atrás la formación espartana.

Tras una señal de Leónidas, la marcha pasó al trote. El minúsculo ejército estaba entrando en el radio de acción de los arqueros persas y el rey pretendía exponer a sus hombres el menor tiempo posible al alcance de los tiros. La falange fue aumentando de paso progresivamente, hasta proceder a la carrera contra el enemigo, con los escudos bien pegados al cuerpo como protección del tronco. Al mismo tiempo, de las filas adversarias empezaron a salir, con una velocidad despiadada, las temidas descargas de dardos.

El rey pretendía utilizar una táctica agresiva, cayendo sobre las líneas persas con toda la fuerza de las falanges. No tenía un objetivo bien preciso, sino únicamente que

la victoria fuera cara para Jerjes. El único modo para conseguirlo era provocar la rotura de las filas enemigas gracias a un impacto potente, inducir a los persas a dar la vuelta y destrozarles mientras escapasen. Pero, ciertamente, el terreno no era ya propicio para una falange. Por lo menos no era liso como en los dos días anteriores. También aquella noche los esclavos habían llevado a cabo su trabajo de remoción, pero los cuerpos eran tantos que no habían conseguido remover del modo más óptimo. Además, los cadáveres empujados hacia el mar o las marismas habían regresado a la orilla, estrechando el campo de batalla y obligando a los hoplitas en el lado derecho converger hacia el centro, aplastando el frente y obstaculizándose con los compañeros que iban en cada lado.

Los guerreros tuvieron que mirar en alto para intentar intuir la trayectoria de los dardos que les caían encima; hacia abajo, para evitar tropezar con los cadáveres diseminados por todas partes y situados en su línea de marcha; hacia delante, para seguir los movimientos de los enemigos; y a los lados, donde los compañeros podían caer en cualquier momento como consecuencia de las flechas, obstáculos y empujones de todo tipo. Y si para una falange ya constituía una empresa mantener la cohesión durante los doscientos y tantos metros que generalmente recorría a mayor velocidad, en aquellas condiciones se revelaba una misión impar, al menos para los tebanos. Éstos últimos, ya después de unas decenas de metros a paso de carrera, comenzaron a avanzar sin orden, como la infantería ligera que procedía por su propia cuenta detrás de ellos. Muy pronto los hoplitas no fueron ya capaces de recuperar las posiciones que les habían asignado en la disposición inicial, y más tarde terminaron por no encontrarse delante aquellos que al principio ocupaban la primera línea, sino sólo aquellos que mejor habían esquivado los obstáculos por su propio recorrido. Por último llegaron, no sin dificultad, los hoplitas que iban cojeando por algún proyectil, obligados casi a correr contra el viento por los repetidos impactos que recibían en sus escudos.

La carrera de los espartanos no se desarrolló en mejores condiciones. Pero eran espartanos. A pesar de los obstáculos, a pesar de los dardos, a pesar de los hurtos entre ellos, los tumbos, los saltos, parecía como si una fuerza misteriosa los uniera los unos a los otros, comprimiéndoles y compactándoles después de cada sobresalto.

Quién caía y era capaz de levantarse no se preocupaba en recuperar la posición inicial. Los hoplitas habían grabado bien en sus mentes la imagen de un tablero de *petteia* o ajedrez, donde quien quisiera que hubiese perdido la posición iba inmediatamente a ocupar la casilla vacía. Aquello permitía a la falange mantener una composición aceptable también en caso de que hubiera caídos antes del impacto o bien ritmos de carrera diferentes entre un soldado y otro.

Los espartanos se presentaban compactos, por lo tanto, a unos cincuenta metros del frente enemigo. Por lo menos su primera línea estaba todavía unida, si bien algún

que otro *hoplita* se había adelantado más que el compañero de al lado, algo que la perspectiva escondía a los enemigos.

Lo que vieron los persas fue un frente sin interrupción de guerreros que parecían descender directamente del Olimpo, de esa montaña que muchos orientales sabían era la sede de los dioses helenos. Parecían tener todos alas, con sus capas rojas que el aire levantaba durante la carrera. Parecían no ser ni siquiera humanos, con aquellos cascos que ocultaban el rostro entero y la inquietante oscuridad que asomaba por las hendiduras de los ojos. Parecían gigantes, con aquellas crestas que levantaban su estatura. Parecían estatuas, con aquellas armaduras blancas, modeladas para resaltar la musculatura del cuerpo. Parecían estrellas en el cielo, con aquellos escudos y aquellos cascos de bronce en los que se reflejaba la luz solar.

Ningún asiático había visto jamás algo parecido. Nada nunca que dejara escapar tanta potencia. Nada nunca que fuera tan majestuoso.

Por eso, cuando los arqueros dieron marcha atrás para dejar el honor del impacto a los *sparabara*, fueron muy pocos los soldados que mantuvieron la posición. También los que llevaban el escudo intentaron darse a la fuga, obstaculizándose los unos a los otros. Pero no realizaron mucho camino, pues unos fueron chocando con otros y muchos terminaron en el suelo o quedaron aplastados contra las filas situadas detrás.

No hubo un choque frontal. Fue más bien una agresión. Un asalto de los espartanos a una masa de hombres aterrorizados que les daban la espalda. Los lacedemonios pasaron por encima del montón de escudos abandonados en el sitio que unos instantes antes había sido la primera línea persa, y se lanzaron contra las espaldas de los adversarios, alcanzándoles con total libertad. En el suelo o de pie, los persas no conseguían cruzar la barrera constituida por sus propios conmitones de las filas anteriores, y sus espaldas eran como una fila de blancos situados en primera línea casi recta para que los espartanos se desahogaran.

Los lacedemonios podían decidir cómo realizar el golpe, cuánto cargar contra la espalda de los respectivos enemigos, cuánto tiempo dejar la punta y cómo extraerla. Y cuando una línea de persas había sido cancelada, la siguiente se daba la vuelta a su vez, predisponiéndose a terminar de la misma forma.

Las cosas siguieron así durante bastante tiempo, sin que ninguno mostrara querer afrontar a los espartanos. De hecho la infantería ligera, que procedía en las extremidades de la falange, tenía todo el campo que quería para atacar con sus jabalinas las filas siguientes de la alineación persa. Su acción daba más víctimas, que constituían un obstáculo para los fugitivos. Leónidas, Deniece, Aneristos y Cnemo clavaban las espaldas, una tras otra, bien girando el arma o bien cargando ésta con el brazo derecho, y al mismo tiempo impedían con el brazo izquierdo el empujón con el escudo, al que le habían dejado la misión de desestabilizar a los adversarios todavía

en pie.

Los hoplitas de las filas siguientes, en cambio, seguían ejercitando presión, y lo mismo realizaban los tebanos, recompensados después por el golpe sufrido. Alfeo y Marone se daban cuenta de que los conmitones que estaban delante avanzaban con una facilidad fuera de lo normal. Sobre todo el segundo protestaba contra la mala suerte, que le había obligado a quedarse detrás mientras los persas se dejaban golpear y pisotear como si fueran hormigas.

La facilidad de penetración de la falange le permitió adentrarse mucho en la alineación enemiga, tan dentro que la retaguardia *lacedemón* se encontró luchando en una zona decididamente más amplia que aquella que le había consentido, en los días anteriores, valerse de montañas y mares para protegerse los costados. Con los laterales expuestos, por lo tanto, los espartanos se vieron obligados a tener cuidado con los enemigos que les caían encima por los lados, y muy pronto se encontraron prácticamente rodeados.

Entonces llegó el momento en el que el empuje heleno empezó a perder intensidad. Quien pudo mirar más allá de las filas en las que los hoplitas estaban ofreciendo toda su furia, observó a los oficiales que frustraban a los soldados que escapaban para obligarles a enfrentarse finalmente al enemigo. Los griegos siguieron avanzando en los sectores donde la resistencia era todavía escasa, deteniéndose, en cambio, en aquellos donde las órdenes de los oficiales habían creado cierto efecto. Conforme los persas iban poco a poco retomando las armas e intentando ganar terreno, quisieran o no las dos alineaciones se compactaban, restringiendo sus respectivos espacios y creando, a lo largo de la zona de contacto, un área mixta donde era posible encontrar a grupos de espartanos rodeados por los persas, y grupos de persas rodeados por espartanos.

Leónidas y Deniece estaban entre aquellos que se habían adentrado en profundidad en la línea enemiga. Nunca como en aquella circunstancia, de todos modos, pudo el *pentecontarca* admirar la extraordinaria habilidad combativa de su rey, que a pesar de la edad parecía incansable, moviendo la lanza para herir a los enemigos o empleando el escudo como arma ofensiva. Sobre todo brillaba en ésta última característica, consiguiendo no sólo sorprender, sino también matar a algunos persas golpeándolos en la sien con la parte central y más sobresaliente del escudo.

Ni Deniece podía permitirse detenerse mucho para observar el espectáculo que el rey ofrecía con su habilidad. El oficial tenía que enfrentarse a varios enemigos al mismo tiempo, persas que habían perdido el miedo y habían dejado de escapar, pasando a tener iniciativa y a ser combativos, si bien de forma desordenada o empujados por el miedo. A su lado, de hecho, se veían cada vez más oficiales que se diferenciaban por el turbante en la cabeza, una capa y, sobre todo, una armadura de lino bordada, ceñida en la cintura con una faja. Entre la multitud había incluso un

general, probablemente obligado por Jerjes a combatir en primera línea para dar ejemplo, quizás viendo lo que los griegos habían hecho los días anteriores. Llevaba un casco de bronce ricamente decorado, con una amplia cresta en la parte superior y una coleta en la nuca, una coraza de lino bordada con refuerzos en bronce, una capa y unas botas dentro de las que llevaba metidos los pantalones. Se notaba que estaba más acostumbrado a cabalgar que a combatir de pie. Al principio, los persas cercanos a él se apartaron para hacerle espacio, pero luego se dispusieron a su alrededor a modo de protección mientras éste se abalanzaba sobre Deniece.

El comandante persa salió al ataque con la cimitarra, con una brutalidad que puso al *pentecontarca* en fuerte dificultad, sobre todo porque no podía evitar sus golpes moviéndose de derecha a izquierda sin terminar en el radio de acción de los persas. Se defendió con la lanza, consiguiendo también tocar al enemigo en el tronco, pero no lo suficientemente fuerte como para traspasar la coraza. Lo intentó con un segundo golpe, pero el otro consiguió dejar caer su propia espada contra el asta, cortándola netamente. El espartano giró inmediatamente el trozo que le había quedado en la mano, empleando el *stirax* como punta. Ahora los dos adversarios tenían armas de la misma longitud, pero la del persa parecía ser más eficaz. Deniece continuó a la defensiva, mientras su escudo se dañaba ante los golpes del enemigo, contra el que terminó por destrozar lo que le quedaba de lanza, empuñando la espada. La situación no mejoró en absoluto, porque el otro sabía usarla mejor que él, y no le ofrecía oportunidad de golpear mientras le daba una sacudida tras otra con el escudo.

Continuando de aquella forma, el persa habría terminado por alcanzarle tarde o temprano. Deniece decidió entonces intentar el todo por el todo, usando también él el escudo, como Leónidas, de forma ofensiva, para desestabilizar a su enemigo y alcanzarle con la espada. Cargó todo el peso del propio cuerpo sobre el escudo, saltando hacia adelante y preparado para golpearle con la espada. Llegó el impacto, pero el adversario estaba armado hasta los dientes al igual que él, aunque sin la inestabilidad de la carrera. Deniece no tuvo modo de tambalearlo suficientemente. El general perdió sólo durante un instante el equilibrio, pero consiguió recuperarlo precisamente mientras el espartano realizaba un movimiento con la espada. Con su propia cimitarra se opuso a la espada, y en el choque, Deniece perdió su propia arma, terminando en el suelo.

Ya le quedaba sólo el escudo.

El *pentecontarca* se vio vencido. Los otros persas de los alrededores habrían podido matarle del modo que hubieran querido, pero era evidente que deseaban dejar el honor a su comandante. Éste se acercó triunfador, listo para dar el golpe fatal, cuando entró en su campo de visión la armadura de escamas de Leónidas. El rey empujó a un lado, con enormes golpes de escudo, a los dos persas que protegían el costado expuesto del general, y acto seguido traspasó a éste último a la altura del

vientre. Deniece vio la punta de la lanza saliéndole por el lado opuesto. El persa cayó hacia delante, desplomado. Se le habría caído encima si no se hubiera apartado.

Luego vio al rey dirigir su propia atención a los otros dos soldados que protegían el costado opuesto del general. En un instante, Leónidas alcanzó la cabeza de uno de los dos con el escudo, e hizo saltar la del otro en un golpe de revés con la espada. En ese momento, por fin, consideró que podía respirar. Lanzó una mirada a Deniece, que se había quedado petrificado mirándolo mientras combatía, sin ni siquiera preocuparse por recoger su propia espada o lanza de uno de los persas caídos.

El *pentecontarca* sintió sobre él toda la autoridad de aquel hombre que lo acababa de salvar, y por primera vez en su vida no se notó a la altura de nadie. Había tenido siempre una gran consideración sobre sí mismo y no se había sentido nunca en un segundo plano. Pero en aquel instante en que el rey contra el que había conspirado había demostrado ser mejor que él como soldado, acabando no sólo con el adversario que no había sabido superar, sino también contra los cuatro soldados que lo habían protegido, se sintió confuso. Y quizás el monarca se le estaba mostrando mejor también como hombre, salvándolo a pesar de que nutría alguna sospecha sobre los hechos de Anopea.

Decididamente turbado, se agachó para recoger la espada, ansioso por demostrarle que sabía combatir bien también él. Pero cuando se levantó, vio a Leónidas herido en el costado por uno de los persas que creía haber eliminado del enfrentamiento con el escudo. El rey, sin embargo, no cayó. Se giró hacia su asesino, que ya estaba desarmado, y le cortó el pecho en diagonal con la espada. Luego se dirigió contra otro grupo de enemigos que se estaban acercando, y sólo entonces Deniece salió de su asombro para ponerse a su lado.

Al rey le fueron suficientes pocos instantes para tener superioridad sobre su adversario más inmediato, a pesar de que combatía todavía con la espada clavada en el costado. De todos modos, oscilaba bajo el peso de su *panoplia*, y tuvo que deshacerse del escudo y del casco antes de que Deniece le perdiera de nuevo de vista por la necesidad de dirigir la propia atención sobre los dos agresores que le asediaban.

Con un amplio movimiento del hombro, el oficial trazó un semicírculo en el aire, de su costado izquierdo a su derecho, rompiendo las dos lanzas que ambos persas le habían arrojado. Asustados, los enemigos se quedaron unos instantes atontados detrás del escudo antes de extraer las espadas. Su exhibición dio a Deniece el tiempo de reincidir en la pierna del que estaba situado en el lado derecho, a la altura de la pantorrilla. El otro, en cambio, consiguió extraer la cimitarra, pero no le sirvió para nada. Inmediatamente después se encontró con la garganta rajada en dos por una lanza dórica. Deniece se dio la vuelta y vio a Alfeo inmediatamente detrás, junto a los otros conmlitones, entre los que se encontraba Marone y el tegeata, que se habían

abierto camino en la masa y se habían acercado. La disposición de las unidades había saltado por completo durante el enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Deniece no se preocupó en dar las gracias al amigo. Miró, en cambio, delante de él y vio que el rey seguía combatiendo con el costado herido, el rostro rojo por el esfuerzo, la melena larga y la barba canosa manchada de sangre, el brazo izquierdo recubierto de cortes y heridas por la costumbre de tenerlo levantado y dirigido contra los adversarios. Bajo él había dos cadáveres más respecto a cuando lo había visto pocos instantes antes.

Sin embargo Deniece vio cómo se detenía de nuevo y se desplomaba, terminando sobre las rodillas para luego caer hacia adelante, con el rostro sobre uno de los persas que había matado. Su pecho bombeó todavía un par de veces más, en respiraciones difíciles, hasta que se detuvo.

El rey había muerto. Y había muerto para salvarle.

La elección

En el hospital del campamento de Alpenos, Aristodemo y Eurito continuaron ignorándose el uno al otro, cada uno absorto en sus propias reflexiones de carácter diametralmente opuestas.

Después de todo, según Aristodemo, el rey había obtenido precisamente lo que quería, lo que siempre había deseado, a diferencia de lo que pensaban los demás. Ahora, en las Termópilas, se había quedado sólo él con los espartanos y pocos más, condenados a morir por su ambición. Aristodemo no dudaba de que el soberano se habría salvado al final, junto a unos pocos, para luego dirigir como un héroe una nueva coalición, pero de dimensiones más amplias. Era muy improbable que los persas llegaran por detrás en aquel día, y aquello habría dado a Leónidas el tiempo para procurarse la gloria que necesitaba. Luego, quizá, se habría deshecho también de él.

Aquello del rey era un riesgo, ciertamente, pero un riesgo calculado, no el fruto de la adhesión a la causa helénica que había querido hacer creer. Aristodemo se quejaba por no haber impedido que tal hecho ocurriera.

Eurito, en cambio, continuaba sobresaltándose cada vez que los rumores más fuertes de la batalla llegaban hasta donde estaban, teniendo en cuenta la distancia de más de dos kilómetros. Lo único que le daba la fuerza de permanecer allí, sentado, era la esperanza de que sus conmlitones resistieran al menos un día, dándole tiempo de recuperarse y presentarse en el campo de batalla al día siguiente. Claro, el presupuesto esencial para que aquello ocurriera era que los persas no aparecieran inmediatamente por las montañas.

—¡Están llegando! ¡Están llegando! —oyó decir a alguien casi sin aliento.

—¿Quién? ¿Quién los ha visto? —gritó otro.

—¡Los persas! ¡Por allí, por el sendero! ¡He visto a cuatro, pero quién puede saber cuántos hay detrás! —respondió el primero.

Cualquier esperanza acababa de desaparecer.

A Deniece le hubiera gustado reflexionar. Le hubiera gustado ofrecerle un largo pensamiento a aquel hombre que acababa de morir delante de sus ojos, salvándole la vida y mostrándole un coraje y un valor dignos del héroe más grande de Esparta. Pero no había tiempo. Alfeo lo zarandeó de su apatía, mostrándole a los persas que muertos de miedo intentaban coger el cadáver. Entonces el *pentecontarca* siguió al amigo hacia adelante, y junto con Marone y otros pocos se enfrentaron a un primer grupo de enemigos que intentaba apropiarse del cuerpo del rey.

Casi instintivamente los espartanos se situaron de nuevo como si estuvieran formando una falange, creando al instante un muro de escudos que empujara a los

adversarios. Los persas se tropezaron con los caídos inmediatamente detrás de ellos, terminando también en el suelo, así que para Deniece, Alfeo y Marone fue fácil acabar con ellos. Pero ya otros estaban acercándose, listos para pasar sobre sus compañeros asesinados. Llegaban por la derecha y por la izquierda, y Deniece, que era el más alto en grado, dio orden de retirarse, asignando al más robusto, Alfeo, el deber de arrastrar de la multitud el cadáver de Leónidas.

El espartano arrojó el propio escudo contra uno de los adversarios más próximos, luego recogió el casco del rey y se lo ofreció a su jefe. Por último, agarró ambos brazos e intentó levantarlo y situarlo sobre sus hombros. Pero era un peso excesivo también para un coloso como él y tuvo que desistir a mitad del intento, perdiendo el agarre y dejando caer el cuerpo al suelo. Algún compañero en los alrededores no consiguió retener la emoción al ver al propio rey caer a tierra como si fuera un saco roto.

—¡Presta atención, idiota! —gritó Marone mientras intentaba alejar a dos persas. Pero no pudo hacer nada para ayudar a su hermano.

Alfeo lo intentó de nuevo, pero justo cuando se aprestaba a levantar el cadáver, sintió que le inmovilizaban un brazo. Junto a él tenía al tegeata, su vencedor en la competición de lucha libre. El único soldado más fuerte que él en el ejército heleno. Y lo demostró inmediatamente. Antes que el espartano pudiera reaccionar de alguna forma, fue él quien levantó el cuerpo del monarca para cargarlo sobre los hombros. El tegeata había vencido también aquella competición, pero Alfeo no podía tolerar que quien se llevara al rey de Lacedemón del campo de batalla no fuera uno de los Iguales. Intentó explicárselo, gritándole al oído para que sus palabras le llegaran claras por encima del chocar de las armas. Y aquel, después de un par de miradas interrogativas, comprendió.

El tegeata pasó el cuerpo sobre los hombros algo menos robustos del espartano. Inmediatamente después recogió el escudo, envainó la espada, y se dispuso a su lado para proteger a Leónidas. Los persas se acercaban hasta sus costados, y para volver atrás el pelotón de espartanos tuvo que abrirse camino entre una selva de combatientes hoplitas y asiáticos, estos últimos siempre en superioridad numérica. Alfeo, por su parte, tenía que estar atento a no tropezarse con los cuerpos sobre los que había que caminar.

Deniece había recuperado la lanza de un conmlitón caído, y con Marone junto a él intentaba arenar la marea de enemigos que se amontonaba contra sus escudos. Por suerte, otros dos hoplitas le ayudaban a sostener la presión adversaria, permitiéndoles continuar ofendiendo con las lanzas. En el frente opuesto, Alfeo veía al tegeata combatir con el espíritu propio de los tres espartanos que actuaban a su lado, pero con la potencia superior que ningún *hoplita* hubiera visto jamás. Admirado por su habilidad, el espartano tropezó contra un cadáver que le obstruía el camino. La caída

fue inevitable, y todavía una vez más el cuerpo real de Leónidas terminó entre el polvo y la sangre. Pero en aquella circunstancia extrema, Alfeo no podía pedirle de nuevo al tegeata que lo ayudara. El gigante se encontraba ocupado más que nunca. Era sobre todo gracias a él que los persas no conseguían ni siquiera acercarse al cuerpo del soberano, si bien por su gigantesca figura empezaron a abrirse roturas y cortes que estaban progresivamente debilitando la acción.

No se dejaban los restos del rey al enemigo bajo cualquier coste. Por lo menos mientras siguiera la batalla. Consciente de que el esfuerzo mayor tenía todavía que llegar, recogió sólo entonces todas sus energías y, con un grito desgarrador, se puso de pie, primero tambaleándose sobre las piernas dobladas, por último con toda su altura. El rey estaba de nuevo sobre sus hombros.

Retomó el camino mientras detrás la presión contra Deniece y Marone se hacía insostenible. Los dos, junto a sus pocos compañeros, intentaban mantener una línea compacta, rechazando cada vez los asaltos enemigos en la parte central y en los extremos. En al menos tres ocasiones consiguieron incluso tomar la iniciativa, obligando a los adversarios a fugarse, mientras detrás de ellos otras unidades continuaban combatiendo con sacos que sobraban de la resistencia persa.

Poco a poco los hoplitas se dirigían hacia el este y la llanura se fue estrechando, lo que les obligaba a combatir cerca del mar y de las marismas. La unión tan fuerte que mantenían les permitió enviar a los adquirentes decenas de persas que sin embargo renunciaban a terminar, para evitar separarse de los compañeros y dañar la cohesión de la falange. Por lo tanto, aquellos sin heridas graves conseguían recuperarse y, poco tiempo después, los griegos se encontraban nuevamente encima.

Hacia la puerta central la presión persa disminuyó, y también Alfeo pudo acelerar el paso. El tegeata les dejó camino, notando que se le necesitaba más en el frente opuesto, de la parte del polemenco. De repente, el espartano tuvo una intuición: miró la cabeza de Leónidas y, tal y como temía, el casco ya había desaparecido. Se le tenía que haber caído cuando había cargado el cuerpo sobre los hombros, pensó.

El tegeata frunció el ceño, deteniendo su propia carrera, y no tuvo dificultad en entender lo que había ocurrido. Sin decir una palabra, volvió hacia Deniece y Marone y, viéndoles en dificultad, se tiró contra la espalda del segundo. Gracias a su empujón, éste fue capaz de echar a los asaltantes, herir a uno y apartar con el escudo al otro. De esa forma el espartano consiguió abrir una brecha en la formación que le estaba afrontando, en la que se insinuaron también Deniece y los demás. En el arranque, el pelotón dejó fuera de combate también a diferentes adversarios, y los otros se hicieron más cautos.

—Fea bestia, ¡casi me rompes la espalda! —gritó Marone al tegeata, viendo que no se detenía en línea con ellos, sino que continuaba adentrándose en la alineación enemiga.

Fue fácil para el espartano seguir la gigantesca figura mientras procedía siempre más en profundidad entre las filas persas, por sí sólo, erigiéndose por encima de cualquier adversario que apartaba con la espada o con la brutalidad del escudo. Después de un poco lo vieron tambalearse, pero seguir avanzando. Luego lo observaron usar sólo las armas, con las que daba porrazos por todas partes, o bien agarrando a los enemigos por las togas y arrojándolos por el aire. Junto a él, los persas siguieron desapareciendo. Luego, sin embargo, desapareció también él, absorbido por la multitud. Después de unos instantes salió fuera, sin casco, y siguiendo dando guantazos y puñetazos con una sola mano.

Ya agachado sobre sí mismo, avanzó un poco más en la dirección de Deniece y Marone, que salieron a su encuentro. Se liberaron de algunos persas que se interponían entre ellos y luego agredieron con la espada a los enemigos que el tegeata intentaba superar. Cuando aquellos cayeron heridos por la espalda, los dos espartanos se quedaron como petrificados observando durante unos instantes lo que quedaba del enorme dominador de la competición de lucha libre. Al tegeata le faltaba la mitad del antebrazo izquierdo, y el muñón, que derrochaba sangre y filamentos, apretaba el casco de Leónidas. Su pierna tenía un profundo corte bajo la rodilla y parecía que el músculo y la grasa tenían que separarse del muslo de un momento a otro. En el rostro, que ya no estaba protegido por el casco, un golpe del enemigo lo había privado de un ojo y de una parte de la nariz, transformándolo en una máscara deforme de sangre. Además, un tronco de lanza se había plantado en la parte superior del pecho, precisamente encima de la axila derecha, y en el costado los *pterugi*, o tiras de cuero de la falda que colgaban bajo la cintura, habían terminado en una amplia herida que hubiera tronchado en dos a un hombre menos macizo.

Marone encontró satisfactorio haber perdido contra un hombre parecido. Deniece, en cambio, vio en aquel monumento al coraje un nuevo testimonio del valor de Leónidas y de los hombres convencidos de aquello en lo que creían, y se quedó todavía mucho más turbado. Ambos se acercaron a él para sujetarlo y cogerle el casco, pero el tegeata los rechazó con un brusco gruñido que, como su figura, no tenía nada de humano, y continuó. Los dos espartanos lo escoltaron hasta el punto en el que se habían detenido los compañeros, dispuestos alrededor del cuerpo de Leónidas. Vieron cómo se abría espacio a empujones, hasta el cadáver. Sólo cuando llegó a la altura del mismo se dejó caer y, de rodillas, con la única mano disponible, le puso el casco en la cabeza, ayudándose con el muñón.

El último esfuerzo lo hizo para evitar derrumbarse encima. Alfeo, que lo había observado sin mover un músculo, intentó prevenir su caída sobre el cuerpo del soberano, saltando para cogerlo. Pero el tegeata consiguió girar el busto lo suficiente. Cayó a su lado, para morir junto al rey.

—¡Por Apolo! ¡No sé ni siquiera cómo se llama! —exclamó Alfeo, mientras gran

parte de los espartanos observaba a los tebanos tomar su sitio y correr hacia adelante.

En el campamento focense el pánico se difundió en un instante. La noticia de que los persas habían llegado hasta allí corrió como la pólvora de boca en boca, y en breve llegó la orden de los comandantes de marchar sin que nadie hubiera certificado si se trataba de un contingente de ataque o sólo de alguna avanzadilla de reconocimiento. Un *hoplita* llegó para hablar con el médico espartano, que se había quedado con los heridos, y Aristodemo y Eurito le escucharon pedirle al doctor, con voz alta y concreta, cuántos eran los hombres capaces de caminar y cuáles debían ser transportados en los carros. El espartano le explicó que al menos la mitad de los pacientes no se podían mover en absoluto. Otros estaban en condiciones suficientemente estables para poder ser trasladados, y sólo dos podían caminar. Poco después, Aristodemo y Eurito escucharon dos pasos rápidos y pesados acercarse a ellos.

—¡Oye, vosotros dos! Decid a vuestros esclavos que preparen vuestras cosas. Dentro de poco se parte —dijo el focense, y se marchó sin esperar una respuesta.

Siguió un silencio cargado de tensión, durante el que cada uno de los dos esperó que el otro hablara. Al final, fue Aristodemo quien lo hizo.

—Por lo que parece, nuestra aventura ha terminado. Movámonos, entonces. En Fócida encontraremos a alguien que nos lleve al istmo antes de que los persas lleguen hasta allí —dijo sin darle mucha importancia.

Ninguna respuesta.

—¡Oh! ¿Entonces, qué esperamos?

Ninguna respuesta.

—Te he dicho que a qué esperamos.

—A que lleguen de verdad los persas —dijo al fin Eurito, tomando la decisión de hablar—. Por lo que sabemos, los que han visto allí pueden ser simples exploradores. Estos focenses buscaban una excusa para marcharse. Está claro que han dicho a Leónidas lo de quedarse para salvar sólo las apariencias.

—¿Qué diferencia hay si son cuatro gatos o todo el ejército persa? —replicó asqueado Aristodemo—. Es evidente que si ahora hay una avanzadilla de reconocimiento, la infantería los seguirá. Que sea hoy o mañana, ya sabemos que todo ha terminado, ¿no?

—¿Tienes idea de cuánto tiempo se necesita para que toda una armada recorra ese sendero? Quince kilómetros de subidas estrechas y bajadas. Quizás, incluso de noche si estos son exploradores sin ningún séquito detrás.

—Hoy o mañana, no cambia nada. Nosotros no estaremos bien para combatir, ni hoy ni mañana. Más vale marcharnos inmediatamente, antes de que sea demasiado tarde.

—Un espartano está siempre capacitado para combatir. Y, sobre todo, está

siempre obligado a morir junto a los conmlitones.

—Ahí estamos, las típicas cosas absurdas que nos han inculcado. ¡Veo que cuanto te he contado no ha servido para incluir un poco de cordura en esa cabeza que tienes! Razona por ti mismo, y no como a ellos les gustaría que lo hicieras.

Pero Eurito no cambiaba una coma.

—Eres tú quien debería preguntarse si piensa con la cabeza o con el pene, más bien. Si te quieres ir, vete. Yo me quedo. Es más, voy a buscar a Leónidas y a encontrar algo que hacer de utilidad en la falange. Como he hecho siempre —dijo con una calma glacial, tanto más sorprendente porque era la primera vez que no actuaba igual que Aristodemo.

Los espartanos se quedaron durante un tiempo para recuperar fuerzas delante de la muralla focense, observando los movimientos de los tebanos, su carga, los vacíos que los dardos enemigos abrían en su alineación, y el nuevo impacto entre los dos ejércitos, al que los beocios llegaron sin ninguna cohesión. Pero en ese momento el terreno se había visto sembrado por un número tan alto de cadáveres que cualquier *lacedemón* dudaba de poder hacerlo mejor. De todos modos, algunos había siempre que avanzaban sin orden ninguno.

El sol estaba en lo alto del cielo y muchos tenían la fuerte tentación de quitarse el casco, pero de vez en cuando alguna que otra flecha caía y al final los hoplitas más acalorados se limitaron a levantárselos a la altura de la frente.

Los supervivientes tenían una necesidad desesperada de descansar. Generalmente las batallas entre las falanges se resolvían en menos de una hora, y con más frecuencia en pocos minutos, con la rotura de las filas de una alineación y la persecución posterior.

Cnemo pidió a los pentecontarcas que hicieran una estimación rápida de las pérdidas. Se descubrió que todos los comandantes superiores, además de Deniece y Aneristos, habían sobrevivido, y que el contingente completo ya no tenía más de 200 efectivos, muchos de ellos en mala situación, pero no tanto como para no poder dar todavía una ayuda a la falange. De cualquier forma, el calor y el esfuerzo continuo habían restado energía a los hoplitas y era necesario recuperar las fuerzas. El polemarco pensó en que los suyos regresaran detrás de la muralla, dejando el asunto en manos de los tespienses, que deberían entrar después de los tebanos como ya se había acordado con anterioridad. Pero detrás de la barrera oyeron de repente gritos. Y eran gritos de guerra.

Muchos miraron hacia el mar y vieron centenares de balsas que desfilaban a lo largo de la costa. Había algo diferente en relación con el día anterior. Las embarcaciones parecían más grandes y, además, aparecía sobre ellas algo más grande que la propia balsa.

De cualquier forma, una cosa estaba clara. No podían seguir contando con los

tespienses.

Aristodemo no se lo quería creer. Estaba tan seguro de que Eurito mentía que llamó a Tisia para que le preparara para marcharse inmediatamente.

«Cuando entienda que me estoy yendo, querrá venir conmigo. Lo ha hecho siempre», pensó. Luego se levantó para poner un poco de presión a su amigo, que sin embargo no se movió.

—Cuando regrese a Esparta saludaré a tu esposa y le diré que has sido tan estúpido como para quererte suicidar, a pesar de que se te ha ofrecido una salida más que honrosa para salvarte —dijo con un tono casi sarcástico.

—Haz como consideres. Si quieres yo, en cambio, saludaré a Leónidas y a tus amigos más queridos y les diré que has sido tan estúpido como para rechazar la ocasión de confirmar las cosas extraordinarias que has sido capaz de realizar en esta campaña, como atleta y como guerrero —respondió Eurito, siempre muy tranquilo.

—Se reirán de ti, pensarán que eres un idiota y, además, serás un estorbo. Incluso puede que por ti maten a alguien, obligándole a protegerte. Lo tuyo es una locura.

—¿Qué alguien morirá por mi culpa? ¿Y qué cambia para los demás, si estamos todos destinados a morir? Pero para mí sí cambia —contestó Eurito—. Cualquier cosa que uno haya hecho será juzgada en el último momento, recuérdalo.

A Aristodemo le hubiera gustado contestar, pero no encontró las palabras. El amigo percibió su duda e intentó aprovecharse de ello.

—Entonces, ¿vienes también tú conmigo y morimos juntos, como héroes, junto a nuestros amigos? —propuso.

Aristodemo seguía mudo. Pensó en sí mismo mientras moría en batalla, alcanzado por las flechas que no había visto ni siquiera llegar, y a Leónidas que volvía a Esparta como héroe, renovando sus brutalidades contra Gorgo sin que ella lo tuviera ya a él como consuelo.

Dejó pasar demasiado tiempo en silencio para que su amigo pudiera pensar en una respuesta positiva.

—Entiendo. Regresas donde está Gorgo, entonces —le dijo Eurito, ordenando a su propio *ilota* que le cogiera la *panoplia* y lo llevara a la puerta central.

La vista de las balsas que llenaban el canal euboico constituyó un duro golpe tanto para los espartanos como para los tespienses. Cuando las embarcaciones se acercaron a la playa encontraron a los hombres de Demófilo alineados en una falange a lo largo de la orilla. El desconcierto entre las filas helenas fue creciendo de forma exponencial. Por lo que parecía, Jerjes y su Estado mayor habían aprendido de la derrota del día anterior y habían buscado soluciones. Las embarcaciones habían sido unidas de dos en dos, para concentrar un mayor número de soldados y evitar así la dispersión a lo largo de la costa. La plataforma que derivaba consentía una concentración mayor de arqueros, multiplicando de esta forma su peligrosidad.

Además, en cada balsa había un puente móvil, que desde el momento del desembarco los remadores dejaban discurrir a lo largo de la superficie de la embarcación hasta tocar la orilla con una extremidad. La tabla, dotada de cortos palos verticales a lo largo del perímetro, era después girada para que las piernas se encontraran en el lado inferior y se sujetaran en los bajos fondos de las marismas, ofreciendo una sólida base de apoyo a las tropas a la hora del desembarque. Para los hoplitas no era fácil quitarlas o moverlas sin abrir la guardia, exponiéndose así al tiro de los arqueros.

Demófilo intentó mantener cerradas las líneas de sus falanges para resistir a la lluvia de flechas que caía más intensamente que nunca. Pero de este modo sus hombres no fueron capaces de tirar al mar las pasarelas, y los persas pudieron desembarcar sin encontrar una fuerte oposición. Además, el comandante tespiense vio otras balsas que procedían todavía más hacia el oeste, hacia Alpenos, no teniendo la certeza de que los focenses contemplaran la posibilidad de resistir. Se vio obligado a separar un cuarto de su falange para que guarneciera la puerta oriental, donde la casi total ausencia de números facilitaba el desembarco.

Los espartanos se encontraban, por lo tanto, entre los tebanos, vestidos por un número cada vez mayor de persas, y los tespienses obligados a dividir las fuerzas y atacados por todas partes. Quedaba sólo la vergüenza de elegir a quién ir a apoyar, según aquella alternancia establecida por Leónidas como la clave de la resistencia griega.

El polemenco no sabía decidirse. Por un tiempo que a Deniece le pareció demasiado largo, se limitó a esperar que los tespienses expulsaran al mar a sus adversarios y que los tebanos resistieran la parte mayor del ejército persa al menos tanto como los espartanos. Pero el gran calor, y la tensión que cada uno iba acumulando para el desarrollo de la batalla, convertían aquellos momentos de descanso en un verdadero suplicio para cualquiera, y hubo quien invocó incluso arrojarse entre los soldados como el menor de los males.

—¡Estamos terminando como pollos en la brasa, en vez de como verdaderos guerreros! —llegó a gritar Marone en la cara de Cnemo, apoyado por los camaradas.

Deniece, en cambio, tuvo un gesto de impaciencia hacia su nuevo comandante en jefe. «Si estuviera Leónidas», pensó, «sabría qué hacer». De repente se dio cuenta de que había examinado a su rey, y durante aquella campaña más que nunca, a diferencia de lo que había tenido oportunidad de hacer en su propia relación con Pausanias. Leónidas se había demostrado un soberano justo, un comandante hábil, ejemplar, y un hombre valiente que incluso había muerto para salvarle la vida. ¿Pausanias habría hecho algo parecido?

Le embargó un deseo irrefrenable de abandonar su fidelidad. Había seguido la decisión de Pausanias, y lo que el regente quería de él se había cumplido. Pero

también Leónidas merecía que él le rindiera homenaje.

Conocía un solo modo para hacerlo: combatir. Es más, combatir fino a la muerte, exactamente como él.

Fue inmediatamente a ver a Cnemo, pero justo en ese momento los tebanos se dieron a la fuga, de forma demasiado desordenada y confundida para poder ser considerada una retirada estratégica. La elección del comandante parecía ahora obligada: había que especificar su retirada y entrar. No importaba lo cansados, acalorados, heridos, magullados o deprimidos que pudieran estar los espartanos. Tenían que ser espartanos una vez más. Quizás la última vez.

El polemenco reunió a sus hombres. Mientras Deniece llamaba a los suyos vio a Aneristos clavar su propia espada en el busto de un *hoplita* que yacía en el suelo agonizando. Inmediatamente después vio que hacía lo mismo con otro herido que a pocos metros de distancia intentaba levantarse, sujetándose el abdomen por el que salía abundante sangre con una mano.

—¡Pero qué haces! —le gritó, precipitándose hacia él.

—¡Estos son mis hombres y hago lo que me parece! —le respondió el otro *pentecontarca*, borracho, sucio, y mojado de la cabeza a los pies de sangre, y no sólo de sus adversarios. Las exaltaciones por las muertes que estaba llevando a cabo sin detenerse le habían otorgado una mirada de loco.

Deniece lo agarró por la coraza, bajo el cuello e insistió:

—¡Quiero saber por qué matas a nuestros hombres, asqueroso! ¡Y precisamente en este momento!

—Es precisamente en este momento cuando se necesita ser más despiadado, ¿no? —le respondió Aneristos, mostrando dificultad para articular una palabra—. Había pedido varias veces a esos dos que se levantaran, pero no me han hecho caso. No quiero obstáculos parecidos en mi unidad y les he quitado de en medio inmediatamente. Además, lo habrían hecho los persas si no, ¿o no? Les he ahorrado solamente una larga agonía. ¡Deberías darme las gracias más bien!

Deniece estaba a punto de desenvainar la espada y quitarle de en medio también a él, pero ya los tebanos estaban cercanos y había que estar listos para el acontecimiento. Dio un violento empujón a Aneristos que lo precipitó sobre sus hombres ya en plena formación. Cuando llegaron los primeros *hoplitas* desnudos, anunciaron que Leontides había caído y que a la presión de los persas habían conseguido escapar la mitad de los efectivos.

El polemenco dio la orden de avanzar y entonó el himno, dejando a los lados espacio suficiente para permitir el retiro completo de los tebanos todavía perseguidos por el enemigo. Pero el campo de batalla se encontraba en gran parte recubierto ya de muertos, y no había una fila que consiguiera tener el mismo paso que el que tenía a su lado. Después de menos de un estadio en la alineación comenzaron a aparecer los

primeros amplios espacios y la desconexión entre los sectores.

Cuando los últimos tebanos que habían escapado de la persecución enemiga pasaron entre las filas de los espartanos, éstos últimos fueron capaces de ver exactamente qué era lo que les esperaba. En frente, una agresiva muchedumbre multicolor, exultante por el éxito obtenido contra los beocios, la primera en tres días de enfrentamientos, estaba preparada para lanzarse también sobre ellos, entre gritos y con una determinación que no habían demostrado nunca anteriormente.

Eran una infinidad, tanto que a Alfeo, aunque no sólo a él entre los lacedemonios, le pareció no haber matado a ninguno hasta aquel momento.

Aristodemo se quedó de pie sin hacer nada, en espera de que el amigo le dijera algo. Le hubiera gustado al menos verlo. Quizás su mirada habría llevado a Eurito a cambiar de idea, o al menos a adecuarse a sus decisiones aún no aprobándolas. Y encontraba absurdo e incomprensible que Eurito estuviera conscientemente eligiendo ir a morir.

Lo imaginó mientras llevaba puesta la coraza, las protecciones, el casco, y mientras recibía de su ayudante el escudo y la lanza, después de haberse colgado la funda de la espada. Se preguntó sarcásticamente para qué le serviría el escudo, dado que no tenía forma de ver de qué parte llegaban las flechas o los ataques de los adversarios. Se preguntó cómo el amigo podría atacar, salvo con movimientos contra el aire, frente a él, quizás alcanzando a algún compañero que le precediera.

Todo aquello que Eurito deseaba de verdad, al final, era morir como un espartano, con la *panoplia* puesta, todavía sucia de la sangre de los enemigos que había matado en los días anteriores, junto a los compañeros con quienes había compartido aquella campaña, tantas batallas y tantas otras campañas en los años pasados, la vida civil en las *sissitías*, la adolescencia en el *agogé*.

Para Aristodemo todo aquello que había contribuido a formarle había perdido su significado. No estaba ya capacitado para coger la extraordinaria eficacia que le sobraba. Para Eurito no había mayor gloria que morir por la patria, y cualquiera que deseara ser un héroe de verdad tenía que ser así. Para Aristodemo, en cambio, buscar la muerte por la patria no era un acto heroico, sino sólo la extrema e irracional manifestación del plagio operado por el Estatuto sobre las mentes de los ciudadanos.

Cuando entendió que había terminado de vestirse, Aristodemo esperó a que el amigo le dirigiera un saludo. Pero no escuchó nada. Sintió solo que daba instrucciones a su propio *ilota* para que lo condujera, sujetándolo por el brazo derecho. Luego escuchó a Tisia, que le decía que estaba listo y que se apresurara porque los focenses habían comenzado ya a moverse. Su esclavo añadió también que los persas estaban llegando a Alpenos, no por la montaña sino por el mar.

Lucha desesperada

No hubo un verdadero y propio impacto entre aquello que quedaba de la falange lacedemonia y la marea persa. Conscientes de su enorme superioridad numérica, los persas dejaron que los adversarios penetraran en sus líneas para poderlos rodear. Así que los enfrentamientos entre soldados fueron pocos, y aquellos que se produjeron se resolvieron todos a favor de los espartanos. Pero la gran parte de los griegos se detuvieron únicamente cuando se encontraron, solos o con pocos compañeros, con las vísceras de las líneas enemigas.

Cada espartano se encontró luchando junto a conmlitones que, desde el inicio del avance, ocupaban una posición bastante más distante que la de ahora. Así Marone perdió de vista a Alfeo, lamentándose por no poder informar al hermano de los puntos que totalizaba en función de su apuesta. Había habido una discusión entre los dos, poco antes de dar comienzo el ataque, mientras él transportaba el cuerpo de Leónidas. Al final habían llegado a un acuerdo. Los ocho persas que Marone sostenía haber matado se habían convertido en cuatro, la mitad exacta y con aquello Alfeo había mantenido su primera posición, aunque fuera sólo con una ventaja de dos puntos.

Marone se empeñó en colmar la pequeña diferencia y, si era posible, pasar a tener ventaja antes de no ser capaz de marcar puntos a su favor. Luego resolvería el problema de encontrar a su hermano para ponerlo al corriente con su puntuación. En ello andaba cuando, de repente, notó que a su derecha, precisamente frente a otros conmlitones suyos, estaba avanzando un oficial.

—¡Aquel vale el doble! —exclamó, y se precipitó contra él sin preocuparse por los compañeros que se estaban enfrentando ya a él ni por el enemigo que tenía delante, el cual pensó que se estaba escapando.

Casi recibió un golpe con la lanza por parte de otro *hoplita* cuando irrumpió frente a su nuevo objetivo, interponiéndose entre el oficial y el propio camarada. Entró con determinación al otro, y sin preocuparse por sus protestas cargó contra el persa, pero con un golpe demasiado violento que terminó por perderse en el aire. El adversario se lo encontró a su lado como si estuviera servido en una bandeja de plata, y atacó con un golpe del revés, pero no imprimió suficiente potencia en el golpe, que dañó apenas la coraza de Marone.

El *hoplita*, ya en equilibrio precario, se vio de todos modos desestabilizado por el golpe sufrido y terminó en el suelo como si se hubiera tirado al agua. Pero fue muy rápido dándose la vuelta y plantando el *stirax* en el terreno, justo a tiempo para que la punta anterior de su lanza detuviera el asalto del contrario, listo para arrojarse sobre él. El oficial se encontró empalado por el abdomen, saliéndole el asta por la espalda y

haciendo que fuera imposible cualquier recuperación.

Marone lanzó un grito de satisfacción, luego se levantó y extrajo la espada. Mató a un par más de enemigos antes de ser herido en el muslo por un golpe que le abrió una amplia herida en la parte exterior, de la que fluyó un abundante chorro de sangre. Consciente de que muy pronto se vería debilitado, se puso a buscar a su hermano, ansioso por comunicarle que le llevaba ventaja. Siempre que Alfeo no hubiera matado a tantos como él, claro.

Ya que se encontraba cerca del mar, consideró que el hermano se encontraría hacia la ladera de la montaña y se encaminó hacia aquella dirección, abriéndose camino a través de corros de combatientes, demasiado ocupados en medirse con sus respectivos adversarios como para ocuparse de él. Después de una decena de metros, recorridos con dificultad pero consiguiendo otros dos puntos en contra de las tropas persas, vio a Deniece. El oficial combatía hecho una furia, atacando como un alocado a varios adversarios a la vez con la punta de la lanza, con el *stirax* y con el escudo.

—¡Por Cástor y Pólux! ¡Si la apuesta la hubiera hecho con él habría perdido con claridad! —pensó Marone, deteniéndose un instante para observar la técnica de la lucha de su amigo.

Deniece era portentoso. Su tronco se mantenía casi inmóvil, pero los brazos giraban como si fueran molinos y las piernas se movían en continuación, consintiéndole evitar los golpes de los enemigos. Parecía que Atenea se hubiera apropiado de su espíritu, pensó de nuevo Marone. Nadie conseguía acercarse a él sin evitar recibir sus golpes, y con el tiempo los adversarios mostraron cada vez más cautelas, manteniéndose a distancia y obligando al espartano a abrirse camino. El oficial no se hacía rogar. Cuando era él quien atacaba, una parte de los persas se echaba a un lado, resultando que eran siempre pocos quienes combatían contra él, cayendo inevitablemente bajo sus ataques.

Marone consideró que su amigo no necesitaba ayuda y continuó hacia la zona montañosa. La respiración era cada vez más complicada, y la vista menos clara, pero seguía avanzando, empujando a todo aquel que se interpusiera por su camino. Y finalmente lo vio. Alfeo estaba de pie, sobre una de las formaciones rocosas con las que las alturas se equiparaban a la llanura, y sobresalía sobre un montón de enemigos que lo rodeaban intentando darle con sus lanzas. De vez en cuando, sobre los persas caía un macizo, que el coloso arrojaba desde su plataforma natural. Aquella era la única arma que le quedaba al espartano para mantenerlos alejados.

Los focenses cargaron a Aristodemo en un carro, junto al médico espartano y a otros dos heridos graves que el doctor esperaba poder salvar. Tisia seguía el medio a un lado, manteniéndose disponible. El espartano intentó imaginar, como si se tratara de un último vistazo, el lugar donde había vivido en las últimas semanas, el lugar donde había visto por última vez a sus amigos de toda una vida. Donde había

realizado la empresa más valiente de su carrera militar, donde se había conquistado la admiración de todos ganando más pruebas de cuantas había jamás ganado en sus competiciones oficiales, donde por primera vez había visto a Eurito llevarle la contraria, donde había llevado a cabo una lucha interna consigo mismo para no dejarse conquistar por el encanto de Leónidas, y donde, en fin, había sentido más que nunca la añoranza de Gorgo.

Todas las dudas, las inseguridades, las perplejidades, las sospechas que alimentaba desde hacía años, habían salido a flote en aquella fina lengua de tierra encerrada entre las montañas y el mar, marcada por las aguas calientes, apestosas y fétidas de las marismas. El más allá no tenía que ser tan diferente, imaginó, y se preguntó si algunos de sus amigos no habrían llegado ya. Desde hacía algún tiempo los rumores producidos por la retirada focense cubrían los comentarios provenientes de la puerta central sobre el desembarco de los persas, y Aristodemo se sintió definitivamente separado por el destino de los conmlitones. Tisia le explicó que los enemigos desembarcaban en la orilla con calma, mientras la caravana focense, pocos centenares de metros más al este, se alejaba. Ni siquiera los persas intentaban seguir a los griegos o lanzar contra ellos descargas de dardos, prestando más atención a organizarse para marchar hacia la puerta central.

Aristodemo intentó concentrarse sobre Gorgo para expulsar de su propia mente los pensamientos que lo traían a las Termópilas. Más de una vez abrió la boca con intención de ordenarle a su *ilota* que le ayudara a bajar y le pusiera la *panoplia*, pero luego se le pasaba por la mente la imagen de la reina y la tentación desaparecía.

Pensaba en Eurito, que caminaba por la costa con todo el equipo listo para la guerra pero que se veía obligado a darle la mano a su esclavo, e intentó verse en las mismas condiciones. Sentía lástima por su amigo, pero no podía hacer otra cosa que envidiar su alma, libre de dudas y tentaciones.

Se preguntó como se habría comportado si no le hubiera ocurrido ese problema en los ojos. ¿Habría encontrado, de todos modos, una excusa para evitar la rendición de cuentas? Se preguntó también si Apolo no habría querido que le cayera esa infección en los ojos precisamente para que se salvara, para devolverlo a Gorgo. Pero ¿por qué un dios tendría que haberle ayudado para dañar a un descendiente de Zeus como Leónidas? Los dioses, por lo que parecía, habían establecido mucho antes que un rey como aquel se sentara en el trono de Esparta. Y él, tan lleno de dudas, indeciso, no resolutivo, quizás incluso pálido, no era el predilecto para los dioses.

Se había hecho daño por Gorgo. Esperó sólo que valiera la pena.

Marone no dudó un instante. Recogió un par de lanzas que yacían junto a otros tantos cadáveres —uno de éstos era un espartano—, y se precipitó a agredir al grupo de persas que estaban alrededor del hermano. Su ejemplo fue seguido por otros doce hoplitas que estaban en los alrededores. En breve, tres orientales cayeron heridos por

la espalda, y Alfeo se encontró de nuevo con una lanza que el hermano le había arrojado después de haberse liberado de su directo adversario.

Obligados a llevar el ataque desde atrás, los persas no se vieron capacitados para oponerse a Alfeo, que saltó de la roca y aterrizó sobre dos enemigos, llevando a cada uno a golpear el suelo con la cabeza. Cuando se levantó habían quedado menos persas que griegos en aquel sector, y fue fácil liberarse de aquellos residuos.

—¡Salvarse la piel vale al menos diez puntos! —gritó Marone al hermano, en cuanto tuvo la posibilidad de hablarle.

—¿Y a mí qué me importa? Ya había matado a nueve antes de perder las armas, y luego a otros tres con las piedras y lo mismo ahora. Seguramente sigo llevando ventaja —respondió Alfeo con evidente satisfacción.

—Yo he acabado con cinco, pero uno era un oficial, así que vale por seis, o lo que es lo mismo, dieciséis con los diez que hemos establecido. ¡Sólo me llevas uno! —constató, decepcionado, Marone.

—Dejad de jugar y mejor mirad hacia allá —gritó uno de los hoplitas que estaban a su lado. Éste indicó a algunos espartanos, unas decenas de metros más al centro de la llanura, que les hacían gestos de retirada para que se dirigieran hacia la muralla.

Les alcanzaron mientras llegaba también Cnemo, al que dos hoplitas tendieron en el suelo con extrema cautela. Estaba sin casco y con el brazo derecho lleno de cortes y contusiones, pero sobre todo tenía un pie fracturado, que colgaba desarticulado del tobillo. Llegó también Deniece, cuyos ojos llenos de furor combativo parecían emitir llamas por las comisuras del casco.

—Hay que retirarse detrás de la muralla —aconsejó Cnemo—. Están llegando unidades más compactas de las que hasta ahora se han enfrentado a nosotros. En la puerta central, al menos, el campo es más estrecho y nos defenderemos mejor. Indicadlo a todos aquellos que os puedan ver o escuchar.

—¿Y tú cómo lo vas a hacer? Te cogerán en poco tiempo —le hizo notar Alfeo al comandante.

—De hecho, yo no vengo. Dejarme aquí —respondió lacónico el polemenco.

—Podríamos intentar trasladarte en dos —intentó decirle Deniece.

—Así caeríamos los tres. En absoluto. No seré el único que quede a merced de los persas. Quién sabe cuántos no escucharán las órdenes y seguirán combatiendo en el cuerpo a cuerpo. Asume tú el mando, Deniece, y que Atenas te asista —dijo, considerando cerrada la conversación.

Nadie intentó convencerle para que cambiara de idea. Deniece hizo de forma que la orden de retirada llegara al mayor número posible de soldados, pero como había dicho ya Cnemo, algunos hoplitas se encontraron demasiado implicados en la batalla como para darse cuenta o simplemente para conseguir escapar. El *pentecontarca* esperó a que todos los hombres disponibles lo superaran. Luego empezó a correr

también él hacia la muralla. A simple vista los supervivientes no eran más de una centena.

Deniece recorrió medio estadio, se dio la vuelta y vio al polemarco ponerse de rodillas con dificultad y empuñar el escudo y la lanza. Delante de él el frente estaba completamente ocupado por los persas, que habían aplastado los sacos de resistencia constituidos por los pocos hoplitas todavía vivos, y corrían hacia la muralla. Vio a su comandante apuntar con la lanza y arrojarla contra la multitud, cogiendo en pleno rostro a un adversario. Luego Cnemo tuvo el tiempo justo para extraer la espada y dar un par de movimientos letales, antes de verse embestido y absorbido por la muchedumbre de soldados que corrían contra él.

Sólo entonces Deniece volvió a correr hacia la muralla, cerca de la que se habían amontonado sus amigos y donde todavía estacionaban los tebanos, fieles a la orden de dar un nuevo cambio a los lacedemonios. Pero el *pentecontarca* ascendido por las circunstancias a comandante en jefe, precisamente él que había provocado la caída de la defensa, se dio cuenta de que, en sus condiciones, aquellos hombres no habrían sido capaces de resistir un instante el asalto de los persas. Ordenó entonces que todos se retirarán, espartanos y tebanos, al otro lado de la muralla, para formar una última línea de defensa junto a los tespienses. Pero aquello que vio en cuanto se encontró en el lado oriental le quitó cualquier ilusión o esperanza. Su única experiencia como comandante en jefe le permitiría únicamente guiar a sus subordinados hacia una muerte honrosa.

Los tespienses se habían más o menos disuelto. O, por lo menos, no había ya una falange tespiense. Sus cadáveres, alcanzados por una lluvia de flechas, constituían una especie de muro junto a una orilla, que los persas habían cruzado inmediatamente después del desembarco. El resto de los hombres de Demófilo combatía con furia contra los enemigos que, cada vez más numerosos, continuaban llegando desde el mar, obligándoles a acercarse a la montaña.

Deniece vio a muchos hoplitas combatir con las piernas en las bañeras sulfúreas y en el torrente, envueltos en ríos de azufre, parecidos a sombras que se agitaban en la niebla. Se preguntó qué olor tenían ahora aquellos ríos, con toda la sangre que se había derramado en el agua. Pero pensó también que lo descubriría por sí mismo. Ordenó, de hecho, que los tebanos se quedaran cerca de la muralla, intentando arenar el asalto enemigo por el oeste. Luego condujo a sus hombres en un ataque de lado y por detrás de los persas, que salían como chinches por la llanura entre el mar y los tespienses. ¿El objetivo? Unirse a los hombres de Demófilo y abrirse a la calle hacia el Kolonos para atrincherarse allí y resistir. Resistir y ya está. La montaña, de hecho, era accesible sólo por el lado oeste, donde Leónidas había mandado construir una modesta y baja cortina de piedra. Para todo lo demás el lado del mar era demasiado inclinado, el posterior y también aquel que iba hacia la montaña con un acceso

demasiado complicado como para permitir a los persas subir la pendiente.

Ahora estaban todos allí, por fin: espartanos, tebanos y tespienses supervivientes. Todos en aquel reducido espacio entre la muralla focense y la altura del Kolonos, que Leónidas había concebido como campamento principal y núcleo de la resistencia más extrema, igual que una fortaleza con su torre posterior como última defensa. Sólo que, junto a ellos, había un millar de persas.

Eurito efectuó los primeros pasos con extrema cautela para acostumbrarse a la inédita situación que había elegido vivir para ir a morir. Se imaginaba el estupor de sus compañeros y enemigos cuando descubrieran que detrás de las hendiduras del casco no estaban los ojos, sino una venda. Se sentía más oprimido que nunca por el peso de la *panoplia*, no sólo por el gran calor, sino sobre todo por la inseguridad que lo condicionaba en cada gesto. Si bien su esclavo lo guiaba, temía tropezar en cada paso, y sólo después de algún estadio consiguió adquirir una caminar digno. No obstante siguió sintiendo dificultad, sobre todo por culpa del paño de cuero que colgaba por el borde inferior del escudo, con el que corría a menudo el riesgo de tropezar. Tuvo la tentación de arrancarlo, pero luego pensó que le resultaría útil, quizás esta vez más que nunca.

Escuchó de nuevo sonidos tras él, que sustituyeron por un momento aquellos producidos por los hoplitas que se marchaban y por los carros que los acompañaban. Sintió ruidos provenientes del agua y gritos en un idioma que no conocía. Estaba yendo al encuentro de los persas, pero comprendió que los persas estaban también tras él. Pensó durante unos instantes en la posibilidad de detenerse y enfrentarse a ellos, pero luego decidió que quería hacerlo junto a sus compañeros. En la falange había vivido toda la vida, y en la falange tenía que morir.

De repente fue asaltado por el temor de verse alcanzado por el enemigo y no llegar a tiempo a la puerta central, o encontrarlos a todos muertos. Deniece, Alfeo, Marone. Y de morir en soledad. Le dijo al *ilota* que acelerara el paso y, después de unos instantes de dificultad, se adecuó a él. Mientras procedía se intensificaban los ruidos por el oeste. El chocar de las armas, gritos de sufrimiento y ánimo. La batalla se disputaba todavía, ¿pero en qué punto se encontraba? ¿Dónde estaban combatiendo los suyos? ¿Cuántos quedaban? Empezó a pedir información a su *ilota* antes incluso de que éste pudiera ver algo.

Era la primera hora de la tarde, y el pobrecillo, obligado a mirar hacia Occidente, tenía el sol en los ojos. Además, era consciente de que su dueño lo estaba llevando a una muerte segura y su agitación crecía conforme se acercaban al lugar del enfrentamiento. Eurito tuvo que abofetearle para obtener información detallada y constante. Entre llantos y lamentos, el esclavo consiguió decirle que los enfrentamientos se concentraban entre la muralla focense y el Kolonos, y que desde el mar continuaban desembarcando persas. No estaba en condiciones de establecer la

posición de los diferentes contingentes helenos, pero le parecía ver aflorar en la multitud, junto a las montañas, algún tribón. Eurito se quedó helado. Entonces sus conmlitones se habían puesto sus capas rojas para la ocasión. Él había abandonado la suya en Alpenos, junto a los efectos personales que no formaban parte del reducido equipaje de batalla. Ni siquiera sabía si algún focense lo habría llevado consigo, o si el esclavo de Aristodemo se habría cogido la libertad de dejarlo junto con las pertenencias de su dueño.

Ordenó con decisión a su acompañante que le llevara junto a los suyos, intentando mantenerse alejado del centro de la lucha. El *ilota* lo llevó hacia el lado izquierdo del Kolonos, a través de un terreno ondulado y caracterizado por una intensa vegetación, con la colina en el lado derecho y las montañas en el izquierdo. De esa forma entraron en la estrecha llanura, escenario del enfrentamiento desde el sureste, justo junto al sector ocupado por los espartanos, manteniendo la posibilidad de resguardarse en cualquier momento en altura.

Deniece necesitaba romper pronto y en profundidad la línea enemiga, sin perder tiempo en un cuerpo a cuerpo cuyo único efecto sería fraccionar a sus hombres y llamar a un número cada vez mayor de enemigos. Dispuso a los soldados que le habían quedado en formación de cuña, siendo él mismo el que constituía la punta más avanzada. Junto a él quiso a Alfeo, Marone y los otros tres hoplitas. Luego mandó situar a diez guerreros en segunda fila, catorce en tercera y así continuamente. Descubrió que la carencia de efectivos no consentía poder llegar más allá de la sexta línea, pero lo consideró suficiente para abrirse camino hasta donde estaban los tespienses. Luego, para llegar a Kolonos se serviría también de estos últimos, o por lo menos de los que quedasen.

Miró aquel puñado de hoplitas que las circunstancias le habían puesto bajo su mando. Todos habían recuperado una lanza y un escudo, si bien no siempre se trataba del equipaje de un espartano o incluso de un griego. Cuando mandó a la carga, un grito coral salió de las gargantas de sus hombres, tan intenso que superó el griterío que reinaba en aquel momento en la llanura. Las líneas persas, desordenadamente amontonadas junto a los tespienses, al principio casi no opusieron resistencia, permitiendo a toda la formación espartana cruzar oblicuamente la llanura y penetrar por completo dentro de la alienación.

La formación de Deniece cambió gradualmente de fisionomía, adaptándose casi por instinto a las condiciones en las que se había visto obligada a combatir. Se formaron cuatro filas paralelas, de casi veinticinco hombres cada una, mirando dos de estas hacia la montaña y las otras dos hacia el mar. Los hoplitas de las dos filas de en medio, actuaban espalda contra espalda, empujándose los unos a los otros para darse fuerza y llegar a alcanzar a los adversarios de los conmlitones en la fila exterior.

Deniece, Alfeo y Marone conservaron la primera línea, pero éste último se vio

siempre más debilitado por la pérdida de sangre. Alfeo tenía que ocuparse de él, así como de sus propios adversarios, y en más de una ocasión se vio obligado a mantener estos últimos a distancia con su escudo persa mientras pinchaba a los enemigos de Marone para distraerles y consentir a su hermano que los hiriera.

La única preocupación de Marone, en cambio, era informar a su hermano sobre su propia puntuación tras cada víctima que lograba.

Deniece, por su parte, no mostraba jamás duda alguna y continuaba moviendo los brazos con una rapidez tal que nadie conseguía ofenderlo. Con su lanza hirió a un gran número de víctimas, pero del enésimo persa consiguió sacar fuera sólo el tronco con el *stirax*. Desde aquel momento le fue más difícil tener alejados a sus adversarios, pero ya se encontraba cerca del torrente sulfúreo donde actuaban los tespienses y los persas tenían que estar también pendientes de ellos.

Lo que el *pentecontarca* vio después de haber superado la última línea enemiga lo dejó preocupado. A lo largo del río, amontonados por las pendientes iniciales de la montaña, estaban los supervivientes de los setecientos hoplitas que habían llegado con Demófilo a las Termópilas, todos en condiciones más bien desesperadas. Casi todos se encontraban heridos en el cuerpo y en las articulaciones, y eran pocos los que disponían todavía de un escudo, aún menos los guerreros con una lanza en la mano, y algunos no tenían ni siquiera una espada. Aquellos luchaban contra los adversarios en el arroyo a puñetazos y patadas, o bien girándose en el agua o por la orilla en encuentros de lucha hasta el último respiro.

Y de sangre, en el agua, se veía en abundancia. Toda la superficie del arroyo había pasado a ser rosa. Su lecho estaba lleno de cuerpos caídos de ambas alineaciones, que se juntaban unos con otros creando obstáculos continuos contra los que chocaba el curso del agua proveniente del oeste. El olor de azufre no conseguía tapar el de la sangre ni el del sudor, ni el hedor emanado por las vísceras que habían salido de los cuerpos.

Con el rabillo del ojo, Deniece vio a Marone arremeter contra un persa herido que intentaba salir del torrente. El amigo le plantó una lanza en el cuello, luego gritó un número al hermano que, por su parte, se estaba moviendo de lado para echar una mano a un tespiense que estaba siendo rodeado por dos enemigos. Deniece se dio la vuelta para controlar si las dos líneas que daban al mar estaban todavía manteniendo el frente compacto, pero vio que quedaba sólo una, si bien todavía íntegra. Luego observó a Aneristos a pocos metros de distancia de él, luchando con fuerza, y decidió que por el momento la formación podría aguantar.

Los tebanos, en cambio, parecían estar en muchas más dificultades. Los persas que todavía llegaban del mar los habían aplastado contra la muralla focense, y aquellos provenientes del oeste se amontonaban sobre la barrera de piedra, intentando quitar los bloques o saltarla.

Deniece concluyó que los tebanos no podrían jamás alcanzar el Kolonos, ni por ellos solos ni con la ayuda espartana. Lo único que podía hacer ahora era llamar a la recogida de los tespienses que se habían quedado y llevarlos hasta una zona elevada.

Buscó con la mirada a Demófilo, pero no lo vio. En su lugar vio a un *hoplita* tespiense ocupado con tres persas que lo habían encerrado a lo largo de la ladera. En ese punto, junto al torrente, la naturaleza era más bien espesa y el griego, carente de escudo, la utilizaba para protegerse de los golpes de los enemigos y luego clavar su lanza cada vez que aquellos se quedaban atrapados en los matorrales. Deniece lo observó asesinar de esta forma a uno de los adversarios, aprovechando luego el favor de la pendiente para dejarse caer sobre el otro y tirarlo al río con su propio peso.

En ese punto el *pentecontarca* intentó intervenir, pero en el tiempo que empleó para alcanzarlo el *hoplita* ya se había liberado bien de dos enemigos. El persa caído, de hecho, se había golpeado la cabeza contra el suelo, rompiéndose el hueso del cuello. El otro oriental había visto al adversario en el suelo y había intentado alcanzarlo, pero el tespiense se había apartado y aquel había clavado la lanza en el conmillón muerto. Inmediatamente después, el *hoplita* lo había sujetado por las piernas, tirándolo al suelo y acabando con él con una piedra que había recogido en el fondo del torrente.

—¡Oye tú! ¿Sabes algo de Demófilo? —le preguntó Deniece en cuanto consideró que ya podía hablar.

Aquel jadeaba todavía y respondió con un gesto de cabeza, indicándole un cuerpo que yacía en lo alto de un montón que había ido creando el torrente. La cabeza colgaba hacia atrás en el agua enrojecida, los brazos bajaban inertes sobre el resto de los cadáveres amontonados, y el pecho se veía alcanzado por dos lanzas, ambas rotas. Deniece reconoció lo que quedaba de la coraza del comandante tespiense y respiró bastante desolado.

—¿Cómo te llamas, soldado? —preguntó al *hoplita* del que acababa de admirar el valor.

—Ditirambo —respondió aquel, mientras miraba al suelo, intentando procurarse nuevas armas.

Deniece se detuvo por un instante a pensar que tenían todavía un Ditirambo entre ellos, y con el mismo valor. Se permitió una sonrisa, y luego le dijo:

—Entonces, Ditirambo, el rey y el polemenco están muertos. Ahora soy yo el comandante en jefe de la armada. Te nombro comandante de los tespienses. Haz de forma que se reúnan todos junto a nosotros. Luego intentaremos todos juntos alcanzar la parte superior del Kolonos.

Inmediatamente después del gesto de asentimiento de Ditirambo, Deniece se dio la vuelta y se acercó a sus conmillones que miraban al mar, cada vez más ocupados en hacer frente a la presión adversaria.

La colina de los héroes

Frente a lacedemonios y tespienses se extendía un espacio de menos de quince metros, hasta el mar, y estaba todo ocupado por persas. Si sólo se hubieran organizado, los orientales habrían podido literalmente aplastar a los hoplitas en el torrente y por las laderas de las montañas. En cambio, se encontraban tan apretados unos con otros, que se obstaculizaban. Los que estaban en primera línea no conseguían ni siquiera girar el brazo para cargar el golpe con la lanza, o el tridente con la cimitarra, sin golpear contra los conmitones.

Deniece encontró más cómodo usar la espada y, después de haberse liberado de la lanza traspasando el cuerpo de un adversario, empezó a atacar a los persas que estaban de frente aprovechando sus movimientos limitados para golpear a varios en rápida sucesión. Cuando uno de ellos caía, aquellos que estaban detrás de él, empujados por los compañeros, tropezaban sobre su cuerpo, ofreciendo así la cabeza al *pentecontarca*. Alfeo se encontraba casi a su lado y se obstinaba en usar la lanza, si bien le había quedado en la mano sólo un trozo que empleaba en forma de cuchillo. El coloso no esperaba que los adversarios fueran contra él. Era él quien rompía sus alineaciones, manteniéndolos alejados con el escudo y apuñalándolos desde arriba.

Justo a su lado, Marone se sujetaba con dificultad sobre un pie pero se obstinaba en permanecer en primera fila, dando golpes en el aire, si bien de vez en cuando conseguía centrar y herir a alguien. Deniece se dio cuenta y le ordenó que volviera a una segunda línea, limitándose a empujar, pero aquel no se dio por enterado, gritando no querer conceder ventajas a su hermano.

Alcanzado por Ditirambo, Deniece tuvo la noticia de que los tespienses estaban listos para intentar romper la línea. Dio orden, por lo tanto, de que los rangos se reforzaran unos con otros para crear una falange mixta de espartanos y tespienses donde el frente se dirigiese progresivamente hacia la derecha. Fue complicado conseguir organizarla. Cuando la orden llegó a todos los supervivientes, los beocios, que estaban en posición retrasada, se pegaron a los lacedemonios sin coordinación alguna, y los espartanos fueron incapaces de constituir filas ordenadas bajo la presión persa. Saltó fuera una confusión de hoplitas donde no se entendía quién empujaba a quién. Además, por el lado que limitaba con el torrente muchos perdían el equilibrio y terminaban en el agua, volviendo a su formación sólo con fatiga y tarde.

La falange, así situada, estaba rodeada en tres lados. Tras la orden de Deniece, la parte frontal pasó del lado del mar al oriental, hacia Kolonos, que distaba menos de un centenar de metros. Pero aquel breve espacio presentaba una densidad impresionante de persas. Los hoplitas originariamente en la derecha, hacia Kolonos, comenzaron a avanzar con decisión, constituyendo la cabeza de la formación, que se

parecía más a una cuña irregular que a una verdadera y propia falange. Aquellos que habían luchado hasta ese momento en primera línea, como Deniece, Marone y Alfeo, se dieron la vuelta hacia la derecha, empujando a los conmlitones que los precedían, y defendiéndose con los escudos del asalto de los enemigos que hasta ese momento habían afrontado frontalmente. Por último, los griegos posicionados más cerca de la muralla focense, casi todos tespienses, constituyeron el lado posterior y se quedaron mirando hacia el oeste. Tuvieron, por lo tanto, que caminar hacia atrás y combatir sin un momento de pausa.

Después de algún paso hacia adelante, Deniece consideró necesario situarse en primera línea y volvió a la falange para ser sustituido desde el exterior por el compañero que tenía a su derecha. La alineación griega no progresaba mucho y no le fue difícil llegar al límite oriental, donde encontró a Aneristos. No necesitó pedir al *hoplita* que lo precedía que le cediera el sitio, pues lo vio caer a los pies, con una lanza penetrada a la altura de la ingle.

No pudo hacer otra cosa que pisotearlo y pegarse al otro *pentecontarca*, que estaba combatiendo con la espada y empujando al mismo tiempo con el escudo para hacerse espacio. Deniece lo imitó inmediatamente, animando a aquellos que los seguían a empujar todo lo posible y a clavar las lanzas para demostrar su fuerza.

Metro tras metro, los griegos fueron ganando terreno, si bien muchas veces alguno de las filas internas entró en aquellas externas para sustituir a un compañero caído. Marone no estaba ya capacitado para combatir y se tambaleaba en el centro de la formación, rebotando de un *hoplita* a otro. Había pretendido, de todos modos, que también Alfeo se posicionara en el interior ante el temor de que su hermano obtuviera ventaja por estar en contacto directo con el enemigo y lo superara en su personal competición. Y Alfeo había accedido a estar dentro sólo porque era consciente de poder resultar más útil en la fase de empuje. Además, de esta forma estaba cerca del hermano en sus últimos momentos, aceptando su petición como si se tratara del deseo de un moribundo. Luego intuyó que también él tenía los minutos contados, a pesar de no estar todavía herido, al menos no de forma grave.

Deniece y Aneristos tuvieron que apartar demasiados enemigos antes de llegar cerca de la colina. Y junto a ellos se acercaron compañeros cada vez más diferentes. De todos modos, la zona alrededor de la colina se encontraba limpia, y Deniece llegó únicamente con la espada en la mano, sin casco (perdido en un enfrentamiento), y con un vistoso corte que, desde la sien, le cruzaba todo el lado izquierdo del rostro para terminar en el cuello. Desde allí se dio la vuelta y vio que la mitad posterior de la falange se había casi disuelto, fraccionándose en varios grupos completamente rodeados por persas.

Para ellos no había nada más que hacer. Se dio la vuelta de nuevo, concentrando la propia atención en su objetivo, el Kolonos.

—¿Qué está haciendo ése aquí? —escuchó decir a Aneristos, que estaba todavía a su lado.

Miró al odioso oficial y luego siguió la dirección de su mirada todo lo que le permitía la vista, ofuscada por el sudor y el cansancio. En el costado de la colina vio a dos hombres, de los que uno era un *hoplita*. Un hoplita equipado con todo, con la armadura y el escudo todavía lucidos, como si no hubiera participado en la batalla. Al principio pensó en Pantites, pero le pareció raro que se presentara en la dirección opuesta respecto a la que había tomado cuando se había ido. Luego lo reconoció.

—¡Eurito! —exclamó, acercándose a grandes pasos seguido por Aneristos.

—¡Deniece! ¿Eres tú? ¿Estáis todos? —contestó Eurito, tendiendo los brazos para buscar el contacto con su amigo.

Deniece se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Aristodemo? —preguntó.

—A él no le han quedado ganas. Se ha marchado —fue la respuesta lacónica de Eurito.

—Entiendo —respondió Deniece, después de un momento de duda—. Quedamos pocos, Eurito. El rey ha muerto y también el polemenco. Pero están todavía Alfeo y Marone y tu *pentecontarca* —le dijo para avisarle, consciente de que Aneristos estaba llegando.

—Si has venido para ser un espectador, eres más idiota de lo que pensaba. Ni siquiera puedes ver el espectáculo —comenzó diciendo Aneristos en cuanto llegó donde estaban ellos.

—Yo no debo ni quiero mirar. Quiero sólo combatir junto a vosotros —respondió Eurito, serio y determinado como jamás antes se había mostrado.

—¡Ah, bueno! No sé qué puedo hacer con un medio hombre como tú. En mi unidad estamos casi todos heridos pero metidos en batalla. Merecemos morir como hoplitas. ¡Uno que se ha metido alguna sustancia en los ojos para evitar combatir no merece morir con las armas! —le respondió con desprecio Aneristos.

Eurito había aguantado mucho, en su vida, de aquel individuo despreciable. Pero ahora se estaba ofreciendo a morir junto a él y éste seguía provocándole. No se pudo reprimir. Levantó la lanza y cargó el hombro para alcanzarle, pero el otro se dio cuenta y se movió para que el golpe se quedara vacío. No encontrando oposición, Eurito se tambaleó y cayó penosamente en el suelo, terminando con el casco cubierto de polvo.

—Te he dicho que no mereces morir en batalla, resto de hombre. ¡Pero ajusticiado por insubordinación, sí! —proclamó Aneristos, levantando a su vez la espada.

Pero la hoja no llegó a alcanzar el cuello de Eurito.

—Eres tú quien no merece morir en batalla, al menos en manos de un enemigo —dijo Deniece al oficial, mirándolo en los ojos mientras le clavaba la hoja en las

vísceras, llevándolo hacia sí mismo con la mano izquierda apoyada en la espada.

Esperó a que se cayera al suelo bajo la mirada asustada de los hombres que no estaban ocupados en la lucha con el enemigo, y que habían observado la escena situados a una distancia inferior a diez metros. Luego ayudó a Eurito para que se levantara.

—Ahora, ven soldado. Ven a luchar con nosotros —dijo al amigo, cogiéndolo por un brazo delante de los otros hoplitas y congelando al *ilota*, que se quedó muy contento de desaparecer detrás del Kolonos.

—Hemos perdido a una carroña, pero hemos ganado a un héroe, espartiatas. ¡Ahora, vamos! ¡Todos a la colina! —declaró, y esperó a que los primeros guerreros empezaran su breve ascenso antes de moverse también él llevándose detrás a Eurito.

La necesidad de ayudar al amigo ralentizó su paso, y en pocos instantes los dos fueron superados por todos los hoplitas que no estaban directamente ocupados con los persas. Alfeo y Marone subían también lentamente porque el primero sujetaba al otro, que estaba consumiendo sus últimos instantes de vida.

En la base de la colina se estaba ya produciendo un enfrentamiento entre los últimos hoplitas que se habían sustraído al movimiento enemigo y los persas más avanzados. En aquellos instantes la ladera estaba cubierta de hombres, y Deniece apresuró el paso para llegar a la parte superior, donde depositaría a Eurito, y bajar luego a coordinar la retirada. Si bien había poco que coordinar, en realidad. El *pentecontarca* echó una mirada fugaz a la llanura y, en medio de una selva de tiaras y turbantes, apareció la cresta de un casco corintio que supo destinado a desaparecer en pocos minutos. Bajo él, en cambio, vio a una treintena de hoplitas que intentaban liberarse de la presión persa para subir la ladera y llegar hasta donde estaban los conmitones. Eran los únicos griegos en el valle que tenían la posibilidad de alcanzar el núcleo de la defensa exterior.

Echó un vistazo a la parte alta de la montaña y llamó a los hoplitas que disponían todavía de todo el equipo completo. Cuando los soldados llegaron donde él estaba, se dispuso en la falange con ellos y, aprovechando el empuje que les ofrecía la pendiente, cayeron encima a un grupo de persas que había conseguido romper las filas para paralizar la subida. Tras una orden suya, los cuatro se dividieron en dos parejas, cada una con la obligación de apuntalar los sectores que más sufrían en la frágil línea de defensa que habían organizado los hoplitas más atrasados. Con su apoyo, los otros compañeros retomaron vigor y la línea pareció aguantar gracias sobre todo al poco espacio de la subida, no más amplio de una veintena de metros en la base.

Todavía, sin embargo, eran demasiados los hoplitas desarmados, obligados a combatir con patadas y puños, o abalanzándose contra el adversario para impedirle llegar. Algunos incluso se tiraban a propósito contra las lanzas enemigas, de forma

que paralizaban la acción de aquellos asesinos dando al compañero que les seguía el tiempo para sacar la espada y poder atacar de nuevo. Deniece tenía todavía el escudo y la espada y corría menos riesgo que los demás. De este modo tuvo la oportunidad de darse la vuelta y gritar a aquellos que estaban encima que bajaran a mitad de la ladera, al menos veinte, para darles el relevo.

En la parte alta se organizaron enseguida, si bien sólo la mitad de los hoplitas alineados en la ladera tenían armas suficientes para garantizar un mínimo de protección y de capacidad ofensiva. Estaba también Alfeo entre ellos. Había tenido que desenvainar la espada del hermano para dotarse de algo con que atacar a los adversarios. Pero se sentía particularmente en dificultades, tanto porque detestaba ese tipo de arma, como porque sabía lo mucho que Marone se enfadaría en el supuesto de que en un momento de lucidez se percatase de ello.

La operación salió bien. La línea de Deniece echó marcha atrás sacrificando a muchos de sus componentes, pero cuando los doce combatientes que quedaban cedieron el sitio a sus compañeros, la defensa se revitalizó y los persas se vieron obligados a retrasarse, aligerando la presión. El oficial pudo alcanzar la cima, donde valoró la situación. Con él contó cincuenta y dos hombres, un cuarto de ellos tespienses dirigidos por Ditirambo. Algunos se encontraban tan heridos que no podían seguir combatiendo, y más de la mitad de aquellos que estaban de pie no tenían el escudo. Muchos más eran aquellos que no tenían espadas y, ninguno, salvo Eurito que no podía usarla, disponía de una lanza completa. También había veinte que estaban combatiendo a lo largo de la ladera, pero no podía decirse cuántos sobrevivirían antes del nuevo cambio.

—¡Quiero combatir! ¡Llévame donde están los persas! —gritó Eurito.

—Si llegan aquí arriba podrás enfrentarte a ellos. Ahora me sirve gente capaz de bajar y subir por la ladera —le respondió Deniece, mientras valoraba cuáles eran los veinte guerreros en mejores condiciones para enviar unos minutos a relevar a Alfeo y los demás.

Eurito, responsablemente, no replicó. Había ido allí sobre todo para morir con ellos, en *panoplia*. Combatir, a fin de cuentas, era superfluo en sus condiciones.

Deniece se vio obligado a elegir también a los guerreros desarmados, quienes se organizaron rompiendo ramas de árboles que caían desde la parte superior de la montaña. Ditirambo tenía la espada y un escudo que había conseguido, y parecía todavía capaz de provocar grandes problemas a los persas. El comandante se quedó observando lo que ocurría a una treintena de metros más abajo, por la ladera. Alfeo se encontraba a la derecha, en los márgenes del lado accesible y junto al que daba al mar. Vio cómo arrojaba al vacío a dos persas, uno tras otro, después de haberlos desarmado y tirado por los aires con ambas manos, las únicas armas que le quedaban. Luego lo vio dar una patada a otro enemigo que se aproximaba y hacerlo rodar hacia

abajo con la cabeza rota.

En el resto de la línea los hoplitas tenían que hacer más o menos lo mismo, pero no poseyendo la corpulencia ni la fuerza de Alfeo empleaban los modos más dispares. Un par de lanzas habían vuelto a sus manos, pero se trataba de aquellas persas, más cortas. Algunos, en cambio, no podían hacer otra cosa que recoger piedras del terreno y tirarlas contra los enemigos, pero era más bien raro que consiguieran dejarlos fuera de la lucha de aquella forma.

Deniece quería que los compañeros tuvieran la posibilidad de respirar. Así que, para acercarse a ellos, esperó hasta que la primera línea no presentara pérdidas tales que amenazara la apertura de una brecha. A pesar de la falta de dotación, la posición elevada les daba ventaja a los hoplitas que, si bien no conseguían eliminar a un gran número de adversarios, al menos conseguían mantenerlos a distancia. En ese punto el comandante comenzó a pensar algo más animado. Se podía intentar resistir hasta que cayera el sol, empleando la noche para retomar fuerzas. Luego, al día siguiente, quién podía saberlo. Quizás desde el Artemisio, mientras tanto, habría ocurrido algo clamoroso.

Pero para el atardecer faltaban todavía unas cuatro horas, y él tenía sólo unas pocas decenas de hoplitas para emplear.

Envió el cambio cuando en la primera línea contó cuatro caídos y dos que se mantenían de pie con dificultad. Les avisó por detrás, disponiendo que retrocedieran tras una señal suya, ocupándose en dejar dos espacios de distancia entre unos y otros. Cuando dio la orden, aquellos se dieron la vuelta de repente y subieron la ladera, mientras Deniece y los suyos bajaban corriendo, cruzándose con ellos y pasando entre los huecos que habían dejado. Mientras atacaba a su adversario con el escudo, tirándolo contra aquellos que le seguían, el oficial gritó a Alfeo que preparara otra línea de hoplitas entre aquellos que estaban arriba y que los tuviera listos para que entraran cuando él diera la orden.

Una vez más la inclinación de la ladera y el campo de batalla más estrecho compensaron las deficiencias de armamento y el cansancio. A Deniece le habría gustado pedir la lanza a Eurito, pero sabía que lo habría mortificado y continuó usando la espada, por la que siguió cayendo sangre enemiga. De vez en cuando volaba alguna flecha, pero con más frecuencia iba a parar tras sus hombros o en las espaldas de los propios persas, y muy pronto los comandantes orientales ordenaron suspender los tiros. Ditirambo, por su parte, combatía con gran fuerza, mostrando una resistencia digna de un fondista. Deniece observó durante unos instantes su técnica, que juzgó similar a la de Leónidas. El tespiense, de hecho, usaba el escudo como arma ofensiva, pero valiéndose no de la superficie exterior, como el rey, sino por el borde. En cuanto veía al adversario perdiendo el equilibrio, usaba el brazo izquierdo como si tuviera que dar un puñetazo. Pero gracias al *porpax* lo que le llegaba al

enemigo no era el supuesto puñetazo sino el borde del escudo, de canto. Ditirambo sabía pegar de esa forma tanto con la superficie exterior mirando hacia arriba como hacia abajo, y en más de una ocasión consiguió centrar el cuello de un persa. De todos modos, golpes de ese tipo le privaban de la protección del escudo durante unos instantes y en un par de ocasiones fue alcanzado por los golpes de los enemigos. Deniece vio cómo se le abrían dos heridas en los costados, pero aquello no pareció afectar al rendimiento del tespiense.

Tampoco el *pentecontarca* salió indemne del enfrentamiento. Mientras ahondaba su espada en el hombro de un adversario, vio al *hoplita* que estaba a su lado caer y a su asesino arrojarle contra él. Deniece estaba todavía ocupado en extraer la espada del cuerpo de la víctima cuando el persa realizó el ataque. El golpe cogió al espartano por los pelos, pero se llevó consigo una buena parte de la piel del brazo derecho, justo por encima del codo. El intenso escozor lo obligó a soltar la espada, que cayó al suelo y se resbaló entre las piernas de los persas que se acercaban a él.

No le quedó otra solución que tomar ejemplo de Ditirambo. Se sacó del brazo derecho el *porpax* y, manteniendo el escudo con ambas manos, lo puso en un plato e intentó usarlo para golpear a su directo antagonista. No lo consiguió, pero al menos lo mantuvo alejado. Luego notó que el persa que venía justo detrás del otro movía una lanza dórica todavía íntegra, que seguramente había sustraído a algún *hoplita*. Decidió tomar posesión de la misma y en un instante transformó su propio escudo en un arma de tiro.

Esperó sólo un instante, hasta que vio al persa asomar la garganta. Luego miró justo en ese punto, centrándolo plenamente. Aquel cayó hacia atrás, liberando el camino al compañero que lo seguía. Éste se preparó para clavar la lanza en el cuerpo de Deniece, que en esos momentos estaba desarmado. Pero el espartano se tiró al suelo y tuvo el tiempo justo para oponerle el cuerpo del conmillón que había caído junto a él, en el que se clavó la lanza. Con la misma rapidez, Deniece extrajo la punta del suelo y con el *stirax* alcanzó el pecho del adversario, que ya se preparaba a desenvainar la cimitarra.

Se puso de pie con un salto, y con la lanza dórica, que no empuñaba desde hacía tiempo, se sintió más seguro. Ni siquiera prestó más atención al escozor en el brazo que, sin embargo, bajo el sol era como una quemadura. Siguió combatiendo hasta que vio al menos a cinco caídos en la línea y aquello lo indujo a llamar para un cambio. Tras su señal se cruzó con otros veinte hoplitas, dos de ellos de verdad en pésimas condiciones. Los efectivos comenzaban a escasear también para una táctica parecida. Pero mientras tanto había pasado otra media hora, y eso mismo se esperaba que resistiera la nueva línea.

Llegó a la cima bordeando el muro y casi tropezando con Marone. Su amigo se arrastraba a gatas hacia la pendiente, con una expresión alucinada y una respiración

complicada mientras Alfeo, detrás, intentaba detenerlo.

—¡No te dejaré ganar! ¡Estoy en ventaja! —gritaba—. Ahora mato a otros diez, así sí que no me conseguirás alcanzar nunca, aunque muera.

Su mirada de loco se vio repentinamente atraída por la lanza de Deniece.

—¡Dámela! ¡Dámela! —exclamó, agarrándole por las pantorrillas e intentando sujetar el asta por la parte del *stirax*.

Para Deniece fue fácil liberarse del agarrón. Le fue suficiente moverse un poco para mandar a Marone al suelo, donde el amigo se dejó llevar en un llanto desconsolado. El oficial le observó con pena. Luego vio a Alfeo detrás de él, lleno de heridas y cortes, sucio de sangre y de polvo en cada parte del cuerpo. Parecía una estatua de arcilla apenas esbozada. Todavía más atrás, en el fondo, la mirada de Deniece cayó sobre Eurito, que movía torpemente la cabeza para percibir sus palabras en un penoso contraste con el esplendor de su *panoplia*.

Pensó en aquel día en el estadio, durante las fiestas Carneas, cuando había sabido de la expedición a las Termópilas. Exaltados y entusiastas, se habían felicitado por estar entre los protegidos, todos ansiosos, menos Aristodemo, de obtener una ocasión para demostrar ser valientes guerreros y desmentir a quienes los consideraban sólo una reserva. Y ahora, allí estaban. Ditirambo muerto, todavía incluso antes de que se pudiera demostrar algo. Y luego un demente, un ciego, una figura grotesca, y él. Un traidor.

Los sollozos de Marone disminuyeron mientras su hermano se acercaba y lo ponía boca arriba.

—Intenta morir pronto también tú. Así no habrá demasiada diferencia entre nosotros —le dijo en cuanto cruzó la mirada de Alfeo y antes de cerrar la suya, definitivamente.

—Creo que moriremos muy pronto todos los demás —dijo Ditirambo, el tiespiense, indicando hacia el este.

Deniece fue hasta él, alcanzando el lado opuesto de la montaña, y vio una larga columna de persas que se acercaban.

—Han tardado un poco, pero al final lo han logrado, llegando por la montaña —comentó el beocio.

—Por lo que sé, deberían haber llegado con las balsas —intervino Eurito, ansioso por ser útil de alguna forma.

—Por el mar o por la montaña, da igual —respondió Deniece—. Pensaba aguantar hasta el atardecer y esperar en la noche, pero faltan todavía tres horas y casi no nos quedan armas —luego volvió hacia el lado opuesto y vio cómo se comportaba la primera línea.

No parecían tener serias amenazas de que les rompieran en breve la fila. Por mucho que pareciera imposible, aquella minúscula colina daba a unos setenta

hoplitas, reducidos en malas condiciones y sin armas, la oportunidad de resistir a un ejército exterminador.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por las trompas persas. Inmediatamente después, Deniece vio a los soldados en la base de la colina renunciar al enfrentamiento con la primera línea griega y dar marcha atrás. Los helenos directamente ocupados en la lucha se quedaron con las pocas armas disponibles todavía empuñadas, hasta que los enemigos no se retiraron hacia la muralla focense donde, mientras tanto, parecía que los tebanos supervivientes estaban prisioneros.

El tiempo corrió lentamente mientras la columna persa proveniente del este se reunía con las tropas que estacionaban en la llanura, delante y detrás de la muralla de la puerta central. Los griegos vieron a los comandantes enemigos confabular entre ellos y pasó otro tiempo sin que ocurriera nada, salvo un nuevo despliegue de unidades en las zonas que no habían sido objeto de enfrentamiento entre las dos alineaciones, donde el terreno estaba más bien completamente cubierto de cadáveres.

Luego, de las filas persas salió un hombre vestido sólo con un *quitón* y con las manos atadas detrás de la espalda. Un griego sin lugar a dudas. Estaba escoltado por dos orientales que lo acompañaron hasta el pie de Kolonos, donde lo dejaron solo. Deniece intentó averiguar de quién era aquella silueta, pero el sol le daba directamente en los ojos y no diferenciaba su rostro.

—¡Helenos! —dijo, esforzándose para que lo escucharan—. Soy uno de los traquinios que habéis echado esta mañana. Me han capturado mientras intentaba entrar en la ciudad. Los persas me han ordenado que os pida vuestra rendición. En caso contrario, sabed que sus arqueros son tantos que, cuando tiren, sus flechas tapan el sol.

Todos los supervivientes miraron a Deniece. También Eurito pareció hacerlo, aunque no pudiera ver. Y Deniece los miró a ellos. Aparte de Eurito, la única lanza la tenía él. No tenían escudos, y el número de espadas en manos de los guerreros se contaban con los dedos de una mano. No había un conmitón que no apareciera cubierto de heridas y muchos no estaban ni siquiera en condiciones de mantenerse de pie debido al dolor y el cansancio.

Se dio la vuelta de nuevo, hacia la llanura.

—¡Traquinio, nos traes buenas noticias! Es molesto para nosotros combatir contra el sol. Si los persas nos lo quieren tapan, ¡podremos matar más! Y estaremos también a la sombra, por fin —dijo, e inmediatamente después un grito coral de aprobación se levantó sobre sus hombros.

El traquinio se dio la vuelta, permaneciendo a la espera de que los dos guardias persas volvieran a buscarle.

Ninguno de los hoplitas en la colina consiguió entender bien qué es lo que estaba ocurriendo en las primeras filas enemigas, donde se intuía movimiento, puesto que el

sol impedía a los griegos diferenciar los detalles.

Todo volvió a tener sentido cuando escucharon los golpes secos. Y fue sólo un instante antes de que el traquinio fuera alcanzado por un número incalculable de flechas. Tantas que, cuando se desplomó, permaneció durante un buen rato levantado sobre el suelo hasta que los dardos, clavados en aquello que se había convertido en la parte inferior del cuerpo, no le habían traspasado por completo, saliendo por la parte opuesta.

Esto es lo que nos espera, por lo tanto, pensó Deniece, y no dudó en apostar que por la mente de sus compañeros pasaba algo parecido.

Los griegos se miraron entre ellos. Luego alguno miró hacia abajo y vio que había de nuevo movimiento en las primeras filas, y quizás también en aquellas posteriores. Quien tuvo forma de observar el lado del mar y aquel junto a la puerta oriental, vio que los arqueros se estaban preparando también por aquella zona.

—¡Estoy contento de que tú estés con nosotros! —dijo Alfeo a Eurito, mientras lo movía de forma que su espalda se apoyara contra la montaña, el único lado por donde no llegarían las flechas.

Deniece, en cambio, se preguntó si él estaba muriendo por Pausanias, a quien había seguido hasta entonces, o por Leónidas, que había hecho de todo para vengarse. Pero puede que, en el fondo, fuese para salvarse a sí mismo.

Entonces se escuchó de nuevo un golpe seco.

Sonó como un trueno debido a la intensidad de diez mil dardos que fueron arrojados todos a la vez.

Luego se escuchó un silbido.

Fue un viento fuerte como el del Helesponto, por la potencia de diez mil flechas que volaban todas juntas.

Un nuevo trueno, un nuevo viento fuerte. Y todavía un trueno y un viento fuerte.

Los primeros persas que se aventuraron a la montaña encontraron sólo a un *hoplita* vivo. Estaba todavía de rodillas, con una flecha en el muslo y una en el hombro. Unos quince dardos estaban clavados en el escudo. Su armadura estaba todavía brillante, como si no hubiera combatido, y en las fisuras del casco no se veían sus ojos. Se sujetaba clavando el puntal posterior de la lanza en el terreno.

Cuando los escuchó llegar, levantó la lanza y la arrojó en su dirección. Luego, por culpa del esfuerzo, se cayó al suelo, ofreciendo la espalda y el cuello al adversario más cercano.

Gorgo

Aristodemo permaneció durante un buen tiempo mirando fijamente el cadáver de Pantites, rígido y morado, colgando de la cuerda que estaba sujeta en un travesaño del techo. No se preocupó de mover el cuerpo del amigo de aquel penoso estado, ni de ir a avisar a alguien de lo que había ocurrido. Cuando salió de la casa, descompuesto, empezó a vagar por la ciudad completamente confundido.

Había escuchado decir que muchos acusaron al joven de haber retrasado la vuelta a las Termópilas para no participar en la batalla. Sabía también que el joven se había quedado profundamente marcado por aquello que había visto una vez llegado al lugar de la matanza, sólo dos días después de la batalla final. Los prisioneros tebanos marcados con el hierro como si fueran esclavos, la cabeza de Leónidas colgada de un palo clavado junto a la muralla focense, y los cadáveres de los compañeros que habían quedado sin sepultura, al contrario de aquellos persas que Jerjes se había apresurado a hacer desaparecer para esconder cuánto le había costado la victoria.

También Pantites, como él, había vivido más bien recluso, evitado e ignorado por todos, si bien era frecuente argumento de conversación y objeto de maldiciones. Ahora que también Pantites se había ido no tenía a nadie más a quien dirigirse, nadie con quien compartir todas las dudas que le atemorizaban.

¿Por qué no había dado señales de vida, ni siquiera con un mensaje? A fin de cuentas, Leónidas ya no estaba, como ella había deseado, y él estaba vivo. Vivo, a pesar de todo, y listo para recuperar el sitio por el que había alargado su existencia más allá del término que el Estado espartano había decidido por él.

Regresó a casa solo por la tarde, abatido y deprimido. Tisia le comunicó que, para el día siguiente, estaba prevista la ceremonia para la investidura de Pausanias como regente del heredero al trono Plistarco, así como el nuevo jefe del ejército para la guerra contra los persas en el frente terrestre. Su atención se paralizó de golpe. Sin lugar a dudas, Gorgo estaría presente.

Pero no había pensado en la reacción de la gente una vez en la Acrópolis. Estuvo tranquilo mientras nadie lo reconoció. Luego fue suficiente que un Igual, con quien había militado en una campaña anterior, lo viese para que se difundiera la voz de su presencia. Un murmullo cada vez más consistente se fue apoderando de las filas de los ciudadanos, y sus miradas terminaron por converger todas en él. Y cuánto más sentía sus ojos encima, más veía Aristodemo un surco excavarse entre él y los demás. Pronto se vio sólo en un punto de la plaza mientras los lacedemonios preferían amontonarse en otros sectores en lugar de estar junto a él.

Durante un buen tiempo nadie dijo nada. Luego un joven, un hombre robusto que parecía ser un típico exponente del sistema, un alumno del *agogé*, con modelos y

héroes que emular bien presentes en la mente, se decidió a abrir la boca en voz alta.

—¡No queremos a los cobardes aquí! ¡Vete! —dijo.

Había un asco feroz en su expresión, y Aristodemo entendió qué desilusión había representado para los jóvenes de ese tipo.

—¡Sí, vete! —le gritó otro algo más anciano—. Este es un asunto que nos toca a nosotros, los Iguales. ¡Y tú no eres un Igual entre nosotros!

—Si mi esposo se hubiera comportado como tú, ¡lo hubiera repudiado! —le gritó una mujer, acompañando su juicio por una piedra que le llegó al hombro.

Toda aquella gente no sabía lo que había sido capaz de hacer cuando Leónidas le había enviado al campamento persa. Pero ¿habría supuesto alguna diferencia? Lo había dicho Eurito: la gente recuerda sólo lo último que haces, no importan las hazañas que tú hayas realizado anteriormente. Y sobre ésta última se basará el juicio de los que vengan.

Las piedras comenzaron a llover sobre él con frecuencia y violencia, acompañadas de insultos y risas de todo tipo. Tuvo que agarrar con fuerza el tribón, intentando taparse la cabeza antes de marcharse.

Tuvo el tiempo justo de ver a Pausanias subir al palco, seguido por los *éforos*, por el hijo de Leónidas y por Gorgo.

La reina estaba más espléndida que nunca.

Al día siguiente un enviado de los *éforos* le comunicó que había sido acusado por *riptaspia*^[39]. Desde entonces no podría volver a salir de casa sin haber aplicado sobre su propia capa roja un color diferente. De forma que, leyó el mensajero, «la gente que no lo conocía supiera a quién tenían delante y se comportara en consecuencia».

Haberse dejado ver en una ocasión oficial no había sido una buena idea, se dijo. Había contribuido a llamar la atención sobre sí mismo en un momento en el que, con la guerra más presente que nunca, la gente tenía otra cosa en que pensar. Al verlo, alguien particularmente observador había llevado su caso a los *éforos*, que habían instituido un procedimiento contra él.

Poco importaba ya. No había un estado espartano que se hubiera preocupado de venir a preguntarle qué había sentido en aquellos días en las Termópilas, cómo había vivido o incluso cómo eran los persas. Ni siquiera los *éforos*, o los representantes de la Gerusía, o el mismo Pausanias, que deberían haber demostrado interés en las informaciones de un soldado, habían venido a interrogarle. Parecía que las valoraciones de uno como él no podían ser dignas de consideración.

Ni siquiera había venido un amigo, pensó. Por otro lado, los de verdad los había perdido en Málide, y los otros habían estado a su alrededor no por lo que era, sino por lo que representaba: el ideal perfecto de espartano, bello, poderoso, hábil en la guerra, una imagen que su decisión final en las Termópilas había cancelado con un solo golpe.

Se dio cuenta de que le costaba mucho perdonar a Eurito. Si el amigo no hubiera decidido volver a la puerta central, probablemente nadie habría tenido nada que decir sobre su comportamiento. A nadie se le habría pasado por la mente que dos hoplitas ciegos hubieran podido combatir, e incluso habría sido posible que los hubieran considerado unos héroes.

Los héroes, por haber sobrevivido. ¡Qué ironía! Ahora que quien había sobrevivido era sólo él, lo consideraban un cobarde. Cómo era de fina la línea entre ser un héroe o un cobarde. Una decisión, una pequeña decisión que no había cambiado en absoluto el desarrollo de la batalla de las Termópilas y cuyo único efecto había sido el suicidio de Eurito, había convertido al amigo en un héroe y a él en un cobarde. Y sin embargo, los dos habían compartido una vida entera llena de enfrentamientos, sin decir jamás que no, incluso ante una empresa como la que se había desarrollado en el campamento persa, que muy pocos habrían afrontado salvando la piel con habilidad y determinación.

Había querido regresar para ver a Gorgo, no porque tuviera miedo de morir. O mejor, había tenido miedo de morir porque la muerte le habría impedido verla. No era lo mismo que ser cobarde. ¿O no?

Lo que tenía que hacer para tener una respuesta a aquella pregunta era ver a Gorgo. Tenía que saber por ella quién era Aristodemo o qué había inventado. Sólo ella habría sabido decírselo, sólo ella que era la única que conocía de verdad el motivo por el que había vuelto.

Desde aquel día fue cada noche, después de cenar, al Eurotas, al punto donde el río se unía con su afluente, con la esperanza de que la reina apareciera por allí con sus esclavas como solía hacer con frecuencia en el pasado.

Era una calurosa noche de octubre cuando la vio. Había ido al Eurotas infructuosamente durante casi dos semanas, sin encontrar ni rastro de Gorgo ni de sus ilotas. Ahora se acercaba la temporada de invierno y eran cada vez más raras las noches en las que el clima templado permitía un baño en el río. Estaba desesperado por conseguir ponerse en contacto con ella cuando escuchó las risas femeninas provenir del curso del río. Tuvo un sobresalto en el corazón y aceleró el paso, acercándose y notando unas formas que jugaban con una pelota, tirándola hacia arriba. Las observó con atención y constató que se trataba de una de las esclavas de Gorgo.

Pero ella no estaba.

Con un gesto de asco, Aristodemo pensó de todos modos hacer saber a la reina que la esperaba allí la noche siguiente. Hizo para acercarse y que le reconocieran, pero luego se detuvo tras una intuición. Podía ser que Gorgo se estuviera bañando en otro punto del río, quizás cerca de donde se solía ver con él. Quizás en la isleta, en espera de que él fuera a buscarla.

Muy despacio, subió el río hasta su cruce con el Musga. Luego entró en el agua y cruzó el afluyente. Sólo entonces vio movimiento justo detrás de la isleta.

Había una sombra de pie, pero las cabezas eran dos.

Dos.

—Sabía que tarde o temprano llegarías. Ven, Aristodemo —su voz y su invitación le quitaron cualquier duda.

Aristodemo completó el tránsito del agua y puso los pies en la isleta, y sólo entonces consiguió escuchar con claridad la profunda, ronca respiración, que tantas veces le había provocado él.

El hombre estaba pegado a ella por detrás y empujaba con vigor, sujetándola por el vientre. Estaban con el agua hasta las rodillas y Aristodemo pudo ver las manos de ella, una metida entre los muslos y la otra extendida hacia atrás en busca de la pareja.

Gorgo gritó, y fue un grito de placer, de esos que conocía muy bien. Luego se separó apenas del otro y, como si justo un momento antes se hubiera divertido en una simple actividad rutinaria, asumió un tono de voz neutro.

—¿Quieres participar? —le preguntó—. Llevamos mucho tiempo sin hacerlo a tres—. Luego, girando apenas la cabeza e interrogando al hombre que estaba tapando con su magnífico cuerpo, añadió—: ¿A ti no te molesta, verdad?

—No. Claro que no. Me vale un *riptaspis* como él —dijo el otro. Luego dio un paso hacia atrás, mostrándose.

Era Pausanias.

Aristodemo se quedó de piedra. No quería creer lo que veía. No quería creer que los tenía precisamente ante él. Deseaba estar aún en las Termópilas y que aquello se tratara sólo de una pesadilla después de la reprimenda de Eurito, cuando en el Anopea le había dicho que no se fiara de Gorgo.

Una hoja ardiente le estaba rajando las tripas. Sentía la necesidad de gritar, pero no contra ellos dos. De gritar al cielo, a los dioses, por haberse reído de él de ese modo.

—¿Y bien? ¿Qué esperas? La ocasión de fornicar con la reina y el regente al mismo tiempo no pasa todos los días. Y mucho menos a un *riptaspis*... —contestó Pausanias, con una sonrisa llena de desprecio.

Aristodemo se sintió repentinamente sucio. Asqueroso. Sintió la necesidad insostenible de enjuagarse, y entonces dio un paso hacia ellos, con decisión, tanto que Pausanias se puso tenso, temiendo un asalto. Ella, por el contrario, ni parpadeó. En cambio, Aristodemo se arrojó al agua y se sumergió unos segundos, metiendo también la cabeza y agitándola con frenesí, casi como para querer despertarse de aquella horrible pesadilla.

Cuando salió fuera aquellos dos estaban todavía allí y le miraban llenos de curiosidad. Es más, ella lo miraba casi con pena. Al menos eso le pareció.

Se acercó un poco más y, cuando estuvo a menos de un brazo de distancia, Gorgo le cogió por la muñeca y le puso su mano en el pecho. Aristodemo tembló invadido por la ola de recuerdos y sensaciones que aquel contacto le evocaba. Pero encontró la fuerza para separarse de ella, precisamente mientras Pausanias se acercaba, alargando su mano hacia sus partes bajas.

«No. Estos no son mis dioses. No me harán hacer lo que ellos quieren. Ahora haremos lo que quiero yo», se dijo. Y lo que quería eran explicaciones.

Se apartó con un brusco movimiento, poniéndose a una distancia que le permitía dirigir la conversación con Gorgo sin caerle a los pies.

—Creía que me amabas. ¿Ha sido suficiente una infame e injusta acusación para olvidarme y sustituirme por otro? —le dijo, ignorando al regente.

—¿Sustituírte? ¡No digas estupideces! —contestó ella, sin vergüenza alguna—. Pausanias ya era mi amante antes de que empezara a divertirme contigo.

Aristodemo se quedó en silencio durante unos instantes. Cuando habló de nuevo, su voz traicionó su malestar.

—Entonces, conmigo te divertías y ya está —consiguió decir.

—Bueno, ¡pero fue una gran diversión! He hablado de ello tantas veces con Pausanias... También él quería probar estar contigo, por eso no nos gustaría perderte, ya que has vuelto vivo —respondió ella.

—¡Pero si querías que matara a Leónidas! ¿Para qué deseabas algo parecido, si no era para estar conmigo? —insistía él, rechazando aceptar la evidencia.

—Aquella, la verdad, es que fue una idea mía —intervino Pausanias, que mientras tanto se había sentado en el borde de la isleta con el comportamiento de resignación de quien no esperaba ya divertirse aquella noche—. Sabía que Deniece no habría llegado nunca a tanto, y así sugerí a Gorgo que te metiera algunas ideas en la cabeza —añadió.

—Pero yo también sostenía que tú no serías capaz. Y tenía razón —dijo Gorgo, dirigiéndose a Aristodemo.

—¿Deniece? ¿Qué tiene que ver Deniece? —se preguntó, asombrado.

—Bueno, como sabrás, Deniece, es era muy devoto a mí —se corrigió Pausanias—. Y había asumido el deber de sabotear la defensa helena en las Termópilas, y por lo que veo lo hizo, si es verdad que hubo un encierro —explicó.

—La traición ha sido obra de un malio, un tal Efiates —precisó Aristodemo, indignado por el insulto que aquella frase comportaba en la memoria de su amigo.

—Bueno, puede ser. Como puede ser que Deniece encontrara la forma de culpabilizar a otro No me asombraría —respondió con suficiencia Pausanias.

—Pero ¿por qué habría hecho algo parecido? —se enfadó Aristodemo.

—¿Por qué? Porque como último hijo de un rey, no tendré nunca nada que no me vea obligado a coger con la fuerza. Si Leónidas perdía o moría, yo tendría la regencia

y la conducción de la guerra contra los persas. Tyche me ha dado una mano, ya que en las Termópilas han ocurrido ambas cosas —explicó Pausanias lentamente, como si se estuviera dirigiendo a un niño incapaz de comprender incluso los conceptos más elementales.

«¡Pero esta es una familia de bestias!», pensó Aristodemo. «Cleómenes, Leónidas y ahora Pausanias. No hay ni uno que posea los requisitos que el Estado espartano pretende». Luego se le pasó por la mente que también Gorgo formaba parte del conjunto. Y se dirigió a ella.

—Y tú estabas de acuerdo con él, naturalmente.

—Desde el principio —respondió la mujer, que seguía mostrando con orgullo su desnudez, consciente de que lo ponía en dificultad y que podía demoler sus todavía frágiles defensas, dañadas por aquella maldita serie de revelaciones que, por otro lado, no habían concluido todavía.

—Ya. Tú necesitabas sobre todo a alguien que te liberara de tu maltratador. Poco importaba quién fuese —le dijo Aristodemo, indicando a Pausanias.

—¿Maltratador? Puedo presumir de no haber consentido nunca que nadie me hiciera daño. Leónidas era el marido más afectuoso que haya conocido —respondió con una sonrisa.

—¿Qué? ¿Y las humillaciones, los sufrimientos, las torturas? ¿Y todas aquellas señales en tu cuerpo que me mostrabas? —le preguntó, perdiendo la calma que había desesperadamente intentado mantener.

—Bueno, aquello —intervino Pausanias— era el resultado de nuestros encuentros. Tú has sido siempre un amante demasiado tierno con ella. Gorgo es una mujer que pretende sensaciones fuertes.

Aristodemo se encontraba demasiado sorprendido como para poder replicar. Gorgo aprovechó la situación para añadir algo.

—Leónidas tuvo siempre un ridículo sentido del respeto hacia mí. Por eso lo despreciaba. Decía que me amaba, incluso. Y cuanto más lo mortificaba, cuanto más lo humillaba, más decía aquel idiota que me amaba. Al final me dijo que buscaría la muerte en la batalla porque no podía vivir junto a mí sabiendo que lo despreciaba. Por eso insistió en ir con un pequeño ejército a las Termópilas. Y tengo también la impresión de que ese oráculo del que tanto se habla ahora se lo hubiera inventado para dar una motivación a su sacrificio. Por otro lado, si también Cleómenes falsificaba los oráculos, no veo por qué no lo pudo hacer también su hermanastro.

—Pero entonces, ¿por qué has dejado que Pausanias organizara la traición con Deniece? ¿Y por qué querías que yo lo matase? —le preguntó Aristodemo, confundido.

—Porque no podíamos estar seguros de que lo haría de verdad, o si las circunstancias favorecerían su muerte. Estaba también la flota de por medio, y un

resultado positivo de Euribíades habría hecho que los enfrentamientos en el frente terrestre fueran superfluos, ¿no? —le respondió la reina, levantando los hombros.

—¿Y Cleómenes? Me has hecho creer que lo había matado él —concluyó Aristodemo, desconsolado.

—¿Cleómenes, asesinado? —respondió Gorgo, explotando en una carcajada franca—. ¡Claro que no! Un idealista como Leónidas, cómo iba a ser posible. Mi padre se mató solo y yo estaba allí, justo fuera de la prisión, para disfrutar del espectáculo. Y fue divertido, diría incluso excitante, ver cómo un hombre se corta en pedazos.

A Aristodemo se le pasó por la mente el último encuentro, cuando la reina le había arrancado el lóbulo izquierdo. No había sido una manifestación del ansia con el que se amaban, sino el testimonio de cuán feroz podía ser aquella mujer por la que había renunciado a su honor.

Se quedó en silencio durante un largo tiempo y ellos tampoco mostraron querer seguir hablando. Se avergonzó de sí mismo por haberse dejado manipular tanto tiempo, por no haber entendido, tras los numerosos indicios, a quién tenía delante. Pero sobre todo se avergonzó por haber despreciado, incluso odiado, a un hombre como Leónidas, un héroe, el jefe de un grupo de héroes al que él había pertenecido hasta que había dejado perder su posibilidad de morir con honor. Y había renunciado por pura ofuscación mental, lo que era quizás peor que la acusación que habían formulado contra él por cobardía.

Aquellos dos no podían salir bien parados. No debían salir bien parados. Si no había justicia en Esparta, que al menos hubiera una divina.

—¿Por qué me has revelado todas estas cosas? Ahora se las diré a los *éforos* —les amenazó.

—¿Quién? ¿Un *riptaspis*? ¿Y quién te creería? ¡Un cobarde que acusa al regente! Y sobre todo al jefe del ejército en el momento más delicado de la historia *lacedemón* —le respondió Pausanias, riendo y despreciándolo al mismo tiempo.

A Aristodemo no le costó trabajo creerle.

—Te conviene callar. En nosotros, a fin de cuentas, tienes a tus únicos aliados. Podría todavía servirte y, si fuera necesario, te protegeríamos —añadió Gorgo con tono persuasivo.

Pero él no podía seguir escuchándola. Se dio cuenta de lo fácil que podía ser ahora odiarla, después de haberla amado tanto durante dos años. Y entendió inmediatamente el porqué. Había amado al personaje que ella le había hecho creer ser. Lo que era ahora, en cambio, le parecía lo más detestable que podía ser una mujer. Gorgo era, sí, capaz todavía de demoler sus sentidos, pero su mente se había finalmente emancipado, si bien esto no le ayudaba a estar mejor.

No podía seguir tolerando su presencia. No podía tolerar más su presencia, la de

ambos. Los miró, desnudos, dignos el uno de la otra, todavía lúcidos bajo la luna por efecto del agua que había acogido sus perversas evoluciones. Se sintió de nuevo sucio por el simple hecho de estar en los alrededores.

Se fue sin darse la vuelta. Ni siquiera cuando les escuchó reír, reír por su derrota.

En los días siguientes, el ánimo de Aristodemo no hizo otra cosa que empeorar. No había ya nada a lo que pudiera acogerse para recuperar la dignidad y el amor propio. Su pasión por Gorgo había roto su fe en la *Eunomia*. Las Termópilas le habían costado la pérdida de todos sus amigos, y su elección de seguir viviendo, en cambio, el honor y la estima de sí mismo y también la de su esposa. Y aquella noche en el río, aquella noche en el río había perdido la confianza en sí mismo.

Y con la confianza, había perdido la esperanza y un motivo para vivir.

Había perdido las ganas de vivir.

Ahora envidiaba a sus ciudadanos y conocidos, que tanto había despreciado por su pueril cercanía a los preceptos de la comunidad *lacedemón*. Por mucho que las cosas pudieran ir mal, ellos encontraban siempre en la persecución del bien común un motivo para considerar rica su existencia. Y como miembros de una comunidad que los había forjado todos iguales, llegaban a saber incluso lo que pasaba por la cabeza de un compañero con el que habían tenido poca confianza.

¿Se habían sentido alguna vez solos? Estaba claro que no.

Cayó en una total apatía, cuyas consecuencias se mostraron incluso en su físico, que por primera vez tendió a hincharse. Ni mostró interés alguno cuando Tisia le fue a decir que el éforo encargado de juzgarle le había absuelto de la acusación de *riptaspia*. Aún así, el juez había establecido que Aristodemo no pudiera frecuentar jamás ninguna *sissitías*, donde no habría sido bien recibido, y que no llegara a tener nunca el encargo de «instructor».

Tisia le traía también buenas noticias de la guerra, que de todos modos se congeló en el periodo frío. El gran rey había vuelto a Asia con la flota, y el ejército, guiado por un tal Mardonio, se había retirado de nuevo en Tesalia y Macedonia durante el invierno, aún manteniendo un firme control de la Grecia central hasta toda la Beocia. Corrían voces de que los atenienses eran propensos a encontrar un acuerdo unilateral con los persas, y también que Argo pretendía apoyar una invasión del Peloponeso para el año siguiente. No eran buenas noticias para Esparta. A pesar de que las sólidas fortificaciones a lo largo del istmo excluyeran cualquier intento de penetrar al meridión por vía terrestre, el eventual apoyo de la flota ateniense habría consentido a los persas alcanzar Laconia con suficiente facilidad.

No era que a Aristodemo le importase, por otro lado. Su guerra él la había perdido en las Termópilas por no haber caído con sus compañeros por culpa de Gorgo. Una parte de él había muerto. Y le parecía ser la única víctima espartana que los lacedemonios habrían recordado con desprecio.

Transcurrió el invierno y la primavera siguiente sintiendo piedad de sí mismo, sin realizar ninguna actividad física y limitando la cerebral a los llantos, a los remordimientos y las recriminaciones. Tuvo sólo un poco de energía que empleó cuando se arrojó contra su escudo dorado con la espada, golpeándolo repetidamente durante horas, hasta que no lo rompió en mil pedazos, no considerándose digno de un premio parecido.

Atenas, mientras tanto, había renunciado a dar crédito a los movimientos de los persas, pretendiendo por parte de Esparta un empeño concreto en Grecia central. Las peticiones de los atenienses se hicieron siempre cada vez más fuertes, y llegaron incluso voces de que la ciudad había sido de nuevo devastada e incendiada. Se decía que los persas habían llegado incluso a Megara. Lacedemón se había visto de nuevo llamada a una intervención.

Eran los días de las Jacintas en Esparta. Se celebraban las fiestas en honor de Apolo. Todos iban a Amicle, el barrio periférico respecto al centro habitado, para tributar un homenaje a Jacinto, el bellísimo hijo del rey *lacedemón*, Amiclas, al que su amante Apolo había involuntariamente asesinado con un disco. Aristodemo no pretendía participar en la fiesta, pero la probabilidad de que muy pronto un contingente se marchara hacia el sur sin que nadie le hubiera tomado en consideración acentuó su profunda desolación y lo precipitó a la más completa depresión.

Dejó de comer y se despreocupó ya de realizar sus necesidades corporales en puntos diferentes de los que se encontraba en el preciso instante en el que tenía el estímulo. Se sentía como un viejo que había dejado de ser autosuficiente, en espera sólo de que la muerte le viniera a buscar. Bonito final, pensó, para un descendiente de la heraclida que había generado más jefes de familia de las dos familias reales de Esparta, y del adversario más orgulloso de los lacedemonios, el rey de Messene, que dos siglos antes había infligido a ellos una memorable derrota sobre el monte Itome. Pero se le ocurrió pensar que aquel Aristodemo había encontrado la fuerza para suicidarse, después de recibir la noticia de que había inútilmente inmolado a la hija de Merope.

Decidió que había dos formas dignas de marcharse. Si se hubiera dejado encontrar ahogado en las propias heces, habría confirmado todo el mal que se decía de él y se habría consignado a los sucesores como un despreciable ejemplo de espartano, recordado como un modelo que no había que seguir de ningún modo.

En el Eurotas había comenzado su proceso de disolución interior. En el Eurotas pretendía ponerle fin. Si Tyche le diera una mano, quizás su cuerpo no se encontraría nunca y de él se perderían sencillamente las pistas hasta ser olvidado por completo. Era el premio mejor que podía esperar recibir de la providencia.

Encontró de repente la fuerza para levantarse y ponerse su capa. Necesitó un

esfuerzo mayor para cruzar el umbral y salir a la calle donde, de todos modos, le fue de ayuda la festividad para no ser visto. Se encaminó hacia el río con paso rápido, todo cuanto le consentían sus articulaciones ya rígidas y la musculatura carente de cualquier forma, sin prestar atención a las raras personas que se cruzaba de vez en cuando.

Llegó a la orilla del río. Se detuvo y se agachó, mirando al agua durante un buen rato, para individualizar en la corriente los contornos de su propio rostro.

«Una vez se decía que era bello como Narciso», pensó. «Si fuese como él, me enamoraría de mi propia imagen reflejada en el agua y me dejaría morir, casi sin darme cuenta. Pero ahora, si me miro, me doy sólo asco Tendré que encontrar otra forma».

Deseó conseguir encontrar al menos un poco de la determinación que le había mostrado Eurito después de haber decidido ir a morir. Pensar en el amigo de siempre, quizás la única persona que había sentido un genuino afecto hacia él, le dio algo de ayuda. Para irse con un recuerdo agradable, después de tantos remordimientos y llantos, intentó recordar su expresión sincera, su comportamiento sobrio y educado, sus discursos apagados y equilibrados, sus sabias palabras.

Sus sabias palabras.

Y sólo entonces le pasó por la mente lo que el amigo le había dicho para convencerle a irse con él a la puerta central: «Lo último que se hace en la vida es por lo que luego te recordarán».

Ahora sabía cuál era su objetivo.

EPÍLOGO

Platea

El ejército de la liga llevaba desde hacía una semana en la llanura en el norte de Citerone, en Beocia, cerca de las ruinas de la ciudad de Platea. Pausanias no parecía decidirse a atacar, aparentemente sobre la base de los auspicios que cada mañana subordinaban la victoria griega a la adopción de una táctica defensiva. Ni Mardonio, enclavado con su ejército junto al Asopo, parecía intencionado a hacerlo, probablemente porque esperaba refuerzos para conseguir una superioridad numérica que ofreciera más tranquilidad. Aquella del regente, de hecho, era la armada pluriestatal más grande que Grecia hubiera jamás puesto en un campo de batalla desde la Guerra de Troya. Más de cien mil hombres, sólo en parte hoplitas. El resto era infantería ligera, nunca antes tan rica de efectivos para combatir contra la proverbial capacidad de tiro de los arqueros persas.

Más de la mitad del ejército *lacedemón* había seguido al regente que se había acaparado del mando general de las operaciones terrestres de la Liga. Al principio, Pausanias se había situado en las laderas septentrionales de Citerone, en una fuerte posición sobreelevada que excluía al enemigo el uso de la caballería. Allí, Mardonio no lo habría atacado jamás, y además, las vías de comunicación con Ática a través de los pasos de la montaña estaban cerca para recibir víveres y refuerzos, o para disponer de una cómoda vía de escape. Pero la fuente de abastecimiento hídrico se encontraba en los márgenes orientales de la llanura y era siempre más difícil llegar sin exponerse a las correrías de la caballería persa.

Estaban en pleno verano y los hombres continuaban teniendo sed. Pausanias había terminado por elegir acercar su posición, situándose entre lo que quedaba de Platea después de las distribuciones realizadas en Beocia por los persas y el Asopo, más allá del que estaba situada la armada enemiga. Pero no había renunciado a actuar en el lateral derecho de los persas para cortarles las vías de comunicación con Tebas, que constituía su base de avanzadilla. Con tal fin, había dispuesto la falange más robusta, la ateniense, en la izquierda, situando a los espartanos en la otra posición de prestigio, el ala derecha, para constituir un perno alrededor del que se hacía rodar la alineación. Así, los espartanos habían tenido que tomar a 150 tegeatas que habían hecho un gran ruido para adjudicarse el ala izquierda. La muerte de uno de ellos en las Termópilas el último día de enfrentamientos, de hecho, les había llevado a

reclamar una posición que les consintiera diferenciarse en batalla como el heroico conmilitón.

En el centro de la alineación, por último, el comandante había dispuesto el resto de las fuerzas de la Liga, una veintena de contingentes entre los que se veía el de Platea.

Pausanias no tenía, seguramente, la autoridad de Leónidas. Por otro lado, no era fácil hacer que estuvieran de acuerdo también enemigos históricos como aquellos que se encontraban luchando codo con codo. Y además, desde que los griegos habían bajado a la llanura, eran los orientales los que ocupaban las posiciones más defendibles. El regente, por otra parte, dudaba entre atacar o no. Los atenienses, en cambio, estaban locos por hacerlo, y habían terminado por marchar al ataque por el lado derecho persa, esperando que el resto del ejército los siguiera hasta allí.

Pero había ido todo mal. La acción había sido demasiado extemporánea para que los contingentes la siguieran, y había terminado con los atenienses en retirada en los márgenes occidentales de la llanura, sobre una colina que, de todos modos, había garantizado para ellos una sólida defensa de la reacción persa. En la alineación persa la maniobra, sin embargo, había tenido serias repercusiones. Puesto que el centro y la derecha helena se apoyaban en la fuente hídrica, se había abierto una amplia fractura entre la izquierda y el centro, una brecha por la que los persas habrían podido salir en cualquier momento, cortando en dos al ejército griego.

Urgía, pues, recomponerse, pero esto significaba abandonar el sector oriental de la llanura, con la fuente de agua, y retrasar la posición hasta las ruinas de Platea, donde un pequeño torrente con dos brazos, el Oeroe, ofrecía provisión hídrica. Cuando empezó a circular la orden de retirada era la tarde del 26 de agosto. Había transcurrido poco más de un año desde la batalla de las Termópilas. A los espartanos y tegeatas les fue dicho que se movieran durante la noche en dirección al Citerone, la guarnición del paso de Driocéfale, en correspondencia con el templo de Demetria Eleusina. El ejército *lacedemón* estaba dividido en diez divisiones, las *moras*, a su vez subdivididas en batallones, los *lochoi*, en razón de cuatro cada una. Cada *lochos* resultaba de la agregación de cuatro *enomotias*. Las unidades empezaban a prepararse conforme iban recibiendo la orden de los respectivos polemarcos.

Cuando el *locago* Amomfareto recibió la disposición de su superior, no escondió su propio malestar.

—¡Es la tercera vez que cambiamos posiciones en pocos días! ¿Pero queremos o no atacarles de una vez todos juntos? —dijo el polemenco. Pero era un tipo respetuoso de las jerarquías, así que se resignó y fue a anunciar la noticia a sus hombres, ocupados en ejercicios de gimnasia antes de la cena.

—Vamos, gente, ¡nos movemos otra vez! Volvemos al monte, esta noche. Comenzad a preparaos.

Hubo algún que otro murmullo, pero nadie se permitió de contestar la orden. Al menos, no inmediatamente.

—Es así, escapamos —escuchó decir Amomfareto a un hombre que se ejercitaba solo, a una cierta distancia de él y de los demás. Lo miró mejor, intentando individualizar su fisionomía. El hombre se acercó lentamente hacia él.

Luego lo reconoció. Era aquel que le habían colocado en el último momento. El *riptaspis*... No. No era un *riptaspis*, sino algo parecido. Si hubiera sido por él, no le habría dejado participar en la campaña. Gente como aquella sólo traía mala suerte y no servía para nada. Pero el polemenco le había dicho que era un deseo preciso de Pausanias, y al final tuvo que aceptarlo entre sus filas.

—¿Por qué? ¿No te parece bien, soldado? —le respondió, sin esconder su propio desprecio.

—No debería parecerle bien a ningún soldado espartano digno de este nombre. ¿Desde cuándo un espartano se retira? Leónidas no lo hizo en las Termópilas, y ahora todos estamos orgullosos de él y de haber tenido un rey así. ¿Qué pensarán de nosotros mismos si nos retiramos?

—¿Qué todos somos como tú! —intervino un soldado que reía complacido por su propia broma—. ¿Precisamente hablas tú, que te has escapado de las Termópilas?

El discurso parecía exacto.

—Precisamente porque ya he sentido esa sensación —dijo con calma—, os invito a hacer de todo para evitarlo. Se dirá que Leónidas afrontó a los persas con pocos centenares de hombres, mientras que Pausanias se ha retirado a pesar de tener a disposición el ejército más grande jamás reunido en Grecia. Y vosotros, vosotros seréis los hombres de Pausanias.

El *locago* reflexionó. Él pensaba lo mismo, en efecto, pero por principio no consideraba la insubordinación una hipótesis practicable.

—Es verdad, aquellos no nos van a atacar si no nos ven expuestos. Y si nos retiramos, no nos atacarán de nuevo y habremos perdido una ocasión que puede que no se vuelva a presentar. Quizás tengas razón, pero no podemos hacer nada —dijo, alargando los brazos.

—Te equivocas. Es suficiente con negarse a moverse. Pausanias nos necesita a todos en este momento. Si te mantienes firme, no arriesgas nada. Somos los más expuestos, aquí en el ala derecha. Si perdemos, seremos los primeros en morir, y entonces si que no correrás el riesgo de recibir ningún castigo. Pero si ganamos, nadie se atreverá a protestar de ti por no haber querido retirarte. Somos de Esparta los que estamos aquí —replicó el soldado.

—Pero están todos los demás helenos, aquellos no tienen la intención de aguantar a toda costa —objetó el oficial.

—¡Escuchad! —dijo el soldado, dirigiéndose a todos aquellos que lo podían

escuchar—. Tenéis la ocasión de emular a aquellos trescientos hombres que habéis alabado y admirado de un año a esta parte. Tenéis la ocasión de adquirir la gloria muriendo por vuestra patria, y de ser recordados como héroes. La vida de un hombre, y el recuerdo que los otros tienen de él, son determinados precisamente por los momentos como estos, *de elecciones como éstas*. Es ahora cuando podéis decidir ser recordados como cobardes o como héroes. Si retrasáis vuestras posiciones delante de los bárbaros deshonraréis a Esparta. Os arrepentiréis y lloraréis por no haber elegido otra cosa.

Vio que todos los conmlitones le estaban siguiendo con la máxima atención. Hizo una pausa para respirar. Él no era seguramente un orador. Luego continuó:

—¿Moriréis eligiendo seguir aquí? Quizás, pero moriréis bien. Si no, moriréis en una campaña futura, el año que viene, dentro de diez años, o aquí en Platea, pero combatiendo pávidamente en retirada. Quizás caeréis de forma anónima, sin que nadie os recuerde, maldiciendo tanto a Pausanias como a vosotros mismos por no haber aprovechado la ocasión de conseguir la gloria.

»Yo os digo, ¡quedémonos aquí! ¡Qué los otros se muevan para cerrar la brecha con los atenienses! Quedémonos aquí, y veréis que el ejército persa atacará, por fin. Los nuestros, y quizás también los demás, se verán obligados a socorrernos. Esparta no quiere perder a otros 150 espartanos. ¡Y tendrá lugar la batalla que todos esperaremos!».

Los primeros gritos de aprobación llegaron después de unos instantes de silencio, al final del discurso. Los había convencido ya después de las primeras palabras, si bien les costaba trabajo creer que quien hablara así fuera un soldado que habían aguantado de mala gana, incluso rechazado y despreciado desde que habían salido de Esparta. Nadie lo había querido junto a él, en la marcha y en las pruebas. Le habían visto entrenarse a un lado, con su capa marcada, y recuperar en pocos días el tono muscular y la eficiencia física, pero no le habían dado nunca crédito, ni se esperaban que pudiera jamás mostrar el valor, la habilidad o el coraje, ni siquiera con palabras.

Amomfareto obtuvo alivio del entusiasmo con el que sus hombres parecían acoger la idea de permanecer en la llanura. Asintió, y se fue con paso decidido a decírselo al polemenco. Y al polemenco, cuando recibió la decisión de la unidad, una vez constatada la firmeza del *locago*, no le quedó otra cosa que ir a ver a Pausanias.

El regente no quería creer lo que escuchaba. Fue personalmente a ver al *locago* aquella noche, pero lo encontró todavía más convencido de su decisión. Y siguió volviendo de forma regular a la unidad, durante toda la noche, enviando continuamente también el retraso del resto de la armada. Levantó la voz, suplicó, amenazó con sanciones, pataleó, le dijo que estaba loco pero no hubo nada que hacer. Amomfareto no quería moverse. Es más, para convencerlo de que no estaba bromeando, el oficial levantó una piedra y la clavó en el pie del comandante, jurando

sobre aquella piedra que no escaparía delante de los bárbaros.

Pausanias se resignó sólo con la llegada del alba, ordenando el inicio del traslado del resto de la armada, si bien temía que los *éforos* le acusaran de haber abandonado a su propio destino a toda la unidad de espartiatas. Así que ordenó que el resto de los espartanos y tegeatas se movieran muy lentamente para dar tiempo a Amomfareto a pensar su decisión.

Muy pronto, sin embargo, saltó otro problema. De la parte opuesta de la alineación, en la izquierda, también los atenienses creaban diferencias. No porque no quisieran retrasar su posición, sino porque el movimiento suponía en ellos un traslado transversal que les llevaría a ocupar la parte central, o lo que era lo mismo, la menos prestigiosa. Pausanias se dio cuenta de que retrasaban a propósito su actuación para que, mientras tanto, el centro desfilara y mantuviera la posición también delante de Platea.

Cuando la noticia llegó a la unidad de Amomfareto, se levantó un grito de triunfo. Se combatía, después de todo, y los hombres se apresuraron a consumir su comida y a beber vino en previsión de la batalla que estaba por llegar. Sólo un hombre permaneció sobrio: aquel que había convencido a todos los demás de quedarse.

El alba presentó a los persas una alineación griega poco unida, dividida en varios troncos, con la alas hacia adelante y casi aisladas del centro. Cualquier comandante habría forzado los tiempos para aprovecharse, y así hizo Mardonio. Cuando Aristodemo vio a lo lejos movimiento en las filas persas, sonrió con amarga satisfacción. Finalmente había llegado la ocasión para salvar las Termópilas para que los otros olvidaran la derrota en la que él había sido el protagonista. Si Eurito tenía razón, le sería suficiente comportarse en Platea como aquella noche en el campamento persa, cuando Leónidas le había enviado a asesinar a Jerjes. Volvería a ser el hombre de Leónidas, el héroe, no el hombre de Pausanias.

La ironía había dispuesto, de todos modos, que si Pausanias ganaba finalmente la batalla fuese gracias a él. Dando marcha atrás quizás el enfrentamiento no se habría producido, y Mardonio habría recibido los refuerzos que esperaba de Tracia, puede incluso que doblando los efectivos a disposición. Aristodemo había ido a ver al regente inmediatamente después de haber tomado la decisión de vivir, de vivir y de combatir para compartir el destino de sus hombres. Era aquello, ahora, su finalidad, la nueva justificación de su existencia, o por lo menos del último remate que le quedaba. Pausanias lo había recibido de buena gana, primero lleno de curiosidad y luego divertido ante la petición de ser convocado.

Había sido necesaria la intervención del regente para que fuera incluido en la unidad de Amomfareto, y una notable fuerza de ánimo por su parte para soportar el modo en que los compañeros lo habían tratado durante todo el trayecto de Laconia a Beocia. Además, en realidad, le habían ignorado constantemente, alejándose de él

cuando se encontraba a su lado, pero algunos odiosos le iban a buscar, provocándolo con veladas y explícitas referencias a su comportamiento en las Termópilas. No obstante, Aristodemo no había perdido nunca la calma, ignorando a su vez a quienes lo insultaban. Tenía claro en su propia mente un objetivo, y no permitía que otro lo distrajera.

«No como en las Termópilas», se decía a sí mismo, «cuando no pensaba en otra cosa que en Gorgo, en la mediocridad del sistema espartano, en mi odio hacia Leónidas, si matarlo o no, y salvar mi piel para ver a mi amante». No, esta vez se encontraba firmemente dispuesto a superar todas las dudas y las inseguridades que habían marcado su existencia en el último trienio, añadiendo un inútil, incluso dañino apéndice a la misma.

Esta vez tenía un objetivo. Uno único y claro. Y había empleado todas sus energías para prepararse y conseguirlo, aprovechando cada momento para volver en perfecta forma física. Corría, hacía gimnasia, se acostumbraba a sujetar durante mucho tiempo el escudo con el brazo doblado, se entrenaba con Tisia en los golpes y tiros con la lanza, hacía esgrima con la espada ante la mirada condescendiente de sus compañeros, que lo convertían en el centro de sus sarcasmos y bromas más cortantes.

Así que se alegró al ver que la caballería persa se estaba preparando para atacar aquella mañana. Inmediatamente después de haberse puesto la *panoplia*, fue a ver a Amomfareto.

—¡Locago, asígname un puesto en la primera línea! —le pidió sin medias palabras.

—¿Bromeas? La primera línea está reservada a los hombres que conozco y de los que me fío. No puedo correr el riesgo con un *hoplita* del que no conozco su rendimiento en la batalla. Ni hablar —respondió de forma no muy decidida.

—Ponme a mí también. No te arrepentirás. ¡Te lo ruego! —intentó insistir Aristodemo.

—He dicho que no. Si acaso, si en el primer asalto tenemos muchos cadáveres delante, en el siguiente entrarás tú —concluyó Amomfareto, y para hacerle entender que no podía añadir nada más, se apartó a otro lado.

«No he venido hasta aquí para transcurrir la batalla empujando el culo de otro», se dijo a sí mismo Aristodemo, ocupando el sitio en mitad de la fila que le habían asignado, bien decidido, sin embargo, a abandonarla lo antes posible.

Sintió silbar las flechas persas inmediatamente después de haber escuchado las filas que le precedían indicar la llegada de la caballería enemiga. Pudo sólo desear, situándose de rodillas bajo el escudo, que no le alcanzaran antes de que la falange llegara a enfrentarse a la infantería. Del desarrollo de la batalla podía entender poco o nada. Sólo de vez en cuando conseguía recoger alguna noticia en medio de la selva de gritos y exhortaciones de los conmlitones, pero también de los rumores producidos

por los continuos golpes de las panoplias y del ruido de los pies de los hoplitas avanzando al unísono por el terreno polvoriento.

Aristodemo tenía constantemente de vista la alineación de la falange, listo para moverse y ocupar cualquier sitio que se quedara libre en las filas anteriores o si no, en alternativa, en los lados de la unidad, donde habría tenido más libertad de movimiento. Pero los guerreros estaban demasiado unidos como para consentirle salir fuera de la fila, y cada vez que conseguía individualizar un sitio había alguien más rápido que él para ocuparlo.

La falange se detuvo de repente, y Aristodemo dedujo que se había llegado al impacto con el caballero. Empezó a empujar con el propio escudo contra la espalda del compañero delante de él, pero no encontró gran oposición. Si bien más lentamente, la formación seguía avanzando. Tampoco supo el motivo pocos instantes antes, escuchando los comentarios de los guerreros que lo precedían. Parecía que los caballeros persas llegaban a los márgenes del frente de la falange tirando flechas y luego evitaban el choque, volviendo hacia atrás para retomar el camino. De vez en cuando alguno se acercaba contra algún *hoplita*, o bien calculaba mal las distancias y no conseguía dar la vuelta al caballo justo a tiempo, pero, en líneas generales, un verdadero impacto no se había producido aún.

Luego escuchó la orden de retirada. Al principio, como muchos otros, se indignó por lo que parecía una rendición por parte de Amomfareto, pero inmediatamente comenzó a circular la voz de que Pausanias, con el resto de los espartanos y tegeatas, se había detenido para esperarles y combatir juntos.

Los dardos persas siguieron hasta que el *lochos* no se reunió con el resto del ala derecha, alineándose de prisa y corriendo en la parte exterior derecha. Sólo entonces, de hecho, los caballeros persas volvieron tras sus líneas, cediendo su sitio a la infantería, cuya línea estaba constituida por los *spara*^[40] que Aristodemo conocía demasiado bien.

Y comenzaron a llover flechas. Pero en una medida enormemente superior respecto a la caballería. Los persas parecían tener mucha más movilidad que en las Termópilas, donde se habían limitado a esperar el ataque griego. Sus arqueros llegaban hasta la distancia del tiro a la falange, tiraban sus flechas y luego volvían a resguardarse detrás de los *sparabara*, cediendo el sitio a otra línea de tiradores. De esa forma las avanzadillas enemigas, alternándose sin desmayo, se mantenían constantemente a una distancia de 200 metros del frente espartano-tegeata, obligando a los griegos a correr el kilómetro que separaba a las dos alineaciones para limitar los daños que les estaban causando los dardos. Pero correr tanto tiempo habría significado llegar sin respiración al cuerpo a cuerpo. Por lo tanto los mandos espartanos decidieron no forzar la andadura, aún conservando la necesaria fuerza de golpe en el momento decisivo.

Los hoplitas siguieron avanzando al paso, manteniendo juntos los rangos, y cerrando todos los espacios. A pesar de todo, el trabajo de los dardos era devastador y en la formación se abrieron espacios constantemente. Aristodemo consiguió llegar a una fila por delante, luego a dos y a tres, sin ser escrupuloso al dar empujones a algún que otro conmlitón que le obstruía el camino o se enfrentaba a él por el sitio.

Pero su objetivo seguía siendo la primera fila, al menos, la parte exterior, donde ningún otro *hoplita* podría limitar su acción. Entre su *lochos* y aquel alineado al lado, de hecho, pasaba un pasillo de un metro que se dejaba adrede para que pasara la infantería ligera. Después de moverse por tercera vez se encontró cerca del margen derecho de la formación, y desde ese momento mantuvo la mirada fija en los conmlitones de aquel sector, preparado para el momento en el que uno de ellos cayera tras el impacto con una flecha.

Llegó la orden de proceder al trote. Aquello significaba que el impacto iba a ser inminente. Le había quedado poco tiempo para cambiar de posición. Una vez que se produjera el choque, cada *hoplita* situado dentro de la formación se quedaría dentro y apretado por los otros compañeros que lo rodeaban, sin ninguna posibilidad que empujar o ser empujado.

Vio una flecha clavada en el cuello de un *hoplita* dos filas más allá, e inmediatamente se fue a por su sitio. Le cortó el camino al compañero que tenía a su lado y casi le hizo tropezarse, y lo mismo hizo con el siguiente, recibiendo todo tipo de insultos. Llegó al sitio elegido y, con un empujón con el hombro, echó hacia atrás al *hoplita* que se estaba moviendo diligentemente hacia adelante para cerrar el hueco. Ahora ya estaba en el exterior pero todavía en cuarta fila, al menos hasta que no se cayeran los hoplitas situados en la primera. Pero no podía esperar mucho tiempo.

El impacto tuvo lugar inmediatamente después. Aristodemo terminó sobre el compañero que le precedía, notando cómo le empujaban en medio de la espalda con el escudo del *hoplita* que estaba situado tras él. Los *spara* no constituían una barrera eficaz contra la primera línea espartana y tegeata, y en pocos instantes los griegos consiguieron abrir un gran número de brechas en la alineación persa, aunque tras avanzar unos metros después del choque, los hoplitas se vieron obligados a detenerse por la reacción enemiga, que se reveló inesperadamente eficaz.

Desde su posición, Aristodemo sólo podía rozar con la punta de la lanza a los adversarios pero, en compensación, era capaz de observar la forma de combatir, que le parecía mucho más determinada que cuando se habían enfrentado en las Termópilas. Por cada uno que se hería salían fuera dos armados con espadas, y no había uno que se diera la vuelta. En breve tiempo el enfrentamiento se hizo tan cerrado que los helenos no eran capaces de mover los brazos para agitar las lanzas. En algunos casos, incluso, los persas consiguieron hasta cogerlas con las manos y romper las astas.

Aristodemo estaba listo para coger el relevo y tomar el sitio de los hoplitas que le precedían. Llegó incluso a desear que murieran pronto para poder abrirse camino. Pero aquellos resistían, luchando con valor. Entonces miró el pasillo. La infantería ligera lo había ya utilizado para retirarse. Le pareció un camino abierto para su propio rescate. Sólo tenía que recorrer el breve trayecto que lo separaba de la primera línea. Así podría, finalmente, demostrarse a sí mismo y a los demás cuánto valía.

Separó el escudo de la espalda del combatiente que tenía delante de él. Luego cargó los músculos de las piernas para ponerse en posición vertical y quitarse de encima la presión del *hoplita* que le seguía. Empuñó la lanza, ajustándosela bajo la axila, y salió de los rangos. Alguien gritó detrás pero no prestó atención. Su mirada estaba concentrada sólo en aquello que veía a través de las estrechas fisuras de su casco corintio. Un trampolín de lanzamiento hacia la selva de los enemigos.

Lo recorrió con amplios pasos, en una decena que parecían unos saltos. Los persas de aquel sector estaban dirigidos hacia las esquinas de los dos *lochoi* contiguos y al principio le prestaron poca atención. Aquello le permitió avanzar sin que nadie le molestara hacia dentro de sus filas, antes de encontrar un adversario que le intentara detener.

Se lo quitó de encima clavándole la lanza en el pecho con un golpe desde debajo de la axila, sujetando el asta con la palma dirigida hacia arriba. Extrajo la lanza justo a tiempo para repetir la acción contra otro persa que se estaba acercando a él. Luego llegaron otros dos. Consiguió tener a distancia al que venía por la izquierda con el escudo, mientras clavaba la lanza en dirección del rostro de aquel que venía por la derecha. Éste se echó hacia atrás con el tronco para evitarla y él le puso la zancadilla. Mientras aquel estaba en el suelo, hirió en el cuello al otro adversario, que mientras tanto había regresado. Extrajo la lanza, cambiando la empuñadura y llevando los nudillos encima del asta para luego terminar del revés y con el *stirax* sobre el enemigo a punto de levantarse.

Había tres prestos a entrar detrás de los dos que acababa de matar. Duraron unos instantes, después de haber visto cómo habían terminado los conmlitones, pero luego también ellos atacaron, todos juntos. Ninguno vino a dar una mano a Aristodemo, bien porque combatía en un sector que no pertenecía a su *lochos* ni del que estaba al lado, bien porque los hoplitas tenían la consigna de mantener a toda costa la unión entre los rangos o, por último, porque nadie habría salido a ayudar a un *riptaspis*.

Al ver que se acercaban los tres presas, Aristodemo giró la lanza entre los dedos para situarla en el lado exacto, y la tiró contra el que venía por la izquierda, alcanzándole en el pecho. Luego extrajo la espada y se tiró contra el adversario de la derecha, deteniendo el golpe por el otro lado con el escudo. Le golpeó en la parte baja con una patada. Éste se echó hacia delante y él se lo clavó en el cuello, arrancándoselo de cuajo. Con el otro se enzarzó en un duelo cuerpo a cuerpo, dando

modo a otros dos persas de acercarse al lateral que estaba expuesto. Se dio cuenta con el rabillo del ojo e intentó ser más rápido contra el adversario directo, tirándose contra él para que cayera. Su peso superior le ayudó y tuvo manera de alcanzarle en un costado, pero mientras tanto otro soldado se acababa de poner detrás. Se dio la vuelta precisamente mientras aquel le apuntaba con la lanza contra su hueso sacro, justo debajo del borde inferior de la coraza. Pero no pudo evitar que la cúspide le entrara por el muslo, justo debajo de la ingle.

Con un rugido de dolor y rabia, Aristodemo cogió fuerza y traspasó al persa antes de que este tuviera tiempo de desenvainar la espada. El otro oriental le tiró la lanza, que le alcanzó en el pecho. Pero apuntó demasiado cerca como para resultar potente y rozó apenas la coraza, provocándole una herida superficial. Mientras aquel desenvainaba la cimitarra para terminar con él, el espartano lanzó al suelo la propia espada y extrajo la lanza del muslo un momento después. La misma cúspide que alió por el cuello del adversario, con la punta roja de sangre de ambos.

Cojeando vistosamente, Aristodemo recogió la espada antes de que aquel adversario lo sorprendiera sin armas ofensivas. Justo a tiempo para enfrentarse a los otros dos. Su respiración se hacía difícil y la herida en el pecho le quemaba casi tanto como la del muslo. Pero el dolor, y ser consciente que le quedaba poco tiempo, le llevaron a manifestar una furia alocada que asustó a los dos nuevos adversarios, tan paralizados por el miedo que se dejaron degollar y herir sin ofrecer oposición.

Miró a su alrededor, listo para enfrentarse a los demás. Pero no había nadie, cerca de él. Miró detrás y vio a algunos hoplitas que se habían detenido a observarle, aprovechando el hecho de que también la atención de sus respectivos adversarios había sido atraída por su gesta.

Ni siquiera los conmlitones retomaron el combate cuando se presentaron ante ellos un pelotón de una decena de persas. Era como si una tática tregua se hubiera establecido entre las dos alineaciones, en aquel pequeño sector en los márgenes del campo de batalla. Como en los tiempos de la guerra de Troya, los combatientes se habían detenido para observar un duelo entre campeones.

Pero aquí el campeón era un guerrero despreciado y los enemigos eran diez.

Fue Aristodemo quien rompió la tensión, aunando fuerzas y saltando contra los adversarios como si estuviera tomando la salida de una carrera en un *hoplitódromos*, para impedir que arrojaran las lanzas. Estuvo sobre ellos un instante, apartando con el escudo dos puntas y rompiendo una tercera con la espada.

Alcanzó al soldado, penetró el costado de otro con un golpe de corte. Luego, después de haberse abierto tanto, se arrojó contra el que ocupaba la posición más retrasada, apartándole el escudo con el propio y rajándole la tripa de una parte a la otra. La espada se quedó dentro del cadáver, pero él fue rápido al pasarse detrás, agarrándolo del pie y sujetándole la cintura con el brazo derecho, usando el cuerpo

del persa como resguardo contra los ataques de las lanzas de los demás.

Y llegaron tres ataques simultáneos. Dos se detuvieron en el cuerpo del persa muerto, pero uno fue más allá, penetrando en profundidad en el hombro izquierdo de Aristodemo e hiriéndole el tendón. El espartano no pudo volver a coger el escudo, que dejó en el suelo, pero en compensación, antes de abandonar el cadáver detrás del que se había refugiado, tuvo el tiempo de adueñarse de su propia espada.

En el casco sentía las punzadas de las propias sienas. Respiraba con dificultad y cansancio, y el estorbo del sombrero le pareció algo insoportable de sujetar. Se lo quitó con el brazo derecho, mientras que el otro le colgaba inerte. Una vez sin el casco oyó distintas las voces y los gritos detrás de él. Voces y gritos enemigos.

Estaba listo otro pelotón de persas.

No se dio la vuelta. Cogió con fuerza la lanza que se había procurado y la arrojó contra uno de los soldados del grupo que acababa de diezmar, gritando: ¡Yo soy como Leónidas!

Observó su enésima víctima caer, tras ser herida en el abdomen. Luego escuchó los gritos de los persas detrás de él que le retumbaban dentro del oído.

¡Yo soy Leónidas!, gritó, antes de que diez lanzas le traspasaran.

Nota del autor

Aristodemo no tuvo ningún premio a la memoria por su heroico comportamiento en Platea. Herodoto nos recuerda que su valor fue juzgado como desesperación, no como coraje. Además, los espartanos, en línea desde el principio, desaprobaban a quienes combatían fuera de los rangos de una falange.

A Platea fueron 40.000 espartanos. Seis mil eran hoplitas, 35.000 ilotas —con un porcentaje extraordinario de siete por cada espartiatas—, y cinco mil periecos. El ejército de Helas terminó por vencer, a pesar de las incomprensiones y los errores entre los diferentes contingentes, y quizás precisamente gracias a la cabezonería de un oficial subalterno espartano, de nombre Amomfareto. Junto a la victoria naval en Micale de manos del rey espartano Leotíquidas, la batalla llevó a la liberación de Grecia y al rechazo de la influencia persa.

De Aristodemo no sabemos mucho, sólo que, a diferencia de Eurito, víctima como él de una infección en la vista, eligió no combatir el último día en las Termópilas. Por esto en Esparta fue objeto de desprecio hasta que no se vengó en batalla, un año después.

De Gorgo sabemos todavía menos. Y ese poco ha ido pasando de boca en boca y se ha constituido por una serie de anécdotas ejemplares de la rigidez y la determinación de las mujeres espartanas, muy poco significativas para determinar la realidad del personaje. El modo en el que la he imaginado no tiene ninguna relación con las fuentes.

Sobre Pausanias, en cambio, se tiene mucha más información. Después de la victoria en Beocia, el regente realizó una serie larga de intrigas para alcanzar los vértices del Estado, que le habían sido negados de la sucesión al trono espartano por parte del hijo de Leónidas. Se convirtió en alguien muy impopular y no tuvo ningún escrúpulo en tratar incluso con los persas. Descubierta al final por los *éforos*, se refugió en el templo de Minerva, cuyo techo fue descubierta para dejarlo a la intemperie y situado bajo el asedio de la población, entre la que estaba presente también su anciana madre. Lo sacaron a punto de morir, para que su muerte no contaminara el lugar sagrado.

Entre los trescientos espartiatas de las Termópilas, Herodoto cita otros tres personajes que se distinguieron por su valor particular: los hermanos Alfeo y Marone, y Deniece, citando a otro que huyó, Pantites, quien después de su misión en Tesalia se ahorcó por vergüenza. Además, se dice que un tal Ditirambo fue considerado el más valiente de los tespienses conducidos por Demófilo, y que el comandante de los tebanos era Leontiades (Anasandro según Plutarco). El Ditirambo espartano, Aneristos, Cnemo y Cleopompo, además del *ilota* Tisia, naturalmente, son personajes

de mi fantasía.

Sobre las responsabilidades del malio Efiates a propósito del presunto rodeo realizado por los persas, el propio cronista se muestra poco convencido. Después de una estancia en las Termópilas, reputo altamente improbable que un ejército de diez mil hombres pudiese recorrer caminos de montaña durante quince kilómetros, subiendo hasta miles de metros de altura en una sola noche. Acciones nocturnas mucho menos complicadas se han transformado en numerosas ocasiones en un desastre en el curso de la Antigüedad.

Por otra parte, al propio Herodoto le cuesta trabajo hacer entrar en el enfrentamiento decisivo a los Inmortales protagonistas del rodeo, afirmando que llegaron sólo cuando los espartanos supervivientes estaban refugiados en el Kolonos. Me parece una forma de afirmar que aquello no fue determinante en el éxito del enfrentamiento, salvando en parte la tradición y el orgullo de los griegos que, de esa manera, se habrían visto derrotados sólo por una traición. En la mejor de las hipótesis, probablemente la única *amenaza* del rodeo fue inducir a Leónidas a invitar a los otros contingentes aliados a decidir si quedarse o no.

He optado, por lo tanto, por un rodeo vía marítimo que, teniendo en cuenta la conformación del lugar, me parece más plausible, así como espectacular a la hora de la narración, si bien en las fuentes no se haga ninguna mención a la utilización de embarcaciones por parte de los persas. Pero quizás si no se habla es sólo porque no constituyó un verdadero rodeo, sino una extensión del frente para el ataque.

Entre los cronistas antiguos, Herodoto representa la fuente más detallada sobre los acontecimientos de las Termópilas. Pero también Diodoro Sículo dedica varias páginas al acontecimiento, aunque su informe contiene algunos datos absurdos. Uno de ellos es sin lugar a dudas el ataque nocturno de Leónidas al campamento persa para matar a Jerjes, que de todos modos he utilizado para narrar la exploración de Aristodemo y Eurito. Útiles son los detalles de la batalla que se encuentran también en Tucídide, Pausanias, Simonide, Ctesia e incluso Plutarco que, como buen beocio, escribió un librito en el que se empeñaba en confutar las ilaciones de Herodoto contra los tebanos.

En relación con obras modernas, hay diferentes centradas en el acontecimiento. Cito algunas: *Thermopylae: the Battle for the West*, de E. Bradford, New York 1993, y *Thermopylae. The Battle that Changed the World*, de P. Cartledge, London 2006. Sobre Esparta indico a W. G. Forest, *A History of Sparta, 950-192 B. C.*, London 1992 y a J. F. Lazenby, *The Spartan Army*, Warminster 1985.

Sobre la región y la estrecha relación entre las operaciones en las Termópilas y las de Artemisio, se puede consultar con mucho contenido también el IV volumen de la *Historia Antigua* de Cambridge University, en la sección que tiene que ver con las Termópilas, obra de J. A. R. Munro.

Last but not least, para un cuadro general de las guerras persas y una comprensión de los armamentos y de las tácticas de la falange espartana me atrevo a recordar mi libro *Le grandi battaglie dell'antica Grecia*, de Newton & Compton, Roma 2005.



ANDREA FREDIANI, Andrea Frediani nació en 1963 en Roma, donde vive y trabaja actualmente. Licenciado en Historia Medieval comenzó a escribir en revistas de corte histórico. En 1997 publicó su primer libro *Los asedios de Roma* y es autor de numerosos ensayos sobre Roma y Grecia antigua y autor de varias novelas como: *300 guerreros* (2007), *Jerusalén* (2008), *Un héroe para el Imperio Romano* (2009), *Dictador (La sombra de César, enemigo de César, El Triunfo de César)*(2010), *Marathon* (2011), *La dinastía* (2012).

Notas

[1]**Espartiata:** perteneciente a la casta de los «Iguales» o lo que es lo mismo, la clase dirigente espartana.<<

[2] **Quitón:** túnica.<<

[3] **Ilota:** esclavo espartano.<<

[4]**Lacedemón:** nombre empleado por los ciudadanos de Esparta para referirse a la misma.<<

[5] **Ippagretos**: magistrados encargados de elegir a la guardia real.<<

[6] **Hippeis**: guardias del rey espartano.<<

[7] **Perieco:** hombre libre de la Laconia, pero sin los derechos y los privilegios de los espartanos.<<

[8] **Himación:** manto empleado a modo de toga.<<

[9] **Hoplita:** infante pesado helénico.<<

[10] **Éforos:** los cinco magistrados espartanos con el cargo más alto.<<

[11] **Estafilodromo:** corredor / perseguidor en las competiciones para las fiestas Carneé.<<

[12] **Polemarco**: comandante del regimiento o de la división.<<

[13] **Sissitías**: asociación de guerreros espartanos.<<

[14] **Agogé:** adiestramiento y educación de un joven espartiatá. <<

[15] **Panoplia**: equipamiento del hoplita, construido por el casco y la coraza, las canilleras, el escudo, la lanza y la espada.<<

[16] **Gerusia**: asamblea de los ancianos de Esparta.<<

[17] **Eunomia**: el armonioso orden del Estado espartano.<<

[18] **Oba:** uno de los cinco pueblos/distritos que componían la ciudad de Esparta.<<

[19] **Pterugi:** tiras de cuero para proteger la pelvis.<<

[20] **Stirax**: «matador de luciérnagas», o lo que es lo mismo, la punta posterior de la lanza.<<

[21] **Porpax**: brazaletes internos del escudo.<<

[22] **Pentekostyes:** compañía, unidad compuesta por un número variable de 48 a 60 soldados.<<

[23] **Bakterion:** bastón de mando del pentecontarca.<<

[24] **Enomotarca:** comandante de enomotia.<<

[25] **Ouragos:** sustituto del enomotarca.<<

[26] **Pentecontarca:** comandante del pentekostyes.<<

[27] **Stromata:** alfombrilla para las campañas durante la noche.<<

[28] **Locago:** comandante del batallón.<<

[29] **Halteres:** pesos para el salto de longitud.<<

[30] **Bater:** línea que marca el inicio del salto de longitud.<<

[31] **Skamma:** arena para la lucha.<<

[32] **Amentum:** correa de cuero envuelta alrededor de una jabalina para cogerla mejor.

<<

[33] **Hoplitódromo:** carrera de atletas en panoplia.<<

[34] **Satrapía:** gobernación persa.<<

[35] **Mora:** división, unidad compuesta por varios centenares de soldados.<<

[36] **Enomotia:** pelotón, unidad compuesta por un número variable de 24 a 30 soldados.<<

[37] **Sparabara:** aquel que lleva el escudo persa.<<

[38] **Fobos:** Dios del miedo.<<

[39] **Riptaspis**: literalmente, «aquel que abandona el escudo», o lo que es lo mismo, un cobarde.<<

[40] **Spara**: escudo persa de mimbre.<<